Resplandor en la oscuridad

Susan Isaacs

13

Linda, una chica corriente, se convertirá por azar del destino en pieza clave de un complejo entramado que acabará por transformarla en una extraordinaria mujer. Vivirá las tensiones del mundo financiero de Wall Street y, una vez desencadenada la Segunda Guerra Mundial, será enviada a la Alemania nazi en una arriesgada misión de espionaje. Una trepidante aventura humana donde el amor, el peligro y la traición confluyen para crear una historia apasionante.

Susan Isaacs

Resplandor en la oscuridad

Título original: *Shining Through*
Susan Isaacs, 1988
Traducción: Ana Maria de la Fuente, 1991

-

Revisión: 1.0
19/05/2021

A la memoria de Gloria Safier.
Ella vivió.

AGRADECIMIENTO

Pedí ayuda a las personas que cito a continuación; me la dieron con largueza y alegría. Estoy muy reconocida a su generosidad:

Arnold Abramowitz, Consuelo Saah Baehr, Jonathan Dolger, Sheldon Elsen, Janet y Robert Fiske, Phyllis y Milton Freeman, Helen Isaacs, Inga Joseph, Rita Kashner, T. Barry Kingham, Edith y Herbert Mendelsohn, Otto Obermaier, Frank Perry, Mary Rooney, Angélica Rosa, Cynthia Scott, Jeff Stolow, Hilma Wolitzer, Honorable Inzer B. Wyatt, Suzan Zises y el personal de la biblioteca pública de Port Washington (Nueva York).

Mi ayudante, Anne Marie Palmer, es digna de elogio no sólo por su lealtad y buen humor, sino también por el ingente trabajo que llevó a cabo. Tim Guzley fue una gran ayuda en las labores de documentación y traducción.

Owen Laster hizo honor a su fama. Es un agente capaz y un hombre inteligente y cordial.

Larry Ashmead, mi editor, me brindó seguridad, consejo, valiosa crítica y muchos, muchos y fabulosos chistes. Como de costumbre, estuvo maravilloso.

Mis hijos, Andrew y Betsy Abramowitz, me ofrecieron, además de cariño y apoyo, valiosos comentarios literarios. También de vez en cuando me arrancaron de mi ordenador. Les doy las gracias por su impaciencia tanto como por su paciencia, su cariño y su grata compañía.

Después de cuatro novelas, dos guiones y veinte años de matrimonio, Elkan Abramowitz sigue ostentando el título de: la mejor persona del mundo.

1

En 1940, con treinta y un años de edad, toda una solterona ya, y con el mundo entero sobrecogido por el temor de la guerra, me enamoré de John Berringer.

Un amor de oficina. ¡Qué novedad! Desde que se inventó el bloc de taquigrafía, no pasa día sin que una secretaria levante la mirada de sus garabatos y, de pronto, comprenda que el hombre que acaba de susurrar malhumorado: «… y, en consecuencia de lo manifestado…» es el único que puede darle la felicidad.

Y ahí me tienen, una de tantas, con un lápiz amarillo del número 2, una oficinista de Queens que ha perdido la cabeza por un pimpollo de la «Ivy League»[1].

Y, para acabar de enredar las cosas, John Berringer no era, en absoluto, uno de esos típicos abogados internacionales de Wall Street, con la cara de un gris dos tonos más pálido que el traje. No digo que una chica no acabe bebiendo los vientos por uno de esos tipos aburridos. Nada más silencioso que el dormitorio de una solterona y, en esa negra quietud, nada más fácil que hacer juegos de magia: un abogado con perfil de sapo —¡Abracadabra!— transformado en un Adonis que vibra de pasión bajo su traje de mil rayas.

Pero no había que recurrir a esa magia nocturna para que John resultara atractivo. Lo que intrigaba a todo el bufete era que yo no estuviera loca por él.

—Debes ser de hierro, Linda —me dijo una de las chicas durante un almuerzo—, para no andar de coronilla por sus ojos azules. Azules como…

—¡Es crepúsculo! —dijo alguien, desde el otro extremo de la mesa.

—No; azules como un lago transparente…, pero de aguas profundas, con un cielo un poco nublado —replicó otra. John Berringer convertía a las taquígrafas en poetas.

—Son azul pensamiento —gorjeó una voz desde el fondo.

—¿Cómo se puede ni remotamente asociar la palabra «pensamiento»[2] a Mr. Berringer? —exclamó Gladys Slade, mi mejor amiga, que presidía la mesa. Todas nos reímos por lo bajo. Luego, a solas, Gladys me dijo—: Mira, Linda, a mí no me engañas. Yo soy la primera que comprende que no quieras anunciarlo públicamente, pero aunque el físico no te importe, está la cabeza. Bueno, quiero decir que tú siempre estás leyendo periódicos y queriendo hablar de…, en fin, ya sabes…, la potencia naval británica. O la política francesa. ¿Y no te atrae una persona tan brillante como él? Estoy segura de que le encantan esas monsergas.

—No son monsergas. Tres cuartas partes del mundo están…

—Porque *guapo* lo es —me atajó—. Es como un Cary Grant rubio.

—Gladys —expliqué—, cuando tienes que sentarte frente a ese hombre un día tras otro, comprendes de una vez por todas que es *guapo*, sí; es algo que sale de su persona, como el olor corporal, ¿te das cuenta? No significa nada. Y su físico… Sí, es guapo; pero, ¿qué hay debajo?

—Eso es lo que debes averiguar. ¡Jo, jo, jo!

—Tengo que decirte que el hombre que sabe que es arrebatador y se aprovecha de ello, en el fondo, tiene algo de repelente. Mira, imagina que son las seis y cuarto, que estás cansada, que lo único que te apetece es chuparte el pulgar e irte a la cama, pero él tiene cuarenta y siete cartas que dictar. Y entonces va y te lanza una sonrisa de cinco mil vatios que se supone que ha de iluminar tu vida y animarte a seguir. Pues bien, el tipo que hace eso, no es…

—¿No es qué?

—No es masculino.

—¡Venga ya!

—En serio, Gladys. Por otra parte, es *demasiado* rubio. Las chicas rubias están bien. Los chicos deberían ser morenos. ¡Y esos ojazos azules! Parece hecho por un dibujante para ilustrar *La Cenicienta*. ¿No te lo imaginas con medias verdes y calzón corto, sosteniendo un zapatito de cristal?

—Me lo imagino *con* medias verdes… y *sin* medias verdes. —Ésta era una observación muy atrevida para Gladys, cuya idea más desenfrenada del sexo era la imagen de Fred Astaire aflojándose el nudo de la corbata—. Es el Príncipe Azul —añadí—. Pero, ¿a quién le importa eso? Yo tendría que quedarme cada vez que me lo pidiera aunque tuviera el mismo aspecto que un montón de ya sabes qué. Es mi trabajo. Pero él piensa: «¡Ah! ¡La he deslumbrado! La tengo donde las tengo a todas, en el bolsillo». —Miré a Gladys a los ojos—. ¿Sabes por qué me deja indiferente? Porque es un hombre para señoras. No es un hombre de verdad.

Naturalmente, todo eso era mentira, pero yo quería mantener mi amor en secreto. No estaba dispuesta a que, por ser su secretaria, se me nombrara presidenta honoraria del Club de Admiradoras de John Berringer. Lo que yo sentía por John no era para ser compartido con las otras chicas. Era algo precioso y diferente.

Ya en aquel entonces *yo* me sentía diferente.

Pero ¿era yo (soy yo) diferente a las mujeres de Brooklyn, de Queens y del Bronx que cada mañana subías las escaleras del Metro y se perdían en los oscuros desfiladeros y sombríos edificios de Wall Street? Bien, ya no vivo en Queens, ni soy secretaria. No; ya no soy lo que era.

Pero ¿cómo he andado todo el camino hasta aquí?

Cuando América entró en guerra, las otras secretarias del Metro combatían a Hitler guardando la grasa del tocino en latas y untándosela en las piernas en lugar de medias de seda, mientras que mi lucha fue diferente; peligrosa, pero real. Yo fui a parar en medio del infierno nazi. Yo, Linda Voss.

Lo que hice durante la guerra, ¿fue cosa del Destino? ¿Fue una gesta heroica? ¿Era inevitable? ¿Llegué a darme cuenta de que tenía que sentirme solidaria con toda aquella gente de Europa? ¿O cometí tantas pequeñas tonterías que acabé por saltar el parapeto precipitándome a un abismo en el que no había más remedio que seguir adelante o morir? ¿Hubiera hecho lo mismo cualquier otra muchacha en mi lugar?

Soy una heroína, eso dicen. Pero, ¿quiénes son los verdaderos héroes: los valientes o la gente corriente y asustada?

No lo sé. Lo único que sé es que cuando rememoro lo que sucedió, lo primero que me viene a la cabeza no es uno de aquellos

grandes momentos que demuestran que Linda era algo especial. Tuve muchos de esos grandes momentos. Si se vieran anunciados en una cartelera cinematográfica: ¡PASIÓN! ¡TRAICIÓN! ¡GUERRA! ¡MUERTE! ¡AMOR!, todos pensarían que iban a ver una superproducción de campanillas.

Pero al mirar atrás, ¡tiene gracia!, lo primero que recuerdo es un día normal: el último antes de que mi vida, poco a poco, empezara a cambiar.

Aquella mañana, enchufé la vieja cafetera abollada y miré por la ventana. Nada extraordinario: un cielo de enero, de color blanco mate como una sábana lavada con mucha lejía. Las casas de Ridgewood, adosadas de seis en seis, estaban tan muertas como recortables de cartón: ni un jacinto en flor, ni un arce rojizo, ni un chiquillo patinando. *Champ*, el cocker del vecino de la esquina, se acercó a un árbol de Navidad que llevaba una semana tirado en la acera, alzó la pata y se alejó dejando los adornos plateados goteando y una mancha amarilla en la nieve sucia.

En la oficina, la vista de Manhattan desde el piso cuarenta y seis tampoco era lo que se dice estimulante: nada de esa exquisita silueta de rascacielos que se ve en los pisapapeles de si-me-das-la-vuelta-me-pongo-a-nevar. Lancé una mirada a las calles estrechas y a los edificios agobiantes. Nueva York estaba gris y parecía cansada de sí misma.

En la oficina, el radiador del despacho recalentaba un aire ya calentado en exceso. Yo tenía la cara colorada y los labios tan agrietados que no hubiera podido ni sonreír. Y mi jersey hacía bolitas.

Pero ¿a quién le importaba eso? John Berringer, el hombre al que yo amaba, estaba allí, sentado ante su escritorio. Naturalmente, no se molestó en levantar la mirada.

—¿Está segura de que me dio los contratos de Kunstadt? —preguntó. Yo me levanté, dejé el bloc y el lápiz, di la vuelta al escritorio y me situé al lado de su sillón. Su pelo brillaba como el oro y la seda a la luz de la lámpara de sobremesa. Imaginé que lo acariciaba.

¿Fue aquél uno de los momentos mágicos que nos cantan por la

radio? ¿*Intuía* yo alguna cosa? No. De todo modos, aquel día de enero de 1940 está iluminado en mi memoria con una luz tan clara que puedo verlo con todo detalle: hasta las vetas de bronce y de platino que entreveraban el precioso cabello rubio de John.

—Los contratos están aquí, Mr. Berringer —golpeé el montón de papeles con el índice y se desplazó un centímetro hacia su campo visual.

—Oh, gracias —hizo una pausa y sonrió—. ¿Qué haría yo sin usted? —Probablemente, ir al aseo de caballeros, volver, coger el teléfono y llamar a la agencia pidiendo otra secretaria bilingüe—. Es usted fantástica, Miss Voss. Pero eso ya lo sabe, ¿verdad?

Yo pensaba: «Este tío tiene tanto cuento que se le sale a chorros, sin darse cuenta». Demasiado sabía yo que lo que decía no significaba absolutamente nada para él. Pero ¿lo adivinan? A pesar de todo, me lo creía.

Cogió los contratos y, naturalmente, se olvidó de mí. Esto ponía fin a mis excusas para estar a su lado. Volví a mi silla y a mi bloc.

Todavía me veo allí sentada, como iluminada por un foco. Bonita. Realmente bonita, si uno se tomaba la molestia de mirar bien; pero, si no, una secretaria.

Quizás en algo sí era diferente: no era simplemente una muchacha que adoraba al jefe desde lejos, acariciando incluso el carácter imposible de sus sueños. Era una verdadera demócrata: estaba convencida de que merecía a John.

Tal vez él supiera distinguir una oda de un soneto; pero, entonces, yo estaba convencida de que valía tanto como él. De no ser por los vaivenes del Destino, ustedes habrían podido ver el anuncio de nuestro compromiso y mi foto (con perlas) en el *New York Times*. Y el que no lo vieran se debió a unas cuantas vueltas, no muchas, de la rueda de la fortuna.

Primera vuelta: la familia del padre de John salió de Alemania tres o cuatro generaciones antes que la familia de mi padre. Por lo tanto, los Berringer tuvieron mucho tiempo para despojarse de sus pantaloncitos de piel y perder el acento. O sea, para convertirse en verdaderos americanos.

Segunda vuelta: John Berringer no parecía haberse enterado de que yo vivía. Bueno, ten cierta medida. Quiero decir que no hubiera consentido que en su despacho hubiera una secretaria muerta. Pero,

aunque siempre estaba muy simpático, con una sonrisa amplia con que exhibía las dos hileras de dientes (perfectos y blancos, pero con un incisivo superior un poquito torcido, para demostrar que también era humano y tenía sus defectillos) y un guiño de complicidad que parecía decir: «Este chiste sólo lo entendemos tú y yo, Linda». En realidad, lo que me ofrecía no era más que lo que dedicaba al contable o al limpiabotas: una simpatía autocomplaciente. A sus ojos, yo no era real como lo eran, por ejemplo, los abogados; yo era menos que una persona y un poco más que una máquina de escribir.

No sé si esto era o no era una vuelta de la rueda de la fortuna, pero John era lo que se supone que han de ser los americanos (protestante), y yo lo era a medias. La familia de mi madre, los Johnston, eran americanos, americanos de Brooklyn con ciento cincuenta años de antigüedad, pero la otra mitad eran judíos. De acuerdo, John no parecía tener prejuicios, pero ¿cuántas personas hay en el mundo que se ponen a saltar de alegría cuando les dices que eres judío? Y no es que él o cualquiera de la oficina lo supieran. Yo no era idiota. Los bufetes de Wall Street no contrataban a secretarias judías (y no digamos, abogados), de modo que, como no lo parecía, ¿por qué pregonarlo? Además, en mi familia absolutamente nadie tenía nada que ver con el judaismo. Y si alguna que otra vez la gente decía: «Hum, y ese apellido, Voss, ¿qué es?». Yo les miraba sin pestañear y contestaba: «Es alemán». La verdad, desde luego.

¡Oh!, y, por último, estaba la vuelta número tres o número cuatro (según se mire): existía una señora de John Berringer.

A pesar de todo, yo estaba convencida de que le merecía.

Si yo hubiera ido a la Universidad, habríamos podido mantener brillantes conversaciones.

Si mi tatarabuelo Ludwing —o como se llamara— hubiera venido a Manhattan allá por el mil ochocientos, en lugar de quedarse en una pollería de Berlín degollando aves, ahora sería John el que me traería a mí el abrigo, y no yo a él.

Si John supiera lo que yo sentía, me querría, estaba convencida. Él querría besarme como yo quería ser besada. Se pondría en pie, daría la vuelta a la mesa hasta donde yo estuviera, me levantaría y me abrazaría tan fuerte que sentiría el roce áspero de su pantalón

de estambre a través de la falda. «¡Oh, Linda!», gemiría, y sin darme tiempo de decir «¡Mr. Berringer!» y tratar de desasirme, no fuera a tomarme por una cualquiera, sus manos recorrerían todo mi…

¡Basta! Yo trataba de mantener estos pensamientos fuera de la oficina.

Yo estaba casi siempre histéricamente atareada, y no podía permitirme el lujo de hacer lo que realmente me apetecía: retirarme a un mundo sin casas ni árboles, sin nada que no fuéramos John y yo, un mundo de deseo. Pero, a decir verdad, tomar en taquigrafía dictados en dos idiomas, escribir a máquina y archivar toneladas de papeles me impedían imaginar diez mil apasionadas variaciones de nuestra declaración. Cuando tienes que pasar a máquina y en alemán un contrato de un centímetro de grueso, y son las siete, y el jefe lo quiere para las siete y media, no tiene objeto imaginar su muslo musculoso y peludo entre los tuyos. Para la lujuria se necesita tiempo libre.

Y otra cosa. Cuando me hallaba cerca de él, me ponía tan nerviosa que no podía ni evocar estos pensamientos: nerviosa por estar cerca de él, temiendo cometer cualquier estupidez que le permitiera adivinar la situación. Incluso podía meter la pata y llamarle John. Ay, Dios, si hacía apenas un mes, en lugar de: Le deseo una feliz Navidad, Mr. Berringer, a punto estuve de decir: Le beseo una feliz Navidad. Cada vez que lo recordaba sentía escalofríos.

—Me gustaría que esas cartas para Frankfurt salieran hoy —me dijo—. Ya sé que es mucho pedir…

—Oh, no hay inconveniente, Mr. Berringer.

Reanudó el dictado. Sus manos sostenían el contrato, iluminadas por el círculo de luz proyectada por la moderna lámpara de sobremesa de fantasía elegida por su esposa. Era una lámpara larga y delgada, que recordaba el cuello de Alicia en el País de las Maravillas, pero en el extremo, en lugar de cabeza, había una bombilla.

Me erguí en la silla. Si el nerviosismo no bastaba para mantener a raya el pensamiento, su frío y moderno despacho me impedía cualquier divagación. Había dado mucho que hablar a todo el bufete. Pero, siendo quien era la esposa, se había hablado con respeto. ¡Qué gusto más exquisito! Todo fue elección suya. Los

muebles eran negros y tan relucientes que, cada vez que cogías el lápiz, te parecía que otra mano, dentro de la mesa, te imitaba. Las formas, ultramodernas. La alfombra y las butacas, entre el marrón y el gris, el color de las aceras nuevas. Las paredes, de un blanco tan resplandeciente que aunque trabajaras cuarenta y ocho horas seguidas no podías ni dar una cabezada.

Nan Berringer era como el despacho que había diseñado: bien definida y sin zonas suaves; nada de encajes en el cuello. Yo sólo la había visto dos veces, pero las dos veces llevaba esos trajes simples y sobrios, fabulosamente caros, que las revistas de modas llaman sencillos. Pero tampoco era una persona dura. Aunque se sea como Nan, aristocrática e intelectual, es difícil ser dura con veintiún años. Además, era una preciosidad.

John dejó de dictar y carraspeó:

—Hoy tengo que estar fuera toda la tarde. Y, probablemente, también mañana. —Sonaba un poco seco, pero era porque todavía hablaba en alemán; a veces, cuando acababa de dictar en alemán, sin darse cuenta, seguía hablándolo—. Espero que tenga tiempo de terminar todo lo que le he dado. —¡Qué acento más soberbio! Antes de ir a la facultad de Derecho, había pasado tres años en las Universidades de Colonia y Heidelberg y hablaba alemán como si hubiera sido compañero de clase de Goethe.

Mi acento no era tan distinguido ni muchos menos. Era *berlinerisch* puro, cortesía de mi abuela. La gente dice que el *berlinerisch* es al alemán lo que el *cockney* al inglés. Puede que sea verdad, yo nunca he conocido a un *cockney*.

—¿Desea que haga algo especial?

—No. Nada especial —respondió John. ¿Qué esperaba que me contestara? ¿Desnúdese?—. No; demasiado le he dado ya. —Cuando sonreía entornaba los ojos y no podías ver su fabuloso azul ultramar, pero la sonrisa le iluminaba la cara y te hacía sentir que tenías tu propio sol para calentarte.

Yo volví al inglés, lengua en la que sonaba tan educada como en alemán (o sea, todo lo lejos de una Vanderbilt que sea humanamente posible) pero en la que me sentía mucho más a gusto.

—No hay inconveniente, Mr. Berringer. Trataré de dejarlo todo listo esta semana.

Ni en sueños. Hacía seis meses que habíamos dejado de estar agobiados de trabajo. Ahora estábamos con el agua al cuello. Lo bueno de ser uno de los mejores bufetes de Wall Street es que tienes los mejores clientes: las empresas y los Bancos más grandes del mundo. Lo malo es que, antes de que te paguen, tienes que trabajar. Y, dado que el trabajo de John consistía en representar sus intereses en Europa, ahora todos querían noventa y siete veces más trabajo del que se había hecho en toda la historia del Derecho.

La mitad decía: Venda todo lo que tenemos en Alemania ¡Ya! Y, la otra mitad: ¡Eh, mire todo lo que están gastando esos nazis! Cuesta una fortuna conquistar Europa. Queremos que nos consiga una parte. ¡Ya!

—Sería magnífico que pudiera ponerse al corriente —dijo en inglés—. Oh, se me olvidaba. Mr. Leland quiere dictarle esta tarde. Tiene una carta para Alemania. Muy sencilla. Puede traducirla y enviarla usted misma. ¿Podría hacerle un hueco, sin odiarme para siempre?

—Sí, Mr. Berringer.

—¿Y dejarlo todo listo el viernes?

—Desde luego.

—¡Fantástico! —Me miró—. Miss Voss…

Se interrumpió un segundo, seguramente para pensar qué más quería. A mí no me importaba. Esperaría. Mientras su pensamiento vagaba, yo podía observarle a placer. Tenía la boca entreabierta. ¡Qué boca! Bonita, no una de esas mezquinas bocas de labios finos que parecen la cicatriz de una operación de apendicitis. Los labios, gruesos, pero no mucho. Él estaría encima de mí, frotándome la cara con su áspera mejilla, pero luego pondría su boca en la mía y…

—Mis Voss.

—¿Sí, señor?

—Gracias, puede retirarse.

Mis ensueños eran como todos aquellos países europeos de los periódicos: Polonia, Checoslovaquia, Albania. Ahora, una hermosura y, al cabo de un minuto, una ruina.

Escucha, diría ahora, probablemente, la Voz de la Razón, eso que describes no es amor. Es una chifladura: un caso bastante frecuente, *n'est-ce pas?* (La Voz de la Razón habla con las secretarias de los directores, todas ellas niñas de colegios superiores, como Vassar). Una muchacha de Ridgewood, Queens, por listilla que sea, ¿pareja adecuada para John Berringer, abogado, *magna cum laude*, colegio universitario de Colúmbia, director de la *Revista de Leyes de Columbia*? Pero ¡qué *fabuloso* disparate! (Con unas cuantas veces que te encuentres metida en una cabina delos aseos de señoras cuando las niñas de Vassar entran a empolvarse la nariz, puedes hacerte especialista en el vocabulario de la Voz de la Razón). ¡Qué fuerte…! Y también un poco conmovedor, ese ensueño de «amor» de una secretaria con un hombre casado.

Bueno, quizá fuera un disparate, pero yo me decía a mí misma una y otra vez: «¡Chica, esto es amor!». Pero no a primera vista. Hacía más de diez años, desde que salió de la Universidad, que yo le veía en el departamento de Derecho Internacional de la empresa.

Las chicas hablábamos de John ya en aquella época. Yo les decía que era ridículamente guapo, como un artista de cine que hiciera el papel de as universitario en una de aquellas películas del tipo de *Un yanqui en Oxford*. Tenía que medir cuatro metros y vestir de blanco y negro. Demasiado bueno para ser de verdad. Recuerdo que llevaba unas camisas blancas tan almidonadas que hubieran podido sostenerse solas. Compartía una secretaria[1] con otros tres abogados jóvenes. Cuando tenía que escribir una carta en alemán, la pasaba a máquina él mismo.

Entonces yo tenía veintiún años y era secretaria de P. Louis Tracy, uno de los socios de categoría mediana. Cualquiera podía imaginar que un individuo que, al contestar al teléfono, decía: «Buenas tardes. P. Louis Tracy», tenía que acabar mal. Y acabó. Pero no de la cabeza, sino del corazón. Nueve años después, el 4 de julio de 1939, P. Louis Tracy se reunió con su esposa en el bar del club después de jugar dieciocho hoyos y, al tercer combinado, cayó muerto.

Antes de que P. Louis Tracy jugara su último hoyo, John, el único que realmente dominaba el alemán, ya era socio del bufete. Por aquellos años, la circunstancia de que John fuera unas treinta veces más inteligente que P. Lou no era un secreto en «Blair,

VanderGraft & Wadley». Pero dado que, a pesar de su inteligencia, era también unos treinta años más joven, no se le tuvo en cuenta para encargarle de la Sección Internacional. Pero he aquí que, de pronto, menos de una semana después del 4 de julio, John heredaba el despacho de P. Lou, los casos, el porcentaje de los beneficios y… a mí.

Al principio, al mirar a John, pensé: «Otra carita guapa. Bueno, la más guapa. No me quitará el sueño. Desde luego, es mucho mejor que trabajar para un individuo con cuatro papadas. Sí, dicta como un caracol, pero por lo menos con buena gramática y no me hace repetir las cosas cincuenta veces». John Berringer sería un buen jefe. Pero, ¿dejarme yo deslumbrar? ¡Quiá! Aunque se suponía que tenía la cabeza brillante para la jurisprudencia, lo único que yo alcanzaba a ver era el brillo aparente. Sus ojos, su pelo, sus dientes. John resplandecía para todo el mundo: Hola. Eres maravilloso. Yo soy fabuloso. La vida es estupenda.

Pero una tarde de enero, a última hora, cuando fuera el cielo parecía una cinta de grueso terciopelo, al mirarle desde el otro lado del escritorio, me di cuenta de que era *hermoso*. Hermoso en profundidad… y más.

Vamos a llamar a las cosas por su nombre: estaba cachondo. Bajo su correcta apariencia y simpatía, estaba caliente. *Caliente*. John Berringer era uno de esos hombres que se inflaman. Me llevó algún tiempo descubrir aquel calor bajo su apariencia plácida e impersonal. Pero aquella tarde, sólo al observar cómo volvía las páginas del anuario con el pulgar (parece una tontería, pero es verdad), de repente, lo comprendí.

Desgraciadamente, por la forma en que salió disparado del despacho, al minuto de terminar el trabajo, era evidente que Mrs. John Berringer también lo comprendía. Lo comprendía y estaría esperándole, porque ella amaba todo aquello que él tenía que ofrecer.

Aquel último día normal Hitler envió cables interminables a sus generales, Mussolini tuvo varios accesos de ira, Neville Chamberlain dio un largo y silencioso paseo y las secretarias de «Blair, VanderGraff & Wadley» almorzaron. Al fin y al cabo, estábamos en

América.

Como casi todos los días, a eso de las doce y media, los directores se fueron a sus clubes. A las doce cuarenta, después de asegurarse de que los ascensores estaban vacíos y los directores no podrían presenciar la estampida, los abogados jóvenes —los asociados— salieron disparados hacia sus restaurantes. Cinco minutos después, las niñas de Vassar salían camino de su salón de té, donde se encontraban con otras niñas de otros bufetes para hablar, probablemente, de lo que siempre hablaban: qué Schubert habían interpretado en el concierto sinfónico de la víspera y quiénes eran los verdaderos Números Uno de Princeton.

Exactamente dos segundos después de que ellas se fueran, las secretarias del montón corríamos a la sala de juntas —diez o doce mujeres con fiambreras, sentadas alrededor de la gigantesca mesa rectangular, en la gigantesca sala de paredes de madera. Era como estar comiendo dentro de un árbol. De pronto, parecía que alguien hubiera gritado: Preparados… Listos… Pero, en lugar de un disparo, lo que se oyó fue un enorme crujido: el ruido de diez o doce bocadillos que eran extraídos de su envoltorio de papel de plata.

—Por qué me molesto en comentarlo, chicas, es algo que ni yo misma alcanzo a comprender —empezó Gladys Slade, con la voz ligeramente ahogada por el embutido con pan blanco—, pero esta mañana Mrs. Avenel ha llamado ¡cuatro veces! —Gladys, con voz refinada y elegante, añadió—: Gladys, mona, créeme que siento molestarte, pero ¿podrías ponerme con mi marido un minutito? —Gladys movió la cabeza—. Probablemente quería pedirle permiso para ponerse colorada. —La esposa de su jefe llamaba por lo menos diez veces al día. Nosotras asentimos, compasivas, con la boca llena y nos arrebujamos en los jerséis.

En la sala de juntas siempre hacía frío. Abríamos las ventanas para que los abogados, al regresar, no dieran a almuerzo de secretaria y descubrieran que comíamos allí.

Gladys era la «reina del almuerzo». Mejor todavía, en realidad, Gladys Slade —cabello cobrizo un poco canoso cortado estilo paje pero rizado frenéticamente cuando la humedad excedía del cinco por ciento y ojos castaños, pequeños y muy juntos— parecía absolutamente vulgar. Bueno, salvo por la nariz. Tenía unas fosas nasales tan inmensas que hubieran podido esconder un salami en

cada una. Pero era una líder nata.

El que tuviera cuarenta años también contaba, desde luego. Gladys llevaba en el bufete más años que cualquier otra secretaria: veintidós, para ser exactos. Nadie sabía más cosas de lo que ocurría en «Blair, VanderGraff & Wadley» que ella. Alguien —Shakespeare o George Washington— dijo una vez que el conocimiento es fuerza. Ella lo había visto todo: cómo Mr. Blair llegaba a secretario del Tesoro, cómo Mr. VanderGraff se quedaba calvo y cómo Mr. Wadley moría de una embolia mientras esperaba el ascensor. En realidad, ella no le vio morir —nadie lo vio—, pero fue una de las primeras en llegar a su lado cuando todavía estaba morado. Gladys lo sabía todo. Y no sólo las cosas grandes. Sabía quién se metía con quién y, probablemente, cómo, cuándo y dónde. Pero Gladys, por ser Gladys, nunca soltaba prenda en las cosas realmente fuertes. Probablemente, lo olvidaba todo: lo único que le interesaba era peinados, ropas y sus complementos, no las personas. Para ella, la vida no existía más que desde el cuello de la camisa para abajo o debajo del chaleco.

Pero, para cotilleos, era insuperable.

—Ay, monas —empezaba como si estuviéramos cuchicheando en un rincón de un cóctel elegante—, ¿os he contado a quién trajo la viuda Carpenter a la lectura del testamento de su difunto? ¡Pues a su «asesor financiero»! ¡Y vino peinada a la última! ¡Creí que a Mr. Avenel le daba un ataque, porque ella insistió en…!

Como yo era su mejor amiga, se dirigió a mí en primer lugar.

—¿Qué cuentas de Mr. B., Linda? —Era la pregunta obligada a la hora del almuerzo. Nadie, ni siquiera Gladys, tenía ni la menor sospecha de lo que yo sentía por John—. ¿Alguna novedad?

—¿Quién tiene tiempo para novedades? —respondí—. Estamos agobiados tratando de mantenemos al día con todo lo que pasa en Europa.

—¿Y qué pasa en Europa? —gritó Wilma Gerhardt desde el extremo de la mesa. Tenía una voz tan horriblemente nasal que cada vez que abría la boca te parecía que estabas escuchando a un mal actor tratando de imitar el acento de Brooklyn. Bien sabe Dios que ningún vecino de aquel distrito daba tanta dentera, por lo falso del sonido; era peor que el chirrido de la tiza en la pizarra. Pero a Wilma le salvaba el físico, que tiraba de espaldas—. ¿Es que pensáis

ir al *alegge Paggís*, Linda? —preguntó acariciándose la deslumbrante melena negra: era la única chica de la oficina que llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza todos los días de la semana. Afortunadamente para ella, tenía mucho tiempo para peinarse. Su máquina de escribir no sabía lo que era el contacto de sus manos.

—¿Qué pasa en Europa? —repetí. Tuve que inclinarme para mirarla por delante de Helen Rogers que, como de costumbre, tenía migas sobre la repisa formada por su busto (esta vez la repisa estaba sembrada de granitos amarillos del huevo duro de la ensalada) y por delante de Anita Beane que tenía diecinueve años, los ojos brillantes y novio—. Wilma, ¿es que no lees los periódicos?

Gladys terció:

—Linda, no irás a largamos el discurso de la Creciente Amenaza Nazi, ¿verdad?

—Yo me limito a hacer a Wilma una simple pregunta.

Wilma me dio una simple respuesta:

—¿Por qué quieres que lea el periódico? ¡Te llenas las manos de tinta!

Wilma se quedó tan satisfecha de su ingeniosa salida que se olvidó de que estaba con las chicas y soltó una risita realmente adorable. Era un recurso, como el de agitar las pestañas, que habitualmente no desperdiciaba con las mujeres. Reservaba su talento para los hombres, y era un talento nada desdeñable; le había ayudado a conseguir un empleo ocho o nueve años atrás, en pleno apogeo de la Depresión, mientras multitud de lectoras del *New York Times* y del *Herald Tribune*, con sus dedos manchados de tinta extendían los brazos sobre la cabeza y se lanzaban en picado desde los rascacielos.

—¿No has oído hablar de Adolf Hitler? —pregunté.

—¿Es que Mr. Berringer te dicta cartas para él? —Bajo el acento de Brooklyn su voz tenía un acento malévolo—. Wilma toleraba a las feas, como Rose Guthrie de Fideicomisos e Inmuebles, que se parecía a Winston Churchill (para ser más exactos, al *bulldog* de Winston Churchill), pero la que tuviera posibilidades de llamar la atención de un hombre —por ejemplo, yo— era una amenaza.

Wilma siempre me había intrigado. Toda su vida estaba consagrada a los hombres y a cómo conseguirlos. No fingía que le importase quién era el alcalde ni qué le había parecido a Gladys *Lo*

que el viento se llevó. Nunca miraba más allá de su propio escote. ¿Se había interpuesto a sí misma este modo de ser, o le salía espontáneamente? ¿Era su egoísmo simple autoprotección, una secuela de tiempos difíciles?

A veces yo pensaba que me gustaría ser como ella, absoluta y descaradamente egoísta, sin sentirme obligada a sonreír, a escuchar a Helen Rogers contar por enésima vez el funeral del cuñado de su tío Gus, en el que al difunto le habían hecho una chapuza con el maquillaje que, con el calor de las luces se había derretido formando gotitas hasta el punto de parecer que el individuo de la caja forrada de raso estaba sudando. Y Helen relataba: «La viuda se puso a *chillar*. "¡Mickey! ¡Mickey! ¿Tienes calor?". Y tuvieron que sujetarla, porque ya había sacado el pañuelo e iba a…».

Hasta que un día Wilma miró a Helen y le dijo con sequedad:

—¡Bueno, a ver si te callas de una vez y dejas de incordiar con la tabarra del cochino funeral!

Y Helen se calló. ¡Qué impresión debe dar poder decir una cosa así!

Gladys sostenía la teoría de que Wilma podía decir todo lo que se le antojara. Lo único que tenía que hacer era presentarse en el bufete. Su trabajo y su vida estaban bien seguros. ¿Por qué? Porque alguien la protegía. Y es que hacía buenas migas con su jefe.

Yo asentí. Y muy buenas migas. Porque sólo por una amistad muy especial un jefe de un bufete importante llega al despacho muy temprano para mecanografiar sus propias cartas. Una mañana, Helen llegó antes de la hora y le sorprendió escribiendo, con dos dedos y muy despacio, una carta en papel de la empresa.

—Repara —dije a Gladys— en que Mr. Post tiene que tomar el tren de las 5.37 en Garden City para poner al día su correspondencia. Y ya no es un niño. Unos meses más con Wilma, pelo azabache, por la noche y el de las 5.37 por la mañana y ya nos tienen todas aportando para la corona y escribiendo cartitas: «Estimada Mrs. Post: No soy más que una secretaria en "Blair, VanderGraff", pero he sentido mucho la súbita defunción de su esposo. Sus últimas horas dieron la medida de su valía…».

—¿Y qué escribe Mr. Berringer? —machacaba Wilma—. «Querido Adolf: ¿Cómo estás? Yo, muy bien».

Hubiera seguido, pero Gladys la atajó:

—Corta ya, Wilma.

No dijo más, pero bastó. Incluso Wilma la respetaba. Refunfuñó entre dientes: «Corta, tú», pero no era un desafío; las palabras no llevaban mala intención. Se limitó a morder con saña lo que tenía toda la pinta de ser un bocadillo de bistec. (El viejo Mr. Post la mantenía a base de buenas proteínas y masticaba ostentosamente, como diciendo: «Yo tengo algo a lo que hincar el diente, no como vosotras, chicas, con vuestra raquítica crema de queso»).

Gladys me miró:

—¿Alguna novedad? —preguntó una vez más—. Necesito *desesperadamente* un poco de cotilleo, Linda.

—Nada que pueda deslumbrarte —empecé—. Ayer, a última hora, llamó Mrs. Berringer. Ni siquiera quería hablar con él. Sólo dejó recado de que tenía un cóctel con el comité del museo y que no comería en casa.

—Cenaría, Linda —rectificó Gladys—. Un poco más de clase.

—En fin, que no cenaría en casa.

Helen Rogers recogía delicadamente los restos de huevo duro de la pechera del jersey y preguntaba:

—¿Crees que la parejita se habrá peleado? Eso de que ella sólo dejara el recado…

—Todos los matrimonios se pelean —sentenció Gladys.

Observé que Anita Beane lanzaba una rápida mirada a Fay Landon que estaba al final de la mesa. Eran las únicas que tenían novio y aquella mirada decía: «¿Qué te parece estas solteronas que se las dan de sabihondas en el matrimonio?». Pero, naturalmente, con diecinueve y veintiún años, respectivamente, y como no eran estúpidas, no se les ocurrió llevar la contraria a Gladys, ¿Qué iban a ganar? En junio estarían casadas y libres de «Blair, VanderGraff» para siempre.

—Mrs. Berringer iba a la Escuela Smith, ¿verdad, Linda? —me preguntó Gladys. Yo asentí y mordí mi bocadillo de carne empanada que, al precio que estaba la carne, más parecía un bocadillo de pan rallado—. La Escuela Smith suena como algo mediocre —explicó Gladys al grupo— y, no obstante, es de postín. Todos los años, una o dos de sus alumnas se convierten en duquesas…, condesas, o… En fin, que es mucho mejor que Vassar. Ahora, Linda, descríbenos a Mrs. Berringer. —Gladys era mandona,

pero divertida. Bueno, aunque no fuera lo que se dice unas castañuelas, por lo menos era capaz de divertirnos, contándonos la vida de los abogados—. Hasta el último detalle —agregó—. Echa el resto.

Todas se inclinaron hacia delante. Había muchas razones para que todas las presentes sintieran interés —más aún, fascinación— por Mrs. Berringer.

Tanta atención centrada en mí y en tema tan delicado, me puso un poco nerviosa. Tuve que dejar el bocadillo, porque lo apretaba de tal manera que lo habría hecho papilla. Y surgirían las preguntas. «¿Qué le pasa a Linda? Hablando de Mrs. Berringer, trituró el bocadillo… ¡Oh!».

—Todas vosotras sabéis lo mismo que yo —dije, hablando de prisa—. Y lo que yo sé es que Mrs. B. es sensacional. Su marido haría cualquier cosa para complacerla. —Todas asintieron. Aquello les gustaba—. Pagó seiscientos dólares por un cuadro del que ella se enamoró en una galería de arte. Me dio el cheque confirmado y me mandó a la galería, donde encontré a un tipo flaco con uno de estos trajes entallados que me dijo: «Ah, para Mrs. Berringer. Muy joven, pero muy entendida».

El día que fui a la galería, lo único que podía pensar era que John le compraba un regalo de cumpleaños que costaba la mitad de lo que yo gano en un año. Y, además, la llevaría a cenar. Yo lo sabía; yo había hecho las reservas.

—¡Seiscientos dólares por un cuadro! —exclamó Helen Rogers —. Es el colmo.

—Por el *arte* —dije yo.

—¿Era bonito?

—Y qué sé yo —contesté—. ¿He ido yo a Smith Collage? Era moderno. Unos garabatos rojos con un poco de negro. Como carne picada, pero un poco pasada.

—Linda —dijo Gladys—, por lo menos, deberías aparentar un poco de gusto.

—Con todo ese dinero, yo me compraría unos pendientes de esmeralda —dijo Wilma. Se frotó el lóbulo de la oreja y yo tuve la impresión de que Mr. Post le compraría un regalo muy pronto—. No de los que cuelgan. Ésos no puedes ponértelos de día. A mí dame unas esmeraldas bien gordas para colocármelas en las orejas.

—Yo preferiría un chaquetón de *mouton* —dijo otra—. Y con el resto…

Anita Beane, haciendo girar el anillo de compromiso, dijo:

—Yo compraría una casa para Herbie y para mí.

—Siento desilusionarte, Anita —dijo Gladys—, pero no puedes comprar una casa con seiscientos dólares. —Estaba harta de oír hablar de Herbie, que trabajaba de ayudante en un salón de belleza de Washington Heights y todavía le faltaba un año para que le llamaran Mr. Herbert—. Tendrás que ir a vivir con los suegros, pero ya ahorrarás.

Gladys abrió el termo presionando con las yemas de los dedos. Era la forma más elegante, pero es que, además, la víspera había aparecido un artículo en el *Mirror*, «Cómo evitar desgraciarte las uñas». Mientras ella escanciaba con lentitud, las demás aprovecharon para desmandarse. Diez voces de soprano empezaron a graznar al mismo tiempo.

Pero, sobre el griterío, oí decir a Gladys en un tono de voz destinado sólo para mí.

—No sé, Linda, pero a veces, cuando un hombre hace demasiado por su mujer, ésta acaba por no saber apreciarlo. A veces… —Gladys, deliberadamente, ahogó su voz en el café. Luego, volviéndose hacia Winnie Curtís que estaba al otro extremo de la mesa, gritó—: ¿No te parece que Mr. Nugent se parece a Ronald Colman picado de viruelas?

La cara de Edward Leland tenía algo de anormal, pero era tan poco que te daban ganas de acercarte a mirarle despacio para ver qué era. Y a Edward Leland no podía una acercarse. Era el principal jefe de los principales.

Además, era un auténtico héroe de guerra. En 1917, con el fusil entre las manos, se arrastró por un bosque de Francia y despachó a todo un pelotón de soldados alemanes. Así salvó a sus hombres. Habría podido continuar y despachar a más alemanes, o hacerse matar, pero arrastrándose sobre una mina, le voló la cara y un hombro.

En la oficina había tantos rumores de cuántas operaciones le habían hecho para reconstruirle el rostro que era imposible saber la

verdad. Lo único que sabíamos era que una mitad de su cara era más plana que la otra mitad, como si aún le faltaran una o dos piezas. Alguien aseguraba que tenía muchas cicatrices pequeñas, pero yo no veía ninguna. Lo que veía, lo que nadie podía dejar de ver es que el lado izquierdo de su cara estaba paralizado. No se movía; no mostraba expresión. Te imponía.

La luz fría de la tarde que entraba en diagonal por la gran ventana situada detrás del escritorio hacía que las grandes cejas negras de Mr. Leland proyectaran sombras, como dos marquesinas gemelas; no veías lo que había en sus ojos, aunque a mí no me cabía la menor duda de que eran frías cuestiones estrictamente profesionales. Yo estaba allí de forma provisional, porque él tenía que enviar una carta a Alemania. Ya había trabajado provisionalmente para otros socios de la empresa, pero nunca para Edward Leland.

Su categoría dentro de la empresa no se debía a su edad, porque era más joven que la mayoría de los jefes principales, tendría poco más de cincuenta años. Pero debía de tener algo que a los otros les faltaba —inteligencia, astucia, valor, personalidad, ¿quién sabe?— y que le había hecho extraordinariamente poderoso. Los hilos que él movía no estaban atados únicamente a su bufete sino también al Gobierno. Cada vez que un miembro de la Administración demócrata quería hablar con un republicano, ¿adivinan qué teléfono sonaba? ¡Y la cantidad de trabajo que conseguía para la empresa!

Yo estaba al otro extremo del despacho, con la espalda pegada a la puerta. Katherine, su secretaria de Vassar, me había dicho que entrara, pero no hasta dónde. Su escritorio parecía estar a media manzana de distancia.

—Pase —gritó. Yo eché a andar. El viaje a través de la alfombra parecía que no iba a acabar nunca. Cada vez que yo miraba a Mr. Leland, él parecía estar igual de lejos; la alfombra era un infinito campo persa granate y azul. Y lo peor no era tener que recorrer aquella vasta extensión sino saber que él me miraba. Aquel hombre me convertía en un manojo de nervios.

Por fin llegué a la mesa y me quedé delante de él. Mi tobillo izquierdo se dobló y vi un cuadro horrendo, en el que me fallaban las piernas y me desplomaba en el suelo y, al agarrarme al borde de

la mesa para tratar de levantarme, tiraba la carpeta y el tintero.

—He olvidado su nombre —dijo él, interrumpiendo mi pesadilla.

—Linda Voss —respondí asombrada de tener voz.

Haciendo un esfuerzo, le miré a la cara. Sólo había dos cosas normales en su cara: la mandíbula, maciza y cuadrada, y la nariz, una nariz corriente, aunque incongruentemente respingona para un hombre como él, que te sugería que en un tiempo debió de ser un niño mono.

—Linda Voss. Eso es. —Hizo una pausa. Yo lancé una rápida mirada en derredor. En realidad, el despacho no era tan grande como yo creía, ni mucho menos de lo que cabría esperar en una persona tan importante. Para hacer honor a todo el poder de Edward Leland, desde luego, el despacho hubiera tenido que ser tan grande como el Radio City Music Hall. Era de tamaño mediano, con esa clase de muebles un poco rancios que ves en *Las aventuras de Sherlock Holmes*, butacas de piel cuarteada, pie bajo y mesas llenas de arañazos. Pero, desde luego, eso era lo importante, lo deteriorado. Si hubiera mandado poner hermosas fundas nuevecitas, la gente podría tenerle por un advenedizo.

—Siéntese, por favor. —¿Que no tiene importancia? Pues muchas veces entras en el despacho de un abogado a escribir una carta y te tienen media hora de pie. Aunque te caigas al suelo desmayada, ellos siguen dictando, como si en lugar de venir de la Facultad de Derecho de Yale vinieran de la Gestapo. Mr. Leland no sólo dijo «Siéntese, por favor», sino que añadió: «Siéntese, Miss Voss, por favor».

Miren, yo sabía que él sabía que yo no era una secretaria de dirección, pero me trató como si lo fuera. Para una persona como él, yo estaría escribiendo al dictado hasta que los dedos se me cayeran a pedazos. Porque, aunque infundía respeto, te dabas cuenta de que era una buena persona.

Está bien, ¿quieren toda la verdad? Pues porque era buena persona, pero, principalmente, porque Edward Leland era el suegro de John Berringer. Y Gladys, que había trabajado con él varios meses cuando la secre titular tuvo la tos ferina, me habló de un retrato de John y Nan —el retrato de boda— que Mr. Leland tenía encima de la mesa. Mientras pasaba las hojas de mi bloc, reparé en un marco de plata ovalado colocado de manera que, inclinándome

un poco hacia delante, podría verlo de refilón. Así que me incliné.

Chasco. En el marco había la foto de una muchacha anticuada. Era bonita, con una melena que le caía por los hombros y se rizaba en pequeños bucles sobre la blonda del vestido. Tenía el cuello largo, lo que se llama de cisne, y llevaba un medallón. Aquel retrato debía de tener años y años… Entonces comprendí que era la difunta esposa de Mr. Leland. Había muerto de una terrible enfermedad del hígado cuando Nan tenía dos años, o sea que hacía diecinueve.

Pero, ¿dónde estaban John y Nan? Yo rabiaba por ver el vestido de novia. Seguramente, sería algo muy vaporoso y muy bonito como gasa o tul —las telas de las que están hechos los vestidos en los cuentos de hadas—. Pero luego pensé: «No, nada vaporoso para Nan. Debió de llevar raso, bien ceñido al talle y falda acampanada, y toda la iglesia murmuraría: ¿Te has fijado qué cinturita?».

—«Estimado, Herr, hum, Doktor Uhl» —empezó Mr. Leland—. ¿Herr Doktor? Usted lo arreglará, ¿verdad, Miss Voss? Quiero decir que pondrá los «herrs» y los «doktors» donde corresponda.

—Sí, señor —respondí—. Es fácil. Los abogados son siempre «Herr Doktor».

Se inclinó hacia mí. Parecía un gesto casual, pero cuando Edward Leland se inclinaba hacia ti no te resultaba casual. Y es que te ponías nerviosa, por lo importante que era él, y luego más nerviosa porque no querías que te pillara mirando el lado rígido de su cara y, peor, te daba miedo que él notara que tratabas de disimular que no podías dejar de mirarle…

—¿Usted nació en los Estados Unidos? —preguntó.

Yo empecé a escribir en taquigrafía, hasta que me di cuenta de que la pregunta estaba dirigida a mí.

—Sí, señor —dije con la voz excesivamente alta.

Yo sabía por qué me lo preguntaba; la gente del despacho, cuando se enteraban de que yo era secretaria bilingüe, se pasaba meses esperando que se me escapara un «*Goten Morgen*, ¡ah…! Buenos días» o —si eran realmente antialemanes— que metiera la pata y en lugar de agitar la mano amistosamente, alzara el brazo en un rápido *Heil Hitler!* Mr. Leland, por lo menos, tenía el buen sentido de darse cuenta de que el inglés que se aprende en las escuelas alemanas no se habla con acento de Brooklyn-Queens.

—¿Sus padres también nacieron aquí?

—Sí. Los padres de mi padre vinieron de Alemania, de Berlín. Mi abuela vivía con nosotros.

—¿Y ella le enseñó el alemán?

Gladys se hubiera desmayado de placer por la forma en que él dijo «*le* enseñó». Diría: «¿Lo ves, Linda? La clase no se puede esconder». Mr. Leland ni siquiera sintió la tentación de decir «la enseñó». Estaba clarísimo.

—Sí, ella, mi padre y yo —nada de «yo y mi padre»— lo hablábamos normalmente en casa. Además, lo estudiaba en el instituto, allí aprendí a escribirlo y también la gramática. Toda la gramática que sé.

—Pero con ella lo practicaba, ¿no?

—En realidad, no puede llamársele practicar, Mr Leland. Ella no hablaba inglés. No necesitó aprenderlo. Verá, nosotros vivíamos en Ridgewood, es decir, en Queens y allí hay muchos alemanes…

¡Dios, estaba hablando por los codos! Me quedé cortada. Pero Mr. Leland me miró con una simpática media sonrisa. Por lo menos, no me sentí como una imbécil de campeonato, aunque sabía que me avergonzaba de haber hablado tanto. Conseguí sonreír un poco, pero sin pasarme. Quiero decir que a un jefazo como Edward Leland no se le sonríe de oreja a oreja.

—«Mis clientes acaban de realizar la revisión de las más recientes versiones de los contratos propuestos para la adquisición, por sus clientes, de los componentes industriales especificados —empezó bruscamente Mr. Leland— y, al parecer, todos los puntos han sido resueltos, salvo dos».

Nan Berringer no se parecía a su padre. Al volver a contemplar el retrato por el rabillo del ojo, comprendí que había salido a la madre: una belleza limpia. Aunque era «buena sociedad» las señoras Leland no tenían el aire enigmático y fatal a lo Merle Oberon. Pero te dabas cuenta de que eran de verdad, con una cara más que pasablemente bonitas. Y luego estaba la buena crianza, que les añadía un brillo especial, como de luz de velas. Me preguntaba si, de haber nacido rica, yo habría tenido el mismo estilo que las señoras Leland.

—«Hemos estudiado detenidamente su petición de garantía de cumplimiento de los plazos de entrega…». —Mr. Leland tenía una voz tan grave que a veces te hacía temblar por dentro; era casi un

rugido.

—«Mi chente, evidentemente, no puede asimilar el riesgo de comprometerse en los plazos de entrega en el puerto de Bremerhaven».

Bueno, pues, ¿no estoy comparándome con Nan Leland Berringer? De todos modos, era interesante pensar lo que un par de millones de dólares puede hacer por una.

—«Puesto que los dos extremos mencionados han sido discutidos detenidamente y ustedes habían indicado que, probablemente, su cliente tendría que acceder…».

A diferencia del noventa y nueve coma nueve por ciento de los abogados, Edward Leland no se recostaba en el sillón ni cerraba los ojos mientras dictaba. No, te miraba fijamente. No a ti, pero tampoco al vacío. Por lo tanto, no podías mirarle. Ni podías dar una rápida chupada al caramelo que escondías; yo tenía debajo de la lengua un charco de zumo de lima.

Pero, durante una de las pausas, se puso a mirar en otra dirección, como si pensara en otra cosa, de modo que aproveché la oportunidad para echar un vistazo a la mesa. Quizás el retrato de boda de John y Nan fuera muy pequeño y yo lo hubiera pasado por alto. Pero no estaba. Sentí una pena como si hubiera perdido algo.

—Miss Voss.

—Oh, perdón, Mr. Leland.

—«… Damos por descontado que todas las condiciones se han cumplido y que los contratos correspondientes, incluidas las órdenes de compra, serán expedidos en breves días por la "Volkswerke A.G." —continuó—. Tanto en nombre de mis clientes como en el mío propio, deseo darle las gracias por su amabilidad y por la eficacia con que ha llevado las negociaciones…».

El lápiz me iba a ochenta por hora; podría haber conseguido el Premio Billy Rose de taquigrafía de 1940. Porque a mí *me constaba* que Mr. Leland había adivinado qué era lo que yo buscaba en su mesa y no había encontrado. Uno no llega a ser Edward Leland, que se codea con los presidentes del «Chase Bank» y de la «Ford Motor» y de los Estados Unidos, porque sí. Por lo tanto, yo escribía como una loca, lo cual le azuzaba a dictar más y más de prisa.

Pero Edward Leland se las sabía todas. Sospecho que comprendía a qué se debía mi súbita velocidad. Y que no sólo

adivinaba lo que yo buscaba sino que, probablemente, sabía por qué lo buscaba.

Tenía las manos tan húmedas que el lápiz casi me resbalaba, pero yo seguía escribiendo. Sí, él lo sabía. Pero no iba a hacer de ello un caso de Estado. ¿Por qué había de hacerlo? Él se reservaba esos casos para cuando cenaba con sus queridos colegas los jueces del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Pero, por un instante, Mr. Leland me miró a los ojos. Una mirada amable en aquella cara desgraciada. Un poco compasiva. Y luego, sencillamente, siguió hablando.

Aquel día, al salir de la oficina agité un ejemplar del *World Telegram* en la cara de Gladys.

—Mira esto. ¿Pensabas que Hitler no iba en serio? Ha dado a Göring el control absoluto de la industria de guerra alemana.

—¡Calla! —dijo Gladys—. Yo sí que tengo una noticia bomba. Cuando la oigas te mueres. Pero no fulminada de un rápido ataque al corazón. Será una muerte lenta, dolorosa e histérica.

—Oh, sin duda —dije, segura de que serían habladurías sobre Mr. Hastings, del Departamento de Litigios.

Gladys, un poco melodramática, se ciñó el abrigo al cuerpo. Aunque estábamos en enero y hacía aquel frío húmedo que te deja ateridos los dedos de los pies, no se veía ni un copo girar a la luz de los faroles y, mucho menos, la ventisca que ella parecía estar arrostrando. Pero esto era lo mejor de los melodramas de Gladys. ¿Cuántas solteronas hay en el mundo capaces de contemplar la vida desde detrás de una máquina de escribir y encontrar pasión, emociones y aventura en un bufete de abogados? ¿Yo, dicen? No; yo no me conformaba con contemplar. Yo quería *actuar*. Gladys, no. Ella lo saboreaba todo, pero a distancia.

—Cuando oigas lo que voy a decirte, dirás: «Llévame al hospital, que me da el ataque».

—¡Gladys, cuenta ya!

—Esta tarde, cuando estabas en el despacho de Mr. Leland… —Sonrió un momento. Comprendí lo que hacía: recordar sus primeros tiempos en «Blair, VanderGraff», cuando Mr. Leland pasó de ser un marido enamorado a un joven viudo con una niña pequeña. Aquello

sí que fue un drama—. Cuando murió su esposa —dijo Gladys—, Mr. Leland encaneció. Quiero decir que el pelo se le volvió blanco. —Hizo una pausa—. ¿Cómo te parece que era de joven, antes de que ocurriera lo de la mina?

—No lo sé. Olvídate de Mr. Leland. Dime, ¿cuál es ese gran secreto?

—¿Cómo estaba hoy Mr. Leland? —insistió Gladys.

—Como de costumbre. Quería cotillear acerca de Carole Lombard y Clark Gable y…

—Anda, ya. ¿No estaba gracioso?

—Sí, Gladys. Me ha contado tres chistes. Muy verdes. De cosas tan picantes que no te puedes imaginar.

—Linda, escucha. —Gladys aflojó el paso, pero la muchedumbre quería llegar a casa cuanto antes y nos obligó a caminar más de prisa hacia el Metro—. Mr. Berringer es el yerno de Mr. Leland, ¿no? Bueno, tú pensarás que ya sabes todo lo que hay que saber, pero ¡atención!

Era lo que dicen que ocurre en un accidente terrible; el tiempo va más despacio. No a cámara lenta, pero en el momento terrible, antes de la desgracia, te sientes más viva que nunca. Todo tiene importancia. Yo sentía que se me encogía el cuero cabelludo, olí la lana húmeda del abrigo de *tweed* de Gladys. El hollín me irritaba los ojos. Sopló un ráfaga de viento y una página del *Post* se pegó a un poste del alumbrado.

—Te presto atención —dije fríamente, como un verdadero pepino. Dando a entender: «¿Qué puedes tú decirme de Mr. Berringer que me sorprenda más de una décima de segundo?». O: «Vamos ya, Gladys, acaba pronto, para que podamos hablar de cosas importantes».

—¿Cuánto hace que se casaron? —preguntó Gladys.

—¿Mr. Berringer y Nan Leland?

—Vamos, deja de hacerte la graciosa. Dime, ¿dos años? ¿Tres? —Yo asentí—. Bien, pues la joven Mrs. B. ya se cansó —proclamó Gladys.

Pensarán que hubiera tenido que caer muerta en plena Rector Street, pero me limité a decir:

—¡Oh, Gladys!

Ella estaba asombrada —y mosqueada— por mi falta de interés.

—Linda, que es en *serio*.

—Ja, ja, ja —respondí. Verán, yo quería decir: «Mira, si a Mr. John Berringer le ocurriera algo, ¿no sería yo la primera en enterarse?». Pero no estaba segura de que me saliera la voz.

—Tengo pruebas —dijo Gladys.

—¿Qué pruebas? ¿Las huellas dactilares de un misterioso desconocido en las prendas íntimas de Nan Berringer?

—¿Quieres hacer el favor de espabilarte y *pensar*? ¿Cuál puede ser la prueba definitiva? —Gladys estaba divirtiéndose. Para ella aquello no era nada más que un drama de oficina, pero el supremo, el más emocionante, el más picante.

—Me rindo.

—¿Por qué te rindes tan fácilmente?

La gente nos empujaba como una fuerza irresistible que nada podía detener, por las ásperas escaleras del Metro, bajo el indicador «A Brooklyn y Queens» y junto a un anuncio gigante del cacao «Nestlé». Yo me sentía descontrolada. A mitad de las escaleras, pisé el celofán de un paquete de cigarrillos y, de no agarrarme a la barandilla, hubiera rodado escaleras abajo. Finalmente, la noticia estaba llegando a mis extremidades.

—Linda, ¿te encuentras bien? —preguntó Gladys.

—Perfectamente. —Tragué saliva, pero lo único que conseguí fue darme cuenta de lo mal que me encontraba—. Bueno —conseguí decir al fin—, ¿a esto te referías cuando, durante el almuerzo, dijiste aquello sobre las esposas que no saben apreciar?

—Linda, ¿no te das cuenta…?

—No, no me la doy. Oye, tiene que ser un estúpido rumor. Si hubiera algo, yo lo sabría.

—Para tu información, sucede que hoy yo he ido a darme un garbeo por los alrededores. —Es decir, que se había acercado a la mesa de Marian Mulligan—. ¿Y para quién trabaja Marian?

—Para Mr. Wilson.

—Mr. Wilson, el encargado de casos *matrimoniales*.

—«¡Ay, Dios mío! —pensé—. ¡Dios mío!». —¿Y adivinas a quién escribía Mr. Wilson?

—A un consultorio de Belleza. «Querida señora Potts: yo soy un pobre abogado al que le sale tanto pelo de la nariz que la gente cree que es el bigote y…».

—¡Linda, escucha! ¡Nan Berringer se va a Reno! Mr. Wilson escribía a un abogado especializado en casos de divorcio, dándole *todos* los detalles acerca de quién se queda con qué. —No sé cómo, conseguí llegar al pie de las escaleras y me encontré en el andén, esperando el tren—. ¿Me crees ahora? —Asentí—. ¿Estás asombrada? Linda, ¿no estás asombrada?

Hubiera sido un golpe para ella si no lo hubiera estado, y, desde luego, lo estaba, de manera que, para corresponder a tanta molestia, respondí:

—Sí, Gladys, estoy consternada.

—Bien. Quiero decir que motivos no te faltan. —El tren salió rugiendo del túnel y se detuvo en la estación con un chirrido. Cuando las puertas se abrieron y empujamos para subir, me dijo—: Tendrías que ver la lista de lo que se lleva ella. Acciones. Bonos. Y mucho más. Ciento cincuenta y siete objetos de plata. Con tantas amistades y parientes que hacen sus compras en «Tiffany», parece que deberían tener más, pero…

¡Dios de mi vida! John iba a quedar libre. Mis sueños eran peligrosos.

2

—Linda, tesoro, píntate los labios, paséale la delantera por la cara y, ¡bingo! Le tendrás besando donde pises. —Mi madre era fabulosa dando consejos a los que sufrían mal de amores—. ¿Qué estás esperando, un mirlo blanco? *Ahora* es el momento de llevarte a Mr. Comosellame, el John ése para el que trabajas.

¿Por qué iba John a fijarse en mí? ¿Cómo una persona normal y con sentido común iba a imaginar siquiera que John Berringer y yo podíamos formar pareja? La respuesta era: «De ninguna manera. Olvídalo, Linda». Pero así era mi madre, y mi madre no era una persona normal y con sentido común.

—Ángel, si él quisiera a una mocosa de Manhattan, su esposa no estaría a estas horas en Reno, Las Vegas.

—Olvídalo, mamá —dije—. Yo vivo en las nubes. Los hombres como él no se casan con chicas como yo.

En lugar de decir: «¿Y qué hay del príncipe y de la Cenicienta?», mi madre se limitó a suspirar: estaba muy bebida para discutir. Luego, bajando sus ojos todavía hechiceros, miró su plato apasionadamente. Cualquiera diría que se había enamorado de su croqueta de salmón.

Los tragos de la noche aún le bailaban dentro. Estaba como cualquier miércoles de invierno por la noche, o como cualquier otra noche, medio bebida, medio con resaca. Ni siquiera clavó el tenedor en el salmón; pero la verdad es que mi madre casi nunca comía. Me tenía preocupada: la ginebra y el *ginger ale* no eran lo que se dice zanahorias y guisantes. La bebida no sólo le estropeaba la cara —mi madre había sido increíblemente hermosa—, sino también la salud. Su cutis blanco e inmaculado, con un leve tinte rosado, como una concha marina, amarilleaba ostensiblemente. Las finas líneas de su

cara se hundían profundamente, bajo la luz cruda de la lámpara que colgaba sobre la mesa, hasta el punto de parecer su piel una de esas terribles fotografías de los campos de Oklahoma durante una sequía, cuarteados y ávidos de lluvia.

Había comprado aquella lámpara poco después de casarse. Colgaba de un cable que había sido blanco; la bombilla estaba medio cubierta por una pantalla de vidrio con conejitos rosa, azul y púrpura. Una lámpara mona y cursi, propia de un *boudoir* con mucho volantito, como mi madre. La lámpara no pegaba en la cocina, mi madre tampoco. Para ella era una pieza completamente inútil. No sabía cocinar, no queria comer.

Mi madre no habría cogido el tenedor ni aunque hubiera estado muriéndose de hambre. El comer se interfería con el beber. Dos cucharadas de puré de patata podían absorber un trago de ginebra. A mi madre le encantaba entromparse rápidamente. Lo retrasaba hasta que yo volvía del trabajo, para cenar juntas, lo cual era prueba de su amor. Necesitaba la bebida hasta el extremo de que casi todas las noches tenía *delirium tremens*: convulsiones no, un *delirium tremens* suavecito y femenino. Tenía las manos muy blancas y trémulas. Las mantenía en el regazo, supongo que con la esperanza de que yo no las viera y me disgustara. Ella lo intentaba, de verdad. Aunque como madre no se hubiera llevado un primer premio, y ella lo sabía, me quería todo lo que podía quererme.

Pero no comía para salvar su vida, ni siquiera para darme gusto. Comiendo se le corría el lápiz de labios y, completamente ebria, conservaba el suficiente dominio de sí misma como para seguir perfectamente maquillada. Bueno, casi: observé que se había pintado una ceja más arqueada que la otra, por lo que parecía poner en duda todo lo que yo decía.

De pronto, irguió el busto y se alisó la pechera del delantal color de rosa que le protegía el vestido de los alimentos que no se dignaba tocar. Acababa de recordar que manteníamos una conversación.

—Linda, muñeca, ¿por qué te empeñas en imaginar que los abogados de Wall Street son diferentes? Cielo, todos los hombres son iguales. Sólo una cosa les hace felices. Tú ya lo sabes. ¿Tú quieres pescar a este John? Dale a entender que estarías dispuesta a… No estaré escandalizándote, ¿verdad? Tienes más de veintiún

años.

—Diez más, mamá.

—Los hombres no son como las chicas. Ellos lo *necesitan*. Probablemente él daría su brazo derecho para tener tu compañía esta noche. A no ser que piense que la señora Comosellame le ha dejado porque tiene una amiguita.

—No. Él no es de ésos. —Era lo que yo más temía: que Nan se divorciara porque John estuviera enamorado de otra.

—Cielo, *todos* son de ésos.

—¿Por qué no pruebas la croqueta? Sólo un bocado. No está mala.

—Seguro que está riquísima. Eres una gran cocinera, tesoro. Pero esta noche no tengo apetito. Ahora escucha lo que voy a decirte de los hombres. Yo *sé* qué es lo que les alegra la cara.

Evidentemente, yo no lo sabía. Probablemente, mi madre tenía razón. Al fin y al cabo, Betty Johnston Voss había nacido para gustar a los hombres. Era hermosa. Unos ojos enormes, límpidos y pardos en lugar de los consabidos azules. Un cabello rubio tan suave que parecía la espuma que corona un helado con soda, y si eso no es suficiente (y no lo era), los hoyuelos más profundos del mundo. Mi padre tuvo que andar listo para adelantarse a la competencia: se escapó con ella el día en que cumplía los dieciséis años. A los nueve meses, nacía yo.

—Ésta es tu ocasión, Linda. Yo sé que te pareces más a tu padre que a mí. Eres muy lista, escuchas las noticias y lees los periódicos. Tú podrías conseguir a un abogado si no fueras… bueno, ya sabes, tan sosa. Quítate ese moño de vieja. Usa lápiz de labios rojo. Dale un poco de muslo.

—Mamá, no es conducta apropiada para un bufete de abogados.

—Muñeca, tú usas la cabeza, ¿qué tiene de malo usar las piernas además? —Mi madre sonrió animosamente y luego eructó—. Yo no te lo diría si fueras una cría, pero ahora… Mira, si él quiere una virgen, perdona mi crudeza, se la buscará jovencita, de modo que ya podrías… ¡Qué diantre, vive un poco!

¡Era tan duro ser una ex beldad sin seso! Allí estaba —sentada en una silla tapizada de *skay* rojo desteñido ante una mesa de cocina de roble que crujía— detrás de una pared de maquillaje y con cuarenta y siete años. Empezó a beber poco después de perder a

mi padre, cuando descubrió de pronto que es imposible ser una novia-niña cuando ya no se es una niña y cuando el novio está muerto. Y una novia era lo único que ella había sido o quería ser.

Cuando no sentía deseos de gritarle por robar el dinero de la comida para comprar licor, por vomitar en la cama o —una vez— por estar con tres hombres a la vez en un coche parado a la puerta de la casa, me daba mucha pena.

—No tengas miedo de divertirte un poco, Linda —insistió. Tenía los ojos maquillados para que parecieran grandes y juveniles, y se había pintado los labios en forma de beso color de rosa.

Mi madre era la menor y más bonita de cinco hermanas. Su padre, un operario de mantenimiento del Metro, murió de un ataque al corazón cuando ella tenía seis o siete años, y su madre sacó adelante a la familia poniendo huéspedes. Por ciertas cosas que mi madre decía («Mamá tenía su huésped favorito, y Lucille, el suyo, y Meg, el suyo, un tranviario con una pata de palo…») yo sospechaba que suplían el presupuesto familiar ofreciendo algo más que alojamiento y manutención. No tenían más remedio. La familia del padre de mi madre —los Johnston— no la ayudó cuando él murió. Los Johnston no eran una familia unida, aunque, por alguna curiosa razón, nunca dejaban de acudir a los entierros en manada. Que yo sepa, la familia de la madre de mi madre —le parecía que se llamaban Dunstan o Duncan— habían muerto todos, aunque tal vez quedara un primo en California.

Mi madre se atusó el pelo con mimo, para comprobar si seguía hueco y sedoso.

—Suéltatelo como hago yo. ¡Vive un poco!

Mi madre se lo soltaba seis noches a la semana. Recorría todos los bares de la divisoria Brooklyn-Queens. Casi todas las noches se iba con el primero que se le acercaba. Generalmente volvía a casa antes del alba, pero a veces pasaba varios días sin aparecer.

—¿Por qué no pruebas con el viejo John? Tenéis mucho en común, los dos trabajáis en cosas de leyes y los dos habláis alemán. ¿Cuántas chicas hablan alemán? No me refiero a esas teutonas macizas con rodetes en las orejas. Tu padre habría podido tenerlas a docenas, a esas gordas. Y lo contenta que se hubiera puesto su vieja, pero él quería una muchacha típicamente americana, no una Fraulein. Reconozco que me gustaba que tu padre me dijera cosas

dulces en alemán cuando estábamos solos, tú ya me entiendes. No es que yo me enterara, pero era tan continental…

Para dar una idea de cómo era mi madre, bastará decir que pasó casi treinta años viviendo en una casa en la que se hablaba alemán sin preocuparse de averiguar siquiera el significado de la palabra *ja*. Y el que su suegra, mi abuela Olga, que llegó a América en 1884, pasara cincuenta y cuatro años en Brooklyn y Queens —hasta que murió en 1938— resistiéndose a entender un simple *yes* también da una idea. Mi madre, por lo menos, tenía excusa. Al igual que muchas beldades, se le había permitido concentrarse en su hermosura; habilidades tales como hablar lenguas extranjeras, fregar baños y comprar comestibles eran cosas que podía encomendar a otras personas. Mi abuela Olga, por otra parte, no quería aprender inglés porque era perder el tiempo; estaba convencida de que, en cuestión de un año o dos, podría regresar a Berlín con un abrigo de pieles. Y cuando dejó de creer en eso —que América era la tierra de las oportunidades— se negó a escuchar su lengua.

Mi madre apoyó el codo en la mesa. La mesa crujió. Aquella mesa había sido elegida por Olga: madera lisa, patas rectas; barata pero útil. La compró allá por el año mil ochocientos ochenta o noventa, a poco de llegar a América. En toda la casa, sus sillas y sillones austeros y rígidos contrastaban con el papel de las paredes elegido por mi madre, a base de palmeras y aves del paraíso; las camas de hierro esmaltado en blanco de la abuela estaban cubiertas por unas colchas adquiridas por mi madre con dibujos de flores, gatos y pájaros en todos los tonos pastel inventados por el hombre.

—Mira, Linda —dijo mi madre cuando yo llevaba los platos al fregadero—, tengo una idea, a ver si así te sueltas. ¡Imagina que tú eres yo! Vamos, no te rías. Verás como da resultado. Coquetea con ese John, llámale niño grande en alemán. Si sabes jugar tus cartas, dentro de nada se te habrá acabado el escribir a máquina. Ése te mantiene como a una reina.

—Mamá, yo no quiero que me mantengan.

Volví a la mesa, recogí unas migas y volví a poner el *ketchup* en la nevera. Más valía que mi madre no tratara de ayudarme. Los platos huían de sus manos y se estrellaban en el suelo. Y su idea acerca de lo que se podía hacer con las sobras se reducía a echarlo

todo en el cubo de la basura. Fui al fregadero y envolví su croqueta de salmón en papel de plata. Casi siempre su cena era mi almuerzo del día siguiente.

—Bueno, quizá te mantenga en plan legítimo. ¿Qué? ¿Nunca has oído hablar de jefes que se casan con la secretaria?

—He oído hablar, pero…

—Mira, por el momento, sácale todo lo que puedas. Diversión, camisones de satén… Hay chicas que consiguen, incluso, relojes de pulsera. Y, luego, ¿quién sabe?, quizá tengas un anillo de compromiso. —Durante un momento, su mirada se empañó y parpadeó para disipar la bruma antes de que se le corriera el rímel, pero cuando volvió a hablar la bruma estaba en su voz—. ¡Quizás él sea tu Hermán, cielo!

¡Lo que era mi padre! Al oír su nombre —Hermán Ernst Voss— habrían dicho: «¡Valiente maravilla, uno de tantos teutones!». ¡Nada de eso! Mi padre era un auténtico americano. Alto y fuerte. Y listo.

Desde siempre, mi padre destacó en *todo*: en deportes, en matemáticas, en historia. Y tenía una facha tan americana que habría podido ser el hermano mayor de Andy Hardy, pero más alto y más guapo. De no haber dejado el instituto para ponerse a trabajar, habría podido conseguir una beca para cualquier Universidad; eso lo dijo el director. Pero no tenía más remedio.

El abuelo Otto murió de gripe cuando mi padre era pequeño. Otto era carnicero, pero no llegó a tener tienda propia. Cuando murió, lo único que le dejó a Olga fue un pequeño seguro, en el que entraba el ataúd, pero no el coche fúnebre ni la tumba en tierra. Eso lo pagó una sociedad benéfica de judíos alemanes, aunque no les habría hecho ninguna gracia saber que si en algo se distinguió Otto Voss fue en la confección de patés de cerdo.

Durante los ocho o nueve años siguientes, la abuela Olga volvió a trabajar en lo mismo que había hecho en Berlín de jovencita. Consiguió empleo en una fábrica de botones en Brooklyn; manejaba la prensa que hacía los agujeros.

Trabajó hasta que no pudo más. La artritis se le agravó de tal manera que llegó a impedirle levantar el billetero, no digamos manejar maquinaria pesada. Entonces mi padre tuvo que dejar los

estudios para poder mantenerla.

¡Ah, mi padre! Al dejar la escuela dijo a su madre: «No creas que voy a pasar el resto de mi vida haciendo salchichas. Esto es algo provisional». Pero a los dieciocho años mi padre era el primer salchichero de Ridgewood, el príncipe de los chacineros. Ganaba lo mismo que los que le doblaban la edad. Parecía satisfecho. Todo le divertía, cosa que llenaba de suspicacia a Olga, que no en vano era alemana.

La diversión debía de quedar para el domingo por la tarde. Desde luego, si venías de Berlín, eras bastante más animado que el alemán corriente, cosechero de patatas, pero no un cabeza de chorlito. Tú sabías que la verdadera diversión era para la gente que podía permitírsela; los grandes magnates de la industria que mantenían a cantantes de *cabaret* o los barones que organizaban grandes cacerías de jabalíes. Divertirse era cosa de ricos. Se suponía que las clases media y baja, las que hablaban el dialecto *berlinerisch* constituían la masa feliz. Pero ser masa feliz supone un gran esfuerzo, un esfuerzo que casi siempre resultaba excesivo para Olga. El afán de explicarse por qué había nacido pobre, fea y judía —por qué la vida la había metido en tres casillas que ella nunca habría elegido— no le permitía entregarse a grandes alegrías. Olga ansiaba ser una gran dama alemana y no lo consiguió ni por asomo. Y, si bien conservó bien arraigada la habilidad de los berlineses para reírse de los que están arriba, nunca acabó de aprender a reírse de sí misma. No realizó ni uno de sus hermosos sueños. No es cosa de risa.

Pero mi padre era americano. ¡Y un americano popular y feliz! Olga solía decir que era una suerte que no pudieran permitirse tener teléfono porque no hubiera parado de sonar. De todos modos, en las noches de verano había un desfile de chicas por delante de la casa. Mi padre era tan guapo que no importaba que fuera judío. Era un primer premio para cualquier chica. Olga solía decirlo con cierta tristeza, porque cualquier chica hubiera sido mejor que la que se llevó: mi madre no era precisamente lo que Olga soñaba en materia de nuera.

Pero a mi padre no le decían nada las Helga del vecindario; él quería una chica tan roja, azul y blanca como él. Y la encontró, desde luego. Tenía veintitrés años y salía con una chica que se

llamaba Annabel Johnston. ¿Puede haber algo más americano? Al parecer, sí, para asombro de ambas familias, mi padre plantó a la veinteañera Annabel y se fugó con su hermana pequeña, de dieciséis años. Se llamaba Betty. Mi madre. La jovencita típicamente americana, variedad rubia boba.

Boba de verdad. Las rubias bobas-listas se casan con papaítos cariñosos con limusinas y grandes cigarros. Pero mi madre era el prototipo: absolutamente espléndida y auténticamente cortita; se fue con un individuo que trabajaba diez horas al día en una fábrica de salchichas de tres al cuarto y que venía completo con una madre que no hablaba inglés. Y las rubias bobas-listas conservan la línea; mi madre quedó embarazada dos semanas después de la boda.

Pero, no obstante, estaban locos el uno por el otro. Cuando yo era una cría, mi madre nos dejaba a Olga y a mí fregando los platos y se llevaba a mi padre al dormitorio. Él no miraba atrás, pero mi madre nos saludaba con la mano. «Buenas noches —decía—. Tenemos un sue-e-ño». Ya en aquel entonces, sin entender, yo comprendía.

Pero no era sólo el dormitorio. Estaban más enamorados que Romeo y Julieta. Cuando llegó la Depresión y el negocio de la carne se puso mal y mi padre se quedó sin trabajo durante casi un año porque la fábrica cerró, muchas beldades se habrían dado un garbeo. Mi madre, no. Ella se alegraba de tenerlo en casa, y aunque lo pasábamos muy mal —para subsistir, comíamos los desechos de un chacinero amigo de mi padre que aún trabajaba— era muy feliz. (En honor a la verdad, mi madre sólo miraba los grabados del periódico del domingo y, puesto que en aquel entonces no podíamos comprar el periódico, probablemente no se enteró de que había depresión). Sólo una cosa no podía mi madre dar a mi padre: calor de hogar. Pero no importaba. Bastaba con que fuera su «niña bonita». Era suficiente. En realidad, era fantástico. Su madre era lista y trabajadora, pero rematadamente alemana. Por fin tenía al lado a una persona que no tenía grandes ambiciones para él: una americana boba y feliz, no una inmigrante ambiciosa. «De no ser por *ella* —le decía Olga—, ahora serías dueño de una cadena de carnicerías». Mi padre sonreía a su madre y le decía: «¿Y qué falta me hacen las carnicerías? Yo tengo una familia». Lo que él quería decir era: «Yo tengo a mi niña».

¿Y qué, si mi madre no le ofrecía ese calor de hogar? Para conversar tenía a los chicos de la fábrica. Y me tenía a mí. Puesto que el título de «niña» estaba adjudicado, a mí me llamaba compinche.

«Eh, compinche, el sábado te llevo a la fábrica. Verás lo que es una panza de cerdo de primera calidad». ¡Canastos, y cómo nos divertíamos! Yendo aquí y allá o, simplemente, hablando. «Bueno, ¿tú eres un loro?

No me cuentes lo que dice la radio. Dime lo que piensas *tú*». Naturalmente, también teníamos nuestras crisis. No toleraba el descaro. «¡Repórtate, Linda!», me lanzaba, y un par de veces me soltó un revés.

Pero casi siempre era una maravilla. Sólo ir a la ferretería con él a comprar un puñado de clavos me llenaba de orgullo. Los padres de las otras niñas tenían aspecto de padres. El mío era alto y delgado, con unas facciones enérgicas y masculinas. Parecía especial, como una celebridad que hubiera venido a pasear por el barrio.

Venido a pasear por el barrio.

Hablábamos de todo: de cine, de béisbol, de política. Él era de los Dodgers y demócrata. «Compinche, en el mundo sólo hay un grupo que sea más rico y más repelente que los yanquis: los republicanos. No les importa nada más que conservar todo lo que tienen. Les importa un rábano la gente humilde, no te dejes embaucar por los que quieran hacerte creer otra cosa». Me explicaba la técnica del embutido de salchichas y yo le contaba chismes sobre los chicos de la clase y, después, sobre los compañeros de trabajo. Hablábamos de todo lo del mundo, excepto de dos temas: música *ragtime*, que él adoraba, lo cual parecía inexplicable…, música *ragtime* y mi madre.

Mi madre no hacía nada más que mantenerse hermosa; a los treinta años, seguía comportándose como la jovencita de dieciséis con la que mi padre se había fugado. Escuchaba la gramola, visitaba a sus amigas (se hacían la manicura unas a otras) e iba al centro, a los grandes almacenes, a probarse vestidos. De manera que mi abuela, a pesar de la artritis, tenía que arrodillarse a fregar el suelo. Ella lavaba la ropa y ella guisaba. Naturalmente, yo la ayudaba. Seguramente yo imaginaba que los trabajos de la casa se

transmitían saltando una generación. Pero cuando terminé la secundaria y empecé a trabajar, no le fui de gran ayuda. En realidad, mi abuela era el ama de casa de la casa de su hijo, cosa que hacía de mi madre, imagino, la rubia, la mantenida.

Olga era inteligente. (Desde luego, mi padre no consiguió su talento en unas rebajas). Ella leía todos los periódicos y revistas alemanas que caían en sus manos y se carteaba con un par de parientes en Berlín. Por lo tanto, estaba, por lo menos, tan bien informada acerca de lo que pasaba en el mundo como un senador de los Estados Unidos.

A mediados de los años treinta, Olga y yo empezamos a pelearnos por culpa de Hitler. Ella le llamaba el austríaco y decía que era un patoso.

—¿Un patoso? —me indigné yo. Estábamos una a cada extremo de la mesa, estirando pasta de hojaldre—. Un patoso es el que tira la sopa en el mantel. Pero él dicta leyes según las cuales los judíos no tienen derecho de ciudadanía. Han de llevar una «J» marcada en sus tarjetas de identidad. —Ella extendía la pasta, trabajándola hasta formar una lámina fina como una hoja de papel. Era una excelente cocinera alemana. Su técnica para el hojaldre era no ya eficaz sino impecable—. Tú eres la perfecta alemana —proseguí yo —; pero no a sus ojos. No te limites a leer lo que dicen. *Créelo*. Tú no eres una de ellos. Te pondrían una «J». Te odian.

Ella volvió la cara y murmuró:

—Y tú también. Tú eres medio… —Dejé la pasta para poder mirarla a los ojos.

—Ya lo sé. ¿Tú sabes cómo llaman ellos al matrimonio de mis padres? *Rassenschande*. (Vergüenza de raza). —Yo no ahondé en la llaga, diciendo que su hijo sería considerado la vergüenza y que la inútil de su esposa sería vista como Mrs. Pura Aria—. ¿Eso te parece una «inconveniencia de patoso»?

Pobre abuela, ella tan inteligente, cariñosa y trabajadora… varada en un país extranjero que no comprendía, odiada en su tierra natal, teniendo que vivir con la cabeza de chorlito de su nuera americana que, si alguna vez pensaba en Olga, la consideraba una vieja cosa extranjera con bayeta incorporada.

Yo traté de hablar con mi padre. Traté de hacerle comprender lo duro que tenía que ser para Olga vivir con mi madre; ella no podía

criticarle porque temía que él se enfadara y la echara de casa. Y, ¿adónde podía ir? Pero mi padre no quería oír hablar del asunto. Mira, compinche, tu abuela es una excelente persona, y le gusta la casa. De todos modos, si tuviera queja, ¿no me lo diría?

Yo trataba de decirle: «Papá, si un día mamá coge un trapo para el polvo, se pasa media hora admirando su textura y se olvida de para qué sirve». Pero no me escuchaba. Yo volvía a probar: «Dejará el trapo y se acercará al espejo. Allí hará una mueca: no está perfecta. Entonces se irá al baño para componerse. Maquillaje. Depilarse las cejas». Él no quería escuchar.

Cada vez que yo volvía a la carga, mi padre se limitaba a encogerse de hombros, esconderse detrás del periódico o sonreír. El amor no es ciego. Es sordo. No me oía. Como no oía el cansancio, ni la tristeza en la voz de su madre. Pero era todo oídos para su Betty, su niña. En cuanto ella gorjeaba: «Herm, cariño», él se iba por el pasillo hacia el dormitorio, dejándome con la palabra en la boca.

Cuando empecé a trabajar y oí hablar a algunos de los abogados, comprendí que mi padre era tan inteligente como cualquiera de ellos. Lo que a él le faltaba eran estudios y ambición. Pero a ellos les faltaba algo que mi padre tenía: una luna de miel esperando en casa. En Wall Street, se quedaban trabajando horas y horas, pero mi padre, en Ridgewood, en cuanto daban las seis, ya podía estar clasificando un cargamento recién llegado, cobrando o hablando con el jefe; no importaba, se iba a casa corriendo.

Mi padre minió en 1933, a los cuarenta y seis años, en un incendio ocasionado por la chispa de una sierra de cortar carne en una de las cámaras frigoríficas. Lo curioso es que ocurrió a las seis menos dos minutos. Ciento veinte segundos después, él ya habría estado a salvo, corriendo por las calles de Queens, camino de casa donde le esperaba su niña.

Ya sé, ya sé, tal vez no fuera una ganga ser el único sostén de una abuela artrítica y una madre exuberante, pero tampoco es salvoconducto obligado a la soltería. Una chica lista habría podido pescar a un tipo dispuesto a comprar una casa con un par de dormitorios extra.

Entonces, ¿por qué no me había casado? ¿Era una birria, una

antigualla? ¿Tenía un aliento que tiraba de espaldas? ¿Mi conversación ponía en coma a los chicos? No. Lo malo, supongo, es que esperé demasiado. Buscaba a alguien a quien amar.

En el último año de la secundaria, mientras las otras chicas agarraban cualquier cosa con pelo debajo del brazo, yo decía: «Oooh, eso no va conmigo. Yo puedo aspirar a más». Yo era inteligente y bonita.

Si bien no poseía la espectacular belleza de mi madre, había heredado por lo menos su pelo rubio y sus ojos, grandes y castaños. Según la luz, podía hacer imaginar a los hombres que yo era melancólica, inteligente o romántica. Y tenía la sólida estructura ósea de mi padre, con unos pómulos marcados y una boca enérgica. No era una cara como para hacer enloquecer a los hombres. La gente no se quedaba pasmada a mi paso. Pero si un individuo me miraba dos veces, podía decir: «Pues no está mal».

O sea que, aunque no provocaba silbidos de admiración, quedaba muy bien con un vestido decente y zapatos de tacón. Y también sin el vestido. A veces, después de bañarme, me subía a la taza del wáter y orientaba el espejo del armario del lavabo para mirarme. Me encontraba muy presentable. Por lo menos, vista por delante. Por detrás no podía verme. O sea que, salvo para los chicos que buscaran a una con delanteras como balones de fútbol, podía pasar perfectamente. Entonces, ¿cómo no pasé?

A los diecinueve, veinte y veintiún años todo iba viento en popa. Siempre había alguien para salir el sábado por la noche. Tuve, incluso, una proposición de matrimonio. Willy Bauer trabajaba de contable en «Con Ed» e iba a clases nocturnas para sacar el título oficial. Tenía una cara simpática —como los chicos de los anuncios de chicle— y era buena persona. Pero, a los veinte años, me parecía poco, y le dije que no.

Luego tuve una semiproposición. Michael Donnelly, montador de calderas, me pidió que me casara con él a las tres semanas de conocerme. La suya fue una semiproposición porque tenía condiciones: nuestros hijos tendrían que ser educados en la fe católica. Michael decía: «católica» y probablemente eso influyó en mi negativa más que la idea de ver a mis hijos en un confesonario. Lo cierto es que nuestro idilio se acabó antes de que yo supiera lo que era un montador de calderas.

Luego vinieron los veintidós, veintitrés y veinticuatro. El teléfono dejó de sonar. Todo Queens, y no digamos los otros cuatro distritos, estaba casado. Y los pocos que no lo estaban, los solteros y los viudos, o tenían el seso o la cara de una cucaracha o eran lo bastante viejos como para salir con la abuela Olga.

Desde luego, hubiera podido dedicarme a alguien del despacho: en la historia del mundo, no es insólito que abogados y secretarias hagan buenas migas. Siempre había algún jefecillo de suburbio que quería distraerse un poco antes de tomar el tren de las ocho treinta y ocho. Pero aquellos abogados con la cartera repleta de fotos de niños no me tentaban. Además, aunque hubiera estado bebiendo los vientos por alguno de ellos, le habría dicho que no. Yo tenía que mantener a Olga y a mi madre. Enredarse con un hombre casado significaba mucho más que Navidades solitarias. Podía significar el despido cuando se acabara la diversión y había que estar loca para exponerse a eso en plena Depresión. El mundo estaba lleno de mecanógrafas rápidas y sin prejuicios. Así que nada de abogados casados. Ni de abogados solteros; porque, ¿para qué iban a quererme?

Fue entonces, al cumplir los veinticinco, cuando de pronto me di cuenta de que había dejado pasar mi oportunidad. Estaba muy sola. Todas mis amigas se habían casado y yo era la solterona. Había llegado a esa edad en la que los chicos se preguntan: ¿Qué le pasa a ésa que no se ha casado?

Pues le pasaba que esperaba a alguien y ese alguien no llegó.

George Armbruster reapareció en mi vida cuando yo tenía veintiocho años. Y, lo que me dijo George fue:

—Eh, veintiocho años son muchos más años que la última vez que nos vimos. Pero conservas una cara muy bonita. Apuesto a que el resto tampoco está mal —agregó después de mirarme de arriba abajo.

Para Ridgewood, George era un buen partido. Era electricista, se había mudado a Long Island, pero tenía tienda en Metropolitan Avenue y acababa de perder a su madre. ¿Quieren algo más ideal? Habíamos ido al mismo instituto. Un sábado, estando yo en la tienda de ultramarinos conversando con un tarugo de queso suizo,

se me acercó. Le dije, «Hola». A pesar de que la frente era mucho más ancha, la cara me resultaba familiar: era uno de una pandilla de chicos de la clase de inglés y sociales, de esos chicos que siempre se están riendo de algo y, hasta que comprendes qué es lo que les hace gracia, siempre te parece que tienes que ser tú. Pero ahora estaba solo y parecía inofensivo. Me dijo: «Se me ha olvidado cómo te llamas». «Linda Voss». «S-sí, justo». «George Armbruster. Tú ibas al Grover Cleveland, ¿verdad?».

Iba a casa todas las noches. Olga estaba entusiasmada. Tenía un buen trabajo en 1937. ¿Y qué si era luterano? Era muy atento. Sí, nadie le diría: Hola, guapo, pero la hermosura no paga facturas.

Incluso recién afeitado, George tenía la cara azulada, como el matón de las historietas. Eso no era tan malo, pero es que los ojos, la nariz y la boca eran un poco más feos de lo normal; no tenía absolutamente nada que te hiciera decir: «¡Oh, qué bonito!». Ni pestañas largas, ni hombros anchos, ni siquiera unas orejas interesantes. Y aunque él aseguraba que medía uno setenta y cuatro, de su cabeza a la mía se podía trazar una línea horizontal y yo medía poco más de metro setenta.

Yo me decía: «A veces, se necesita tiempo para que una persona te entre». Y el tiempo me sobraba. La puerta de mi casa no tenía muescas hechas por los pretendientes impacientes.

George no era horrendo. En realidad, era esbelto y hasta elegante, como Leslie Howard, de la barbilla para abajo, si Leslie Howard hubiera sido electricista. Y viajaba con cierto lujo. Nada de Metro: George poseía vehículo propio, una camioneta. Pintada en la puerta, la inscripción «Armbruster Material Eléctrico» y, debajo, un brazo con un bíceps del tamaño de un pomelo.

Todas las noches, con buen tiempo, con lluvia o con nieve, aparecía George. Olga resplandecía y mi madre, incluso, se arriesgaba a dejar sonreír su maquillaje cuando él llegaba y decía: «Hola a todos».

—Hola —dijo aquella primera noche mientras bajábamos las escaleras de madera del porche hacia la calle—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —yo estaba nerviosísima. Tenía en la cabeza una lista de temas de conversación, cortesía de las chicas de oficina. Si resultaba ser del tipo taciturno y callado, yo sólita tendría que llevar el peso de la conversación. Pero no fue necesario

conversar. George no paró de hablar.

—¿Quieres que te lleve a ver mi tienda? Oye, tengo un trabajo nuevo en Glendale, ¿no te digo? Un día más y aquello arde por los cuatro costados. En mi vida había visto cables como aquéllos. Al encender la linterna, pensé: Jesús, si esto parece un plato de *spaghetti*. ¡Y la caja de fusibles…! Te digo que…

Quizá yo había visto demasiadas películas. Quizás era una romántica. O quizás había estado sola demasiado tiempo. Evidentemente, así era como hablaban los hombres y las mujeres y más valía que me acostumbrara.

Llegamos a su taller, aquella primera noche y todas las demás noches de los tres meses que salimos juntos. Oh, tú… salimos juntos. Bueno, ¿y cómo voy a decirlo?

—Ese George viene mucho por aquí —observó mi madre—. Debe de ir en serio, ¿eh? —Mi madre, que generalmente se iba de copas antes de que George llegara a la puerta, se cruzaba con él alguna que otra vez, al salir, estando sobria todavía y por eso se acordaba de él. Después del segundo encuentro, me llevó aparte y me dijo:

—Ese chico, desde luego, no es… en fin, ya sabes lo que dicen de que en tarro pequeño, la buena esencia. Aunque tampoco es *tan* pequeño. ¿Te diviertes con él? —Otro día, ahogando la risa, empezó a tararear la marcha nupcial.

Mi abuela Olga gozaba contando al carnicero, que era el nieto del hombre para el que trabajara el abuelo Otto, que Linda salía con George Armbruster. El carnicero dijo: «Ah, el que me reparó el frigorífico». Todas las mañanas, a la hora del desayuno, Olga me decía: «Cuéntame qué hicisteis ayer por la tarde».

Bien, yo le decía «tomamos café con unos amigos suyos. Luego fuimos al cine». La película ya la había visto la semana pasada, pero desde luego, no se lo dije. Olga asentía sonriendo. «Fuimos a bailar al “Trylon Terrace”. Fuimos a Coney Island y montamos en las atracciones. Fuimos al centro a un restaurante que tiene velas en la mesa. Es todo un caballero». Olga estaba de acuerdo. Eso era evidente: George siempre me dejaba en casa antes de las nueve.

Pero nada de aquello era verdad. Aquella primera noche y todas las demás… A ver si lo adivinan, tienen tres oportunidades. En realidad, nunca necesitamos la camioneta porque nunca fuimos más

que a su tienda. En la trastienda había un sofá con una manta de ganchillo de áspera lana verde que su madre terminó de tejer un mes antes de morir.

—Vamos ya —me dijo empezando a desabrocharse la camisa.

—¡George! —Yo no podía creer lo que él me proponía y bien claro se lo dije.

—Vamos ya —insistió. Yo moví negativamente la cabeza—. Eh, Linda, tú eres una monada y yo quiero ver la bonita figura que va con esa cara.

Encendió una bombilla que colgaba de un viejo cable. Y yo le dejé ver.

Yo, que nunca consentí que los chicos del instituto hicieran algo más que darme un beso de despedida y, después del instituto, poco más, dejé que George me desnudara a aquella luz débil y temblona. Mientras él trataba de desabrocharme el sostén, yo miraba la bombilla y pensaba: «Un cochino electricista, vaya unas amistades». Yo, que había tenido el valor de decir a uno de los socios principales del primer bufete en el que trabajé: «Oiga, Mr. McCallister, yo no soy de esa clase de chicas». Bueno, pues lo era.

Durante poco más de doce semanas, dejé a George Armbruster hacer lo que se le antojaba, en un sofá que olía como si se hubiera quedado bajo la lluvia dos años antes y no acabara de secarse. Y no es que lo que se le antojaba a George fuera gran cosa. Yo pensaba: «¿Y por esto hace la gente tantos aspavientos?».

Lo que ocurría entre hombres y mujeres debe de ser algo así como el pavo de Acción de Gracias: todo el mundo dice siempre «¡fantástico!» a pesar de que invariablemente queda correoso y decepcionante.

Hasta que una noche dejó de venir. «George tiene un terrible resfriado —dije a mi madre—. Me llamó a la oficina». «Todavía tiene fiebre», dije a Olga. «George está mejor, pero le ha salido un trabajo muy importante en Brooklyn». Aguanté durante casi dos semanas.

Aquello acabó una noche en que, al volver a casa, Olga me llevó aparte y me dijo:

—El carnicero me ha hecho pasar a la trastienda, donde tiene la pila.

—¿Qué? —Imaginé lo sucedido. «Ay, Dios mío, ahora sí que

estamos listas. Por si no eran suficientes las tres cuartas partes del vecindario, ahora hasta el carnicero tiene algo que decir sobre las borracheras de mi madre. Habrá vuelto a quitarse las bragas».

—Está preocupado por ti.

—¿Por *mi*? ¿El carnicero?

—Por lo tuyo con George Armbruster.

—¿Qué pasa con George Armbruster?

Olga mantenía la cabeza baja. Estaba picando cebolla.

—Que está casado —murmuró.

—¿Casado?

—Hace diez años. —Picaba—. Cuando salió de la secundaria. Entonces se casó. Como todo el mundo.

Olga murió el año siguiente. Le falló el corazón. Durante los dos años que llevaba muerta, pensé muchas veces: «Quizás habría conseguido resistir de haber podido conservar la ilusión por George Armbruster. Quizás ahora estuviera viva, si hubiera creído que lo nuestro seguía adelante, de no ser por el bocazas del carnicero».

Pero, no. Me había dejado sola con la bayeta y con mi madre.

3

John Berringer casi no podía soportar la pérdida de su esposa. Tenía un aspecto horrible y, chico, yo estaba encantada. Le salieron ojeras de un gris oscuro y en sus ojos se apagó aquel fulgor azul intenso. Su brillo se oscureció. No es que dejara de estar interesante, pero ahora estaba interesante y triste, lo notabas. Tenía la tez mate y los labios casi blancos. ¿Y saben lo que yo pensaba al verle sufrir? ¡Bravo!

Ya sé que parece monstruoso, pero en realidad yo no era tan malvada. Imagino que esperaba que John, en su desesperación, acabara por buscar consuelo. ¿Y quién mejor que yo para procurárselo? Allí me tenía, a un metro de distancia, con mi blusa blanca y un lacito de seda en el cuello.

Él se frotó la cara.

—Aún tenemos aproximadamente una hora —dijo—. ¿Podrá terminarlo?

—Sí, señor.

Eran más de las siete. Oscuridad y silencio. Nada más muerto que Wall Street después de la hora del cierre y, desde luego, nada más romántico; daba la impresión de que en el mundo no quedaba nadie más que nosotros dos. Se había aflojado el nudo de la corbata, de modo que yo tenía propina, unos cinco centímetros de cuello, donde la piel es suave y no se afeita. Yo rabiaba por darle un beso allí. Sonreí; si yo era la única mujer que quedaba en el mundo, a lo mejor me dejaba.

Me vio sonreír. ¡Qué apuro! Yo no sabía si hacerla pasar por sonrisa profesional o, puesto que debía de parecer algo más que profesional, inventarme un pretendiente: Perdón, Mr. Berringer, pero es que ahora mismo me ha venido a la memoria, hum, Joseph.

Todos le llaman Joe *el Grande*. Somos medio novios y…

—Muy bien —dijo—. Manos a la obra. —Yo hubiera podido arrancarme toda la dentadura y haberme hecho con ella el collar de la sonrisa permanente sin que él se hubiera enterado—. Queda el caso Hayn y… —Su voz se apagó. Durante un segundo se quedó mirando los papeles esparcidos por la mesa. Parecía más que triste; parecía desesperado, como si supiera que su mente estaba en algún lugar de la habitación y tuviera que dar con ella.

Eso me dio una idea de lo mal que andaba. John siempre tenía el pensamiento bien controlado, zumbando como una máquina bien ajustada, incluso cuando los otros abogados aparentaban una vida animal inferior e idiotizada.

—Está el asunto Grunberg —dije, tratando de ayudarle—. Y el caso Schaaf también lo tenemos un poco atrasado. —Me miró. Sus ojos, en la sombra, parecían vacíos, como las cuencas de la máscara de la tragedia que está en el «Roxy».

¡Cuánto trabajo! Era una enormidad. Yo me sentía tan mal como él aparentaba. Todas las mañanas llegábamos antes de las siete y nos quedábamos después de la hora de cerrar, a fin de impedir que la inquietud de los clientes degenerara en pánico. No era fácil. Aquel marzo de 1940 no se produjo ningún acontecimiento terrible; pero, noche tras noche, el mundo estaba peor. Ponías la radio, cogías un periódico, y parecía que los únicos nombres del mundo eran Hitler y Mussolini. Un malvado y un desequilibrado, y ellos crecían y crecían, prosperando mientras Europa enfermaba. Y, a medida que se extendía la plaga, los clientes no nos dejaban punto de reposo. Aquellos ojillos codiciosos de los empresarios que hacía menos de un mes brillaban al pensar en la pródiga máquina de guerra fascista, ahora, de pronto, bizqueaban y parpadeaban nerviosos; ahora todos querían conocer el futuro: «¿Pueden decimos cuál es la situación?». Lo que realmente querían saber era: «¿Todo acabará bien?». Y su única esperanza era que John Berringer —brillante, sereno y seguro— les dijera: «No se preocupen». Lo que todos querían oír era: «Todo saldrá perfectamente».

Probablemente, le hubieran pagado el doble con tal de oírle decir eso, pero él no habría aceptado el dinero. Demasiado escrupuloso. Era un especialista en derecho internacional de lo mejorcito. No se limitaba a redactar un contrato sin fisuras, sino

que tenía la paciencia y el cerebro para explicar a sus grandes clientes cómo funcionaba el sistema alemán. Porque no sólo hablaba el idioma, sino que entendía sus leyes, su manera de actuar y la mentalidad de la gente. Pero, día tras día, John hacía llamadas transatlánticas sin conseguir comunicar. Escribía cartas a personas que ya no contestaban. Luego, tenía que llamar a los clientes y decir lo que nadie quiere oír decir a un abogado: «No hay nada que hacer».

—¿Mr. Berringer? —dije suavemente. Dio un brinco como si yo acabara de entrar en el despacho gritando: «¡Bú!»—. Si tiene mucho por hacer, yo podría venir mañana muy temprano para terminarlo. —Puede que no fuera muy diplomática, pero era mejor que decir: «Eh tú, vale más que te vayas a la cama si no quieres encontrarte haciendo cestos».

Si una persona está satisfecha de una parte de su vida —la casa o el trabajo—, generalmente aguantará lo que la otra parte le eche. Pero, aquellas semanas, ¿qué tenía él? En el despacho, una colección de banqueros histéricos que le lloraban encima de la mesa y, en casa, mucho espacio en los armarios. No es de extrañar que pareciera el primo hermano de Boris Karloff.

Y allí estaba, indefenso. Nunca fue un hombre indefenso. Levantó la cara como si mirase al vacío, a la puerta que estaba a mi espalda o más allá. ¡Oh, cómo deseaba yo besar aquella garganta, deslizar la mano debajo de la camisa y frotarle los hombros y el pecho!

—¿Mr. Berringer? —susurré. Nada. Había olvidado que era guapo. No recordaba que era encantador. Cerró los ojos y exhaló un suspiro, sin intentar siquiera disimularlo. Sencillamente, no sabía lo que hacía—. Mañana por la mañana, a las seis —dije. Nada—. ¿A las seis, Mr. Berringer?

—A las seis —repitió, pero no estaba segura de que me hubiera oído.

—De la mañana.

—Por supuesto —dijo por fin—. Por supuesto, Miss Voss.

Gladys sonreía pero, para mí, el viernes por la noche no anunciaba libertad ni diversión. Lo único que significaba era el

comienzo de dos días de agobio por la realidad de la vida, dos días sin John que daba sentido a mi existencia. ¡Qué diantre! Vamos, bebí un trago de mi *whisky* seco, pero dado que había pasado la hora del almuerzo archivando, el alcohol se me fue directo al norte. No es que me volviera tonta. No me subía a la mesita a bailar claqué. El licor sólo me hacía más sensibles los lados de la cabeza; de repente, las orejas me pesaban. Era la sensación que te señala: deberías estar en casa.

Entonces, ¿por qué estaba en «El Elefante Azul», un bar para abogados de tercera y corredores de Bolsa arruinados, un sitio tan oscuro que no podía ver en la copa las huellas de los labios grasientos del cliente anterior, pero sabías que estaban? Para conseguir toda la información íntima y secreta que Gladys Slade hubiera podido obtener sobre John, o Nan, o Mr. Leland. Y, también, para hacerle compañía.

La única compañía que Gladys tenía en su casa era la radio y el *Reader's Digest*. Yo había estado un par de veces en la habitación de un tercer piso que tenía alquilado en una zona sin nombre de Brooklyn, al sur de Greenpoint. El papel de la pared era tan viejo que las rosas se habían vuelto marrones. A su patrona nunca, ni siquiera en Navidad, se le ocurría decirle: «Ande, venga a tomar una copita de ponche de huevo con la familia». Gladys tenía que enviar por correo el cheque del alquiler, porque la familia que vivía en el resto de la casa quería tener «intimidad».

Sus padres habían muerto de tuberculosis cuando ella acababa de cumplir doce años, y no tenía hermanos, ni siquiera primos. Lo único que tenía eran las chicas del despacho.

Yo no diré que vivir con una madre que retoza entre los arbustos del parque sea el ideal de la vida doméstica; pero, por lo menos, era familia. Mi madre había perdido contacto con todas sus hermanas, salvo con Annabel que se había casado con un marinero y vivía en una base naval, y escribía en los cumpleaños. En Brooklyn quedaban varios Johnston que nos invitaban a todos los entierros y —hasta que mi madre empezó a presentarse borracha— a alguna que otra comida en Acción de Gracias y Navidad. Y yo tenía un vecindario. Yo conocía al verdulero, al dentista y a la corsetera de Ridgewood. Y las noches de verano, cuando cada cual se sentaba a la puerta de su casa, yo sabía lo que hacían ellos y ellos, lo que

hacía yo.

Pero Gladys, al morir sus padres, fue endosada a una prima, que se murió inmediatamente, como diciendo: «Habráse visto imposición…». Y la huérfana vivió hasta los dieciocho años en el barato Hogar para Niñas Sarah Stewart MacDougal, regentado por presbiterianos. Ellos le proporcionaron la primera habitación amueblada el día en que la chica consiguió su primer (y único) empleo, en «Blair, VanderGraff y Wadley».

A pesar de todo, al verla en el despacho, no te daba pena. El bufete era todo lo que ella tenía en el mundo, pero se lo había apropiado.

Gladys tomó otro largo pero elegante sorbo de su segundo *whisky* seco.

—¿A ti te parece que Mr. Berringer está… —se interrumpió buscando la palabra—, normal? Normal para un abogado tan agobiado de trabajo que vive al borde del infarto.

Había algo especial en su pregunta, una tensión en la voz, que ni siquiera el ruidoso sorbetón pudo borrar.

—¿Por qué? —pregunté. Se encogió de hombros—. ¿Sabes algo que yo no sé, Gladys? No creo. Llevamos aquí veinte minutos; ya me lo habrías dicho.

—Bueno, sé una cosa.

—¿Qué cosa?

—¡Sé que estás enamorada de Mr. Berringer!

El estómago me dio un vuelco; durante un segundo pensé que devolvía la copa. Pero tragué saliva y dije:

—¿Y tú hablas de estar normal? Tú eres la que delira. —Yo trataba de engañarme: Gladys era una bromista; pero estaba realmente molesta y muy seria. Tenía la cabeza erguida. Sus anchas fosas nasales parecían dos negros túneles excavados en una montaña—. ¿Cuándo se te ocurrió este disparate? Además, si yo estuviera colada por alguien, ¿no serías tú la primera en enterarte?

—Es lo que siempre imaginé, Linda. Soy tu mejor amiga.

Chico, lo que a ella se le escapara… Sus ojos eran como dos tachuelas que trataran de clavarme en la pared. La posibilidad de que yo tuviera una pasión secreta por Mr. Berringer: éste era el material del que estaban hechos los sueños de Gladys. Y si ahora yo hacía algo —bebía un sorbo de *whisky* o manoseaba el collar— me

delataría. De modo que no moví ni un músculo. Pero había un silencio terrible, oí al camarero escurrir la esponja, mover una copa, limpiar el licor que se había vertido. Me obligué a sonreír:

—De acuerdo, tienes razón, Gladys. Mr. Berringer me ha sorbido el seso. Estoy locamente enamorada. Y me ha hechizado su sonrisa. Ya sabes, esa sonrisa que dedica únicamente a siete millones de personas al día. Es tan personal, tan, tan íntima… —Pero Gladys no cedía—. Pero mujer, si no es un ser humano. Es una máquina dispensadora de encanto. No pensarás…

—Lo que yo sé es que dices que estás de trabajo hasta la coronilla, pero tienes tiempo para ir por todo el despacho hablando con unas y con otras…

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿Es que tú te quedas pegada a la mesa?

—De la noche a la mañana, eres uña y carne con Marian Mulligan y le haces tantas preguntas que incluso ella empieza a sospechar. Y para que *ella* sospeche… Y a mí ni siquiera me has comentado que hablabas con ella.

—Gladys, perdona. He estado muy atareada y ésta es la primera ocasión.

—¿Y cómo es que tienes tiempo de hablar con la cretina de Marian? —preguntó sin dejarme terminar.

—Porque soy *muy* curiosa. ¿Satisfecha? Lo reconozco, tengo curiosidad por Mr. Berringer, el jefe de Marian es quien lleva los trámites de la separación y Mr. Berringer es *mi* jefe… ¿A cuántos jefes conoces tú que les deje la mujer?

—Le bailas el agua a Marian y luego te paras a charlar con Wilma y con Helen y les haces todo tipo de preguntas, como si te dedicaras a las encuestas. —Casi se le saltaban las lágrimas. Para las demás, ella era la reina, pero yo era su *amiga*—. Yo te habría acompañado a preguntar.

—Gladys, ¿qué tiene de particular?

Dio un golpe seco en la mesa con el vaso.

—Tiene de particular, Linda, que no haces más que hablar de él. Si alguien dice: en los almacenes «Orbach» hay oferta especial de guantes, tú saltas: «Mr. Berringer siempre lleva guantes». A propósito, cuando Mrs. B. lo dejó, ¿sabéis de qué color llevaba los guantes?

—Gladys, ¿qué ocurre? ¿Es un crimen que no te haya hablado de Mr. Berringer durante un par de días?

—Yo no quiero que te pongas en evidencia. Si llega a oídos de alguno de los jefes…

«¿Qué busca Gladys?», pensaba yo. Y entonces comprendí; no era sólo que buscara desesperadamente material de cotilleo, sino que temía que, si me había enamorado de John, pretendiera quererle a solas. Que me elevara hasta las nubes y la abandonara. Gladys quería conservarme para sí y compartir mi enamoramiento. Una especie de suplemento dominical.

Y una parte de mí deseaba compartirlo. Qué alivio poder hablar de John con alguien —alguien sobrio, mi mejor amiga— que encontrara placer en escuchar mis confidencias. «Quiero hablarte de las venas de sus manos, Gladys, de la forma en que sostiene el teléfono». Pero entonces, ¿qué sería yo? Simplemente, una de tantas que se chiflan por el jefe.

Y dije con vehemencia y sin pararme a pensar:

—Mira, Gladys, existe una gran diferencia entre preocuparte por una persona, una persona por la que sientes mucho respeto, y perder la chaveta. Se da el caso de que yo *aprecio* a Mr. Berringer. ¿De acuerdo? Es una gran persona. Y…

—Linda, cálmate.

—No, lo que quiero decir es, ¿qué sentirías tú si yo te acusara de tener secretos para mí?

—Yo no pretendía…

No aflojes, me dije.

—Gladys, yo soy un ser humano. Él es una persona a la que yo veo cinco días a la semana y, desde luego, me duele que Mrs. Berringer le haya plantado. Me duele mucho. Me entristece. Pero, te confesaré una cosa: soy cotilla. Denúnciame si quieres. He hecho un par de preguntas. Tú sabes muy bien que si la esposa de Mr. Avenel liara los bártulos tú harías tus indagaciones, y no digas que no. Me parece que me debes una disculpa.

Esperé. Al fin dijo con un hilo de voz:

—Perdona, Linda.

—No tiene importancia.

Yo pensaba: «¿Qué ventaja tiene rendirse ante una ligera presión?

Que se lo pregunten a ese infeliz inglés que regaló Checoslovaquia. Sólo cedes cuando te mueres».

Gladys levantó el vaso.

—Gracias.

Yo hice uno de esos guiños de conspirador que se ven en las películas, pero no en la realidad. Claro que acabábamos de atravesar una situación muy dramática y, naturalmente, Gladys no sólo se dejó convencer por el gesto, sino que a su vez me guiñó un ojo.

—Una muchacha en mis circunstancias tiene que andarse con pies de plomo —dije en voz baja—. ¿Quién sabe? Podría delatar mi secreto, mi gran *passione* por mi adorado y precioso John.

Me eché a reír y mi amiga Gladys me imitó.

¡No podía creerlo!

Yo estaba tratando de retirar con la yema del dedo húmeda de saliva los restos de goma de borrar adheridos entre las teclas de la máquina de escribir y había vuelto a meterme el dedo en la boca cuando, ¿quién creerán que pasó por allí mirándome sin pestañear, sino la mismísima Nan Berringer?

¡Qué impresión! ¡Si yo la creía en Reno! Empecé a decir:

—Buenos días, Mrs. Berringer —pero estaba tan nerviosa que no me quité el dedo de la boca. Y ella tenía tanta prisa que no debió de oír más que el «buenos». Cuando retiré el dedo y llegué a «días» ya había dejado atrás mi escritorio, taconeando con sus caros zapatos de ante negro en las baldosas marrones del corredor de las secretarias.

Pasó rápidamente por delante de la puerta cerrada del despacho de John, o sea que no venía a echarse en sus brazos diciendo: «Te perdono, John» o «Amor mío, mi bien, perdóname». No; seguía andando, y de prisa. No obstante, durante aquel instante, mientras pasaba por delante de mí, tuve ocasión de verla mejor que nunca.

¡Dios, qué bonita era! Era lógico que John estuviera tan enamorado. Tenía un cutis que era como el material con el que se recubren las perlas. No poseía una belleza perfecta, pero lo que hacía sensacional a Nan Leland Berringer era que todo lo suyo era fabuloso. Unos ojos maravillosos y delicados. Y la nariz y la boca,

otro tanto. Iba peinada estilo paje, con el bucle entre la barbilla y el hombro. Quizá su pelo fuera de un castaño poco llamativo, pero la verdad es que tenía una tonalidad más rica que ningún otro y un brillo increíble, como si ella tuviera acceso exclusivo al mejor champú del mundo. Si Dios hubiera trabajado en un salón de belleza, habría dicho: «Excelente, así es como tiene que ser el pelo».

Naturalmente, el resto de su persona armonizaba con la cara. Su figura era bonita, pero no como la de cualquier mujer bonita. Nan tenía mi estatura, pero era de constitución más fina. Flaca no, pero sí lo bastante esbelta como para dar la impresión de que había sido hecha por encargo.

Sus ropas eran como envoltorios de regalo para su encanto singular. Su vestido gris tenía un gris superior al gris de cualquier otro, por lo suave, y la tela era tan fina que te parecía que habían usado una apisonadora para aplastar un par de metros de lana. Era absolutamente liso, sin un botón a la vista. Pero bonito. La parte de arriba, ceñida pero elegante y la falda, acampanada. El vestido decía: «Fíjense qué hombros más esbeltos y exquisitos y qué cintura y, si les sobran cinco segundos, observen el garbo». Saltaba a la vista por qué la quería John.

No era sólo el aspecto. Era la propia Nan. No era sólo una guapa señora de veintiún años. Oh, sí, desde luego, pero era algo más. Era inteligente. No se le notaba sólo en la mirada, como a la mayoría de la gente. En Nan todo denotaba inteligencia: la forma de andar, de llevar el bolso. Era inteligente como yo nunca lo seria. Si yo hubiera podido elegir, habría pedido ser como Nan Leland Berringer.

Y pensé: «¡Dios, qué pérdida! Cómo debe echarla de menos».

Entonces me levanté y la seguí.

Desde luego, yo no era una intelectual, pero tampoco era el tonto de la clase. Pensé que si alguien me pillaba andando de puntillas a dos metros de Mrs. Berringer pensarían que John me había enviado a espiarla, aunque eso no sería tan terrible ni para él ni para mí.

De todos modos, entré en el cuartito del material y salí con dos cajas de papel de máquina, lápices suficientes para que me duraran hasta 1947 y dos frascos de tinta; luego, no perdí el tiempo en

averiguar adonde había ido Nan sino que pasé por la mesa de Gladys. Hay en América un viejo chiste que dice que los tres medios de comunicación más importantes son: teléfono, telégrafo y *tell a woman*, es decir, cuéntaselo a una mujer. Probablemente, el humorista había trabajado en «Blair, VanderGraff» y conocía a Gladys.

Gladys estaba sentada en el filo de la silla, hablando a cien por hora con Leonor Stevenson, la contable, a la que todos llamaban Lenny, y parecía un hombre con faldas. Un hombrón, con un par de manos que habrían resultado grandes incluso para un *pitcher* de los Giants y una voz de tabaco casi tan profunda como la de Mr. Leland.

—*Lin-da* —dijo Gladys—, ven aquí.

—Sí —agregó Lenny—, acércate. —Era enorme, fuerte, pero no gruesa: un rinoceronte, pero plácido. Era tímida, almorzaba sola entre sus carpetas, y no en la sala de juntas con nosotras y casi nunca hablaba, salvo con Gladys, a la que prácticamente adoraba. Lenny tenía buen corazón y hacía favores, como pasarme el sobre de la semana el jueves por la noche en vez del viernes por la mañana.

Deposité mis suministros en la mesa de Gladys.

—No puedo hablar. Tengo que ir a suicidarme, porque es la única forma de evitar morir de agotamiento —suspiré con un deje tembloroso—. Oh, chico, chico… —Y recogí el material.

—Tienes que quedarte —dijo Gladys con su voz de reina de Inglaterra.

—¿Qué tengo que quedarme? ¿Es que vas a sacar la tetera de plata y servir?

—Quédate, Linda —dijo Lenny.

—No puedo.

—Verás cómo no te arrepientes —agregó Gladys.

Lenny asintió y cruzó los brazos. Gladys giró la cabeza en derredor, en busca de espías. Cuando de chismes se trataba, no se fiaba de nadie. Luego, movió con gesto afirmativo la cabeza, como diciendo: adelante.

—Yo estaba cerca del despacho de Mr. Leland… —Las contables podían pasearse por donde las secretarias no se atrevían ni a pisar.

—Y a que no adivinas quién entraba danzando en el despacho

de Mr. L. —apostilló Gladys.

—Las vicetiples de la revista de Radio City —dije.

—Linda, un poco de seriedad —siseó Gladys.

—Ya estoy seria.

—¡Mrs. Berringer! —dijo Gladys.

—La hija de Mr. Leland —agregó Lenny.

—Gracias, Len.

—No hay de qué —rezongó Lenny—. Pero a que no adivinas lo que dijo su padre.

—¿Te han invitado a entrar? ¿Has recibido una tarjeta?

—Linda, pesada.

—¿Cómo pudiste oír lo que decían, Lenny?

—Porque no cerró la puerta.

—¿Qué dijo? —pregunté con ansiedad. Desde que tomé aquella copa con Gladys, había dejado de fingir que no sentía curiosidad; me había dado cuenta de que cuando te empeñas en ser lo que no eres, la gente te cree más hipócrita de lo que eres.

Lenny alzó las cejas y miró hacia arriba, como si el secreto estuviera entre ella y el Todopoderoso… y Gladys, porque en el mismo instante la mirada fue para ella. Y Gladys casi brincaba de la silla, como si hubiera tomado una dosis doble de aceite de ricino.

—Díselo —murmuró Gladys con voz ahogada—. Puedes hablar. *Anda*, Len.

—De acuerdo. —Lenny hizo girar los hombros, como si se dispusiera a hacer su mundialmente famoso lanzamiento rápido—. Mrs. Berringer entró en el despacho y dijo: «¡Papá, no espero ni un día más! ¡*Esta misma noche* me marcho a Reno!».

—Cuéntale lo que pasó después —ordenó Gladys.

—Entonces Mr. Leland dijo: «Cierra la puerta, Nan». Lenny sumaba y restaba como el rayo pero, a veces, parecía un poco lenta cuando se trataba de pensar.

—*No*. Después de eso —dijo Gladys.

—Oh, verás, Mrs. Berringer volvió atrás para cerrar la puerta, pero mientras la cerraba aún se la podía oír. ¿Y sabes qué dijo?: «¡Por más que digas, yo me caso con Quentin!».

4

La ventana situada detrás del escritorio de Edward Leland estaba abierta y la primera brisa tibia del año flotaba en el despacho; hasta Wall Street tenía un olor dulce. Pero en aquel despacho del piso cuarenta y seis no había ni asomo de dulzura primaveral.

Mr. Leland me miraba sin pestañear mientras yo estaba de pie cerca de la puerta del despacho. No era una mirada de hombre —una mirada de ¡*Vaya par de piernas*!— sino una mirada fría que parecía buscar algo, y lo peor de todo era que yo no tenía idea de lo que buscaba. Maquinalmente, me llevé el lápiz a la boca; cuando estás asustada, nada mejor que un buen mordisco al lápiz para alivio instantáneo. Pero, por la forma en que los ojos de Mr. Leland me taladraban, habría sabido hasta la profundidad de las muescas. Bajé el lápiz.

Los hay que te desnudan con la mirada. Edward Leland hacía algo peor. Te miraba el interior. Desde luego, yo sabía que no podía leerme el pensamiento; pero, de todos modos, me habría sentido más segura si aquella mirada oscura hubiera pretendido traspasar mi jersey amarillo y mi falda gris, para observar la más íntima de mis intimidades, en lugar de mi cerebro.

—Siéntese, Miss Voss —me dijo desde detrás de su escritorio. Fuera, cantó un pájaro que volaba sobre la punta sur de Manhattan, ignorante de que los pasillos del poder no eran su territorio. En aquel instante, el lado de la cara de Edward Leland que podía moverse, se suavizó. Luego recuperó su dureza habitual y yo desvié la mirada.

El despacho estaba lleno de los cachivaches del hombre ordenado; carpetas de cartulina marrón en pulcros montones encima de dos almohadones del sofá y unas cuantas cajas debajo de

la ventana. Las puertas vidrieras de las librerías estaban abiertas y los huecos de los libros que habían sido extraídos para consulta hacían pensar en dientes arrancados. Los libros estaban apilados en una esquina de la mesa. Había una maleta —grande y negra como un gigantesco maletín de médico— sobre un sillón de orejeras de piel marrón junto a la pared. Eché una rápida ojeada al pasar. Blanco de ropa interior. Zapatos. Un jersey grueso, precioso, como el que llevaría la pareja de patinaje de Sonja Henie.

Me senté en otro sillón de piel, frente al escritorio, abrí el bloc, busqué la página y levanté la mirada, preparada. Pero Mr. Leland no estaba preparado. No parecía dispuesto a hacer nada que no fuera mirarme fijamente. Esta vez no me miraba para pasar revista a mi cerebro sino para enviarme un mensaje, para hacerme saber que él sabía que yo había hecho inventario de su maleta. Yo me revolví ligeramente, pero la piel del sillón era tan suave que estuve a punto de resbalar. Me vi cayendo al suelo de espaldas —plaf— con las faldas para arriba, y sentí que me ponía colorada. Edward Leland lo notó; en realidad, parecía verlo todo. Probablemente, sabía que el jersey del maletín me había robado el corazón. (Era azul marino con grandes copos de nieve en forma de estrellas blancas).

—Supongo que se preguntará por qué la he hecho venir, Miss Voss. —¿Qué esperaba que le contestara? ¿Sí? ¿No? Tanto lo pensé que cuando decidí decir «sí» ya era tarde.

Edward Leland estaba inmóvil, enmarcado en el alto respaldo de su sillón, sin quitarme los ojos de encima. Era como un científico que examinara un ejemplar raro: «A ver cómo reaccionan estas secretarias bajo presión. Miran nerviosamente de un lado al otro de la habitación. Oh, y se muerden el labio inferior». Respiré hondo y traté de quedarme tan quieta como él. De pronto, como si no hubiera habido silencio, prosiguió:

—Últimamente he faltado mucho al despacho. —Yo asentí—. ¿Tiene idea de dónde he estado? —No sé por qué, pero comprendí que no era el momento de hacerme la tonta.

Dije lo que las chicas decían a la hora del almuerzo.

—Tengo entendido que ha estado en Washington.

—Ya. Bien, ¿qué dice la gente que he ido a hacer a Washington? —preguntó. «Yo quiero irme a mi casa», pensé. Sin apartar sus

profundos ojos de mi cara, preguntó—: ¿La violento?

«Quiá —pensé—, si me divierto horrores…». Pero no pude reprimirme.

—Un poco.

—No es mi intención, pero deseo saber lo que se comenta en la oficina. —Tenía los ojos más que castaños. Eran unos discos negros. El iris y la pupila se confundían—. ¿Y qué se supone que hago yo en Washington?

—Eso nadie lo sabe.

—¿No se hacen conjeturas?

Tenía una voz grave y áspera; eso hacía que sus preguntas resultaran tan intimidatorias. Aquella voz tan poderosa e importante, aquella voz que conseguía todo lo que quería, se dirigía a mí. ¡Ay, Dios!, ya empezaba a sudar: las gotas me resbalaban por la nuca y luego por delante, desde los bajos del sostén hacia el ombligo.

Éste fue el momento que eligió para sonreírme. Fue una sonrisa amplia, afable, la clase de sonrisa que los abogados no suelen usar, salvo, acaso, para los mejores clientes. Al igual que la voz, la sonrisa era un arma. Un arma tanto más eficaz porque en aquella cara desfigurada quedaba descentrada. Pero le iluminaba. Hacía de él la persona más maravillosa del mundo. Me sentí inundada de felicidad. La vida era hermosa… y Edward Leland se había apiadado de mí.

—¿No tiene idea de lo que he estado haciendo, Miss Voss? —O sea, que no se había apiadado.

—Imagino que gestiones para sus clientes, Mr. Leland. —Su sonrisa desapareció. Hizo girar un clip entre los dedos, aguardando pacientemente. Sabía que conseguiría lo que quería—. ¿Desea algo más?

—¿Qué clase de gestiones, Miss Voss?

—Mr. Leland, perdone pero…

Se inclinó hacia mí. La luz se reflejó en sus ojos negros que parecían brillar más de lo normal.

—Vamos, usted parece una muchacha inteligente. En Europa hay guerra. ¿Qué habría de buscar en Washington un abogado?

No hacía falta ser un genio. Cualquiera lo bastante inteligente como para poner la radio podía responder a eso.

—Imagino que sería de gran ayuda para sus clientes que usted conociera los planes del Gobierno. Por ejemplo, cuánta ayuda vamos a enviar a Inglaterra. Si es mucha, podrán ganar mucho dinero. —Tendría que haber dicho: «Conseguir beneficios». A los ricos no les gusta la palabra «dinero».

Pero eso no pareció importar a Mr. Leland.

—Muy bien —dijo—. ¿Alguna otra idea?

Yo tragué saliva. Me dolía la garganta. Estaba jugando conmigo. No; estaba probándome y ni que me mataran hubiera podido decir si sería preferible pasar la prueba o fracasar. Pero, como en un examen del instituto, decidí probar fortuna.

—Podría ser, en fin, una persona de esas que piensan que no deberíamos mezclarnos en lo que ocurre allí y va a Washington para asegurarse de que es así. —En otras palabras, uno de los que sustentan la doctrina de «América primero», un condenado aislacionista. Si seguía haciendo preguntas, más tarde o más temprano (más temprano), descubriría mis ideas políticas que no serían muy del agrado de un conservador. Pero, ¿cómo poner fin al interrogatorio? ¿Dándole con el bloc en la cabeza? ¿Echando a correr?

—¿Yo, aislacionista? Es una idea curiosa, pero no pienso hacer un secreto de mis preferencias por la intervención. De todos modos, me parece muy interesante. Me gusta saber lo que piensa la gente y a veces —cogió una pluma estilográfica negra y oro y la hizo girar entre las palmas de las manos—, a veces, pierdo el contacto con la realidad. Cuénteme más. —La garganta se me contrajo todavía más. Me irritaba su acento culto. Dejó la pluma—. Continúe, Miss Voss.

—Quizás hace cosas de espionaje para el Gobierno —solté de pronto. Traté de reírme de mi descabellada idea (rezando para que él me imitara), pero no conseguí ni empezar a tirar de los músculos faciales. ¿Y saben por qué? Porque estaba convencida de que era la verdad. Desde luego, lo dije sin pensar, pero debía de hacer mucho tiempo que la idea me rondaba sin darme cuenta. Este individuo de ahí delante que siempre anda de viaje podría hacer *cualquier* cosa. Y parecía más propio de Edward Leland hacer algo peligroso que algo, simplemente, provechoso.

Entonces, bruscamente, pensé: «No es justo. Llamarme a su despacho, presionarme, hacerme hablar. Podía preguntarme lo que

se le antojara y, si no le gustaba la respuesta, o no le gustaba yo, adiós mis veinticinco dólares a la semana. Adiós mi vida».

—No es justo —dijo—. Yo la estoy interrogando sin darle siquiera un indicio de por qué la he llamado.

¿Cómo saber a qué atenerse con un hombre como él? Yo veía ante mí a un hombre que casi podía leer el pensamiento, que se iba a Washington con la misma facilidad con que yo tomaba el Metro. Pero también veía algo más que un gran abogado de Nueva York. Yo había visto a más de cuatro. Él era diferente.

Eso se notaba en la interesante cara de Edward Leland. Por algo tenía una cara que todo el que era alguien en el país sentía la tentación de mirar despacio. Y también el que no era nadie: yo tenía que esforzarme para no mirarle como una boba.

Aunque la voz de Edward Leland era áspera —grave y profunda—, y aunque en la oficina se rumoreaba que se había criado en una granja de Vermont hablando a las vacas, tenía un timbre muy aristocrático.

—Es usted muy observadora. Yo realizo algún que otro trabajo para el Gobierno. —Algún que otro trabajo—. Aunque no «cosas de espionaje», como usted dice.

«¿Que no? Vamos, que no me chupo el dedo», pensé.

—Sí, señor —dije.

—En resumen, tal como están las cosas en Europa, necesito a una persona que pueda llevar la correspondencia en alemán. No mucha. No tanta como para contratar a una persona fija.

—Si en algo puedo serle útil, Mr. Leland… —Fue todo lo que se me ocurrió. En los cursos de secretariado de la academia «Grover Cleveland» no hay lecciones acerca de: «Conducta a seguir en posibles casos de espionaje».

—Me he tomado la libertad de examinar su ficha personal y hacer indagaciones —prosiguió Mr. Leland—. ¿Imagina por qué?

Canastos, si el bufete se hundía, aquel sujeto podía hacer una fortuna jugando a las Veinte Preguntas. Entonces empecé a hablar de prisa porque no quería que me leyera *este* pensamiento.

—Si trabaja para el Gobierno, probablemente, no querrá dictar a una persona que tenga una pasión secreta por un general alemán.

—¿Cuál es su general alemán favorito? —me preguntó de pronto. En aquel instante parecía alegre, casi joven. Imagino que se

alegraba de que no me hubiera puesto en pie, marcando el paso de la oca; hasta el momento, todo iba bien.

—¿Quiere decir cuál me cae peor? —Asintió—. En este momento, me parece que Kaupitsch.

¡Pumba! Inmediatamente, dejó de sonreír; yo había pulsado el botón mágico. Pero era extraño. No hacía falta ser licenciado en Derecho por Yale para conocer a Kaupitsch, el tipejo nazi que mandaba la invasión de Dinamarca; su nombre campeaba en la primera página de todos los periódicos de la ciudad.

—Veo que está al comente de la guerra —dijo Mr. Leland que no parecía muy entusiasmado.

«No tanto como tú, majo». ¡Cómo me habría gustado decírselo!

—Leo el *Daily News*, Mr. Leland —fue lo que dije.

Y entonces, ¡zas!, me vino a la cabeza el jersey del maletín, el grueso jersey de los copos de nieve en un tibio día de abril. Imagino que no sería tan tibio en Dinamarca. Pero luego pensé: «Bah, ¿y cómo quieres que vaya allí en plena guerra? Él puede ir a Washington a leer informes de espías, pero…».

—En resumen, Miss Voss. Su expediente es magnífico. El siguiente paso, porque esto, efectivamente, tiene que ver con el Gobierno, aunque de modo muy somero, es que una de las agencias investigue su pasado.

—¿Se refiere al FBI?

—Aquí tengo varios papeles para que me los rellene —dijo como si no me hubiera oído—. Los datos de rigor: nombre, estudios, anteriores empleos. Pero, antes de seguir adelante, creo que debemos asegurarnos —me dedicó otra sonrisa, ésta un poco más pequeña, no real; una sonrisa de abogado, como las que repartía John—, aseguramos de que no le importará que su vida sea, digamos, escrutada.

—Quieren asegurarse de que mi tío favorito no está en las SS.

—Exactamente. Me gustaría saber algo más acerca de su familia.

—Bien, la familia de mi madre es inglesa, me parece. Pero no inglesa-inglesa sino americana. —Cogió un lápiz y anotó unas palabras. Yo hubiera podido ahorrarle la molestia, tomándolo en taquigrafía y transcribiéndolo luego palabra por palabra—. La familia de mi padre es cien por cien alemana, pero todos han muerto. Y, aunque no hubieran muerto, entonces no había nazis ni

nada de eso. —Hubiera podido decir: Eh, no hay de qué preocuparse, porque eran judíos, y todo resuelto. Tan resuelto que hubiera podido costarme el empleo. Conque proseguí—: Mi padre trabajaba en una fábrica de embutidos. Era encargado. Pero con la Depresión… —Edward Leland tenía algo que te hacía seguir hablando. Si no andaba con ojo, podía contarle la historia de mi vida, desde mi primera papilla y la religión de mi padre, hasta mi amor por el que, durante un par de semanas por lo menos, aún sería su yerno—. Mi abuelo murió cuando mi padre era niño, hacia mil ochocientos noventa y tantos, supongo. Y mi abuela trabajó en una fábrica de botones hasta que mi padre consiguió su primer empleo.

—¿Ella es la que le enseñó el alemán, la persona de la que hablaba usted con tanto cariño?

—La misma. —Conque por eso se interesaba él en febrero.

—¿Otros familiares o amigos?

—Mi madre tiene cuatro hermanas, pero la única con la que mantenemos contacto ahora vive en Seattle. Y también tenemos primos en Brooklyn… Oh, usted se refiere a la familia de mi padre. Sólo unas pariente en Alemania, en Berlín, con las que se carteaba mi abuela.

—¿Sabe cómo se llaman?

Lo que preguntaba era: «¿Son nazis?».

—No me acuerdo. Pero ya deben de tener casi ochenta años. Eran dos viejecitas, hermanas. Creo que una se llamaba Liesl.

—¿Y el nombre de pila?

—Liesl es nombre de pila, Mr. Leland. —Esta gente imagina que sólo puede ser femenino Mary o Babs—. El apellido no lo sé. De todos modos, posiblemente ya estén muertas. Creo que tenían poco más o menos la edad de mi abuela, y ahora ella tendría setenta y nueve.

—¿Tiene amigos, parientes o vecinos que hayan expresado simpatías por Hitler o su política?

—Mr. Leland, los únicos que pueden tener simpatías por los nazis son algunos de los que llegaron durante los diez o veinte últimos años. Ellos todavía son alemanes. Pero la gente de Ridgewood son buenos americanos.

—Estoy seguro. —Fue curioso; durante un segundo nos miramos sabiendo que su cortés «Estoy seguro» era una hipocresía. Y al

instante decidimos olvidarlo. Los dos desviamos la mirada.

—De acuerdo —dijo Mr. Leland—. Me parece que eso es todo. Empujó los formularios hacia mí. —Ni que decir tiene que esta conversación no debe salir de estas cuatro paredes.

—Por supuesto, Mr. Leland.

—*Nadie* debe ver esos formularios. Si un día trabaja usted para mí su trabajo será absolutamente confidencial.

Yo doblé cuidadosamente los papeles y los metí entre las hojas del bloc de taquigrafía mientras me preguntaba: «¿Esto significa que tendré que dejar de trabajar para John?». Apreté el bloc con tal fuerza que el alambre se me clavó en la mano. ¿Significa esto que, ahora que Nan se ha ido a Reno, John dejará el bufete y han tenido que buscar un trabajo para mí, de manera que…?

—Yo sólo la necesitaré de vez en cuando. Naturalmente, usted seguirá trabajando para Mr. Berringer. ¿Algún inconveniente, Miss Voss?

—Ninguno, Mr. Leland.

Volvió a mirarme fijamente.

—Bien, me alegrará trabajar con usted, Miss Voss.

—Muchas gracias, Mr. Leland. ¿Desea algo más?

—Nada más por el momento.

A las ocho de la noche yo estaba tan exhausta como puede estar exhausto un niño pequeño: torpe y tan irritable que por cualquier cosa me hubiera echado a llorar. Tenía el cuerpo tan desmadejado y pesado que al menor descuido podía caer de bruces y abrirme la cabeza con la máquina de escribir; ya veía la sangre gotear sobre el punto y coma y la L. Y lo que hacía todavía más duro trabajar hasta tan tarde era pensar en mi madre sola en casa, muy maquillada y sin nadie que le dijera lo guapa que estaba, antes de que saliera a la noche.

Pero me animé en seguida, y sin necesidad de dos litros de café. John salió de su despacho, se paró al lado de mi mesa y cogió las cartas que yo había pasado a máquina. Las firmó rápidamente.

—Esta tarde, a última hora, hablé con Mr. Leland —me dijo. Dejé lo que estaba haciendo que era lamer un sobre y en el último instante me acordé de dejarlo encima de la mesa, o me hubiera

quedado con él colgando de la lengua. Durante todo el día había estado preocupada pensando en lo que haría si Mr. Leland me daba trabajo. Puesto que no podía comentarlo, imposible decir: «Usted perdone, Mr. Berringer, tengo que dejar esta carta suya porque he de ir al despacho de Mr. Leland y tomar una carta de espionaje». Tampoco podía excusarme para ir al tocador y volver al cabo de hora y media—. Me ha dicho que le había dado unos formularios —agregó John.

—¿Unos formularios? —Mr. Leland me había dicho chitón. ¿Qué podía contestar? «Sí, tengo que rellenar un formulario del FBI de un kilómetro. ¿Quiere que se lo enseñe?».

John sonrió, asintió y me dedicó uno de sus guiños especiales.

—Tiene razón, desde luego. Usted no puede saber si mi interés… —apoyó la mano en mi máquina de escribir: dedos largos, elegantes, aunque sin exagerar. Yo estaba hipnotizada por la mano —. Usted verá —su voz se hizo casi un susurro, pero un susurro muy ufano—, usted verá que yo colaboro muy estrechamente con Mr. Leland —retiró la mano y la metió en el bolsillo—, en este asunto.

Yo quería confiar en John plenamente. Yo quería creer que él no hacía nada que no fuera absolutamente perfecto. Pero no podía. Si la hija de un individuo me hubiera arruinado la vida, yo no iría por ahí presumiendo de que colaboraba estrechamente con él.

Y, por lo que se refiere a Mr. Leland, si mi yerno no tenía lo que hacía falta para retener a mi hija, yo no me dedicaría a beber coñac con él diciendo: «Bueno, bueno, viejo, ¿qué te parece, cómo crees que podemos combatir el peligro fascista?».

Y si es Nan… Veintiún años, una auténtica intelectual, una chica de la que todos dicen que, de haber nacido hombre, habría llegado tan lejos como su marido, o como su padre, incluso; todo un cerebro, vamos, pero se mete en el despacho de su padre pregonando de Quentin, cuando hasta un chimpancé hubiera tenido el sentido común de cerrar la puerta.

Yo no los entendía. No actuaban como personas reales, ni siquiera como personajes de película. Parecían regirse por unas reglas que nadie más que ellos conocían. Pon a John y a Mr. Leland

en una habitación a solas y, cuando dos personas normales se hubieran saltado al cuello, ¿qué hacían ellos? Colaboraban «estrechamente». Pon a Nan Leland Berringer en un lugar público, bajo presión, en una situación en la que cabría esperar flema y serenidad, ¿y qué pasa? Pues que el orgullo del «Colegio Universitario Smith» se pone a pregonar que quiere casarse con el número dos —cuando todavía tiene al número uno— en voz tan alta que podrías oírla desde las antípodas.

En cierta manera, yo podía comprender a John: no su orgullo pero, por lo menos, su reticencia para decir a un hombre como su suegro que se fuera a freír espárragos. Al que no entendía en absoluto era a Edward Leland. A pesar de sus trajes caros y su buena gramática, era un individuo al que *nadie* hubiera querido contrariar. ¿Y qué dice a su única hija? «Cierra la puerta, Nan». De acuerdo, nadie sabía lo que pasó después, pero todo el mundo podía darse cuenta de qué era lo que deseaba la niña: un compartimiento de primera en el primer tren para Reno.

De acuerdo, probablemente Nan era una fierecilla, pero, ¿no podía su padre, un tipo duro de verdad que se ganaba la vida manejando fieras, no podía decir?: «Mira, guapa, te emperraste por este tipo hasta el extremo de no poder esperar a que se acabara el curso de junio para casarte con él. ¿Qué te pasa ahora? ¿Ya te has cansado, antes de los tres años? Vamos, mujer, dale una oportunidad. Vete a casa y ten un par de hijos. Y, si vuelvo a oír hablar del tal Quentin, te doy un buen puntapié en el trasero».

Es lo que hubiera dicho mi padre.

Lo peor de ser secretaria son las sillas. Son tan bajas que, cuando el jefe se acerca a tu mesa, ese primer momento en que das media vuelta para mirarle, a ver si adivinan lo que ves. Y no es que vaya a pasar nada, porque en toda la historia de la Asociación de Abogados de la ciudad de Nueva York no ha habido ni un solo pantalón indiscreto.

John volvió a salir del despacho. Se acercó mucho, inclinándose sobre mí para dejar un conocimiento de embarque encima de la mesa.

—Haga el favor de entregar esto a Mr. Withey a primera hora de

la mañana —dijo.

—A primera hora —dije desde mi silla.

Estaba tan cerca de mí que su brazo me rozó el hombro. En aquel momento debía de tener la guardia baja, porque, de pronto, ¡pumba!, un deseo que nacía en lo más hondo, abajo, abajo, explotó bruscamente, privándome del sentido. Me sofoqué. Estaba atontada. Traté de controlarme, de respirar despacio, para que no me delatara el jadeo; me concentré en una hoja de papel carbón. La acerqué a la luz, fingiendo comprobar si todavía podía aprovecharse. Eso me permitió darle la espalda, porque lo que yo sentía no era sólo el calor de la cara. Él estaba tan cerca que comprendí que parte del calor venía de él.

Pero no era yo la que calentaba a John. De todos modos, yo lo noté: era la subida de temperatura de un hombre que necesita desesperadamente a una mujer, un hombre que está deseando salir del despacho, dejar atrás el día. Se apoyaba ora en un pie ora en el otro, dispuesto, y más que dispuesto, a salir a la noche.

—¿Algo más, Mr. Berringer?

—¿Decía? —Estaba aturdido. No era la fatiga.

—¿Algo más, esta noche?

—No. Me marcho.

¿Adónde? ¿Al apartamento? ¿A cenar solo? ¿A meterse en la cama, entre unas sábanas que no había cambiado desde que ella se fue, hacía un mes, a respirar profundamente, tratando de captar el último vestigio de su perfume?

¿O a buscar a otra? ¿Una dama elegante, otra Nan, que le hiciera relajarse, frotándole la nuca con dedos frescos y hábiles? ¿O una golfa, tan caliente y ansiosa como él?

—Hasta mañana, Mr. Berringer. Que usted lo pase…

Pero ya estaba en medio del corredor. Ni siquiera se llevó la cartera.

El que hubiera hecho los modernos muebles del despacho de John era un artista. En la oscura habitación, iluminada únicamente por las luces del vestíbulo, la mesa negra tenía un lustre regio que le daba vida. Me senté en un sillón meciéndome hacia uno y otro lado. En el gran bufete no quedaba nadie, ni siquiera la señora de la

limpieza. En aquel silencio, descarté a todas las mujeres con las que había imaginado a John y me lo imaginé solo en su apartamento. Le vi tirar la americana, aflojarse la corbata, desabrocharse la camisa, sintiendo en el pecho el aire tibio de la noche. De pie en una sala tan oscura como su despacho. Solo en el silencio, ansiando sentir el contacto de unas manos. Lo mismo que yo.

Acaricié la sedosa madera de la mesa, pasé los dedos por los suaves cantos. ¡Qué bien hecha!

¡Y qué robusta! No había forma de abrir el cajón de abajo de la mano derecha sin la llave. No es que yo fuera a hurgar con una horquilla, pero con la mayoría de los cajones no necesitas herramientas: una buena uña y un tirón son suficientes.

Me erguí en el sillón; yo nunca forzaría un cajón. Luego, palpé bajo la carpeta y la base de la lámpara de sobremesa. Jo. Nada. Tampoco en los cajones que no estaban cerrados con llave. Pero al fin la encontré, dentro de un departamento de su calendario de piel: la llave de la mesa.

A propósito de buena artesanía: la llave abrió la cerradura sin el más leve chasquido y el cajón se deslizó como si yo le hubiera silbado y estuviera ansioso de acudir. Busqué con la mano. Sólo un abultado sobre de papel manila.

Me levanté y cerré la puerta con llave. Si una sabe que está haciendo algo malo, algo de lo que debería avergonzarse, o que lo deje o que lo haga a conciencia; el medio pecado no existe.

Luego volví a la mesa de John y encendí la lámpara. Era un sobre de «Blair VanderGraff & Wadley». No tenía inscripción. Solté la lengüeta del cierre y lo vacié encima de la mesa, memoricé el desorden y formé un pulcro montón. Yo podía ser una cotilla, pero que no se dijera que no era una gran secretaria.

Luego, repasé el contenido. Todo se refería a ella. John había reunido recuerdos suficientes para abrir un museo de Nan Leland Berringer. Pero habría sido un museo patético: recuerdos románticos de una esposa enamorada de otro.

Empecé por las dos cartas. La primera habría sido escrita al principio de todo.

Querido John:

El domingo te dije que era congénitamente incapaz de

disimulos. Por lo tanto, no trataré de atraerte con argucias femeninas ni procuraré que amistades comunes te hablen de mí a intervalos regulares. Sólo te diré que tengo grandes deseos de verte cuando vuelva a Nueva York después de los exámenes.

Sí, comprendo que ha de ser violento para ti, que no tenías intención de hacer que una tarde de conversación, un leve flirteo, fuera tomado tan en serio. Tu ideal de mujer no puede ser una estudiante de dieciocho años. No obstante… No obstante, yo sé que te sentiste tan atraído por mí como yo por ti.

Ya lo ves, John, no sé disimular.

Me dijiste que todos los chicos de Amherst debían de andar detrás de mí. No lo sé ni me importa, no me interesan los chicos. Yo quiero un hombre, un hombre brillante y sensible. Un hombre como tú.

No puedo explicarte lo que significó para mí nuestra conversación de la glorieta, conocer a alguien que no sólo se interesa profundamente por las cosas que me interesan a mí, sino que, además, puede expresarse con tanta percepción y profundidad. Deseo volver a hablar contigo. Me consta que tenemos muchas cosas que decimos.

Ya te dije que no sé disimular. Lo que no te dije es que soy perseverante. Si tú no llamas, llamaré yo.

Con todo mi afecto.

Firmaba «N». Yo pensé: «Así ya pueden ser ricos, ahorrando en la tinta». Y después: «No puedo creer que una chica de dieciocho años tuviera el valor de escribir una carta como ésta. Y, aún menos, que estuviera a solas con John Berringer en una glorieta y quedara deslumbrada por su profundidad. ¿Profundidad? Pues bien claro lo ponía, con todas sus letras».

La segunda carta también estaba firmada con una «N».

Amor mío:

No sabes cuánto lo siento. Fue culpa mía. No debí ir contigo al hotel ni dejar que las cosas llegaran tan lejos. Ya sé que tú no eres un adolescente, que estás acostumbrado a conseguir de las mujeres todo lo que deseas y que tus deseos son los de un hombre.

Dejé la carta en la mesa. Aquello era lo peor que había hecho en mi vida. Era lo más denigrante, husmear en la intimidad ajena.

> *Pero, John, cuando ocurra, tiene que ser lícitamente. Debe hacerse (y, por favor, no me tomes por una pedante), debe hacerse en estado de gracia. Yo te quiero. Yo te adoro. Y, si insistes, haré cualquier cosa para demostrarte que soy tuya. Pero, te lo ruego, no insistas hasta, en fin, hasta que realmente sea su tiempo.*
>
> *Tu*

Acerqué el sobre a la lámpara. El matasellos era del 19 de febrero, once días antes de que se casaran.

Lo dejé en la mesa y pensé en mis relaciones con George Armbruster. Si me hubiera hecho valer, si hubiera jugado mis cartas con inteligencia y dicho: Oooh, sin estar en gracia no hay nada que hacer, George, ¿quién sabe?, quizás al día siguiente me hubiera presentado a un hermano soltero, diciendo: «Aquí tienes a una chica sana y decente». Hubiera podido tener una casa, dos niños y un comedorcito para desayunos.

La vida que yo estaba contemplando era mucho más interesante que la mía. Volví al montón de objetos. Localidades. Un libro de Goethe. *Diván Oriental y Occidental* que, según tenía entendido, era bastante fuerte. Era regalo de ella; estaba dedicado de su puño y letra: *A mein Liebe, de N. A* mi amor. Podía ser muy inteligente, pero no le habrían venido mal unas cuantas lecciones de alemán; si quería usar «amor» en este sentido, hubiera debido escribir: *Für meine einziege Liebe* o, también: *mein Geliebter*. John lo sabía, desde luego, pero, ¿qué le iba a decir? Amor mío, *mein Liebe* es una barbaridad. Desde luego, tu alemán no es nada del otro jueves. Pero ahora ya no podía decir nada a Nan. Por eso conservaba el libro, las cartas y todo lo demás, porque era lo único que quedaba de ella. A última hora de la tarde, cuando me decía: «No me pase más llamadas, Miss Voss», probablemente, se quedaba sentado en esta misma silla contemplando las entradas o releyendo a Goethe.

Había un programa de un concierto del «Carnegie Hall». La orquesta debía de ser atroz, porque en la página que glosaba la *Misa en re menor* de Bach había comentarios. «¡Horrendo!». «¡Ese

templo!» y «¿Es que nunca acabarán?» en letra de Nan. «Te quiero» escrito por él. Había varios recortes de las notas de sociedad: los anuncios del compromiso y de la boda. Reuní varios datos nuevos: una lista de las damas de honor con nombres ilustres: «Las señoritas Floria Wyatt, Honore Delafield, Dorothea y Alice Brinton, Eleanor Randel y Victoria Courtney». Yo pensé: «Apuesto a que yo y Honore Delafield podríamos ser uña y carne. Hola, Honore, guapa. ¡Linda, mona! ¡Hola!». Descubrí que el verdadero nombre de Nan era Ann y el nombre de soltera de la difunta señora Leland, Caroline Bell y que ésta era prima del presidente Theodore Roosevelt. También me enteré de que John era hijo de los difuntos Mr. y Mrs. Charles Berringer, de Port Washington, Nueva York.

Estaba tan intrigada por estos nuevos Berringer, preguntándome quiénes eran y cuándo habían muerto, que no me fijé en la foto hasta que apoyé el codo en algo resbaladizo. Era una instantánea pequeña y brillante de Nan y John. Estaban tendidos en una hamaca, con los brazos y las piernas entrelazados, como si fueran una sola persona. Ella llevaba *shorts* y pullóver. Él, un pantalón de algodón, sin camisa. Nan apoyaba la cabeza en su hombro y su mano, con el anillo de matrimonio, parecía haber sido sorprendida por la cámara cuando le acariciaba el pecho. En aquella hamaca no hablaban con profundidad, desde luego. Lo que ellos tenían era algo por lo que yo estaba muriéndome.

¡Dios, y qué guapo estaba John! Nada de lo que yo había imaginado que podía haber debajo del traje era tan bueno como lo que se veía en la foto. Su cuerpo era tan perfecto que casi no parecía real. Daba la impresión de ser tan suave y tan duro como los muebles modernos que tanto gustaban a Nan. No era de extrañar que ella no hubiera podido mantener la mano quieta.

Suspiré profundamente. Volví a meterlo todo en el sobre. «Bueno —pensé, soltando una media carcajada—, una noche bien aprovechada».

Luego, apagué la lámpara, y allí sentada, a oscuras, empecé a llorar.

5

Brillaba el sol y las aguas oscuras de la bahía de Sheepshead centelleaban como si alguien hubiera arrojado un puñado de brillantes. Gladys Slade, que llevaba una blusa marinera que hubiera resultado fabulosa en una cría de doce años, hacía pantalla con la mano, pero su ademán era tan ampuloso que parecía el almirante de la flota saludando a todos los barcos del mar.

—Mr. Leland tenía una casa de vacaciones junto al agua. En Connecticut. —Alzaba excesivamente la voz, como para hacerse oír por encima del fragor de las olas, aunque no había olas; apenas el pausado chapoteo del agua contra el embarcadero—. La vendió cuando Nan fue al internado, poco antes del Crac. Tengo entendido que sacó su buen dinerito. —Gladys podía tomar cualquier tema: el agua, *La vida privada de Isabel de Inglaterra y Essex* o las cáscaras de sandía en vinagre, y asociarlo a la empresa.

Yo suspiré. Mi mejor amiga. Pero, a decir verdad, Gladys era uno de los inconvenientes de la soltería. Lo peor no es que se te ponga la cara como una ciruela pasa, que no tengas hijos ni que hayas de ganarte la vida, sino que tus amigas son otras solteronas. Ya sé que parece una crueldad, pero, francamente, el 99,99999 por ciento de ellas andan por ahí sin un anillo en el dedo, no porque tengan la barbilla prognata o el cutis moteado, sino por algún fallo trágico en su personalidad: falta de humor, exceso de humor, porque son unas quejicas, o porque se desviven patéticamente por agradar. Todas mis amigas de la secundaria, chicas simpáticas y despiertas, se casaron en seguida y desde el primer momento estuvieron tan ocupadas manteniendo cautivado al marido que no les quedaban noche libres para las chicas como yo, las infelices solteras. Desde luego, yo pasaba la mayor parte del tiempo

suspirando por John, pero una parte del deseo era totalmente inocente, el ansia de poder hablar con alguien que tuviera algo que decir.

Gladys seguía mirando la bahía con ojos entornados. Una leve brisa le agitaba el flequillo y ella se lo sujetaba contra la frente con la palma de la mano como si su cabeza fuera azotada por el huracán.

—Él había comprado la casa junto al agua y se le muere la mujer. ¡Bueno! A veces estaba días y días sin aparecer por la oficina. Ni siquiera llamaba por teléfono ni nada, ¿Sabes qué hacía? Dejaba a la pequeña Nan con la nana, qué gracia, ¿verdad? Nan y nana… cogía el coche hasta Connecticut y salía a navegar en su balandro *él solo*. Y no es que nadie dijera nada. —Apartó la mirada de la bahía y se volvió hacia mí—. No se habrían atrevido. Quiero decir que ya entonces Mr. Leland era muy suyo, y siendo héroe de guerra y todo eso, podía hacer lo que se le antojara. Pero, ¿sabes qué es lo más fantástico? La clase que demostró tener. Es decir que, incluso con la pena, eso de navegar es muy distinguido.

—¿Por qué te parece tan distinguido ir en un balandro? ¿Es que vomitar por babor, o como se llame, es una forma elegante de guardar luto?

—Hablas así para hacerte notar —dijo Gladys—. Que si «vomitar» y cosas del sexo.

—Nunca en la misma frase.

—En serio, Linda. Y, si no te importa, a propósito de tus temas de conversación, el viernes, a la hora del almuerzo, te empeñaste en obligarnos a todas a escuchar lo que decías de la guerra, como si fueras un hombre, o un profesor y el tema fuera realmente interesante. Tienes que dejar de hacer eso. Quiero decir, dime de una sola persona del bufete, sin contar a los abogados, que esté interesada en enterarse de movimientos de tropas. Y apostaría a que ni a los mismos abogados les importa.

Yo contemplé el agua deslumbrante.

—Ahora, escucha tú, Gladys. ¿No comprendes que no se trata sólo de Europa, ni de Asia? Es todo el mundo. Eres *tú*.

—Basta.

—Acuérdate de lo que te digo: la siguiente será Francia.

—Aquí llega Miss Linda Voss con su célebre número «Los nazis

malvados» cantable y bailable.

—Gladys, ¿no te das cuenta de lo que la gente está consintiendo a Hitler? Ceden por temor al tirano. ¿Y qué creen que hará él después? ¿Mandarles rosas? No; seguirá golpeando cada vez con más fuerza.

A diferencia de Gladys, la gente que del periódico leía algo más que las notas de sociedad y las historietas, estaba auténticamente sorprendida. Eso era lo que a mí me resultaba tan difícil de creer: que ni los genios militares ni los políticos de altos vuelos hubieran imaginado lo que iba a ocurrir.

Era un hermoso domingo de primavera en Brooklyn. La gente sonreía como si no hubiera en el mundo causa de preocupación. Pero los alemanes volvían a marchar. Holanda había caído. Bélgica estaba cayendo.

—Tú siempre esperas de ellos lo peor —dijo Gladys.

—Ellos son lo peor.

—Pero tú eres alemana, Linda.

—No soy alemana.

—No es que andes por ahí bebiendo cerveza en esas jarras tan raras. Es que… te interesa mucho todo lo que hacen.

—¿Y a ti no?

—No como a ti. Porque yo no ando por ahí quitándole a la gente el periódico de la mano ni leyendo reportajes de batallas. —Me miraba, acusadora—. Anita nos hablaba de los regalos de sus damas de honor y tú saliste con la Línea Maginot.

La muchedumbre de paseantes dominicales llenaba las aceras. Unos chicos saltaron a los embarcaderos, se quitaron las camisas a pesar del aire fresco de la primavera, las enrollaron y las pusieron a modo de almohadas y se tendieron en las planchas de madera. Sus pechos, blancos del invierno, subían y bajaban con la pausada respiración. Pero al poco rato un capitán de cara oscura y curtida, les gritó:

—¡Eh, vosotros, fuera de ahí!

Y los chicos se levantaron, se pusieron las camisas y se fueron, rezongando:

—¡En tus narices, compadre! —Pero eran pacíficos.

—Mira, Gladys, si esos chicos vivieran en los países de los que proceden sus familias, ahora llevarían un fusil al hombro —y

agregué—: O habrían muerto.

Gladys echó a andar otra vez. Yo desistí y la seguí. En un día como aquél toda la ciudad se volcaba en la calle. Parecía que todo el mundo había tomado el tranvía hasta Sheepshead Bay para ver el agua y respirar el aire salobre. Por cuatro ochavos era como viajar a otro país. Nosotras entrábamos y salíamos del río humano. Por fin, encontramos un banco vacío y nos sentamos. Yo eché atrás la cabeza, dejando que el sol me calentara las mejillas.

Gladys y yo pasábamos juntas el domingo; yo no sabía si alegrarme o llorar. Empezamos un par de meses después de que muriera la abuela Olga. De pronto, me encontré con un día muy largo y sin compañía. El sábado era noche de jarana para mi madre, hasta el extremo de que al día siguiente apenas conseguía llegar hasta el cuarto de baño, y no digamos dar la vuelta a la manzana. Un viernes dije a Gladys: «Si el domingo estás libre y quieres ir al cine o algo por el estilo…». Yo temía que ella pensara que estaba extralimitándome en lo que era una grata amistad de oficina, pero me dijo: «Bueno, este domingo no tengo nada especial», como si ya tuviera comprometidos todos los domingos de los dos años siguientes.

Fuimos al cine y luego a tomar un bocadillo. Mientras yo trataba de decidir si debía esperar tres o seis meses para volver a proponerle otra salida, Gladys me preguntó: «¿Quieres que el domingo que viene demos una vuelta en el *ferry* de Staten Island?».

Después de tantos años viviendo en un mundo de gente casada, por fin tenía a una persona para salir por ahí. Una amiga. Íbamos al centro, casi siempre, al cine, pero también al zoológico, al jardín botánico y, un par de veces, hasta a un museo.

Ella era mi mejor amiga, mi única amiga, pero todo lo que hacíamos aquellos domingos era hablar de trivialidades aunque, eso sí, con todo lujo de cargantes detalles: «¿Sabías que Mr. Nugent es Phi Beta Kappa?[3] ¿Has visto la llave?». O: «Helen Rogers dice que Margaret, la telefonista, ha dicho que la viuda con la que sale Mr. Leland es una tal Mrs. Carter. O Mrs. Carver. El año pasado salía con Mrs. Lamben Jones, divorciada, pero no era por culpa de ella. ¿Te he hablado de su caso? Verás, el marido se enamoró de la profesora de chelo de su hijo. De todos modos, Mrs. Jones, me refiero a la primera, no era aficionada a la música y el marido, en

cambio, era un *melómano* apasionado. Tiene una casa en la Quinta Avenida que es toda una mansión…».

Gladys estaba encantada de disponer de todo el domingo, un día entero, sin interrupciones de trabajo, para hablar del bufete. «Blair, BanderGraff & Wadley»: ésta era toda su vida. Y yo no le pedía más porque, después de tantearla, había descubierto que su pasión por el bufete era su única pasión. A Gladys le gustaba el cine sólo en la medida en que Gary Cooper en *El sargento York* le recordaba a Mr. Leland.

—Si tan americana eres —me dijo Gladys de pronto—, ¿por qué llevaste revistas alemanas al despacho? ¿Y cómo es que sabes lo que pasa allí mejor que Roosevelt?

—Si de verdad lo sé mejor que Roosevelt, antes de un año estaremos todos marcando el paso de la oca. —Me volví a mirarla —. ¿Es que no comprendes lo que está pasando allí?

—Leo el *Mirror* y el *Journal American*.

—¿Sí?

—Y sigo sin entender por qué te pones tan… —hizo una pausa, buscando la palabra—, alterada.

—¿Alterada? ¿Por casualidad decía el *Mirror* o el *Journal American* lo que esos nazis de la mierda hicieron en Holanda?

—¡Linda! Las dos nos apoyamos en el respaldo contemplando la bahía; ella no quería mirarme. Las embarcaciones amarradas frente a nosotras —*Little Muriel* y *Star of Brooklyn*— se mecían al suave vaivén del agua. Los nazis estaban bombardeando Bélgica, barriendo las últimas defensas de Holanda, asesinando a los pocos hombres honrados a los que no habían sacrificado, y Gladys se escandalizaba porque yo les llamaba nazis de mierda.

Yo no entendía a la gente. Ni a Gladys, ni a las otras chicas de la oficina, ni a mis vecinos. ¿Por qué no estaban más indignados? Yo me enfurecía sólo de pensar en las excusas que venía dando la gente desde hacía un año: «Oh, Hitler tenía sus buenas razones para entrar en Checoslovaquia».

Vamos, hombre. Si eres un dictador alemán y tienes un problema, metes a unos cuantos cancilleres en una sala de conferencias y buscas soluciones. No arrollas con divisiones acorazadas.

Si tienes quejas de alguien, ¿le mandas la *Luftwaffe* con un par

de toneladas de bombas como hizo en Rotterdam el muy hijo de puta?

—¿De verdad piensas que entrará en Francia? —preguntó Gladys al fin. Su voz era un poco más suave; quizá yo era excesivamente dura con ella. No era boba, pero trataba de desentenderse de todo lo que estaba ocurriendo al otro lado del océano, por el simple sistema de no pensar en ello. Pero ahora los americanos empezaban a sentirse preocupados. Incluso, asustados. Yo lo advertía, notaba ese temblor de miedo, ese: «Oh, no, a mí no podrían hacerme *daño*» en la voz de Gladys. Pero ¿por qué no estaba ella, por qué no estaban todos indignados como yo?

—Naturalmente que entrará en Francia —dije—. Y lo único que cabe esperar es que los franceses sean más duros y más listos de lo que yo imagino.

—¿Y si los derrota?

—Gladys, ¿a ti qué te parece?

—No sé.

—Luego, Inglaterra.

—No, ¡Anda, *ya*! Gladys se levantó y se acercó a un carrito de helados. Era una vieja nevera blanca puesta sobre dos ruedas de bicicleta y cubierta de calcomanías de bombones helados, cucuruchos y helados de frutas en los colores más vistosos posible. Generalmente, en el carrito no había más que vainilla y estaba tan blanda que cuando la ponían en el cucurucho y te la daban ya era una especie de puré que te corría por toda la mano y te bajaba por la muñeca.

¡Ah, si yo pudiera hablar, lo que se dice *hablar*, con John! Le diría:

«¿Sabes? Hace dos años, por esta misma época, yo estaba sentada en un parque de Ridgewood con mi abuela Olga. Ella era una mujer muy lista, pero aún decía: “Hitler y los suyos. Chusma”».

John me creería. Él sabía que cuando Hitler llegó al poder, la mayoría de los americanos oriundos de Alemania, como Olga, lo consideraban como a ese primo lejano, bruto y antipático, que se presenta en la comida de Navidad, dice unas cuantas barbaridades y luego se encurda con «Berliner Schlosspunsch»; no duraría mucho. Pero duraba, y ninguno de aquellos oriundos podía explicárselo ni entenderlo. Por lo tanto, decía: «Bueno, en resumidas cuentas, ¿qué

tiene de malo?». Cuando, en 1935, yo expliqué a Olga lo que tenía de malo, ella no me creyó. Aquel día de 1938, en el parque, me dijo: «Ya verás cómo se calma ahora que todo el mundo lo toma en serio». Yo respondí secamente: «No se calmará, ni mucho menos, por lo que respecta a quienes tú ya sabes».

Olga no dijo nada, desestimando mi comentario; ella podía ser judía, pero no era judía *judía*. Finalmente dijo: «Aunque tengas razón, Linda, ¿qué podemos hacer nosotros?».

¿Qué podemos hacer nosotros? Esta mentalidad sublevaría a John tanto como me sublevaba a mí. Estaríamos de acuerdo en que lo que más nos indignaba era el efecto que producía aquel maníaco en la *gente* en general; no sólo en una anciana alemana, sino en los hombres grandes, fuertes y listos. No había más que oír cualquiera de sus discursos enteros —no en cuatro frases que el locutor cortaba para poner el anuncio de jalea— y prestar atención al alemán que sonaba debajo de la voz del intérprete. Yo miraría a John y le diría: «Escucha esto, este hombre está loco. ¿Qué son esos desvarios sobre Sigfrido y toda la corte de trasnochados dioses germánicos?» Pero, ¿qué dice? Y ese estribillo sobre las razas inferiores. Pero, ¿quién es *él*? Y John contestaría: «Él es lo más vil». Él comprendería.

No tenías más que mirar a Hitler para verlo: una cara amorfa, de palurdo ruin. Pero, desde el principio, todos los hombres grandes, fuertes y listos, en cuanto él los desafía, se achican. El viejo Von Hindenburg, la flor y nata, lo mejor que puede ofrecer Alemania, ¿qué hace? Decir: «Adelante, Herr Hitler, aquí tiene a Alemania. Es suya. Sírvase».

Y, antes de que Hindenburg la palmara, no temas más que leer el periódico para darte cuenta de lo que eran Hitler y los suyos: escoria. Escoria de la peor especie, porque no eran bestias, descontrolados ni simples maleantes. Eran unos degenerados. Estaban tan llenos de ira que no se daban por satisfechos con una o dos noches de atrocidades. *Nada* por dría bastarles, y yo lo sabía, y todo el que tuviera dos dedos de frente lo sabía, y lo que yo quería averiguar era *por qué* puñeta. Miren a los mejores hombres de Alemania, a los mejores hombres del mundo y díganme por qué perdían las agallas ante los nazis, ante la escoria.

Si los hombres no pueden ser hombres, ¿quién va a ser valiente? ¿Las mujeres?

John diría: «No te preocupes. También hay hombres como yo… Nosotros les haremos frente».

Gladys volvió del carrito de los helados con las manos vacías.

—Se les ha acabado la fresa.

—¡Qué lástima! —Me pareció que me había mostrado excesivamente sarcástica. ¿Era justo que yo me enfureciera con Gladys porque ella no se enfurecía con Hitler? Ninguna de las dos tenía una vida tan llena de momentos maravillosos como para permitirse desperdiciar un domingo perfecto, en el que, en cualquier momento, los transeúntes podían saludarnos con una sonrisa al pasar o algún desconocido, quitarse el sombrero. No era cosa de perderme ninguno de los pequeños placeres que el día pudiera depararnos, ni siquiera el helado de fresa—. ¿Quieres que busquemos una pastelería?

—No —se sentó a mi lado—; no quiero que nos quiten el banco. —Esperó un segundo antes de hacerme la consabida pregunta—. ¿Alguna novedad de Mr. B.?

—Ninguna.

—¿No ha dicho *nada*?

—Ni pío.

—¿Ni ha dado ninguna señal? —insistió mirándome significativamente.

—Ni parpadear. Lo que ocurre es que, detrás de sus encantadoras sonrisas, no es una persona muy *emotiva*.

—Linda, ¿a ti te parece que *siente* que *ella* se haya marchado?

—Tiene que sentirlo. Quiero decir que, aun dejando aparte lo que supone el matrimonio, ya sabes, marido y mujer además, ¿a quién tiene ahora para hablar?

Gladys asintió. Y entonces pensé: «¿Y a quién tengo yo para hablar? Hablar no de la difunta esposa de Mr. Leland ni de la lamentable vida de Mr. Avenel, sino del mundo en general. Si yo pudiera hablar, lo que se dice hablar, con John, en lugar de limitarme a imaginar conversaciones… Él sabe tantas cosas… Podríamos conversar…».

—Oh, mira, ahí tenemos otro carrito, al otro lado del banco grande —dijo Gladys—. ¿Tú quieres algo? —Negué con la cabeza—. A ver si tienen fresa. Vuelvo en seguida.

Gladys se alejó presurosa hacia la derecha. Por la izquierda

venía un grupo de pescadores domingueros, con sus gorros arrugados, llevando sus capturas colgadas de un cordel; las platijas goteaban en la acera. Uno de los hombres abrió la boca y, levantando la sarta de pescados, dejó que el agua resbalara por su cuello, mientras sus compañeros proferían recios y varoniles jo-jo-jos.

Yo ansiaba poder *hablar*, preguntar a John —dejando aparte a Alemania durante un momento—, por qué todos los pequeños países e Inglaterra y Francia, podían decir: Muy bien, Adolf, camarada, todo para ti. ¿Qué les pasaba? ¿Estaban aterrorizados por un par de desfiles con antorchas? ¿Por los fusiles? ¿Acaso Franklin Delano Roosevelt daba coba al Ku-Klux-Klan? ¡No! Entonces, ¿por qué cedían ante los nazis?

Gladys volvía con una gran sonrisa y un cucurucho de helado de fresa. Su domingo era un éxito. Hablaríamos de John, de Nan y del misterioso Quentin. Contemplaríamos el agua un rato más, luego cerraríamos los ojos y volveríamos a echar la cabeza hacia atrás unos minutos. Cuando abriéramos los ojos, el cielo tendría un azul maravilloso.

Cada vez que pensaba en Europa, yo imaginaba su cielo nublado y lúgubre, como antes de la tormenta. Pero también allí tenía que ser primavera.

Luego, pensé en Gladys y en su cucurucho de helado, en los pescadores y en toda la gente que paseaba por Sheepshead Bay con sus vestidos estampados y sus pantalones de rayadillo. Y lo que yo me moría por preguntar a John —porque él lo sabría, a él le preocuparía— era: «¿Nosotros somos diferentes? ¿Nosotros tendríamos las agallas necesarias? ¿O también aquí oscurecerá?».

Pero hablarle, pero besarle… Valía más dejarlo. Todavía era sólo un sueño.

6

El archivo de «Blair, VanderGraff & Wadley» contenía expedientes desde 1916 y olía a rancio, como si alguno de los casos más importantes —por ejemplo, el litigio de la «General Motors» de 1927— estuvieran criando moho desde hacía años. Pero, aunque olía, por lo menos era un lugar retirado y seguro, situado al extremo de un pasillo largo y estrecho con suelo de baldosas, en el que los pasos resonaban por lo menos a diez metros de distancia, y tenía la absoluta tranquilidad que proporciona saber que eran pasos de secretaria. Garantizado: desde la firma de la Carta Magna, ningún abogado ha ido personalmente a buscar una carpeta.

Yo esperaba, sola, con la mirada levantada hacia los estantes que se combaban bajo el peso de archivadores de casos muertos. Luego entró Gladys y, tres segundos después, Lenny Stevenson. Lenny se coló en la habitación ladeando el cuerpo; en realidad, no era tan enorme, pero la imagen mental que tenía de su propia corpulencia dominaba toda su vida. Y, si bien era cierto que nadie la llamaría pequeña ni en broma, tampoco era King Kong. No obstante, ella se movía como si previera que iba a tener dificultades para pasar por la puerta.

—¡Hey! —dijo. No se complicaba la vida con saludos ceremoniosos. Luego miró a Gladys con expresión de: «¿Voy a tener que explicarlo otra vez?».

—Yo se lo contaré —dijo Gladys. Lenny lanzó un suspiro de alivio al verse libre de una obligación social, con un sonido que en las historietas se describe con un ¡Uffff! Mientras, Gladys se atusó el pelo y se mordió los labios, como si, de un momento a otro, las cámaras fueran a rodar para captar el sensacional anuncio—: ¡Linda, hemos descubierto quién es Quentin!

—¡Anda ya!

Gladys, con ademán teatral, limpió los lentes de pinza que usaba para escribir y que llevaba colgados del cuello con una cinta ocre.

—Hemos hecho nuestras averiguaciones —dijo al fin. Dio a Lenny unos golpecitos en el brazo—. Adelante, Lenore, díselo.

—Hum… —empezó Lenny. Hizo una pausa. Tragó saliva—. Hum… ¿Tú conoces a «Dahlmaier Brothers»? ¿La financiera?

—Nosotros les representamos —me informó Gladys.

—Ya lo sabía.

—Bueno, el caso es que nos escribieron para pedir aclaraciones sobre nuestra minuta. Yo estaba mirando la carta y diciéndome: «Esos financieros no saben ni sumar; no es de extrañar que hubiera una depresión», cuando, de pronto, algo me llama la atención. ¿Lo adivinas?

—¿El qué? —pregunté.

—En el membrete, a la izquierda, estaban los nombres de todos los socios. Nicholas Dahlmaier, Reynolds Dhalmaier…

—Quentin Dahlmaier —dije yo.

—¡Lo sabías! —exclamó Lenny. No es que fuera tonta, es que no comprendía a la gente. Yo creo que su tamaño y la carencia de toda cualidad que pudiera considerarse femenina la había hecho apartarse del mundo de los hombres y de las mujeres; ella no era ni carne ni pescado, de modo que se escondía entre sus libros, retrayéndose hasta el extremo de que le costaba trabajo incluso mantener una conversación de lo más trivial. Cuando le decías: «Hola, Lenny, ¿cómo estás?», te dabas cuenta de que tenía que pensar la respuesta.

—Adelante, Lenny —la apremió Gladys.

—Un segundo —atajé—. No diré que Quentin sea el nombre más corriente del mundo, pero tiene que haber más de uno en todo el distrito del Manhattan. Probablemente…

—Linda, ¿quieres hacer el favor? —exigió Gladys regiamente, como si fuera Bette Davis en un papel de gran dama. Luego, hizo una benévola inclinación de cabeza a Lenny, instándola a proseguir.

Y Lenny prosiguió:

—Lo cierto es que al ver el nombre, Quentin, me dije, ¿qué puedo perder? Y llamé a la contable para explicarle la minuta, y entramos en conversación.

—Se lo pedí yo —me explicó Gladys.

Cualquiera podría pensar que Lenny tenía que ofenderse porque Gladys le interrumpiera para dar a entender que ella dirigía la operación. Pero no se ofendía. Miraba la poco agraciada cara de Gladys con sus grandes fosas nasales y su expresión de rata sabia, con respeto rayano en la veneración. Lenny hubiera podido ser una monja (una monja tamaño familiar, desde luego) contemplando una imagen de la Virgen María.

—Sí —corroboró Lenny—. Y yo le hablé como Gladys me dijo: «Por cierto, le digo, el nombre de Quentin Dahlmaier me suena. ¿De qué lo conoceré?». Y ella dice: «Será de un reportaje que salió en el *Times* o en el *Tribune* cuando él hizo el donativo a la Filarmónica». Y yo le contesto: «Sí, de eso será, de la Filarmónica». Y entonces ella va y me pregunta a *mí* qué me había parecido su foto, que si no le encontraba distinguido. Y yo: «Pues no sé, es difícil, por una foto de periódico».

—Bien hecho, Len —dije yo.

Lenny sonrió ampliamente. En ella todo era excesivo: su sonrisa era tan grande como si tuviera sesenta y cuatro dientes.

—Ella me dice que era muy guapo para su edad y yo le pregunto que cuántos años tiene y ella dice que unos cuarenta…

—No puede ser él —le interrumpí—. Nan sólo tiene veintiún años y…

Entonces Gladys me interrumpió:

—¿Y cuántos años tiene Mr. Berringer? ¿Treinta y cuatro, treinta y cinco?

—Treinta y cinco —dije.

—¿Y qué son cinco años para una muchacha como ella? Sigue, Lenny.

—Bueno, lo cierto es que, como todos los Dahlmaier, está podrido de dinero, que tiene una residencia de invierno en Palm Beach y una casa de verano en Southampton, Long Island, pero…

—Atención al «pero» —dijo Gladys con voz tensa.

—Piensa estar fuera todo el verano. La contable dijo que generalmente se va un mes a Europa, dos semanas a Montecarlo y luego a Irlanda o a Escocia, pero que ahora, con la guerra…

—Es terrible cómo la guerra estropea las vacaciones de la gente —dije yo. Gladys se limitó a asentir, de modo que proseguí—: Oye,

el que se tome un mes de vacaciones extra no quiere decir forzosamente que se va de luna de miel. Apuesto a que luego resulta que ya está casado.

—Pues te equivocas, porque está *divorciado* —dijo Gladys.

—Ella me lo dijo —explicó Lenny—. Mr. Quentin está divorciado, ¿sabe?, y yo le contesté: «Oh, sí, ya lo sabía».

—Pero sólo porque esté divorciado… —protesté. Todo aquello encajaba tan bien con mis sueños, me parecía tan perfecto, desde el elegante nombre de Quentin, hasta la casa de Palm Beach, que estaba segura de que tenía las paredes color crema y las tejas rojas; vamos, que no podía creerlo—. Los ricos siempre están divorciándose. No tienen nada más que hacer, se aburren, y un divorcio es como la película más emocionante del mundo, pero con ellos de protagonistas.

Gladys puso los ojos en blanco como los humoristas de vodevil ante un caso de cretinismo sin remedio.

—Cuéntale el resto, Len.

—Verás, yo me puse a bromear con la contable diciendo que Quentin Dahlmaier debe de ser un gran partido…

—¿Y no adivinas? —interrumpió Gladys.

—La contable dijo: «No; ya no está libre». Por lo menos, así lo creía ella. En «Dahlmaier Brothers» se rumorea que Mr. Quentin se casa, y su secretaria le dijo a la contable que él todos los días pasa dos o tres horas hablando por teléfono con una señora de Reno, pero ni su secretaria sabe cómo se llama, porque Mr. Quentin le dice: «Déme la comunicación que yo me encargo del resto». Como si no quisiera que nadie, ni siquiera su secretaria, supiera su nombre. De manera que, así a voleo, pregunté si la secretaria sabía por casualidad en qué hotel de Reno se hospedaba, porque yo tenía una prima allí.

—¡Buen trabajo Len! —dije—. ¿Y ella lo sabía?

—En el «Bar None Ranch» —dijo.

—¿Cuántas candidatas a divorciadas residentes en Nevada, en el «Bar None Ranch» de Reno, pensarán casarse con hombres que se llamen Quentin?

—¿Qué te parece, Linda? —preguntó Lenny.

—¡Magnífica labor detectivesca! —Apoyé el codo en una caja polvorienta—. Vaya, Quentin Dahlmaier.

—Y *señora* de Quentin Dahlmaier —agregó Gladys.

Volví a sonreír, ahora más satisfecha. A Nan le quedaba una semana y media para cambiar de idea. Y con el bueno de Quentin, podrido de millones y amante de la Filarmónica al teléfono durante dos o tres horas al día, no era probable que cambiara.

Sucedió unas dos semanas después, nada menos que en «El Elefante Azul», el bar de las secretarias. Cualquier local decente con ese nombre tendría montones de regordetes elefantes azules pintados en la pared, o elefantes niño y niña en los aseos de caballeros y señoras, o cañas de refrescos azules. Pero «El Elefante Azul» no tenía más que un elefante pintado en el espejo del bar, y bastante mal pintado por cierto, porque casi toda el anca se había saltado, yendo a parar al *bourbon*, seguramente.

Pero eso a los clientes de la barra no parecía importarles. Aunque era martes, todos los taburetes estaban ocupados. A pesar de la oscuridad, yo podía hacerme una idea bastante aproximada desde la mesa. Siluetas tristes: profesionales de mediana edad a los que nunca se había propuesto participar en la dirección, agentes de Bolsa tan desafortunados que no tenían ni a un posible cliente al que invitar.

El resto de «El Elefante Azul», la sala, era donde las secretarias de bufete solían sentarse en paz y buena compaña. Las consumiciones noeran caras y no tenías que aguantar las miradas impertinentes que parecían preguntar: «¿Quién te has creído que eres para venir aquí?», que recibías en lugares más elegantes. Además, los sujetos que iban a «El Elefante Azul» eran bebedores serios, la mayoría muy trompas para pensar en chicas y no digamos para tratar de hacer conquistas.

—¿Otro? —preguntó al camarero.

Aún tenía tres cuartas partes de mi *gin fizz* al endrino. Lo había pedido porque, qué diantre, estábamos en junio y no se me ocurrió ninguna otra bebida estival, pero era más empalagoso que un jarabe de lima y te daban ganas de pedir a gritos un cepillo de dientes.

—Gracias, no. Esperaré a que llegue mi amiga. —Me miró como si tuviera una cola de un kilómetro de borrachínes sedientos clamando por mi mesa, a pesar de que la mitad de las mesas

estaban libres, pero como yo no cedía acabó por marcharse.

Eran las seis y veinte y, al parecer, Gladys ya no vendría. Después del almuerzo dijo: «¿Te acuerdas de Pat Keyes, la que tenía el pie cavo, que trabajaba para Mr. VanderGraff, hijo? Me he enterado de que su hermana Marie es perforista en "Dahlmaier Brothers". La llamaré, a ver qué puedo sacarle acerca de Mr. Quentin. ¿Tomamos una copa al salir?». Las cejas de Gladys subían y bajaban. Imagino que pretendía aparentar misterio, pero sólo conseguía recordarme a Groucho Marx.

De todos modos, al salir fui a recogerla. Gladys estaba en su escritorio, golpeando el suelo con el pie mientras esperaba que Mr. Avenel rectificara una cláusula. Me dijo: «*Todavía* está hablando por teléfono con Madame, de manera que, si a las seis no he llegado al "Elefante", no me esperes».

Decidí marcharme y pagué. Las noticias que Gladys hubiera recogido de Quentin tendrían que esperar hasta el día siguiente, ya que mi amiga no tenía teléfono en la habitación y los dueños de la casa no admitían llamadas para ella.

De todos modos, no me consumía la impaciencia. Si la información que le había sacado a Marian Mulligan por la mañana era cierta. Nan ya no estaba en Reno y, probablemente, llevaba tres días de luna de miel con Mr. Quentin Dahlmaier. Trataba de imaginarme al bueno de Quentin, pero lo único que conseguía era ver al rico clásico: sienes plateadas, bronceado de Palm Beach y Southampton, delgado —como Basil Rathbone— y con esmoquin. Él y Nan tomaban copas de champaña de una bandeja que sostenía el mayordomo. Era como en cien películas que yo había visto, todas de reestreno. Sublime luna de miel, Nan, mi vidaˆPues también nosotros vamos a pasar todo el verano juntos. ¡Dios y cómo la vamos a gozar!

Pasé cerca de la barra. Por el rabillo del ojo observé que un hombre se giraba en la banqueta y se levantaba. Más que ver, noté que venía hacia mí, y con paso no muy firme por cierto. Nada de particular, pensé: «Con la tajada que lleva ése, antes de que yo llegue a la puerta, ya estará acostado sobre su propia nariz». Seguí andando.

Pero no lo bastante de prisa. Cuando iba a abrir la puerta, una mano me oprimió el brazo. Antes de que pudiera protestar, el

hombre me empujó contra la pared del pequeño vestíbulo. Noté en la cara una bocanada de *whisky* cuando me dijo:

—¡Hola! —No me soltaba. Pero, ¿qué podía suceder en un local público? A pesar de todo, el corazón se me alborotó como si fuera a salírseme del pecho. El hombre no aflojaba la presión de su mano que me oprimía con fuerza. Yo traté de desasirme, pero él se acercó apretándome contra la pared con todo el cuerpo.

—¡Oiga, sinvergüenza…! —dije en voz bastante alta. Durante un instante, no pasó nada, pero luego retrocedió tropezando en sus propios pies y los míos. Pero seguía sujetándome por el brazo. Yo tiraba, tratando de soltarme—. Suelte *ya*. —Le lancé una mirada amenazadora. Pero la amenaza se esfumó al instante.

—Sólo quería saludarla —dijo suavemente John Berringer—. Estoy solo, sin nadie con quien hablar. —A pesar de que allí había muy poca luz, vi que se le empañaban los ojos—. ¿Usted sabe lo que me ha pasado? —Aunque la voz era suave, la pregunta parecía dirigida a todo el mundo.

Estaba borracho. No se caía, pero se comía las sílabas: «’sté sabe qu’m’a’p’ado?».

—Lo siento mucho —dije retirándole la mano de mi brazo. En aquel instante, el corazón me dio otro vuelco. ¡Bum! ¡Él me había tocado!

Entonces empezó a tambalearse tan lentamente que sólo una persona que hubiera vivido con una alcohólica podía darse cuenta de que estaba a punto de derrumbarse.

—Eh —dije, sujetándolo por los hombros.

Estábamos muy cerca. A la luz roja del rótulo de la salida situada encima de la puerta, su cara parecía estar congestionada y húmeda. Tenía mechones de pelo pegados a la frente.

—¿Se encuentra bien, Mr. Berringer?

No contestó.

—¿Mr. Berringer? —Oh, lo fabuloso que iba a ser al día siguiente, cuando estuviéramos cara a cara—. ¿Quiere que le pida un taxi? —pregunté.

No esperé respuesta. Empecé a deslizarme hacia la puerta, pero entonces él se movió, y muy de prisa para estar borracho. Me cerró el paso y me obsequió con el esbozo de una sonrisa, como si no pudiera controlar su encanto y no estuviera seguro del efecto que la

sonrisa iba a surtir. Yo traté de corresponder. Pero no había tiempo. De pronto, me oprimió contra la pared.

—Por favor, Mr. Berringer.

Me apretaba con tal fuerza que yo notaba algo que en la vida creí que notaría.

—Estoy muy solo —susurró, y empezó a restregarse contra mí—. No me rechaces.

«Esto tiene que acabar», pensé, pero cuando abrí la boca no dije nada. Lo único en que podía pensar era en su cuerpo, en sus piernas junto a las mías. Si alguien pasaba por allí… Yo quería advertirle, pero no me salían las palabras. Lo intenté. Levanté la cara.

Su boca vino hacia mí y yo le devolví su beso inmediatamente. De pronto, aquel beso era todo lo que había en el mundo. Y se alargaba y alargaba.

No podíamos parar: hubiéramos seguido indefinidamente. Empezamos a emitir sonidos que no eran ni siquiera palabras. Y yo perdí la noción del tiempo, de la razón y del sentido común, desde luego. Sólo quería más.

Juro ante Dios que hubiera podido hacerlo allí mismo, en aquel vestíbulo, de pie. Él me agarró del pelo, me echó la cabeza hacia atrás y me besó aún con más ímpetu. Estaba completamente borracho. Se apretaba contra mí de tal modo que casi no me dejaba respirar. Entonces empecé a debatirme, sólo por un poco de aire.

—No me dejes —dijo. Pero entonces retrocedió unos centímetros —. Vamos, tú lo deseas tanto como yo.

—Sí. —Lo deseaba. Le abracé y acerqué su cara a la mía, restregándome la mejilla con su mejilla, arriba y abajo, luego, lentamente, busqué sus labios con los míos.

Pero esta vez el beso fue suave, un roce apenas, un amago. Yo traté de atraerle a un abrazo más prieto, pero él se resistía. Adelanté el cuerpo para recuperar su atención y él retrocedió.

—Está bien —dijo. Estaba bebido, pero yo le conocía lo suficiente como para darme cuenta de que su cerebro empezaba a funcionar otra vez. Oh, Dios mío de mi vida, que no acabe tan pronto. Un poco más. Él se llevó las manos a la nuca y retiró mis brazos que colocó a los lados de mi cuerpo.

—Tengo que ir a casa —susurré. Se me hacía difícil hablar. Tenía la boca dolorida de los besos. Y no quería llorar.

—No —me dijo—. Ven conmigo. —Luego, se puso detrás de mí y me empujó hacia la calle.

Probablemente la silla eléctrica duele mucho, y también el látigo, pero no hay nada más angustioso y mortificante que un silencio violento.

John dio su dirección al taxista y luego se recostó en su rincón como si estuviera solo y tuviera mucho en que pensar. Echó la cabeza hacia atrás y entornó los párpados. Tenía un perfil perfecto. Cada vez que pasábamos junto a un farol le brillaba el pelo.

No me tocó. Al segundo semáforo, yo me hubiera apeado de buena gana. No quería ver la expresión de horror —¡oh, no!— que se pintaría en su cara cuando se serenara y comprendiera lo que había hecho.

Yo traté de relajarme, apoyándome en el respaldo. Por lo menos, podía disfrutar del viaje. Sólo había ido en taxi una vez en la vida: cuando fui al hospital a identificar lo que quedaba de mi padre. La gente de Ridgewood que subía a un taxi se sentaba detrás del volante. Mientras subíamos por la Quinta Avenida, hice un gran esfuerzo y miré por la ventanilla, tratando de aparentar que era rica y estaba harta de viajar en taxi, pero no conseguía concentrarme. No hacía más que volverme hacia John. No me cansaba de mirarle.

Un par de veces estuve a punto de hablar y decir: «Qué bochorno hace un la calle». Y luego: «Se hace tarde y usted parece cansado, por lo que vale más que…». ¿Han oído decir eso de que las palabras se te agarran a la garganta? Las mías no llegaban tan lejos. Yo estaba como hipnotizada por el cuello extendido de John, todavía reluciente de sudor y por sus labios bien dibujados. No podía hablar. El silencio llenaba el taxi como si fuera humo.

El taxista debía de maliciarse algo, porque no hacía más que echar vistazos por el retrovisor: En él veía yo reflejada su calva y sus ojos descoloridos. Hubo un momento en el que me pareció que iba a volverse para decir algo, quizás un desenfadado: «Eh, ¿no serán por casualidad partidarios de los “Dodgers”?». Pero debió de notar algo raro, porque rápidamente cambió la marcha y dio gas.

—¿Sabes lo de mi mujer? —estalló John con tanta brusquedad que el taxista y yo tuvimos un sobresalto— ¿Sabes que se ha ido? ¿Lo sabes?

Yo asentí en silencio.

—¿Sabes por qué se ha ido? —No es que hablara en voz alta, es que vociferaba. Yo moví la cabeza negativamente—. Dice que ella necesita algo más. —Me miró a los ojos repentinamente. Yo no pude sostener su mirada y volví la cara. El taxista nos observaba por el retrovisor sin perder detalle. Menudo teatro, y entrada gratis.

—¡Ssss! —hice suavemente, casi como un suspiro, para apaciguar a John sin irritarle. No me oyó.

—Lo que quiere decir es que necesita *a alguien* más.

—El taxista —susurré.

—¿Qué?

—El taxista —repetí, ahora en alemán.

Borracho, pero no tanto. Él cambió de idioma.

—Ha encontrado a un hombre que puede darle algo más. Sea lo que sea eso. ¿Tú sabes lo que es algo más?

—No.

El taxista estaba tan intrigado que ya casi ni miraba a la calle.

—Yo tampoco lo sé —prosiguió John. Sorprendí la mirada del taxista por el espejo. Él la desvió rápidamente, pero no antes de que yo advirtiera su suspicacia; probablemente, aquel individuo veía tantas películas inglesas como yo «¡Cochino nazi!», decían sus ojos. ¡Agentes secretos! ¡Y en un taxi!—. Lo único que yo sé —decía John que desde que hablaba en su exquisito alemán había suavizado el tono— es que hace tres días mi mujer se casó. Ilógico, ¿verdad? Si es mi mujer, ¿cómo ha podido casarse? Por lo tanto, o no es mi mujer o no se ha casado. —Se le anegaron los ojos y él los enjugó con el dorso de la mano—. Mi mujer —susurró.

En un semáforo, el taxista se volvió y, hablando muy despacio, como si quisiera hacerse entender por extranjeros (y extranjeros que no debían de tramar nada bueno), preguntó:

—Se-ten-ta y cin-co, ¿en-tre qué ca-lles?

John iba a seguir con su monólogo; no creo que oyera al hombre.

—Humm —dije—. El taxista pregunta a qué altura ha de dejarnos.

—Entre Park y Lex —dijo él, hablando otra vez en inglés.

El taxista nos dio un último repaso antes de volverse. Yo sabía lo que estaba pensando. Podía oír los diálogos de la película de su vida que ahora desfilaban por su pensamiento. «Su inglés era perfecto,

señor Presidente, y ello despertó mis sospechas tanto como…».

El taxi volvió a llenarse de silencio, pero ahora John tenía los ojos abiertos. Y fijos en mí. No me miraba a la cara buscando comprensión. Miraba al sur.

—Es bonito el vestido —dijo en voz baja.

—Gracias.

Frotó el dobladillo entre el pulgar y el índice.

—Estupendo. —Un vestido de rayón de seis dólares con noventa y cinco no es estupendo.

Pero cuando yo murmuré otro «Gracias», su mano se había deslizado bajo el vestido. La veía moverse debajo de la tela, siguiendo mi pierna. El taxista estiraba el cuello. Yo traté de apartar aquella mano, pero John volvió a hablarme en alemán.

—Dame un beso. —Le besé suavemente en la mejilla—. Así no. —Le besé en los labios. Cuando me volví, el taxista estaba observando a los espías nazis que fingían ser enamorados. Luego volví a besar a John y me olvidé del taxista.

Poco a poco, la mano iba subiendo. Introdujo los dedos por el borde de las medias y me acarició la parte interior del muslo. ¿Cómo sabía él el gusto que daba aquello? Con la otra mano, me atrajo hacia sí.

—Sigue besándome —murmuró—. Sigue. —Yo seguí. No podía hacer otra cosa.

El taxista paró bruscamente con un chirrido. Yo me di un golpe en la cabeza con el cristal de la ventanilla. Y mientras nos enderezábamos, oímos al taxista. Con una voz aún más fuerte que la de John, anunció:

—*Achtung!* Nosotros haber llegado.

John me llevó por el apartamento casi corriendo, de manera que, aunque encendió un par de luces al pasar, la única habitación que vi realmente fue el dormitorio. Pero, vamos a ver, tienes treinta y un años y, aunque no se puede decir que seas una Jezabel, tampoco eres una tierna florecilla. ¿Qué esperabas? ¿Una visita turística con cicerone? A su derecha, Miss Voss, un sofá ultramoderno. Y ahí, en el piano, mi retrato de boda. Pase a la cocina y verá dónde guardo el abrelatas.

John se quitó la americana y la tiró sobre una silla. Yo me quedé esperando que la colgara; en la oficina era tan pulcro y ordenado que no dejaba ni huellas dactilares. Pero no, luego se arrancó la corbata. Cuando la corbata fue a parar encima de la americana, él ya estaba desabrochándose la camisa. «¡Ay, Dios mío —pensé—, este hombre está desnudándose!».

Miré la habitación. Obra de Nan. Una cama de matrimonio que parecía un colchón suspendido en el aire. Dos cajones de aspecto muy caro —mesillas de noche— y un sillón de la misma madera reluciente que la mesa de su despacho. Sobre la cama, un cuadro grande y feo, arte moderno: unos brochazos verdes, como si alguien se hubiera vuelto loco con una lata de guisantes en la mano. No había tocador a la vista y sí una pared de puertas, por lo que a lo mejor guardaban la ropa interior, los pañuelos y… Por el rabillo del ojo, vi la camisa caída sobre la ropa de la silla.

Empecé a contemplarme los zapatos, pero al instante comprendí que se había quitado la camiseta. Iba a levantar la cabeza y oí el sonido de una cremallera. Me volví de cara a la puerta.

¿Qué podía hacer? ¿Meterme en el armario? Mi corazón galopaba.

—¿Es que no vas a volverte? —me preguntó.

Negué con un movimiento de cabeza. La sala contigua al dormitorio era un rectángulo oscuro enmarcado por la puerta. Él se me acercó por detrás, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí. Yo sentía en la espalda el calor de su cuerpo. Me puse tensa pero en seguida empezaron a cerrárseme los ojos. Me eché hacia atrás, apoyándome en él, casi aletargada. Luego, abrí los ojos y bajé la mirada. Sus brazos eran fuertes y hermosos. Las venas de sus manos se prolongaban por el antebrazo. Con un brazo me rodeaba la cintura. El otro me oprimía los hombros y el pulgar se movía en un lento masaje. Yo tomé la mano que estaba en mi cintura y la puse sobre mi pecho.

Él no necesitó mucho más, ni yo tampoco. Me dio la vuelta, y en el instante en que iba a besarme, le vi.

—¡Vaya! ˆsusurré. Era como si, en lugar de nacer de madre, hubiera sido esculpido.

—¿Te gusto? —preguntó, y no se refería a si lo encontraba simpático.

—Sí.

—Entonces déjame verte.

—No puedo.

—Vamos, Linda.

Casi me desmayo al oírle decir Linda por primera vez, con lo guapo que era, más que guapo: hermoso. Y mientras yo procuraba que no me diera el tembleque, me rodeó con los brazos.

Levanté la cara esperando otro beso, y me lo dio, pero lo que él quería era desabrochar los botones de la espalda. Yo seguí besándole, concentrándome en él, en su olor a *whisky* escocés y sudor, que me parecía el más masculino de los olores y me embriagaba de tal manera que casi no me di cuenta de que el vestido caía al suelo y la combinación volaba sobre mi cabeza. De pronto, parecía que lo más natural del mundo era desprenderse de toda aquella ropa prieta.

Él me quitó el sujetador y estuvo acariciándome hasta que me dio vértigo. Luego, se arrodilló y me soltó las ligas. Yo enredaba los dedos en su pelo. Apretó la mejilla contra mi vientre y luego se puso de pie y me besó.

—Fuera lo demás —ordenó.

Yo me quité la faja, las bragas y las medias. Él miraba. Cuando estuve tan desnuda como él, me abrazó otra vez. Yo tenía treinta y un años y ésta era la primera vez que me sentía vivir.

Luego, me llevó a la cama. Apartó la ropa y me acostó.

—¿Tú sabes lo bonita que eres? —dijo echándose a mi lado. «Dímelo tú», pensé.

Entonces recordé haber oído decir que, cuando un hombre ha bebido, en la cama le ocurre algo. Pero estaba tan aturdida que no me acordaba de qué era lo que le ocurría. ¿Qué tardaba más? ¿Menos? ¿Que no podía? ¿Qué podía más que nunca?

John podía. Más. Me pasó los dedos por la garganta y fue bajando hasta el estómago y más abajo.

—¡Qué hermosura! —No se refería a la cara. Volvió a subir—. ¡Linda! —Yo estaba tan fuera de mí que cuando volvimos a besarnos tenía los ojos llenos de lágrimas—. Siempre pensé que debías ser algo serio —dijo él—, pero no tanto.

¡Había pensado en mí! Yo quería saborear la revelación, pero cuando dos cuerpos están tan cerca y tan calientes, el cerebro se

paraliza. No hubo más palabras.

Magia. Eso es lo que hubo entre John y yo. Desde el primer beso, comprendí que todo lo que había imaginado era cierto. Y comprendí también que él me había traído a su casa porque, en aquel bar feo y destartalado, aun borracho, triste y cansado, en una hora baja, también él había intuido aquella magia.

Pero ninguno de los dos sospechaba su fuerza hasta que la magia se consumó. Fue como si todo lo que había ocurrido en nuestras vidas no tuviera valor. Para *esto* habíamos sido creados él y yo, para ser mitades de algo mucho más grande que cualquier otra pareja del mundo.

En aquella cama revuelta y sudada, John Berringer y Linda Voss se convirtieron en un milagro.

7

Este tema no figuraba en el capítulo de «La etiqueta en la Oficina». En la academia «Grover Cleveland» ningún profesor nos dijo: «Después de haber hecho con el jefe todo el repertorio, incluidas algunas cosas de las que habías oído hablar, pero que no creías que la gente las hiciera en realidad, lo correcto es…, ¿cómo os diría yo, niñas? En fin, levantarse, ponerse la faja y decir: ¿Desea usted algo más?».

De manera que yo estaba completamente desorientada y es terrible estar desorientada y desnuda. Hacía apenas unos minutos, los dos éramos la pareja perfecta. Y ahora, el disparate perfecto. Echada al lado de John, sin tocarle, pero lo bastante cerca como para sentir el calor que despedía su piel, me desesperaba tratando de encontrar algo que decir que no le hiciera gemir para sus adentros: ¿Cómo diantre salgo yo ahora de este berenjenal?

Pero hubiera podido ahorrarme la angustia: la respiración de John se hizo más lenta, más pausada y, luego, más profunda. Él no estaba dándole vueltas a cómo librarse de mí, sino durmiendo la mona.

Por lo menos de eso yo sabía mucho. Lo que él era para el Derecho internacional lo era yo en cuestión de borracheras. Y John era el prototipo: echado de espaldas, con un brazo colgado fuera de la cama y con el otro abrazando la almohada, moviendo la mano de vez en cuando como si todavía estuviera en acción, acariciando la tela y oprimiendo un pico de almohada relleno de plumas.

Bajé de la cama lentamente y me acerqué sigilosamente a mi ropa. Pero no eran necesarias tantas precauciones. Hubiera podido ponerme a cantar a voz en grito *Barras y estrellas*. Para despertar a John hubiera hecho falta una tonelada de TNT.

Me vestí despacio, como si él estuviera contemplándome, arqueando el pie como una bailarina al ponerme las medias y levantando la pierna en alto. Cuando me abroché el sujetador, me volví de espaldas a él pero le miré por encima del hombro con coquetería. Yo me decía: «Eres como una modelo veterana de las que salen en las últimas páginas de *Photo-play*». Pero comprendí que estaba copiando las posturas provocativas que se me ocurrían porque del cuello para abajo nunca me había sentido tan… útil. Me toqué —mejor dicho, acaricié— el hombro y luego me volví a mirar a John.

No soportaba la idea de tener que marcharme. ¿Qué había en Ridgewood, o en el resto del mundo, que pudiera compararse con esto? Me senté en el borde de la cama, a su lado, como una esposa. Le peiné el pelo con los dedos pero él no se movió.

Daba gusto contemplarlo. Toda su persona. El vello del estómago se le ensortijaba. Luego, dio media vuelta y quedó de espaldas a mí. Tenía una espalda hermosa, de hombros anchos y cintura estrecha, fuerte como si se pasara el día haciendo paralelas en lugar de practicar el Derecho. Me levanté, le tapé con la sábana y salí de la habitación.

Pero cuando iba a salir del apartamento… no podía. No era sólo que quisiera saber más cosas de él, sino que quería un mapa detallado de toda su vida. Quería respuestas a todas mis preguntas. Vagué por la casa, curioseando en cajones y armarios. Recorrí todas las habitaciones como un detective de baja estofa. Me arrodillé para ver si había algo interesante debajo del pálido sofá de la sala. Sólo una alfombra *beige*. Abrí el armario ropero, para ver de qué color eran las toallas: también *beige*, con las iniciales de Nan bordadas en blanco. Hasta inspeccioné los platos que había en el fregadero: blancos.

Si el apartamento de John y Nan encerraba algún mensaje para mí éste era que el buen gusto era todo lo contrario de lo que a mí me gustaba. Allí *nada* tenía color, ni siquiera la comida; lo único que había en la nevera era una botella de leche que olía como si Nan la hubiera comprado poco antes de tomar el tren de las 8.02 para Reno (para impedir que John, a punto de morirse de hambre al cabo de un par de días, cometiera la herejía de llevar a casa zumo de naranja, carne roja o judías verdes).

Sólo tenían color los pocos cuadros que había dejado. En las paredes había cuatro o cinco ganchos vacíos. Pero tenías que ser un gran amante de los churretes de color para gozar del arte que ella había dejado. Chafarrinones amarillos y pinceladas negras en el recibidor. En la sala líneas azules, como el primer plano de unas varices.

De repente, me sentí muy cansada. Me volví de espaldas a las líneas azules y me acerqué a la ventana. Abrí una rendija, apoyé la frente en el frío cristal y miré a la calle. Silencio, salvo por un: «Vamos ya, estúpido», de un hombre que paseaba el caniche enano de su esposa. Incluso desde el sexto piso veías que el perro llevaba un collar de abalorios. ¿Qué clase de hombre consentiría que su mujer le obligara a pasear un perro que lleva un collar de abalorios?

Se me cerraban los ojos. Oh, y qué sueño tenía. Pero una cosa tenía yo muy clara: o emprendía inmediatamente el largo viaje en Metro hasta Queens o volvería al dormitorio.

Lo que me dio el empujón decisivo fue imaginar la cara de consternación que pondría John por la mañana si me encontraba allí.

Me marché y de prisa.

Imaginé una tos ferina, inventé unas paperas. Incluso conjuré al abuelo Óscar, al que maté de un ataque al corazón —de verdad que lo siento, Mr. Berringer— y al que tenía que enterrar. Pero, a la mañana siguiente, estaba sentada ante mi escritorio. Esperando. Las nueve, las nueve y cuarto, las diez, las once menos cuarto. John no llamaba. John no había llegado.

Yo había leído en el *Brooklyn Eagle* que lo mejor que puedes hacer cuando estás asustada es imaginar lo más espantoso. Así lo que ocurra después siempre será menos. Pero el consejo resultó funesto. Yo me puse a pensar en lo peor que podía ocurrir —¿y cómo evitarlo?—, y a las once tenía un dolor de estómago que me moría. No era un dolor de estómago normal, como de indigestión de tarta de nata; esto era una angustia atroz como si a cada respiración, a cada movimiento involuntario, me rajaran con un cuchillo.

La cuarta parte de un *ginfizz* de endrino no era excusa para lo

que yo había hecho la noche antes. John, por lo menos, estaba borracho. Yo no me paré ni un segundo a medir las consecuencias, y las consecuencias eran espantosas. Podían despedirme.

El dolor era atroz. Y lo peor no sería perder el empleo, sino que podían echarme a la calle sin referencias. Ya me veía de agencia en agencia: «Lo siento, Miss Voss, pero sin referencias de su anterior empresa…». Luego, a casa, a contarle un cuento a mi madre y, finalmente, a buscar alimentos de la beneficencia.

John me llamaría a su despacho, indignado. Le ves a uno borracho y no tienes el decoro de rechazarle. Golfa. (O, también, lo mejor que podía ocurrir. Ja, ja. John llegaba al despacho, presuroso, trayendo debajo del brazo una de esas largas cajas blancas en las que ponen las rosas y anunciaba en voz bien alta: «Linda, te quiero». Si esto no era soñar despierta… Pero, por lo menos durante ese minuto, se me alivió el dolor de estómago). Por fin llegó, a las once y unos minutos. Saludó con un movimiento de cabeza pero no me miró, entró directamente en su despacho y cerró la puerta. Yo tampoco le miré, pero por el rabillo del ojo distinguí la sombra de su traje oscuro.

Había que mantenerse ocupada o volverse loca. Yo me dije: «Por más que duela, hay que moverse». Me obligué a ponerme en cuclillas y pasé media hora repasando unas carpetas del cajón de abajo que estaban ya más bien alineadas que una compañía del Séptimo de Rommel. Era la parte alemana que había en mí: ordenada y metódica. Como la nevera de la abuela Olga, en la que el queso estaba formado detrás de la leche, las zanahorias casi se ponían firmes y las alas de pollo prácticamente saludaban.

Pero no estuve tan alemana la noche antes. No sé cómo estuve, pero los arañazos que le vi en la espalda no los hace una persona comedida. Y yo tenía las señales de sus dientes en la parte interior del brazo. Cuando pensaba en ellas me latían como el pulso en la muñeca.

—Miss Voss.

No oí abrirse la puerta, pero allí estaba él, de pie, esperándome. Me levanté despacio. Entré en su despacho y cerré la puerta, pero el tacón se me enganchó en uno de los pequeños bucles de lana parda de la alfombra. De milagro no me caí de narices, aunque tuve que hacer bastantes piruetas, paso de baile, saltito, otro paso, para no

darme de bruces en la mesa; durante un momento, debió de dar la impresión de que yo estaba bailando o haciendo monerías. Por eso cuando me senté adopté una expresión más sería de lo habitual, para que comprendiera que esta secretaria no era una payasa, sino la competente Miss Voss.

Sentado en su sillón, con las manos juntas, me miraba serio y jurídico. Por lo menos que acabe pronto, decía yo para mis adentros. Nada de: «Estoy seguro de que usted comprenderá lo delicada que es para mí esta situación, Miss Voss, y aunque mucho me complacería poder evitar…». Dios mío, el estómago.

—¿Ha traído el bloc? —me preguntó.

—¿Cómo?

—El bloc —dijo él—. Tengo varias cartas que dictar, y luego unas llamadas telefónicas.

Sus ojos azules no delataban nada. Tenía el aspecto del hombre que ha pasado la noche en una reunión del Colegio de Abogados y no revolcándose en la cama desnudo, borracho y medio loco.

—¿Le va bien ahora, Miss Voss? —Una media sonrisa, como la que dedicaría al chico del quiosco de periódicos o al ayudante del peluquero.

—Sí, Mr. Berringer.

Salí en busca del bloc. ¿Sería posible que lo hubiera olvidado todo? ¿Que hubiera bloqueado el recuerdo y ahora no recordara lo que había ocurrido entre los dos? Volví a su despacho y antes de sentarme ya empezó a dictar:

—A Günther Hoffmann. ¿Tiene su dirección en el archivo? —Sí, Mr. Berringer.

Quería olvidar. O no podía recordar. Yo nunca lo sabría.

Al doblar un recodo del pasillo, me di de bruces con Edward Leland.

—¡Pumba! —Se me escapó, y cuando dije—: Lo siento —mi voz sonó excesivamente alta, alterada. Bajé la cabeza, cohibida, pero como él no se movía, volví a levantarla. Estaba distinto, pero durante un segundo no pude averiguar a qué se debía el cambio—. Perdón, Mr. Leland. —Esto ya sonó mejor, pero él seguía allí parado, mirándome con sus ojos oscuros e inquietantes. Pero

entonces, antes de acabar de azorarse, dije para mis adentros: «¡Ajá!». Mr. Leland *estaba* diferente, sí, más moreno, con un aspecto más saludable. Si hubiera sido un personaje de película, se habría ajustado la corbata delante del espejo diciendo: «Estoy en forma, sí, señor».

Pero en realidad dijo:

—Me alegro de haberme tropezado con usted. ¿Podría reservarme un poco de tiempo mañana, Miss Voss?

—Sí, Mr. Leland.

Este hombre ha tomado el sol, de eso no cabe duda. Se le despellejaba la nariz. Resultaba fácil mirarle la nariz porque no era muy alto. Me di cuenta de que nunca le había visto de pie e imaginaba que detrás de aquel escritorio había un gigante cuando en realidad era sólo unos diez o doce centímetros más alto que yo. Pero fornido, con unos hombros muy anchos, como si su madre hubiera echado una cana al aire con un campeón de boxeo.

Los pómulos también se le despellejaban. Y, bien mirado, no era el bronceado que los abogados ricos se traen de sus playas elegantes. Debajo del moreno tenía la piel roja, quemada tanto por el viento como por el sol. El día en que entré en su despacho y vi aquel jersey grueso de dibujo nórdico en el maletín, se me ocurrió la romántica idea de que quizá se fuera a los países escandinavos en misión de espionaje. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si Edward Leland…? Él interrumpió mis pensamientos:

—La necesitaré por lo menos durante una…

Pero entonces, bruscamente, dio media vuelta y se fue. Como si yo no hubiera estado allí ni él se hubiera parado a hablar conmigo. Se alejó por el pasillo hacia su despacho, con su paso firme de aquí-estoy-yo-el-director-general. Di media vuelta y vi lo que Mr. Leland había oído. Era Mr. Conklin, un abogado que nunca llegaría a ser jefe principal porque usaba pajarita. Era inquietante que Mr. Leland *supiera* que Mr. Conklinse acercaba; aunque estaba hablando conmigo como si nada le preocupara, se mantenía alerta, desconfiando.

Mr. Conklin me miró con gesto de extrañeza. ¿Qué hacía una secretaria sola en medio del pasillo? Y comprendí que eso era precisamente lo que Mr. Leland quería que viera: una secretaria. Una secretaria. Gran cosa.

A última hora de la tarde, John volvió de una reunión en la sala de juntas. Al pasar por mi lado, me rozó el hombro con la manga. Yo, naturalmente, me quedé más fresca que un pepino: del brinco, casi arranco la página de *Kapital* a *Kartoffel* de mi diccionario alemán-inglés.

—Venga a mi despacho, por favor —murmuró.

Esta vez yo iba preparada con el bloc. Pero John se limitó a dejar un papelito, una hoja arrancada de la agenda, en el ángulo de la mesa situado cerca de mí. Yo esperaba una señal, un movimiento de cabeza, un guiño, pero no hubo nada. Yo no me lancé sobre el papel como una loca, pero, puesto que él no me gritaba: «¿Qué te has creído, descarada?», lo cogí. Decía: «"Restaurante Hebel", 325 Este, calle Ochenta y Siete».

Cuando levanté la mirada me dijo:

—Siete y media. —Volví a mirar el papel y agregó—: Eso es todo por el momento. Gracias.

Si no eras un magnate de la *chucrute*, el «Restaurante Hebel» no tenía por qué gustarte. Era uno de esos locales de Yorkville de falso pintoresquismo con camareros sajones vestidos con calzones bávaros de piel que enseñaban unos muslos blancos y gordos como *bratwurst*. En los platos que transportaban, además de un *Wiener schnitzel* acartonado, había bolas de patata mezcladas con *chucrute* y espolvoreadas de semillas de alcaravea que parecían bombas fabricadas según especificaciones de la *Luftwaffe*.

El «Hebel» era un restaurante alemán exclusivamente para americanos. Se anunciaba en los periódicos: un sitio para que un forastero de Indiana dijera: «Tú, Mary Lou, esta noche vamos a hacer una locura, a ver cómo es la comida nazi, así luego lo contamos en el pueblo».

Yo estaba sentada a la mesa, sola, sin malgastar ni una mirada en la colección de jarras de cerveza alineadas en un estante que daba la vuelta al local. Dibujaba con el dedo ojos, narices y bocas en el cristal empañado del vaso de agua helada. John no había llegado, y ya eran las ocho menos diez. Empecé otra vez a sentir lástima de mí; de haber tenido pañuelo, me hubiera enjugado los ojos. Me vería de protagonista de una película muda, la muchacha

de pueblo a la que el desaprensivo conquistador se lleva por el sendero del jardín: seducida y abandonada. Primer plano, yo parpadearía un par de veces, mis labios formarían una gran «O» de dolor y en la pantalla aparecería la frase: «¡Oh, qué ignominia!».

Era tan cursi que ni yo misma pude resistirlo. De todos modos, si quería más melodrama, podía seguir sintiéndome desgraciada durante todo el trayecto hasta mi casa. Hora de marcharse. John, que desde que yo trabajaba para él no había llegado a una cita ni con cuarenta segundos de retraso, no vendría. Y, naturalmente, en el momento en que yo echaba la silla hacia atrás y me levantaba, mi cabeza chocó con su barbilla.

—Vaya, lo siento —dije—. ¿Te hice daño?

—Nada de eso —dijo él con excesiva afabilidad para quien acaba de ser sacudido.

Lentamenté, los dos nos sentamos.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

Yo no me fiaba de mi voz, por lo que me limité a agitar la cabeza. Él movió un dedo apenas un centímetro y un camarero se precipitó a la mesa, respondiendo a la elegancia y distinción de John —el cliente perfecto— con la carta y una amplia sonrisa de lacayo.

Los dos nos enfrascamos en el menú durante varios minutos. Por la forma en que leía cada palabra, cualquiera hubiera dicho que John estaba repasando el contrato más delicado de su carrera. Yo, de vez en cuando, le miraba a hurtadillas. «Eh, ¿por qué llegaste con veinte minutos de retraso?», me hubiera gustado preguntarle. «Saliste de la oficina media hora antes que yo. ¿Adónde fuiste?». No dejaba traslucir absolutamente nada hasta que, de pronto, se me quedó mirando fijamente a los ojos. Aquella mirada me ponía nerviosa, pero podría acostumbrarme. ¡Y qué ojos! Es curioso, pero hasta aquel momento no me había dado cuenta de que tenía unas pestañas muy bonitas. Eran rubias y tan largas que proyectaban sombras en sus mejillas.

Yo trataba de abarcarlo todo: las marcas del peine en su pelo, el bulto de sus nudillos. Pero vino el camarero y John levantó la mirada.

—¿Qué quieres tomar?

—Pues…, bueno…, yo no… Lo que tú tomes. —Qué

originalidad.

Estaba tan nerviosa que ni oí lo que pedía John, pero a los dos minutos el camarero nos traía dos raciones de un estofado que, probablemente, había estado cociendo a fuego lento desde el día del funeral de Von Hindenburg. Por la forma en que estaba amontonado en los platos, era evidente que el cocinero pensó que era su última oportunidad de quitárselo de encima. Ahora, en la cocina, debían de sonar alaridos de júbilo.

El camarero abrió una botella de vino. ¡Yo no me lo podía creer! *¡Vino!*

Bebí un sorbo (yo había leído en la revista *Look*\ «Ann Harding, al borde de la piscina, bebe champaña a pequeños sorbos») y acerté, porque él hizo otro tanto; al parecer, es lo obligado. Los dos contemplamos el montón de comida de los platos con gesto de apasionada concentración.

No crean que no traté de empezar una conversación.

—¿Habías venido aquí otras veces? —pregunté.

—No —me contestó. Me obsequió con una de sus más brillantes sonrisas, pero no estaba hablador.

Entonces recordé el consejo del consultorio sentimental: «Nunca hagas preguntas que puedan contestarse con un sí o un no. Nada de eso; hay que preguntar por sus aficiones». Yo ya conocía dos de sus favoritas. Una era el Derecho internacional. Y la otra, el interés que me había demostrado la noche antes. Las dos se prestaban admirablemente para romper el hielo. «¿Cuál es tu convenio comercial favorito?». O, si no: «Eso con la lengua, ¿también se lo hacías a Nan?».

John se sirvió más vino.

Una parte de mí quería quedarse a su lado para siempre. Otra parte, convencida de que su sitio estaba en Queens, deseaba salir de estampida hacia el Metro.

Lo más terrible en una situación como ésta es que realmente *te notas* los ojos, la cara y los surcos entre los dedos. Te sientes fuera de lugar, ridícula y torpe. Temes llevarte un bocado a la boca, no porque la comida tenga mal aspecto, sino porque sabes que te chorreará la salsa por la barbilla. Y *lo peor* es saber que la dificultad estriba en algo más que la incapacidad para mantener una conversación intrascendente. Tienes muchas preguntas que nunca,

nunca podrás hacerle:

«¿Estás violento? ¿Te avergüenzas?

»¿Vas a despedirme? ¿O esperarás unos meses, para que no crea que me despides por lo que hice?

»Ahora que no estás borracho, ¿te gusto?

»¿De verdad te parezco bonita?

»¿Lo haremos otra vez?

»Si es así, no querrás que siga llamándote Mr. Berringer, ¿verdad? Y tampoco puedo llamarte John. Entonces, ¿no te llamo de ninguna manera?

»¿Es ésta tu manera de decir gracias y adiós?». (Mi madre diría: «No, Linda, muñeca. Un hombre de su posición te regalaría, por lo menos, un perfume, y no quiero decir sólo agua de Colonia»). «Pero si esto es un adiós —pensaba yo en aquel silencio—, ¿qué hago yo? Ya sé que, como tantas veces me has dictado, esto no atañe al caso que nos ocupa, pero si éstos son los últimos momentos, si no me queda nada que esperar, ¿cómo podré soportar el resto de mi vida? Si mi presente y mi futuro se reducen a este guiso grumoso y a seguir tecleando documentos legales en otro bufete mientras contemplo cómo Hitler se zampa el mundo, entonces, ¿por qué…?».

Era curioso, pero precisamente entonces, al llegar a lo más triste, empecé a animarme. Me sentía mejor. Y todo porque recordé que también trabajaba para el bronceado e imponente Mr. Leland Cosas de espionaje. Me sentí excitada. Empecé a preguntarme cómo explicaría Mr. Leland a sus amistades lo del bronceado. Estuve escalando montañas, Chip. He salido a navegar, Dick. Pesca de altura. Golf. Polo. Tenis, Bob. Los ricos tienen un millón de oportunidades para cambiar de color.

—Linda. —Aunque la voz de John era suave, casi inaudible, yo tuve un sobresalto. Mi imaginación había seguido a Mr. Leland hasta Dinamarca.

—¿Sí?

—Se hace tarde. Nos vamos.

—¿Nos vamos? —repetí, sin atreverme a pensar en el sentido de la frase.

No dio explicaciones. Hizo una seña al camarero. La otra mano se movió debajo de la mesa. Oculta por el mantel, me indicó gráficamente cuáles eran sus planes.

8

Todas aquellas noches en las que yo trabajaba —trabajaba legítimamente— hasta muy tarde, no se me ocurrió pensar en mi madre, aunque fue entonces cuando dejamos de cenar juntas, por más que, para ella, cenar consistiera en empujar una hamburguesa de un lado al otro del plato, como si la paseara para que hiciera ejercicio; yo cenaba y las dos hablábamos.

Por lo tanto, cuando empezaron mis noches con John, y volvía a casa a una hora que mi abuela Olga hubiera considerado escandalosa, no tuve que darle explicaciones. No terminábamos el trabajo hasta las ocho o las nueve de la noche, luego nos íbamos a su apartamento y entonces…

¿Qué importaba si yo llegaba a casa una hora antes del amanecer? Mi madre no se enteraba. Ella nunca volvía hasta ser de día. ¿Cómo iba a echarme de menos? Ya podían ser las diez, las doce o las cuatro y media, a ella le daba lo mismo.

De todos modos, yo no habría tenido que oír maternales exclamaciones de horror. Ella me hubiera cogido la mano, me hubiera dado un beso y me hubiera aconsejado: «Linda, corazón, quédate toda la noche. Cómprate un sujetador negro, ya verás que éxito. ¡Antes de agosto te lleva al peletero!».

Pero un sábado por la tarde miré a mi madre y realmente sentí ese estremecimiento del que hablan en los novelas cortas serias del *Saturday Evening Post* cuando se te cae la venda de los ojos. Mi madre era una mujer vieja y enferma.

Y no es que ella representara el papel.

—Muñeca —murmuró suavemente cuando pasábamos por delante de la panadería alemana de Metropolitan Avenue, con su canasto de *pumpernickels* lacados. Íbamos cogidas del brazo, como

dos quinceañeras—, ya no soporto tanta incertidumbre. Así que te invito a cenar, ¿no? —Asentí y, rápidamente, tuve que sujetarla por la cintura para que no se cayera. Ni bordillo ni piedrecita suelta; por tercera vez aquel día, mi madre había tropezado con el aire—. Eso de la cena está bien, sobre todocon vino. O sea, el que pide vino es un señor. El desgraciado que tiene un par de dólares en el bolsillo es el que grita: ¡Camarero, champaña! Pero Johnny no es de ésos… ¿Cómo se llama de apellido? —Un coche petardeó.

—Berringer.

—Oh, sí, eso. Mira, a mí me gustan los apellidos que empiezan con B. Lo que yo quiero saber, Linda, cielo, es…

Me miraba fijamente. El blanco de sus ojos enormes, dulces y castaños tenía un triste amarillo y mate, cuarteado de venillas rojas.

A pesar de su vestido blanco de verano, escotado, sin mangas y estampado con margaritas rosa y púrpura, el aspecto de mi madre no tenía absolutamente nada de juvenil. Su cutis estaba marchito y apagado; aquello ya no era palidez de beodo, sino enfermedad. Fue un golpe.

Naturalmente ella no se dio cuenta de lo que yo sentía y siguió parloteando.

—¿Johnny no te dio nada más?

—¿Te refieres a si me hizo un regalo?

—Linda, sabes perfectamente a lo que me refiero, y nada de cajitas de bombones. ¿Él…, bueno, vosotros hicisteis eso?

Mi madre no tenía una voz bien modulada y en aquel momento pasábamos por delante de la «Tintorería Hugo», que tenía cola en la puerta, porque en aquella época del año la mitad del vecindario llevaba a lavar los abrigos y las mantas.

—¡Chsss! —Ridgewood se componía principalmente de alemanes, de unos cuantos ingleses y algún que otro polaco. Era una comunidad amante de la cerveza, las reuniones y las aceras bien barridas. No era partidaria de hablar en público acerca de hacer eso.

—A mí no me sisees. Tampoco hablaba tan alto —susurró. Y el susurro fue como una sirena de niebla en pleno océano.

En aquel momento, un matrimonio de mediana edad con el pelo gris a juego, cargado con sus ásperos abrigos de invierno se cruzaron con nosotras, camino de «Hugo». Mi madre ni miró a la

mujer, pero hizo ondear los dedos con ademán de coquetería y guiñó un ojo al hombre. ¡Y qué guiñó! El de una corista del «Palace» que quiere estar segura de que el gesto no se le escapa a un individuo sentado en la última fila de general. No se le escapó a nadie. El hombre se quedó blanco pero siguió andando. Su mujer aulló con voz nasal:

—¿Quién es, Walter? *¡Walter!*

Yo tiré de mi madre.

—¿Walter? —pregunté.

—¡Vaya! Creí que se llamaba Arthur —dijo mi madre, desconcertada.

—¿Quién es?

—Suele ir por el bar de Fritz.

—¿Y qué hace?

—Bebe como una esponja. Podría tumbamos a ti y a mí debajo de la mesa. Pero hablemos de ti y de Johnny, tesoro. ¿Hacéis buenas migas los dos juntos? Venga, no pongas esa cara de bilis. No es una pregunta tan terrible.

—Ya lo sé, mamá.

—Eso no es respuesta. —Rubia, pero no tan tontita. No era respuesta. ¿Y por qué no había de responderle? Ella no se escandalizaría de nada que pudiera contarle. Una mujer que no recordaba el nombre de un hombre con el que había follado pero probablemente era capaz de describir el color y la textura de la tapicería de su «Chevrolet», no haría aspavientos ante la idea de que su hija de treinta y un años se acostara entre sábanas limpias con un abogado en un apartamento de un barrio elegante.

—Lo pasamos bien, mamá.

—Dime *exactamente* cómo es él.

Tanta atención resultaba un poco agobiante. Era la primera vez en mi vida que mi madre demostraba tanto interés por mí; claro que yo nunca había hecho nada tan interesante. Pero allí estábamos las dos, una secretaria de treinta y un años con el pelo recogido en la nuca y zapatos de medio tacón y una alcohólica de cuarenta y siete, moteadas las sienes con manchas marrones, hablando de chicos:

—Tiene el pelo rubio, fino como el nuestro pero no tan abundante. Es la clase de pelo que tiembla un poco cuando él se

mueve bruscamente. Los ojos, azul oscuro. La nariz regular pero…

—La cara ya me la has descrito. Venga, pasemos al sur. —Me puse colorada, sin poder creer que habláramos de eso mientras pasábamos por delante de la ferretería de Steiner con su escaparate lleno de taladros—. Háblame de los barrios bajos.

—Bueno… —Esperé un momento—. Mamá, es maravilloso.

—¿En serio? ¡Oh, Lin, hijita, cuánto me alegro! —Fue a abrazarme pero dio un traspiés y se le doblaron las rodillas. Yo la sostuve. Las dos hicimos como si no hubiera ocurrido nada—. ¿Johnny es… divertido? —me preguntó con una sonrisa de complicidad femenina.

—Es más bien callado. No hablamos mucho.

—Los callados te dan la sorpresa. —Alzó la voz sobre las bocinas de los coches y el rugido de los camiones—. Todas las palabras que no te dicen van directamente ya-sabes-dónde y no hace falta que te diga más. ¿Tengo razón o no la tengo?

—Tienes razón.

—¿Y bien? —dijo cuando el semáforo cambió a verde y cruzamos la calle—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Ponerme de rodillas para que hables?

—He ido a su casa varias veces al salir del trabajo.

—¿Y…? ¡Anda ya! ¡Cuenta, mujer! —Yo no sabía si decirle: «¡Oh, mamá, es fantástico! Lo pasamos de fábula». O la verdad: «Mamá, lo que nos pasa no te lo podrías creer. Durante todo el día, trabajando, normales y educados, y luego, cuando, por fin, llegamos a su casa, dos fieras. Pero, entre lo uno y lo otro, entre el escritorio y la cama, buenos modales, alguna que otra sonrisa y… nada más».

—No puedo creer que esto me pase a mí —respondí al fin.

—¿Tú le quieres, corazón?

—Sí.

—¿Y él? —Volvió a tropezar, pero recobró el equilibrio antes de que yo pudiera ayudarla—. No es nada. ¡Estas sandalias de pulsera son una lata!

Traté de mostrarme cariñosa.

—Estás un poco pálida.

—¡Déjalo! Es que se me acabó el colorete —me atajó con una voz que yo casi nunca le había oído, áspera y ronca, voz de fulana vieja.

Pero no me amilané.

—Mamá, *vamos*. ¿Te encuentras bien?

Volvió al tono juguetón.

—Eso depende de quien me encuentre.

—¿Comes algo?

—Y tanto. La aceituna del «Martini». Régimen vegetariano. —Era su chiste más viejo—. Ahora basta ya de salirte por la tangente. ¿Qué siente el gran John por su pequeña Linda? ¿Eh?

—Me parece… —No era sólo que hubiera envejecido, sino que había perdido hasta el último vestigio de su hermosura. Al ver aquella cara demacrada y aquellos brazos y piernas descamados, nunca hubieras imaginado que Betty Voss había sido la muñequita ideal, una belleza etérea, de boca tierna y suave, de cabello rubio platino y de ojos enormes y brillantes. No; pensarías que había sido una mujer cualquiera que ahora se había convertido en una borracha flaca y patética.

—No te dé apuro hablarme de Johnny, cielo. Yo sé todo lo que hay que saber sobre los chicos y las chicas. —Sonrió—. Está loco por ti, ¿verdad?

—Sí, mamá —respondí—. Completamente loco. Todo le parece poco para mí.

—¡Linda, ya va siendo hora de que tengas lo que te mereces!

Casi todas las chicas del despacho cultivaban alguna afición en su tiempo libre. La de Gladys, ¿cómo no?, era la vida y milagros de los abogados importantes; sus ojos escudriñaban con tanto ardor los ecos de sociedad que parecía un milagro que el periódico no se incendiara. Lenny Stevenson era entusiasta de los «Giants» hasta el extremo de haberse ido a vivir a una pensión situada a ocho manzanas del estadio. Wilma Gerhardt era una apasionada de la ropa (ropa *cara*) y Marian Mulligan tenía esmaltes de uñas probablemente de todos los colores que se habían fabricado en toda la historia de la cosmética, incluido el ciruela maduro, un rojo tan próximo al púrpura que Mr. Wilson, su jefe, le pidió por favor que dejara de ponérselo para ir a la oficina. (Ella lo entendió como un cumplido y se dijo que aquel esmalte debía de resultar excesivamente provocativo para un despacho; ella aseguraba que

cuando se lo ponía los fines de semana los hombres la asediaban con los ojos y hasta había recibido un par de proposiciones).

Mi preocupación por la guerra, probablemente se consideraba una excentricidad, pero se aceptaba como una afición para los ratos libres. Yo compraba el *News* todas las mañanas; pero, a medida que en Europa se agravaba la situación, mi deseo de información iba en aumento y, al final de la tarde, había reunido un montón de *Sunds, Journal-Americans, Posts, Tribunes, Mirrors, World-Telegrams* y *Times*, adquiridos por las otras chicas o recuperados de las papeleras de sus jefes.

Las chicas no se explicaban mi necesidad de leer todas las versiones y todas las interpretaciones de lo que sucedía como yo no comprendía por qué una persona con dos dedos de frente podía apasionarse por el ciruela maduro o por los «Giants», pero transigían con mi *hobby*, siempre y cuando no me pusiera pesada. Oh, sí, podían comentar de pasada la evacuación de Dunkerque con un: «Caray, cuántos barquitos». Pero, si se me ocurría preguntar, por ejemplo: «¿Podría haberse evitado lo de Dunkerque?», por toda respuesta se encogían de hombros o suspiraban y Gladys carraspeaba elocuentemente y preguntaba si sabíamos que Mr. Nugent andaba con una chica de Nueva Jersey cuya familia criaba no sabía si arándanos o chihuahuas.

Una tarde, cuando John y yo llevábamos casi tres semanas juntos (no se me ocurre otro modo de decirlo), él miró el montón de periódicos que yo tenía encima de la mesa y preguntó:

—¿Qué hacen ahí todos esos periódicos?

—Los leo —respondí.

—¡Ah! —dijo—, ¡Muy bien! —Luego esbozó una sonrisa más automática y entró en su despacho. Me pregunté si se habría dado cuenta de lo mucho que me interesaba lo que estaba pasando en el mundo o pensaría que me dedicaba a coleccionar recetas de cocina.

Por aquel entonces, él ya se había enterado de que yo sabía guisar. Después de nuestra primera interminable y horrenda cena, desistimos de cenar fuera. Pero, puesto que trabajábamos hasta tan tarde, algo teníamos que tomar; es duro lanzarse miradas de deseo en el taxi mientras te cantan las tripas.

A la cuarta o quinta noche, John preguntó:

—¿Sabes guisar?

—Las cosas sencillas se me dan bastante bien, sobre todo los platos alemanes. Mi abuela me enseñó y ella era soberbia. ¿Has probado la *Gefüllter Krautkopf*? —Movió la cabeza para decir que no, y era evidente que no sentía la necesidad de degustar mi *Gefüllter Krautkopf* para tener una vida plena y satisfactoria.

Pero el lunes siguiente, cuando llegamos a su apartamento y abrí el frigorífico, en lugar de la loncha de queso y la botella de leche de rigor, encontré cuatro costillas de cordero (¡cuatro! ¡costillas! ¡de cordero!), patatas y zanahorias.

—Si tienes ganas de guisar… —dijo John.

Ansiosa por complacerle, me metí prácticamente de un salto en el frigorífico. Mientras yo trasteaba en la cocina, él se fue a la sala, a estudiar unos documentos que había traído del despacho.

Corté las zanahorias en rodajitas perfectas. Herví las patatas y las trituré hasta que quedaron bien finas (tuve que hacerlo con un tenedor, porque o Nan no era partidaria de las patatas o se había quedado con el pasapurés en la separación de bienes). ¡Y la carne! Yo no comía una chuleta de cordero desde 1929, antes de la Depresión. La asé a la parrilla y quedaron exquisitas.

A partir de entonces, todas las noches, cuando llegábamos al apartamento, yo guisaba y él trabajaba. Cenábamos. Y después… La cena en sí era el único problema propiamente dicho. En cuanto entrábamos en el dormitorio, la vida real era mucho mejor que mis sueños. Pero las largas conversaciones que yo imaginaba —en las que John me daría una visión más amplia y profunda del mundo y de los problemas de la Europa en guerra— seguían siendo sueños. «Dale tiempo —me decía—, cuando deje de ser tan… apasionado, tan avasallador, te dará una oportunidad…». Claro que John tenía veinte jefes y compañeros —todos, personas inteligentes— con los que podía mantener conversaciones estimulantes. Él no estaba ansioso de un interlocutor como lo estaba yo.

Una noche de primeros de junio, poco después de Dunkerque, estábamos cenando pollo a la parrilla con arroz. Después de su amable: «Está bueno», no habíamos cruzado ni una palabra. Era tarde, más de las once; era una de aquellas noches en las que habíamos ido directamente al dormitorio, sin poder esperar. Al cabo de casi dos horas, me fui a la cocina y me puse a hacer la cena. Pero John, una vez fuera de las arrugadas sábanas, se mostraba cansado

y no parecía tener nada que ofrecerme, ni siquiera un: «qué calor hace hoy» o «me encanta verte en la cocina».

Estábamos sentados a la mesa del comedor: madera oscura, mantelitos individuales de lino blanco, lisos, con las iniciales de Nan, vajilla blanca, lisa. Yo no soportaba el silencio, ni el tictac del reloj y, de pronto, solté:

—¿Qué opinas del discurso de Churchill?

—¿Qué?

Bajé el tono y adopté acento inglés.

—«… El Nuevo Mundo, con toda su fuerza y su poder, sale al rescate y liberación del Viejo». ¿Te gustó lo que dijo?

John estaba ligeramente desconcertado, como si de repente se hubiera puesto a hablar la pechuga del pollo.

—Churchill es muy elocuente —dijo al fin, alisándose la solapa de su albornoz *beige*. Era de algodón muy suave, con ribetes marrón claro, muy fino y muy discreto: tenía que ser regalo de Nan.

—Ya sé que es elocuente, pero yo me refiero al *sentido* de sus palabras.

Arqueó ligeramente las cejas.

—¿El sentido?

—Sí, el sentido. ¿No te parece que lo que dice es que la derrota de Francia es inevitable y que no va a quedar nada más que Inglaterra? Bueno, Inglaterra y América.

—Eso parece. —Me sonrió cálidamente y se peinó con los dedos.

—No digo que no sea un gran discurso —proseguí—. «Lucharemos en las playas… Nunca nos rendiremos». Nadie, ni el mismo Roosevelt, habla como él.

John no dijo nada. Por un instante supuse que meditaba. Luego, comprendí: yo llevaba su camiseta. El tirante me había resbalado de un hombro y eso era lo que miraba. Su mente, aquella mente que todos consideraban tan sagaz, tan brillante, tan original, no pensaba en Winston Churchill.

Pero yo insistí:

—Vamos, escúchame un segundo. Lo que yo me pregunto es si, a pesar de todo el bien que este discurso hace por la moral de Inglaterra, y apuesto a que no es poco, no será un mensaje terrible para los franceses en este momento. Ya sé que no puede haber esperanza, pero, ¿no crees…?

John se levantó, se acercó y me puso de pie. Bajó el otro tirante y la camiseta resbaló al suelo.

—¿Quién quiere hablar ahora de política?

—Yo. —Miré su cara atractiva e inteligente—. Eh, tengo una idea. ¿Por qué no haces algo nuevo, algo que nunca has probado? Habla conmigo cinco minutos.

—Vamos ya, Linda. Tú sabes que yo te considero muy inteligente. —¡Pues habla conmigo, maldita sea! Escucha lo que te digo. Empezó a besarme en los ojos, las mejillas, los labios.

—Escucha tú —susurró—. Hablaremos de política en otro momento. Te lo prometo. Pero ahora… me vuelves loco. Tú lo sabes, ¿verdad? —Me tendió en el suelo de madera del comedor—. Otra vez. Aquí mismo. —Yo ya estaba a punto. Más que a punto. Tiré ansiosamente del cinturón del albornoz.

Quizá mi madre estaba en lo cierto. Quizá yo tenía lo que merecía.

9

Mi madre, cuando roncaba, sonaba como una máquina grande, lenta y oxidada. Pero esto no era lo peor; porque, además, hablaba, más aún, gritaba en sueños. «¡ENCANTO!», rugía, haciendo estallar el plácido silencio del domingo por la mañana. «*¡Encanto!*». A veces yo pensaba si soñaría con mi padre, pero también podía estar llamando a cualquiera de sus amistades del bar, cuyos nombres nunca podía recordar.

—¡Encanto! —resonaba en todo el vecindario—. Hacía mucho calor para tener la ventana cerrada, mi madre se despertaría bañada en sudor, vomitando. Lo sabía por experiencia —¡Encanto!—. Era evidente que, quienquiera que fuera el llamado, le hacía oídos sordos.

Alargué el cuello para mirar a la calle por la ventana de la sala. Mala suerte. Enfrente, Buddy Knauer y su mujer que había ido al instituto conmigo y volvía a estar embarazada, parados en la puerta de su casa bifamiliar sacudían la cabeza por los aullidos de mi madre. Iban hacia la iglesia, con sus tres niñas, gorditas y vestidas de rosa caramelo, amarillo narciso y azul celeste, como tres huevos de Pascua. Por ser domingo, cuando sonó otro «¡Encanto!», Buddy y Sally se limitaron a mirarse chascando la lengua con caridad cristiana.

Si hubiera sido sábado, Buddy, que está en la Compañía de Teléfonos, habría gritado: «¡Cállate, condenada!», y Sally habría tratado de hacer callar a su marido y, después, habría venido andando de puntillas y me habría dicho con voz melosa: «¿No podrías hacer algo con tu madre, Linda?». A mí me habría gustado responderle: «¿Y tú no podrías hacer algo con tu pelo, Sally?». Treinta y un años, como yo, y todavía se recogía el pelo con lazos.

Aquel domingo, lacitos naranja, como peces de colores pegados a cada lado de la cabeza.

Y es que en verano tienes que aguantar a todo el vecindario. En verano, con las ventanas abiertas de par en par, yo los oía a todos como ellos oían a mi madre. Mrs. Schwart, la de al lado, hablaba con su gato *Peaches* como si fueran dos viejos amigos: «¿Qué te parece, *Peaches*? ¿Lo encuentras muy escotado? ¿Crees que provocará un tumulto?». Al otro lado, Jerry Morrissey seguía ensayando «Toreador» de *Carmen* al acordeón, aun después de que su madre le hubiera suplicado que lo dejara ya. Y los Herrmann, que vivían en la esquina, encima de su tienda de caramelos, tenían sintonizada en onda corta una emisora que transmitía los discursos de Hitler. Eran un matrimonio grueso que, evidentemente, hacía un consumo exagerado de su propia mercancía. Siempre tenían la boca llena y apenas decían algo más que *danke* cuando les pagabas el periódico. De vez en cuando, les asomaba por entre los labios un poco de chocolate, pero nunca una opinión política. O sea que no llegué a saber si los Herrmann escuchaban a Hitler sentados en el sofá con azucarada sonrisa de beatitud o con expresión de horror.

—¡Encan…! —dijo mi madre, ahora con más suavidad pero también con más esperanza—. Eran las once de la mañana del segundo domingo de julio y hacía un calor infernal. Me levanté del sofá, me tendí en la alfombra de la sala y abrí el *Times*. Era mi dispendio del domingo. El cepillo de la alfombra, erguido como un soldado, esperaba junto a la pared. Yo fingí que no lo veía —ni, tampoco, el polvo de los muebles— mientras estudiaba mapas y planos como el general que prepara su última batalla.

En mayo, hacía más de un mes, Alemania había hecho lo que yo sabía que era inevitable: invadir Francia. Los cerdos nazis actuaron con tanta facilidad y rapidez que hasta yo me quedé asombrada; probablemente, el general Huntzinger, el genio militar francés, estaba bostezando delante del espejo, dándose brillantina en el pelo o alineando sus medallas cuando el alto mando alemán le puso delante los papeles del armisticio para que los firmara.

Poco después, en junio, Churchill daba por terminada la batalla de Francia. Iba a empezar la batalla de Inglaterra. «Comportémonos de tal manera —declamaba a través de millones de receptores de radio— que aunque el Imperio británico y su Commonwealth duren

mil años, los hombres aún digan: “Aquélla fue su hora mejor”». ¡Caray, cómo hablaba el tío!

Mi madre, en sueños, agotaba la paciencia y chilló:

—¡Encanto, ven aquí!

Yo pensé: «Mil años». Desde luego, eso era muy europeo. Quiero decir que Roosevelt quizá pensara en lo que haría después de noviembre, después de su tercer mandato, tras las elecciones de 1944. Pero, ¿mil años? Eso quedaba para los Reichs y los Imperios. En América nadie hace planes para más allá del martes.

El *Times* de aquella mañana traía muchas cosas de los Franceses Libres. El general De Gaulle ya tenía sus más y sus menos con los ingleses, a pesar de que no estaba en situación de ser tan quisquilloso. Pero, probablemente, De Gaulle pensaba en su propio *État* de mil años y no podía perder el tiempo con minucias tales como la cortesía y la gratitud a los aliados.

Todos parecen diferentes de nosotros. Y esto es lo que yo estaba deseando preguntar a John: ¿Por qué los europeos tienen este sentido, no ya de la Historia, sino, incluso, del futuro? ¿A nosotros se nos escapa algo? ¿O somos nosotros los listos? John había estudiado tres años en Alemania y era una persona inteligente. Él lo sabría.

Comprendí que si empezaba a cavilar sobre John me perdería en un laberinto. No tenía tiempo; había de salir con Gladys. Me arrastré unos centímetros y me asomé a la puerta de la cocina para mirar el reloj; las once y cinco y habíamos quedado a las doce. Era increíblemente tarde.

Gladys y yo recorreríamos arriba y abajo el paseo entablado de Brighton Beach, pero sin bajar a la playa. Gladys no podía sufrir la arena, y la ponía nerviosa verse rodeada de gente en bañador. Nos sentaríamos en un banco. Ella diría algo parecido a lo que había dicho la semana anterior: «Parece que Mr. B. está saliendo del bache. Ya no se queda trabajando hasta medianoche». Entonces bajaría la voz y, como si estuviéramos rodeadas de espías, susurraría: «Helen Rogers le vio el miércoles por la noche esperando el ascensor y, como tardaba, él no hacía más que apretar y apretar el botón. Estaba impaciente —Gladys levantaría sus cejas—, como si fuera a algún sitio en particular, tú ya me entiendes, Linda, ¿últimamente recibe llamadas del género femenino?». «No», diría

yo. «Pues entonces, *por qué* hace como si fuera a ver a alguien», inquiriría ella. Gladys intuía que yo le ocultaba algo. «Linda, júramelo por Dios, ¿no hay idilio en puertas?». «No, Gladys». «Pues Marian dice que a ti te brillan los ojos cada vez que… ¡No!».

¿Cómo podía yo explicar a Gladys, a la que desagradaba ver brazos y piernas al aire, qué era lo que hacía que Mr. B. estuviera rabiando por tomar el ascensor? Y entonces, al igual que la semana anterior, ella desistiría y nos tomaríamos un perro caliente, palomitas de maíz y una cerveza en el «Nathan's» de Coney Island.

Limpié el polvo rápidamente por encima y pasé el cepillo por la alfombra, a la carrera, golpeando las patas del sofá. Menos mal que Olga se había muerto, porque si hubiera visto cómo me ocupaba de la casa habría deseado morirse.

Abrí los grifos de la bañera. La cañería eructó y soltó un chorro de agua. Tenía prisa, pero, después de la limpieza, me sentía muy pegajosa y polvorienta para no bañarme. Entré en la bañera y sentí un agua tan fría en los tobillos que tuve que hacer acopio de valor para agacharme.

Cuando el agua helada me cortó la respiración, sonó el timbre del teléfono, lo que acabó por sobrecogerme. Salí del baño, agarré una toalla y eché a correr. Las únicas llamadas que recibíamos eran de la familia de mi madre: otro Johnston que habría muerto, o de gente que se equivocaba. Pero Gladys tenía mi número y, si no se encontraba bien, quizá se había arrastrado hasta una cabina… No es que yo le deseara ningún mal, pero no me entusiasmaba la idea de caminar por el paseo de la playa, sabiendo que a las tres y cuarenta y cinco tendría que comer un perro caliente y maíz aunque estuviera muriéndome por un helado, y ver cómo Gladys echaba sal al maíz con golpecitos nerviosos y diciendo, a cada sacudida: «¿Cuándo crees tú (tris-tras) que Mr. Berringer (tris-tras) encontrará una mujer (tris-tras) que le consuele?».

A la tercera llamada contesté, jadeante:

—¿Diga?

—¿Linda?

Moví la cabeza afirmativamente y luego conseguí introducir una palabra por el teléfono:

—Sí.

—Aquí John Berringer.

—Hola, ¿qué tal?

—Muy bien, gracias. —¿Qué esperaba yo?: «¿Has leído algún buen periódico últimamente?».

—¿Estás aquí? —aún pude preguntar.

—Sí.

—Pensé que pasabas los fines de semana en el campo o que… —Me lo había imaginado tal como estaba en la foto que guardaba bajo llave en el cajón de su escritorio: en una hamaca tendida entre dos viejos y frondosos árboles, pero sin Nan enroscada encima.

—Tengo ganas de verte —dijo al fin.

Por su voz, profunda y lenta, deduje que aún estaba en la cama, perezoso, caliente, tocándose, probablemente… y se le había ocurrido que yo lo haría mejor. Y no se equivocaba.

—Yo también —murmuré.

—¿Por qué no vienes?

—¿Cuándo?

—Ahora.

John no me dijo: «¡Qué guapa estás!». «¡Qué magnífica idea la de pasar juntos el domingo!». No; me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia el interior del apartamento.

—Por fin —dijo.

—¡Ay, Dios mío! —suspiré—. Mientras iba en el Metro, me lo imaginaba con atuendo de domingo: pantalón *sport* color canela, y la camisa —quizá listada— con dos botones desabrochados y las mangas subidas. Pero estaba en cueros, éste era su atuendo del domingo. A la luz tenue del recibidor el tórax y los hombros relucían como los de una estatua griega del Brooklyn Museum.

Giró sobre sí mismo lentamente, pero sin presumir, como el maniquí que exhibe un traje de valor incalculable.

—Te gusta mirarme, ¿verdad? —Aquél era otro hombre, seguro de sí y de su atractivo. Fuera de la oficina, podía permitirse lo que no hacen los hombres bien educados: exhibirse y presumir—. ¿Verdad?

—Sí.

—Eso ya lo sé. Explícame por qué.

—Porque eres… porque tienes un hermoso físico.

—¿Qué es lo que más te gusta? —No pude evitar bajar la mirada —. Lo suponía, Linda. ¿Qué más?

—Toda tu persona.

Se apoyó en la pared, en el haz luminoso proyectado por la pequeña lámpara del techo y me miró con impaciencia.

—Tienes que concretar —insistió—. Vamos, mujer. Los hombros, las piernas. —Dio una vuelta completa con una elegancia asombrosa—, el trasero. Elige y *habla*. Siempre estás quejándote de que no hablamos. Ahora quiero hablar.

—Tienes unas piernas magníficas.

—*Háblame* de ellas. —Se acercó, me puso las manos en la espalda y empezó a bajarme la cremallera. No lo hacía como el hombre que desnuda a una mujer sino con naturalidad, como la dependienta de una tienda de modas. Yo le rodeé con los brazos pero él me rehuyó—. Después, ahora habla.

¿Qué puedes decir cuando un chico quiere que le hables de sus piernas? No era tema en el que yo pudiera mostrarme elocuente. Y, lo que era peor, intuía que a aquel juego de los desnudos él ya había jugado con otra persona, una persona que tenía un vocabulario más extenso y un acento de aristocrático colegio universitario.

—Me encantan los músculos de tus piernas —dije al fin.

—Continúa.

Pero yo no podía. Él tiraba del vestido hacia arriba. Yo levantaba los brazos para que no se rompiera, pensando que ojalá no hubiera círculos de sudor en las sisas, después del sofocante viaje en Metro hasta Manhattan.

Era mi vestido favorito, de algodón rosa salmón muy pálido, un rosade «nata con melocotón». Un color muy suave y delicado, pero —como diría Gladys en sus momentos de oráculo de la etiqueta— un vestido absolutamente impropio para el despacho. La falda tenía vuelo pero marcaba las caderas. Estaba de oferta y ésa fue la excusa que me di para comprar un vestido tan llamativo. Al mirarme al espejo del probador lo encontré muy *sexy*, con su profundo escote en pico, y recuerdo que en aquel momento soñé con que John, embelesado, me miraba el busto. Luego, no me atreví a ponérmelo. Con aquel vestido parecía que una iba pidiendo guerra. John ni se había fijado en él; me lo quitó y lo tiró al suelo, sin más.

—Me gusta… me encanta… —yo no podía pormenorizar como él deseaba.

—No te sientas cohibida. —Me quitó la combinación por la cabeza y luego empezó a desabrocharme la faja—. Tú no tendrías que llevar esto. Eres tan bonita, tan femenina… No me gusta verte comprimida. Dejó que yo me deshiciera de la faja y de las medias. —Sigue hablando —me animó—. Di lo que se te ocurra.

—El vello de tus piernas es como oro rojo.

—¡Qué símil!

—No te burles.

Se acercó, me desabrochó el sujetador, y lo tiró encima del vestido.

—Bonitas tetas.

—¡Basta!

Me puso las manos debajo de los pechos empujándolos hacia arriba.

—Perdón. Bonitos pechos.

—Haz el favor.

—¿Qué favor? ¿Sí? ¿No?

—No digas esas cosas.

—Pero si es la verdad. Tienes unos pechos exquisitos. Unos pechos impecables. El ideal platónico en pechos. —Hizo una pausa, sonrió y me acercó los labios al oído: noté sus palabras cálidas y húmedas—. Si eres buena, un día te explicaré lo que quiere decir el «ideal platónico».

Yo me aparté.

—Ya sé lo que quiere decir.

—¿Sí? Explícamelo.

—Es algo sobre Platón.

—¿El *qué* sobre Platón?

Yo tragué saliva.

—No lo sé.

Él me bajó las bragas.

—Naturalmente. Y ahí reside tu encanto. Vamos, mujer, no pongas esa cara de ofendida. Eres muy susceptible. Yo no me burlo de ti. —Sonrió—. Me gusta estar contigo porque puedo relajarme, ser yo mismo. No tengo que exhibir mi intelecto. —Me tomó la mano y la puso en sí—. Me basta con exhibir esto.

—Pero la vida es algo más que…

—Lo sé —dijo abrazándome—. Ay, nena, ya lo sé.

Aquella tarde John estaba locuaz. Es decir, locuaz para lo que él acostumbraba. Se fue a la cocina y volvió con dos vasos con hielo y una lata de zumo de naranja. Puso la lata en la reluciente mesita de noche negra pero la levantó en seguida, como si alguien le hubiera gritado: «¡Cuidado, vas a mancharla!».

Luego, volvió a dejar la lata en la mesita con un golpe seco. El zumo salpicó la madera. Luego llenó los vasos.

—Tienes mucha razón, la vida es más que… No te he dedicado la atención que mereces.

—Me conformo con cinco minutos de conversación sobre la potencia de la RAF.

—Te mereces mucho más que cinco minutos; lo malo es que me distraes.

Volvió a sonreír, pero fue sólo un movimiento maquinal de sus labios; su atención estaba fija en la mesita de noche. Depositó el vaso helado en mi estómago. Yo conseguí cogerlo antes de que se volcara.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

Se quedó mirando el vaso de zumo de naranja. Por fin, ya no pudo soportar el silencio, murmuró:

—El zumo de naranja con ginebra tiene un nombre. El verano pasado, en Bucks County, lo tomaba todo el mundo. —Sencillamente, estaba dando tema de conversación—. No es mimosa. El mimosa es champaña y zumo de naranja. —Apartó la mirada del vaso de mi estómago y miró por la ventana abierta—. A Nan le gusta el mimosa. —Yo le miraba sin pestañear. Desde aquella primera noche, en el taxi, no había vuelto a mencionarla.

—¿Aún la echas de menos? —Pero, aunque me salió como una pregunta, John comprendió que yo sabía la respuesta. Se encogió de hombros y siguió mirando hacia fuera, como si estuviera viendo a Nan en una ventana al otro lado de la calle.

Por fin, me contestó:

—Sí. Claro que la echo de menos. —Sus mejillas y sus labios se movían lentamente, casi con rigidez, como si hablar de estas cosas

le resultara tan violento que tuviera que extraer las palabras una a una—. No voy a fingir…

—Ya lo sé.

—Yo no puedo darte lo que tú deseas, Linda. Ojalá pudiera. Tú eres una mujer estupenda y noble. Tú mereces…

—Yo estoy contenta con lo que tengo. —Pero estaba segura de que podía haber algo más. Era cuestión de tiempo: esta misma conversación me hubiera parecido imposible un par de días atrás. Le pregunté—: ¿Has hablado con ella después de que volviera a casarse? —John negó con la cabeza, pero no parecía que quisiera dejar el tema. Es más, se sirvió zumo de naranja y se sentó en el borde de la cama, a mi lado, como esperando que continuase el interrogatorio—: ¿Te sorprendió cuando te habló de —casi se me escapó decir Quentin—, del otro?

—Sí. No. No lo sé. —Me empujó hacia el centro de la cama y se tendió de lado en el lugar que yo había ocupado. Hincó el codo en el colchón y apoyó la cabeza en la mano. Cuando hubo bebido las dos terceras partes del líquido, dijo—: Nuestra separación… era inevitable. De haber sido mínimamente objetivo, yo me habría dado cuenta. Y es que no se puede contemplar a Nan desde una perspectiva convencional. —Hizo una pausa—. Quiero decir…

Y yo pensé: «¡A la porra! Ya está bien».

—No tienes que explicarme lo que quieres decir. Las palabras cultas también las entiendo. Continúa.

Durante un momento, pareció inclinado a dejarlo, pero el tema era irresistible.

—Nan es única. No es sólo que sea diferente de las demás, es que está por encima y más allá de todas. —Me miró por primera vez desde que habíamos empezado a hablar de Nan; sus ojos estaban tan brillantes y tan vivos que casi podías ver la imagen que él tenía en su pensamiento—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Cuando estamos en el despacho nunca me haces esa pregunta. Allí das por descontado que lo entiendo todo: las palabras e, incluso, las ideas. ¿Por qué había de convertirme en una bruta cuando salgo de Wall Street? —Respiró exhalando el aire lentamente, para demostrarme lo paciente que era conmigo—. Da la casualidad de que entiendo perfectamente lo que dices y, francamente, me parece que estás muy equivocado: ella no está por

encima de *nadie*.

—Perdona, pero no has entendido nada. —Se volvió del otro lado y me quedé mirando su espalda. Era una espalda magnífica.

—De acuerdo —dije a la espalda—. Ella fue a buenos colegios, de manera que en ese aspecto, desde luego, está por encima de cualquier muchacha que puedas encontrar pulsando las teclas de una caja registradora en unos grandes almacenes. Pero no es Dios, ni mucho menos. Sí, es inteligente. Fabulosa. Yo soy una gran admiradora de la inteligencia. Y es bonita…

La espalda se tensó.

—Es hermosa —murmuró.

—De acuerdo. Pero debe de haber por ahí otras mujeres inteligentes y hermosas. ¿Qué otras chicas van al Smith College? ¿Todas están por encima y más allá?

—¿Y tú cómo sabes que Nan fue al Smith College?

—No hay que ser doctor en Filosofía para adivinar por qué todos los años envías un cheque a la Asociación de Ex Alumnas de Smith. Recuerda que escribo tus cartas y repaso tus cuentas bancarias. Soy tu perla de secretaria, ¿te acuerdas? —Se volvió, extendió el brazo y sirvió más zumo de naranja—. ¿Realmente es diferente? ¿Nació diferente? —Yo deseaba saberlo—. ¿O es sólo la forma en que la han educado?

—Es diferente. —Se puso boca arriba. Yo no pude menos que bajar la vista. Lo sabía. Estaba deseándome (a mí o a otra), pero, absorto en Nan, no se había dado cuenta—. Tiene un cerebro analítico extraordinario, es casi un cerebro de hombre, a pesar de que es la mujer más femenina que he conocido. —Al hablar de ella, la voz de John se hacía casi reverente, como si estuviera en la iglesia—. Pero Nan es inquieta, terriblemente inquieta. Tanta inteligencia, tanta belleza… Smith era pequeño para ella. No pudo seguir en Smith. Necesitaba más.

¡Dios mío! Aquello parecía el anuncio de una mala película de Mae West: *¡Ella necesitaba más!* Pero me limité a mover la cabeza.

—Cuando nos casamos, fue lo mismo. Hay en Nan una fuerza superior, a pesar de su aspecto frágil y delicado.

—¿Ella necesitaba más? —pregunté. John hizo un gesto de irritación.

—No; en *ese* aspecto, todo iba bien.

—¿Tan bien como entre nosotros? —llegué a preguntar.

—No —dijo—. ¿Estás contenta? ¿Es lo que querías oír? —Luego, su voz volvió a empañarse—. Ella era mi esposa. Pero no era una esposa corriente. Ella no tenía nada de corriente. —Hizo una pausa y luego agregó—: La fidelidad es una virtud de la clase media.

—O sea que todas las personas de la clase alta cometen adulterio.

—Las normas convencionales no sirven para ella —dijo él secamente.

Yo tomé un par de sorbos de zumo. Era amargo, como hojalata líquida. No es de extrañar que la pequeña Nannie prefiriera los mimosas.

—Las normas convencionales tampoco sirven para Adolf.

John me miró con su primera sonrisa auténtica.

—No es una comparación justa.

—¿Por qué no? Todo el mundo tiene que atenerse a las normas.

—Eso es muy simplista.

—No lo creo. Porque si tú dices que la hija de Edward Leland, o Edward Leland, o Adolf Hitler se rigen por normas especiales, ¿por qué no pueden hacer otro tanto Henry Morgenthau o Clark Gable? ¿Y quién decide los que han de recibir trato especial? ¿Ellos mismos? ¿Tú? ¿Yo?

—Admiro tu… sentido de la equidad, tu espíritu democrático. En serio, Linda. Pero tienes que comprender que Nan es realmente extraordinaria: intelectual, espiritual y hasta socialmente. —Exhaló el aire lentamente—. Yo sólo podía satisfacerla… —se quedó un segundo sin encontrar la palabra— en eso. Y en el aspecto intelectual. Socialmente… Su madre estaba emparentada con un Presidente y su padre, bueno, Edward es uno de los hombres más influyentes del país. Nan pasó la vida en un ambiente selecto. Fue a los mejores colegios, viajó por el extranjero, gozó de todas las ventajas culturales imaginables.

—¿Qué tiene la cultura que ver con eso?

—¿Con qué?

—Con ser infiel al marido.

—Basta, haz el favor.

—Está bien. Perdona.

—Trata de comprender. La fidelidad es para la gente que no

tiene el dinero suficiente o la imaginación necesaria para gozar del placer.

—¿Y tú por qué le eras fiel? ¿Qué te faltaba a ti? ¿El dinero o la imaginación?

John se incorporó y se quedó sentado en el borde de la cama, con los pies en el suelo, dándome la espalda otra vez. Dejó el vaso en la mesita de noche.

—Realmente, tú no puedes comprender la situación.

—Prueba. En inglés o en alemán. Soy versátil.

—A ti se te escapan los matices. Verás, para tener clase, no basta con haber estudiado en una Universidad del Este.

—¿Pues qué se necesita? ¿Dinero? ¿Antepasados?

—Es muy complicado.

—En realidad, lo que estás diciendo es que en toda la historia del mundo nunca hubo una esposa de la clase alta que fuera decente. Sabes perfectamente que eso es un cuento.

—Esa clase de vida a ella no le divertía.

—¿No la divertía? ¿Y el nuevo marido la divierte? ¿Qué hace? ¿Imitaciones de Jack Benny?

—Escucha —dijo John—, yo no soy ingenioso, no soy lo que se dice un hombre de mundo. ¿Cómo hacértelo comprender? Yo no soy como ellos. Yo no puedo emborracharme en el «Plaza», descalzarme, chapotear en la fuente y reír a carcajadas de las horrendas invitaciones de boda de Linda Buchanan.

Me senté a su lado. Le tomé una mano y él no la retiró.

—¿Es así cómo se divierten las personas exquisitas que están por encima de los convencionalismos? ¿Se emborrachan en las fuentes y se ríen a carcajadas de las invitaciones de boda?

John bajó la cabeza. Luego habló despacio y en voz muy baja, como si el hielo le hubiera insensibilizado la garganta. Le costaba trabajo articular las sílabas.

—Ya te dije que no lo entenderías.

¿Me preocupaba haber dejado a Gladys Slade asarse al sol en el paseo de la playa? La verdad es que ni pensé en ella. Como no tenía teléfono, tiempo atrás habíamos acordado que en todas nuestras salidas sólo me esperaría una hora, si para entonces yo no había

acudido, era porque había surgido algún impedimento.

Sentada en el Metro que me llevaba de regreso a Queens, trataba de inventar una buena excusa que dar a Gladys. Pero no podía concentrarme. Miraba un anuncio del «Tabaco de pipa Prince Albert», con la fotografía de un caballero de mediana edad sobriamente atractivo, con el aspecto que se atribuye a los abogados, pero que casi ningún abogado tiene (salvo John, que estaba aún mejor) e hice un esfuerzo por sentir remordimientos por haberme portado tan mal con una amiga. Pero sólo se me ocurrió que una hora al sol no haría ningún daño a Gladys. Tenía la cara muy blanca, aunque no del blanco magnolia de las beldades del Sur a lo Scarlett O'Hara, sino un blanco mate, de papel de máquina. Envuelta en el calor del Metro nocturno, sucio y húmedo, traté de tener remordimientos por no tener remordimientos, pero era incapaz de pensar en algo que no fuera John.

De acuerdo, aunque nunca llegáramos a mantener una conversación sobre la estrategia de Rommel, ¿no decían los hombres cosas cariñosas a sus…? No podía decidir qué era yo para él. Su novia, desde luego, no. Tampoco era su querida; consentir que John me pagara una chuleta de cordero no me convertía en su mantenida. Tampoco era su amante, porque ni él ni yo éramos del tipo de bohemios de Greenwich Village que son los que tienen amantes, y, además, porque sabía que él no me quería; peor, ni siquiera estaba segura de que le gustara. ¿Tan bien lo pasaba en la cama que, con tal de poder seguir acostándose conmigo, estaba dispuesto a aguantar a una persona que en realidad le era indiferente?

Sí. Tan bien lo pasaba. Aquello era perfecto.

Pero, ¿y yo? ¿Cuánto tiempo podría yo querer a un hombre que tal vez nunca me correspondería? ¿Qué amor es aquel que dice: «Pues no faltaba más, no te preocupes, me hago cargo de que no puedes dejar que te vean andar por la calle con una persona como yo»?

Aquella asfixiante noche de verano, mientras el Metro pasaba chirriando por debajo del East River, yo me dije: «No importa. Tú querrás a John Berringer toda la vida. Y quizás un día él te quiera también. Busca, espera alguna pequeña señal, todo es posible. Pero, aunque él nunca aprenda a quererte, tu amor por él —y sólo tu

amor— será lo más importante del resto de tu vida».

Me tropecé con Gladys en el quiosco de periódicos del vestíbulo del edificio, a la mañana siguiente, cuando yo compraba mi cartucho semanal de caramelos. Ella entregaba una moneda de diez centavos a cambio de una caja de pastillas.

Yo no había ensayado la disculpa, pero dije todo lo que se me ocurrió espontáneamente.

—¡*Gladys*, cuánto me alegro de verte! No sabes cuánto siento lo de ayer. —Reparé entonces en que tenía la cara como un tomate. Estaba horrenda—. Me sabe mal, pero cuando estaba a punto de salir, de repente, mi madre se mareó… —Los párpados de Gladys, hinchados del sol, se entornaron y yo comprendí que tenía que cargar la mano—. En realidad, se *desmayó* y, si no estoy yo allí para cogerla…

Gladys, simplemente, dio media vuelta y se fue hacia el ascensor.

—Oye —dije corriendo tras ella—, no sabes cuánto lo siento, pero para eso hicimos el plan de emergencia.

—¡Para una emergencia! —me escupió.

—¿No te digo que mi madre se desmayó?

Llegamos a los ascensores. Había uno esperando; el ascensorista nos hizo una seña y, al cabo de un momento, medio Wall Street nos siguió, comprimiéndonos, aplastándonos casi contra la pared. Gladys miraba hacia delante.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dije en voz baja.

Sus ojos siguieron contemplando la verja de ballesta y habló con los dientes apretados.

—Da la casualidad de que ayer, después de estar *dos horas* esperando bajo un sol de justicia, llamé a tu casa y hablé con tu madre. ¿Y sabes lo que me dijo? —«*Oh, no*», pensé. Guardé silencio, imagino que con la esperanza de que el silencio se contagiara. Pero no fue así—. «Lin no está, mona», remedó Gladys. Y yo le dije: «Es que teníamos una cita, Mrs. Voss, y estoy un poco preocupada, aunque no quiero alarmarla». ¿Y sabes qué dijo ella? «Mire, no se preocupe, guapa. Probablemente, Linda estará retozando con su amigo. El de todas las noches. John Nosécuantos, ¿sabes?». —

Gladys me miró con ojos llameantes—. «Su *jefe*».

Alguien había comido bocadillo de sardina en la sala de juntas y aunque por la ventana entraba una brisa cálida y densa agitando las servilletas de papel, te parecía que habías quedado atrapada en una lata de sardinas. Estábamos sentadas alrededor de la mesa, observando el rito del almuerzo, pero aquel día no había animación, no había cotilleo. En realidad, en la habitación había un silencio tal que podías oír chasquear las pepitas de la sandía de Marian Mulligan que ella iba extrayendo con una uña puntiaguda color mango naranja.

Todas sabían que algo había ocurrido. Si no, ¿por qué iba Gladys a situarse ceremoniosamente en su sitio a la cabecera de la mesa y decir o, mejor, gorjear, a Verna Glover, una especie de babosa humana tan animada como el que se encuentra a dos dedos de la muerte: «Verna, tú aquí, a mi lado», ofreciendo graciosamente a Verna el sitio que durante siete u ocho años había sido mío?

Helen Rogers estaba a mi lado, pero tenía miedo de mirarme, porque hubiera tenido que hablarme, sonreírme o desairarme, y se dedicaba a ir quitando de su blusa de lunares blancos las pepitas de alcaravea que se habían desprendido de su panecillo de centeno. La silla de mi otro lado estaba vacía; las chicas habían olfateado en seguida que algo andaba mal.

Gladys estaba muy erguida en su silla, como un cartel escolar de la compostura perfecta. Se había puesto una servilleta en la pechera del vestido, para protegerlo del zumo del melocotón que estaba comiendo; junto a la servilleta blanca, su cara quemada por el sol parecía color burdeos. Yo traté de atraer su mirada por décima vez; y, por décima vez, me miró sin verme; como si a través de mí contemplara el interruptor de la luz que estaba detrás de mi cabeza.

¿Qué se *proponía*? Yo no me había sentido tan indignada en toda mi vida. Lo que yo había hecho a Gladys estaba mal, pero, ¿en qué habían quedado tantos años, tantos domingos? Yo no merecía aquel trato, como si hubiera cometido un crimen horrendo. Nadie me miraba.

Había en la habitación una inmovilidad y un envaramiento de fotografía antigua; sólo se movían las motas de polvo que bailaban

en los rayos de sol que se filtraban por las maderas de las persianas. Costaba trabajo respirar:

De pronto, Gladys se volvió hacia Anita Beane y dijo con su más augusta entonación de exquisita reina del almuerzo:

—Hace *días* que no nos cuentas nada de tus preparativos de boda. ¿Ya has elegido el color del mantel?

Hubieras podido oír el suspiro de alivio con que se recibió la vuelta a la normalidad; diez o doce gargantas exhalando al unísono. Y, a partir de aquel momento, Gladys, Anita y las chicas debatieron los pros y los contras de las margaritas y las varas de oro. Pero, de vez en cuando, yo recibía una mirada, un fogonazo de perplejidad o curiosidad, o de franca hostilidad.

Y entonces comprendí que, si no le paraba los pies a Gladys, estaba acabada. Una a una, durante toda la tarde, ellas deambularían por los pasillos y se acercarían a su escritorio a preguntar: «¿Qué te pasa con Linda?». Y ella diría: «Preferiría que no me lo hubieras preguntado, pero ya me conoces, yo tengo que decir la verdad. El domingo llamé a casa de Linda y su madre dijo…».

De manera que, al terminar el almuerzo, cuando Gladys se precipitaba hacia la puerta, yo también me precipité, y llegué antes.

—Gladys —dije, en voz lo bastante alta como para que me oyeran las chicas que ya volvían a sus mesas—, ya sé que quedamos en no sentarnos siempre juntas, pero, ¿sabes una cosa?, te eché de menos. —La agarré por el codo, como si quisiera caminar del brazo con mi mejor amiga y me la llevé pasillo abajo. Por el animado murmullo que se oyó detrás de nosotras, comprendí que había disipado por lo menos un par de dudas.

—¡Suelta! —Gladys trató de desasirse, pegando los brazos al cuerpo mientras yo la arrastraba conmigo. Tenía manchas rojas en el codo, donde yo la había agarrado—. No quiero nada contigo. ¿Está claro? Has estado tomándome el pelo.

—Deja que te explique…

—Todos estos meses dejándome hablar. Te entendías con él y fingías que ni siquiera te *gustaba*, incluso cuando yo decía: «Linda, tienes que estar colada por él», tú: «No, Gladys, te lo diría. Somos amigas. Mr. Berringer no es mi tipo, con esos grandes ojos azules. Es *demasiado* guapo. Parece un actor de cine de tercera categoría».

Eso me decías. ¡Cómo debías de reírte, hipócrita!

—Mira, al salir nos sentamos y yo te explico…

—¿Tú me *explicas*?

—Gladys, ¿qué querías que hiciera? Tú no me creerás, pero me siento fatal. Me he portado muy mal contigo y lo siento. Yo no debí…

—¿Qué significa para una persona como tú el deber? ¡Estás *liada* con él!

No pude contenerme:

—¡Para que te empapes! —le solté. ¡Decirle esto a ella!—. Mira, Gladys, darte plantón estuvo mal, lo reconozco. Y no confiar en ti… pues quizá peor. Pero eso no es nada comparado con lo que tú me has hecho ahí dentro. Todas me trataban como si tuviera lepra. Van a pensar…

Ella me interrumpió:

—Debes estar muy satisfecha de cómo me engañaste. «Hoy no puedo ir a tomar una copa contigo, Gladys. Mr. Berringer me ha dado mucho trabajo». *Trabajo*. —Borró con el dedo una huella dactilar de su bolso de charol—. ¿Qué clase de «trabajo» le haces? ¿Te paga horas extras?

—¿Es eso lo que quieres, Gladys? ¿Los detalles? Magnífico. ¿Quieres que te haga una descripción paso a paso?

—¡Eres repugnante!

—¡Oye! —Mi voz sonaba lejana y extrañamente fría—. No quiero oír una puñetera palabra más. Y, si me haces otro numerito como el de este mediodía…

Gladys me dejó, sencillamente, con la palabra en la boca. ¿Y por qué no? Estaba segura de que me tenía cogida. Podría tratarme fríamente durante un par de semanas, crear un ambiente de intriga y luego… Una palabra a Helen o a Marian y, a los diez minutos, todas las secretarias estarían cuchicheando. A las tres, se habrían hecho insinuaciones a los jefes y los abogados buscarían excusas para pasar por el despacho de John, y venir a echarme un vistazo y luego lo comentarían entre risas en el aseo de caballeros. A las cuatro, John me llamaría a su despacho y me recibiría con un: «Estúpida…», o quizás, uno de los jefes principales. O Mr. Leland, ¡Dios mío! «Dadas las circunstancias, Miss Voss…».

—¡Gladys! —troné.

Ella se detuvo sólo porque no esperaba oír nada más de mi boca. Yo le di alcance y caminé a su lado. Sonreí cuando nos cruzamos con Mr. Ervin, de Bienes Inmuebles, que dijo:

—Hola, chicas —y siguió andando.

—Gladys, escúchame o tendrás que arrepentirte.

—No me amenaces, golfa.

—Tú di una palabra, una sola palabra a alguien, a las secretarias, a Lenny Stevenson o al portero y estás acabada.

—No —dijo—. *Tú eres* la que estará acabada. —Por su cara cruzó una expresión malévola próxima a una sonrisa maliciosa—. No pensaba decir nada. Pero ahora me amenazas y a mí no me gustan las amenazas.

—No me importa lo que a ti te guste, Gladys. Cierra la boca y escuchalo que tengo que decirte. Ya sé que una palabra tuya y toda la oficina lo sabrá. Y supongo que eso te llenará de satisfacción.

—No soy tan mezquina.

—Te llenará de satisfacción —insistí—, pero hará que te despidan.

—¡Anda ya!

—Johnny haría cualquier cosa que yo le pidiera —dije—. Lo tengo en el bolsillo. —Parpadeó una vez y luego otra y otra, hasta que el movimiento se hizo espasmódico, tic, tic, tic. No podía parar —. No me tientes, Gladys. Basta de desaires a la hora del almuerzo si no quieres verte en la calle. ¿De acuerdo?

Ella volvió a guiñar los ojos.

—John me quiere y no desea más que complacerme en todo.

—De acuerdo —dijo Gladys al fin.

—De manera que si te gusta tu trabajo…

—Nunca tuve intención de decir nada.

Y se fue rápidamente.

10

7 de setiembre de 1940. La batalla de Inglaterra estaba en su segundo mes. Aquel sábado por la tarde, los *Dreckenschweine* alemanes enviaron trescientos bombarderos y seiscientos cazas a los muelles de Londres. Y, por la noche, más bombarderos; incendios naranja oscuro iluminaban las márgenes del Támesis, indicando a los cazas nocturnos el camino hacia sus objetivos. Pero aquello ocurría al otro lado del océano.

Aquí, al atardecer de aquel día, yo estaba sentada en un sofá tapizado de lana verde, leyendo un artículo en un manoseado ejemplar de *Good Housekeeping* del mes de enero. «A Hollywood le cuesta muy poco encontrar nuevas caras bonitas que retratar, a saber: Dorothy Lamour, Rosemary Lañe, Sigrid Gurie y la turbadora Hedy Lamarr, entre otros fichajes del momento, pero no es tan fácil dar con buenas actrices».

Good Housekeeping sabía lo que se decía.

—Eres una pésima actriz, Linda —me decía minutos después en su despacho el doctor Guber, moviendo la cabeza con gesto de fatiga.

—*¿Yo?* —pregunté abriendo mucho los ojos con expresión de inocencia, todo lo contrario de la turbadora Hedy Lamarr.

—Venga ya, mujer. —El sillón crujió cuando se inclinó hacia delante—. Te conozco desde que viniste al mundo.

El doctor Guber era muy alto y delgado con unos brazos flacos de músculos fibrosos asomando por las bocamangas de su chaqueta blanca. Tenía pinta de *cowboy* pero hablaba con marcado acento de Nueva York.

—Ahí fuera tengo un cáncer y unas fiebres reumáticas esperando —prosiguió—. ¿Te has creído que me voy a tragar que es de tu

madre la muestra? Con lo que bebe, tu madre debe de tener el útero como carne de vaca acecinada y a la vinagreta. —El doctor Guber echó atrás el sillón y se levantó. Debió de mirarme en el momento en que se me deshacía la sonrisa que con tanto trabajo me había fabricado, porque se acercó y me oprimió un hombro—. Vamos, que ya eres toda una mujer —y agregó—: Algo debías de sospechar.

Debía. Hasta una perfecta imbécil podía imaginar lo que significa copular siete días a la semana y tener dos faltas. Pero se necesita mucha inteligencia para descubrir la forma de rehuir la realidad. Todas las mañanas corría al baño y, al ver que la regla seguía sin aparecer, pensaba: «¡Ay, Dios mío, no, no, no, eso no!». Pero luego me decía: «No. Tranquila. Son los nervios. Como no te calmes, no la volverás a ver. ¡Relájate!».

Pero tuve que convencerme. Desde hacía un mes, todas las tardes me mareaba. Cada vez que me inclinaba sobre un cajón del archivador, me parecía que iba a devolver el almuerzo. Y los olores. El desodorante de mamá, repugnante y empalagoso, como los cadáveres descompuestos de las novelas policíacas. Y, no podía evitarlo, no hacía más que pensar en comida, quizá porque no comía mucho, pero imaginaba una empanada de hamburguesa con puré de guisantes y me venían unas náuseas.

Ya no podía seguir engañándome.

—Ven, Linda, vamos a hacer un reconocimiento —dijo el doctor Guber con esa voz serena que usa la gente para hablar con el que está a punto de ponerse histérico—. El cinco o el diez por ciento de las veces lo que mata al conejo es otra cosa: un ataque al corazón o cualquiera sabe. Lo cierto es que su hociquito rosa deje de moverse y la gente se lleva un susto por nada. A lo mejor estás perfectamente.

Sus largas piernas daban tales zancadas que, para no quedar atrás, yo casi tenía que correr por el estrecho pasillo. Abrió la puerta de la sala de reconocimientos y se hizo a un lado para dejarme entrar. Había una mesa forrada de piel negra en el centro de la habitación. Me dio una sábana y me dijo:

—Desnúdate de cintura para abajo y sube a la mesa. —Se volvió de espaldas silbando *Oh, Susana* y se puso un guante de goma

mientras yo me quitaba la faja y las bragas—. ¿Te han hecho algún reconocimiento? —me preguntó sin volverse.

—No —respondí. Me quité las medias y los zapatos y me tendí en el frío papel que cubría la mesa.

—No es nada. Si te relajas, es fácil. —Se volvió y extendió la sábana hacia abajo y hacia arriba, como un ama de casa cuidadosa, para cubrir las zonas que yo había dejado al descubierto. Luego, empezó el examen mirándome a los ojos—. ¿Cómo está tu madre? Con la mano enguantada, empujaba hacia arriba y, con la otra, me oprimía el vientre.

—Bien —dije respirando entrecortadamente.

—¿Bien para que me calle o bien porque ha dejado de beber y se dedica a estudiar griego antiguo?

Me oprimía con tanta fuerza que, si realmente estaba embarazada, podía aplastar al niño.

—Aún bebe.

Encendió una lámpara de pie, acercó un taburete y se sentó al extremo de la mesa.

—Lo siento. La última vez que estuvo aquí la encontré fatal. —Levantó el extremo de la sábana y se inclinó—. Con lo guapa que era. Recuerdo la primera vez que vino, hace años, cuando estaba embarazada de ti. —Lo único que yo le veía eran las puntas de las orejas.

—¿Estoy embarazada? —pregunté. En Londres, aullaban las sirenas de alarma de bombardeo. En Ridgewood, en el consultorio del doctor Guber, había silencio. Levantó la cabeza.

—Sí, Linda. Estás de dos meses o dos meses y medio, diría yo. —Tragó saliva, violento; la nuez le tembló nerviosamente en su cuello largo y flaco—. Lo siento, hija. —Sus manos aparecieron por el borde de la sábana. Se levantó y se quitó el guante. Yo gemí por lo bajo. Estaba tiritando. Antes de que yo pudiera hablar, él dijo mirándome fijamente los dedos de los pies—: No… Yo no puedo hacer nada por ti. —Me acudieron a la cabeza cinco o diez posibles respuestas, pero me llegaron a la garganta. El médico desvió la mirada hacia sus propios pies—. Y no se te ocurra acudir a nadie más. No hagas caso a las amigas. —¿Pensaba que las secretarias de «Blair, VanderGraff & Wadley», hablábamos de abortos mientras comíamos pan con queso en la sala de juntas?—. Esa gente no sabe

lo que es la higiene. Podrías morir.

—¡Oh! —dije. Ninguno de los dos sabíamos qué decir.

—Él… —dijo al fin—, ¿está casado? —Yo negué con un movimiento de cabeza y el doctor Guber sonrió ampliamente—. ¡Pues entonces no hay de qué preocuparse! Mira, es posible que se lleve una sorpresa. Puede que, incluso se disguste. Pero luego… estará encantado. Te lo digo yo, hijita, encantado.

El lunes siguiente a mi visita al doctor Guber, yo estaba sentada delante de mi escritorio, en plenas náuseas provocadas por la colonia de una secretaria que pasaba por allí —y por mi casi constante terror— cuando sonó el teléfono. Era la secretaria de Mr. Leland.

—Mr. Leland tiene una carta para dictarte. ¿Te va bien ahora? —Muy bien, sobre todo para dar el espectáculo vomitando.

Afortunadamente para mí, Mr. Leland por lo menos no usaba desodorante ni brillantina ni polvos de talco que tuvieran perfume. Me senté frente a él y empecé a tomar una de sus extrañas cartas.

—«Querido Félix» —empezó. Llevaba traje azul marino, con una gruesa cadena de oro colgando del chaleco, como si tuviera que ir a pronunciar un discurso o a un entierro solemne—: «Espero que hayas pasado un estupendo verano. ¡Es tan refrescante la proximidad del mar! Yo disfruto de la brisa y de la vista de los pájaros que se posan en las aguas».

Se aclaró la garganta. Yo levanté la mirada.

—¿En alemán hay alguna palabra para designar a la gaviota? —me preguntó.

—Probablemente —dije—. Canario es *Kanarienvogel*. —Dios sabe por qué, añadí—: Cuando yo era niña, en mi casa había un canario.

—¿Y qué le pasó?

—Cosas de canarios. Cantaba mucho, comía alpiste y al final se murió.

La media cara que parecía funcionar correctamente me sonrió. No es que fuéramos lo que se dice grandes amigos, pero por lo menos ahora le tenía menos miedo. Poco a poco, por la forma de tratar a su secretaria y de hablar por teléfono en las llamadas que aceptaba mientras yo estaba en su despacho, me había dado cuenta

de que Edward Leland, a pesar de su importancia, era una persona amable. Desde luego, si le contrariabas, podía hacerte algo terrible. Pero, mientras cumplieras con tu obligación, era un hombre correcto. Más que correcto, porque tenía sentido del humor, era jovial con las secretarias, ingenioso con los abogados, divertido con los clientes. ¿Y por qué no? En su elevada posición podía permitirse las bromas. No tenía que preocuparse de que no le tomaran en serio.

—En esta carta, nada de canarios. Cuando vuelva a su sitio, busque «gaviota» o alguna otra ave marina en el diccionario. —Hizo una pausa y agregó—: Si no la encuentra, pregunte a Mr. Berringer.

Al oír el nombre de John, me invadió otra náusea. Y, lo que era peor, Mr. Leland no sólo comprendió que me pasaba algo, sino que estaba esperándolo. Incluso es posible que hubiera mencionado el nombre de John por curiosidad, como un experimento, para ver qué efecto producía. Y el efecto fue devastador. Por primera vez en aquellas cinco semanas de agudas náuseas de tarde, sentí que realmente iba a vomitar. Bajé la cabeza; sería espantoso, una nota de color en la oscura alfombra oriental de Mr. Leland.

—¿Se encuentra bien, Miss Voss? —Le noté en la voz que estaba apenado.

—Muy bien, gracias. —Levanté el lápiz y luego la mirada, para que viera que estaba dispuesta a continuar.

Pero debía de tener mal semblante, porque me preguntó:

—¿Quiere un vaso de agua?

—No, gracias. Estoy bien. —Parecía no estar de acuerdo—. De verdad.

Siguió dictando. El mareo no se me pasaba, pero el estómago se me calmó lo suficiente como para permitirme abrigar la esperanza de que Mr. Leland no tuviera que presenciar la reaparición de mi bocadillo de jamón con tomate.

—«He pasado todo el mes de agosto navegando con mis tres hijos» —dijo. Desde luego, yo sabía que no tenía tres hijos (sólo una hija, y preciosa). Pero aquella carta no era más disparatada que las otras que me había dictado en los dos últimos meses—. «Con cariñosos saludos para María y los dos pequeños, te abraza, Vincenzo». V-i-n-c-e-n-z-o —deletreo.

—¿Vincenzo? —pregunté sin poder contenerme.

—Es Vincent en italiano.

—Comprendo.

—¿Comprende? Vamos a ver, Miss Voss, dígame qué es lo que comprende. —Mr. Leland siempre estaba preguntando cosas, pero trabajando con él tres o cuatro horas a la semana, yo había podido comprobar que, tanto si mis respuestas le gustaban como si no, él no se incomodaba conmigo. Estaba convencida de que aquellas preguntas eran completamente impersonales, que estaban hechas para obtener información o estudiar mi reacción, no para ponerme a mí, Linda Voss, a prueba.

—Yo supongo que estas cartas están escritas en clave a alguien que se encuentra en Alemania. —No contestó—. Y que, probablemente, ésta será echada al correo en Italia… —aparentó contrariedad—. Lo digo por lo de Vincenzo.

Yo pasaba a máquina las cartas en una vieja «Royal» que él guardaba en un armario de su despacho. No hacía sobres ni copias. Cuando le daba la carta mecanografiada, tenía que darle también el bloc de taquigrafía que había usado. Cada vez que iba a su despacho, tenía que llevar un bloc nuevo. No llegué a averiguar quién echaba las cartas al correo ni adonde iban.

—¿Alguna otra deducción, Miss Voss?

—No quisiera ser…, no deseo parecer impertinente.

—Continúe.

—Si esta carta tiene algo que ver con puertos, barcos portaaviones, submarinos… —El estómago me subía y me bajaba, pero me agarré al lápiz como a la barra del Metro y conseguí salir del bache—. Quiero decir que los alemanes no son imbéciles. Si es en clave, espero que se refiera a cosas… —hice una pausa—, cosas que no tengan que ver con el agua. —No hubo reacción.

De todos modos, un poco empezaba a conocerle. Mi padre decía siempre que yo sabía juzgar a las personas y que, si aprendía a no ser tan espontánea, podría llegar a ser una buena jugadora de póquer porque sabía ver más allá de la careta que se ponía la gente. Pienso que tenía razón. Apuesto a que la mayoría no hubieran notado que Mr. Leland se disgustaba al oír que la carta iba a ser echada al correo en Italia. El cambio en su expresión fue casi imperceptible. Y también comprendí que la clave, fuera la que fuese, era buena. No tenía nada que ver con cosas de agua.

Lo que me intrigaba y, naturalmente, no podía preguntar, era por qué me utilizaba a mí para juzgar la bondad de sus claves. Seguramente, yo era para él una especie de hombre de la calle con faldas, su americano medio.

También me moría por preguntarle qué podía yo hacer con mi vida. Él era una persona muy capaz. Daba consejos a senadores y jueces. Se rumoreaba que le llamaban incluso de la Casa Blanca. «Necesito consejo, le diría —como el presidente Roosevelt, por ejemplo—. Mira, estoy embarazada de dos meses, me faltan siete; ¿cómo le digo a John Berringer que voy a tener un hijo suyo?».

Se lo dije, sencillamente, diciéndoselo. Al salir del vetusto despacho de Edward Leland, me fui directamente al moderno e impoluto de John y le dije:

—Tengo que hablar contigo.

Él sonrió y me respondió:

—Luego —pero no levantó la mirada de la carta-contrato que estaba corrigiendo con lápiz rojo. Yo no me moví. Mi reflejo en el reluciente escritorio debió de irritarle porque aspiró profundamente y en seguida adoptó su expresión de «no sólo soy guapo, sino también simpático»: ladeó un poco la cabeza hacia la derecha y las comisuras de sus labios se doblaron hacia arriba lo suficiente como para demostrar que, a pesar de su aspecto de fría superioridad rubia, en el fondo, era la afabilidad personificada. Pero yo le conocía lo suficiente como para comprender que, en aquel momento, no lo era, por lo menos, para mí. A pesar de todo, yo estaba todavía bajo la influencia del mundo de Edward Leland, en el que hombres de cara desfigurada tomaban terribles decisiones secretas, un mundo en el que unas largas pestañas sobre unos ojos color zafiro no tenían la menor importancia. Aquello me dio valor.

—Tengo que hablar contigo *ahora* —dije. Algo debió de notar en mi voz, porque soltó el lápiz.

—¿No puede esperar hasta la noche?

—No.

—Linda, estoy agobiado.

—Yo también.

—No me cabe duda —me atajó. Miró la carta que estaba

corrigiendo—. No quiero ser brusco, pero cuanto más tiempo te quedes ahí de pie, más tardaré en poder devolverte esta carta para que la repitas. ¿Es que quieres quedarte hasta las diez o las once? Yo, no. Tengo ganas de llegar a casa y… —Me lanzó una leve sonrisa. Quería decir adiós.

Yo me senté en la fea silla ultramoderna situada al lado de su mesa; parecía un plato sopero inclinado.

—Siéntate, por favor —dijo, francamente irritado ya—. Ponte cómoda.

—Estoy embarazada.

—*¿Qué?* —Me había entendido perfectamente, porque daba la impresión de estar revisando toda la maquinaria de su cerebro. Casi oías chirriar los engranajes, como si se dispusiera a iniciar la más ardua discusión con el interlocutor más difícil de su carrera—. ¿Estás segura?

—Sí.

—¿Qué te hace estarlo?

—Dos faltas.

—Eso no significa necesariamente… —me interrumpió. Hablaba de prisa—. Puede haber muchas razones para que un mes no…

—Son dos meses —conseguí decir. Aún hoy no me explico cómo casi estaba a su altura—. Tengo dos faltas, déjame terminar, haz el favor. Hice la prueba del embarazo y dio positivo. —La cara de John pasó de pálida a blanca—. Luego, fui al médico y él me lo confirmó.

—¿Y no usabas algo? —preguntó al fin.

—¿Algo?

—¡Algo! Un diafragma. —Negué con la cabeza—. ¡Por los clavos de Cristo!

—No sabía dónde conseguirlo.

—¡El mismo condenado médico al que ahora has ido!

—Es el médico de la familia desde hace muchos años.

—¿Y qué?

—No podía acudir a él. Yo no quería que pensara que era… —Tenía las manos en el regazo, con los dedos entrelazados con tal fuerza que habían empezado a latirme.

Él apretó el puño y golpeó la mesa.

—Lo has hecho adrede, ¿verdad? ¿Verdad que sí? ¡Maldita sea!

—Otro puñetazo más fuerte—. En cuanto Nan se fue, tú empezaste a tramar…

Se produjo uno de esos hechos que resuelven las situaciones dramáticas. Los ojos de John se oscurecían de indignación, yo me encogía en aquella silla horrenda, tratando de hacerme invisible… y sonó el teléfono; el de encima de la mesa, con suavidad, el mío, a través de la puerta, con estridencia. Automáticamente, alargué el brazo, levanté el auricular y dije con voz serena:

—Despacho de Mr. Berringer.

—Mr. Warring desea hablar con Mr. Berringer —dijo una secretaria en otro bufete, más decente sin duda. Sonaba tranquila y competente. Seguro que ella no tenía dos faltas.

—Lo siento, Mr. Berringer ha salido. —Los ojos de John se movían de arriba abajo, como si no supiera si estarme agradecido o arrancarme el teléfono de la mano—. ¿Quiere que le llame mañana? —Dijo que sí y colgó con un educado «Muchas gracias».

Entonces miré a John. Aún tenía voz de secretaria sumisa.

—Quiero que sepas que yo no te tendí ninguna trampa. Si por casualidad te acuerdas de la primera noche, sabrás que fuiste tú y no yo quien se empeñó en ser amigos. Yo no soy hipócrita y *nunca*…

—De acuerdo. Fantástico. Soberbio. Tú estás por encima de las intrigas oportunistas. Pero, en todas esas semanas, no se te ocurrió que podías tomar precauciones.

—Es verdad. Pero aquí el listo eres tú. ¿Lo pensaste en algún momento?

Hubo un silencio muy largo. Al fin dijo:

—Ahora déjame, por favor. Tengo que terminar esto. Después hablaremos.

Tomó el lápiz rojo y cambió una coma por un punto y coma. Yo volví a mi mesa.

Cuando escribes, por meticulosa que seas, siempre te dejas algo. Ahora hay que poner lo que había omitido. (¿Saben que el doctor Freud dice que las cosas no se omiten involuntariamente? A mí esto siempre me pareció un cuento chino; pero ¿quién era yo para criticarlo? Yo era la chica que había omitido el diafragma). En fin,

volvamos a los detalles.

Después de nuestra primera noche, yo dejé de llamarle Mr. Berringer, pero nunca le había llamado John.

Él no me preguntó por mi familia, ni siquiera si tenía familia. Una vez le dije que vivía en Queens y él comentó:

—Creí que vivías en Brooklyn.

Él se había criado en Long Island, en Port Washington. Me dijo que su padre tenía negocios allí. Yo le pregunté qué negocios y me dijo: «Financieros». No le gustaba hablar de sus padres. Habían muerto en un accidente de automóvil en 1929, cuando él estaba en el segundo año de carrera, y yo no hubiera podido decir si no hablaba de ellos porque le resultaba doloroso o porque el tema le resultaba violento.

—¿A qué Iglesia pertenecían tus padres? —le pregunté.

—¿Cómo?

—¿Qué Iglesia frecuentaban?

—La episcopaliana. —Me miraba como si estuviera loca, porque habíamos terminado en aquel momento, aún jadeábamos, todavía estábamos sudando y nadie habla de estas cosas antes de ducharse por lo menos.

—¿Los dos? —pregunté.

—Sí.

Otra cosa: era hijo único.

Otra: John estaba muy solicitado. Dos semanas después de que Nan se marchara, empezaron a llamar por teléfono esposas de compañeros que querían presentarle a alguien. ¿Que cómo lo sé? ¿A ustedes qué les parece? Una vez, después de que John cogiera el teléfono en su despacho, yo pulsé el botón rápidamente y tapando el micro con la palma de la mano, escuché.

—John, quiero presentarte a una muchacha fabulosa. Laure Steele. De la familia Steele. —John dijo que estaría encantado, pero todavía no. Muy pronto—. ¿No estarás saliendo con alguien, granuja? —inquirió la voz.

—No —replicó—. No salgo con nadie.

Me llamó a su despacho alrededor de las siete de aquella tarde. Aún no había oscurecido, pero, casi a la altura de la cabeza de

John, había una luna redonda, lustrosa y amarilla como una bola gigante. Aún no había encendido la lámpara y el despacho estaba iluminado por la luna que suavizaba el contorno de los muebles, y de la cara de John.

Pero su postura era tan erguida y profesional que pensé que iba a darme la carta para que la mecanografiara. Pero cuando miré su mesa vi que no había pasado del punto y coma al que había llegado tres horas antes.

—Siéntate —dijo. El claro de luna ponía una aureola en su pelo rubio—. Vamos al grano, Linda. ¿Estás dispuesta a librarte de eso?

—¿Del niño? —susurré.

—Sí. Yo sé de un buen médico. Puede hacerse en un hospital de Puerto Rico. Muy limpio y con todas las garantías.

Era un hombre brillante y yo no quería más que complacerle en todo. Pero cuando empezaba a sentir y a formar la frase: «Como tú quieras», mi embarazo se me apareció bajo otro aspecto. Quizá no era ese dulce sentimiento de la maternidad que te hace imaginar algo blandito y sonrosado que huele a talco «Johnson's». Pero, por primera vez, comprendí que el mareo de por la tarde y la presión de la cinturilla de la falda se debían a algo más que a un estado clínico que me trastornaba la vida.

No es que yo deseara un hijo. No me imaginaba comprando jerseicitos. No fue sino más adelante cuando empecé a pensar que tendría el pelo rubio, como yo y como John, y a preguntarme si heredaría los ojos azules de su padre o los míos castaños.

—Escucha con atención —me dijo—. Probablemente ésta es la decisión más importante de tu vida. Espero que decidas… —Su voz se apagó, como si no mereciera la pena seguir malgastando energías.

—¿Qué? —pregunté—. Termina lo que ibas a decir.

—Espero que tu decisión sea racional.

—¿Es que te parezco un ser frenético e irracional?

—Linda, no busques discusiones.

—Evidentemente, si soy capaz de buscar discusiones es que puedo ser racional, conque tranquilo. —Él no esperaba esto de mí; se quedó mirándome sin pestañear, casi como si esperara que el ventrílocuo que lo había dicho saliera de detrás de mi silla—. Y, por racional, me gustaría que te explicaras con más claridad. —Acerqué

la silla a la mesa—. ¿Tú qué quieres que haga?

—Y a lo sabes.

—Dímelo.

—Me gustaría que abortaras. No quiero que te sirvas de tu estado.

—¿Que me sirva de mi estado? —pregunté, pero sabía bien lo que quería decir.

—Para obligarme… —casi no podía escupir las palabras… «a casarme contigo».

—Yo no espero eso de ti.

—¿Y qué puedo hacer si decides no abortar?

—No lo sé. No lo he pensado. —Me puse a pensarlo. No me llevó mucho tiempo—. Podrías darme dinero para que tenga el niño.

—Entonces, no quieres ni hablar con el médico.

—No. Ahora escucha, haz el favor. No me importa lo que pienses, pero yo no soy una buscona barata que trata de pescarte.

—No he querido decir eso, Linda.

—Tampoco soy una estúpida que no se da cuenta de que está en un buen lío… y tú también. Déjame hablar. —No me gustaba aquello de pensar sobre la marcha, pero no había más remedio—. Supongo que muy pronto tendré que marcharme de aquí, antes de que se me note, para no ponerte en evidencia. Necesitaré un poco de dinero para vivir. No más de lo que ahora gano, veinticinco dólares a la semana. Y también dinero para el médico, claro.

»No puedo marcharme de la ciudad porque tengo que cuidar de mi madre. Pero, dado que no es probable que tus amistades pongan los pies en Ridgewood, no tienes que preocuparte. —Él no tendría que preocuparse. Pero yo… Cualquiera entraba en la tienda de ultramarinos con una barriga como una sandía—. Y tampoco pienso molestarte después de que nazca el niño. No temas, no me pondré al lado de los ascensores llorando con un niñito en brazos envuelto en una toquilla.

John se puso lívido.

—¿Te *quedarías* con él?

—No lo sé. —Tenía ganas de llorar—. Es un niño.

Se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en la mesa.

—Yo podría encontrar a alguien, que cuidara de tu madre para que pudieras marcharte. Y, después, gestionaríamos una adopción

discreta.

—¿Es que hay adopciones de escándalo?

Cerró los ojos, como si contara hasta diez mentalmente, pero volvió a abrirlos al llegar a cuatro.

—Si fijamos una suma de común acuerdo —dijo con calma—, una suma muy generosa, ¿tú firmarías un documento absolviéndome de toda…?

—¿Cómo puedes ser tan canalla?

No acusó el golpe. Insistió, impasible:

—¿Firmarías?

—Pero sólo sin la suma generosa.

—No seas arrogante.

—Yo puedo ser lo que quiera. Estás absuelto. —Me levanté y me fui.

Pero antes de llegar a la puerta, él estaba detrás de mí. Me puso las manos en los hombros, me hizo dar la vuelta y me dio un beso.

—¡Linda! —murmuró.

Yo le empujé con brusquedad.

—Vale más que te busques a una jovencita recién presentada en sociedad que use diafragma —dije. Así el picaporte y tiré, pero él cerró la puerta de un empujón y se apoyó en ella.

—Me casaré contigo —dijo.

—No.

—Me casaré contigo.

—*No*. Tú no me quieres. No sé si te gusto siquiera. Si mañana desapareciera del mapa, sólo lo notarías a la hora de quitarte los pantalones. Y tampoco sería tan grave. No tendrías más que sonreír y, antes de cinco minutos, alguien se encargaría de satisfacer tus necesidades. —Lentamente levanté la cara y le miré a los ojos—. Pero nadie podría satisfacerlas como yo.

Aquella noche, por primera vez, John me pidió que me quedara a dormir en su apartamento. A eso de las doce, cuando fue al baño, yo me levanté y alisé la sábana que habíamos arrugado, mullí las almohadas, sacudí la colcha de algodón guateada y le di la vuelta de manera que las iniciales [NLB] de Nan quedaran debajo. Segundos después, cuando volvió oliendo a dentífrico, yo estaba

tapada con la colcha, con los ojos cerrados.

—Linda —dijo. Yo respiré profundamente—. Vamos, no has tenido tiempo de dormirte. —Abrí los ojos. Se acostó, se tapó con la colcha y se arrimó a mí—. Escucha, puesto que tú te empeñas en… tenerlo, no hay otra alternativa. Nos casaremos.

—No tenemos nada en común —respondí—. Sólo nos compenetramos en la cama, y eso no servirá de nada el día en que uno de tus amigos nos invite a su barco. —Él me miraba. Supongo que hasta aquel instante no le había ocurrido que, si me hacía su mujer, alguna que otra vez tendría que sacarme del dormitorio—. Vamos a ser sinceros por una vez, porque ahora no tenemos más remedio. Yo sé lo contento que te pones cada vez que abro la boca para tratar de charlar. ¿Qué pensarían tus amistades? Yo te abochornaría.

—¿De verdad lo crees así?

—No sé, pero tú sí lo crees.

—Tú no sabes lo que yo creo.

—Explícamelo.

En lugar de hablar, se quedó mirando al techo. Le dije que mi madre era una enferma alcohólica y que tenía que cuidar de ella. No se mostró ni sorprendido ni interesado. Pero me dijo:

—Te daré dinero para ella, si quieres.

—Mira, hace un par de horas, estabas dispuesto a dejarme.

—No es verdad. Yo aceptaba la responsabilidad…

—Una cosa es la responsabilidad y otra el matrimonio. ¿Soy yo la mujer que tú querrías encontrar en casa todas las noches, el resto de tu vida?

Por toda respuesta, hizo «shhh», se volvió y me separó las piernas con la rodilla. Lo hicimos otra vez.

A las tres de la mañana, después de haber dormido un par de horas, tan lejos el uno del otro como permitía la cama de matrimonio, chocamos y nos despertamos sobresaltados. Rápidamente, nos volvimos de espaldas y fingimos quedamos dormidos, pero fue inútil. Yo le oía la respiración entrecortada y tragar saliva nerviosamente. Me incorporé y acaricié su pelo sedoso.

—Dime por qué…, por qué quieres casarte conmigo. ¿Es por despecho, para demostrar a Nan que te destrozó la vida de tal manera que buscaste consuelo en tu secretaria y le diste un

revolcón?

—Basta.

—¿Quieres darle una bofetada haciéndole ver que a ti te basta un tomatito de Queens?

—Esta conversación es indecorosa, de manera que vamos a dejarlo. —Casi no se le oía porque estaba de espaldas a mí y sus palabras quedaban ahogadas por la almohada.

—¿Tan bien lo pasas conmigo que, con tal de conservarme a tu lado, te avendrías a casarte y dejarme tener a tu hijo?

—Duerme. Estás nerviosa. Agotada. —Parecía más harto que cansado.

Yo traté de hablar con ligereza, como se supone que habla la gente bien en las situaciones difíciles.

—Piensa en tu carrera. ¿Crees que este matrimonio podrá considerarse una prueba de buen criterio? ¿Qué pensarán tus clientes extranjeros cuando les presentes a tu costilla embarazada que les saludará con su acento *berlinerisch*?

—¡Basta! —cortó. Antes de seguir hablando, se tomó tiempo para dominarse—. Linda, yo soy responsable de esta situación. Yo te he dejado embarazada y quiero portarme como es debido.

—*¿Por qué?* ¿Porque eso es lo que hacen los caballeros?

—Sí.

—Pero tú no me quieres.

—Tú a mí sí. —Era dulce, pero frío—. ¿Tú quieres dejarme, Linda? ¿O quieres que me case contigo?

«Quizá cuando lo sienta moverse —pensé—•, me pondrá la mano en el vientre, me mirará y de pronto…».

—Quiero que te cases conmigo.

—Está bien.

Le rodeé con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro. Él me estrechó con fuerza, se puso encima de mí y lo hicimos otra vez.

11

La sala de alto techo del Ayuntamiento olía a colillas aplastadas en el ya sucio suelo de baldosas marrones y *beige*. Las parejas se apretaban contra una barandilla de madera, esperando turno para entrar en el matrimonio. Pero no en el sagrado matrimonio. Esto era el edificio municipal de la ciudad de Nueva York y, en interés de la concordia, dada la variedad de credos de los contrayentes —y no digamos de la conveniencia de hacer avanzar la cola— los funcionarios no invocaban el nombre de Yasabenquién.

Y, precisamente entonces, yo me di cuenta de lo mucho que deseaba oírlo; imaginaba una voz profunda y aterciopelada que dijera: *Queridos, hermanos: nos hemos reunido aquí, en presencia de Dios*… De haber tenido que poner cara en aquella voz, imagino que habría sido la del ministro que solía enterrar a los Johnston de Brooklyn. Yo no sabía su nombre ni a qué religión pertenecía, pero tenía aspecto de haber nacido para celebrar ceremonias religiosas: pelo blanco, nariz aguileña, ojos azules que parecían mirar desde lo alto al que iba a ser enterrado. Pero, de vez en cuando, esbozaba una sonrisa afable que revelaba la falta de dos muelas. Además, probablemente, la rectoría tenía goteras, ¡pobre hombre!

Desde que estaba loca por John, solía soñar despierta, pero mis ensueños casi siempre se referían a cosas camales, no a ceremonias. No obstante, al parecer, también debía de soñar dormida con lo tradicional: que me casaba el reverendo Smith/Jones/Williams en una iglesia de postal navideña, una capilla blanca con un airoso campanario. Por respeto a la memoria de mi abuela Olga, para invocar a la divinidad, el reverendo diría, simplemente, Dios, sin hacer hincapié en detalles tales como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Un novio escuchimizado que estaba a mi lado echaba el humo

del cigarro como un magnate de la industria y su futura masticaba un taco de chicle de menta. Para evitar que se me revolviera el estómago, volví la cabeza hacia John e inhalé el aroma de lana limpia de la manga de su traje. Me di cuenta de que no sólo había imaginado al cura sino también el vestido. Sería de corte sencillo pero de encaje, con dibujo de rosas y capullos. Olga había traído de Berlín un trozo de aquel encaje, era un pañuelo que una prima rica había regalado a su madre para el ajuar.

En la boda que yo había soñado sin saberlo, llevaba un collar de perlas y un ramo de rosas blancas y esas florecitas menudas como motas blancas, adornado con largas cintas. Llevaría un sombrero blanco de ala ancha con cinta de terciopelo blanco.

Sin velo, porque era una boda de mañana.

Y fue una boda de mañana: sin luna. Y sin primavera. Fue un 16 de setiembre, lunes, y yo llevaba un vestido azul que databa de 1937, comprado en la liquidación de verano de los almacenes «Ohrbach», en el mes de julio. (Una pelirroja de labios prietos trató de arrebatármelo cuando lo descolgaba, pero yo no lo solté y me lo llevé majestuosamente al probador. Me quedaba un poco ancho, pero la pelirroja estaba ojo avizor cuando salí, de modo que me lo quedé. Ya no me estaba ancho).

No se me notaba el embarazo, pero la cintura desaparecía rápidamente. Por la noche, en el espejo de cuerpo entero del pequeño vestidor contiguo al cuarto de baño de John, yo veía cómo me desaparecían las curvas, salvo en la zona pectoral, donde estaba poniéndome como Hedy Lamarr: exuberante.

Allí estaba yo, en el Ayuntamiento, con un sencillo vestido azul, zapatos de charol negro y el pelo bien recogido en lo alto de la cabeza. El típico atuendo de la secretaria; pero, ¿quién iba a decirme aquella mañana, cuando salí para la oficina, que antes del almuerzo sería una novia?

John me llamó a su despacho un poco después de las diez.

—A las diez y media tengo una reunión en el número dos de Wall Street. A las once cuarenta y cinco nos encontraremos en el Ayuntamiento, segundo piso, al lado de los ascensores. Mete unos papeles en un sobre y di que te pedí que me los llevaras y que no sabes cuánto tardarás, porque uno de los abogados es alemán y tiene notas que dictar. —Mi expresión debía de indicarle que no se

había equivocado al juzgar mi inteligencia—. En el Ayuntamiento —recalcó—. Center Street. Me he ocupado de agilizar las cosas. Podemos sacar la licencia y casamos inmediatamente, sin tener que esperar. A las doce y media podemos estar en la calle.

—¿Tienes otra reunión a la una?

—He pensado que después podríamos ir a almorzar para celebrarlo.

Me dedicó una pequeña sonrisa. Yo correspondí, pero mientras sonreía me di cuenta de que la sonrisa de John era la típica sonrisa del héroe: la frente alta, nobleza obliga, caiga quien caiga, valor bajo el fuego.

Probablemente, durante el almuerzo haría un brindis cortés.

Un hombrecito con bigote de cepillo se acercó a John y, andando de puntillas, nos condujo por delante de una hilera de funcionarios que estaban sentados en altos taburetes en una especie de jaulas de monos, hasta su celdilla encristalada, para que no tuviéramos que hacer cola. Allí rellenamos la solicitud de la licencia de matrimonio.

—Yo no sabía que veníamos y no traigo la partida de nacimiento ni…

—Schhh… —hizo John.

—Yo me ocuparé de todo, señorita —dijo el hombrecito—. Usted escriba sus datos personales… —Se puso colorado, agitó el bigote y miró nerviosamente a John, como si temiera haber puesto en entredicho mi honorabilidad—. Nombre de los padres, fecha de nacimiento, municipio —para especificar rápidamente—: ¿Usted nació en la ciudad de Nueva York? —Me pareció que lo preguntaba con cierta suspicacia, como si sospechara que era de Minnesota y quisiera engañarle.

—En Queens —dije.

Suspiró con alivio. Se volvió hacia John. Sus modales viraron también hacia una obsequiosidad lastimosa.

—*Encantado* de haber podido serle útil, Mr. Berringer —dijo—. Cualquier amigo del comisionado Tuttle…

Pero quienquiera que fuera el comisionado Tuttle, hada madrina de los abogados de Wall Street, no tenía influencia en la sala en la que casaban a la gente. Tuvimos que esperar tumo con unas quince parejas. Sólo dos parecían realmente felices. A la mayoría de las

otras parejas se les traslucía la tristeza. Había varias muchachas jóvenes, muy jóvenes, con padres de ojos severos y novios de aspecto abatido; la edad de éstos oscilaba entre los dieciséis y los sesenta y cinco años; ellas tenían el vientre abultado. Dos o tres parejas parecían haber salido juntas durante treinta años; cansadas de todo y, especialmente, el uno del otro. Había una señora de mediana edad con ondulación Marcel y flores en la solapa que parecía menos cansada, pero sostenía la mano de un joven excesivamente lindo de no más de veinticinco años.

Y todas las parejas —las alegres y las tristes— miraban fijamente a John. Él no encajaba allí. No sólo porque llevaba americana —algunos de los otros hombres también la llevaban— sino por cómo le sentaba la americana. Y por la forma de sus anchos hombros. Porque no eran anchos como los de uno de los hombres, un albañil, que se había subido las mangas de su camisa azul hasta más arriba de los bíceps, dejando al descubierto los tatuajes. Los músculos de John no se debían al trabajo; se debían a los deportes que se practican vestido de blanco.

Su cabello iluminaba la sala. Uno de los otros chicos, un irlandés que había preñado a una judía morena, tenía el pelo tan rubio como el de John, pero no brillaba. En fin, que a John no se le miraba por su elegancia ni siquiera por su apostura sino, sencillamente, porque era diferente, como si un hada madrina hubiera agitado su varita mágica encima de su cuna. O, si no había nacido diferente, quizá pertenecía a una sociedad secreta de la Ivy League que transforma a los chicos en hombres privilegiados.

Del mismo modo que todo el mundo sabía que John era diferente, él lo sabía también. Y no deseaba estar con…, en fin, con personas como yo. Quería salir cuanto antes de aquel lugar inhóspito, ruidoso, excesivamente iluminado en el que todo el mundo era igual pero en el peor sentido.

—¡Berringer! —gritó un funcionario.

Por una abertura de la barandilla pasamos a una pequeña zona en la que otro funcionario, un hombre pulcramente vestido que parecía vender ataúdes examinó nuestros papeles. Tardaba tanto que tuve tiempo de quitarme las horquillas y soltarme el pelo.

—¿Listos? John Wilson Berringer, ¿toma por esposa a Linda Rose Voss?

«¿No “para amarla, honrarla y protegerla”?», me pregunté yo.

—La tomo —dijo John.

Por lo visto, no.

—Linda Rose Voss, ¿toma por esposo a John Wilson Berringer?

—Lo tomo —dije. Mi voz sonaba perfectamente normal.

—¿El anillo? —dijo el funcionario.

Y cuando yo pensaba: «Se le ha olvidado», John sacó un estuche. Miré sin pestañear cómo lo abría. Terciopelo marrón y, dentro, sobre satén blanco, un anillo de oro. Bonito. No insultantemente delgado.

—Gracias —susurré mientras él me lo ponía en el dedo. Me estaba bien. Bueno, quizás un poco grande.

—Les declaró marido y mujer. —El hombre se quedó esperando y luego se aclaró la garganta con un forzado «ejem». Nos besamos, para terminar de una vez y para que la pareja siguiente pudiera empezar su vida en común.

Miré a John a los ojos. Los tenía llenos de lágrimas.

—Mamá —la sacudí suavemente. Eran las cinco de la tarde del día de mi boda. El aire que entraba por las ventanas abiertas era casi frío. Había llegado ese breve y falso otoño del setiembre de Nueva York que durante unos días ahuyenta el calor veraniego. Yo tenía frío con mi vestido azul. El hombro de mi madre estaba helado, porque la manta había resbalado al suelo.

—Cinco minutos —murmuró ella, doblándose como una gamba.

—Mamá, tengo que hablar contigo. —Encendí la lámpara de la mesita de noche. Ella había comprado dos cuando se casó con mi padre: la base era un querubín extraordinariamente grueso (incluso para ser querubín) de pie sobre unas uvas sosteniendo la pantalla con la cabeza—. Mamá, anda, mamá, despierta.

Se tapó los ojos con el brazo y dijo:

—Lin, guapa, no me martirices. —Estaba tan delgada que a la luz de la lámpara, se le transparentaban los huesos del antebrazo—. Dos minutos.

Me senté en el borde de la cama. La almohada estaba sucia de brillantina y, supongo de babas; la última vez se la había cambiado yo, y hacía ya una semana.

—Mamá, tengo que hablar contigo —dije. Trataba de no enfadarme. La había oído llegar alrededor de las cinco y media de la mañana y ahora veía que se había acostado con el vestido y, a juzgar por la suciedad de la sábana, ni siquiera se había molestado en descalzarse, aunque los zapatos se le habían caído mientras dormía. Uno estaba en el suelo y el otro en el que fuera el lado de mi padre.

Cuando iba al Ayuntamiento, sentí el impulso de tomar un taxi hasta Queens para recoger a mi madre y llevarla conmigo. «Mamá, ponte el vestido azul marino con el cuello blanco del volantito, y ven a mi boda», le diría. Saltaría de la cama, se echaría agua fría en la cara y exclamaría: «Oh, Linda, corazón, cuánto me alegro. ¡No sabes lo contenta que estoy!».

—Anda, déjame. Tengo una resaca de mil demonios.

—Son las cinco, mamá. De la tarde. —No pareció causarle gran impresión—. Voy a darte una noticia maravillosa. —Poco a poco, apartó el brazo y me miró parpadeando—: John y yo nos hemos casado.

No podía dejar de parpadear, pero su boca se abrió en una enorme sonrisa.

—¡Oh, Lin! ¡Un abogado! —Extendió el brazo, me oprimió la mano y se agitó como si tratara de incorporarse, pero no llegó muy lejos. Tenía la mano helada. Recogí la manta y la tapé, metiéndosela por debajo de los pies. El dedo gordo le asomaba por un agujero de la media—. ¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana. Lo decidimos a última hora —dije, empezando a disculparme, pero, puesto que no parecía advertir que no había sido invitada, desistí.

—Cuéntamelo todo. ¿Se puso de rodillas para pedírtelo? Herm, sí. Aquel día yo cumplía dieciséis años, puso una rodilla en el suelo y me dijo: «¿Quieres ser mi regalo de cumpleaños para toda la vida?». ¿Estuvo romántico tu John? ¿Qué iba a decirle? ¿Que en nuestro almuerzo de bodas, inmediatamente después de servir el camarero el champaña y levantar las copas, pero sin chocarlas, porque o John no quería que los clientes del restaurante supieran que celebrábamos algo o eso de chocar las copas no se hace, porque es infantil o algo así, él me dijo que me quitara el anillo antes de volver a la oficina, ya que todavía no había decidido cómo «exponer

la situación»? Naturalmente, yo tendría que marcharme dentro de una o dos semanas.

—Digamos tres semanas. No va a ser fácil encontrarte sustituía. —Sonrió para el camarero que volvía con la carta tanto como para mí. Cuando el camarero se marchó, John agregó—: Tú eres una buena secretaria, Linda.

—Una gran secretaria.

—Y modesta.

—Eso, también.

—Tardaremos semanas en encontrar a alguien que sea remotamente apta.

—Y tendréis que pagarle más.

—Probablemente.

—¿Soy mejor con la máquina o en la cama?

Dejó la copa en la mesa.

—Vámonos —susurró—. Olvidémonos del almuerzo. Podemos celebrarlo en el apartamento.

—Imposible —le dije. Yo tendría que tomarme la tarde libre para ocuparme de mi madre.

—¿Tu madre? —murmuró. No parecía recordar que yo había nacido de padres, no de una agencia de colocación.

Después del almuerzo, me fui a Ridgewood y entré a ver al doctor Guber. Me abrazó y me dijo:

—Ya sabía yo que el chico se casaría contigo. Ahora, tranquila, dedícate a ser una buena esposa. Conozco a una muchacha ya mayor, ayudante de enfermera, que vive en Bushwick. Ella cuidará de tu madre. Podrá vivir con ella, guisar y limpiar. No te apures —me dijo—, es fuerte como un toro. Por quince dólares a la semana se encargará de todo. Mejor que tú, que tenías que pasar el día en la oficina.

Puse la mano en el hombro helado de mi madre.

—Escucha, mamá, le he dado una llave al doctor Guber…

—¿Ese viejo tarado?

—Mamá, la llave es para una mujer de Bushwick que vendrá a limpiar, a guisar y a cuidarte. Yo le pagaré y te daré a ti dinero todas las semanas. Pero no lo gastes todo el primer día.

—¿Quién? *¿Yo?* —preguntó mi madre, tratando de guiñar un ojo, pero no pudo. Sólo arrugó la mejilla—. Dime, tesoro, ¿cómo te

llamas ahora?

—Berringer —dije.

—Escríbemelo, para que pueda decirlo a todas mis amistades.

Saqué un papel y un lápiz de mi agenda y escribí: «Linda Berringer» por primera vez y debajo puse el número de teléfono de casa de John.

—Aquí está mi número de teléfono, mamá. Te llamaré todos los días. Pero, si necesitas algo, llama tú.

—Escucha, tesoro, has hecho muy bien.

—Gracias, mamá.

—¿Estás embarazada? —me miraba con sonrisa inquisitiva.

—Sí.

—Lo que me figuraba. Linda, mi vida, eres una chica lista. Has sabido cazarlo antes de que se escurriera detrás de alguna rica. Estoy muy orgullosa de ti.

Y, antes de volver a dormirse, me dio un fuerte abrazo y un beso.

Eran más de las seis cuando yo subía las escaleras del Metro, de regreso a la oficina, avanzando contra las últimas oleadas de los que volvían a casa. Iba pensando en si, ahora que era esposa de abogado, no habría podido tomar un taxi para ir a ver a mi madre. En el barrio de John yo había visto a señoras elegantes con traje de chaqueta y zapatos de lagarto, que levantaban un dedo en la esquina de Park Avenue y los taxis paraban con un chirrido de frenos y los conductores sonreían.

Me preocupaba cómo me daría John el dinero de la casa: si lo pondría debajo de la almohada o me entregaría dos, tres o cuatro billetes de veinte… lo que cobraban las esposas de abogados, el viernes por la tarde, cuando él recibiera su cheque. ¿Y cómo iba a saber yo lo que tenía que comprar con el dinero? Comida, naturalmente, periódicos, una barra de lápiz de labios. ¿Las esposas de abogado dicen: «Cariño, necesito cuarenta más para un vestido de seda natural que he visto en la tienda»? ¿Y si se olvidaba de darme dinero? ¿Se lo podría recordar?

Ya estaba casi en lo alto de la escalera y acababa de quitarme el anillo de boda y guardarlo en el bolso, mientras pensaba que iba a

ser bastante violento pero que no tendría más remedio que pedir a John un abrigo nuevo para el invierno, porque el viejo no sólo estaba muy raído, con un agujero sin posible remiendo debajo del brazo izquierdo, sino que no podría abrochármelo… cuando —no más de dos segundos después de llegar a la calle—, me tropecé con Gladys Slade.

—Perdón —dijo ella, con forzada cortesía. No me había visto.

Eran las primeras palabras que me dirigía desde que llegamos al entendimiento de que mantendría la boca cerrada. Desde luego, si yo entraba en el despacho con un grupo de chicas, me incluía en su «buenos días» general. Otra cosa podía dar a entender que yo había hecho algo espantoso que exigía un boicot, y ella estaba lo bastante intimidada por mi «poder» sobre John para obrar con cautela. Todos los «¡hola!» y «¿qué tal?» que me dirigía eran en defensa propia.

A decir verdad, lo único que me hacía echar de menos mi amistad con Gladys eran las sesiones de cine del domingo por la tarde; desde que iba a casa de John siete días a la semana, no había visto ni una sola película. Me había perdido a Fred Astaire y Eleanor Powell en *La melodía de Broadway 1940* y estaba rabiando por ver a Laurence Olivier en *Rebeca*, a pesar de que Joan Fontaine era siempre una quejica, y me hubiera gustado que el galán le diera una torta y le dijera: «¡Cállate ya, pesada!».

Gladys llevaba el jersey de la oficina, una chaqueta holgada color paja, que no se había quitado porque la tarde estaba fresca. De pronto, sentí frío y me froté el anular desnudo con el pulgar.

—¿Cómo estás, Gladys?

Movió la cabeza queriendo decir que bien y, seguramente porque le cortaba el paso, dijo:

—Hoy no estabas a la hora del almuerzo.

—Mr. Berringer —me ruboricé—, tenía una reunión en el número dos de Wall Street y me necesitaba allí.

—Bueno, habrá estado encantado de tenerte.

—Mira Gladys, no voy a decir una cursilería como «Vamos a ser buenas amigas», pero, por lo menos, podríamos tratarnos con cierta amabilidad. Hace mucho tiempo que nos conocemos y… ¿por qué no quedamos para ir a tomar una copa un día de la próxima semana?

—No veo la necesidad.

—Necesidad, ninguna, desde luego. Sólo para charlar un rato. —Lo que yo quería, después de que John «presentara la situación» de nuestro matrimonio, era sentarme con Gladys y comunicárselo antes de que se enterase por la gaceta de la oficina. Me parecía que se lo debía. O quizás, en el fondo, sólo quería hablar con alguien. Qué curioso, ahora no tenía a nadie.

Gladys abrió el bolso y se puso a buscar afanosamente una moneda para el billete.

—Lo que tú estás deseando decirme no me interesa —dijo como si hablara con el portamonedas.

Hubiera tenido que molestarme, pero en aquel momento no podía pensar más que en lo violenta… y más que violenta que se sentiría Gladys cuando se enterase de mi matrimonio con John. Yo quería tranquilizarla: «Mira, no pienso decirle cómo hablas de los jefes del bufete y, mucho menos, de él, de lo atractivo que te parecía, ni aquello de: "¿Te lo imaginas en ropa de tenis?"».

Encontró la moneda y yo me hice a un lado.

—Está bien, no te entretengo más —dije.

Pero ahora no parecía dispuesta a marcharse.

—Me parece que debería advertirte que tu idilio puede estar a punto de terminar. —Se cortó. Esperaba que yo le suplicara que siguiera hablando. Pero no le supliqué—. Mrs. Avenel da una cena el sábado. Ha contratado a un mayordomo para que pase las bandejas. Mr. Berringer está invitado y Mrs. Avenel le ha buscado una pareja encantadora, pero…

Su larga y melodramática pausa fue realmente tan larga y melodramática que acabé por perder la paciencia. Sabía que deseaba mortificarme, pero yo no podía ser mortificada; por lo menos, por ella.

—Pero, ¿qué, Gladys?

—Esta mañana llamó a Mrs. Avenel para decirle… —aspiró largamente por la nariz con altivez— que *iba a casarse*…

—¿Dijo si pensaba ir a la fiesta? —pregunté en voz baja.

—¿Es que no me has oído?

—Te he oído. ¿Va a la fiesta?

—*Sí*, va a la fiesta —su tono se hizo burlón—. Con su prometida.

«No —le hubiera dicho yo de buena gana—. Con su esposa».

Cuando por fin apagamos la luz, pregunté a John cuándo podría llevar el anillo a la oficina.

—¡Oh! —murmuró. Yo esperé—. Cuando quieras —dijo por fin—. Esta tarde, cuando fuiste a ver a tu madre yo hablé con Ed de nuestro… y de tu marcha.

—¿Le has dicho que estaba…?

—No —dio la vuelta a la almohada y, antes de dormirse, agregó—: No te preocupes. Dice que está bien.

Pero, al día siguiente de mi boda, resultó que no estaba bien. Yo, de pie delante del escritorio de Mr. Leland —porque él no me había invitado a sentarme—, recibía una bronca de un hombre que sabía gritarte sin necesidad de alzar la voz.

—¿Y no se le ocurrió pensar, Mrs. Berringer, que tenía usted responsabilidades con otras personas además de consigo misma? —Edward Leland estaba furioso—. ¿Se le ocurrió pensar que, además del maldito inconveniente de buscar a otra secretaria bilingüe, generalmente se tarda un mínimo de diez semanas en investigar a una persona capaz de hacer la clase de trabajo que hace usted? Es trabajo secreto. ¿Imagina que podemos coger a la primera taquígrafa en alemán que encontremos en las calles de Yorkville y dictarle nuestro código? Podíamos tardar semanas, *meses*, en encontrar a una persona remotamente apta para ser investigada por el FBI.

»Usted sabe cómo están complicándose las cosas. Usted sabe que el volumen de… de este trabajo ha aumentado cien veces. ¿Qué hago si mañana tengo que enviar un mensaje? ¿O dentro de tres o cuatro semanas? —Yo no podía contestar, por el nudo que tenía en la garganta—. ¿Enviarlo a Washington para que cincuenta burócratas estúpidos lo pasen de mano en mano antes de traducirlo? —Su cara se ensombreció—. ¿Pedir que lo pase a máquina su marido?

—Yo estoy dispuesta a…

—¿A qué, Mrs. Berringer?

—A hacer cuanto pueda.

—Ahora es una mujer casada.

—Con el matrimonio no se olvida la taquigrafía. —Yo no podía creer que hubiera dicho tal cosa.

Mr. Leland, tampoco.

—No quiero impertinencias. Lo que quiero es una secretaria autorizada por los servicios de seguridad.

—Perdone.

—Yo suponía, se ha demostrado que erróneamente, que usted comprendía que, pese a su aparente simplicidad, las cartas que yo le dicto tienen importancia.

—Mr. Leland… —empecé. Pero, de repente, me eché a llorar. No eran unas lagrimitas de circunstancias sino un llanto de verdad. Me cubría la cara con las manos y el lápiz y el bloc cayeron al suelo.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo él. Y agregó—: Bueno, siéntese. —Me senté—. Tenga. —Se inclinó y dejó el pañuelo encima de la mesa, delante de mí. Me daba apuro usarlo, porque pensaba: «¿Y cómo se lo devuelvo?». Pero lo usé. Me destilaba la nariz. En el despacho no se oía más que mis sollozos, y creo que si al fin empecé a hablar fue porque no quería que él me dijera que me calmara o, peor, que sentía haberme disgustado.

Suspiré profundamente y le miré.

—Mr. Leland, siento mucho portarme así. —En su cara no había la menor emoción—. Me gustaría darle una explicación.

—No es necesario, Mrs. Berringer.

—Creo que sí.

—Está bien. Adelante.

—Sé que usted piensa que soy una desconsiderada y tiene razón. No recordé que también trabajaba para usted. No lo pensé ni un minuto. ¿Sabe por qué? Porque estaba en un buen lío. Yo mantenía relaciones con Mr. Berringer…

—Realmente, no es necesario…

—Ya lo sé, pero le ruego que me escuche. Estoy embarazada, Mr. Leland. —Sus ojos oscuros se agrandaron, no por la sorpresa; estoy segura de que no le sorprendía, sino porque yo lo dijera—. Comprendo que no es de buena educación hablar de estas cosas, pero yo no soy una persona educada. De todos modos, usted ya lo habrá imaginado. Mr… bueno, John no se ha casado conmigo por mi dinero, ni por mi inteligencia. Se ha casado porque tenía que casarse.

—Tiene usted razón —proseguí—. He sido una egoísta y no he pensado en nadie más que en mí. Bueno, también pensé en mi madre. Es alcohólica y no tiene mucha salud y yo cuido de ella.

Pero eso ya lo sabrá usted por el FBI o por quien me haya investigado.

—Sí, ya lo sé —dijo en voz baja.

—Por lo tanto, lo único que puedo hacer es pedirle disculpas y decir que probablemente esta conversación es tan violenta para usted como lo es para mí, pero quiero dejar las cosas en su sitio. Como dicen ustedes, había circunstancias atenuantes.

—Comprendo.

—Pero el que yo me encuentre en este estado…

—Continúe.

—No significa que no pueda trabajar. De acuerdo, quizá no pueda venir a la oficina durante el día, pero podría venir muy temprano o muy tarde. No quiero causarle extorsión. Yo sé… bueno, no lo sé, pero me imagino que lo que usted hace es muy importante, de manera que hasta que encuentre a otra persona, me gustaría hacer cuanto pueda.

—Muchas gracias. Creo que podré arreglármelas sin usted.

Asunto concluido. Como dicen los sargentos en las películas de guerra: *¡Marchen!* Recogí el bloc y el lápiz del suelo e inicié la larga y ya familiar travesía de la alfombra del despacho. Cuando ya estaba a medio camino de la puerta, Edward Leland me gritó:

—Mrs. Berringer. —Yo le miré con su suave pañuelo de batista en la mano, hecho una bola.

—¿Sí, Mr. Leland?

—Pase lo que pase… —por primera vez desde que le conocía, le vi titubear— ha hecho usted bien. Hágase valer.

12

Henry y Florence Avenel vivían en Westchester, en una casa blanca con columnas, una casa de mucho empaque que hubiera sido perfecta para Thomas Jefferson o Scarlett O'Hara, pero que resultaba excesiva para un abogado de ojos saltones que parecía un sapo con corbata a rayas. Una cosa grandiosa, aunque sin llegar a ser un palacio, pero era evidente que quienquiera que se la vendiera a los Avenel, se había arruinado —probablemente, en el 29— y, antes de renunciar a sus últimos fastos sureños, había tenido que enajenar la mayor parte de la vieja plantación. Cuando llegabas y abrías la boca para lanzar un ¡oh! de admiración, te dabas cuenta de que, a la izquierda había otra «Tara» más nueva y más pequeña y, a la derecha, prácticamente pegada, una casa Tudor inglesa. Si alguien estornudaba en la Tudor —separada únicamente por una línea de árboles en forma de caramelo de palo— Florence Avenel hubiera podido decir «¡Salud!».

Mrs. Avenel no es que estuviera cortés, es que literalmente se deshizo.

—¡John! —exclamó en cuanto cruzamos el umbral—. ¡Oh, ésta debe de ser Linda! ¡John, es preciosa! ¡Más que preciosa! ¡Cmo una Jean Harlow resucitada! —Yo me parecía a la Harlow tanto como ella a la ratita *Minnie*: en casi nada, lo justo para hacer un comentario si buscabas desesperadamente algo que decir—. Aunque más fina que la Harlow, desde luego. —Puntualización obligada. No se dice al compañero del marido que su flamante esposa es el vivo retrato de una pájara platino de fama mundial—. ¡Enhorabuena, John!

Entonces me sonrió ampliamente, dejando resbalar la mirada por mi cintura que yo me había cuidado bien de disimular con la

chaqueta de faya negra de mi conjunto de noche. (Yo sabía que no podía vestirme de púrpura con un gran escote, pero no estaba muy segura de lo que sería más apropiado. Así que, al salir de la cocina, después de fregar los cacharros de la cena, pregunté a John si podía darme dinero para un vestido para la cena de los Avenel. Se fue a la cartera, me dio dos billetes de cincuenta y me dijo: «¿Será suficiente?». Los cien dólares me habían dejado muda, pero asentí. «Sí, suficiente». Al día siguiente entré en «Saks» de la Quinta Avenida y estuve explorando hasta que descubrí a la dependiente perfecta: parecía una de las secretarias de los directores, tipo niña de Vassar de labios prietos y trasero más prieto todavía. Le dije: «El sábado voy a una cena con unos cuantos abogados de Wall Street. ¿Qué tiene?». Ella arqueó las dos cejas, sacó un conjunto negro y una blusa de seda gris y me dijo: «Pendientes de perlas». ¡Ja! Pero me dejé el pelo suelto, tapándome las orejas. Cuando salí del dormitorio, arreglada para salir, John se quedó estupefacto. Al igual que Mrs. Avenel, probablemente esperaba lentejuelas rojas y chicle. Quedó tan asombrado por mi falta de mal gusto que murmuró: «¡Oh, qué bien estás!»). Por fin Mrs. Avenel se dirigió a mí:

—Henry y yo nos alegramos mucho, mucho, querida.

Realmente, Gladys la imitaba bastante bien. «¡Que-ri-i-da!». Por la imitación de Gladys, yo siempre había imaginado a una mujer imponente, de busto opulento, capaz de arrastrar a un acorazado a través del Atlántico. Pero Mrs. Avenel era bajita, de apenas metro cincuenta y tan delgada que la clavícula se le salía. Llevaba un vestido verde botella hasta los pies con escote en pico y cinturón atado, que más parecía una bata complicada que un traje de anfitriona.

Me tomó del brazo y por un vestíbulo con suelo de mármol blanco y negro ajedrezado me llevó a la sala.

—Diga, mona, ¿cuánto hace que se casaron?

—Cinco días.

—¡Ah, cinco días! Llámeme Florence. —Me sonrió levantando la cara. Yo sonreí a mi vez. Fue una sonrisa ancha y forzada, la sonrisa de delante del espejo del cuarto de baño, cuando buscas restos de comida entre las muelas.

Pero en seguida noté que Florence se desentendía de mí. Sus ojos se habían posado en John, porque, ahora que ya había

cumplido conmigo, podía concentrarse en él. Concentrarse es decir poco. La pequeña Flo estaba lanzando señales a mi marido como una antena de radio situada en lo alto del Empire State. Su mirada emitía un potente ¡Buá! ¡Buá! ¡Buá!

Y él, naturalmente, le devolvía la sonrisa. «Eh —hubiera podido decirle yo—, ésa es la sonrisa que John dedica a las chicas del guardarropa y a la mujer del portero. Y a las secretarias. Bueno, a todas las mujeres. Es su sonrisa, tipo de "eres-hechicera-y-me-tienes-cautivado". Puro reflejo que salta al golpear la rodilla, y la utiliza para derretirte a ti —y a todas nosotras—, por si necesita algo de ti, para que te desvivas. Mira, Florence, tú pasas de los cincuenta, no eres muy lista, tienes la nariz larga y escote de gallina. ¿Imaginas que él pueda querer algo de ti?».

Pues sí, lo imaginaba. Lo mismo que todas. Florence nos llevó a su salón, de techo alto, ventanas altas y sofás largos, y todas las mujeres enmudecieron mirando a mi marido. Entonces John sonrió, una sonrisa general de «me-alegro-mucho de verlas», pero ellas, recordando sonrisas anteriores más personales, como la dedicada a la afortunada Florence, abrieron las fauces con expresión jubilosa.

—Atención, todos —gorjeó Florence—: ¡Os presento a Linda!

Hasta entonces no se volvieron hacia mí los ojos de las mujeres. Y los de los hombres. Siete u ocho jefes de «Blair, VanderGraff y Wadley» abrieron el grupo compacto que formaban junto a la chimenea y me sonrieron. No como sonreía John, desde luego, pero sí con bastante cortesía. Dos o tres agitaron la mano. Al fin y al cabo, yo había pasado a la categoría de esposa. Sus caras eran borrosas y se confundían entre sí, pero entonces Mr. Wilson levantó su copa de cóctel para brindar:

—¡Por dos recién casados! —dijo, y se alzaron más copas y diez o quince voces educadas corearon: «¡… Ciéncasados!».

Luego se hizo el silencio, mientras todas aquellas personas tan bien educadas, una vez liquidado el brindis, se quedaban mirándome fijamente. Para los hombres, verme vestida de faya negra, maquillada y con el pelo suelto, debía de resultar incómodo. Alteraba el equilibrio natural de las cosas, como si de repente, su barbero hubiera aparecido en una reunión del consejo, vestido con terno gris y se hubiera sentado a la mesa con un: «Hola, chicos».

Las mujeres miraban con fría mirada de tasador… o quizá no tan

fría. Se intercambiaron un par de rápidas ojeadas entre dos de las mayores, con vestidos estampados, y un monumento de unos cuarenta, con un cutis de marfil, pelo rubio ceniza recogido en un moño tirante muy chic y lápiz de labios rojo brillante, paseó la mirada por mi vestido (que, supongo, debía de estar correcto) y mis zapatos (que, por la forma en que hundió las mejillas, no lo estaban).

—¡Bien! —tronó Mr. Avenel acercándose. Me puso un martini en la mano con tanto ímpetu que casi lo tiró—. ¿Y cómo está la novia?

—Muy bien —dije, y todos, aliviados, volvieron a sus animadas conversaciones.

—Le presentaré a las señoras. —Me tomó de la mano y me hizo cruzar lo que me pareció una alfombra china, o, por lo menos, era azul y con flores, hacia donde estaban las mujeres—. Claudia Boland, Mimi O'Connell, Sarah Weedcok, Lorraine Wilson… —Hablaba tan de prisa, que no había manera de saber quién era quién, aunque supuse que Lorraine Wilson sería la de las pecas y la mandíbula cuadrada, porque me parecía que hacía buena pareja con Mr. Wilson, que también tenía pecas y parecía un muñeco de ventrílocuo—. Mary Shawcross, que ha venido con Ed Leland… —No le había visto. Me obligué a no volver la cabeza hacia el grupo que estaba junto a la chimenea. Mary Shawcross sonrió lo justo para enseñar unos dientes como tejas blancas e igualitas. Era elegante, con el cabello rubio pálido y los labios muy rojos. Más que elegante. Casi toda una belleza con los pómulos altos y unos ojos soñolientos de pesados párpados.

Bebí un trago de martini.

—Carrie Post —prosiguió Henry Avenel—, y me vi cara a cara con la mujer cuyo marido pasaba todas las tardes con Wilma Gerhardt y le pagaba las manicuras, además de la chaqueta de zorro y de un interminable surtido de medias de seda. Mrs. Post, la esposa burlada y llenita, tuvo que echar mano de toda su educación para murmurar un: «Encantada de conocerla». Fue un verdadero esfuerzo. Aquella mujer reservada y de doble mentón debió de hacer una heroicidad para mostrarse cortés, porque era evidente que lo sabía todo —no tenías más que mirarla para darte cuenta— y ver a una ex secretaria con el anillo de boda de un abogado debía resultarle, por lo menos, doloroso.

—¡Oh! —tronó Mr. Avenel—. ¡No olvidemos a nuestra Ginger Norris! —Yo me volví, esperando ver a una tenista con cara de *bulldog*. Pero vi a una mujer de unos cincuenta y cinco años que era el mismísimo coco: si las demás habían conseguido decir un correcto: «Mucho gusto» o un simple «Hola», Ginger se limitó a inclinar la cabeza, como si hiciera una imitación de la reina Mary.

Y entonces, inmediatamente después de las presentaciones, las cosas volvieron a la normalidad. Mimi siguió hablando con Sarah, Lorraine con Mary y todo el mundo con todo el mundo, menos conmigo. De repente, me quedé sola con mi martini. Y comprendí que aquella momentánea amabilidad había sido exactamente eso: una efusión que duró unos sesenta segundos.

Y allí me quedé, la única con la que nadie hablaba y la única a la que todos observaban. Notaba sus miradas rápidas y furtivas. Y, si me hubiera puesto a contemplar los cuadros de flores de los Avenel o me hubiera esfumado camino del baño, todos habrían podido darse cuenta de cómo me sentía: atemorizada y sola —con el corazón palpitante— en territorio enemigo.

Tomé otro largo sorbo de mi martini. No me gustaba la ginebra y el vermut y la oliva no conseguían disfrazarla. Miré hacia el otro extremo de la sala y observé a los hombres que charlaban en voz baja. Formaban grupo delante de la chimenea, ocupada por una urna gigante de crisantemos amarillos. De ahí brotaba un murmullo profundo y masculino, un zumbido constante como una interminable e interesante conversación. John estaba entre Mr. Norris y Mr. O'Connell, y los tres asentían en perfecta concordia. Di un paso a la derecha y vi a quién asentían: era la persona a la que yo pensé que lo hacían, o sea, Edward Leland. Mr. Leland parecía satisfecho, satisfecho de lo que estuviera diciendo y satisfecho de la forma en que sus socios sorbían todas sus sílabas, y, probablemente, satisfecho de que, cuando terminara la cena, él acompañaría a casa a Mary Shawcross, con su moño, sus exquisitos pómulos y sus labios rojos.

Aquella cena tuvo una cosa buena: los panecillos calientes.

Aquella cena tuvo más de una cosa mala. La primera, la complicada ceremonia de trinchar el rosbif. Una doncella entró en

el comedor con la fuente del asado y, al pasar junto a Mrs. Avenel, se la presentó y ésta la contempló tan ufana como si se tratara de su primogénito. Luego, la camarera, con la pesada bandeja de plata descansando en las palmas de las manos, siguió andando a lo largo de toda la mesa y dejó la bandeja delante de Mr. Avenel. Él echó la silla hacia atrás y asió el tenedor y el cuchillo de trinchar que estaban colocados a su lado, cortó una loncha y la levantó con el tenedor. Una gota de sangre resbaló a la fuente y él dijo: «*Voilá!*». Yo desvié la mirada unos segundos: el martini —y, quizás, el embarazo— me habían enturbiado la cabeza y removido el estómago.

Mr. Avenel empezó a trinchar en serio, respirando con fuerza. Los ojos se le salían más de lo habitual y tenía la cara colorada y brillante. Estaba nervioso, deseando quedar bien, como un sumo sacerdote que estuviera rematando un sacrificio ante una divinidad de mal genio. Mientras él trabajaba, la doncella iba arriba y abajo, repartiendo la carne. Yo no podía soportar el olor.

La otra cosa mala fue observar a John al otro extremo de la mesa, sentado entre Florence Avenel y Carrie Post, desplegando su simpatía, riendo las gracias de Florence que no debían de tener la menor gracia, admirando el medallón de Carrie Post y escuchando muy serio lo que ella le decía, de su vesícula o del internado del niño. No estaba celosa. Pero al observar a John a distancia, me daba cuenta de que él se entregaba por igual a todo el mundo o, mejor dicho, a nadie.

No me miró ni una sola vez. ¿Por qué? Yo sólo tenía una razón de ser; en casa de los Avenel, lo único que yo podía hacer por él era abochornarle y, puesto que no le había abochornado, podía desentenderse de mí hasta que llegáramos a casa o hasta que estuviéramos en el coche, camino de casa, cuando él apartara la mano del volante, me tomara la mía y se la pusiera entre las piernas.

Otra cosa mala fue tener que escuchar a un hatajo de republicanos hablar de la campaña presidencial. De acuerdo, Wendell Willkie no era la peor persona del mundo; no en vano empezó siendo demócrata. Pero, por la forma en que todos aquellos abogados, a los que se suponía sagaces, hablaban de él, cualquiera diría que era Jesucristo.

Le llamaban Wendell, como si fuera uno de los suyos, y debía de serlo, supongo. El mismo Edward Leland, que estaba sentado al otro lado de Florence Avenel y al que yo atribuía más cerebro que al resto de los presentes juntos, hablaba de Roosevelt con sarcasmo, llamándole «nuestro querido líder» y diciendo:

—El americano medio no comprende que la política del *New Deal*, tácitamente, fomente el paro. Sus burócratas no tienen nada que ganar con un sector privado sano y próspero. Lo que desean es la depresión perpetua, para poder conservar sus empleos. —Yo no podía creer que él dijera tales cosas. Desde luego, Henry Avenel era mucho peor, llamaba a Roosevelt «el lisiado» y decía que Willkie le «barrería» en las elecciones. Ganas me daban de coger el *soufflé* de patata o lo que fuera de su mujer y tirárselo a la cabezota.

Y la última cosa mala fue que, después de la viscosa tarta de manzana, los hombres se fueron no sé dónde a beber *brandy* y fumar puros y yo me quedé en una butaca de orejas del comedor mientras las otras mujeres se reunían en grupos de dos o de tres y admiraban mutuamente sus vestidos y sus peinados. De vez en cuando, una de ellas me lanzaba una rápida mirada. Seguía un cuchicheo y suave siseo. Ni siquiera intentaban disimular sus codazos ni ahogar sus risitas. Y así descubrí que aquellas señoras no eran señoras.

Yo no iba a derrumbarme. Cuando los hombres volvieron, me obligué a quedarme en aquella estúpida butaca; que me ahorcaran si iba a permitir que aquellas brujas ricas me vieran correr hacia John.

Allí me quedé, contemplando la noche por la ventana, apartando deliberadamente la mirada de John, aunque por el rabillo del ojo le veía agitar la copa de coñac y asentir a la perorata de Russell Weed Weedcock. Y entonces un hombre se sentó en el brazo de mi butaca y me dijo:

—¿Qué? ¿Se divierte? —No habría tenido que levantar la mirada pero la levanté. Yo conocía la voz de Edward Leland.

—Es una fiesta muy bonita.

—Parece que lo pasa usted muy bien —dijo fríamente.

—Muy bien.

—Magnífico —respondió con su voz profunda, y todos se volvieron a mirarnos—. Durante la cena, mientras hablábamos de

política, observé que escuchaba con mucho interés. Sin duda es una gran admiradora de Mr. Willkie.

—Tiene un pelo precioso.

—Vamos, vamos. Puede reconocerle otras virtudes.

—Desde luego. Aparte de Roosevelt, él es el mejor propagandista del partido demócrata de que disponemos.

—¡Por favor! —dijo disgustado y decepcionado, como si hubiera sobreestimado mi inteligencia en un quinientos por ciento.

—Mr. Leland…

—Llámeme Ed.

«Ay, Dios —pensé—. Lo que me faltaba».

—Willkie es el candidato del «yo también». Él apoya todo lo que preconiza Roosevelt: el reclutamiento, la ayuda a Inglaterra…

—¡Tonterías! —Se revolvió en el brazo del sillón, para poder mirarme a los ojos. Yo adivinaba más que veía que toda la habitación nos observaba, tratando de oír lo que decíamos—. Él ha dejado bien claro que Roosevelt quiere la guerra, una guerra para la que no estamos preparados.

—¿Sí? Pues deberíamos estarlo, y lo estaríamos si sus amigos republicanos aislacionistas, su gran héroe Lindbergh y el senador Vanderberg no nos lo hubieran impedido ni enviado a Hitler amistosas señales animándole a hacer lo que le viniera en gana.

—No es posible que hable en serio. Wendell Willkie siempre ha sido amigo de las democracias europeas. —Levanté la mirada y observé una fina cicatriz blanca que discurría por el lado de la cara de Edward Leland, desde la sien hasta la mandíbula—. Él no es de esa clase de republicanos.

—Hay un montón de holandeses, y polacos, y checos, y belgas muertos que dicen: «Vosotros habéis hecho de nosotros lo que somos hoy. ¡Oh, partido de Lincoln!».

Sacudió la cabeza y empezó a sonreír.

—Desde luego, pelea usted noblemente, Mrs. Berringer —dijo con ironía.

—¿Por qué no he de poder pelear como desee? ¿Qué puede usted hacer? —Sonreí—. ¿Despedirme? —Luego le miré a los ojos —. Ah, y llámeme Linda, por favor.

Él soltó una carcajada. Una fuerte carcajada. Y todos los que estaban en la habitación se volvieron a mirar cómo se reía Edward

Leland, y de pronto todos, incluido mi marido, se acercaron, sonriéndome.

Aquella noche John estaba retraído. No es que yo pretendiera que me dijera: «Debió de ser muy violento para ti, pero saliste airosa». Yo me hubiera conformado con un simple comentario doméstico: «¿Qué diablos era aquella masa de patata?». Pero no, en el coche, silbaba por lo bajo, y no una musiquilla alegre y divertida estilo Rodgers-y-Harty, sino una cosa clásica, lenta y tétrica, que sonaba a alemán, probablemente Wagner, un lamento de Wotan, de Grimilda o de alguien por el estilo.

—¿Qué te ha parecido la velada? —le pregunté por fin cuando él estaba sentado en el borde de la cama, metiendo una horma en su zapato.

—Muy bien.

—¿Te has divertido?

—No. —Empezó con el otro zapato—. Estas cosas nunca son divertidas.

—Entonces, ¿por qué vas?

Se levantó, entró en el ropero y dejó los zapatos en su sitio, entre otro par negro idéntico al que acababa de quitarse y uno de cabritilla.

—Voy porque forma parte de mi trabajo —dijo mientras se quitaba los pantalones, los doblaba y los colgaba de la percha—. Es una obligación profesional, como asistir a las reuniones de la Asociación o enviar tarjetas de Navidad a los clientes. —Se quitó la americana—. ¿Has encargado las tarjetas de Navidad?

—Sí.

—¿A «Tiffany's»? —Puso la americana en la percha, la abrochó y sacudió el traje antes de colgarlo entre otros ocho trajes oscuros de raya fina.

—Sí.

—¿Escogiste la que te enseñé, la que envié…, la que *ellos* enviaron el año pasado? ¿La blanca con…?

—No. Elegí una de topos amarillos con duendecillos desnudos.

—A veces eres muy descarada.

—También hubieras podido decir simpática.

Se acercó a mí. Le quité la corbata.

—Lo pensaré —dijo dándome un beso.

—Tengo cosas descaradas que decir de la fiesta —murmuré entre beso y beso—. ¿Quieres oírlas? Y también cosas de Roger Post. ¿Tú sabes que se entiende con…?

—Olvidemos esta noche —dijo quitándome la chaqueta y la blusa. Y nos olvidamos.

Pero, a la mañana siguiente, un domingo cálido y brumoso, sentado en la sala de estar, entre periódicos, la recordó.

—¿De qué hablabas con Ed Leland?

—De Willkie.

—¡Dios mío! ¿Qué le dijiste? —preguntó ansiosamente, con voz de espanto—. Ed es amigo personal de Willkie.

—No le llamé sinvergüenza ni nada de eso.

John dejó caer al suelo la sección financiera del *Tribune*.

—¿Qué le llamaste?

—Oye, que no empecé yo. Él… —ahuequé la voz—. «Llámeme Ed…». Me preguntó qué pensaba de los candidatos.

John frunció los labios y dijo arrastrando las sílabas:

—Y tú se lo dijiste. Sin omitir nada, seguro.

—Mira, si el día de las elecciones le llamo por teléfono y le digo «Oye, Ed, he votado por Roosevelt», estoy segura de que no le da un infarto de la sorpresa.

Cogí el *Times* —¡el de *Londres*!— Después de nuestras relaciones sexuales y de la satisfacción de saber que durante el resto de mi vida yo vería a este hombre maravilloso sentado a la mesa frente a mí (no quisiera parecer materialista pero lo era un poco) y de que podría entrar en «Saks» de la Quinta Avenida con cien dólares en el bolso, lo mejor de ser la señora de John Berringer era poder comprar todos los periódicos y revistas que se me antojaran —incluso ingleses y alemanes— porque a él también le interesaban. Yo me sentía como el niño al que dejan en completa libertad dentro de una heladería con una cuchara gigante.

Seguí leyendo. Aunque en los periódicos ingleses había que leer entre líneas, a causa de la censura de guerra y de su necesidad de mantener la moral, estaba bastante claro que la batalla de Inglaterra no era el triunfo fulminante que los alemanes esperaban: unas cuantas bombas y la invasión. Aquel miércoles, la Royal Air Forcé

había perdido doce aviones. No era una buena noticia, pero la Luftwaffe había perdido diecinueve.

—John, ¿crees que si las bajas alemanas…?

—Cuéntame qué dijiste a Ed acerca de Willkie —me atajó él.

—¡Por el amor de Dios!

—Linda, es importante.

—¿Por qué? —Se limitó a cruzarse de brazos—. Está bien. En realidad, lo único que le dije es que lo mejor que tiene Willkie es el pelo, que es un candidato sin ideas propias y que su programa es un calco del demócrata. —John apretó los labios. Estaba al otro extremo de la sala, de manera que no distinguía si era un gesto de malhumor o de cólera—. Mirá Mr. Leland…, bueno, Ed, ha visto el informe del FBI con mis antecedentes. Él tiene que saber que soy demócrata.

—¡Dios!

—No es como ser nazi o ser prostituta. Caray, mi padre era un salchichero que se quedó sin trabajo durante la Gran Depresión. ¿Qué quieres que sea? ¿Una propagandista de Herbert Hoover?

—Quiero que tengas el suficiente sentido común como para no indisponerte con uno de los hombres más importantes del país.

—¿Indisponerme? Pero si hablar conmigo le divertía…

—Lo hacía por educación.

—¡No! Se divertía. Mira, lo que menos necesita Ed es gente que le haga el caldo gordo. Probablemente, los que sólo buscan halagarle forman una cola de más de quince kilómetros.

—No pretendo que le adules, es decir, que le cepilles. Pero tampoco hay que ser tan brusco.

—¿Por qué no? Mi amigo Ed me considera un soplo de aire fresco.

John se inclinó hacia delante. El pelo le cayó sobre los ojos y agitó la cabeza para apartarlo.

—¿Es que no te das cuenta de lo delicado de la situación?

—Sí. —Echó el cuerpo hacia atrás y yo me incliné hacia delante —. Es tu antiguo suegro.

—Exactamente.

—Y, probablemente, Nan te habrá criticado a tus espaldas y tú, como eres un caballero, no puedes defenderte. No puedes decirle que su hija es una niña mimada, inmadura…

—¡Basta! No estamos hablando de Nan.

—¡Claro que sí! Cuando hablamos de Ed, hablamos de Nan. Vamos a despejar el ambiente de una vez por todas, John. Mírala desapasionadamente. Olvídate de su moralidad. Piensa en su carácter. La verdad es que no lo tiene. Es una lagarta de tres al cuarto.

Se levantó y me gritó:

—¡No te consiento que hables de ella!

Yo le grité a mi vez.

—Estoy harta de andar con pies de plomo en cuanto sale a relucir el nombre de uno de los Leland. Ella era una *adúltera*. ¿No te das cuenta? Y, por mucha clase que tenga, le faltó valor para decirte: «John, me equivoqué al casarme contigo». ¡Pero, no; ella te engañaba y tú hablas de ella como si fuera una santa! —John dio media vuelta airadamente y se fue hacia el dormitorio. Yo le seguí, casi corriendo para darle alcance—. Y Edward Leland… —Yo respiraba agitadamente—. Tú hablas de él como si fuera el mismo Dios. Y no lo es. Es un *hombre*.

En el pasillo, a la puerta del dormitorio, John se volvió.

—Edward Leland es todo aquello que yo aspiro a ser.

—Por ejemplo, honorable.

—Sí.

—Y valiente.

—Sí.

—¿Y también te gustaría inspirar respeto? ¿Crees que si te estallara una mina en la cara él te miraría con más consideración? ¿Por qué es tan importante para ti este hombre?

Tardó mucho en contestar.

—Tú no lo entenderías.

—A mí me gusta todo lo que es superior. ¿Lo comprendes? La integridad, el juego limpio.

—A mí también. —Sacudió la cabeza, como diciendo: «No me entiendes».

—Tengo una idea, si tanto te gusta la honradez, ¿por qué no la practicas conmigo?

—¿No se te ha ocurrido, Linda, que, a pesar de tu aire de modestia, siempre estás pensando en ti misma? No podemos mantener una discusión sin que tú salgas con «¡Yo quiero más! ¡Yo

exijo más!».

—John —dije—, lo único que quiero es ser tratada como…

—Como Nan. Lo siento, no es posible. Tú no eres Nan. Pero me parece que te trato correctamente. Lo intento, Linda, hago cuanto puedo.

—Pero yo quiero algo más, sé que tú eres capaz de mucho más. Si lo intentaras…

—No te hagas ilusiones. Esto no es…, no es una historia de amor. Y no es tuya la culpa. Soy yo. Yo soy el que no puede… Linda, no se puede sacar de donde no hay.

13

Durante los peores días de la Depresión, en 1931, la fábrica de salchichas cerró un año entero y mi padre se quedó en la calle. Mi sueldo, quince dólares a la semana, era lo único que teníamos, de manera que alternábamos: una semana comida, carbón y médico y una semana hipoteca. Pero en marzo se habían acumulado atrasos y, ¿cómo no?, en el correo llegó un aviso de que, si no pagábamos la hipoteca, el Banco sacaría a subasta la casa.

Mi padre estaba sentado en el sofá, con la cara entre las manos. Le temblaban los hombros. La carta estaba en uno de los almohadones del sofá, a su lado. Yo le miraba desde el pasillo, sin saber qué decir, cuando mi madre pasó por mi lado, apartó el papel del sofá y se sentó.

—¿Malas noticias, Herm?

—Van a subastar la casa, Betty.

No creo que entendiera lo que quería decir, pero comprendió lo que sentía. Le abrazó y le habló en voz tan baja que yo no pude oírla, y luego le besó hasta que por fin él dejó de llorar.

Luego, mi madre le tomó la mano.

—Todo se arreglará, Herm.

—Betty, cariño…

Ella dio la vuelta a la mano y examinó la palma.

—¡Oooh! Veo muchas cosas buenas. Mira aquí, esta línea que gira hacia este lado, ¿sabes lo que significa? ¡Dinero! —Mi padre se echó a reír—. En serio. Dinero. Un viaje. Y un abrigo de castor. Ja, ja, ríete si quieres. Ya verás.

Mi padre le dio un beso en la coronilla, otro en la frente y la tomó en brazos. Yo me fui.

Mi madre había sido una buena adivina. Desde luego, nada de

abrigo de castor ni de viaje, pero sí hubo dinero: la fábrica volvió a abrir y mi padre fue readmitido.

Apuesto a que nunca olvidó lo mucho que ella creía en él y en la suerte de su matrimonio. Yo nunca olvidé lo que es mirar a un matrimonio de mediana edad, acosado por las deudas y poder sentir, desde el otro extremo de la habitación, la profundidad y la fuerza del verdadero amor.

O sea, que yo conocía lo auténtico, y sabía que no era lo que yo tenía. Pero, por lo menos, tenía otras cosas: un marido guapo y educado, un espacioso apartamento a treinta y cinco pasos de Park Avenue, todos los periódicos que quisiera leer y toda la vida sexual que pudiera soñar. Mi marido no bebía, no jugaba, no me pegaba ni iba con mujeres; sólo me quería.

Pero poco más de un mes después de que nos casáramos, a finales de octubre de 1940, yo había comprendido que John no podía querer a nadie. Bueno, salvo a los Leland y aun quién sabe. Los idolatraba o los idealizaba. Esto tal vez no fuera una noticia electrizante para nadie, pero un frío jueves por la noche me dejó vivamente impresionada.

Eran las diez y media aproximadamente. Yo había llegado a la oficina a las siete. Anna, la nueva secretaria de John, una mujer de mediana edad con un marcado acento alemán, y el pelo gris cortado a lo chico y unos ojos azules brillantes y un poco extraviados que le hacían parecer un caso benigno de lo que tenía Hitler, no era mala secretaria.

—Pero es lenta —dijo John, casi en tono de disculpa. Estaba sentado en el borde de la que había sido mi mesa.

—No tengo inconveniente en ayudar, de verdad —apoyé los dedos en el teclado de la máquina de escribir y miré fijamente el bloc de taquigrafía. Había empezado a transcribir la tonelada de cartas que él me había dictado durante las tres horas y media anteriores—. Me sirve de distracción.

—¿Prefieres hacer esto a… —hizo una pausa y se revolvió nerviosamente, casi sentándose en el cubilete de los lápices de Anna que yo me apresuré a retirar—, a ser un ama de casa? —Dejando aparte las preguntas que me hacía en la cama, «¿estás…?, ¿podrías…?, ¿puedo…?», ésta era la pregunta más personal que me había dirigido.

—Yo prefiero estar casada contigo. —No pareció encantado, pero desencantado, tampoco, ni fu ni fa, como si yo hubiera manifestado lo evidente y esperase más—. Pero, a veces, resulta, ¿cómo te diría?, un poco aburrido. No hay mucho que hacer —proseguí—, por lo menos, hasta que llegue el niño. Y una persona con mi eficacia alemana puede terminar el trabajo de la casa en… una hora. Salvo el martes, que plancho las camisas. ¿Y eso cuánto me lleva? Apenas media hora más. ¿Y cuánto se tarda en dejar presentable una chuleta de cerdo? Tengo mucho tiempo libre.

—¿No te gusta disponer de tiempo?

—No. A riesgo de parecer desagradecida, estoy excesivamente bien informada. Quiero decir que me sé de memoria la ruta exacta de la invasión de Rumania, y lo que almorzaron los alemanes el 7 de octubre. Prácticamente, sé hasta el color de los calcetines de Antonescu.

(También sabía que, aquel mismo día, los alemanes habían ordenado a todos los judíos de la Francia ocupada que se inscribieran en un registro. «¿Para qué?», me preguntaba. Sabía que aquél no era un censo dictado por la simple curiosidad. La mentalidad militar alemana era racional; no hacía indagaciones gratuitas).

—Verás, Linda… —empezó John. Pero se interrumpió.

—¿Qué? Habla, hombre. Sé que algo te preocupa.

—No me parece muy bien que te dejes ver por aquí.

—Soy tu mujer. Haz como si hubiera entrado a saludarte o traerte un bocadillo de carne, para que no pases hambre.

—No me refiero al bufete, sino aquí —golpeó la mesa con la mano.

—¿Te parece que sería malo para la moral que alguien me encontrara haciendo el trabajo de tu secretaria? —Él asintió—. Pero Anna tampoco es buena para tu moral. Ella no puede con todo. —Volvió a mover afirmativamente la cabeza—. Oh, ya lo tengo. Tú quieres que diga: «¡Pobre John, cuánto trabajo! ¿Por qué no traes a casa una máquina de escribir con teclado alemán, para que pueda ayudarte en mi tiempo libre?».

—Sí —sonrió un poco—. Eso es lo que me gustaría que dijeras.

—De acuerdo, ya lo he dicho. Pero habría sido mucho más fácil si me lo hubieras pedido sin tapujos.

John suspiró y miró al techo, buscando paciencia. Allí la encontró.

—Está bien. Ahora vámonos. Llévate el bloc y mañana buscas una máquina. —Parecía tan satisfecho de haber confiado su vida a una secretaria competente que, cuando me ayudaba a ponerme el abrigo, dijo—: Vamos a cenar por ahí. Conozco un sitio francés que está abierto hasta muy tarde.

En el sitio francés todos conocían a John, aunque era evidente que a mí no me esperaban. El *maitre* se inclinó, movió ligerísimamente el bigote y dijo:

—*Bon soir, Mademoiselle*.

Me sorprendió que John le rectificara:

—Madame Berringer. —Desde luego, hay que descubrirse ante los franceses: en la batalla pueden derrumbarse; pero cuando se trata de asuntos del corazón, o de más abajo, son imperturbables.

—Ah, Madame Berringer —dijo el hombre acompañándonos a una mesa y haciendo cumplidos en francés que deduje debían ser: «Bien venida a mi humilde establecimiento», aunque lo mismo hubiera podido decir: «Ya veo que Monsiuer Berringer la dejó preñada y tuvo que casarse con usted». Me sostuvo la silla. Yo rezaba para que no me besara la mano. No me la besó.

Él y John mantuvieron una larga discusión y John se volvió hacia mí: por lo visto, todo se reducía a saber si Madame quería pollo. Yo dije que sí, desde luego. El hombre volvió a mover el bigote y se fue.

—No sabía que hablaras francés —dije.

—No lo hablo como el alemán, pero me defiendo.

—¿Algo más que yo no sepa de ti? —Observé como extendía la servilleta sobre las rodillas y arreglaba el cubierto—. Bueno, cosas que quieras decirme.

—Pues, no sé más lenguas. Me gustaría aprender italiano.

—Háblame de tus padres.

Paseó la mirada por el restaurante. Sólo había otra pareja, ya mayor. La mujer llevaba flores en la solapa. Luego contempló un mural de la pared de la izquierda. Era de París, imagino, porque en medio estaba la torre Eiffel. Pero no se veía muy claro, de manera que o era París al anochecer o el mural necesitaba una buena limpieza.

—¿Qué quieres saber de mis padres? —dijo al fin.

—Pues, para empezar, cómo se llamaban, a qué se dedicaba tu padre y si tuviste una niñez feliz.

—Mi padre se llamaba Charles y mi madre, Julia.

—¿Cómo eran? —Se encogió de hombros—. ¿Qué quiere decir…? —imité el gesto—. ¿Que no lo sabes o que prefieres no hablar de ello?

—Significa que, en realidad, no lo sé. De verdad, no es que quiera ocultarte nada. Es sólo que mis padres eran personas muy reservadas.

—¿Te decían «hola» y que te pusieras los chanclos?

—Sí, claro que sí.

—¿Qué hacía tu padre?

—Trabajaba en un Banco de Long Island. Era vicepresidente pero no… Era sólo un título honorífico. Si pasabas veinticinco años en aquella mesa, automáticamente te subían, pero en realidad era un simple empleado administrativo con mucho bombo.

—¿Y tu madre?

—Ella se quedaba en casa.

—¿Y qué hacía? ¿Fregar el suelo? ¿Dar tés elegantes?

—Ni lo uno ni lo otro. —Vino otro camarero, abrió una botella de vino y sirvió un poco a John, para que lo probara. John asintió. Luego, el camarero acabó de servir el vino e hizo una reverencia, como si se despidiera de Luis Nosecuántos—. La familia de mi madre era una de las más antiguas de Port Washington —dijo John—. Se instalaron allí a principios del siglo XVIII. —Yo esperaba—. No tenían dinero, pero sí mucho… orgullo. —Bebió varios sorbos de vino con excesiva rapidez.

—No parece que tú consideres el orgullo como una cualidad.

—En el caso de mi madre… es como si su orgullo, su esnobismo familiar, fuera el único rasgo de su carácter. Recuerdo que una vez, tendría yo nueve o diez años, me rompí la muñeca en la clase de gimnasia. Trepábamos por las cuerdas y me caí. La llamaron de la escuela y ella me llevó al médico. Nos hicieron esperar mucho rato. Se me hinchaba la muñeca.

—Debía de dolerte una barbaridad.

—Me dolía. Hasta que, sin poder resistir más, le dije: «Mamá, ¿podrías preguntar si van a tardar mucho?». Porque ella estaba allí

sentada con las manos juntas en el regazo, mirando hacia delante y no a mí, ni a mi muñeca, ni siquiera una revista. Entonces se levantó y la oí hablar con la enfermera, la recepcionista o lo que fuera. No podía oír lo que decía pero de repente perdió el control y alzó la voz. Alzó la voz, sí. «Mi familia ya vivía en esta ciudad cuando los antepasados del doctor Russo todavía eran monos en Italia».

—¡Vaya!

—Yo seguí mirándome la muñeca. También los dedos empezaban a hincharse. Y no hacía más que pensar que ella ni siquiera había parpadeado cuando me vio la muñeca. Había estado una hora entera sentada a mi lado mientras yo sufría y lo único que le indignaba era que no se la atendía como merecía su estirpe. Bueno, y ¿qué importancia tenía su árbol genealógico? Ninguna; sólo había sido perseverante. Vamos, que había resistido el paso de los años, que no se había muerto.

No era el momento de indicarle que no tenía que explicarle el significado de la palabra «perseverante».

—¿A tu padre le entusiasmaba lo del árbol genealógico?

—Creo que sí, cuando se casaron. Él era de Nueva Jersey y fue a Long Island para trabajar en el Banco. Tengo la impresión de que él creía que iba a entrar en una gran familia americana, una especie de clan Adams trasladado a Port Washington. De manera que los dos se llevaron una desilusión. Él nunca llegó a ser un gran financiero; siempre fue un simple empleado. Lo más interesante que le ocurrió en su vida fue quedarse calvo; recuerdo que siempre estaba tocándose el cráneo, como si no pudiera creer que hubiera perdido el pelo. Pero si él fue una desilusión para ella, mi madre tampoco era la joven del gran mundo con la que él creía casarse. A pesar de los aires que se daba, nadie la invitaba. No tenía ni pizca de personalidad, ni… —Su voz se apagó y me miró fijamente.

—¿Ni qué? —No parecía salirle la palabra—. ¿Ni clase? —pregunté.

—Supongo que no.

—Así que ella hacía el papel de gran dama, pero sin público y él se dedicaba a mover papeles de un lado a otro. —John asintió—. ¿Cómo resultaste tú tan bueno? —Observé su expresión—. Vamos, vamos, ya sabes a lo que me refiero: tan… *bien*. Debían de ser muy

guapos.

—Verás, mi padre era bien parecido, aunque de un modo discreto y poco llamativo.

—¿Cuál de los dos era el cerebro?

—En realidad, ninguno. —Miró el vino.

—Entonces, ¿qué hacías para divertirte cuando eras chico?

—Nada de particular. Jugaba a pelota con los amigos, pero…, hum…, nunca fui uno de ellos. Era muy serio. La verdad es que me gustaba la escuela. Más aún, me encantaba. En la secundaria, se me despertó la inteligencia.

—¿Se te *despertó*? —«Anda ya», pensé.

—Tú te ríes de los estudios, como todos mis compañeros de la secundaria.

—Y ahí los tienes ahora, me dirás. Fregando suelos y perforando billetes en el ferrocarril de Long Island. ¿Me equivoco?

—Exacto —sonrió. Entonces llegó el camarero con unos trozos de pollo bailando en una salsa repleta de setas y cebollitas. Lo probé.

—¡Eh! —dije—. Está bueno. Creí que todo eso de la cocina francesa era cuento, pero…

—Me alegro de que te guste. —Para lo que le importaba, yo hubiera podido masticar la punta del mantel: estaba absorto en el mural de París, mordiéndose el labio. Evidentemente, sus padres no eran su tema de conversación favorito.

—¿Tus padres murieron en un accidente de automóvil?

—En el 29. Un par de semanas después del Martes Negro.

—¿Cómo te afectó su muerte? —Se encogió de hombros—. Ya me imagino que no gritarías ¡Yupiii! Pero, ¿te quedaste hundido, deshecho?

—Bueno, naturalmente, yo no lo esperaba, pero estaba estudiando la carrera y apenas los había visto desde que empecé en Colúmbia. Solía pasar las Navidades y los Días de Acción de Gracias con la familia de algún amigo.

—¿Tus padres nunca te dijeron: «Eh, John, ven a tomar un trozo de pastel con nosotros»?

—No.

—¿No les dolía que tú no fueras a casa?

—¿Si les dolía? —Parecía tan sorprendido que comprendí que

mamá y papá Berringer no eran de los que agarran el teléfono y se ponen a cantar al niño. John volvió a llenar su copa, la arrimó a la vela que había encima de la mesa y contempló fijamente el vino. Evidentemente, eso ponía punto final a la conversación sobre los Berringer. Pasé a otro tema.

—¿Solías venir aquí con Nan?

—¿Qué?

—Que si venías aquí con Nan.

—Oh, alguna vez. Teníamos cinco o seis sitios que nos gustaba frecuentar.

—¿Ella no guisaba nunca?

—Generalmente, no. Bueno, preparaba platos selectos. Queso fundido con tostadas, pato al horno y muy buenas salsas para la ensalada. Ah, y también la ensalada.

—Pero no tomarías pato y ensalada todas las noches. Ni tostadas con queso.

—No. Pero nos gustaba cenar fuera.

—No te enfades conmigo por lo que voy a preguntarte. —John cuadró los hombros, como si ya se hubiera enfadado—. Relájate. No es tan terrible la pregunta.

—Adelante.

—¿Te divertías estando con ella?

—Yo… no puedo decirte lo importante que era para mí. —Me miró; sus ojos empezaban a adquirir el brillo de cuando hablaba de Nan Leland Berringer—. Yo la quería.

—¿Por qué?

—¿Por qué la quería? Por su inteligencia…

—Vamos, vamos; a las personas no se las quiere por su inteligencia.

—Sí; si la tienen.

Yo dejé el tenedor.

—¿Y eso qué es? ¿Una estocada al corazón? —Lo era.

—Perdona. Lo siento de verdad. Ha sido una observación cruel e innecesaria.

—¿Por qué otra cosa la querías?

—Por su belleza. Por su elegancia. Por su buen gusto. Por su facilidad de palabra. Por su sentido de la estética. ¿Tú sabes lo que quiere decir «estética»?

—¿Quiere decir una madre rica prima de Teddy Roosevelt?

No pudo menos que reírse. Luego preguntó:

—¿Cómo sabes lo de su madre?

Yo no iba a decirle que había registrado su escritorio y encontrado el anuncio de su boda.

—Habladurías de la oficina. —Tomé una rebanada de pan y la unté de mantequilla—. O sea, que su madre tenía un árbol genealógico de verdad. ¿Y el padre? ¿Qué hay del árbol del gran Ed?

—Es de Vermont. Su padre tenía una granja, pero murió cuando Edward era pequeño. Eran muy pobres.

—Eso está bien. Empezar en la pobreza, en una granja, es casi tan bueno como un pesebre. ¡Y mírale ahora! Edward *el Noble*, el héroe de guerra, consejero del Presidente, genio del Derecho.

—Si quieres saber la verdad, Edward no es un genio del Derecho. —John untaba un trozo de pan. Yo le hubiera dado el mío —. Aunque te cueste trabajo creerlo, yo soy mejor abogado que él.

—Entonces, ¿por qué está dónde está? ¿Por qué todas esas lumbreras, tú y todos, pensáis que él es mejor, que es el mejor?

—Ed es un hombre brillante, sabe tratar a la gente como nadie y es un genio para aprovechar las oportunidades y manipular *cualquier* situación en su beneficio.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí; él… —titubeó buscando las palabras—. No sé…, él nunca… se desconcierta. Y, a diferencia de… todos nosotros, siempre parece hacer lo correcto.

¡Ja! Ya lo tenía. Por fin había descubierto por qué John se sentía tan fascinado por Nan y por Edward. Lo que los Leland poseían —y de lo que John y la mayoría de la gente carecían— era arrojo.

Arrojo. No es que yo pensara que Nan nunca se asustaba. Aunque no la asustaran las tormentas, o la idea del infierno, o las películas de vampiros, tuvo que gritar la primera vez que vio las cucarachas que vivían en el armario del fregadero de su ex cocina. Pero éstas eran cosas sin importancia; en las cosas grandes, Nan tenía que estar tan segura de su inteligencia, su belleza y su posición que no temía a nadie. Y esa ausencia de temor le daba

libertad de hacer lo que le viniera en gana. Nunca tenía que preocuparse de que la gente no quisiera sentarse a su lado a la hora del almuerzo. Ella conocía su valía, sabía que era grande y se sentía libre, libre para perseguir a John, para dejar los estudios, para comprar cuadros horrendos, para deshacer su matrimonio y para casarse con un hombre que le doblaba la edad. Yo recordaba cómo avanzaba por el corredor, camino del despacho de su padre; era un andar intrépido. Nunca había visto andar de aquel modo a una mujer.

Pero el arrojo de mi amigo Ed era distinto del de su hija, e iba mucho más allá. No tenía nada que ver con la convicción de que, hicieras lo que hicieras, cualquier invitación a cenar que desearas era tuya *ipso facto*. Lo que Edward Leland poseía era auténtico valor.

Valor físico, desde luego: arrastrarse por un bosque que sabes minado, avanzando *hacia* el fuego alemán porque calculas que tienes, quizás, un treinta por ciento de probabilidades de hacer callar el cañón y salvar a tus hombres… bueno, eso es valor. Es estar dispuesto a correr riesgos y aceptar consecuencias. Y Edward no era precisamente un mozalbete atolondrado. Tenía treinta años y era voluntario, no recluta, cuando calculó el riesgo, lo corrió y la mina le voló la cara.

Pero yo suponía que, tan pronto como Edward volvió en sí y vio lo sucedido, supo lo que tenía que hacer. Diría: «Que venga el mejor médico, el mejor cirujano plástico, el que hace los cosidos más finos y que arregle este fregado como pueda».

Y, si bien los resultados no fueron un primor, si bien la mitad de su cara parecía el reflejo de un espejo de feria, fue lo bastante valiente para decir: «De acuerdo, tengo que pasar el resto de mi vida con una cara que no es la de Douglas Fairbanks». Y entonces fue y cortejó a una belleza del gran mundo y la conquistó.

Mucho después de la Gran Guerra, Edward Leland conservaba su valentía. Aquí estaba ahora, en 1940, con poco más de cincuenta años, realizando misiones misteriosas que tenían que ser peligrosas. Todavía estaba dispuesto a correr riesgos, a aceptar consecuencias. Me preguntaba si ahora sería más difícil, ya que su vida era tan cómoda, segura y brillante; ahora que se sabía vulnerable. Él lo tenía que recordar todas las mañanas, cuando afeitaba su media

cara sin vida.

Pero no era sólo el valor físico de Edward Leland lo que infundía tanto respeto a John. Era su actitud habitual de todos los días. Yo había visto a Edward Leland lo suficiente como para comprender que a él no le intimidaba nadie: ni los dientes, ni los presidentes, ni los nazis, ni siquiera las rubias elegantes con el pelo tirante.

Me interesaba realmente, y yo había tratado de imaginar cómo era. Me moría por preguntarle: «¿Cómo pudo no tener miedo?». Y comprendía que saber que uno es más fuerte y más duro que la mayoría de las personas tiene que ser una gran ventaja. Y otra ventaja era la seguridad de Edward (una seguridad que John no compartía) en que él no era Dios. Podía salir lastimado, y lo sabía. Y entonces miraba a los ojos a su adversario —un soldado alemán o un abogado de la «Ford Motor Company»— y le decía: «Adelante, hijo de perra. Sé lo que puedes hacerme y estoy dispuesto a correr el riesgo, porque te conviene estar preparado a aceptar lo que yo puedo hacerte a ti».

Apostaría a que todos se echaban atrás, porque Edward Leland podía hacer mucho.

Era miércoles, víspera de Halloween, el día de las Ánimas. El estofado se cocía despacio, la mesa estaba puesta y, un poco antes de las siete, me eché en la cama y puse la radio. Nada bueno. La guerra, como de costumbre: italianos y griegos andaban a la greña en Albania, los submarinos alemanes y los barcos ingleses se hundían unos a otros en el Atlántico, los bombardeos de Inglaterra continuaban, Hitler trataba de engatusar al general Franco en el sur de Francia mientras, un poco más al Norte, el Gobierno de Vichy promulgaba leyes por las que se prohibía a los judíos desempeñar cargos públicos y se les dejaba poco más que los trabajos más modestos en la industria, la Radio y la Prensa.

El régimen de Vichy olía a rosas comparado con la escoria alemana. En Alemania a los judíos se les prohibía ir a los parques públicos y a los restaurantes; no podían utilizar teléfonos públicos ni estar en las salas de espera de las estaciones ni comprar periódicos. Ah, ni podían ir a peluqueros «arios». Todas estas prohibiciones eran la propina, por si la Gestapo no te mataba a

golpes en plena calle o te deportaban sabe Dios dónde. Yo movía la cabeza recordando a la abuela Olga, lo que ella despreciaba a América y lo que suspiraba por su amado Berlín.

Acabó el boletín de noticias y un locutor se puso a hablar de hojas de afeitar. Tenía una voz gruesa, profunda, como si su garganta estuviera cubierta de merengue. «Los inyectores "Schick" suavizan tu cara favorita».

Alargué el brazo y quité la radio. De repente, me acordé de aquellas dos primas de Berlín con las que Olga se carteaba. Liesl y Nosecuántos. ¿Qué habría sido de ellas? No me cabía la menor duda de que el no poder ir a la peluquería no era lo peor que les podía ocurrir a aquellas dos ancianas. Eran primas mías.

Miré fijamente las persianas bajadas. Si los alemanes llegaran hasta aquí, y ganaran, ¿qué podría ocurrirme? Cuando, en noviembre de 1935, fue promulgada la Ley de Ciudadanía del Reich, enmienda a la «Ley para la Protección de la Sangre y el Honor de Alemania» yo la leí y releí en el *Tribune*. La persona que tuviera tres abuelos judíos era judía. Yo sería una *Michling*, mestiza, porque tenía dos abuelos judíos. Por lo tanto, existía la posibilidad de que no se me considerara judía, puesto que mi padre no pertenecía a ninguna sinagoga ni practicaba la religión. Recuerdo haberme preguntado si el abuelo Otto Voss habría frecuentado a rabinos. Pero ahora la mayoría era partidaria de simplificar: Todo el que tenga sangre judía es judío. Si la guerra me hubiera pillado en Alemania, yo estaría sabe Dios dónde. Toda mi aria sangre Johnston no valdría un *Pfennig*.

Encendí la lámpara de la mesilla de noche y pensé en John. Recordé las piadosas pláticas del programa religioso de la radio del domingo por la mañana, que hablaban de los cristianos que protegían de los nazis a los judíos. Te parecía estar viendo a miles de personas de nariz pequeña poniendo sus blancos cuerpos delante de otras personas de nariz grande y diciendo: «¡No! ¡Jamás, mientras yo viva!». John, probablemente diría: «Yo no *sabía* que fuera judía. Ah, por cierto, está en el dormitorio».

Entonces sentí un agudo dolor en el vientre. Fue tan súbito y violento que casi no pude levantarme de la cama. Tambaleándome, me fui al cuarto de baño y apoyé los codos en el lavabo, para no caer. El dolor era insoportable. Me deslicé al frío suelo. Y entonces

las vi: gotas de sangre en las pequeñas baldosas octogonales y en la alfombra del dormitorio.

Me recorrió el vientre otro dolor, como el calambre más espantoso del período, como si una mano me estrujara por dentro…

Comprendí lo que ocurría, naturalmente. El calambre se calmó y me puse una toalla, para que la sangre manchara el tejido de rizo con las iniciales de Nati y no el suelo, y me fui al teléfono. Otro calambre. Eso era lo peor. En el momento en que te parecía que podías respirar, el siguiente dolor te cortaba la respiración. No. Lo peor no era eso. Levanté el auricular y marqué el número del despacho. Lo peor era que iba a perder el niño.

—¿Por qué me siento tan rara? —pregunté a John. Él estaba sentado en el borde de la cama del hospital, con la corbata colgando, desanudada, y el chaleco desabrochado.

—Te han dado un calmante. —Su traje era como un agujero negro en la blancura inmaculada de la habitación—. ¿Quieres dormir?

Las almohadas era suaves y mullidas y olían a aire puro. Volví la caray cerré los ojos.

—¡Cómo dolía!

—Era el útero, se contrajo como durante el parto.

—Fue un aborto —dije en voz baja—. Lo he perdido, ¿verdad?

—Sí. —El cuerpo me pesaba tanto que no podía volver la cabeza para mirarle. Estaba agotada; ni fuerzas tenía para arrancar ese espasmo, medio tos y medio gemido de angustia con el que se rompe a llorar—. Dice el médico que era inevitable. No podían hacer nada.

—Tenía cuatro meses. ¿Saben si era niño o niña?

—Procura dormir.

Debí de quedarme dormida, porque cuando desperté John estaba sentado en una silla al pie de la cama. Ya salía el sol. El cielo estaba rosa y dorado sobre el East River.

—¿Dónde estoy?

—En la Maternidad.

—Donde nacen los niños —dije, y empecé a llorar. Era un llanto suave, sin violencia. Me enjugué las lágrimas con el almidonado

embozo de la sábana—. ¿Por qué tuvo que ocurrir?

John se acercó y se sentó en el borde de la cama. Me quitó la sábana de la mano y me dio su pañuelo.

—No lo saben. Probablemente, cuando el…, hum…, feto no está bien, el cuerpo se da cuenta y lo expulsa. Mejor así.

—¡Oh, qué pena!

Me apartó un mechón de la frente.

—Lo siento —dijo, y me dio un beso en el nacimiento del pelo.

Aquel insólito gesto de ternura nos violentó y durante un minuto ninguno de los dos supo qué decir. Por fin se me ocurrió algo.

—¿Tú lo deseabas?

Tardó en responder.

—No lo sé… Nos hubiera complicado la vida.

—Los niños no son tan complicados.

—Hubiéramos tenido que mudarnos. —Me había cogido un rizo de pelo y se envolvía el dedo con él—. Y tú te habrías sentido atada. —Hizo una pausa—. ¿De verdad lo deseabas?

—Debía de desearlo. Me siento vacía. Quizá sólo sea…, no sé…, una sensación física.

—Lo siento —repitió.

Yo miré la enorme habitación cuadrada. La mía era la única cama en aquella extensión de deslumbrante blancura de hospital. Me incorporé y miré por la ventana. Al otro lado del río, Queens estaba llano y gris, incluso a la luz brillante del amanecer. Una barcaza se deslizaba tan despacio que casi no la veías avanzar, como las manecillas de un reloj.

—¿Qué hacemos ahora?

En su honor hay que decir que no preguntó: «¿Sobre qué?». Dijo, muy correcto:

—Nada.

—Te casaste conmigo para que no hubiera un pequeño Berringer bastardo corriendo arriba y abajo de Wall Street y gritando: «¡Papá! ¡Papá!».

—No hables así. —Su voz era sedante, como una canción de cuna.

—Te muestras tan sereno adrede, porque te da miedo que empiece a gritar.

—Quiero que descanses.

—¿Y después?

—Volverás a casa.

—¡Oh, vamos, John!

—¿Qué crees que voy a hacer, Linda? ¿Echarte?

—Mira, no quiero parecer despechada, pero tú hiciste lo que hiciste porque tenías una pistola apuntándote a la cabeza. No había más remedio. Pero ahora la pistola ha desaparecido. No tienes que cargar conmigo el resto de tu vida. Nadie te lo criticará. Al contrario, te criticarán si sigues casado conmigo. «Sigue con ella por gusto. ¡Qué raro!».

—Tú no me consideras una persona de carácter, ¿verdad?

—Te considero un abogado con principios. Y cumpliste con tu deber al casarte conmigo.

—¿Y eso es todo?

Yo empecé a llorar otra vez.

—Te quiero —dije abrazándome a él.

Él me oprimió con fuerza y me dijo:

—Lo sé.

14

Diciembre fue un mes atroz, gris y muy frío. Casi el mundo entero había caído bajo dominio fascista. Sólo Inglaterra seguía en pie, sola. América se dedicaba a envolver los regalos de Navidad.

John bajó de un estante de su ropero una caja que contenía los adornos navideños de Nan Leland Berringer.

—Verás qué bonitos.

Se arrodilló, limpió la tapa de la caja con la manga de su camisa de franela y fue sacando los adornos uno a uno haciéndolos relucir a la luz. Bueno, había que reconocer que eran preciosos. Todos de cristal. Grandes, pequeños, transparentes, esmerilados con ángeles grabados al ácido, adornados con dibujos de filigrana de plata.

—No los quiero —dije.

—Linda, comprendo lo que sientes, pero eso es…

—La mitad del árbol es mío. Si tú quieres poner las cosas de tu ex mujer en tu mitad, no tengo inconveniente.

—¿No te parece poco razonable esa actitud? —Estaba tolerante.

No; no me lo parecía. El apartamento no era lo bastante grande para tres personas, pero yo no podía librarme de Nan. Dormía con sus almohadones, comía en su vajilla, miraba sus cuadros. Y ahora tenía que deshacerme en elogios de sus bolas de cristal. Lo que yo deseaba en aquel momento era tomar carrerilla y saltar sobre la caja con un fuerte, vibrante y estupendo estallido.

—¿Qué imaginas que voy a hacer? ¿Salir a la calle y comprar renos naranja?

—Nada de eso. Pero resulta que esos adornos son muy bonitos. Sería una lástima no ponerlos.

—Quizá también fueran bonitos los que yo comprara.

—Estoy seguro de que lo serían. —De buena gana le hubiera

dicho: «Vamos, no disimules».

—Pero éstos costaron mucho dinero. ¿No sería estúpido comprar otros?

—No creo que me matara la pena.

Sonrió y levantó la caja del suelo.

—Vamos a poner el árbol.

Desde luego, yo hubiera podido provocar otro enfrentamiento: «Todavía estás enamorado de ella. No puedes olvidarla. No quieres darme dinero para que compre toallas porque quieres conservar recuerdos suyos en la casa». Etcétera. Pero, ¿cuántas veces vas a acusar a tu marido de desear a otra mujer si, llegado el caso, él te da la razón? ¿De verdad quería oírle decir: «Sí, quiero a Nan y me encantan sus cositas para colgar que hacen una música cristalina»?

—El año próximo, en agosto, voy a «Tyffany's» o a «Bergdor-Goodman» o dondequiera que tengan lo último en bolas de cristal y me compro…

Sonó el timbre de la puerta.

—Maldita sea —dijo John. Y agregó—: Abre tú.

Yo llevaba una bata de lana amarilla y estaba sin peinar.

—No; abre tú.

—Tengo la caja.

—Déjala.

—Vamos, Linda, abre ya.

Volvió a sonar el timbre. John llevó la caja de Nan a la sala. Yo, golpeando furiosamente el suelo con mis pies descalzos, me fui al recibidor y abrí la puerta con brusquedad. En el umbral, con el sombrero en una mano y la otra a punto de oprimir el timbre, estaba Edward Leland.

—Feliz Navidad, Linda.

—Feliz Navidad —conseguí decir. Hundía las manos en los bolsillos, para no llevármelas a mi revuelto pelo.

—¡John! —la voz profunda de Edward tenía un cálido acento de día de fiesta. Me volví. John me había seguido; la expresión de su cara era de asombro y alegría, como si Papá Noel hubiera bajado por la chimenea—. Perdona que no me haya hecho anunciar, pero el portero debe de haber tomado su ponche y estaba echando una cabezada, de manera que me colé.

—Pasa, pasa, por favor —dijo John. Apuesto a que tenía la boca

abierta—. Estábamos poniendo el árbol. —Se volvió hacia mí. ¿Nos haces café, cariño?

—¡Cómo no! —dije, como si estuviera ansiosa de agarrarme a la cafetera. En realidad, necesité unos segundos para recuperarme de la sorpresa de la visita de Edward y de la impresión de oír a mi marido llamarme «cariño». Ellos pasaron a la sala. Colgué el abrigo de Edward, guardé su sombrero y me fui a la cocina.

Como eran dos hombres educados, hablaban a media voz, pero yo podía oír casi todo lo que decían, salvo cuando metía ruido con la cafetera y la puerta del armario, para demostrar cómo me entregaba a mis obligaciones de anfitriona.

—Perdona esta intrusión, John.

—No hay de qué.

—Pero esto es preferible no comentarlo en el despacho. —Quizás iban a hablar de Nan; debió de temblarme la mano, porque el café que tenía en la cuchara se esparció por todo el fregadero—. Y no quiero usar el teléfono.

Hubo una pausa. Probablemente John asentía.

—Voy a ser lo más directo que pueda —prosiguió Edward—. Se va a aprobar la ley de Préstamos y Arriendos. —En una conferencia de Prensa celebrada unos días antes, Roosevelt había propuesto un plan por el que Inglaterra podía recibir de nosotros todo el material de guerra que necesitara y pagarlo más adelante. En realidad, era un regalo. Puse la cafetera en el fogón y encendí el gas—. Ahora Donovan ha cambiado de opinión y lo apoya decididamente.

El Donovan al que se refería Edward era William Donovan, un abogado de Wall Street de la «O'Brien, Hamlim, Donovan & Goodyear» que había sido nombrado director de la COI, Oficina de Coordinación de Información, o sea, central del espionaje de los Estados Unidos, dicho a la manera complicada propia de los abogados. A diferencia de Edward, que prefería las reuniones privadas y las misiones secretas, Donovan era un hombre mucho más público, un diplomático o un político. Estaba considerado un hombre abierto, jovial y muy, muy inteligente.

—¿Has hablado con él últimamente?

—Estuve con él en Londres casi toda la semana. —Otro silencio de asentimiento de John; casi me parecía verlo: disimulando su profunda impresión con un simple gesto de respeto. Saqué un pastel

de fruta que había hecho, lo corté y puse los pedazos en forma de abanico en una de las fuentes blancas de Nan—. Por fin se ha dado cuenta de lo vital que es la supervivencia de Inglaterra.

—Si ellos son derrotados, a continuación nos tocará a nosotros —dijo John.

—Es probable —respondió Edward. Yo abrí un armario, saqué una bandeja y coloqué el pastel, tazas, platos, leche, azúcar, cucharillas y tenedores—. No hay que olvidar que, si Alemania derrota a Inglaterra, dispondrá de la flota francesa y también de la flota inglesa. —Doblé tres servilletas. (Desgraciadamente, todas nuestras Servilletas tenían las iniciales de ya saben quién. Una vez dije a John: «Lo único que pido es poder comprar servilletas lisas. Yo no quiero más iniciales en ningún sitio». Y John respondió: «Es un disparate tirar el dinero. Y tú eres la que se fija. Yo ni las veo.») —. Con una Marina de estas proporciones, Alemania nos estrangularía en el Atlántico —dijo Edward—. Y ahora que el Japón ha empezado a incordiar en el Pacífico…

«¿Cuál es el objeto de esta cordial charla masculina? —me preguntaba yo—. ¿A qué ha venido Edward Leland?». Hasta entonces, la única cosa semisecreta que había dicho era que la semana antes había visto a Donovan en Londres. La información era ligeramente interesante, pero yo no creía que hubiera hecho saltar de alegría y batir palmas a un espía nazi.

Aparté el café del fuego y lo eché en la cafetera de porcelana blanca. Cuando llevara la bandeja a la sala, tendría que irme al dormitorio, y probablemente desde allí no podría oír lo que decían. «Qué lata», pensé mientras entraba en la sala.

—Inglaterra es la clave —decía Edward—. En más de un sentido. El Servicio de Inteligencia británico tiene varias fuentes de primera calidad dentro del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores y de la Abwehr. —La Abwehr era el servicio de espionaje y contraespionaje del Estado Mayor alemán—. El Vaticano también tiene un par de fuentes. Y Donovan, una. Pero… —John carraspeó cuando yo entré. Edward enmudeció. Puse la bandeja en la mesita del café. No podía creer que Edward Leland, que era capaz de oír a una mosca trepar por una pared en el Bronx, no me hubiera oído entrar en la sala. Ni me hubiera visto. Mi bata no era precisamente del amarillo más discreto que se haya inventado.

Los dos hombres celebraron mucho el pastel. Yo no sabía qué hacer a continuación: ¿limitarme a dejar la bandeja o representar el sofisticado numerito de Mrs. Berringer sirviendo el café? Ninguno de los dos se inclinó en la mesita, pregunté a Edward, procurando no parecerme a Miriam Hopkins:

—¿Cómo toma el café?

—Con crema y un terrón, por favor —dijo.

Destapé el azucarero, pero entonces John me tomó la mano y dijo:

—Gracias, cariño. Yo lo serviré. Sé que todavía tienes regalos que envolver.

Yo me erguí, pero antes de que pudiera dar media vuelta, Edward dijo:

—John, no es necesario. Su expediente es mejor que el tuyo. —Me miró—. No habrá desarrollado simpatías pro nazis desde que llenó los formularios, ¿verdad, Linda? —Moví negativamente la cabeza—. Entonces siéntese con nosotros. —Yo esperaba que agregara: «Si su marido no tiene inconveniente». Pero no lo agregó.

1S2Me senté delante de los dos hombres, en el sofá *beige*, y serví el café a Edward y después, sin que él me lo pidiera, a John. Serví también el pastel y procuré no mirarlos con descaro. El contraste entre los dos hombres era tan acusado que me costaba un esfuerzo desviar la mirada. Me quedé contemplando el desnudo árbol de Navidad.

Evidentemente, Edward era mayor que John, diecisiete o dieciocho años. Pero la diferencia de edad era la menor de todas: rubio el uno, moreno el otro; esbelto el uno, fornido el otro; guapo, no; los ojos azules de John tenían un brillo suave; los oscuros de Edward echaban chispas. Me volví hacia ellos. Edward sostenía el platillo y la taza con manos grandes de campesino; sus dedos eran excesivamente gruesos para sujetar debidamente la taza, pero —no pude reprimir el pensamiento— serían perfectos para estrangular a alguien en una noche oscura. John dejó a un lado el plato del pastel. Su mano era elegante, de dedos largos, blanca y tentadora.

Edward volvió a hablar.

—Decía a John que el coronel Donovan de la COI —esperó hasta que yo moviera afirmativamente la cabeza para indicar que sabía lo que era— hace tiempo que tiene una fuente, un espía si quiere, en

un alto cargo del Gobierno alemán. Esta fuente nos ha suministrado información interesante y también valiosa acerca de la política interior del Reich. Y durante el año último, tanto yo como otros socios de Bill hemos pasado mucho tiempo reanudando antiguos contactos de negocios y consolidando relaciones con individuos en las altas esferas de la sociedad alemana —sonrió—. Afortunadamente, mis fuentes hablan inglés. —Se recostó en la butaca—. La semana pasada, Bill me preguntó si estaría dispuesto a pasar algún tiempo en Washington, bueno bastante tiempo, organizando un departamento de la COI que se llamará Oficina de Análisis Comercial. —John empezó a asentir hasta que Edward agregó—: El nombre no significa nada, desde luego.

—¿Qué clase de oficina es entonces? —pregunté yo—, si se me permite preguntar.

—Mi trabajo, y el trabajo de mis hombres, consistirá en corroborar lo que nos digan nuestras fuentes, no sólo en Alemania, sino en toda Europa. Esencialmente, se tratará de hacer simples comprobaciones.

—No tan simples, imagino —dijo John.

—No tan simples, efectivamente —respondió Edward. Tomó un bocado de pastel y sonrió, primero a mí pero en seguida, y con mucha más simpatía a John. En realidad, su reacción a la observación de John fue tan halagadora que inmediatamente pensé que algo se proponía—. ¿Cómo sabemos lo que no puede saberse? —preguntó Edward, y se respondió así mismo—. Recopilando datos, de las transmisiones de radio que conseguimos interceptar y descifrar, de refugiados recién llegados, especialmente los procedentes de Alemania, de organizaciones de la resistencia en países ocupados. Luego tenemos que reunir todas las piezas de este tremendo rompecabezas de manera que obtengamos una imagen coherente. Tiene que ser coherente. No sólo por la información en sí, aunque eso es importante; tú y yo, John, hace tiempo que comprendimos que nuestra entrada en la guerra es inevitable, y debemos conocer cuanto podamos. Pero hay otra necesidad para nuestros brillantes cerebros que se dedican a resolver rompecabezas.

Aquello era muy interesante. Me resultó imposible mantener la boca cerrada. A fin de cuentas, Edward me había invitado a unirme

a ellos.

—Quieren estar seguros de que lo que sus altas fuentes alemanas dicen es verdad —dije—, de que no son agentes dobles. —Yo había visto películas de espías nazis.

—Sí —murmuró Edward—. Precisamente —los dos parecían sorprendidos de que hubiera podido sacar aquella conclusión. John, desde luego, siempre se quedaba atónito cuando yo hacia algo más complicado que revisar su cuenta bancada. Pero estaba defraudada; no sé por qué, yo esperaba otra cosa de Edward—. Y ni que decir tiene, John, y por eso pedí a Linda que se uniera a nosotros, que yo estaría encantado de que aceptaras trasladarte a Washington durante algún tiempo… para ser mi primer encargado en resolver rompecabezas.

La chica que cuidaba a mi madre tenía uno de esos nombres eslavos que no hay quien quiera molestarse en pronunciar, Mrshklva o algo por el estilo, de manera que te decía que la llamaras Cookie. A sus sesenta y tantos años, ya no tenía nada de chica ni de *Cookie*. Era bajita con unos brazos y unas piernas largos y delgados y un cuerpo corto y cuadrado. Cuando trajinaba afanosamente de un lado para otro —no hacía nada despacio— parecía un mono vestido de enfermera.

Cookie sacó a mi madre de un taxi a la acera de la Quinta Avenida. Era un día claro, frío, pero sin asomo de viento.

—No es que se porte mal —me dijo, como si mi madre no estuviera a su lado, sino en casa, en Queens—, pero esconde ginebra en algún sitio. —Inmediatamente, mi madre concentró su atención en ajustarse el sombrero. Era un sombrero de fieltro marrón, con muchos años, el ala ancha y una copa que parecía una sopera puesta boca abajo. Cuando se lo echó sobre la frente, vi que había salido (o enviado a Cookie) a comprar una aguja nueva que figuraba una rama de acebo con hojas de tela, un poco mustias, y bayas de abalorios rojos. Estaba tan absorta en su sombrero que no vio el árbol de Navidad de veinticinco metros de Rockefeller Center que tenía delante de las narices—. Esta mañana, al salir del cuarto de baño —prosiguió Cookie—, el aliento le olía a ginebra reciente, pero, por más que busqué, y hasta miré en el wáter, no pude dar

con la botella.

—Cookie huele a wáter —anunció mi madre en voz alta—. Auténtico wáter. ¡Qué peste! —Su aliento formaba una nubecilla blanca en el aire helado. Los transeúntes que iban hacia el árbol fingían no oír nada más que villancicos lejanos.

—Cállese, que es Navidad —dijo Cookie, pero era evidente que mi madre le hacía gracia, y es posible que, de no haber estado yo delante, que era quien le pagaba el sueldo, de buena gana hubiera contestado a lo del wáter.

—Cállese *usted*, polaca del demonio —rió mi madre. Fue una risa débil, porque no tenía fuerzas para más. Tenía el brazo apoyado en el hombro de Cookie; ya no podía estar de pie mucho rato. Un mes después de mi boda, en una de mis dos visitas semanales a Ridgewood, me asustó tanto su aspecto (más parecía un esqueleto que una mujer) que llamé al doctor Guber. Le hizo un reconocimiento y, en el pasillo, después de cerrar la puerta de la habitación, me dijo: «Tiene cirrosis. No se cae sólo porque esté débil». Y, con su cerrado acento de Brooklyn, prosiguió: «Linda, tu madre está muy mal. Tiene desequilibrio nervioso, ictericia, edema. Una verdadera lástima, hija. Tendrías que darte cuenta».

Me la daba. Y, a pesar de que sabía la respuesta, le pregunté: «¿Y no puede usted hacer algo?». Él contestó: «Nada que pueda ayudarla». «¿Se morirá de eso?», tuve que preguntar. Y él contestó: «Sí, hija. Seis meses, un año. ¡Qué pena! ¡Con lo guapa que era!».

Cookie estaba a mi lado, escuchando al médico. Movió la cabeza y dijo: «Todos acaban por caer, más tarde o más temprano, pero ella es una borracha muy *simpática*».

—¿Dónde se ha metido Johnny? —gritó mi madre con el hipido a tope.

—Fue al restaurante, a ver si aún nos reservan la mesa. ¡Cómo habéis llegado con más de una hora de retraso…! —Ella me lanzó una mirada de inocencia y parpadeó. Me pregunté si habría parpadeado, de haber podido ver la expresión de John, al cabo de sesenta minutos de estar inspeccionando cada taxi que subía o bajaba por la Quinta Avenida. Entre Cookie y yo, una de cada brazo, la llevamos, casi en vilo, hasta el árbol. Lo contempló como todos los turistas, pero le interesaban más los abrigos de pieles de las mujeres.

—¡Qué preciosidad! —dijo de un mapache de pelo corto—. Estoy deseando conocer a Johnny —prosiguió—. Más le valdrá ser tan guapo como tú lo pintas, o le diré: «Mi Linda tiene el gusto en el…».

—Cookie —interrumpí—, ¿por qué no se da una vuelta? Yo me quedaré con mi madre.

Tan pronto como Cookie se alejó, mi madre me pellizcó el cuello del abrigo.

—¿Un abrigo de lana azul? ¿Te casas con un ricacho y él te regala *lana*?

—Mamá —dije con la mayor dulzura de que fui capaz—, por favor, tienes que portarte bien. Ya sabes a qué me refiero.

Ella me palmeó la mano:

—Ya lo sé, tesoro. ¡Jo!, estás soberbia. Te sienta de maravilla el azul. Veo que por fin te has decidido a ponerte rímel. —Yo asentí—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien —dije.

—¿Y qué hace el niño?

—Mamá, tuve un aborto. Hace más de dos meses. Ya te lo dije.

—Oh, cielos, sí que lo siento. Te juro que se me había olvidado. Y es que, ¿quién va a querer recordar una cosa así? —Se subió las mangas del abrigo. Era de lana a cuadros escoceses marrón, púrpura y crema. Estaba segura que John apretaría los dientes al verlo. Además, las mangas eran demasiado largas y volvieron a taparle las manos. Yo traté de hacerles puños, pero ella me apartó—. Los puños, para las viejas —dijo—. Yo también tuve un aborto. Tú aún no habías cumplido el año. Pero el médico lo arregló. Nosotros se lo pedimos. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿El doctor Guber?

—¡Naa! Ése es un gallina. Un chico de Queens Boulevard. Veinte dólares nos cobró, pero Herm dijo: «Vale la pena». Y es que yo acababa de cumplir diecisiete años y ya te tema a ti. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Creí que pensaba en el hijo perdido, pero dijo—: Yo quería mucho a tu padre. —Tragó saliva, sorbió por la nariz y gritó—: ¡Feliz Navidad, Herm! —Una familia de negros que estaban a nuestro lado se miraron como diciendo: Ésta está loca, y se apartaron. Mi madre extendió el brazo y puso su mano helada en la mía—: ¿Tú crees que él me oye?

—Estoy segura de que sí.

—Y no es que a tu padre le hiciera mucha ilusión la Navidad. Como era judío…

—Mamá —dije—, no menciones nada de eso a John.

—¿Por qué no?

—No he tenido ocasión de decírselo. Aunque no creo que le importe.

—¿Te avergüenzas de tu padre?

—¡No!

—¡Los judíos son gente lista!

—¡Chss!

—¿A quién crees que has salido tú en lo de lista? ¿A mí? A Johnny no le importaría. De todos modos, en el físico te pareces a mí, aunque Herm no tenía pinta de judío; te lo digo de verdad, yo no me habría casado con él. Ni hablar. Con esas barbas oscuras y ese pelo grasiento…

—De todos modos, no digas nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y…

—¿Por qué no me haces una lista? —me interrumpió.

—No hagas comentarios acerca de si es un abogado rico.

Volvió a mirar mi abrigo.

—A lo mejor te tiene preparada una estupenda sorpresa de Navidad para cuando llaguéis a casa. —En realidad, John me había dado mi regalo: un alfiler de oro en forma de mariposa con dos pequeños rubíes por ojos y astillitas de esmeralda en todo el cuerpo. Era un poquito grande y un poquito vistoso, o sea, lo que a él le pareció que me gustaría.

En aquel momento, llegó John. Llevaba su traje azul marino, corbata roja, abrigo gris, sin abrochar, bufanda de cachemira, de un gris más oscuro, al cuello con el descuido justo.

—Féliz Navidad, Mrs. Voss —dijo. Pude darme cuenta de que estaba impresionado por el aspecto enfermizo de mi madre y no digamos por el abrigo.

—¡Feliz Navidad! —Mi madre estaba auténticamente deslumbrada. John empezó a abrocharse el abrigo, como para taparse—. ¡Eh, tranquilo! —Dio un paso atrás—. ¡Vaya, mi yerno! ¡Bueno, mi hija tiene suerte! —Me miró—. ¡Qué tipo de hombre,

Lin! No deberías dejarle salir de casa solo.

Cookie, observando que habían terminado las confidencias entre madre e hija, se acercó rápidamente.

—¡Feliz Navidad, señor! —dijo a John con voz entrecortada y juvenil.

Él se quedó estupefacto por la súbita aparición de aquella criatura que daba la impresión de que en cualquier momento podía empezar a saltar de rama en rama del árbol de Navidad del Rockefeller Center.

—¡Feliz Navidad! —murmuró. Luego miró a mi madre y me miró a mí. Cerró los ojos un instante. Al abrirlos dijo—: He arreglado con el *maître* lo de la mesa. ¿Por qué no entramos ya?

Después de todo lo que yo le había contado de mi madre, John debía de pensar que lo mejor que podíamos hacer con ella en Navidad sería regalarle la estancia de un año en un sanatorio. Pero comprendía que yo no estaría de acuerdo, de manera que cuando empezamos a hacer planes para Navidad, propuso que la lleváramos al apartamento, le diéramos los regalos (en seguida), cenáramos (rápidamente) y nos despidiéramos. De buena gana la habría hecho entrar por la puerta trasera y subir en el montacargas. Yo no se lo reprochaba; desgraciadamente, yo se lo había contado todo acerca de ella, incluida su propensión a caerse de bruces, llamar a los desconocidos por la calle y dar voces al cielo para hablar a mi padre. Me la imaginaba haciendo bocina con las manos y chillando «¡Herm, amor mío!» delante de nuestra casa y a la vista de los vecinos.

Pero le dije que de eso nada, que yo quería invitar a mi madre a Manhattan, llevarla a ver el árbol y a cenar al sitio más elegante que hubiera visto en su vida. Dije: «John, probablemente, ésta será su última Navidad». Él eligió un restaurante grande y famoso frecuentado por señoras de pelo azulado cuya idea de una cena de Navidad era tres martinis y un tomate relleno: un lugar respetable e incluso distinguido, pero al que las amistades de John —gente moderna— no se acercarían.

—¿No es fabuloso? —preguntó mi madre a Cookie—. Es más guapo que un salvavidas. Tope clase.

Tomé del brazo a mi madre para ayudarla a andar. John, a su pesar, se situó al otro lado.

—No te preocupes —dijo mi madre agarrándose a él—, no diré nada que pueda avergonzarte, tesoro. —Miró a John—. ¿Me invitarás a un cóctel, Johnny?

—¿Eh…? —protestó Cookie, detrás de nosotros.

—¡Gran cosa! Es Navidad.

—Mamá —dije, tratando de hablar con voz serena—, ya sabes que no puedes beber.

—¿Por qué no?

—Porque no le hace ningún bien —declaró Cookie—. Usted lo sabe perfectamente.

Mi madre se paró tan bruscamente que Cookie tropezó con nosotros.

—Y tú sabes, y tú sabes —nos gritó mi madre a mí y a Cookie—, que me quedan seis meses, un año todo lo más. ¿O habéis creído que no escuché lo que decía el doctor Gusano?

Yo no podía moverme. No sabía qué decir. Me eché a llorar.

—Vamos, Linny, que se te correrá el rímel delante de Johnny, ¡con lo bonita que estás! —Traté de asimilar la fría y serena actitud de mi madre frente a su final. La miré a los ojos, cargados de rímel, siete u ocho veces más del que yo llevaba, y cubiertos de sombreador verde pistacho. Ella se apoyó en John. Fue un movimiento espasmódico y él la sujetó para que no se cayera—. ¿Tú cuidarás de mi niña? —preguntó, todavía en sus brazos—. ¿Me lo prometes?

Me parece que se emocionó. Por lo menos, su voz sonó un poco ronca.

—Sí —dijo suavemente—; se lo prometo. —Y la puso de pie. No sé cómo, llegamos al restaurante.

—¡Vaya! —dijo ella mirando las paredes de madera y los candelabros de bronce de ocho brazos—. ¡Johnny, sabes elegir los sitios! —Levantó una copa de cristal y la golpeó con la uña—. ¡Qué bonita! —Sonrió a John—. ¡Bueno, la hora del cóctel! —Eran las dos y media—. Vamos *ya*. Un abogado rico como tú, ¿no va a poder invitarme a una copita de ginebra? ¿Me pides un doble? ¿Sí? —Yo no traté de impedirlo. Estaba aturdida. ¿Cómo podía mi madre soportar la idea? Pero también estaba aturdida porque ya preveía cuál sería su siguiente paso, una vez hubiera tomado su doble: se insinuaría a John y contaría chistes judíos guiñándole un ojo

significativamente.

John llamó al camarero, pidió las cosas para nosotros y se escabulló hacia el aseo de caballeros. A juzgar por lo de prisa que se fue, cualquiera hubiera dicho que tenía que ir hasta Cleveland.

—Ufff —hizo mi madre cuando él no pudo oírla—. Perdona por lo del abogado rico, Linda, tesoro.

—No importa, mamá.

—Tengo una lengua muy larga. —Yo no podía discutírselo—. Pero, escucha, ahora que se ha ido… —Comprendí que, a su manera, estaba tratando de darme consejos maternales. Y me los dio—. ¡Es un sueño de hombre! Y habla de un modo tan educado, Lin. Es realmente fantástico. Lo dicho, fantástico de verdad. Y tan *guapo* que te mata. —De pronto, su tono cascabelero y risueño se apagó. Me rozó la barbilla con las yemas de los dedos—. Pero ten cuidado con él.

—¿A qué te refieres?

—Tú ya lo sabes. En el fondo, es una rata.

Yo tardé un minuto en encontrar las palabras precisas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¡Oh, Lin, yo conozco a los hombres! No es bueno como tu padre. Y puedo ver en *tus* ojos lo que él siente por ti. No me digas que no. —Aspiró con respiración profunda y entrecortada—. ¡Oh, Linda, ojalá hubieras encontrado a alguien que te quisiera!

15

El norte de África, los Balcanes, el África Oriental, Creta, Iraq, Yugoslavia. La nube negra iba haciéndose más grande y venenosa, pero recuerdo que, una tarde de mayo de 1941 —pocos meses después de mudarnos a Washington—, al despertar de la siesta, contemplando desde la cama, a través de los visillos, los geranios rojos de la ventana, pensé: «No está mal mi vida; es buena, casi».

Al principio, lo mejor de mudarnos a Washington fue llevar al guardamuebles todo el mobiliario que teníamos en Nueva York: ver a los mozos de las mudanzas cargar con el sofá de Nan fue el mejor momento de mi matrimonio —por lo menos, hasta entonces. Lo segundo fue alquilar una simpática casa amueblada en un barrio próximo a la catedral de Washington. John decía que la zona era selecta y, no obstante, yo me encontraba a gusto; nuestro bloque hubiera encajado en media docena de puntos de Brooklyn. La gran diferencia era el alquiler (alto) y la tranquilidad (total). Las calles estaban absolutamente silenciosas. En Washington nadie se asomaba a la ventana para saludarte agitando la mano o silbando cuando pasabas camino de la frutería o de la tienda de caramelos, si hubiera habido tienda de caramelos, que no la había. La gente se recogía en su porche particular, y no se sentaba a la puerta de su casa a fisgar con toda naturalidad.

Quizá se debía a que la gente se había dado cuenta de que en Washington todo era absolutamente previsible. ¿Qué podías fisgar? Los maridos trabajaban para el Gobierno y tenían pinta de abogados aunque no lo fueran. Las esposas parecían haber nacido todas en Alabama, por el acento, y nunca se sentaban, como no fuera para coser. Bordaban cuadros, fundas para la banqueta del piano y estuches para gafas, remendaban las mantelerías de encaje de

mamá, hacían colchas para su cama y para la cama de todo el mundo y metían y sacaban unos dobladillos interminables.

—Ho-ola, Linnda —dijo Lucy MacPharland, mi vecina de enfrente. Estaba en la puerta con la bolsa de la labor y un pastel de chocolate. Al principio, yo pensaba que los pasteles eran regalos de bienvenida al vecindario, y lo eran, sí, pero después descubrí que, aunque se consideraba correcto presentarse sin avisar, nunca llamabas a una puerta sin llevar, por lo menos, una libra de repostería.

—Hola —respondí—. Pasa.

—¿No estás ocupada? ¿Seguro? —preguntó, mientras avanzaba por el pasillo hasta la cocina. Puso el pastel en la mesa, donde había ya una tarta de pacana—. ¿Ha venido Katie-Lou? —La evidencia era incuestionable: Katíe-Lou Wilcox remataba la pasta de sus tartas con onditas superpuestas.

—Esta mañana —dije. Abrí un cajón, saqué el rollo de papel de plata, cubrí con él el testimonio de la visita de Katie-Lou y lo puse en la nevera, al lado de los buñuelos de Bessie Campbell.

Lucy me apartó de un codazo y agarró la cafetera del escurreplatos.

—Bueno —dijo, y luego murmuró—: tres, cuatro —mientras medía el café—, cuéntame todo lo que ha pasado desde la última vez que nos vimos.

—Déjame pensar. ¿Qué ha pasado desde ayer? —murmuré—. Oh, ¡sí! Cora Sue Yong se ha ido… —hice una pausa teatral—, a hacer una visita a su madre.

—¡No! ¿Dijo que iba a ver a su mamá?

—Rita Harwood la vio salir de casa con una maleta y subir a un *coche*.

—Ca-anastos, Linnda… —Parecía que iba a ponerse a silbar *Dixie*.

La conmoción se debía a que una de nuestras vecinas, casada con un tercer secretario de asuntos de Argentina del Departamento de Estado, había descubierto a un profesor de autoescuela que no tenía ningún interés por la Argentina y mucho interés por ella. Su «Ford» estacionado a la puerta de la casa había dado lugar a comentarios mucho antes de que Cora Sue revelara a otra vecina, Rebecca Jean, que tenía un asuntillo y que estaba haciendo planes

para pasar el fin de semana con el profesor, y no precisamente para practicar el cambio de marchas. Puso como pretexto que se iba a Opelika a ver a su mamá, dando por descontado (según explicó a la cotilla de Becky) que su marido, absorto en las rutas comerciales de América del Sur, no se acordaría de ella ni, mucho menos, se le ocurriría comprobarlo.

Lo que aquella conmoción significaba para mí personalmente era que, por fin, yo era una más. Estaba integrada. De los cinco bloques de casas que formaban Rosedale Avenue, la única persona a la que importaba que yo no hubiera ido a un colegio universitario elegante, ni jugara a tenis, ni supiera silbar *Das Lied von der Erde* de Gustav Mahler, era mi propio marido.

O sea, que si bien ser yanqui no fuera tal vez una recomendación, aunque yo no sabía ni enhebrar una aguja, en la cocina era un as: podía hacer tarta de cerezas como la mejor y no digamos *Apfelkuchen* y *Schawarzwalder Kirschtorte*. Además, después de tantos años de almuerzos en el bufete, cotilleaba como una campeona.

Mi deficiencia cultural no importaba en absoluto, ya que casi ninguna de las esposas del vecindario había ido a la Universidad y las que habían ido no estaban siempre hablándolo como ocurría en Nueva York. Si bien muchas parecían ser de familias acomodadas —«Mamá-a ha sentido no poder ir a París a comprar ropa esta primavera, con esa guerra…». «Papá-a ha dicho a su agente de Bo-ol-sa…».

—, mis vecinas no se comportaban a lo «Esposa de Abogado de Wall Street», con altanería y frialdad, insensibles al daño que su conducta pudiera causar a los demás (o sea, a mí).

Por extraño que pueda parecer, tratándose de una persona de Queens, yo no me diferenciaba en nada de mis vecinas. Yo formaba parte de un grupo de mujeres bonitas, aunque ellas se cuidaban más que yo; el que no nos oyera hablar, no sospecharía que yo no procedía del mismo sitio que ellas.

En Washington no me sentía *marginada*. En Nueva York, las demás esposas parecían comprar los zapatos en una tienda secreta; usaban un color de lápiz de labios «tú no lo encontrarás en la vida», como si tuvieran una fórmula ultrasecreta en el cajón del tocador. En Washington nadie me miraba de pies a cabeza con altivez;

cuando Lucy, que estaba casada con un economista del Departamento del Tesoro, me decía: «Me encanta esa blusa, Linda», no era con sarcasmo. Era la blusa que ella se compraría o la blusa que su mamá le haría con la «Singer» y le enviaría desde Tuscaloosa.

Al cabo de tres meses, yo no hubiera podido jurar si alguna de aquellas mujeres sería mi amiga hasta la muerte; todavía era difícil distinguir a unas de otras. Desde luego, yo sabía que Lucy era muy animada y tenía una voz grave y fuerte, y que Katie-Lou era lánguida y siempre estaba haciendo tapetitos de ganchillo, pero no podía calar mucho más allá del acento y la hospitalidad sureños para ver a cuál de ellas yo apreciaba de verdad, si es que apreciaba a alguna.

Pero si, individualmente, mis vecinas no tenían gran importancia para mí, en grupo sí la tenían, porque eran mi única compañía. Casi no veía a John, aunque lo sentía con frecuencia, a las dos o las tres de la madrugada, cuando llegaba y se acostaba a mi lado o encima de mí. A diferencia del marido de Bessie, un coronel destinado en el Departamento de Guerra, John no estaba «hecho un zorro, lo que se dice un zorro» después de su jornada de dieciocho horas. El interés que John sentía por mí se acrecentaba en la oscuridad. En aquellas noches, no estaba únicamente caliente sino, incluso, cariñoso, y me acariciaba el pelo, se enroscaba alrededor de mí y se dormía abrazado a mí.

El único lunar de aquel cálido y dulce idilio se debía a mi manía de abrir la boca de vez en cuando para decir cosas tales como: «¿Cómo estás?». Eso le descomponía. «Muy bien», contestaba y se ponía a mullir la almohada. «Un poco cansado». Y yo comentaba: «Motivos no te faltan». Y él convenía «Hum-Hummm», apartándose de mí lo justo para no rozarnos, y se quedaba dormido.

Pero una noche no pude quedarme en el anonimato. John llegó a casa a eso de las once. Estaba yo en la cama, todavía despierta. Era una espantosa noche de primeros de junio, sofocante y húmeda. El aire estaba tan cargado de humedad que casi costaba respirarlo. Yo había apartado la fina colcha de retazos y estaba cubierta a medias con el *Washington Times Herald* y el *New York Times*, que ya había leído, y tenía en las manos la revista *Time*.

—¡Qué temprano llegas! ¿Es que te han echado?

John tenía la blanca camisa pegada al cuerpo.

—No. He tenido que marcharme. Aquello era un horno.

Las oficinas centrales de la COI eran ya bastante malas, pero John y un profesor francés de Yale compartían un despacho que, por lo que me explicaba, no era mucho mayor que la cabina de un aseo de caballeros, en un sótano del Departamento de Estado.

Me levanté de la cama, recogí mis lecturas y dije:

—Te prepararé una limonada. —Estaba exprimiendo los limones cuando él entró en la cocina y prácticamente se derrumbó en una silla. Se había quitado la camisa y los pantalones pero parecía incapaz de ocuparse de su ropa interior que estaba empapada—. ¿Seguro que estás bien?

—Estupendamente. —Me observó mientras añadía el agua, el azúcar y golpeaba la bandeja de los cubitos de hielo para que se soltaran—. Te lo agradezco —dijo arrimándose el vaso a la frente antes de beberlo sin respirar.

—No tan de prisa —le dije en alemán—. Si bebes muy de prisa una cosa fría, te dolerá la cabeza —cambié al inglés—. Eso me decía mi abuela. Y también —y otra vez le hablé en alemán—: «El puré de patata cura el catarro de pecho» y «Si cantas en la mesa tendrás un marido loco».

—¿Tú cantabas en la mesa? —me preguntó en su impecable alemán.

—Probablemente. Antes de saber las consecuencias.

Siempre hablábamos en inglés, por lo que cuando extendió los brazos, me sentó en sus rodillas y me dio un beso en la punta de la nariz, supuse que era el cambio de idioma lo que había soltado algún resorte y le hacía mostrarse tan… no se me ocurría otra palabra: afectuoso.

—Quiero más limonada —dijo—; pero no quiero soltarte. ¿Qué hacemos?

—Vuelvo en seguida.

Preparé otro vaso y, cuando se lo di, volvió a sentarme en sus rodillas.

—¿Cómo puedes soportar tenerme cerca? —preguntó—. Debo de oler como una fiera recién salida de la jungla. —Tardé algún tiempo en comprender, porque nunca había oído ni leído la palabra: *Dschungel*.

—Una fiera de la jungla —dije. Pero luego me eché hacia atrás y le miré fijamente—. No; un pobre animalito medio muerto de cansancio. —Le enjugué la cara con una servilleta de papel.

—Gracias.

—De nada. —Me levanté. Desgraciadamente, él no trató de retenerme. Supuse qué ya había recibido mi ración de afecto, por lo que volví al inglés—. ¿Te preparo un baño?

—Sería estupendo —dijo.

Subí la escalera, uno de mis lugares favoritos de la casa. Era una escalera anticuada y empinada, con una alfombra verde oscuro con unas rosas grandes de un verde más oscuro aún, casi negras.

Toda la casa era poco elegante y muy vieja, pero no desastrosa. El número treinta y ocho de Rosedale Avenue tenía un aire ranciamente americano que parecía decir: me edificaron y amueblaron en 1903 con materiales de calidad y espero que duren bastante tiempo todavía.

Las baldosas del cuarto de baño eran pequeños cuadros blancos y negros, algunas estaban agrietadas, pero daban carácter al suelo. La gran bañera tenía patas en forma de garra y su gruesa porcelana estaba descascarillada. Puse el tapón, abrí los grifos y me senté en el borde de la bañera, con la mano en el chorro, para asegurarme de que no era demasiado caliente ni demasiado helada.

John entró, se quitó la ropa interior y los calcetines y se metió en la bañera con un suave «Aaaah».

—¿Eso es lo que se llama un suspiro de alivio? —pregunté. Sonrió. Bajé la tapa del inodoro, me senté y le contemplé. Inclinó la cabeza hacia atrás, tomó agua con las manos y se la echó por la espalda. Era la mejor vista de la ciudad, *mucho* más hermosa que el monumento a Washington—. ¿Quieres que te restriege la espalda, como hacen esas japonesas?

—Las *geishas*. No, gracias. Hum… Linda.

—¿Sí?

—Edward Leland ha vuelto a Washington.

—Ya lo sé. Lo leí en el periódico. Estuvo en la Casa Blanca la semana última, la noche en que Roosevelt proclamó el estado de emergencia nacional. —Los alemanes estaban hundiendo barcos ingleses mucho más de prisa de lo que los ingleses (o nosotros) podíamos remplazarlos, y Roosevelt hizo una declaración diciendo

que teníamos que reforzar nuestras defensas «hasta el límite de nuestro poderío y autoridad nacional». En realidad, lo que decía era: «Éste es otro paso hacia la guerra». Di a John un guante de rizo —. Decía el periódico que el ambiente estaba tenso después de hablar Roosevelt, así que escucharon música. «Alexander Ragtime Band». Estaba Irving Berlín. Y Donovan. —Hice una pausa—. ¿Tú has visto alguna vez a Ed Leland tenso?

John se puso el guante de rizo en la cara.

—No.

—Intenso sí que es —dije—. Por cierto, ¿cómo está? ¿Ha hecho algo que puedas contarme? —Me incliné y le quité el guante de la cara.

—Esta tarde salimos a dar un paseo —dijo John.

—¿Un paseo? Si estábamos a cuarenta.

—Sí, y fue un paseo muy largo.

Hundió la cabeza en el agua. Cuando la sacó, el pelo le goteaba sobre los hombros. Se quedó mirando, aparentemente fascinado, unas gotas que le bajaban por el brazo.

—¿Vas a jugar a mirar el agua o a decirme lo que quiere Ed?

—¿Por qué imaginas que quiere algo?

—Vamos, John. ¿Qué quiere?

—Te quiere a ti —dijo John, muy serio.

—¿En calidad de qué? ¿De sacrificio humano?

—Habla en serio.

—De acuerdo.

—¿No vas a preguntar por qué?

—Ya sé por qué.

John parecía irritado.

—¿Por qué?

—Necesita una secretaria bilingüe que esté autorizada a manejar documentos secretos y probablemente la necesita con urgencia. Eh, no estés tan compungido porque lo haya adivinado.

—No estoy compungido. —La barbilla le llegaba casi a las rodillas, pero entonces la alzó—. Bueno, ¿qué te parece?

Yo estaba recordando cómo me había sentado en sus rodillas y lo que sentí al recibir sus caricias, y ahora comprendía la razón.

—¿Qué opinas tú?

—No sería mala idea. Supondría un descanso para Ed. —Y le

haría estar en deuda con John. «Gracias por tu mujer, chico»—. Comprendo que yo no soy un premio de la lotería, con este horario. Eso te daría ocasión de salir un poco más. —Para ir a un subsótano del Departamento de Interior, con cuarenta grados, o a un hueco de ascensor de la oficina de Minas—. Tendrías la oportunidad de hacer algo por tu patria.

—¡Anda ya!

—No seas tan suspicaz.

—No soy suspicaz.

—Ven conmigo al baño.

—¿Tratas de seducirme para que haga lo que deseas?

—¿Tengo que seducirte?

—No. Haré todo lo que quieras. —Me quité el camisón y me metí en la bañera.

Dos días después, a las dos cincuenta y cinco de la tarde, estaba en el vestíbulo de un edificio de oficinas de Massachusetts Avenue, con cuarenta y cinco grados de temperatura, esperando que transcurrieran cinco minutos para tomar el ascensor y llegar al despacho de Edward Leland a las tres en punto. Los cuarenta y cinco grados estaban en la calle, pero en aquella especie de cajón de mármol que era el vestíbulo no había nada, ni el más mínimo soplo de aire, que me indicara que dentro se estaba más fresco que en las calles en las que apenas había conseguido sobrevivir.

Pero aquel mármol era tan blanco que las paredes parecían una deliciosa y escarchada sala de espera a las puertas del cielo. Me apoyé en la pared, pero lo único que sentí fue una humedad fría. Me aparté. Mi cuerpo estaba repugnante. Tenía la piel pegajosa y la combinación se me adhería como un repelente fantasma en una película de terror.

Yo miraba el reloj, tratando de hipnotizarlo para que fuera más de prisa y yo pudiera subir al despacho en el que imaginaba que Edward Leland tendría dos ventiladores: uno pequeño que habría conseguido del Gobierno y otro enorme que se habría comprado él mismo. Y, de repente, allí estaba él: Edward Leland.

—Hola —dijo—, ¿qué hace aquí abajo?

Como si no lo supiera. Yo penseque aquél era un truco que

empleaba con frecuencia: pillar desprevenido al que tenía una cita con él, verlo esperar nervioso, con la guardia baja.

—Esperar.

—¿Por qué no ha subido?

—Porque hubiera llegado temprano. Salí con diez minutos de margen para no llegar tarde, porque, si eres alemán, aunque sea sólo en parte, llegar con retraso es delito, pero llegar antes de la hora tampoco está bien visto. Yo paso media vida esperando en vestíbulos y en las esquinas para poder llegar con absoluta puntualidad. ¿Eso responde a su pregunta?

—Totalmente. Vamos a dar una vuelta.

—¿Una vuelta?

—¿No le apetece andar?

—¿A usted sí?

—No le pregunto eso, Linda —dijo secamente.

Yo no sabía si estaba tan cascarrabias por el calor o si quería chincharme para divertirse. O quizá no. Quizá, para ver si yo era capaz de resistir el calor. Yo no sabía si quería aquel trabajo. Por primera vez en mi vida no hacía nada más que las labores propias de mi sexo y me gustaba; no iba a cambiarlas por un bloc de taquigrafía y un jefe con mal genio que me amargara la existencia.

Pero, ¿por qué se incomodaba tanto por el paseo? ¡Ya! Era otra «Prueba Edward Leland»: ¿Hasta dónde estarías dispuesta a ir por él? ¿Le temías hasta el extremo de no ser capaz de decirle: «Mire, con este calor, no, gracias»? ¿Cuántas millas recorrerías a su lado con la lengua fuera? Porque no tenías más que ver la cara ruda y la figura maciza de Edward Leland para comprender que él podía andar hasta el fin del mundo.

—Está bien —dije—, la respuesta es: No tengo ganas de salir a dar una vuelta, estamos a más de cuarenta y cinco grados y da la impresión de que las aceras van a derretirse y hasta me duele un poco la cabeza, pero, si se empeña, iré, porque yo soy la secretaria y usted, el abogado.

—Vamos arriba —dijo.

Su despacho no era un cuchitril del Gobierno sino un despacho cedido por un bufete de abogados, más grande que el que tenía en Nueva York, pero con los mismos cueros, maderas y alfombra oriental, salvo que esta versión era en marrón, amarillo y oro, con

unas cortinas de brocado tan soberbias que te daba la impresión de que el abogado de Washington había dado a su mujer luz verde y cheque en blanco.

No había ventilador, pero se estaba más fresco que en el vestíbulo. Edward me ofreció asiento en un tresillo con mesita de centro situado en el extremo opuesto del escritorio.

—Usted siempre va dos pasos por delante de mí, Linda —empezó—. Supongo que ya sabrá por qué deseo hablar con usted. —Se sentó en el sofá, frente a mí.

—Necesita secretaria.

—Sí.

Me miraba sin decir nada. Más que mirar taladraba. Luego, bajó la mirada y yo pensé: «Quiere averiguar si estoy embarazada».

—No estoy embarazada —declaré. Entonces abrió aún más los ojos—. Bueno, como me pareció que… miraba si…

—¡No!

—Está bien. Tengo una imaginación hiperactiva —dije.

—Desde luego.

Hubo un silencio largo y violento. Yo había rebasado la barrera invisible e indefinible… Por fin, me levanté.

—Mire, esto no resultará. —Cruzó los brazos y me miró furioso —. Yo ya no sabría ser una secretaria.

Se levantó también, despacio.

—Comprendo. —Chico, qué frialdad—. Se le ha olvidado la mecanografía.

—No; se me ha olvidado ser una niña dulce y obediente. No puedo ser lo que era. No puedo…

—¡Siéntese! —tronó. Me senté. Él también—. Me importa poco si es dulce o no. Yo no busco a una criatura dócil y sumisa que se desmaye cada vez que levante la voz. Yo necesito a una persona competente, con cerebro, alguien en quien pueda confiar y que, además, hable alemán. Punto. ¿Entendido?

—Sí.

—Muy bien.

—¿No va a hablarme del trabajo?

—No.

—Un día vendré y usted tendrá una máquina de escribir y confeti. ¿Algo así como una fiesta sorpresa?

—El sarcasmo no le va, Linda. —Chico, me dejó hecha papilla. Y él lo notó—. Necesita otra autorización. Tardará unos días.

—¿Ya están tramitándola?

—Me tomé la libertad de suponer que accedería a ayudarme.

—¿Puede decirme el horario?

—Largo.

—¿Trabajaré aquí?

—De vez en cuando.

—¿Para alguien más, además de usted?

—Quizás.

Aspiré profundamente.

—¿Siempre estará así o un poco más simpático?

Durante un minuto, permaneció impasible, pero de pronto empezó a sonreír.

—Estaré más simpático.

—¿Cuándo?

—Mañana. El viernes. No lo sé con exactitud.

—Lo estaré esperando —dije levantándome otra vez.

—¿El qué? ¿La mejora de mi humor o trabajar para mí?

—Las dos cosas.

—Bien. —Se levantó y me estrechó la mano por encima de la mesita—. Bienvenida a bordo, Linda.

16

Nunca hubiera imaginado que trabajar para Edward Leland pudiera hacerme la vida tan interesante. En primer lugar, no era un trabajo de los de: «Tome nota de una carta para Herr Teufel. Asunto: obligaciones convertibles». Y es que las obligaciones convertibles no tienen excesiva emoción.

Esto era la guerra: fea pero real. Yo estaba tomando en taquigrafía una conversación mantenida en la central de la COI entre Edward Leland y Herr Kaufmann, antaño rico industrial de Düsseldorf y ahora un pobre judío con una tos espantosa y una memoria increíble del emplazamiento y capacidad de todas las fábricas de maquinaria de Alemania, por lo menos, hasta 1936, en que el Reich le quitó cuanto tenía y le encarceló por «crímenes contra la patria». (Afortunadamente, Herr Kaufmann tenía un primo en San Luis, el cual consiguió meter el suficiente dinero en los bolsillos de funcionarios alemanes como para conseguir que lo soltaran y «deportaran» en 1939.)Él y Edward estudiaban el mapa, mientras un intérprete traducía del inglés al alemán y viceversa, para que los dos hombres pudieran conversar con facilidad. Yo estaba en un rincón, una taquígrafa callada, aplicada e invisible que transcribía la versión inglesa de la conversación. Sólo hablé una vez para decir: «Perdón, Mr. Leland, ¿podría repetir eso, por favor?».

Cuando Herr Kaufmann y el traductor se fueron, Edward dijo:

—Pobre hombre. Todavía no entiende qué le ha pasado. Probablemente, no llegue a entenderlo nunca.

Yo cambié de tema:

—Ese intérprete no me gusta.

—¿Qué dice? —inquirió.

—Es fiel cuando traduce la información de Kaufmann sobre las

fábricas de las grandes ciudades. Pero ahí no tiene más remedio, porque incluso usted se daría cuenta si dice «norte de Stuttgart» y él traduce «oeste de Frankfurt». Incluso lo hubiera notado yo… quiero decir que debe figurarse que yo soy una de tantas taquígrafas americanas que apenas hablan inglés y no digamos alemán —le expliqué.

Y le dije que el intérprete, exacto al hablar de las fábricas de las ciudades, cambiaba los datos cuando se trataba del campo. Doblaba, triplicaba o reducía a la mitad los kilómetros entre una fábrica y la ciudad. En un caso hizo otro tanto con la capacidad de una fábrica. Edward me preguntó:

—¿Está segura de que no son simples descuidos?

—No. Mire, yo tal vez no posea un gran vocabulario, pero sé el suficiente alemán, y he copiado contratos industriales durante muchos años, para saber que *Dieselkraftstoff* no es un camión pequeño sino combustible diesel, y las tres o cuatro frases siguientes de Kaufmann, sobre depósitos subterráneos de gasolina y su capacidad, el intérprete se las saltó. Al principio, probaba, quiso asegurarse de que usted no sabía alemán. Si usted hubiera sabido algo más que *auf Wiedersehen*, él no se habría atrevido.

—Pero estaba bien claro que mi ignorancia es abismal.

—Sí, abismal —asentí sonriendo.

—Tendremos que encargarnos de él.

—¿Hacerle desaparecer? —susurré.

—Por Dios, Linda, tiene que dejar de ir al cine.

—Entonces, ¿qué hacen ustedes con esa gente? Sabe que es un espía, probablemente, del SD (el *Sicherheitsdienst* el servicio de espionaje de los nazis).

—Bien, puesto que la desaparición forzada me parece una reacción exagerada, ¿qué le parece si dejáramos de utilizar sus servicios?

—¿Y eso es *todo*? —dije yo.

—No, Linda; no es todo. Lo entregaremos al FBI. Claro que ellos nos lo recomendaron —dijo con desagrado.

Habíamos bajado al coche que tenía que dejar a Edward en el Departamento de Estado donde le esperaba John y acompañarme a su despacho. Hablamos de la rivalidad entre la COI y el FBI y entonces, porque yo se lo pregunté, me dijo lo que pensaba de J.

Edgar Hoover (un brillante burócrata con un amor propio monumental). Luego me preguntó si mantenía mi fanatismo por Roosevelt y yo le dije que sí, que más que nunca; agregué que, si Willkie hubiera sido elegido, se hubiera doblegado bajo la presión de los aislacionistas —bien claro lo dejó en la campaña y ahora, en lugar de estar en Washington, estaríamos en una cena de abogados de Beekman Place diciendo: «Psch, psch, qué triste que se obligue a decir *Heil Hitler* a los niños ingleses». Me dijo que yo nunca hubiera sido un buen abogado porque exageraba, a lo que le contesté que hubiera sido un abogado buenísimo porque siempre apoyaba al ganador (Roosevelt). Añadí que lo que él llamaba exageración no era en realidad sino una elocuente presentación de la verdad. El coche se detuvo en el Departamento de Estado. En lugar de decirme adiós, sonrió y dijo: «Nos veremos en el tribunal, colega».

Casi siempre era así. Trabajar para él era, cuando menos, provechoso e interesante, casi siempre, fascinante, a veces, divertido, pero siempre, duro. Era jefe de contraespionaje de un país que creía que un caballero no abre el correo ajeno; su misión era descubrir a los enemigos que aparentaban ser amigos, por encargo de un Gobierno que no estaba en guerra.

Era un hombre honrado que hacía un trabajo clandestino en un mundo hipócrita. Tenía que ser más ágil, más listo y moverse más de prisa que el enemigo: los alemanes, desde luego, y los funcionarios americanos que no querían un huevo servicio de inteligencia.

El coche se convirtió en el lugar de trabajo de Edward; solía decir que no quería construir un imperio, una organización centralizada con teléfonos fáciles de detectar, con secretarias, librerías y ficheros. Los imperios, decía, tienen filtraciones y pueden ser derribados. De manera que tenía a su gente diseminada y nosotros dos íbamos de reunión en reunión, desde el despacho prestado, a los edificios del Gobierno, desde las trastiendas, a las mansiones de Virginia y, una vez, a una cabaña en el campo de Maryland.

Un día estábamos en el coche, un «Packard» grande y viejo que Edward se había agenciado del Gobierno. Pero aquel día no lo encontraba interesante, ni fascinante, ni divertido.

La voz de Edward tenía una nota de impaciencia.

—¡No me diga! ¿Es que hay un límite para lo que Linda Voss… perdón, Linda Berringer puede hacer?

—Un solo límite —respondí con desparpajo, tratando de convencerme de que no había impaciencia en su voz. Una fría lluvia de noviembre azotaba el parabrisas. Todo parecía deformado, como cuando te pones las gafas de mucho aumento de otra persona—. Un límite por secretaria no es tan terrible. —Finalmente me había atrevido a decirle que no podía escribir en el coche—. Lo siento, pero me mareo.

—Me cuesta trabajo creer que durante los tres meses que llevamos viajando en coche por todo Washington haya estado mareada. —Se inclinó para hablar con el chófer, un hombre llamado Pete con cogote colorado y arrugado que siempre llevaba una gorra de béisbol de los Senators de Washington. Pensé que le diría algo así como: «Tome las curvas con suavidad o no frene bruscamente cuando llevemos a Mrs. Berringer, Pete». Pero no—: Mientras estamos en la COI, vuelva a mi casa y recoja el esmoquin. Está en una bolsa negra, probablemente colgado de la puerta del ropero.

—Sí, señor —dijo Pete con voz jovial. Se había retirado de la Marina hacía un par de años y siempre parecía encantado de recibir las órdenes más insólitas. Edward le decía: «Pete, venga a recogerme a las tres de la madrugada, tengo que ver a alguien en una mina de carbón de Virginia, a ciento cincuenta kilómetros». Y Pete respondía: «¡Sí, señor!». A los ocho abogados y los funcionarios del Gobierno Edward inspiraba respeto y un poco de nerviosismo y hasta temor; a Pete, una sumisión total y, probablemente, afecto.

Se echó hacia atrás y me miró fijamente:

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó.

—No lo sé.

—Pues usted no es una tierna violeta.

—No. Bueno, no lo soy.

—Ni yo, un ogro. —Como no respondí en seguida, insistió secamente—. ¿O lo soy?

—No, pero…

—¿Pero qué?

—A veces, es un poco…

—¿Un poco qué?

—Imponente.

El noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de hombres imponentes habrían dicho: «¿Imponente yo? No sea ridícula». Edward ni por asomo interpretó el número del: «Yo soy un tipo corriente».

—No se me alcanza qué tiene que ver el que sea… —sacudió la cabeza con impaciencia— imponente con que no me diga que el trabajo que le doy le produce mareo.

Yo volví la cara hacia la ventanilla. La gente se arrebujaba en el impermeable y avanzaba con precaución dando pasitos cortos, como si las aceras estuvieran heladas. Pete, desde luego, siguió avanzando a toda velocidad.

—Yo no quería causarle complicaciones con mi… pequeño problema —expliqué sin dejar de mirar por la ventanilla. No quería verle la cara—. De todos modos, no es tan grave.

—Entonces, ¿por qué hablar de eso?

Di media vuelta y le miré echando chispas.

—Que me ahorquen si lo sé —abrí bruscamente el bloc y dije—: Adelante. Dicte.

—¿Así que va a resistir rechinando los dientes?

—Exactamente. —Él miraba hacia delante, a la nuca de Pete. Vamos —insistí—. Usted quiere que salga el memorándum para «Faraón». —«Faraón» era el nombre en clave del ayuda de cámara del embajador alemán en España. Se había puesto en contacto con un tercer secretario de la Embajada americana en un café y se había ofrecido a fotografiar documentos. No quería dinero; él decía ser antinazi, y que la Gestapo había arrestado y asesinado a su sobrina. Nadie, ni el propio Edward, había decidido todavía si el criado era sincero o un agente doble.

—El memorándum puede esperar —dijo secamente.

—Ya le dije que realmente no me importa.

—¡Basta! —Extendió el brazo, cerró bruscamente el bloc y volvió a mirar la nuca de Pete. Yo sólo veía el lado malo de su cara, el inexpresivo. Pero notaba su furor.

Y pensé: «Si él supiera cómo me hunden estas peleas —o lo que sean—, quizá no las empezara». Las teníamos a intervalos de pocas semanas y yo nunca adivinaba qué hacía para provocarlas. Una observación que normalmente él recibía con indiferencia —o que,

incluso le divertía— en otro momento le hacía dispararse. Estallaba en un arrebato de cólera y, lo que era peor, en seguida se encerraba en un mutismo impenetrable.

Un día, haciendo acopio de valor, le toqué la manga e iba a decirle: «¿Le ha molestado lo que he dicho, o son los treinta mil dólares que han recortado del presupuesto de criptografía?», pero no llegué a decir ni una palabra. *¡Déjeme en paz!* Tenía los dientes apretados y, si no hubiera oído sus palabras, no habría creído que las había dicho, por su sequedad y su rechazo tan absoluto y definitivo.

En estas ocasiones, yo trataba de decirme que él tenía que soportar terribles presiones, tomar decisiones que eran realmente de vida o muerte y que no tenía a nadie con quien desahogarse. ¿Iba a llamar a Nan a Nueva York para ponerse a despotricar? ¿Podría gritar a John o a cualquiera de los otros genios que trabajaban para él? ¿A Donovan? ¿Al Presidente? ¿Iba a ponerse a vociferar a una de aquellas aristocráticas beldades a las que acompañaba a los actos en los que los hombres necesitan pareja femenina?

Quizá la tomaba conmigo porque yo siempre estaba disponible y, qué diantre, por mil ochocientos dólares al año, Linda Berringer bien podía aguantar algún que otro chaparrón. O quizá porque, a la larga, yo resultaba irritante: me extralimitaba, era descarada y me tomaba confianza porque me sentía excesivamente relajada, incluso contenta, en su presencia. Me olvidaba de quién era yo.

Después de una de aquellas explosiones, yo pasaba varios días sin levantar cabeza. Ir a trabajar y tener que encontrarme con Edward no era el único problema. Sólo levantarme de la cama ya era un suplicio: nada más meter los pies en las zapatillas, se me hacía un nudo en la garganta y paseaba junto a John que estaba vistiéndose, con la cabeza baja para que él no viera que yo tenía los ojos llorosos. No romper a llorar durante el trabajo era un esfuerzo colosal. Un par de días después, en el coche, todo parecía arreglado. Edward sonreía y decía: «Perdone» y se enfrascaba en un informe. Yo miraba por la ventanilla y me sentía inundada de tristeza, lo cual me parecía una estupidez —incluso a mí— porque, al parecer, después de la explosión, Edward no conservaba el menor recuerdo del incidente que todavía me hacía sentirme helada, sola y desconsolada.

Bueno, aquél fue uno de esos incidentes. Pete paró en la puerta trasera de la COI —nunca utilizábamos la principal— y Edward bajó del coche. Me deslicé por el asiento, para seguirle, pero él me cerró la puerta ante mis propias narices. Luego entró corriendo en el edificio bajo la lluvia helada.

Pete estaba erguido en el asiento delantero, en silencio. Era hombre de Edward. Yo nunca supe si nos escuchaba ni lo que pensaba.

—Hasta luego, Pete —dije haciendo un esfuerzo.

—Adiós.

Aspiré profundamente, metí el bloc y el lápiz en el bolso y salí del coche. La lluvia se había convertido en un aguanieve que me azotaba la cara y se me metía por el cuello. Me quedé en la acera, tiritando. Pete arrancó y los neumáticos me salpicaron las medias de un agua sucia y helada.

Yo podía elegir: hacer lo que estaba deseando hacer o lo que debía hacer. No me quedé parada en la acera, sollozando. Dije: «¡Oh, mierda!», y di un puntapié a un charco helado con uno de mis zapatos nuevos de ante. Sí, de acuerdo, quizá tenía lágrimas en los ojos cuando di el puntapié. Pero luego volví al trabajo.

Los japoneses bombardearon Pearl Harbor el domingo, 7 de diciembre de 1941 y, después, en Washington, la gente se preguntaba: ¿Dónde estabas cuando oíste la noticia?

—¿Dónde estaba cuando oyó la noticia? —preguntó a John la última pareja de Edward Leland. Se llamaba Felice Benedict, y alguien, en la fiesta de casa de Edward, había cuchicheado que su padre era «Publicaciones Granville» y su ex marido «Aluminio Benedict», que ahora se había casado con la viuda de «Maderas Pendleton».

—¿Dónde estaba usted? —preguntó John sonriéndole, con lo que sezafaba de tener que mentir y de decir la verdad: que estábamos haciéndolo en el suelo de la sala de estar, con la Filarmónica de Nueva York en la radio como música de fondo, cuando la voz del locutor anunció: «¡Señores oyentes, los japoneses han bombardeado Pearl Harbor! Repito…». Nos quedamos petrificados en una postura impropia de un acontecimiento

histórico. Luego, al separarnos, dije: «Oh, Dios mío, ya está». Y John: «Vale más que me vaya al despacho a leer los cables. ¿Dónde están mis pantalones?».

—Yo estaba en mi casa… en Florida —respondió Feüce. Estaba lo bastante cerca de John como para contemplarlo a placer. Era una mujer que sabía apreciar la calidad; no tenías más que oler su perfume y ver la esmeralda de su mano derecha, que parecía media botella de cerveza—. Tengo una casita en Palm Beach donde paso el invierno. Yo estaba gozando de un apacible domingo… o eso creía yo. —Pero si estaba cerca de John más todavía lo estaba de Edward. Al parecer, Edward era todo lo que ella deseaba. Felice extrajo un cigarrillo de una pitillera de oro y, antes de que pudiera accionar su mechero de oro, cinco manos masculinas con mecheros y cerillas se adelantaron hacia el extremo del cigarrillo. Ella eligió la de Edward —. Escuchaba por la radio el concierto de la Filarmónica…

—¡Lo mismo que yo! —dijo John.

—¿Y no se quedó completamente *helado*?

«Y tanto», pensé.

—Anonadado —reconoció él. Un camarero con chaqueta blanca puso una bandeja redonda junto a él y John tomó un taquito de queso. Era el 12 de diciembre, el viernes siguiente a Pearl Harbor, y habíamos sido invitados a casa de Edward para celebrar nuestra entrada en la guerra.

Suena horrible, incluso obsceno, pero no lo era. Supongo que todos los que estábamos allí sabíamos desde hacía tiempo que un día tendríamos que pelear para detener a Hitler, para contener el mal que esparcía, y ahora, por fin, podíamos pelear. El día antes, Alemania e Italia habían declarado la guerra a los Estados Unidos y el Congreso había respondido con sendas declaraciones de guerra y votado que las tropas americanas podían ser enviadas a cualquier lugar del mundo.

El camarero se volvió hacia mí y yo tomé un taquito de queso. Me intrigaba pensar lo que sería una cena en casa de Edward, ya que no me lo imaginaba asando una pierna de cordero. Aquel día habíamos trabajado a marchas forzadas, y si John no me hubiera comunicado la invitación la víspera, yo no habría notado el menor indicio de que Edward —que me mantenía ocupada a mí y a otras dos secretarias requisadas del Departamento de Justicia— esperara

invitados. Yo confiaba que, de un momento a otro, me dijera: «Llame a mi ama de llaves y recuérdele que lave bien el apio», *algo* que demostrara que sabía que tenía a una pandilla a cenar.

Pero cuando llegamos a su casa, un hermoso edificio antiguo que debía de ser el prototipo de cierta especie de «gran arquitectura americana», situado en Georgetown, el barrio histórico de la ciudad, vi que no hubiera debido preocuparme. Cocineros, camareros y un mayordomo estaban ocupados en crear el ambiente perfecto y, probablemente, lo único que hizo falta fue una llamada telefónica a una agencia especializada en Caprichos de Gente Rica. «Cena para diez a las ocho y media, el viernes», habría dicho Edward, y ellos contestarían: «*Naturalmente*, Mr. Leland. Puede usted confiar en nosotros».

—Y, ahora, los italianos y los nazis —dijo Felice. Pronunciaba «nazis» como Winston Churchill: nazies—. ¡Y todo en una semana! ¿Nos han declarado la guerra porque son amigos de los japoneses, Edward?

—Sí, pero creo que por algo más.

—Oh, para ti siempre hay algo más. —Le envió una sonrisa provocativa y dio una larga chupada al cigarrillo.

Felice Benedict sonaba como todas las mujeres de Edward: voz fosca y perezosa, de buena sociedad. También tenía la misma estampa; un peinado que hubiera permanecido incólume en un huracán, facciones perfectas de estatua y un porte que te hacía pensar que poseía una columna vertebral de acero. Pero era mayor que las otras, debía de estar más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y más llamativa.

No es que Felice masticara chicle ni llevara la falda abierta hasta la cintura, pero tema el busto grande, el talle fino y lucía un vestido de punto verde billar muy ceñido al cuerpo que parecía un semáforo que diera vía libre. Tocaba a Edward tan a menudo como podía, alisando un cabello supuestamente desordenado, hundiendo la mano en el bolsillo del chaleco para mirar su reloj y, por si alguien aún no se había dado cuenta de la situación, hacía media hora que había exclamado: «¡Hace fresco!». Y agregó: «Voy a buscar el chal. Está arriba, con mis cosas». Arriba, naturalmente, había varias habitaciones para los invitados, y el dormitorio de Edward.

Bien, en realidad, nadie imaginaba que Felice hubiera ido a

Washington para hospedarse en un hotel y visitar la National Gallery, pero Mrs. Nosecuántos Weekes, cuyo marido, Norman Weekes, a pesar de un título ridículamente desorientador era uno de los principales coordinadores de agentes de la COI, había fruncido sus finos labios en un gesto de desaprobación al ver la espalda verde brillante de Felice desaparecer en lo alto de la escalera.

Reconozco que en aquel momento incluso yo sentí que me ardía lacara, porque Felice desafiaba a la sociedad encendiendo potentes luces en torno a su vida privada. En el lugar del que yo venía la gente no hacía eso. (Ni en el lugar del que venía ella tampoco). Todas las otras mujeres que John y yo habíamos visto con Edward eran tan distinguidas y elegantes que parecían bonitas caras puestas sobre vestidos de París, sin cuerpos humanos dentro. Pero, a pesar de su acento aristocrático, a pesar de la esmeralda, a pesar de hilos de perlas y a pesar de su casa en Palm Beach, que probablemente tenía cincuenta y seis habitaciones y estaba al borde mismo del océano, Felice era algo más que una percha bien trajeada; ella iba pregonando que era muy mujer, y que con Edward hacía cosas de mujeres y hombres.

John me había dicho que Edward tenía mucho éxito con las damas. Yo dije:

—¡Bromeas!

—No —repuso John—, siempre tiene a alguien. —Hablaba cautelosa, analíticamente, como si, en lugar de hablar de la vida sexual de Edward Leland, estuviera tratando de algún fascinante concepto legal—. Verás, cuando murió… hum… la esposa de Ed (El «hum» se debía a que iba a decir «la madre de Nan») él ya tenía una posición muy relevante, tanto social como profesionalmente. Por lo tanto, era un hombre muy apetecible. Y, aparte sus evidentes cualidades, sabe tratar a las mujeres. —Yo debí de hacer un gesto de extrañeza, porque John agregó—: A las mujeres sofisticadas. Es decir, que desde siempre Ed está muy solicitado, siempre tiene más mujeres de las que necesita. Todas ricas, todas inteligentes, todas agradables, bonitas y elegantes. Pero, al ser tan abundante la oferta, su demanda parece disminuir, ¿comprendes? Siempre dispone de la pareja ideal para cada momento. No desea a nadie de forma permanente.

—Pero, ¿y el amor? —pregunté—. Debió de quedarse muy solo

cuando murió su esposa. Y entonces era joven. ¿No necesitaba a nadie?

—Él tenía las leyes —dijo John.

—Tú también tienes las leyes, y para ti nunca fueron obstáculo.

—Ed tenía responsabilidades con Nan —respondió dando un suspiro.

—Vamos ya, no me vengas con que no tenía tiempo para casarse porque tenía que hacer pastel de chocolate y atar los cordones de los zapatos de Nan.

—Los grandes hombres —sentenció John—, no se ocupan de cosas domésticas convencionales.

Pero ahora yo tenía la impresión de que Felice estaba buscando algo doméstico y convencional y le deseaba éxito. Era más simpática que las demás. Por ejemplo, me dirigía la palabra.

—Dígame, Linda, ¿usted también escuchaba la Filarmónica?

—Bueno, estaba en la misma habitación, pero no soy tan aficionada a la música como John. Probablemente estaría leyendo el periódico o algo así.

—Su jefe favorito —oprimió la mano de Edward— estaba en Nueva York, ¿sabe? —asentí—, escuchando un partido de fútbol entre los «Giants» —si no me equivoco y un equipo de Brooklyn. ¿Se imagina? Pero la noticia no fue una sorpresa porque hacía más de una hora que había recibido una llamada telefónica de Donovan y de Roosevelt. —Edward seguía con su mano en la de ella, divertido y, según me pareció, hechizado por la forma en que Felice se pavoneaba soltando nombres importantes—. Inmediatamente, empezó a llamar por teléfono pero, sabe Dios por qué, siguió escuchando el partido por la radio. Probablemente, le gustan esos gruñidos de angustia tan masculinos. Qué brutalidad, pero son cosas de hombres, ¿verdad?

—O quizá sólo quisiera oír las noticias por la radio —apuntó Edward.

Felice le dedicó una sonrisa que parecía decir: «Tienes respuesta para todo». Luego me tomó del brazo y dijo a Edward:

—Vamos a hablar de cosas de mujeres —y me llevó al sofá. Se sentó a mi lado y aspiró profundamente, como disponiéndose a pronunciar un discurso preparado. Lo soltó rápidamente—: Linda, mona, Edward la respeta a usted mucho, me consta que es usted su

mano derecha. —Yo comprendí que quería algo y que no era concederme el premio de la Secretaria del Año en Washington. Me sentía un poco incómoda, pero para ella debía ser peor; frotaba la pitillera entre las palmas de las manos, como si quisiera calentárselas—. No me gusta inmiscuirme en…, en fin, Linda, usted ya sabe, en las relaciones entre una secretaria particular y su jefe. —Estaba nerviosa, tragaba saliva con frecuencia, jugueteaba con la pitillera, cruzaba y descruzaba las piernas hasta el extremo de que llegué a pensar si no la habría catalogado mal. Quizá lo que buscaba eran secretos oficiales. Pero me bastó ver cómo mordisqueaba sus labios rojo cereza para comprender que Felice no trabajaba para Alemania, ni para Italia, ni para el Japón. Sus largas uñas, del mismo color exactamente que el de los labios, golpeaban nerviosamente la pitillera—. Ya conoce el dicho —murmuró—, un hombre no tiene secretos para su ayuda de cámara. Pero, en los tiempos modernos, debería decir que no tiene secretos para su secretaria. —Miró mi anillo—. Claro que usted no es una simple secretaria.

—Felice —interrumpí—, realmente yo no…

—No pienso preguntar por las otras. Si es que hay otras. —Su voz tenía un vago interrogante al final, pero yo fingí no oírlo—. Me gustaría saber si él alguna vez…, en fin…, si alguna vez le ha hablado de mí.

Yo no hubiera debido levantar la mirada en aquel instante, porque mi sexto sentido me golpeaba en las costillas para prevenirme de que Edward estaba observándome. Pero, naturalmente, la levanté, y allí estaba él, enfrascado en seria conversación con Norman Weekes, tomando otra copa de la bandeja y, de paso, contemplándonos a Felice y a mí.

—Yo no pido *detalles* —dijo Felice suavemente—. No sería correcto.

Edward nos lanzaba una de sus miradas impenetrables, pero yo le conocía lo suficiente como para poder leerla. No le hacía ninguna gracia aquella «charla de mujeres» entre Felice y yo. Si no me equivocaba, aquella mirada decía: «La boca, cerrada». Pero, ¿qué podía yo decir? Que la frase más personal que me había dedicado Edward era, algún que otro lunes, al subir al coche: «¿Ha tenido un buen fin de semana?».

—Felice, yo sólo le conozco profesionalmente. En calidad de secretaria, y de esposa de John.

—Pero algo habrá dicho…

Yo lancé a Edward una mirada de inteligencia, pero ella estaba muy enfrascada en nuestra conversación para reparar en la señal.

—Se lo pregunto porque…, porque siento un gran afecto por él. —Puso una mano de uñas exquisitamente arregladas en la mía; había marcadas venas de un azul pálido junto al verde intenso de la esmeralda.

—Estoy segura de que la aprecia —dije. Quería decirle algo grato porque, bueno, porque ella así quería oírlo.

—¿Él le ha dicho algo? —Estaba gozosa.

—No —su cara se nubló—, pero ya le conoce. Él… es reservado. —Sonrió y movió la cabeza—. Pero no la hubiera invitado, con toda esta… fiebre de guerra, si no deseara su compañía. Lo que quiero decir es que son unos momentos de mucha tensión. Debe de reconfortarle…

Yo casi no podía oírla.

—Me temo que me presenté algo así como un *fait accompli*, querida. Verá, aparecí en su puerta el martes por la tarde. Pensé, bueno, que con toda esta conmoción, sería divertido estar en el meollo. Esperaba que no se sintiera… molesto. Y no me lo pareció.

En aquel momento, levanté la cabeza y allí estaba Edward delante de nosotras. Molesto. Tenía las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y sus negras cejas estaban juntas, ocultando sus ojos; aunque no podía verlos, comprendí que no brillaban de alegría. Pero, al extender el brazo para ayudar a Felice a levantarse del sofá, se suavizó su expresión. Se le despejó el entrecejo. Su mirada era cálida, ahora. Y yo hubiera apostado a que la sonrisa que le dedicó borró de la mente de Felice el recuerdo de su mal humor. Si, durante un momento, pensó que estaba enojado, aquella mano extendida y aquella expresión afable le harían pensar: «¡Oh, no, *si me adora*!».

Edward llevó a Felice hacia un antiguo juez de Albany que se había sumado al personal de la Casa Blanca, un viejo compañero de partido de Roosevelt con el que Edward había hecho muy buenas migas cuando una de sus solicitudes de asignación de presupuesto fue rechazada. El juez tenía la misión de hacer soltar dinero al

Gobierno y, aunque se le suponía una gran perspicacia, era evidente que no se le había ocurrido pensar que trataban de utilizarlo: Edward Leland era un verdadero amigo.

Tanto el juez como su mujer estaban encantados de encontrarse en casa de Edward. Era mucho más real que la Casa Blanca. Una invitación a casa de Edward Leland no era cortesía política; era como si te dijeran: Ya has llegado. Cada vez que la esposa pasaba junto a una butaca o un sofá, daba una palmada a la tapicería. Cuando el camarero se acercó para preguntarle qué quería beber, ella dio un codazo a su marido, como diciendo: «Edward, estamos *aquí*».

Yo iba a levantarme para reunirme con John, del que se había apoderado la bruja de Mrs. Weekes, cuando Norman Weekes se sentó a mi lado. Excesivamente cerca, naturalmente.

—Linda —dijo. Yo esperaba, pero eso fue todo. Había pronunciado mi nombre como si fuera una clave de gran significado.

—¿Cómo está?

—Ahora, estupendamente —contestó. Su muslo no me rozaba, pero casi.

De pronto, caí en la cuenta de que la causa que hizo a Edward cruzar la habitación con aquella expresión feroz fue su conversación con Norman Weekes. Mientras me apartaba del muslo de Norman hacia el brazo del sofá, comprendí que no era la charla de mujeres lo que había hecho que Edward juntara las cejas con expresión colérica. A lo sumo, se sentiría irritado porque la señora que se presentó sin avisar (pero a la que instaló en el piso de arriba) tratara de sonsacar a su secretaria. Sí, y también un poco molesto conmigo, porque, incluso desde el otro extremo de la sala, habría notado que yo le daba esperanzas y quizás él no deseaba que ella se sintiera justificada para «presentarse» de improviso.

Es decir, que la causa no era la rica, amable y alegre divorciada, sino Norman Weekes, un banquero que, durante los años veinte y treinta, se había movido por Alemania con la misma facilidad con que se movía por los círculos selectos de Boston, donde había nacido y se había criado. Norman, su estimado colega en la COI, tenía la facultad de *enfurecerle*. Y a mí no es que me encantara, precisamente.

—Está absolutamente deliciosa esta noche —me dijo—. Casi dan ganas de comérsela. —John me había dicho que Norman estaba emparentado con las mejores familias de Boston, como los Cabot y los Lowell. Yo me preguntaba si habría heredado de ellos los dientes amarillos que tenía y la tendencia a sacar saliva por las comisuras de los labios. Se acercó un poco más y preguntó—: ¿Puedo darle un bocado? —El aliento le olía a rancio pan de cebolla—: Un bocadito.

Yo me reí, tomándolo a broma, como si él no fuera un repugnante viejo verde, sino un simpático galán con el que bromear antes de la cena. Pero él no se reía, ni por asomo. Se retiró medio centímetro, por lo que supuse que mi risa había conseguido enfriarle un poco el ánimo. Bien.

Norman Weekes tenía sesenta y tantos años, pelo blanco, muy fino, salvo por unos moñitos como algodón de desmaquillar, sobre las orejas. No obstante, aún parecía considerarse irresistible y las tres o cuatro veces que nos habíamos visto siempre había acudido a mi lado como una flecha, suponiendo sin duda que, puesto que ya estaba casada con un hombre espléndidamente atractivo, en mi vida podía haber espacio para otro. Además, era perro viejo en Washington y procuraba sacar todo lo que pudiera de un colega, y la secretaria de un colega era una fuente de información de primera categoría. El que no consiguiera absolutamente nada en ninguno de los dos aspectos no le desanimaba.

—¿Cómo están las cosas en su departamento? —pregunté. Él me miraba las piernas. En mi afán por apartarme de él, la falda del vestido se me había subido por encima de las rodillas; me habría gustado bajármela, pero no quería darle la satisfacción de ver que le concedía tanta importancia—. Debe de haber sido una semana muy movida.

—Atroz —dijo—. Ojalá tuviera a una muchacha como usted para ayudarme. Edward es hombre afortunado. —Yo sonreí. Al otro lado de la habitación, Edward estaba camelando al juez. Rodeaba con el brazo la cintura de Felice. De pronto, se volvió y vio a Norman Weekes babeando sobre mis piernas—. Claro que su marido es más afortunado todavía, si sabe a lo que me refiero. Diga, ¿John está contento de trabajar para Ed?

—Sí, muy contento.

—Por lo visto, toda esa cosa incestuosa no le resulta violenta.

Vamos, ángel mío, no me mire con toda esa inocencia en sus ojazos castaños. Incesto. Su John estuvo casado con la chica de Ed… ¿cómo se llama?

—Nan.

—Y ahora usted trabaja noche y día para el ex suegro de su marido. Diga, ¿no le parece demasiado? ¿No le gustaría tener a su marido para usted sola…, desligado de viejos lazos familiares? ¿Eh, Linda?

Yo no sabía por qué Edward detestaba tanto a Norman Weekes; cada vez que lo llamaba por teléfono, o que se pronunciaba su nombre, o ahora mismo, al ver desde el otro lado de la habitación cómo Norman me hablaba al oído, se ponía furioso.

Pero yo sabía perfectamente por qué yo aborrecía a Norman Weekes. Era una serpiente. No un bicho tonto y viscoso que muerde, sino un bicho listo. Su genio consistía en descubrir las debilidades de las personas y servirse de ellas. Yo había oído decir que reclutaba a los agentes con halagos, con llamamientos al patriotismo, con el soborno y, cuando todo lo demás fallaba, con el chantaje. Pero todo lo demás casi nunca fallaba porque Norman era una serpiente muy hábil.

—Linda, Linda —dijo—, usted se merece un marido al ciento por ciento.

—Ya lo tengo; muchas gracias.

—El contraespionaje es algo terriblemente aburrido. ¿John no está aburrido de trabajar para Ed?

—Usted ya sabe que John no puede hablar de su trabajo ni conmigo ni con nadie.

—Claro que no. Pero, realmente, tesoro, debería usted inducirle a romper sus lazos con papá Edward. Tendría mucha mayor independencia, y no digamos satisfacción personal, si trabajara para mí. Yo necesito a alguien como él, y créame, querida Linda, conmigo…, ¿cómo le diría? John podría ser el hombre que, al lado de Edward Leland, nunca podrá ser.

—Mr. Weekes, no veo la necesidad de…

—Además —prosiguió Norman—, *a usted* le conviene alejar a su marido de la, ¡hum!, casa de Leland, por así decir. Amiga mía, corre el rumor de que la linda esposa de mi viejo amigo Quentin está un tanto descontenta. Sí, ¿no es sorprendente? Se dice que ahora

mismo la joven Nan se encuentra en una tranquila isla del Caribe «meditando sobre su situación» como se suele decir. —Norman me tomó una mano; tenía una piel terriblemente seca, como algo que lleva muerto mucho tiempo. Hablaba tan bajo que su voz apenas era más que un siseo—. Se dice que la querida niña tal vez no tarde en hacer una visita al sabio *pére* Edward, en busca de consejo. Quién sabe, quizá se quede algún tiempo en Washington, con lo emocionantes que se han puesto las cosas aquí. —Me oprimió la mano con fuerza—. Sé que me escucha, encanto, aunque no le guste lo que estoy diciendo. Pero usted procure convencer a John. Yo le prometo que si a nuestra amada capital llega alguna visita joven y dulce, yo me encargaré de que John tenga que hacer un viaje urgente. Y que permanezca fuera el tiempo que haga falta. —Me volvió la palma de la mano hacia arriba y la arañó con la uña del índice—. Y cuando el gato no está —dijo en su distinguido acento de Boston—, los ratones pueden divertirse.

Piénselo, querida Linda. Usted me parece una joven a la que le gusta… la diversión.

¿Qué tenía que hacer yo? Decir a John: «¿Te cuento un fantástico rumor acerca de Nan Leland Berringer Dahlmaier?». Eso era lo último que yo deseaba que supiera.

Mi marido no había dejado de querer a su primera esposa. En las noches buenas, en las que John no se volvía de espaldas y se dormía en el mismo borde del colchón, las noches en las que se quedaba en mitad de la cama, rodeándome con el brazo, o con la mano en mi hombro o, una vez, en mi mejilla, como en una caricia de toda la noche, yo pensaba: «Está bien, qué se le va a hacer, Nan será siempre su mujer ideal. Gran cosa. Pero John no la quiere a ella como persona; lo que quiere es la idea que tiene de ella. Cuando habla de ella se refiere a su espíritu, a su pasión por la música y el arte; a su disgusto por haber tenido que tolerar el rito de la puesta de largo (como si Edward le hubiera acercado un puñal a la garganta diciendo: “O das un té-baile o mueres”. E imagina que es hermosa porque casi lo es, con sus facciones pálidas y perfectas y su cuerpo delicado y frágil)». En las noches buenas yo pensaba que, desde luego, quizá todos mis días eran como una víspera de Año

Nuevo, pero con Nan él en realidad nunca se había divertido Nunca hablaba de largos paseos ni de *pícnics*, ni de agarrarla nada más abrir la puerta y hacerlo de pie.

En cuanto a Nan, imagino que el mayor atractivo que ella veía en John (además de la cultura que él pudiera tener que hacía aullar de alegría a su intelecto) era exactamente lo mismo que me gustaba a mí: su físico; su seriedad reservada qué te hacía rabiar por adivinar lo que estaba pensando, porque nunca sabías exactamente a qué atenerte con él; su fuerte atractivo para todas las mujeres, que te inducía a pensar que al elegirte a ti había demostrado al mundo —y a ti— lo especial que eras; y, por último, su auténtico don: su calidad de amante. Pero en este aspecto, a pesar de que él nunca quería hablar sobre ello (Linda, ése no es tema de discusión), yo sabía que Nan nunca le inflamaba. Él la adoraba, y tiene que haberle dado una gran sensación de confianza en sí mismo saber que tenía tanto atractivo para ella, pero… Sí, de acuerdo, es posible que yo estuviera dejándome llevar de mi intuición, pero yo tenía intuición y *sabía* que Nan no era lo bastante mujer para él. Y que yo sí lo era.

Y en las noches malas yo sabía que Nan era todo lo que John amaba en el mundo. Amaba a su niñera; amaba la casa de su padre en Washington Square, donde ella se había criado; a su madre, la rica prima de Theodore Roosevelt, muerta prematuramente; sus clases de baile, sus clases de arpa, su internado, sus veranos en Europa, sus vacaciones de invierno esquiando en Vermont; y su yegua, *Daisy*, que murió en un establo de Central Park cuando las dos, Nan y la yegua, tenían quince años. A John le gustaba cómo a Nan se le llenaban los ojos de lágrimas al hablar de *Daisy*. Y amaba —adoraba— al padre.

Haber sido aceptado por aquella familia era el éxito con el que John había soñado siempre. Se le había permitido ser uno de ellos; era una lástima que la esposa tomara el apellido del marido, porque él no hubiera querido más que ser John Leland. Pero luego Nan lo dejó. Debió de sentirse como el ángel que es expulsado del cielo, condenado a vivir en el mundo de los simples mortales después de conocer el paraíso.

De manera que yo no hablaría de Nan a John. Y tampoco a ninguna de mis cuarenta y siete vecinas, naturales de Alabama, a

las que casi nunca veía, con mi disparatado horario de trabajo y que, de todos modos, no sabían que mi marido había estado casado con otra y que, además, se limitarían a decir «¡Pero qué te parece!» y luego correrían a dar el notición a las otras cuarenta y seis. Y no podía decírselo a mi madre porque, aunque le escribía todos los días, dudaba mucho que leyera o escuchara siquiera a Cookie leerle mis cartas. La llamaba por teléfono una vez a la semana, pero su voz era tan débil, tan fina, que aunque hubiera tenido fuerzas para concentrarse en lo que le decía, yo no tenía valor para decirle: «Mamá, quizá tenías razón en lo de John».

Y no podía decir a Edward: Escucha, Ed, ¿sabes ya lo de la ex esposa de mi marido? La dulce petunia puede haber vuelto a las andadas. ¿Tienes uno de esos famosos consejos de Edward Leland? ¿Alguna idea de si esta florecilla intelectual va a venir a hacer una visita a su papaíto y, de paso, arruinarme la vida? ¿Eh, Ed?

—Linda —me dijo Edward. Era el lunes por la mañana siguiente a su cena y Pete nos llevaba a noventa por hora por una carretera vecinal estrecha, sinuosa y helada, de algún lugar de la región caballar de Virginia—, necesito respirar un poco de aire puro. Yo iba a bajar el cristal cuando él agregó:

—Pete, para un minuto. —El «Packard» derrapó y se detuvo. Edward abrió la puerta y me dijo—: Venga.

Yo le seguí y anduvimos unos minutos en silencio. Tomó por una senda hacia la derecha. Al cabo de varios minutos más, se detuvo y se apoyó en una cerca blanca. Yo me abroché el abrigo y saqué los guantes del bolsillo. No tenía idea de cuánto rato tendría que respirar aire puro.

Dios sabe que Edward necesitaba ese aire. Desde lo de Pearl Harbor, su trabajo era infernal. Antes del 7 de diciembre, era jefe de contraespionaje para toda Europa, y su misión consistía en comprobar que los agentes que nos daban información fueran realmente nuestros, y que sus informes fueran fidedignos, que nadie, en ningún sitio, en el servicio de espionaje alemán, había averiguado que tal diplomático, o tal prostituta, o tal chófer era espía y le daba información falsa.

Pero ahora Donovan y el Presidente querían más. Edward seguiría supervisando Europa, pero además tendría que hacerse cargo de los Estados Unidos. Ésta era la misión del FBI, desde luego,

pero entre los tres habían convenido en que un poco más de comprobación no vendría mal.

Mientras, Norman Weekes y otros diez como él contrataban más agentes —abogados, escritores, profesores—, agentes independientes que vivían en América y se presentaban para ofrecernos fantásticos secretos, agentes para trabajo de oficina, como John, y agentes, espías, para ser introducidos en todas las fisuras que pudiéramos encontrar en territorio enemigo. Edward tendría que asegurarse que eran lo que decían ser: buenos americanos o abnegados y acérrimos antifascistas.

Yo me soplé las manos y le miré. Tenía profundas ojeras. Al afeitarse se había cortado en tres o cuatro sitios del lado malo, donde no tenía sensibilidad. Nunca le había visto con aquel aspecto de cansancio.

—Hábleme del viernes por la noche —dijo con tanta brusquedad que di un salto.

—¡Oh! Fue… —traté de hallar la palabra adecuada, como soberbio, o espléndido, pero parecían ridículas y dije—: Fue una gran fiesta. Su casa es preciosa. Felice es muy agradable. —Me costaba trabajo creer que estuviéramos charlando al lado de unos pastizales, en el mes de diciembre, y que yo le dijera lo buen anfitrión que había sido. Pero si eso era lo que quería…

—Y la cena…

—¡Bueno, basta! —me cortó—. ¿Se ha creído que quiero que me regalen los oídos?

—¿Cómo voy a saber lo que quiere? Probé con los cumplidos. —Me subí el cuello del abrigo.

—¿Tiene frío?

—Estoy bien.

—Cuénteme lo que le dijo Norman Weekes.

—¡Ay, Dios! —dije—. Por favor.

—No me refiero a sus… insinuaciones. Es evidente que la encuentra…, etcétera.

—¡Me dan ganas de vomitar! —dije de pronto. Edward examinó atentamente la madera pintada de la cerca—. Perdone. Se me escapó.

—Es comprensible —murmuró él—. También a mí me dan ganas de vomitar. —Le miré fijamente—. Norman Weekes es una criatura

inmunda. Ahora que eso ha quedado claro, continúe.

Y se lo dije. De lo afortunado que él era por tenerme de secretaria.

Naturalmente, Edward no dijo: «Bueno, por lo menos en una cosa tiene razón». Se limitó a esperar a que continuara.

—Mire —dije—, no me gusta hablar de estas cosas.

—Lo siento, Linda, pero tengo que saber lo que le dijo. —Esperó. Era un hombre que sabía esperar, esperaba hasta que te sentías tan incómoda con el silencio que hubieras dicho cualquier cosa con tal de romperlo.

—Quiere que John trabaje para él.

—¡Maldita sea! Está bien. ¿Qué dijo concretamente sobre lo de que John me dejara para ir a trabajar para él? No me haga perder tiempo, Linda. Me doy cuenta cuando usted…, cuando alguien me oculta algo. —Yo miré el campo—. Como sabe, tengo un día muy atareado, no me lo ponga difícil.

—Es usted injusto —dije bruscamente. Pero no me disculpé—. Le he dicho lo importante.

—Todo es importante.

—Hay cosas que son personales.

—Quiero oírlas.

—¿Por qué?

—Porque lo que más desea Norman Weekes es destruirme. —Me miró—. Tiene cara de frío. Vamos a caminar. —Eligió la dirección, y continuamos por la misma senda—. Bueno, supongo que querrá una explicación.

—Sólo si usted quiere dármela. —Aspiré profundamente el aire frío—. ¿Es que no sabe que yo creería su palabra en todo?

—Se lo agradezco. —Andaba de prisa. Yo tenía casi que correr para mantenerme a su altura. Por fin habló—: Durante muchos años, Norman ha hecho negocios con un banquero de Munich. Un conservador, católico y, según Norman, un hombre que desprecia a los nazis. No obstante, este hombre ha estado muy próximo al Gobierno, a través de sus contactos en «Krupp», «United Steel», «I. G. Farben». A finales del 39 se encontró con Norman en Suiza con una cartera llena de documentos, páginas y páginas de estadísticas de la producción industrial. Le juró que él era un buen alemán y buen católico y, precisamente por ello, se sentía obligado a

oponerse al régimen de Hitler y le dijo: «Sé que tiene amigos en Washington. Asegúrese de que esto va a parar a buenas manos».

Me detuve para quitarme el zapato y sacudir unas piedrecitas.

—Esas estadísticas, ¿eran importantes?

—Si eran exactas, daban una imagen inapreciable de la industria alemana, y, de ahí, podíamos deducir su potencial militar. Durante el 39 y el 40 aceptamos esas cifras… y las pasamos a los ingleses. Y Bill Donovan llamó a Norman a Washington y le pidió que ampliara esas actividades.

—Pero él quiere *destruirle*. Por lo tanto, usted debe de haber descubierto que sus estadísticas…

—Yo cumplí con mi obligación. Hasta este momento, no sé qué me impulsó. Una intuición. Y con los años he aprendido a fiarme de mis intuiciones. Hice que John y un economista compararan la información del banquero con datos que habíamos recibido de diferentes fuentes. Linda, ninguno cuadraba. Las cifras habían sido muy reducidas. Los alemanes eran mucho más fuertes de lo que se nos había hecho creer.

—¿Y usted habló con Norman?

—No inmediatamente. Hice unas cuantas averiguaciones acerca del hombre de Munich. No fue muy difícil; la clase de investigación que hubiera debido hacer cualquiera en el lugar de Norman.

—Y que él no hizo.

—No, él estaba completamente seguro de su amigo, de aquel banquero honorable, distinguido y de alcurnia. Cuando por fin le llevé mis datos, me dijo: «¡Ed, por favor…! ¡Su mujer es una Von Schleicher, por el amor de Dios!». —Se interrumpió y me miró—. ¿Qué tal mi acento en «Von Schleicher»?

—Terrible —le dije—. Como de costumbre. —Hice una pausa—. ¿Qué ocurrió al fin?

—Al fin, Norman fue víctima de su propia arrogancia. Fue a ver a Donovan y le planteó su ultimátum: «O se va Ed Leland o me voy yo». Bien, al día siguiente, nos reunimos los tres para tomar una copa. Bill estaba jovial, tratando de limar asperezas. Norman decía que su honor estaba en entredicho y que su fuente de información era católica. Al decirlo, miraba fijamente a Bill.

—Muy sutil.

—Sí. Y entonces yo entregué a Bill mis pruebas y le dije: «Olvida

las estadísticas. Mira las imágenes».

—Sí. Fotos del amigo de Norman, con sus amigos: altos dignatarios nazis, incluso Göering.

Yo me puse las manos en los sobacos para calentarlas, pero no era sólo la temperatura ambiente.

—¿De dónde sacó las fotografías, Ed?

—Linda, todo el mundo dice lo inteligente que es mi secretaria. Dígamelo usted: ¿de dónde saqué las fotografías?

—Envió a alguien al despacho o a casa del hombre.

—Muy bien. A su casa.

—Y robaron…

—Digamos que sustrajeron.

—¿Cómo reaccionó Donovan? —pregunté.

—Con tolerancia. Con el gesto de: Todos tenemos nuestros días malos.

—Pero Weekes debió de quedar en mal lugar.

—Bastante malo. Bill se había fiado de Norman, de su criterio, y se había equivocado estrepitosamente, Y nosotros no podemos permitirnos esos errores. Usted ya ha visto cómo hemos tenido que operar. Hasta hace una semana, cuando declaramos la guerra, nuestros medios eran los más rudimentarios. No disponíamos de una gran red de agentes, ni de comités para valorar la información. Lo único que teníamos eran unos cuantos hombres. Norman Weekes era uno de ellos. Y lo es. Pero ya no tiene, digamos, la fuerza que poseía.

—Tiene razón —dije—. Él quiere destruirle.

—Sí. Pero mire el lado bueno. Si lo consigue, usted tendrá tiempo para leer, o para ir a la modista y todo lo que no puede hacer por tener que trabajar para mí.

Yo no sonreí.

—Lo más inquietante de Norman Weekes es que es un hombre listo, pero no inteligente. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí. Yo le diré lo que es. Él ve el detalle con…, con una claridad asombrosa. Pero no tiene visión de conjunto, ni siquiera sabe que haya un conjunto. —Hizo una pausa—. Bueno Linda, ¿me explica lo que dijo de John?

—Se lo diré porque tiene que saber lo que hace ese hombre, la clase de cuchillo que va a clavarle en la espalda.

—Gracias.

—Pero no me gusta hacer eso, quiero que lo sepa.

—Lo comprendo.

—Dijo que el contraespionaje era aburrido y que John estaría mejor con él. No sólo por lo del aburrimiento. Porque…, dijo…, John no puede rendir al máximo mientras… trabaje para usted.

La voz de Edward sonó más fría que el aire glacial que nos envolvía.

—Con lo cual pretende dar a entender que, de algún modo, yo…, ¿qué?

—Resta independencia a John. Le respeta a usted demasiado para actuar por sí mismo.

—¿Y…?

—Y la cuestión familiar. Que quizá sea, en fin…, usted ya sabe…, violento para mí porque John estuvo casado con su hija.

—¿Y qué más?

—Eso es todo.

—No. Hay más. Usted y él estuvieron hablando mucho rato.

Pero yo decidí dejarlo allí. No le iba a decir: «Dice Norman que va a venir alguien además de Papá Noel».

—Eso es todo.

Dio media vuelta bruscamente y por la misma senda volvimos rápidamente a la carretera y al coche. No teníamos nada más que decir. Pero cuando llegamos al coche Edward se detuvo detrás con el pie en el parachoques.

—¿Sabe? Yo antes por las noches cerraba los ojos y me quedaba dormido antes de dos minutos. Ahora…, a veces tardo horas. No es sólo el asunto de Norman. Toda la maldita COI se está llenando de hombres como él, hombres que todavía juegan a indios y *cowboys*. Norman dice: «Me fío de mi hermano de sangre…», y ya ve lo que pasa.

»En agosto último teníamos a un chico recién salido de la Universidad en Maine, hijo de padres franceses. Lo envió a la Francia ocupada, a un barrio de las afueras de París, donde un oficial alemán tenía una amante. Le dice al chico —un muchacho bien parecido— que seduzca a la amante y saque del alemán todo lo que pueda. Fue un plan estúpido, inventado por Norman pero aprobado por dos de nuestros altos cargos. Bueno, al chico lo

cogieron el primer día. Lo cogieron y lo mataron. Y Norman dice: “Por lo menos, lo intentamos. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos”.

—Lo siento —dije. Me hubiera gustado cogerle la mano.

—Me encuentro con hombres como yo, hombres que deberían saber lo que hacen, y se dedican a trazar planes atolondrados. Juegan. A mí me gusta jugar. Soy bueno jugando. Golf, *bridge*, ajedrez… Pero en sus juegos ellos utilizan a las personas como peones. Cuando me siento a una mesa de conferencias oigo cosas que me ponen enfermo y cuando protesto me dicen: «Ed, viejo, ya no tienes agallas». —Me miró y de pronto me apuntó al corazón con el índice—: ¡Bang! ¡Muerta! *Cowboys* e indios. Así es como esos abogados, banqueros y empresarios van a ganar la guerra. Con una buena estrategia. Juegos. ¡Bang! Pero cuando los alemanes y los japoneses hacen bang…

—Te mueres de verdad —murmuré. Él asintió—. Pero los otros hombres de la COI…, algunos serán como usted, ¿no?

—Algunos. —Miró al vacío y me señaló la puerta del coche. Antes de abrirla, me dijo—: No sé si llegaremos a hacer la tortilla, pero tendremos que romper docenas, cientos de docenas de huevos antes de que termine esta guerra, Linda. Esto va a ser un buen fregado.

17

John tenía despacho nuevo, pero era de esperar. Ahora dirigía las actividades de contraespionaje en Alemania y Francia (la parte de las operaciones que podían dirigirse desde detrás de un escritorio en Washington). Técnicamente, desde luego, el mundo entero dependía todavía de Edward Leland, pero Edward pasaba mucho tiempo volando de un lado para otro, no sólo en busca de enemigos ocultos, sino también para tratar de calmar a un J. Edgar Hoover prácticamente histérico y a su capillita de políticos incondicionales que estaban convencidos de que cada vez que un miembro de la COI respiraba en los Estados Unidos le estaba robando el oxígeno y la vida al FBI.

La bandera americana situada detrás de la mesa de John, con su gruesa asta rematada por un águila de oro, la vista panorámica de la cúpula del Capitolio que se dominaba desde su ventana y su secretaria ejecutiva que, además de alemán, hablaba francés correctamente, demostraba lo mucho que John había prosperado. Sí, de acuerdo, el despacho era apenas más grande que una caja de naranjas, pero tenía alfombra. Y, si bien su secretaria era una mujer rara, un poco jorobada, con áspero pelo castaño hasta los hombros y aspecto de oso *grizzly*, era alumna aventajada del colegio universitario de Barnard.

—Edith —le dijo John—, le presento a mi esposa… —Se detuvo durante una fracción de segundo. Normalmente, yo hubiera tenido que ser presentada a una secretaria como «Mrs. Berringer». Pero, puesto que Edward estaría tres semanas de viaje, celebrando reuniones misteriosas en lugares secretos, me habían asignado a John—, Linda Berringer —dijo John, dejando a Edith la elección de cómo llamarme.

—Mucho gusto en conocerla, Mrs. Berringer.

En realidad, dijo «Frau Berringer». John debía pasar la mañana entrevistando a refugiados alemanes y estábamos practicando el idioma.

Los refugiados eran piezas en el rompecabezas que la unidad de Edward estaba tratando de resolver. Cuanta más información tuviéramos —desde cambios en los horarios de trenes hasta el alcance de la escasez de harina en el este de Alemania—, más precisa sería la idea que podíamos hacernos sobre la marcha que llevaba la guerra y, lo que no era menos importante, mejor podíamos comprobar si nuestras fuentes nos daban informes exactos.

—Celebro conocerla, Edith. Y, por favor, llámeme Linda. —Sus ojos pequeños, muy separados, parpadearon ligeramente al oír mi acento. Ella hablaba el mismo *hoch Deutsch* educado que John.

—Edith —dijo John—, ¿hará el favor de bajar esos informes a Herr Doktor Schwerin? Pregúntele también si quiere tomar café. Edith asintió, giró sobre sí misma y salió al antedespacho donde esperaban las visitas de John. En realidad, no se puede decir que Edith fuera andando. Sus piernas eran gruesas, cortas y separadas, por lo que su andar se parecía más a la zancada del mono. Si, en lugar de responder: «Sí, señor», hubiera soltado un gruñido rascándose el cuero cabelludo bajo su espesa melena, no hubiera sorprendido.

—Pobre muchacha —dije cuando acabó de cerrar la puerta—. Me pregunto si habrá tenido novio. Quiero decir, ¿te parece que puede haber algún individuo que pueda apreciar algo más de su fealdad? —John se encogió de hombros. Evidentemente, la vida amorosa de Edith no figuraba en su agenda—. ¿Es simpática?

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Está locamente enamorada de ti, John?

Él se permitió una sonrisa fugaz.

—Probablemente. —Había detrás de su escritorio una especie de acorazado que ocupaba las tres cuartas partes del despacho. Dejé la silla de respaldo alto y me senté en el borde de la mesa. Me hizo una señal para que me acercara y me sentó en sus rodillas. Apoyé la cabeza en su hombro. Me frotó la nuca, luego deslizó la mano al interior de la blusa y me acarició—. ¿Edward te deja estar presente

en todas sus entrevistas con Schwerin? —me preguntó.

—Sí; me necesita. Schwerin no habla ni papa de inglés. ¿Qué iban a hacer si no? ¿Hablarse por señas? ¿Te imaginas a Edward describiendo con mímica «divisiones acorazadas»?

—¡Qué bien te huele el pelo! ¿Por qué no lo llevas suelto?

—En el trabajo no sería correcto.

—Supongo que no —y me dio un beso.

Cuanto más confiaba Edward en mí, más atento y cariñoso estaba John.

—Schwerin no es de esos refugiados por los que podría uno llorar —murmuré con la cara apoyada en la solapa de su traje azul marino a rayas blancas—. Es un abogado berlinés de tres al cuarto que tuvo la suerte de estar donde debía estar en el momento oportuno, y que hizo lo que no debía hacer. Se mezcló en líos de mercado negro, vendiendo seda destinada a la fabricación de paracaídas, a una empresa que hacía bragas. Tuvo suerte de poder escapar.

Los ojos de color azul oscuro de John tenían al mirarme un brillo tal que parecían estar iluminados desde dentro; estaba loco, apasionadamente enamorado de mi información. Al principio, John no podía creer que Edward me dejara quedarme mientras él hablaba por teléfono con Donovan. Ni que, mientras circulábamos en el «Packard», analizara las diferencias entre los movimientos de la resistencia francesa y holandesa, ni que me hablara del idilio entre Wendell Willkie y la crítica literaria del *New York Herald Tribune*. John me miró y se quedó con la boca abierta cuando le dije:

—¡Los demócratas se han apoderado de algunas de las cartas que Willkie le escribió! «Los billetitos de Dolly» las llamaban, y las hubieran publicado, de no ser porque los republicanos descubrieron que Wallace, el compañero de Roosevelt en las elecciones, estaba liado con una estrafalaria mística rusa y había escrito unas cartas llenas de fervor religioso.

—¿Te *cuenta* esas cosas o es que las oyes?

—Me las cuenta. Cuando vamos en el coche o en los ratos de calma; por ejemplo, cuando esperamos una llamada transatlántica.

Durante algún tiempo, John no podía aceptar que Edward conversara conmigo en serio. Me daba la impresión de que trataba

de hallar excusas para aquellas indiscreciones: quizás Edward pensaba en voz alta, o quizás estaba cansado. Pero, finalmente, pudo más la veneración: Edward era tan perfecto, tan certero en su juicio que, si me hablaba, era que yo, por lo que fuera, era digna de que se hablara conmigo.

De lo que nunca hablé a John era de lo que yo llamaba nuestras conversaciones privadas. Una semana después de que Edward me hablara de lo que le preocupaban los chicos de la COI de americana y corbata que jugaban a *cowboys* e indios, poco a poco derivamos hacia conversaciones que yo sabía que ninguno de los dos habría podido mantener con otra persona. En mi caso, la necesidad de alguien con quien hablar era evidente; nadie, y mucho menos mi marido, mostraba inclinación alguna a escuchar todas las cosas que yo deseaba decir. Y, por lo que se refiere a Edward, supongo que tenía muchas cosas en la cabeza, demasiadas, y necesitaba algo más que un oído dispuesto a escuchar; también necesitaba una boca que permaneciera cerrada.

De manera que lo que empezó en aquella senda de Virginia continuaba. La siguiente conversación tuvo lugar alrededor de las nueve de una noche de mediados de diciembre. Edward, sin levantar la mirada de la carta que estaba corrigiendo, me dijo que dentro de una hora cenaría y tomaría una copa con Donovan; Pete me llevaría a casa. Dije que muy bien. Pero un minuto después, mientras recogía los clips que durante todo el día había estado diseminando por la mesa y el suelo, alrededor del sillón, de pronto, apreté el puño. Los ganchos de metal se me clavaron en la palma de la mano y se me quedó la boca seca. Pero me levanté de la alfombra y le pregunté:

—¿Por qué cree que las esposas de los jefes del bufete me odian tanto?

Aunque estaba asustada, yo sabía que él no pensaría que la pregunta era una impertinencia, ni que yo era una estúpida por pensar en esas cosas. Y no me equivocaba. Se levantó de su sillón, se acercó a un armario antiguo en el que guardaba unas botellas de licor para las visitas (y una botella de «Schnapps» para refugiados histéricos), tomó dos vasos y preguntó:

—¿Le va bien el *whisky*?

—Sí —respondí, y me sirvió una dosis apta para anestesiar a un

paciente ante una operación de doce horas. Él se sirvió mucho menos.

—No la odian.

—Pues lo fingen muy bien.

—Es que usted no es una de ellas. Siéntese —y señaló la butaca de orejeras que solía ocupar él cuando hablaba con otros abogados. Él se sentó en el sofá, puso el vaso en la mesita de centro y se inclinó hacia mí—. Linda, esas mujeres han creado para sí un mundo muy bonito y muy agradable en el que todo el mundo habla el mismo idioma, sabe cuál es su sitio, y en él las esposas y las secretarias…

—Menos que humanas.

—Bien, digamos unas criaturas que no se encuentran tan arriba en la escala de la evolución —dijo sin protestar.

—Pero, ¿por qué son tan antipáticas conmigo? ¿Sabe lo que hacen siempre? Dicen: «Oh, ho-la, Linda, mona» y luego no se dignan a dirigirme la palabra durante el resto de la cena en la que estemos y, si me permite que se lo diga, los abogados dan demasiadas recondenadas cenas. Si tan educadas son, ¿por qué no me tratan con más amabilidad? Por ejemplo, como tratan a sus cocineras. «La buena de Martha es una más de la familia».

—¿Piensa beberse el *whisky* o sólo mirarlo? —me preguntó. Di un sorbo—. Está bien —prosiguió—, la razón por la que pueden permitirse ser amables con la buena de Martha es que, probablemente, es vieja y fea o, en todo caso, no se ha casado con un abogado ni pretende almorzar ni ir al teatro con ellas.

—¡Yo nunca pretendí tal cosa!

—Hablo en general, Linda.

—Pues hablemos en particular. Yo no estudié en Radcliffe.

—En particular, usted las asusta. Usted conquistó a uno de los más atractivos abogados de Manhattan.

—¡Oh, basta! Todo el mundo sabe la clase de conquista que fue, y apostaría a que durante semanas se hicieron lenguas de lo noble que fue al casarse conmigo.

—Es muy dura consigo misma —dijo en voz baja.

—Usted sabe que todo el mundo le admira, dice que es duro y realista, ¿verdad? —Él asintió—. Bien, yo también soy realista. Comprendo mi situación.

—¿Sabe por qué no les cae bien? —dijo y bebió un sorbo largo —. Permítame hablarle con franqueza. Porque tiene el pelo rubio, una bonita figura y un ligero acento de Brooklyn.

—Queens —susurré.

—Usted resulta atractiva para sus hombres. Usted es lo que ellas temen cuando sus maridos llaman para decir: «Esta noche tengo trabajo, querida». Y hay más. ¿Quiere que siga?

—Sí.

—Usted es inteligente y tiene, en fin, digamos agallas. En el fondo, ellas reconocen que usted es tan buena como ellas. Ese mundo bonito y cómodo que se han creado es muy frágil, sólo se sustenta en la ilusión de su superioridad. Y, Linda, cuando usted entró en el salón de los Avenel aquella noche, ellas sintieron que su mundo empezaba a resquebrajarse. Y entonces hicieron lo que tenían que hacer para salvarse a sí mismas y sus ilusiones. La dejaron fuera.

—¿Llegarán a aceptarme algún día? —pregunté—. ¿Dentro de, pongamos, treinta y cinco años? —Yo debía de haber bebido demasiado; de repente, sentí deseos de reír.

La voz grave de Edward era tan baja que apenas podía oírle:

—¿A que está dispuesta a esforzarse para emularlas? ¿A ceder? ¿A rasgarse? ¿En qué medida desea ser lo que ellas son?

—No lo deseo.

—Entonces, Linda, cuando esta guerra termine, y si nosotros seguimos aquí, libres y vivos…

—¿Qué…?

—Entonces, usted vivirá feliz con su marido y, seguramente, con sus hijos…, salvo durante una serie de cenas obligatorias en las que unos abogados achacosos se la coman con los ojos y sus esposas le hagan desaires. ¿Esto contesta a su pregunta?

Así que yo estaba sentada en el regazo de mi marido, acunada en sus brazos, vagamente feliz, aunque no en el éxtasis de Cenicienta después de calzarse el zapatito de cristal. Quizás era que había descubierto que John no era cariñoso por naturaleza. Sexo, sí, desde luego. Pero arrullarse, únicamente por una causa, como dicen los abogados. Lo que quería de mí en aquel momento, mientras me

besaba en la frente, era el informe secreto de Herr Doktor Schwerin, abogado de los bajos fondos de Berlín.

Desde luego, John no era una especie de Mata Hari masculino que tratara de sonsacarme. Tenía tanto derecho como yo a saber lo que yo sabía. Aunque, naturalmente, era muy caballero para preguntarme directamente. Pero yo había descubierto que le gustaba enterarse de las cosas, a fin de comprobar sus teorías y ver si cuadraban con las de Edward.

—Ese Schwerin no es importante por sí mismo —observó John.

—No. Sólo para corroborar la información de «Girasol».

«Girasol» era la mejor fuente que Edward poseía en el interior de Alemania. Era director de una de las empresas mineras más importantes del país, financiero brillante, empresario, un hombre que, desde el principio, odiaba a Hitler y todo lo que representaba. Era uno de los industriales alemanes que creían poder impulsar su economía a través de *amerikanisches* Geschäft y negociar con América. Conoció a Edward a finales de la década de los veinte. En 1933, cuando los nazis llegaron al poder, empezó a informar a Edward de las relaciones entre la empresa y el Gobierno de Hitler.

Una vez que los alemanes iniciaron su expansión por Europa, las relaciones entre los dos hombres se hicieron más regulares. Cada dos o tres meses se reunían en París y, caído París, en Suiza. Por su familia, «Girasol» estaba ligado a las altas esferas militares. Por su actividad industrial, hablaba con otros empresarios. Y, por último, el jefe de contabilidad de su Compañía era un nazi fanático que se vanagloriaba de ello. El hombre estaba muy orgulloso de su posición en el partido y se jactaba de sus cafés con Himmler, de sus cenas con Goering y, sobre todo, de sus frecuentes almuerzos con su viejo condiscípulo Karl Hanke, el Gauleiter de Silesia. Hanke era un hombre poderoso en el Tercer Reich, amigo de Frau Goebbels, que era la protectora de Albert Speer, el arquitecto favorito de Hitler. Y, dado que «Girasol» era un hombre tan afable y demostraba tanto interés, su contable le daba exacta información hasta de los menores detalles de la vida social nazi. Detalles que después eran transmitidos a Edward.

El único inconveniente de «Girasol» era su sinceridad. En su oficina era discreto, pero ante los amigos nunca disimuló su odio por los nazis, diciendo que estaban engañando no sólo al hombre de

la calle, sino también a la clase alta y que llevarían al país a la ruina. Como «Girasol» era un hombre rico y aristócrata, la mayoría hacían caso omiso de sus diatribas o le tachaban de excéntrico, estúpido por decir lo que pensaba, pero inofensivo. Edward, empero, siempre temía que un día alguien del Gobierno la tomara con «Girasol»; en el peor de los casos, le matarían; en el mejor, le suministrarían información falsa.

—Hasta el momento, ¿Edward está satisfecho? —preguntó John —. ¿La información de Schwerin concuerda con la de «Girasol»?

—Hasta el momento, sí.

—¿Edward dijo algo más?

—No; nada más.

Nada más acerca de Schwerin. En realidad, me dijo otras muchas cosas. Había cosas que no necesitaba decirme. Una era que había elegido a John para dirigir las actividades de contraespionaje en Alemania y Francia no sólo por su probada habilidad —puesto que había otros dos genios trilingües que hubieran podido desempeñar sus funciones—, sino para mantenerlo fuera de las garras de Norman Weekes y para demostrar a Norman que era capaz de defender su territorio.

Y, sin necesidad de que Edward me lo dijera, yo sabía que este último viaje se prolongaría y que, más tarde o más temprano, yo recibiría una llamada telefónica con muchos parásitos, muchas interferencias, y él diría «Mala comunicación», con lo cual yo sabría que él no estaba donde se suponía que debía estar, en Filadèlfia o en San Diego, sino en una base aérea del sur de Inglaterra o en una isla frente a las costas de África. Me diría: «Tome nota de un recado para Matthew (el nombre en clave de Donovan): Mr. Cannon tiene dos perros. Y: La rosaleda está florida, especialmente las amarillas. Repita eso, Linda». Yo lo repetiría y le preguntaría «¿Qué tiempo hace en San Diego, Ed?» y él me diría mientras el teléfono crepitaba con ruido de rayos: «Espléndido, gracias».

Es curioso. Cuando lees artículos sobre negociaciones diplomáticas, te tropiezas con la frase «acuerdo tácito». Sin hablar, hay entendimiento. Y eso parecía existir entre Edward y yo, un entendimiento tácito de que algunas de las cosas de las que hablábamos no debían volver a mencionarse: ni a terceros ni a nosotros mismos. Y a propósito de tácito: no sé cómo sabía qué

temas entraban en nuestros acuerdo porque ni uno ni otro dijimos nunca: «Esto es estrictamente confidencial». Algunas conversaciones parecían tener un asterisco invisible al lado.

Como la noche en que, a eso de las ocho y media, poco antes de que él saliera de viaje, yo le llevé la transcripción de la entrevista que él había mantenido por la tarde con un banquero de Zúrich que tenía confidentes en las altas, altísimas esferas alemanas. El banquero, uno de los cincuenta millones de personas que había tenido relaciones profesionales con Edward a lo largo de los años y se habían hecho amigos suyos, le había dado un valioso informe: toda la estrategia de la campaña de Hitler en Rusia se basaba en la toma de los yacimientos petrolíferos soviéticos. El objetivo había fracasado y el sueño de conquistar Rusia se desvanecía. Los alemanes, según informaba el banquero, no disponían de combustible suficiente para intentar ocupar Moscú. La única gran ofensiva alemana se daría en el frente del Sur.

Yo cruzaba el despacho hacia la mesa, leyendo la transcripción y lanzando exclamaciones de admiración para mis adentros. Esta información era oro puro, información que, por cierto, hubiera debido aportar el grupo de Norman, por lo que, para Edward, tenía doble valor. Yo llegué a su escritorio, esperando que él estaría con el brazo extendido, impaciente por recibir el informe; pero parecía ensimismado, con la mirada fija en la carpeta, en otro mundo.

Comprendí que no era el momento de hacer «¡ejem!» o algo por el estilo, porque era evidente que estaba tan perdido en aquel mundo particular que el roce de un papel o un leve carraspeo podía provocar una de sus explosiones de malhumor. De manera que me quedé quieta, porque intuía que ni salir andando de puntillas era aconsejable.

Pero, al seguir la dirección de su mirada, descubrí que no estaba buceando en la carpeta. Miraba el retrato de su esposa con el marco de plata.

Lo tomó en la mano y me preguntó:

—¿No se ha fijado en esto?

—Sí.

Pero me lo daba como si le hubiera dicho que no. Dejé el informe y cogí el retrato. Era de una mujer muy joven, como Nan o más; parecían hermanas. Pero, si Nan era bonita, la esposa de

Edward la aventajaba. Sus facciones no eran tan delicadas, pero sí más dulces. Tenía los ojos rasgados y muy claros, probablemente de ese tono entre azul y verde tan pálido que casi parece blanco; unos ojos de los que no podías apartar la mirada.

—Nos conocimos después de la guerra. La otra guerra. Yo había pasado ocho meses en un hospital de Inglaterra, donde me reconstruyeron la cara y el hombro. —Yo comprendí que no podía quedarme allí como un poste, con el retrato en la mano, y me senté —. Su padre era el juez para el que yo había trabajado cuando salí de la Facultad. Cuando volví a Nueva York, el juez Bell y su esposa me invitaron a cenar. Estábamos en la sala y Caroline entró.

—¿Se enamoró en seguida? —pregunté.

—Me parece que sí. No soy experto en distinguir matices entre el deslumbramiento y el amor, pero recuerdo que pensé: «Es absurdo, tengo treinta y un años, he visto mucho mundo, quizá más del que quería, y aquí me tienen, un hombre que se gana la vida con su elocuencia, su sagacidad y su raciocinio, atontado por una niña de diecisiete años». Llevaba una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello.

—¿Cómo era? —pregunté.

—Muy vivaz. Cariñosa. —Edward sonrió para sí—. Fue en 1918. Parecía una señorita muy distinguida y *era* muy distinguida, pero… tenía un gran sentido del humor. Y una energía y una determinación enormes. Me autorizó a pedir su mano a su padre —entonces se hacían estas cosas—, y sus padres quedaron muy sorprendidos. No es que no me apreciaran, pero yo era de familia modesta y sólo hacía una semana y media que conocía a Caroline cuando me declaré.

—¿Una semana y media? —repetí.

—Bueno, yo estaba seguro de mis sentimientos. Ella también. Pero, a pesar de mis dotes de persuasión, fue ella la que convenció a sus padres para que nos dejaran casarnos en seguida. Tenía mucho carácter.

—Debía de ser muy inteligente —dije.

Él daba vueltas y vueltas al tintero, como si estuviera pensando en la inteligencia de su mujer por primera vez y necesitaba tiempo para concentrarse. Finalmente dijo:

—No podría decir hasta qué punto era inteligente. Casi siempre

hablábamos de cosas intrascendentes: con quién había hablado en el despacho, lo que había almorzado, si me gustaban las palmeras en maceta… —En aquel momento, si Edward hubiera sido casi cualquier hombre del mundo, no hubiera tenido el autodominio necesario para impedir que se le llenaran los ojos de lágrimas; evidentemente, las palmeras en maceta le habían traído un recuerdo muy dulce en el que no pensaba desde hacía años. Pero prosiguió—: Si no era una gran pensadora, por lo menos era brillante y animada. Y muy, muy cariñosa. —Me miró fijamente—. Murió tres años después. Cáncer de hígado.

—Un asco.

—Un asco, sí.

—¿Piensa mucho en ella?

—Ya no. Al principio, continuamente. ¿Y sabe lo más extraño? Ahora, al pensar en Caroline no consigo recordar… nuestra vida en común. Conservo un claro recuerdo de hechos aislados, de los momentos que rememoraba una y otra vez cuando ella murió. Pero, con el tiempo, los recuerdos en sí, unas vacaciones en los montes de Adirondacks, la noche en que nació Nan, un sombrero rosa con una pluma que ella compró en Pascua y del que yo me reí, se convirtieron en realidad. Fue entonces cuando comprendí que la había perdido de verdad.

—Supongo que, en cierto modo, la lloró dos veces —dije suavemente.

—Sí. Primero su muerte, y después… su recuerdo. Yo puedo decir: Caroline era vivaz. Pero lo digo más que lo siento. Me duele… —La voz de Edward era muy baja—. Me duele.

—¿Y no encontró a nadie más?

—Caroline me hacía feliz. Eso sí lo recuerdo vividamente. Y nadie más me ha hecho feliz.

Trabajé para John desde enero de 1942, en que Edward se marchó, hasta abril, en que volvió a Washington. Hubiera podido estar fuera más tiempo, en «San Francisco» como decían los cables, pero yo sabía que era Londres, o en una supuesta base militar de Camp Brady. Los cables decían, por ejemplo: «“Granjero” [el nombre clave de Edward] y Matthew, en San Francisco Stop

“Granjero” sale para Camp Brady para revisar tractores Stop».

El día en que leí este cable me quedé helada, porque lo que decía en realidad era que Edward había ido a Polonia, ocupada por los alemanes. Nadie, ni John ni ninguno de los otros hombres que trabajaban para Edward, conocía el código completo, de manera que para ellos Camp Brady podía ser tanto una cochambrosa y tórrida base militar de Mississipi como un elegante club de oficiales de Los Ángeles.

Desde luego, comprendían que estaba en algún lugar importante. Y peligroso. Todos los abogados, empresarios y profesores de Yale se miraban en Edward. Eran pequeños Leland, no sólo valientes, sino impasibles, de manera que no se quedaban helados de miedo. Murmuraban: «Me gustaría saber cuándo regresará Edward». O: «Edward podía haber enviado una postal de Camp Brady diciendo: “Me divierto mucho. Me gustaría que estuvieran aquí”». Jeje-jeje. Los pequeños Leland no se asustaban ante unos millones de nazis.

Recuerdo una noche de marzo en que John y yo nos disponíamos a entrar en casa, subiendo con precaución las escaleras exteriores. Estaban cubiertas de nieve, helada moteada de hollín, cuando René Villard, de los Franceses Libres, vino a Washington y John anduvo muy atareado manteniendo conversaciones con él (y yo, no menos atareada pasando a máquina las notas de sus conversaciones de la víspera con refugiados alemanes), por lo que no llegamos a casa hasta después de las doce. Pero casi todos los días eran iguales. Al llegar el fin de semana, compramos la pala, el hielo estaba duro como una roca, tanto que no pudimos ni mellarlo siquiera, y así lo dejamos.

John y yo subíamos las escaleras en zigzag, buscando huecos sin hielo. Patinamos por el pequeño porche de madera, convertido en pista de hielo. Cuando eché mano al bolso para sacar la llave, John preguntó:

—¿Tú sabes dónde está Camp Brady?

—¿Quieres decir dónde está Edward? Sí.

—Sólo te preguntaba si lo sabías. No me lo digas.

Abrí la puerta y recibí una bocanada de aire seco y recalentado.

—¿Por qué no he de decírtelo? —pregunté mientras encendía la luz y entraba en la casa.

Me siguió, cerró la puerta e hizo: «Schhh».

—¿Crees que tenemos a un agente secreto nazi hibernando debajo de la cama por si te revelo secretos oficiales?

Abrí el armario y saqué una percha. John, apoyado en la pared, con una voz excesivamente indiferente para ser sincera, dijo:

—De verdad, Linda, no me importa. Si Ed hubiera querido que lo supiera, me lo habría dicho.

Lo que me irritaba era su voz de «pequeño Leland» de «Edward de imitación». Cuando uno de los chicos del contraespionaje quería demostrar lo valiente y noble que era, sacaba aquella voz, viniera de donde viniera; de Long Island, como John, de Ames, Iowa, o de Charleston, Carolina del Sur, adoptaba el acento virginiano de Edward.

No me importaba que todos los chicos de Yale hablaran como si hubieran pasado su dorada adolescencia amontonando heno en una granja de Nueva Inglaterra. La mitad de la COI (que acababa de cambiar sus siglas por las de OSS, «Office of Strategic Services», probablemente porque el tío de alguien surtía de papel impreso al Gobierno), o tal vez las tres cuartas partes, se habían graduado en Yale como el propio Edward Leland. Si él representaba el ideal de lo que ellos creían que debía ser un hombre de Yale, yo no tenía nada que oponer. Pero otra cosa era oír a mi propio marido, cuya única relación con Yale fue haber asistido a un partido de fútbol que el equipo de aquella Universidad jugó contra el Colúmbia en 1925. Lo que me molestaba de la falsa flema de John, de su falsa actitud de «a mí Adolf no me asusta» era que le hacía aparecer (a él y a todos) todo lo contrario de lo que trataba de aparentar: valiente.

Hablaba de *cowboys* e indios. No sólo era que jugaran con la vida de la gente, era que se veían a sí mismos como unos héroes. Se ponían el sombrero de Edward y se convertían en el *sheriff* que se introduce en una ciudad peligrosa y, con su formidable «seis tiros», la limpia de toda escoria.

Edward era realmente capaz de enfrentarse a la escoria. John, era hombre de despacho, un jurista, un especialista en resolver rompecabezas. ¿Por qué no se conformaba con ser lo que era? Que no era poco.

Colgué mi abrigo, di una percha a John y pregunté:

—¿Te conformas con huevos y nada más esta noche?

—Con una tostada. —Su voz me llegó ahogada por los abrigos del ropero—. No muy hecha.

Lo que yo pedía a mi marido no era que me hablara de honor y valor, sino que los demostrara allí, donde estábamos en aquel momento, en nuestra casa de Washington, D.C. Yo quería que fuera lo que era, una persona *real*. Que me dijera: «Oye, estoy rabiando por saber dónde está Ed. Te juro que no diré ni media palabra».

Y yo no quería verlo sentado en una cocina calentita, comiendo huevos revueltos y tostada con mantequilla, fingiendo animación después de una extenuante jornada de dieciocho horas. Todos los hombres de Yale y hasta los tres o cuatro de la Universidad de Ohio que habían conseguido introducirse en el Departamento, actuaban siempre con flema y serenidad, como si nada les preocupase.

«Oye —le hubiera dicho de buena gana—, tú eres un hombre extraordinario. Haces un trabajo importante y agotador del que deberías estar orgulloso. Yo me siento orgullosa de ti. No finjas ser lo que no eres. Yo te quiero aquí, John. Yo te quiero en lugar seguro. ¿Imaginas que podría soportar que desaparecieras durante meses, como Edward? ¿Imaginas que me gustaría que tuvieras ese rígido sentido del honor que te impide enviar a otra persona a ver lo que queda de la resistencia polaca y tienes que ir personalmente? Y, lo que es más, ¿crees que quiero tener a mi lado a un hombre al que, en el fondo, le importa tan poco lo que sea de él, un hombre que no tiene miedo?».

—Pareces cansado —le dije cuando entró en la cocina.

Él cerró los ojos y movió la cabeza, como negando su fatiga.

—No es más de lo que pueda resistir —dijo. Pero lo dijo con acento virginiano, como si hubiera pasado todos los veranos al noroeste de Vermont. ¡Anda ya! Él en verano hacía de *caddy* en un club de golf de Long Island—. Linda, debes comprender que debo resistirlo. Es la guerra.

No; la guerra era esto otro. A finales de junio, Norman Weeks convocó una conferencia en su despacho. Seis de sus hombres, con John y Edward estaban sentados a un extremo de una larguísima mesa de caoba de gruesas patas tan relucientes que cualquiera hubiera podido decir que acababa de ser sustraída del mismo

comedor de la Casa Blanca.

El secretario de Norman, un hombre de casi cincuenta años, con un traje marrón claro tan arrugado que parecía una bolsa de papel, estaba sentado a mi lado; nuestras endebles sillas, suministradas por el Gobierno, estaban colocadas contra la pared. Los dos tomábamos hasta la última palabra que se decía. Yo me consideraba una taquígrafa experta, pero él era más rápido y estaba decidido a demostrármelo. Evidentemente, él sabía que yo estaba allí porque mi jefe no se fiaba de sus actas de la reunión, pero era un pedante y tan vanidoso de su velocidad taquigráfica que no se le alcanzaba que mi presencia obedecía a una cuestión política interna de la OSS; para él, el objeto de la reunión no era pasar revista a nuestra red de espionaje en Berlín, sino celebrar una especie de carrera taquigráfica hasta la muerte.

Norman apoyó los codos en la mesa, hizo una tienda india con las manos, apoyó el mentón en las puntas de los dedos y contempló a Edward.

—¿Empiezo? —preguntó.

—Es tu reunión —respondió Edward.

—Muy bien. Nos hemos reunido para hablar de Alfred Eckert. Es un modista berlinés de segunda categoría, aunque muy apreciado por las esposas de los altos funcionarios de las SS, mujeres que, en general, no destacan por su buen gusto en el vestir. —Los hombres de Norman pusieron cara de regocijo. Una vez él lo hubo comprobado, y sospecho que, entre las obligaciones de aquellos titulados de Harward (excepcionalmente, en aquella unidad no predominaban los hombres de Yale), figuraban la de reírle las gracias al jefe, miró a Edward.

Pero la cara de Edward estaba absolutamente inexpresiva, casi parecía una careta, como si él se hubiera marchado abandonándola allí. Yo hasta entonces no había oído hablar de Alfred Eckert y no hubiera podido asegurar si Edward le conocía o no. Norman esperaba, con cierta tensión, que apareciera alguna expresión en la cara yerta de Edward. En vista de que no aparecía, rápidamente se volvió hacia John, que estaba sentado de espaldas a mí. Yo no necesitaba ver la cara de John. Podía leer su espalda: estaba agarrotado, casi angustiado.

—Bien, cualesquieran que fueran los defectos de nuestro Mr.

Eckert en cuestiones de moda, era un agente de primera —prosiguió Norman.

—¿Era? —preguntó John.

—Sí. Por desgracia, ha muerto. —Norman miró a uno de sus hombres—. Martin, ¿puede darnos el informe?

Martin, al igual que el resto de los hombres de Norman, llevaba traje gris y corbata a rayas, pero él se distinguía por unas gafas sin montura que continuamente le resbalaban por la nariz.

—Estamos en una situación un tanto difícil —dijo. Tenía un acento bostoniano tan nasal que daba la impresión de que hablaba con una pinza de tender la ropa en la nariz. Si en contraespionaje había pequeños Leland, en espionaje, sección alemana, había pequeños Weekes—. Los motivos que Alfred pudiera tener para colaborar con nosotros nunca estuvieron muy claros y ahora, por desgracia, ya no podremos averiguarlos. Sabemos, sí, que era una antinazi convencido desde el año 38. Pero hasta entonces era… lo que aparentaba ser. «Con unas cejas sospechosamente finas y arqueadas», agregaría yo.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Edward. Martin dio un brinco de la silla, como si hubiera recibido una descarga eléctrica—. ¿Se han creído que yo tengo tiempo de oír hablar de cejas arqueadas? —Miró a John—. ¿Qué hacía ese hombre para nosotros?

—Creo que trabajaba para nosotros, Ed —interrumpió Norman.

—Me refiero a nosotros, los Estados Unidos de América, Norman. —Miró a John—. ¿Sabes qué hacía?

—Empezó pasándonos lo que oía decir a las esposas de los funcionarios públicos del partido. Eso fue durante el año 38 y principios del 39.

—¿Quién era su contacto? —preguntó Edward.

—No lo sé —contestó John con sinceridad—. Sólo hace ocho meses que sigo su trabajo.

Edward miró a Martin, que todavía estaba molesto por la forma en que le había hablado Edward; manoseaba la silla como si tuviera el trasero irritado.

—¿Cómo nos hacía llegar la información? —preguntó Edward.

—A través de una florista. Una amiga suya que tenía por cliente a la esposa del embajador americano. Muy competente. Con frecuencia la enviábamos el mismo día en que la recibíamos, por

valija diplomática.

A mi lado, el secretario escribía a toda velocidad, mirando mi bloc de vez en cuando, para comprobar que yo iba rezagada. Siempre lo estaba. A diferencia de él, yo estaba pendiente de lo que se hablaba. Él se limitaba a escribir: los nueve hombres de la sala hubieran podido estar discutiendo una disposición de la Comisión de Finanzas y Cambios o comparando recetas de refresco de manzana.

—¿Y qué ocurrió en el año 39 para hacer que ese hombre cambiara de estatus? —preguntó Edward.

—Yo había oído hablar de él —dijo Norman—. Me habían dicho que era un buen elemento. Por lo tanto, en mi siguiente viaje a Berlín llevé a mi mujer, que se portó admirablemente. Odiaba sus vestidos, desde luego, pero resistió pruebas y más pruebas en el hotel. —Norman agregó—: Puesto que no quería levantar sospechas, le compré un montón de vestidos. Y a un precio que ni de París. Mi mujer se los dio a la criada. Los colores más horribles y…

—¿De qué hablasteis, Norman? —preguntó Edward con impaciencia—. ¿Del largo de la falda?

Norman lo tomó como chiste y rió entre dientes. Todos sus hombres rieron entre dientes también.

—Evidentemente, lo recluté.

—¿En calidad de qué?

De agente. Yo veía venir la guerra, comprendía que nuestra Embajada no seguiría mucho tiempo en Berlín, que no podríamos seguir dependiendo de la florista y de la valija diplomática, y necesitábamos algo más que «chismes» de sociedad. Necesitábamos información estratégica, y la necesitábamos con urgencia. Y aquí entró nuestro amigo Alfred. Él tenía amistades en puestos importantes y en el mundo de la moda. Disponía de coche y de todos los cupones de gasolina que pudiera necesitar y era bien recibido en todas partes, lo mismo en una mansión del Grunewald que en un *cabaret* de mala fama donde se reunía lo que quedaba de la ciudad. Y, lo que es más importante, era confidente de la esposa de uno de los más poderosos funcionarios de Asuntos Exteriores, que lo consideraba su mejor amigo, su único amigo, y era bien recibido en su espléndida casa… una casa confiscada, según tengo

entendido, a un rico comerciante judío.

Edward asintió con un movimiento de cabeza y se volvió hacia John.

—¿Alfred Eckert era de confianza?

—Sí —dijo John—. De lo mejor. Conseguía extraer mucha información de casa del funcionario.

—Ya. Y ahora nos hemos quedado sin extractor.

—Sí —dijo Norman.

—¿Algún candidato para el puesto?

—Ninguno. Ya sabes lo que es aquello, Ed. No puedes introducir a un refugiado en la casa de un funcionario de Asuntos Exteriores, un hombre que, además, es un nazi muy conocido; el peligro de que sea desenmascarado es enorme. Y tú no puedes hacerte pasar por un comandante alemán que ha estudiado en Yale. «No —pensé—. Incluso alguien como yo, una persona corriente, con acento de la clase trabajadora, que trabajara como archivera de ese individuo, o como criada de su mujer, probablemente sería descubierta. No importa lo mucho que una supiera (y yo sabía mucho sobre Berlín y sus costumbres), siempre sería una ciudad extranjera. Y, para un comandante alemán de Yale, sería como otro planeta». ¿Y quién estaría dispuesto a correr el riesgo? Una reunión clandestina en una casa particular, quizás. O una frase susurrada al coincidir en un aseo de caballeros. Pero, ¿quién se arriesgaría a entrar en la casa de ese hombre, introducirse en su estudio, registrar sus papeles? No hay nadie tan valiente.

—Su modisto lo era —dijo Edward.

—Ah, sí —convino Norman—. Pero ya murió.

—Asesinado, supongo.

—Sí. —Norman cogió su bloc amarillento y la pluma de encima de la mesa. Sus seis hombres echaron las sillas hacia atrás, preparándose para ponerse en pie de un salto en el momento en que Norman se levantara—. Bien, creí que esto era algo que debía comunicaros a ti y a John, Ed. Esto nos coloca en una especie de callejón sin salida. Todos tendremos que meditarlo. —Se levantó y sus seis hombres le imitaron como movidos por un resorte. Su secretario cerró el bloc de taquigrafía con un golpe excesivamente sonoro.

Pero Edward siguió sentado, y también John. Edward dijo:

—Un momento, Norman, por favor. —Yo lo escribí. El otro secretario sufría, sin saber si tomar las palabras de Edward podría considerarse una obligación o una traición. Miró en derredor y, finalmente, con uno de esos melodramáticos ademanes de cine mudo, apretó el bloc apasionadamente contra su pecho—. Ese agente que tú reclutaste trabajó para nosotros, en total cuatro años, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Él tenía amigos influyentes, personas, dispuestas a respaldarle? ¿Otras mujeres elegantes casadas con hombres poderosos? ¿Quizá uno o dos simpatizantes situados en las altas esferas? —Norman no dijo nada—. ¿Estoy acertado en la suposición?

—Sí.

—¿No hubo tropiezos con anterioridad? ¿Situaciones peligrosas?

—No.

—Y, no obstante, de pronto, es asesinado.

—Sí.

—Evidentemente, no por nuestro hombre, el que sustituyó a la florista, el que nos transmitía la información de Eckert. —Inclinó la cabeza hacia John—. Su nombre clave era *Cactus*, ¿no? —John dijo que sí. *Cactus* era ciudadano alemán, médico, hijo de madre americana, que tenía un hermano, médico también, en Ohio—. ¿Y *Cactus* está limpio?

—Le hemos investigado varias veces. Se dedica a la cirugía ocular en Berlín y todos los meses va a Suiza, donde tiene una clínica. Pasa uno o dos días operando, compra material quirúrgico que no se encuentra en Alemania y vuelve. Nos consta que está limpio y, lo que es más, a los de arriba, también.

Edward se volvió otra vez hacia Norman.

—Vamos a ver. ¿A tu hombre lo tuvieron incomunicado? ¿Lo torturaron?

—No lo creo.

—No es lo que suele ocurrir, ¿verdad? Debían de imaginar que podía ser una amenaza para ellos.

—Es posible.

—Y… Norman, sólo pienso en voz alta: ellos a nosotros no nos temían. Una vez le hubieran cogido, él no podía pasarnos nada más.

Pero quizá temían que sus amigos influyentes pudieran ayudarle a escapar, o que consiguieran hablar con él. ¿Qué información podía pasarles él que fuera tan peligrosa?

—No tengo ni idea.

—¿Y no podría ser, Norman, que él sospechara o descubriera de pronto, que una de las personas de su propio círculo secreto, quizás una de las pocas en las que él confiaba, un aparente antinazi acérrimo, era un traidor? ¿Y que el traidor tuviera que cerrarle la boca? ¿No podría ser ésa la causa por la que fue asesinado?

—Es tu teoría, Ed.

—Pero, ¿se puede deducir que la forma en que lo asesinaron fue rápida y brutal?

—Tengo entendido que sí —dijo Norman fríamente.

—Dices que es mi teoría. Pero, vamos a ver, ¿has considerado la posibilidad de que tu red pueda haber sido violada?

—Ese tono me ofende.

—Y a mí me ofende que tú trates de despachar este caso como una de tantas desgracias de la guerra. Escucha, Norman. Los dos llevamos en esto mucho tiempo. Los dos sabemos que tiene que haber un agente doble que opera en tu red. Y, si se me permite hacer una conjetura, te diré que tú te diste cuenta de ello en el momento en que te enteraste de la súbita muerte de Mr. Eckert. —Los seis hombres de Norman desviaron la mirada o carraspearon—. Alguien averiguó que tu modisto le había descubierto. Y entonces dieron la orden y se acabó el servicio de noticias. —Edward hizo una pausa—. ¿Tienes idea de quién pueda ser la manzana podrida?

—No —dijo Norman.

—¿Ni la menor sospecha?

—Ni la menor sospecha.

Yo no podía dejar de pensar en Alfred Eckert. Toda la tarde, mientras John estaba en el despacho de Edward, desde mi pequeño vestíbulo, trataba de no oír lo que decían. «Calamidad». «Desastre». «Catástrofe». «Golpe terrible».

Lo curioso del caso era que, normalmente, yo hubiera aguzado el oído para empaparme hasta de la última sílaba. Aquello no era una guerra que sólo afectara a los ex alumnos de las Universidades

de postín, sino también a los del Instituto de Enseñanza Media Grover Cleveland. Yo siempre estaba deseando enterarme de lo que decían. Durante los meses que llevaba trabajando para Edward, había dominado la técnica de sintonizar el tono más bajo de su voz, de manera que prácticamente en todo momento, aunque estuviera tecleando en la máquina, podía oír lo que decía por teléfono. Y, cuando tenía reunión en su despacho, yo me dedicaba a archivar; había adquirido la costumbre de reservarme la correspondencia de la S a la Z y, en aquellos momentos, mientras, en cuclillas, introducía cartas en las carpetas del cajón de abajo, podía oír casi el setenta por ciento de lo que se decía.

Pero aquella tarde yo deseaba silencio para poder pensar en Alfred. Desde el primer momento, le llamé por su nombre de pila. Y me parecía verlo: alto, con unas cejas excesivamente finas, probablemente depiladas; cabello rubio, ondulado, andar rápido y ligero: como Edward Everett Horton en *La alegre divorciada*.

Sí, yo sabía que todo eran fantasías. Por lo que yo sabía, también podía ser bajo y grueso y parecerse a un bidón de agua. Pero su imagen me llegaba desde el otro lado del océano y, aunque no fuera exacta, era real. Podía verle paseando por Berlín en su coche deportivo verde botella, derrochando gasolina. Tenía una cartera de lagarto o de cocodrilo —lo que fuera mejor— en el asiento de al lado, con diseños de trajes de noche y el acerico.

Bien sabe Dios que yo había oído contar cosas de Berlín a Olga y había visto suficientes planos de la ciudad y fotografías mientras los refugiados señalaban a Edward una casa de la Gestapo, un polvorín o un nuevo oleoducto. Conocía las calles y los barrios, podía ver a Alfred entrar en el palacete del importante funcionario de Asuntos Exteriores, besar en la mejilla a la señora de la casa que estaba junto a una ventana en bata, sacar o esconder unas pinzas bajo el busto y, después, tomar el té con ella. Llegaría el marido y saludaría a Alfred encantado: un tipo simpático y divertido, siempre bien recibido. Luego, el funcionario se iría a su despacho y Alfred, de algún modo, se las ingeniaría para entrar tras él.

Y le veía aparcar el coche, apearse para su paseo de dos veces por semana por el Grunewald, el bosque de las afueras de Berlín, tarareando una canción que hablara de champaña. Pasaría junto a un castaño con un agujero en el tronco y seguiría caminando con

tanta naturalidad que aunque hubiera alguien espiándole probablemente no se habría dado cuenta de cómo dejaba el mensaje en aquel agujero, para que al día siguiente lo recogiera alguien que Alfred ni siquiera conocía. Luego, sin dejar de tararear, volvería al coche y pondría encima del cuadro de mandos el ramillete de flores silvestres que habría recogido.

Alfred no se sentiría tan fascinado por mí como yo lo estaba por él. En realidad, probablemente no dedicara ni dos minutos a una muchacha como yo. Pero no se lo reprochaba. Yo no era su tipo. Yo nunca me derretiría ante el vuelo del *shantung*, aunque es posible que se sintiera un poco intrigado conmigo cuando viera a John, porque eso me haría especial. Si nos hubieran presentado, probablemente habría dicho: «Encantado», pero no lo estaría. Yo hablaba con el mismo acento que él había estado tratando de disimular desde los catorce años.

De todos modos. Alfred significaba mucho para mí. Era como si yo le conociera. Él, no sé por qué, me hacía sentir algo que no me había hecho sentir ninguno de los refugiados a los que habíamos entrevistado: los judíos —dueños de zapaterías, directores de cine, conductores de autobuses, jefes de sindicatos, incluso un carnicero como mi padre y mi abuelo— y todos los demás que habían tenido que escapar: sacerdotes católicos, comunistas, intelectuales, financieros, periodistas.

Durante todo el día yo había situado a Alfred en diferentes lugares, circulando en coche por Unter den Linden o paseando por la playa del Wannsee. Le había vestido con distintas ropas y le había observado ahuecando mangas y haciendo de espía.

Pero sólo por la noche, en la cama, ya muy tarde, me di cuenta de que mi nuevo amigo, el hombre que tan de prisa había cobrado tanta vida para mí, que hacía el trabajo que yo más admiraba, había muerto. Asesinado.

18

El 4 de Julio caía en sábado y, por primera vez desde que nos casamos, nos tomamos unas vacaciones. Sólo el fin de semana. No pasamos de la costa Este de Maryland, pero, por lo menos, conseguí que John me llevara a algún sitio. No actué precisamente con mucha diplomacia. El día tres le llamé a su despacho y le dije:

—Oye, me debes una luna de miel.

—¿Hum? —hizo él. Probablemente estaba leyendo un informe.

—John, ¿no podríamos salir de la ciudad este fin de semana?

—Me parece que Ed dijo que quería trabajar sábado y domingo.

—Pues yo, no. Anda… ¿No te parece que me merezco por lo menos dos días?

Y, realmente, parecía tener remordimientos al contestar:

—Sí. De acuerdo. Idearé algo.

Nos hospedamos en un hotel campestre decorado «estilo Pato». Había patos de madera —señuelos— en todas las repisas, patos en los topes de las puertas y patos en las cortinas y en el papel de la pared. El dueño del hotel, que debía de tener más de ochenta años, llevaba una corbata de patos, y ni que decir tiene, que había patos en todos los platos, soperas y tazas. Desde la habitación, por encina de las copas de los árboles, se divisaba la bahía de Chesapeake.

—Hay muchos barcos de pesca —dije el domingo por la noche, mientras nos vestíamos para cenar, después de hacerlo por última vez en una cama excesivamente blanda que, probablemente, tenía colchón de plumas de pato.

—¿Algún pato a la vista? —preguntó John.

—No. Ni uno.

—Yo tampoco he visto ninguno. Pero me parece que anoche oí graznar.

—Debía de ser yo que hablaba en sueños. Y es que el ambiente llega a dominarte.

Sonrió, se acercó, me abrazó. Estuvo tan cariñoso durante todo el fin de semana que al principio yo me preguntaba si no me habría confundido con otra persona. Pero luego pensé: «A los dos nos ha ido de maravilla salir de la oficina». Dimos paseos en el *ferry*, comimos todas las ostras y cangrejos conocidos por el hombre, caminamos y hasta hablamos. Yo le hablé de la bahía de Sheepshead, en Brooklyn, y él me contó cosas de la de Long Island y de que antes se llamaba Cuello de Vaca. De acuerdo, nada de «Adorada Linda, estoy loco por ti», pero, por lo menos, era estar juntos. Y no era lo mismo que quedarse en casa el fin de semana, en que él se dedicaba a corregir un pliego de instrucciones o a escuchar a Mozart con los ojos cerrados. Yo gozaba de toda su atención, incluso estando vestida, y el sábado por la noche, en que fuimos a ver *El orgullo de los yanquis* con Gary Cooper y Teresa Wright, nos cogimos las manos y él me dio un pañuelo antes incluso de que yo pensara en pedírselo.

De manera que aquel lunes por la tarde, cuando John se presentó súbitamente en el antedespacho de Edward donde yo trabajaba, me sentía todavía con un ánimo tan de luna de miel que no me sorprendió su visita. Daba gusto verle. Después de dos días de sol, su tez tenía un tono moreno encendido y su pelo rubio, mechas platino. Se sentó en el borde de mi mesa y me tomó la mano. Yo murmuré algo así como:

—Edward ha ido al Departamento de Guerra —pero me subió una súbita oleada de gozo, al descubrir que había ido a verme a mí.

—Linda. —Su voz era suave, no acariciadora sino compasiva. Y en aquel instante deduje que iba a verme por alguna razón. Algo malo había ocurrido—. Me han llamado de Nueva York. —Me oprimió la mano—. Era la enfermera de tu madre…

—¿Mi madre? —Era una verdadera pregunta. Yo había hablado con ella antes de salir para Maryland. Le temblaba la voz, de la debilidad. Seguía empeñada en que yo todavía estaba embarazada y bromeó diciendo que era muy joven para ser abuela, y me recomendó que fuera lista con John y le hiciera comprarme una estola de visón en el verano, en que los peleteros están desesperados y puedes encontrar una ganga.

John me oprimió la mano con más fuerza.

—Lo siento.

—¿Ha muerto?

—Sí. Mientras dormía. La enfermera…

—Cookie.

—Cookie pensó que sería preferible que te lo dijera yo.

Me recosté en el respaldo y la silla crujió. «Tengo que hacerla engrasar», pensé. Mi madre ha muerto. Era coherente, pero no tenía sentido.

—¿Qué hago ahora? —le pregunté.

—Te llevaré a casa para que puedas hacer el equipaje.

—¿Dónde la han…? ¿Dónde está mi madre?

—El médico se ha encargado de trasladarla a una funeraria, Linda. —La voz de John era tan compasiva que durante un segundo pensó en decir: «¡Anda ya, hombre, cualquiera diría que se ha muerto alguien!»—. ¿Pertenecía a alguna Iglesia? ¿Habría querido que el sacerdote…? —Yo asentí—. Llamaremos antes de salir, para darle tiempo.

—No me acuerdo de cómo se llama el cura. Pero todos los Johnston están enterrados en Brooklyn. —Hice girar la silla, pero empezó a chirriar otra vez y me quedé quieta—: ¿Sabías que el nombre de soltera de mi madre era Johnston? Todos tienen ojos castaños… y son muy guapos. Un poco bajos. Me parece que no te había hablado de ellos. —Pensé: «Nunca me has preguntado»—. Los hombres trabajan en los Metros. Operarios de mantenimiento y revisores, pero un primo era maquinista. Le miraban con respeto como si hubiera ido a Harward. «¡Jim es maquinista!».

—Lo siento, Linda —volvió a decir.

—Gracias. No nos vemos mucho y son un poco cortos, pero no faltan a ningún entierro. Tendré que avisarles —me eché a temblar. Estaba tiritando como si hubiera pasado de un baño caliente a una habitación fría. Me froté los brazos, tratando de controlarme, pero el temblor se agravó—. No me acuerdo de ningún número de teléfono —dije. Me salió una voz chillona—. ¿Sabes dónde está mi agenda, la pequeña?

Me ayudó a levantarme y me llevó hacia la puerta, sujetándome por la cintura con una mano y por el codo con la otra.

—Cuando lleguemos a casa la buscaremos. —Me hablaba con

tanta dulzura.

Me desasí bruscamente, volvía a la mesa y empecé a amontonar las carpetas con las que estaba trabajando. John se acercó como si quisiera impedírmelo, pero yo le grité:

—Documentos reservados. Tengo que guardarlos en la caja fuerte.

—Desde luego.

—No hace falta que me sigas la corriente, no voy a ponerme histérica. —No estaba histérica pero temblaba de pies a cabeza y apenas podía tenerme en pie y, mucho menos, andar. Cogí las carpetas y traté de cruzar la habitación. Choqué con la caja fuerte —. ¡Maldita sea, John!

—No te preocupes —dijo con voz paciente, tolerante—. Yo me encargo de todo.

Se encargó. Bueno, sólo durante los tres días siguientes, porque, según me explicó, no podía ausentarse de Washington por más tiempo; pero me llevó a casa, hizo el equipaje, llamó a Edward para advertirle de mi marcha y me acompañó en taxi a la estación donde, a pesar de la muchedumbre de soldados y marineros que hacían cola ante las ventanillas, consiguió un compartimiento en el primer tren para Nueva York. Incluso hubiera estado dispuesto a darme conversación durante todo el viaje. «¿Cómo te encuentras?», me preguntó, arrellanándome en la butaca, preparado sin duda para una respuesta de cuatro horas, pero yo dije: «Bien, supongo» y me quedé dormida. Cuando desperté, el tren estaba en Newark, Nueva Jersey.

En Nueva York, desde un hotel con vistas al Central Park, John volvió a hablar con el sacerdote y dispuso el funeral para el miércoles por la mañana. Luego, muy dulcemente, me preguntó si quería ver a mi madre. Cuando respondí que sí, ni parpadeó y me llevó en taxi a la funeraria «Hannemann» de Ridgewood.

Yo miraba a mi madre. Ni el recargado maquillaje, a base de ondulados labios rojo carmín y encendidas mejillas, disimulaba que mi madre había muerto consumida. Aparte el vestido que Cookie había elegido, uno de los modelos típicos de mi madre, una batita de tela a rayas, apropiada para una niña de catorce años, no había

el menor indicio de que esta anciana hubiera sido una muchacha hermosa, dulce, pavita y alegre. Su cabello rubio se había vuelto de un blanco sucio.

La habían puesto en un féretro que, evidentemente, había sido elegido por su yerno: madera oscura y cara, con sobrias asas de latón y forro de raso liso. Un féretro de persona formal; ella lo habría elegido con adornos de ángeles dorados y forro de terciopelo lila. Y, de haber podido opinar ella, el ataúd habría estado cubierto de una manta de flores propia del ganador del Derby de Kentucky. John había elegido una corona perfecta de flores blancas que parecía confeccionada por el florista de la familia Leland, y probablemente lo había sido. No se lo pregunté.

John estuvo a mi lado en todo momento esperando, imagino, que se me escapara un gemido de desesperación o un grito de angustia, para poder hacer algo como tomarme en sus brazos y sacarme de allí diciendo: «Vamos, vamos». En un momento dado me miró y me dijo: «Estás muy pálida»; quizás esperaba un desmayo. Pero yo permacecí erguida y quieta, pensando en mi madre, y en mi padre, y en Olga y, sin saber por qué, también en Alfred Eckert. Y preguntándome: «¿A quién tengo yo en el mundo que me quiera?».

Finalmente, dije:

—Vamos.

John me llevó fuera, pero no antes de que Mr. Hannemann, hijo, saliera corriendo de su despacho para abrimos la puerta. Su voz era ronca, de respeto y cortesía:

—Mi más sentido pésame, Mrs. Berringer. Si podemos hacer algo más por usted, estamos a su disposición.

Esto me hizo sentirme mucho peor, porque el hombre empleaba el tono con el que la gente de Ridgewood habla a la gente importante y, de repente, yo me sentí más sola que nunca. Había perdido al último miembro de mi familia. Yo me había convertido en la esposa de un rico abogado que calzaba zapatos caros, una extraña.

El taxi esperaba en la puerta y el taxímetro corría. Pregunté a John:

—¿Quieres ver nuestra casa?

—Me gustaría —dijo—, pero tenemos que volver a Manhattan. Necesitas un vestido para el funeral, y yo tengo que repasar los

papeles de tu madre —le miré fijamente y me explicó—: He llamado a Russ Weedcock y le he pedido que envíe a una de las secretarias a recoger los papeles de tu madre.

—¿Qué secretaria? —pregunté, y él se encogió de hombros con indiferencia. Yo me miré los zapatos de salón blanco y negro de veinticinco dólares que, ahora lo sabía, sólo podían llevarse de mayo a setiembre y pensé: «¿Dónde está mi sitio?».

Cuando volvimos al centro, John dijo:

—Te conviene descansar. Pediré a «Saks» que manden ropa al hotel para que no tengas que molestarte.

—Eres un encanto, John, muchas gracias. Te agradezco mucho todo lo que haces. Eres un marido maravilloso.

—Vamos…

—No estés violento —repuse.

John puso una conferencia a mi tía Annabel de Seattle. Los Johnston eran una familia bastante despegada. Ni siquiera se felicitaban en Navidad. Mi madre había perdido todo contacto con tres de cuatro hermanas. Cogí el teléfono: «Tía Annabel, soy Linda. La hija de Betty». Ella empezó a llorar, y durante un momento creí que ya lo sabía. Entonces me dijo que su marido, el marino, había muerto en junio, en Midway. «Estaba en el *Yorktown*, Linda —me dijo—. ¿Te enteraste?». Siguió llorando y agregó que su hijo mayor era inútil para el servicio, pero que el menor era guardia marina en el *Saratoga*. «Se llama Lester —dijo, y a continuación preguntó—: ¿Ha muerto Betty?». «Sí», contesté. Me dijo que lo sentía y que diera recuerdos a todos en el entierro.

Aquella noche cenamos en la habitación.

—Hum —dijo John—, tu madre no hizo testamento.

—La administración del patrimonio no era su punto fuerte —respondí yo.

—Sus únicos bienes son la casa y una muy pequeña cuenta bancaria.

—¿Creías que te casabas con una rica heredera? —pregunté levantando la mirada del bisté.

—No —repondió—. Sólo quería informarte, en mi calidad de abogado. He pedido a Russ que se encargue de todo lo que sea. ¿Te parece bien?

Yo le dije que sí, desde luego.

Lo malo de ser una muchacha que trabaja —y soltera— es que aprendes a encargarte de todas tus cosas, de manera que cuando el marido se encarga, no sabes hacerte la desvalida. Era la primera vez que John hacía algo por mí.

Cuando nos acostamos, dije:

—Tú te portas siempre muy bien.

—Si no quieres, no lo hacemos —y entonces comprendí que había pensado que yo hablaba del acto sexual. Me apreté contra él.

—Sí que quiero. Pero antes abrázame un rato.

Me abrazó, pero, puesto que ninguno de los dos tenía nada puesto, fue un rato muy corto. Se puso encima de mí y yo recorrí con las yemas de los dedos su espalda, sus nalgas y más abajo.

—¡Ay, Dios! —murmuró—. Siempre me haces lo mismo. Linda, no puedo resistirlo.

Retiré las manos y le pasé los dedos por la parte posterior de los muslos.

—¿Quieres que lo deje? —pregunté.

—No. Oh, Dios, un poco más.

—Te quiero.

—Un poco más.

De acuerdo, «un poco más» no es «te quiero» en francés, desde luego. Pero aquella noche me dormí con más ilusión que nunca desde que me casé. John había estado tan cariñoso, tan atento. No era sólo por la muerte de mi madre; hasta el peor tarugo del mundo puede portarse bien durante un par de días cuando hay una muerte en la familia. Pero aquel fin de semana en Maryland había estado maravilloso.

Me dormí pensando que ojalá el cambio de John se hubiera producido una semana antes, para haber tenido tiempo de llamar a mi madre y decirle: «Eh, mamá, te equivocabas con él. En el fondo, es un hombre bueno. Y me parece que empieza a quererme».

—«Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí… sí, aunque muera, vivirá».

El reverendo Bradley Norris de Brooklyn, que se encargaba de enterrar a los Johnston, tenía una voz que sonaba como la de Cecil B. de Mille anunciando *El signo de la Cruz*: campanuda, solemne y

un poquito británica. Pero era muy viejo, probablemente, de casi ochenta años, y bastante frágil. Y pobre. Su traje negro estaba tan raído que brillaba como la plata. Parpadeaba al sol deslumbrante de julio y constantemente se perdía en el libro de oraciones.

—«El Señor da y el Señor quita. Tal como dispone el Señor, así… así…».

Una de las primas, me parece que se llamaba Etta, gritó:

—«… así debe suceder».

Yo lancé una mirada de rabia a la prima, pero el reverendo Norris o era uno de los auténticamente mansos de corazón o era ya muy viejo para enfadarse. Se limitó a acercarse el libro a la nariz y continuó:

—Bendito sea el nombre del Señor.

En el cementerio de Brooklyn hacía calor. Entre las tumbas, la hierba tenía grandes zonas amarillas y mucha de la tierra removida alrededor de la tumba de mi madre estaba seca. Yo no podía mirar al interior de la fosa, a pesar de que estábamos muy cerca del borde.

John me había pasado el brazo alrededor de los hombros, en ademán de consuelo y de apoyo, pero yo no creía que fuese a derrumbarme. Miraba a los primos —habían acudido más de veinte— y, aunque eran de la familia, apenas sabía el nombre de la mitad. Era un grupo de desconocidos que se sabían los responsos como yo me sabía *La bandera de las barras y estrellas*. Me sentía como una intrusa en una ceremonia de un club al que no pertenecía.

No obstante, lo curioso es que, al contemplar a toda aquella colección de Johnston, comprendí que, a fin de cuentas, yo también era del club. Reconocía las facciones de mi madre en muchas de aquellas caras, algunas de ellas tan bonitas como había sido la de ella. Y hasta veía variaciones de mí misma: mi pelo en Ralph, en Agatha y en un chico de unos diecisiete años; mis mismos ojos —el mismo tono castaño e incluso las pestañas tiesas, un verdadero desafío para el rizador, supongo— en una de las mujeres que se había presentado como Loma, aunque, por la forma en que lo pronunciaba, con un acento de Brooklyn cien veces más marcado que el mío, que debió de dar escalofríos a John, sonó «Lo-ona».

El sacerdote decía con su voz sonora:

—El hombre que nace de mujer tiene poco tiempo de vida.

Crece y es cortado como una flor…

—¿Cómo estás? —me susurró John.

—Bien. —Pero me apreté contra él. Era evidente que los parientes habían oído hablar de John y era evidente también, por la forma en que le miraban, desde la raya del pelo hasta los relucientes zapatos, que estaban impresionados, salvo una de las mujeres cuyo nombre no capté y que, mientras esperábamos al reverendo Norris, se lo llevó aparte y le preguntó si demandaría en su nombre a su tintorero que le había desgraciado el abrigo de su marido. John le dijo que lo sentía mucho, pero que ahora estaba en Washington, que ya no ejercía en Nueva York. No se apure, dijo ella, pienso *pagarle*, y cuando él le dijo que no podía aceptar el caso, se quedó muy ofendida.

—En medio de la vida estamos con la muerte. —Yo pensé: «Anda ya, ¿en Brooklyn?». Pero luego me dije: «En Berlín»—. ¿Dónde podemos buscar el socorro sino en Ti, Señor, que por nuestros pecados justamente estás ofendido? —«Alfred —me dije—, este funeral también es por ti. Apuesto a que a ti no te lo hicieron». Y mientras el sacerdote proseguía, yo mentalmente traduje varias frases al alemán para Alfred— ceniza a la ceniza, polvo al polvo, esperando firmemente en la resurrección a la vida eterna… —Pensé, todavía en alemán: «Alfred, espero que no sólo sea eterna; espero que sea hermosa y elegante, como a ti te gusta»—. Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Infierno, ¿dónde está tu victoria?

El reverendo Norris entonó:

—Señor, ten piedad de nosotros. —Yo volví a pensar en mi madre y deseé que para ella el cielo fuera un chalé de luna de miel cubierto de rosas en el que la esperase mi padre. Y para la abuela Olga… Pero en aquel instante el sacerdote impetraba—: Cristo, ten piedad. —Me dije «¡Sooo!» ahuyenté a Olga y dije en silencio: «Adiós, mamá». Por fin, el reverendo Norris dijo otra vez—: Señor, ten piedad de nosotros.

Pero imagino que yo ya había llorado a Olga y a mi padre todo lo que tenía que llorarle, porque, en lugar de respetar su tumo, me puse a pensar en los hombres y mujeres e, incluso, críos pequeños que habían muerto tiroteados, bombardeados o quemados en la maldita guerra de mierda. Asesinados. Y fue entonces cuando lloré. «¡Oh Señor!, ten piedad de nosotros», pensé.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó John.

El coche que había alquilado para el entierro paró delante de la casa de mi madre. En el primer momento, John abrió mucho los ojos, pero en seguida asumió una expresión plácida, como si aquél fuera el tipo de casa que él veía continuamente. Con sus ojos, vi el tejado ondulado y la cinta adhesiva en las grietas de las ventanas, y me di cuenta de lo pobres que éramos.

Yo trataba de deslizarme hacia la puerta del coche, pero la seda húmeda de mi vestido negro se adhería al asiento. John dijo:

—Linda, no me gusta dejarte sola, pero tengo que regresar a Washington.

Me besó suavemente en los párpados y el conductor se apeó silenciosamente para sacar mi maleta del portaequipajes. Yo traté de tranquilizarle:

—No te preocupes. Estaré bien.

Lo que a mí me hubiera gustado oírle decir era: «¡Al diablo la OSS!». Y que se hubiera quedado. John me besó los dedos.

—Te llamaré todas las noches, y si ves que esto es demasiado para ti, dímelo y vendré en seguida.

Pero yo sólo le di un último adiós y bajé del coche que se alejaba como un gran yate negro, en dirección a Manhattan y la estación de Pennsylvania.

Creí que me quedaría toda la tarde sentada en la cocina, contemplando la copa del olmo de los Knauer, pero lo que hice fue quitarme los zapatos de tacón alto y entrar en la habitación de mi madre a trabajar. Al cabo de seis horas, todo lo que había salvado del desbarajuste era el anillo de boda, un brazalete de oro, un retrato de ella y de mi padre en el paseo marítimo de Atlantic City y el más disparatado de todos sus vestidos, una cosa púrpura muy provocativa con dos rosas gigantes de la misma tela cosida una en cada pecho.

En una de sus katiuskas, encontré una botella de ginebra vacía con el gollete manchado de lápiz de labios.

El armario del cuarto de baño estaba peor que el ropero. Las aspirinas y el «Bromo Seltzer» estaban sepultados bajo lápices de labios, cajas de colorete, polveras y sombreadores de ojos. Una

pastilla de rímel se había secado y desintegrado hacía años y todo estaba cubierto de una fina capa de polvo negro.

John llamó sobre las diez. Estaba en la oficina. «Sin novedad —informó—. Las catástrofes normales. ¿Estás bien, Linda?». «Muy bien», le aseguré y él preguntó: «¿Me perdonas si corto ya? Tengo horas de trabajo». «Pues claro», le dije y nos dimos el beso de buenas noches por teléfono.

Al día siguiente, trabajé y esperé. El agente de la propiedad vino, inspeccionó la casa y dijo que creía que podría sacar por ella dos mil dólares. «Que sean tres», dije. «Verá, Mrs…», dijo él dubitativamente. Era un tipo astuto, con un traje excesivamente elegante para Queens y un bigote a lo Errol Flynn. Le di el nombre y el número de teléfono de Russel Weedcock y le dije: «Es mi abogado. Él se encargará de las negociaciones y de la liquidación en mi nombre».

Cuando se marchó, me fui a la sala. Me di cuenta de que, durante todos los años que yo había vivido allí, mi visión se había oscurecido de modo acomodaticio. Ahora veía lo desastroso que estaba todo. La lana marrón del sofá y de las sillas estaba raída; el relleno, apelmazado y con bultos en los brazos y en los asientos. Una de las lámparas estaba rajada, otra mellada y las pantallas deshilachadas y chamuscadas por unas bombillas demasiado potentes. Las mesitas rinconeras que tan bonitas me parecían, no tenían nada de bonitas; eran tan enclenques que se estremecían sólo con que dejaras un vaso de agua encima.

Di media vuelta y me fui a la cocina. Estaba ordenada y reluciente. Como mi madre no comía, Cookie sólo tenía que guisar para sí. De todos modos, limpiaba de un modo muy personal; los grifos brillaban como plata recién pulida, pero más valía no mirar los rincones del suelo. Cookie también se encargaba de hacer la compra. La despensa estaba llena de latas de batata, macedonia, *foie-gras*, y cinco cajas grandes de té «White Rose». Estaba yo preparándome el almuerzo, a base de batata y té helado, cuando sonó el timbre.

—¡Voy!

Me sequé las manos en el delantal de carnicero que me había puesto, uno que mi padre había traído de la fábrica, y corrí a la puerta. No era el empleado de la compañía del gas que venía a leer

el contador. Era Gladys.

—Espero… espero que no te moleste —dijo. Me tendía un sobre marrón—. La escritura de tu madre. Hum, Mr. Weedcock dice que está en regla. Iba a mandar a Mildred Treacher, una nueva, pero yo… me ofrecí a traértela porque… —estaba sofocada y nerviosa. Tenía la cara blanca y reluciente de sudor; te hacía pensar en un huevo duro. Su vestido, el de los domingos, de glacé verde con cuello de encaje blanco, era más propio de una cena de Navidad que de hacer un recado una sofocante tarde de julio.

—Pasa, Gladys —dije, y abrí la puerta de par en par.

—Oh, no. No quiero molestar. Pero deseaba decirte… que siento mucho tu pérdida. —Hablaba a trompicones y comprendí que había ensayado lo que tenía que decir, pero parecía tan nerviosa que era evidente que se le había olvidado algo.

La tomé del brazo y tiré de ella.

—Bueno, deja de hablarme como a Mrs. Berringer. Yo soy Linda. Siéntate. —Vacilando, como si temiera que de un momento a otro yo fuera a gritarle «¡Pero tú qué te has creído!», entró en la sala, le pregunté—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Quieres té helado?

—No, gracias. —Miraba la habitación: las mesas, las sillas, las cortinas—. Es bonita la casa. Muy hogareña. —Sería que yo me había acostumbrado a vivir en el mundo de John, pero lo cierto es que durante un segundo pensé que se burlaba. Luego recordé el cuartito que ella tenía alquilado en el segundo piso de la casa de una familia desconocida. Gladys contemplaba un cuadro colgado encima del sofá. Representaba un campo de tulipanes rojos y rosa, con un molino de viento en el fondo. Tenía marco pero no cristal. En letras pequeñas, en el ángulo inferior derecho, decía: «Con los mejores deseos de “Roscoe & Schmidt”, Embutidos. Chicago, 1908». Era un regalo de boda del jefe de mi padre—. Es bonito el cuadro.

—Gracias. —Si John lo hubiera visto, habría sonreído compasivo y autosuficiente, como diciendo: «Un mal gusto patéticamente típico». Pero Gladys se sentía tan atraída como si aquello fuera el Edén—. Siéntate, Gladys.

—No quiero interrumpir.

—Por favor, no hay nada que interrumpir. —Se sentó muy

rígida, como yo me figuré que se sentaría, en el borde del sofá. Había venido a ver en qué me había convertido y, probablemente, también a averiguar si había revelado los secretos de nuestros almuerzos, si había amenizado las reuniones de los abogados con anécdotas de sus secretarias. Pero al verme con mi caro vestido negro debajo del delantal de carnicero, mis medias de seda, mi caro corte de pelo y mi anillo de boda, no se atrevía a preguntar—. ¿Cómo estás, Gladys?

—Bien —dijo, y se oprimió las manos sobre su bolso de charol.

—¿Cómo están las chicas?

—Bien.

—¿Y Lenny?

—Bien. —Desvió la mirada hacia los tulipanes.

—¿Marian?

—Bien.

—¿Wilma? —Se encogió de hombros—. Anda, Gladys. Yo no he dicho ni media palabra. Puedes contarme lo que pasa. —Miró en derredor, como si todavía esperase verse rodeada de policías, dispuestos a arrestarla si abría la boca—. Te lo noto en la cara. ¡Hay novedades con Wilma! ¿Es que vas a disimular conmigo?

Tardó, pero al fin susurró:

—La despidieron.

—¿Que la despidieron? ¿No sería Mr. Post?

—El mismo. En realidad… Yo lo *veía venir*.

—¿Cómo? —Me senté a su lado. Estaba rabiando por enterarme y ella lo sabía.

—Pues, de golpe y porrazo, él empezó a marcharse a su casa a las seis en punto.

—¿Tú crees que Mrs. P. le planteó un ultimátum?

—No.

—¿No?

—Fue Wilma.

—¡Bromeas!

—No. Después de lo tuyo, en fin, de que tú te casaras, un día, a la hora del almuerzo, hablábamos de ti… —Bajó la cabeza.

—Vamos, mujer, no tiene importancia. De haber estado allí, yo también habría hablado de mí.

Gladys, impulsivamente, me tomó una mano.

—Y Wilma va y dice, muy segura de sí: «¿Quién ha dicho que el rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio? Puede haber otros jefes que encuentren a las secretarias artículo apto para el matrimonio». De todos modos, dos días después, Mr. Post salía disparado a las seis en punto, con la cartera. Y al final de la semana siguiente… Bueno, por lo menos, le buscó otro empleo. En «Dahlmaier Brothers», los asesores de inversiones… Tú ya los conoces.

—Todos los días rezo una oración de acción de gracias a Quentin Dahlmaier. ¿Te acuerdas del día en que Lenny descubrió quién era? ¡Dios, si parece que hace cien años!

—¿Linda?

—¿Qué?

—Lo siento. Me refiero a lo que pasó entre nosotras.

—Yo también, Gladys. —Se hizo un silencio que fue agradable durante un par de segundos, pero se prolongó demasiado. Me di cuenta de que estaba deseando preguntar: «¿Qué tal es estar casada? Estar casada con él. Ir a las fiestas de los abogados. Ser rica. ¿Es como nosotras soñábamos?». Pero me di cuenta de que no tenía respuesta, ni para ella ni para mí. De manera que yo me adelanté a preguntar—. ¿Y Anita Beane? ¿Se casó con Herbie?

Gladys irguió el cuerpo.

—¿Es que no te has enterado?

—¡No! ¿Qué ocurrió? Cuenta.

Y me contó durante dos horas.

Cuando por fin nos despedimos las dos teníamos lágrimas en los ojos, y llevaba el cuadro del campo de tulipanes debajo del brazo.

A última hora de la tarde entré en la habitación de mi abuela Olga. Yo la había recogido poco después de su muerte, pero ahora, mientras esperaba a que el conserje del Hogar para Ancianos de la Iglesia Luterana del otro lado de Ridgewood viniera a recoger los muebles (el Ejército de Salvación los rehusó cuando les describí lo que les ofrecía, pero, al parecer, los luteranos tenían un mal año), entré otra vez en el cuarto de mi abuela.

Allí no había nada más que la cama estrecha, desmantelada, un sillón y una mesita de noche. Sin saber por qué, abrí las puertas que había dejado del cajón de la mesita. El hueco parecía vacío, pero, al palpar en su interior, encontré unos papeles pulcramente atados con un cordel. Resultaron ser un centenar de recetas que Olga había

recortado de su periódico alemán favorito. *Salat von Gerauchertem Aal*, ensalada de anguila ahumada; *Zwetschgeknodel*, buñuelos de ciruela. Ella me había enseñado a hacerlos. Busqué otra vez y encontré otro paquetito. Cartas amarillas, algunas eran tan viejas que se deshacían, todas escritas en la letra fina y picuda que se enseñaba a las niñas en los colegios alemanes. Deduje que eran las primas que Olga tenía en Berlín. Probablemente se habían carteado desde que ella salió de Alemania con mi abuelo allá por el año 1880. Al repasarlas descubrí entre ellas un pergamino. Lo desdoblé cuidadosamente y vi que estaba escrito en caracteres extraños que debían de ser hebreos. No tenía idea de lo que podía ser, pero volví a doblarlo y lo puse todo en mi maleta.

«Es tan triste que ni llorar puedo —dije a John aquella noche, cuando me llamó—. No queda absolutamente nada de mi antigua vida». «Lo siento», dijo él.

El viernes fue un mal día. No había nada más que hacer que llamar a la compañía del gas y a Russell Weedcock y luego esperar a que me llamaran ellos. Aquella noche John dijo: «¿Cuándo te parece que volverás a casa? No me acostumbro a estar sin ti». Yo le dije que probablemente tendría que quedarme el lunes y el martes, porque Russell quería que firmase unos papeles y había que encargar otra llave para el agente de la propiedad. «Te echo de menos», le dije. «Linda, ya sé que es una lata, pero procura dejarlo todo ultimado, para no tener que volver. Tengo una idea: Llámame para decirme en qué tren vienes e iré a esperarte a la estación. Si puedes llegar sobre las seis o las siete, yo dejaría el despacho y luego iríamos a cenar por ahí. No quiero que tengas que guisar la primera noche», me contestó.

Aquella noche, en mi vieja cama, deseé a John. El deseo era tan fuerte como dos años y medio atrás, cuando era su secretaria solterona. Pero con la diferencia de que ahora yo sabía lo que me perdía.

Por lo tanto, a las seis de la mañana siguiente, pasé mi propia llave y una nota por debajo de la puerta de la oficina del agente inmobiliario, tomé el Metro hasta la estación Penn y subí a un tren para Washington. Llegué a casa antes del almuerzo, pero sabía que John estaría en el despacho. De manera que pensé que tenía tiempo para darme un buen baño. Después iría a la oficina, a darle la

sorpresa. Se la di.

19

John no estaba en la oficina. Desde la puerta oí música clásica a todo volumen. Dejé la maleta y entré en la sala sonriendo. John estaba echado en el sofá. Y tenía en brazos a Nan Leland Berringer Dahlmaier.

—¡Dios! —Se separaron. John se incorporó, me miró menos de un segundo y bajó la cabeza. Yo seguí mirándole, deseando ver sus ojos otra vez. A Nan no podía mirarla, pero noté que se deslizaba lentamente por el sofá, buscando la protección del grueso brazo. Yo no pensaba en ella. Yo deseaba más que nada en el mundo ver la cara de John, sólo le veía el pelo.

—¿Qué puedo decirte? —susurró.

—Eres formidable, John —dije yo. ¡Qué voz tan clara! Me sentí serena o, por lo menos, dueña de mí misma. Pero en seguida el furor se me vino encima con el ímpetu de una pandilla de matones que me atacara a puntapiés y puñetazos. Casi no podía respirar; cada vez que abría la boca para aspirar el aire, de la garganta me salía un gemido agudo, como el grito de un cachorro indefenso.

John me abandonaba en el momento en que yo más necesitaba un amigo. Me había traicionado. Aquel fin de semana, en Maryland, había jugado conmigo. Y yo, como una estúpida, creí que su ternura y su dulzura nacían del amor. «Bueno —pensé—, quizá sí. Amor por Nan».

La miré entonces. Estaba acurrucada en un extremo del sofá, agarrada al brazo. También había bajado la cabeza, pero de miedo, temblando, como si esperase que de un momento a otro yo fuera a sacar un revólver o a darle de puñetazos.

—¡Bueno, basta ya! —dije. Ella me miró. Yo me dije: «Lo único que ha heredado es una buena osamenta. Ni el valor de su padre ni

la vivacidad de su madre». Tenía la cara descolorida, casi del mismo *beige* que su vestido de lino tan bien cortado. No se me ocurría qué otra cosa podía hacer yo, por lo que señalando la puerta con el pulgar le dije—: ¡Fuera!

John levantó la cabeza.

—No te enfades con Nan, te lo ruego —me dijo—. Es culpa mía.

—No —interrumpió Nan—, la culpa es mía. —Tenía los ojos de su padre y, aunque no tan oscuros ni sombríos, eran persuasivos, brillantes y profundos a la vez—. Sé que no tengo derecho a pedirte perdón, Linda… ¿Puedo llamarte Linda? —Mi mirada de cólera la hizo callar, pero al cabo de unos instantes agregó—: Lo último que deseo en el mundo, y me parece que hablo también por John, es causarte daño. Esta situación…

—Quiero que te marches ahora mismo —le dije. La verdad es que yo estaba muy cortés. Como en el cine cuando dices: «Señora, ¿le molestaría quitarse el sombrero?»—. *Ya*.

—Por favor, escúchame. Ya sé que los tres estamos traumatizados, pero personalmente, yo siento… un imperativo moral…

La cortesía se evaporó.

—¡No abuses de tu suerte! —grité. Di un paso hacia ella, rodeando la mesita de centro en la que estaban las dos tacitas de café y los periódicos de la mañana abiertos. Me di un golpe en la espinilla con el canto de la mesa, pero no sentí nada. Las tazas tintinearon histéricamente. Di otro paso.

Y Nan Leland, etcétera, etcétera, estaba en la escalera antes de cinco segundos.

No lloré, ni grité, ni di portazos. John seguía sentado en el sofá. Miré las tazas; observé que ella también tomaba el café solo.

—Lo siento —dijo él por fin.

—¿Qué sientes? ¿Que te haya sorprendido o el haberme engañado?

—Las dos cosas, supongo —dijo en voz baja.

—¿O no haber salido corriendo tras ella cuando se fue? ¿No quieres bajar a la esquina? No ha tenido tiempo de pedir un taxi.

Giró el cuerpo hacia la ventana, pero en seguida se volvió hacia

mí.

—¿Quieres sentarte? Tenemos que hablar.

Me senté en la mecedora que estaba frente a él. Esperé. Pero él no decía nada, sólo miraba la alfombra.

—Me has dicho que me sentara. Dijiste que tenemos que hablar. —John no decía ni palabra—. Comprendo, pretendes hacer una brillante exposición de los hechos de tu caso. Olvídalo. No hay caso. Eres un farsante, un embustero y un canalla de primer orden. Éstos son los hechos.

Levantó la mirada.

—No lo discuto.

—¿Cuándo empezó la cosa?

—En mayo. Vino a Washington a últimos de mayo, pero no ocurrió como tú imaginas.

—A que sí. Ella vino a ver a papaíto y a quejarse de Quentin, pero quizás el papá la mandó a paseo. Y entonces acudió a ti, porque necesitaba un amigo. Un amigo compasivo. Ninguno de los dos tenía intención de dejar que las cosas fueran más lejos. —De repente, alargué el brazo y, de un manotazo, tiré el servicio de café a la alfombra. Una taza golpeó la pata de la mesa y el asa se rompió —: ¿Qué tal lo hago, John? ¿Acierto?

—Supongo… —dijo él contemplando el asa—. Si lo miras superficialmente…

—¿Cómo quieres que mire el adulterio? ¿Profundamente?

—Lo que quiero decir es que no es tan simple como tú lo expones.

—Pues cuenta, ¿cómo es? Vamos, sé profundo, si eso te satisface. Pero quiero que trates de entender una cosa, algo que hasta ahora no has entendido.

—¿El qué?

—Que yo soy tan lista como tú. O más. De manera que no trates de largarme un cuento sobre la pobrecita Nan que no tiene madre o sobre dos intelectos que laten al unísono. Yo sólo quiero saber lo que pasó. El quién, el qué, el dónde y el cuándo. —Di un puntapié a un plato—. No me importa el porqué.

—Tomamos unas copas un par de veces. —Se frotaba las manos como si se las calentara delante de una chimenea—. Me habló de su matrimonio.

—¿De cuál de ellos?

—Por favor, Linda. Fue desgraciada con Quentin desde el principio. Él la trataba como… como un objeto que hubiera comprado para su colección.

—¡Vaya colección que debe de ser!

—No me lo pones fácil.

—Más fácil de lo que te lo he puesto… Continúa. ¿Cuándo empezasteis a acostaros?

—¿Es preciso decirlo de ese modo?

—¿Qué prefieres? ¿Una palabra que empieza por /? —dije, y el corazón me galopaba y otra vez me faltaba el aire.

—La primera semana de junio, Ed tuvo que ir a Nueva York. Yo iba a verla. ¿Eso es lo que quieres oír?

—Pero venías a casa todas las noches.

—Sí.

—Y nunca dejamos… ¿Te acostabas con ella y conmigo?

—Sí.

—¿Por qué? —No contestó—. Te he preguntado. *¿Por qué?*

—Porque no quería que sospecharas.

—O sea, que te acostabas conmigo por amabilidad.

—No. —Dejó de frotarse las manos y empezó a retorcérselas—. Yo no quería… renunciar a todo lo que había entre nosotros.

—¿Y qué es…?

—La relación sexual.

—¿Y nada más? —No contestó. El corazón, que se me había disparado, soltó un latido. Yo pensé: «¿No tendría gracia que ahora me muriese de un infarto?». Pero me obligué a proseguir—. ¿Qué más hay entre nosotros dos a lo que no quieres renunciar?

—Nada. —Tragó saliva—. Perdona, pero dices que quieres la verdad.

—Sí. —La verdad, yo estaba segura cuando nos cogimos las manos sobre una fuente de ostras asadas en Maryland y, después, aquella misma noche, cuando él encendió el farol en nuestra habitación para que cada uno pudiera contemplar el placer del otro a la luz de la llama, la verdad era que él estaba enamorándose de mí. Habría jurado que, incluso a aquella luz tan débil y temblona, lo había descubierto.

Si el corazón no me hubiera martilleado en el pecho, si yo no

hubiera aspirado con ansia hasta sentir un vahído, habría podido creer que estaba muerta. Porque no sentía nada. El vacío absoluto.

—¿Y ahora qué hacemos? —dije.

—No lo sé.

—¿Te vas de casa? ¿Me voy yo? Tú eres el abogado. ¿Cuál es el paso siguiente? —Nunca hubiera creído que una parte de mí fuera capaz de seguir hablando pero seguí—: ¿He de contratar a un detective privado? ¿O voy arriba, encuentro el camisón de Nan en la cama y lo presento al tribunal? —Miró hacia la escalera. Yo agité en el aire una imaginaria prenda vaporosa—. Aquí está la prueba A, Señoría. —Me parecía que iba a desmayarme; me encontraba un poco mejor—. Vamos, John, ¿cómo nos divorciamos? Tú debes de haberle hablado del futuro —dije ahuecando la voz—. Ella estará esperando. No creo que esté pasando el verano en Washington porque le chifla la humedad.

—Sí, está esperando.

—¿El qué?

—Que yo tome una decisión.

Me eché a reír. ¿Quién habría podido resistirlo?

—¿Te haces desear?

—No se trata de hacerme desear.

—Claro que sí. Estás jugando con ella. Ahora te desquitas. «Nan —le imité—, tú me abandonaste. ¿Creías que tu palmaria insensibilidad podía ser intrascendente?». ¿Qué tal?

—No está mal.

—Dime qué hago, John. ¿Tengo que buscar un abogado?

—Sólo si quieres divorciarte de mí.

—¿Y qué quieres tú?

—No lo sé. Quiero a Nan. Nunca he dejado de quererla. Sé que eso debe doler…

—Es fantástico cómo os preocupáis los dos de lo que a mí me duela. Mira, dime de una vez lo que quieres hacer. ¿Casarte con ella otra vez?

—Una parte de mí lo desea.

—¿Qué parte? ¿La de arriba? —Puso las manos en el regazo—. Pero la parte de abajo todavía siente hormigueo por mí. ¿No es así?

—Imagino que sí.

—¿Tan bien lo pasas conmigo?

—Supongo… que es evidente.

—¿Y tan mal te va con ella?

—Linda, no quiero hablar de eso.

—No sería honorable.

—Exactamente.

—Y tú eres hombre de honor. —Volvió a mirar por la ventana—. Escucha, yo estoy loca por ti. Eso lo sabemos los dos. Pero no tan loca como para quedarme esperando tranquilamente mientras tú resuelves el conflicto entre tu parte superior e inferior. Si realmente la quieres, cásate con ella. Ahora tiene, ¿cuántos? ¿Veintitrés años? Y será Nan Leland Berringer Dahlmaier Berringer. Me gustaría ver su tarjeta de visita cuando cumpla los treinta.

—¡Oh! —exclamó John—. ¿Tú crees que volverá a dejarme?

—¿Qué crees *tú*?

—No lo sé. —Aspiró profundamente—. Pero una cosa sé y es que no puedo decidirme a renunciar a ti.

—¿Por qué no? Por veinte pavos encontrarás quien te haga lo que te hago yo y no tendrás que llevarla a las cenas.

—Es que no es sólo lo sexual.

—Hace dos minutos dijiste que lo era.

—Siento una obligación moral hacia ti.

—Estás dispensado. Y escucha: yo sospecho que si dudas en dejarme es porque temes quedar como un pelele, un juguete de Nan. No tienes por qué preocuparte. Di que yo era la pájara ambiciosa e intrigante que deshizo vuestro matrimonio y que cuando no me compraste un visón y una diadema de brillantes me escapé con un gángster. ¿Y sabes lo mejor? ¡Que todos tus amigos se lo creerán!

—Linda, basta —dijo, y dedicó una mirada tierna, como las de la bahía de Chesapeake y el cementerio de Brooklyn—. Yo sé que me quieres.

—¿Y de qué sirve? ¿Te ha impedido acostarte con Nan? ¿Decirme que la quieres? ¿El que yo te quiera te hizo mirarme alguna vez como a un ser humano que vale para algo fuera del dormitorio, que tiene dignidad?, ¡puñeta! —Me levanté—. A ella la amas y *le hablas*. —Yo empezaba a imaginarme un cuadro: John y Nan, después cubiertos con las sábanas, conversando, sonriendo, admirándose mutuamente el ingenio. En mi imaginación, la cama

era tan grande que se perdía en el infinito—. ¿Dónde lo hacíais? —pregunté.

—No me parece apropiado…

—¿Aquí?

—Sólo estos últimos días. Dos o tres veces, en un hotel. Pero, generalmente, en casa de su padre.

—Oh, qué bonito. ¡Yo matándome a trabajar por su padre hasta las nueve o las diez de la noche para que vosotros tuvierais tiempo de pasarlo bien en Georgetown! —De repente, me sentí mareada, con una náusea interminable—. ¿Ed estaba al corriente? —conseguí decir. John no contestó—. ¡Maldita sea! ¿Él me tenía allí por las noches para que tú y su niña…?

—¡No! Desde luego que no. Pero él lo sabía, naturalmente.

—Oh, naturalmente.

—Linda, Ed es un hombre de mundo. Lo sospechó en seguida.

—¿Desde cuándo lo sabe? ¿Desde últimos de mayo?

—No sé. Primeros de junio, desde luego. Dijo claramente a Nan que él lo reprobaba. Más que reprobarlo. Y la semana pasada le pidió que se fuera de su casa, prácticamente le ordenó que volviera con…

—Su marido.

—Sí. Esta… situación ha enfriado mis relaciones con él. Más que enfriarlas, yo diría que las ha destruido. —Si antes parecía incómodo y compungido, ahora estaba desconsolado. Tenía la voz ronca cuando hablaba de Edward, casi como lágrimas en la garganta—. No es que me haya dicho nada, pero es evidente que todo esto le parece… indecoroso. Está muy serio conmigo.

—¿Crees que ella hará caso a su padre y volverá con Quentin?

—Sólo si yo…

—… si tú no la quieres a tu lado.

—Sí.

—Bien. Tienes una semana para decidirte.

—¿Una semana? Estás hablando de mi *vida*.

—Mira, si me dejas, ¿sabes qué tendrás? Tendrás una esposa, y ni siquiera tendréis que comprar fundas para la almohada. Tendrás una carrera. Tendrás amigos con casas de campo y balandros. Tendrás un tejado sobre tu cabeza. Un lugar en el mundo.

—Linda, tú tendrías una pensión.

—John, una pensión es dinero. Si me dejas, ¿qué más tendré? —Se miró sus blancos zapatos veraniegos—. Entonces, ¿imaginas que voy a quedarme esperando seis semanas o seis meses, acechando señales de esperanza? ¿Rezando para que encuentres algo bueno en mí? ¿Y crees que voy a consentir que me toques cuando llegues tarde a casa, sin saber si lo que estás haciéndome a mí es lo mismo que le hiciste a ella media hora antes?

—Yo no…

—Tú sí. Ya lo has hecho. De acuerdo, eres un chico con clase. Probablemente, te duchabas en el intervalo. O ella o yo. Elige.

Me eligió a mí. Me eligió porque, dos días después, Nan fletó un avión y volvió junto a Quentin. Yo me preguntaba si se había ido porque todo el episodio era tan sórdido que la desagradaba o porque ya se había divertido bastante comparando maridos, o porque ya había cubierto sus necesidades de pasión y le apetecía volver junto a un hombre que tenía tres casas, doce criados y un sillón en el patronato de la Filarmónica de Nueva York.

Era fácil imaginar que ella no había regresado a Southampton, Long Island, porque temiera que John me eligiera a mí. El pánico no le había hecho perder la cabeza, y yo suponía que, incluso acurrucada en el extremo del sofá, había podido valorarme y decidir que yo no era mucho más que una cara bonita.

—Escucha —le dije la noche en que Nan se fue—. Aunque se haya ido para siempre, eso no quiere decir que tú tengas que cargar conmigo. Como dicen en los anuncios de los coches: «Ahora es el momento de cambiarme por un nuevo modelo». O, simplemente, dejarme.

—Linda, no digas eso. Estamos casados.

—Llevamos casados dos años —respondí—. ¿Y si ella vuelve a cambiar de idea? ¿Y si un día decide casarse contigo otra vez?

—Eso terminó —me aseguró. Su voz era serena, firme, sincera. Bueno, por lo menos tuvo el detalle de no jurármelo por su honor.

Yo no volví al trabajo hasta el lunes siguiente. Oficialmente estaba de luto por mi madre. Extraoficialmente estaba triste por mi madre y deprimida por haberme quedado sola, sin familia. A los Johnston no los contaba porque aparecían muy de tarde en tarde y,

siempre, de negro. Y, cuando leí las cartas que había encontrado en la habitación de Olga y traído a Washington, comprendí que, probablemente, nunca vería a sus remitentes. Eran dos hermanas, Liesl y Hannah Weiss. Solteras. Vivían en Berlín, en el mismo apartamento, y escribían unas cartas interminables, llenas de faltas de ortografía, acerca de acontecimientos tales como la boda del primo Manfred con una de las chicas Geist, con minuciosas descripciones del vestido de la novia y de lo dura que estaba la gallina.

Probablemente la correspondencia había durado más de treinta y cinco años y en ella Liesl se quejaba mucho del tiempo y Hannah de sus dientes y, después, de sus dentaduras. Pero en ninguna de las cartas había indicios de que fuesen judías, ni de que la subida al poder de Hitler hubiera tenido algún efecto en sus vidas, salvo por una frase. En la última carta de Hannah, con matasellos del 23 de febrero de 1937, se leía: «Como puedes imaginar, nuestra vida no es tan feliz como antes».

Yo sabía que no lo era. El domingo por la noche, John levantó la mirada de un informe que estaba leyendo para decirme: «Escucha esto. Después del final del año, a los judíos no se les permitirá tener animales de compañía; tendrán que llevarlos a las perreras, donde serán sacrificados, porque están contaminados de sangre judía». Yo no podía hablar: John no lo notó. Él prosiguió: «Esta locura no tiene límites. Quiero decir que comprendo que a la gente no le haga ninguna gracia tenerlos de vecinos, pero esto… Y matar los perros». Movió la cabeza. Luego volvió al informe y me pidió que le preparara un vaso de té helado.

Y, también extraoficialmente, no volví al trabajo porque no quería ver a Edward. Durante toda la semana me despertaba tres o cuatro veces durante la noche. Revivía la escena de cuando sorprendí a John y Nan y pensaba en las cosas irónicas o brutales que hubiera podido decir. Luego, volvía a dormirme. Pero, cuando pensaba que Edward estaba enterado de lo que había entre los dos prácticamente desde el principio —y que durante aquel tiempo yo le había hablado con tanta confianza, exponiéndole mi vida—, tenía que levantarme y me quedaba tiritando en el sofocante Washington

durante el resto de la noche.

Yo sabía extraoficialmente, que él me había hablado, como no había hablado con nadie, acerca de Caroline y de otras cosas. Que se sentía un patán cuando llegó a Yale y nadie le hacía el menor caso y que había tenido que hacer un esfuerzo para quedarse y no salir huyendo hacia la granja. Y que, cuando estaba en el hospital, después de todas las operaciones que le habían hecho en la cara y en el hombro, no comprendía por qué no recibía carta de su hermana menor; él le escribía una y otra vez, pero hasta que volvió a su casa no supo, por su madre, que su hermana había muerto de polio el año antes. Decía que se había sentido cruelmente engañado; la persona que menos habría querido herirle le había causado el mayor dolor.

«Bien, camarada —me hubiera gustado decirle—, sé exactamente a qué te refieres. Porque, en todo este mundo, tú eras lo más parecido a un amigo que yo tenía y tú me has engañado de la forma más cruel».

—Linda —dijo Edward. Se puso en pie, dio la vuelta a la mesa y se situó a mi lado. Me puso una mano en el hombro—, sentí mucho lo de su madre.

Yo me eché hacia atrás, de manera que su mano cayó en el vacío.

—Muchas gracias —y pensaba: «Durante un mes lo supiste y no me diste ni un indicio. Hubieras podido decir: “Últimamente ando muy ocupado, con Nan en la ciudad”». O, bien, «ya que me cuentas toda la maldita historia de tu vida, olvídate de tu profesor de Economías que te aceptó en el seno de su familia y te daba calor de hogar y jerez en New Haven y, en vez de eso, insinúa que tu hija y su marido número dos han tenido una pelotera. Eso es todo lo que hubiera necesitado, Ed, amigo».

—Debe de haber sido un golpe por partida doble —dijo—. Ella era la última de su familia inmediata, ¿verdad?

—Prefiero no hablar de ello.

—Está bien. Lo comprendo.

Y lo comprendió, un segundo después. De repente, tuvimos uno de nuestros fogonazos de tácito entendimiento. Nos mirábamos a los ojos, y zas, él se puso rígido. Comprendió que yo lo sabía, que sabía no sólo lo de John y Nan sino que él estaba al corriente de

todo el asunto. De todo el lío. Entonces Edward hizo algo que yo no creí verle hacer nunca: desvió la mirada. De pronto, un mensaje telefónico que estaba en el borde de su mesa se hizo importantísimo. Lo recogió y se puso a estudiarlo como si fuera un nuevo código criptográfico que tuviera que aprenderse.

—Perdone —dije—, tengo que ir a trabajar. Mi sustituía ha dejado tres días de dictado que pasar a máquina y su taquigrafía es un galimatías.

Dejó el papel encima de la mesa.

—Linda —empezó. Luego, bajó la voz y tuve que hacer un esfuerzo para oírle—, no sé qué decir, pero quiero decir algo. Yo…

—Muchas gracias por el pésame.

Y salí del despacho.

Me convertí en una máquina. Durante días y días, seguía a Edward a las reuniones, tomaba al dictado, contestaba al teléfono, escribía a máquina, traducía. El desfile de los refugiados que venían a dar información era más y más nutrido. El antedespacho en el que yo trabajaba estaba lleno de gente sentada en sillas plegables, personas de cara blanca como la tiza que nunca te miraban a los ojos, ni a mí ni a los de los otros. Contemplaban el suelo o se miraban los pies.

Cuando Edward estaba dispuesto a recibir al siguiente, yo decía: «Frau Schluter [o Herr Abendroth] tenga la bondad de seguirme». Y ellos entraban arrastrando los pies y mirando al suelo como si fuera un terreno peligroso y traidor que pudiera abrirse, tragárselos y cerrarse aplastándolos de manera que no pudieran ni gritar pidiendo socorro antes de ser borrados definitivamente. De cada uno yo pensaba: «Pobre señora, pobre hombre», mientras los conducía al sofá. Porque Edward no se limitaba a interrogarles, para extraer la información que necesitaba: él siempre quería saber lo que les había ocurrido. De manera que cuando yo traducía sus relatos, insoportablemente tristes, pensaba: «Qué horror». Pero era la compasión automática de una máquina. Tch-tch. El siguiente. Tch-tch.

Pero un día, una semana después de volver al trabajo, introduje en el despacho de Edward a Wemer Liedtke. Trabajaba en la

Compañía de Electricidad de Berlín; era el que repartía los contadores por toda la ciudad: un hombre corriente, pero aquel hombre corriente podía confirmar o desmentir la información que habíamos recibido acerca de las centrales eléctricas del norte de Alemania.

—¿Quiere café? —le preguntó Edward. Herr Liedtke, que había llegado a Filadelfia hacía dos días en un barco lleno de refugiados, no hablaba inglés, por lo que yo tenía que traducir al tiempo que tomaba notas.

—No, gracias —dijo—. Café, no. —Se miró los zapatos. Zapatos nuevos, americanos, quizás un poco anchos.

—El Gobierno de los Estados Unidos agradece que haya querido colaborar viniendo hoy aquí. Comprendemos que tiene que ser difícil hablar de lo que acaba de dejar, pero necesitamos todos los detalles, todos los datos que podamos recoger.

—Gracias, señor —murmuró Herr Liedtke.

—Y es urgente que reunamos la máxima información sobre la fabricación de energía, antes de que cambien las condiciones.

—Sí, señor.

—¿Ha venido usted solo?

—Sí. Solo.

—¿Tiene familia en Alemania?

—Mi familia… Mis hermanos. Una hermana.

—¿Es usted judío?

—Oh, no. Yo, no. —Escondió los pies debajo de la silla y encorvó los hombros, como si tratara de hacerse más pequeño, para ofrecer un blanco menor—. Mi esposa. Ella era judía. Se la llevaron en 1940. El 18 de mayo. Agentes de la Gestapo fueron al apartamento y dijeron: «¿Ruth Liedtke?». Y ella respondió: «Sí».

—¿Y se la llevaron entonces? —preguntó Edward en voz baja.

—Sí.

—¿Usted no ha vuelto a verla?

—No.

Yo pensé: «¿Cuántas de estas patéticas historias desea oír Edward?».

—¿Tenían ustedes hijos? —preguntó.

—Un chico.

—¿Cómo se llama? —Herr Liedtke movió la cabeza—. Lo siento

—dijo Edward—. No le haré más…

Yo traducía casi simultáneamente, por lo que Herr Liedtke nos interrumpió a los dos al decir:

—Jurgen. Se llamaba Jurgen —dijo dirigiéndose a sus zapatos nuevos americanos.

—Comprendo —dijo Edward.

—No. A él no se lo llevaron con mi esposa. Después de aquello… no pasó nada. Yo esperaba, pero pasó mucho tiempo y comprendí… pensé: «Jurgen está a salvo». Iba a la escuela. No nos hacían preguntas. Era un buen chico. Doce años tenía. Estaba un poco grueso, pero últimamente había dado un estirón, aunque seguía teniendo la cara redonda.

—Debía de ser un guapo muchacho —dijo Edward.

—Sí, un guapo muchacho. —El padre sacudió la cabeza. Tenía el pelo gris y una calva del tamaño de un dólar de plata—. La última semana de junio hubo una redada de judíos. Yo no tenía miedo. Pero de repente empezaron a golpear la puerta con los puños y las botas, haciendo un ruido horrible. Preguntaron por Jurgen y yo les señalé al chico diciendo: «Miren, él no es…». Y les enseñé sus papeles. «¿Lo ven?». Eran dos. Cogieron a Jurgen cada uno por un brazo y lo sacaron a rastras. Bajaron cuatro tramos de escaleras. Yo corría tras ellos, y el chico no paraba de gritar. «¡Padre!». Y ellos lo arrastraron a un pequeño autobús y trataron de hacerle subir, y yo corrí hacia él y él gritaba y ellos le dijeron que se callara y subiera al autobús, pero él no paraba de gritar: «¡Padre!».

Herr Liedtke hablaba monótonamente, y yo trataba de traducir de la misma manera, pero dije «¡Padre!» en voz excesivamente alta.

Herr Liedtke volvió a decir «¡Padre!» en voz baja, pero sus brazos se extendieron involuntariamente, buscando a su hijo.

—Del autobús bajó un soldado. No era de la Gestapo. Era un soldado corriente, con un fusil. Un fusil con bayoneta. Y Jurgen forcejeaba con los hombres que le tenían cogido, tratando de desasirse, sin dejar de llamarme, y yo corrí hacia él, pero antes de que pudiera llegar… —levantó la cara y miró a Edward a los ojos—. El soldado, un soldado corriente, clavó la bayoneta en la garganta de Jurgen. Para hacerle callar. —Herr Liedtke se tocó la nuez con el índice—. Había sangre, mucha sangre, y quiso decir «¡Padre!», pero no podía hablar. Y no podía… no podía morir todavía. Sufría

terriblemente. ¡Oh, qué ojos! Los ojos de mi chico me pedían que le ayudara y luego miraban… aquello de su garganta. Él no podía creer… Todavía esperaba que yo le ayudase. —Herr Liedtke tenía los ojos secos.

Yo di media vuelta en mi silla, para poder mirar por la ventana y esconder la cara. Edward dijo:

—¿Linda?

—Estoy bien —respondí. Yo veía al muchacho de cara redonda, gritando de terror sin proferir ni un sonido. Me temblaban los hombros. Un estremecimiento. Una convulsión. Una máquina que se avería.

—Continúe, si puede —me dijo Edward.

—Sí —dije—. Sí, puedo.

La voz de Herr Liedtke seguía siendo monótona.

—El soldado retiró la bayoneta. Cuánta sangre. Él ya estaba casi muerto. Yo me encontraba prácticamente a su lado cuando empezó a caer. Pero ellos no quisieron darme… a mi Jurgen. Lo cargaron en el autobús y ordenaron al conductor que cerrara la puerta para que no se cayera. Y se alejaron. —Se encogió de hombros—. Y ahí acabó todo.

Dos semanas después, a primeros de agosto, un día tan fresco y tan agradable, tan impropio de Washington que casi resultaba sospechoso, como si formara parte de un siniestro plan del Eje, Norman Weekes vino al despacho de Edward para hablar de la crisis de la OSS en Berlín. Norman no había renunciado ni a uno solo de los seis miembros de su séquito; le seguían de dos en dos, como colegiales obedientes.

El nivel de hostilidad estaba más bajo que en las reuniones anteriores. Los dos grupos parecían comprender que, puesto que Donovan parecía no tener tiempo para despedir a Norman Weekes (y tal vez, también, puesto que el Banco de Norman en Boston encargaba sus asuntos de Nueva York al bufete de Donovan), estaban condenados a trabajar juntos. Se sentaron en el sofá y varias sillas alrededor de la mesita que estaba cubierta de blocs, plumas, tazas de café, de agua y ceniceros. Todo el mundo se mostraba francamente afable.

Bueno, salvo Edward y John. Se habían sentado uno al lado del otro, pero en lugar del relajado compañerismo de antaño se advertía entre ellos cierta crispación. John mantenía la cabeza baja y los hombros encogidos, como si temiera que le gritasen de un momento a otro.

Quizá creía que se lo tenía merecido. Tres noches antes, se había levantado de la cama. Eran las dos y media. Yo había murmurado, disimulando, porque me había despertado sobresaltada e inquieta: «¿Qué sucede?». Y él hizo «schhh, duerme. Voy a tomar un vaso de leche». Un minuto después de que se fuera, me acerqué a la escalera. No se oía el menor ruido. Pero entonces le oí colgar el teléfono. Yo me acosté y fingí dormir. De pronto, comprendí el significado de la palabra «congoja».

A la noche siguiente, John llamó a casa poco antes de las once:

—Tenemos problemas en una de las casas de acogida. Llegaré tarde, Linda.

Llegó a las tres. Traía el pelo perfecto, recién peinado. Yo lo supe. Lo supe.

—Es Nan, ¿verdad? Ha vuelto.

—*No* —dijo él—. Te lo juro.

Cuando Edward se dirigía a John, se volvía hacia él, pero no acababa de mirarle.

—Norman —dijo Edward—, hemos repasado tu lista de candidatos para el, ¡hum!, puesto que dejó vacante Alfred Eckert. Hemos leído tus evaluaciones, repasado los informes de las personas propuestas, cuando los había, y hecho algunas indagaciones por nuestra cuenta. ¿Los discutimos uno a uno?

—Es tu reunión, Ed —dijo Norman. Los dos sonreían, disimulando bastante bien su mutua antipatía.

Yo estaba a medio metro de Edward y, los dos, de cara a Norman que, evidentemente, acababa de ir al peluquero, y a un peluquero bastante malo; su único rasgo de distinción, su cabello blanco había sido rapado de mala manera, y ahora, más que un personaje de la buena sociedad bostoniana, parecía un recluta viejo. Durante toda la reunión no paró de llevarse las manos al lugar en el que antes estuvieran sus rizadas patillas. Se sentía vulnerable.

Edward abrió la primera de las tres carpetas que tenía en las rodillas. Desde donde yo estaba, me parecía que John tenía dos o

tres más. No soportaba mirarle. Estaba guapo. La noche antes me llamó para decirme que tenía que hacer un interrogatorio. Volvió a llamar alrededor de medianoche:

—Esto va muy despacio —dijo.

Yo respondí:

—¿Por qué no eres lo bastante hombre como para decir la verdad?

—¿Cuándo dejarás de atosigarme? —exclamó secamente. Luego oí que respiraba profundamente—. De acuerdo, estoy con Nan. —Y agregó rápidamente—: Pero sólo estamos hablando.

Debían de tener mucho que decirse. No durmió en casa.

—Klaus-Dieter Fischer —dijo Edward—. Veintisiete años. Natural de Leipzig. Se trasladó a Berlín en 1925, a los diez años. Su padre enseñaba Historia en un *Gymnasium*, es decir, un Instituto de Enseñanza Media, y también era comunista, un agitador. El padre perdió el empleo en el 33, fue arrestado en el 34, se supone que ha muerto. Klaus-Dieter se entregó a la misma causa, distribuía propaganda, huyó de Checoslovaquia en el 34 cuando iba a ser arrestado. Escapó a Inglaterra en el 39, también por los pelos. Ha desempeñado varios trabajos: dependiente de ultramarinos, camarero, pero vive para el partido. Se ofreció al Servicio de Inteligencia británico, pero lo rechazaron por sus tendencias políticas. —Edward cerró la puerta—. Nosotros también deberíamos rechazarlo. Su lealtad es muy sospechosa.

—Está dispuesto a entrar cuando nosotros queramos —dijo Norman—. Yo he hablado con él. Es comunista, pero también realista. No es un fanático ni mucho menos.

—¿Es que esperabas que te agitara *Das Kapital* delante de las narices? —preguntó Edward. Todos rieron entre dientes—. Él quiere el puesto, Norman, y por lo que se puede deducir, lo quiere desesperadamente, a fin de pasar información a los rusos.

—Que, después de todo, son aliados nuestros —protestó Norman, aunque sin mucha convicción. Al cabo de un momento, agitó la mano diciendo—: El siguiente.

—Hugo Dreyer. Cincuenta y dos años. Nacido, criado y residente en Berlín. Secretario de un alto cargo de I. G. Farben. Hace años que nos pasa información a través de «Girasol».

—Es el hombre ideal —dijo Norman—. Bien situado y bien

dispuesto.

—Perdón —interrumpió John—. No podemos contar con él. Hace tres semanas sufrió un derrame cerebral y está incapacitado.

—Ya veo —dijo Norman. Lanzó una mirada tan iracunda a uno de sus hombres que, de haber estado en su lugar, el derrame lo hubiera sufrido yo. Luego, Norman se volvió hacia John, amable y cordial—. ¿Más sorpresas como ésta?

John sonrió. Para haber estado toda la noche en vela, a John le quedaba todavía una energía ilimitada para deslumbrar. La central de espionaje en peso le devolvió la sonrisa. Hasta el mismo Norman enseñó sus dientes amarillos.

—No más sorpresas, que yo sepa, Norman. A no ser que Ed…

Edward era el único que permanecía insensible a su encanto. La sonrisa de John se borró. Edward se limitó a negar con la cabeza.

—Nada de sorpresas. Bien, quizás en eso por una vez no voy a discutir contigo, Norman. —Levantó la última carpeta—. Peter Fuhrmann. No necesito repasar sus credenciales. Ha hecho una buena labor para Operaciones Especiales en Hamburgo. Al parecer está perfectamente limpio. Me parece que él es tu hombre, Norman.

—Bueno, ahí tengo yo una sorpresa para ti —dijo Norman—. Peter quiere marcharse. De Hamburgo y de la organización. Aduce fatiga y su contacto lo corrobora, dice que está al borde de la depresión. Lamento haberos dado tanto trabajo. Recibimos el mensaje esta mañana.

—Está bien —dijo Edward. Norman asintió y todos los presentes murmuraron: «Una lástima» o cosas por el estilo—. Está bien. —Edward miró a John, pero fue una mirada glacial y no le llamó por el nombre—. Tú has investigado los dos últimos individuos. Adelante con el informe.

—Hans Kuhn. Treinta y nueve años. Abogado. Nacido en Cincinnati de padres alemanes, se trasladó a Dresde a los dieciocho años. —John se ajustaba y reajustaba el nudo de la corbata con ademán nervioso, casi desesperado. La frialdad de Edward le azoraba—. Es soltero y ejerce la abogacía en Berlín. De vez en cuando nos ha pasado información a través de Alfred Eckert. Hemos hecho todas las comprobaciones posibles con abogados refugiados que ejercían en Berlín y, al parecer, no es la persona adecuada.

—¿Por qué no? —preguntó Norman, casi con brusquedad.

—Porque se dice que es un inmoral, que ha robado a viudas y huérfanos. Aficionado a las mujeres. Una persona dijo haberle visto ebrio y escandalizando.

—Eso me recuerda a uno de tus colegas, Ed —rió Norman.

—A más de uno —respondió Edward.

Risas varoniles sofocadas. Todo estaba todavía muy amigable.

—El último de la lista es Erich Erdmann. —La cara de Norman se iluminó; comprendí que éste era su hombre—. Cuarenta años. Nacido en Munich. Profesor de lenguas románicas en la Universidad de Munich hasta 1935. Judío. Llegó a los Estados Unidos en el 36. Enseñó en Tufts hasta este año en que vino a trabajar para la OSS… Departamento de Extranjeros.

—Quiere regresar —dijo Norman—. Es culto y bien parecido. Según «Rex». —«Rex era el espía de Norman mejor situado, un funcionario de carrera que había trabajado en Asuntos Exteriores desde antes de la Primera Guerra Mundial, pero que apenas había tenido contacto con el importante funcionario nazi de Alfred»—, una persona culta como Erdmann tiene que caer bien al tipo de Asuntos Exteriores. Está dispuesto a considerar cualquier sugerencia.

—Por lo que a mí respecta, ahí está el inconveniente —dijo Edward—. Todo lo que busca este Erdmann es incordiar a los alemanes. Desde luego, es un objetivo muy loable, pero está excesivamente ansioso de venganza. Yo le enviaría ahora mismo con un equipo de demolición si pudiéramos introducir a tal equipo y si necesitaran a un profesor de lenguas románicas. Pero es colérico, Norman. No puedes enviar a una persona como él en una misión que exige infinita paciencia y serenidad.

—Creo que podrá mantenerse sereno si está dispuesto a no perder de vista el último objetivo —dijo Norman—. Y sé que está más que dispuesto.

—Pero allí estará solo —dijo Edward—. No tendrá a su lado a nadie que le llame al orden cuando empiece a perder los estribos. Mira, quienquiera que ocupe el puesto de Alfred Eckert va a tener que caminar en la cuerda floja. Sabemos que en el movimiento de resistencia hay un traidor. La gente sospechará. Vamos a tener que introducirlo con extraordinaria habilidad. Sólo una persona que todavía no ha sido determinada conocerá su identidad. Luego, poco

a poco, tendrá que abrirse camino. Es una operación que requiere mucha delicadeza, y ese Erich Erdmann, a pesar de sus cualificaciones académicas, es tan delicado como un becerro en una alfarería.

—El caso es que estamos *desesperados* —le interrumpió Norman—. Maldita sea, Ed, tú nos torpedeas a todos los candidatos que presentamos.

—Pues no tenéis más que presentar candidatos mejores —repuso Edward. La cordialidad se evaporaba rápidamente.

—Erich es un valiente. Puedes estar seguro de que estaría a la altura de las circunstancias.

—Caería de narices a la primera. ¡Si es incapaz de hablar conmigo sin dar puñetazos en la mesa a cada treinta segundos para subrayar sus palabras! Ese hombre no sabe dominar sus emociones. Y yo no se lo reprocho. Créeme, yo comprendo su furor. Lo aplaudo.

—No tiene aspecto de judío —dijo Norman—. Encajaría bien.

—Ni aunque tuviera el aspecto del arzobispo de Canterbury. Ese hombre es un peligro, puede provocar un incidente donde vaya. Y no quiero que lo provoque en Berlín. Yo voto en contra.

—Ed…

—No pienso transigir, Norman.

Las venas del cuello y las sienes de Norman empezaron a hincharse. Su cara se puso no ya colorada, sino casi morada. Trató de gritar pero el furor le asfixiaba.

—¡Lo haces a propósito!

—Qué tontería. No hay un complot contra ti. Lo que ocurre es que no pienso tolerar más misiones suicidas. No enviaré a un hombre a una muerte gratuita e innecesaria.

—¡Pues yo necesito un agente! Encuéntrame un agente, ¡maldita sea! Encuéntrame a un hombre al que podamos infiltrar, alguien con cerebro y valor suficientes para llamar a la puerta de un nazi y entrar.

Se hizo un silencio profundo. John, cansado, cerró los ojos. Y, de repente, me oí a mí misma decir:

—Bueno, ¿y no podría ir yo?

20

—¡Esto no es una tontería! —Edward descargó un puñetazo en una mesa—. ¡Es una monstruosidad! ¿Se puede saber qué le ha dado?

Dos días después de que yo me ofreciera para ir a Alemania, Edward dijo a Pete, el chófer, que se olvidara de sus instrucciones de llevarnos a una reunión del grupo de Investigación y Análisis. «Déjanos en mi casa —le ordenó— y espera». Yo me apeé sin molestarme en coger el bloc y el lápiz y avancé por la avenida del jardín.

Yo conocía a Edward; ahora interpretaría el papel de amable anfitrión, me ofrecería una copa y luego, con gran habilidad, trataría de disuadirme. Pero nada más cerrar la puerta, me gritó:

—¡Idiota!

Y comprendí que la única razón por la que me había llevado a su tranquila residencia de Georgetown era que necesitaba un lugar en el que desahogarse gritando.

—Si tan monstruoso es, ¿por qué toda la sección de Norman está a favor?

—¿Pero es usted imbécil? —Yo nunca hubiera creído que una voz tan baja pudiera ser tan terriblemente violenta—. ¿Se puede saber qué le pasa? ¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que todo lo que él busca es otro peón para su juego? Yo estaba atónita y asustada por aquella explosión. Pero sabía que si empezaba a temblar delante de él no vería Berlín más que en el mapa. De manera que golpeé con el puño la pared de la sala.

—No tiene ningún derecho a gritarme —le grité a mi vez.

Además, estaba furiosa con él. Dos días atrás, en la reunión, dejó que Norman y sus hombres y el mismo John debatieran los pros y

los contras de enviarme a Berlín.

—Bien —dijo John—, su *berlinerisch* no es perfecto. No es que tenga acento americano, pero tampoco es… lo que debería ser:

—Pero, ¿se acerca? —preguntó uno de los hombres de Norman. Y John reconoció que no estaba seguro. Edward estaba rígido y mudo, y nadie más que yo advirtió lo tétrico que era su silencio.

—Lo que en realidad le molesta es comprender que puedo hacerlo —proseguí—. Y no quiere que vaya a causa de su estúpida enemistad con Norman Weekes. Y porque sería demasiada molestia buscar otra secretaria.

—¡Me revientan las observaciones estúpidas!

—Pero, ¿quiere usted escucharme? Conozco la red, los códigos y toda la operación. Yo no soy un profesor chiflado con una fobia violenta. Yo soy una persona corriente. Déjeme tres días con uno de sus refugiados que hable el dialecto berlinés y nadie sospechará que no soy Frau Schmidt de la casa de al lado.

Edward se alejó de mí, cruzó la sala hacia la chimenea. Bruscamente giró sobre sí mismo, y con tres pasos rápidos se situó a mi lado. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría, vi que tenía el atizador en la mano. Lo levantó y, con la habilidad de un espadachín, puso la punta a dos dedos de mi garganta.

—¿Se ha vuelto loco? —pregunté en voz baja, mirando el hierro.

—Bueno, estamos en Berlín —dijo—. Usted cree que puede salir de cualquier aprieto. —Yo le di la espalda, me alejé y me senté en una butaca azul—. ¿Se da cuenta ahora de que no puede ni soñar con salir de una situación como ésta?

Yo le miré.

—Pues acabo de salir. Usted no me ha rebanado la yugular con ese chisme.

—¡Santo Dios! —dijo arrojando el atizador, que rebotó en la artística alfombra antigua y golpeó con estrépito en el suelo de madera oscura. Luego Edward empezó a pasear. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y no me miraba.

«Ya me figuro lo que viene a continuación —pensé—. Sacará las manos de los bolsillos, se acercará a mí, se sentará y tratará de disuadirme. Se mostrará comprensivo y paciente».

Edward sacó las manos de los bolsillos y se sentó no muy lejos de mí, en una butaca igual a la mía.

—Linda —dijo, comprensiva y pacientemente—. Usted no lo ha meditado.

—Sí.

—No, no puede haberlo meditado bien. ¿Es que no se da cuenta de que su vida no representa nada para un hombre como Norman Weekes? Se sirve de usted para sus propios fines.

—Deje que le explique todo lo que he aprendido durante los dos últimos años. Las personas como Norman Weekes, y como usted, *siempre* se sirven de las personas como yo. ¿Por qué si no preocuparse en tener clases inferiores? Ustedes nos hacen trabajar para ustedes, limpiar sus ciscos y luchar en sus guerras. Nos hacen depositarios de sus secretos, para poder decir: «¿Cómo? ¿Yo, un cerdo cruel y desconsiderado? ¡No! Yo soy una persona muy humana y caritativa. Si lo dudan, pregunten a mi secretaria».

Frotó la cadena de su reloj entre el índice y el pulgar.

—¿Eso piensa de mí, Linda?

—Poco más o menos.

—Lástima que no me lo dijera antes. No le habría hecho perder el tiempo. Habría sido más fácil concederle cinco dólares de aumento a cambio de su promesa de responder de mis buenos sentimientos.

Nos quedamos en silencio, vueltos a medias el uno hacia el otro. Fue un rato terrible y muy largo. Finalmente, dije:

—No tiene objeto seguir aquí. —Empecé a levantarme, pero Edward me detuvo.

Su voz, reprimida, casi hipnótica, fue lo que actuó sobre mí.

—Hay en este asunto una hermosa simplicidad. Lo que usted busca es precisamente lo que Norman ofrece: una misión suicida. —Yo me recosté en el respaldo—. A usted le parece que su vida es… ingrata. —Edward hizo una pausa—. Ha perdido a su madre. Y su marido… —Su voz se apagó.

—Mi marido mantiene un apasionado idilio con su hija.

—Sí.

—Y usted piensa que yo me he ofrecido para ir a Berlín porque lo que quiero es suicidarme, pero soy muy gallina para hacerlo por mi propia mano y buscaré a un cerdo cualquiera de la Gestapo para que lo haga por mí, ¿no? ¿Por qué si lo hace usted es un acto heroico y, en mi caso, un suicidio?

—Está ofuscada.

—No ha contestado a mi pregunta. —Se limitó a dedicarme una de sus miradas dulces, sus ojos se suavizaron y su cabeza se ladeó ligeramente: la mirada que daba a las pobres víctimas de la guerra. Y lo que más me indignaba era comprender que aquella mirada era sincera. Su compasión por mí era auténtica—. Los sorprendí —le dije. Él se puso rígido—. No, eso, no. Fue cuando regresé de Nueva York del entierro de mi madre. ¡Oh, sí, estaban abrazados, pero vestidos de pies a cabeza y escuchando música clásica! —Alargó el brazo y trató de cogerme una mano, pero yo la retiré a mi regazo—. Desde luego, puede estar orgulloso de su hija.

—Ya sabe que no lo estoy.

—Yo no sé nada. Lo único que sé son las historias que usted se digna contarme. —Sacó el reloj del bolsillo y lo miró, pero sin abrirlo—. Se hace muy tarde —dije—. Quiero irme de aquí, en serio.

Edward dijo, como si no me hubiera oído:

—Nan es mi hija. La quiero. Eso no significa que apruebe lo que hace. Ni que la comprenda. —Volvió a guardar el reloj y me miró —. Es triste para un padre tener que admitirlo, pero aun así, tengo una obligación…

—Mire, es usted fantástico cuando se llena la boca de palabras tales como «obligación», «honor», e «imperativo moral». Adelante, si eso le satisface. Puede hablarme de su integridad y de su profunda humanidad hasta quedar afónico. Pero yo no quiero saber nada más. Yo quiero salir de su mundo. —Me levanté y me quedé delante de su butaca—: Envíeme a Berlín.

Edward se levantó. No era mucho más alto que yo, de manera que nuestros ojos quedaban casi a la misma altura. Su voz sonó muy tranquila.

—No desperdicie su vida con John Berringer. No lo merece. Tiene buena facha y un buen cerebro. Pero eso es todo. Su carácter no vale ni dos centavos.

—¿Sabe cuál es el problema? Que le he visto actuar demasiadas veces. Ahora trata de hacerme recobrar el juicio administrándome una fuerte dosis de sinceridad; es una técnica que siempre le ha dado buenos resultados.

Edward se acercó a un carrito en el que había *whisky* y vasos.

—¿Quiere un trago? —Negué con la cabeza, y él se sirvió uno—. Últimamente bebo mucho. Y casi todas las mañanas me despierto… regular.

Yo pensé: «¿Qué quiere ahora? ¿Otra tanda de confidencias?».

—Pues beba menos.

—Gracias. Me conmueve su interés.

—¿Quiere mi interés? Déjese de sinceridad brutal. John puede acabar siendo yerno suyo otra vez.

—Espero que no.

—Debería estarme agradecido por habérselo sacado de encima. Por lo menos, temporalmente. Yo no sirvo para una relación a largo plazo, para la charla en la sala de estar. Pero, a corto plazo, en la alcoba, soy formidable.

—No se denigre.

—¿Que no? Y le diré cuáles son mis otras cualidades. Soy lista. Imaginativa. Y usted mismo dijo que tengo valor. Si quiere escucharme, le diré exactamente cómo puedo llegar a Berlín. Lo tengo todo planeado.

—Usted no irá a Berlín. No quiero que se destruya a sí misma y, posiblemente, ponga en peligro los restos de la red de resistencia.

—¡Yo soy mejor que cualquiera de los de la lista y usted lo sabe perfectamente!

—¡Usted se queda!

—Por favor. ¿Es que no lo comprende? Es mi guerra. Quiero luchar en ella. Mi sitio está allí.

Edward bebió un largo trago.

—Su sitio no está allí.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque usted es judía.

Yo le miré fijamente.

—¿Qué dice?

—Vamos, vi su expediente en el FBI hace dos años. ¿Por qué cree que la aceptaron tan de prisa?

—Yo no soy judía —dije. Él me lanzó una de esas miradas frías, aristocráticas y neutras que quieren decir: «Claro, claro». Por lo que agregué—: Mi padre era judío, pero no hizo nada judío en toda su vida, lo que quiera que hagan.

—Si usted fuera a Berlín y la descubrieran, y, créame, la

descubrirían, ¿sabe lo que le harían?

—Sí. Y me lo harían de todos modos, tanto si era judía del todo, medio judía o nada judía.

—Con usted harían algo peor.

—¿Es que imagina que iría a Alemania con una estrella amarilla en un brazalete?

—Si la capturasen, ¿cree que iban a tardar más de diez minutos en averiguar todo lo que desearan saber?

Maquinalmente, alargué el brazo y cogí un vaso. No me di cuenta de lo que había hecho hasta que el *whisky* empezó a darme calor.

—Perdone —dije devolviéndole el vaso. Me tomé un minuto para tranquilizarme—. Contestando a su pregunta, si yo pensara que me iban a coger y me imaginara sentada debajo de una bombilla en una celda de interrogatorios, no haría esta proposición. ¿De acuerdo? Y, si me permite explicarle la idea que yo tengo…

—Siéntese, haga el favor. —Edward señaló el sofá. Nos sentamos uno en cada extremo. El vaso se quedó entre los dos, encima de la mesita. Edward carraspeó—. Si lee los artículos de fondo de los periódicos y escucha los discursos propagandísticos, habrá observado que hoy en día está de moda llamar infernal al régimen de Hitler. «El infierno de la Alemania nazi», etcétera.

—Sí. ¿Y bien?

—Bueno, Linda. Pues resulta que *es* un infierno. Más de lo que pueda usted imaginar. Es la perversión. —Me tendió el vaso. Yo no lo tomé y él bebió—. Le diré algo que sólo saben unas diez personas del Gobierno. Una noticia… horrorosa que hemos recibido de «Girasol» a través de Suiza. Él lo supo por el canalla que es contable de su Compañía, amigo de Himmler.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Están matando a los judíos.

—Eso ya lo sé.

—No, no lo sabe. Han empezado algo nuevo. Cámaras de gas. Esperan exterminar tres o cuatro millones. ¿Ha oído la cifra? Tres o cuatro millones de judíos europeos durante los dos años próximos. Más, si pueden edificar con suficiente rapidez y contar con suministro de ácido prúsico. Hombres, mujeres, niños. Quieren aniquilar por completo a los judíos. —Titubeó, y agregó en voz baja

—: A su familia, Linda. A su gente.

¿Cómo se puede reaccionar a esto? Me quedé sentada en el suntuoso sofá de aquella civilizada mansión de Georgetown, completamente paralizada. No insensible, sino como si todo dentro de mí se hubiera congelado. Sólo sentía millares…, millones de alfilerazos de horror en la piel y el cuero cabelludo.

—¿Por qué?

—No hay respuesta.

Pensé en las dos ancianas, Liesl y Hannah.

—Tengo que ir —dije.

—Usted no podrá detenerles.

—Pero puedo hacer *algo*. Puedo ayudar. Puedo ser una bala, quizás una bomba. Puedo suponer una diferencia.

—No puede. No será más que otra judía muerta.

—¡No me hable de ese modo!

—Linda, ahora voy a llamar por teléfono a Norman Weekes para decirle que anule inmediatamente cualquier plan que haya podido hacer respecto a usted. Voy a cortar este plan absurdo desde ahora. Si usted no tiene la sensatez ni el deseo de seguir con vida, yo tendré que pensar por usted.

No sé cómo pasé el resto de aquel día. Edward hizo su llamada, terminó su trago en silencio y se sirvió otro. Yo salí de la casa y lo esperé en el coche, mirando sin parpadear la gorra de béisbol de Pete. Edward salió al cabo de media hora, como si no hubiera ocurrido nada de particular.

A las cinco se fue a la Casa Blanca, a una reunión, diciendo:

—Supongo que volveré de siete y media a ocho. —Así, sin más. A las seis, yo puse una carta pulcramente mecanografiada encima de su mesa:

> *Estimado Mr. Leland:*
>
> *Por la presente le ruego acepte mi dimisión del cargo de secretaria suya; esta dimisión surtirá efecto a partir del final de la jornada laboral de hoy. Agradecida por su consideración y cortesía, le saluda atentamente,*
>
> *LINDA B. BERRINGER*

Y salí del despacho de Edward Leland para siempre.

Cada vez que lo pensaba —y ahora tenía mucho tiempo para pensar— la idea de desaparecer de la circulación y aparecer en Berlín me parecía perfectamente natural.

Desde luego, cuando pensaba: «Ed, yo quiero ser *espía*», la palabra me estremecía; más aún, me trastornaba. Iba de una a otra habitación, agarraba una bayeta y limpiaba los grifos por enésima vez, abría la nevera, para ver si los melocotones se habían ablandado desde la última vez que había mirado, quince minutos antes. *Espía*. Al examinar el cuarto de baño para comprobar que no se había terminado el papel higiénico, casi me parecía oír esa musiquilla tétrica que ponen en las películas cuando el agente secreto baja por una calle adoquinada, con jirones de niebla envolviéndole los pies.

Pero cuando dije a Edward: «Es mi guerra», lo dije porque lo sentía. Sí, de acuerdo, era algo que había soltado porque me sentía desgraciada y frustrada, pero también la pena tiene su valor. Es una prueba. Cuando te sientes oprimida y triste por la vida, puedes acobardarte y demostrar al mundo que eres el infeliz que ellos creían o puedes ponerte a pelear diciendo: «Mirad, cerdos, esto no es justo; yo no lo aguanto. Yo tengo derecho a…». Y ¡zas! allí sale lo que quieres realmente. Sale la verdad. Y la verdad era que yo quería pelea tanto como cualquiera de aquellos muchachos de dieciocho años que habían ido a alistarse al día siguiente de Pearl Harbor.

¿Y por qué no? Yo era más americana que la tarta de manzana. De acuerdo, por mi forma de hablar nadie diría: «¡Oye, tú eres de Nebraska!». Pero en Nueva York también hay tarta de manzana. Un poco revuelta, un poco picante, pero tarta de manzana.

Pero puede haber más de una verdad. Yo era plenamente americana, pero no típicamente americana. Yo me había criado en una casa con dos mujeres, en la que el inglés era la lengua de la frivolidad y el alemán la lengua del pensamiento inteligente. Por un lado, mi madre decía: «Linda, ángel, ¿de qué color dirías tú que es este esmalte de uñas: coral o salmón?». Y, por el otro, Olga: «¿A ti te parece que el plan Dawes ayudará realmente a la economía alemana?». Sí, también estaba mi padre. Se parecía a mí en que hablaba inglés o alemán casi con la misma soltura, pero aunque era listo, dominar una lengua extranjera no significaba nada para él.

Para lo que Alemania le importaba a mi padre, lo mismo hubiera podido hablar latín macarrónico. En cualquiera de los dos idiomas podía hablar de los «Dodgers», o de Herbert Hoover, o de las posibilidades de que le aumentaran el sueldo en la salchichería, pero su vida era puramente americana.

Pero quizá porque mis padres estaban siempre tan pendientes el uno del otro, no tenían mucho tiempo para mí. Por lo tanto, yo escuchaba mucho a mi abuela Olga, que rememoraba mientras daba cera al suelo, o preparaba la *chucrute* o se ponía un parche callicida. Su tierra natal era su vida y creo que, en cierto modo, se convirtió en la mía: siempre me fascinó Alemania —y, especialmente, Berlín — porque sonaba a lugar encantado, el Reino de las Hadas. Cuanto más tiempo permanecía ella en América, más verde era el campo alemán, más elegantes los bulevares de Berlín, más distinguidos, cultos y simpáticos sus habitantes. Quizá por ello cuando Hitler subió al poder lo consideró como un feo capricho de la Historia; él era un borrón en su sueño de perfección, y Olga suponía que sería sólo cuestión de tiempo el que el pueblo más limpio del mundo limpiara la mancha.

Pero ya en 1923, la primera vez que oí hablar de él y de su partido NSD AP supe que era peligroso. Yo era una niña que escuchaba cuentos de hadas —no de indios y *cowboys*—, por lo que sabía que en la vida había algo más que buenos y malos. En todos los países encantados hay monstruos. Cuando oí los discursos de Hitler, aquella combinación de histerismo, odio, orgullo y venganza, todo atado con la cinta chillona en la mitología germánica, comprendí que allí teníamos a un monstruo de verdad.

Y si Cenicienta y el hada madrina siempre me habían hecho vibrar, yo comprendía que Hitler y sus dioses harían vibrar al pueblo alemán. Oh, sí, se burlarían de su acento y quizá les violentara su grandilocuencia, pero en el fondo dirían: «*Ach!* ¡Ése sabe *exactamente* lo que siento!».

Imagino que yo era muy americana incluso para confiar en la bondad intrínseca de los extranjeros.

Pero aunque yo la seguía paso a paso, la guerra del Pacífico no era mi guerra. Mi guerra no era de buenos contra malos. Mi guerra era contra los monstruos.

Y, ¡puñeta!, por fin estaba dispuesta a luchar.

Edward salió de Washington la última semana de agosto, con destino desconocido, como de costumbre. Yo sabía que él había estado preparando el viaje pero, para asegurarme, llamé a su nueva secretaria y me inventé la excusa de que había prometido dejarme una carta de recomendación antes de marcharse. Ella dijo: «Oh, lo siento, debe de haberse olvidado». Y yo repliqué: «Y, claro, no volverá por lo menos hasta dentro de dos, tres semanas». «Más bien cuatro, lo siento», fue su respuesta. Chico, qué lengua más larga y peligrosa para soltar información. Pero yo había averiguado que la costa estaba despejada.

A John casi no lo veía. Seis horas después de la reunión en la que yo me había ofrecido para ir a Berlín, me llamó por teléfono. Pensé que me diría: «¿Cómo has podido humillarme de ese modo delante de todos, interrumpiendo y metiéndote en lo que no te importa?». O más bien: «¿Cómo pudiste proponer semejante estupidez?». Lo que realmente dijo fue:

—Quiero ser sincero contigo. Nan y yo todavía no hemos decidido nada. No sé cuándo volveré a casa.

Yo ni siquiera sentí deseos de llorar. Me enrollé en el dedo el hilo telefónico y dije:

—¿Crees que eso importa mucho?

Me hice la cama en el otro dormitorio. John no se enteró porque estuvo dos días sin aparecer por casa. Cuando llegó, yo estaba en la cocina.

—¿Vienes a buscar una camisa limpia para proseguir las conversaciones? —pregunté. Estaba pelando una zanahoria y no me molesté en mirarle.

—Linda —dijo—, sé lo duro que esto ha sido para ti. Pero se resolverá. Pronto. Te lo juro. —Me abrazó por la espalda, empujándome hacia el fregadero—. Te necesito —me susurró al oído.

—¿Cuánto tiempo tienes? —pregunté.

—Me quedaré toda la noche —respondió—. Oh, Dios, te necesito.

Yo corté un largo rizo de zanahoria que cayó al fregadero.

—Basta —dije—. ¿Me has oído? ¡Aparta!

—Vamos —insistió—, tú lo estás deseando tanto como yo.

¡Pues no! Casi no podía creerlo. Me volví a mirarle. Él no era más que otra cara bonita y nada más. Luego se me cortó la respiración. ¿Otra pérdida? En aquel momento estaba a punto de echarme a llorar, pero en seguida me encontré con que estaba mirando el agujero del desagüe, tratando de ahogar la risa. Él probaba el recurso de los Ojos Trágicos: unos ojos azules que se empañan, se abren mucho y me miran; él me rompería el corazón con sus hermosos ojos húmedos, me mostraría su honda pena, su sufrimiento. Pero había abusado del número. Yo descubrí que había visto los Ojos Trágicos unas cuatrocientas setenta y siete veces. Le miré. «Bien —le dije—, si es verdad que lo deseo tanto, voy a tener que buscarlo en otra parte».

Al principio yo pensaba que sería bueno ofrecer a Norman Weekes lo que él quería: una voz ronca e incitante y un vestido más incitante todavía, para que me diera lo que quería yo. Pero al fin me puse unos zapatos marrones a la inglesa, una vieja falda de gabardina y una blusa blanca de algodón que no enseñaba nada más que un buen planchado, y me recogí el pelo en un revoltijo flojo que no podía llamarse moño.

—Oh —dijo Norman levantando el trasero de su sillón al entrar yo. Observé cómo se evaporaba su deseo; fue una visión estupenda —. Siéntese, por favor.

Yo fui directamente al asunto.

—Míreme. ¿Cree que alguien del Ministerio de Exteriores se fijaría en mí?

Sus cejas hicieron uno de esos movimientos que quiere decir: «¡Ajá!».

—Edward ha dicho «Rotundamente no», ¿sabe?

—Lo sé.

—¿Y su marido?

—Mi marido nunca ha dicho que no.

Norman ladeó la cabeza; tenía los labios entreabiertos. Evidentemente, estaba rabiando por saber algo más de mí y de John. De pronto, me sentí asqueada al pensar: «Ay, Dios, la gente *sabe* lo de John y de mí… y de Nan. Toda la OSS debía de saberlo. Y

cuando venían a verme a darme el pésame por la muerte de mi madre, en realidad querían ver…».

—Una cosa debo saber —dijo Norman con severidad—. ¿Cómo se sentiría él si usted se pusiera, y quiero ser sincero en esto, si usted se pusiera en una situación peligrosa?

—¿Cómo se siente una esposa cuando el marido se va a la guerra? No le gusta, pero lo comprende.

—Ya. —Una burbuja de saliva se le formó en la comisura de los labios y luego estalló.

—Y estoy segura de que usted habrá observado, porque su trabajo es observar, que en estos momentos las cosas no marchan fabulosamente entre mi marido y yo. Mi marcha no desharía un matrimonio perfecto. Creo que John podría acostumbrarse a mi ausencia.

—Yo deduje… cierto distanciamiento… por su falta de objeciones cuando considerábamos la posibilidad de que usted trabajara para nosotros. Pero no quise aventurar un juicio temerario.

Esperaba más, una dosis de escándalo para cotillear en el club. Encendería un cigarro y diría: «La secretaria de Leland, la mujer de Berringer, me dijo…». Pero yo me limité a decir:

—Hablando con sinceridad, yo sé que soy su mejor carta. Su única carta.

Él sonrió. Con tanto dinero podría haberse comprado un buen cepillo de dientes.

—Tal vez sea cierto, pero está ese pro-ble-mi-ta de Mr. Leland.

Yo le dediqué una sonrisa más amplia y más blanca.

—Pero Mr. Leland está fuera de la ciudad y, probablemente, del país y no regresará antes de un mes.

—No puedo. —Su despacho tenía la elegancia austera del viejo dinero de Nueva Inglaterra, pero su mesa era un caos. Trató de apoyar el codo para poner una plataforma a su mentón, pero para hacerse sitio tuvo que apartar un montón de informes secretos encuadernados que parecían no haber sido leídos. Su mesa era como él, un lío importante pero repulsivo—. Perdone la llaneza, pero, si usted se va a Berlín, aquí, cuando Edward regrese, se armará un jaleo de todos los demonios.

Yo le lancé una sonrisa de «pero qué recondenadamente

atractivo eres» procurando no vomitar.

—¿Qué representa un pequeño fregado para un hombre como usted? Y… ¿puedo hablarle con sinceridad?

—Oh, sí, se lo ruego.

—Yo sé que usted y Edward Leland… discrepan. Quiero dejar bien sentado que a él le profeso una gran lealtad. No sólo por ser mi antiguo jefe, sino también el hombre que, en realidad, es… el superior de mi marido. —Jo, una palabra de peso—. Pero también me doy cuenta de que él no siempre tiene razón. Es humano. Comete errores. Muchos errores.

—Sí —dijo.

Su labio superior se curvó en una expresión casi despectiva. Yo había acertado al suponer que presentarme como Miss Espionaje 1942 no convencería a Norman Weekes tanto como una traición a Edward. «Usted siempre tiene razón», éste sería mi mensaje tácito, dirigido directamente a la ilimitada vanidad de Norman Weekes. «Él se ha equivocado. Usted es fuerte. Él es blando, confuso». A Norman le gustaría el mensaje y, ojalá, también la mensajera.

—Edward Leland es una excelente persona y se preocupa por los demás. Pero… —Me interrumpí—. Pase lo que pase, espero que esta conversación…

Me atajó con un vehemente:

—Desde luego. No trascenderá ni una palabra —dijo y se inclinó hacia delante, expectante, electrizado.

Yo me puse lo más cómoda posible en la estrecha silla de madera.

—Es excesivamente cauto. Mire, yo sé que lo que quiero hacer es peligroso. No sería digna del puesto si no tuviera el suficiente sentido común para darme cuenta. Pero el que sea peligroso no significa que no haya que hacerlo.

—Es usted lista. Pero Ed iría corriendo a ver a Donovan y…

—Usted se ha mostrado en desacuerdo con Edward Leland muchas veces y, seamos sinceros, ¿el coronel Donovan le ha dado el cese? —Norman esbozó una amarilla sonrisa de autocomplaciencia—. Por favor —insistí—, no diga que no. —Le obsequié con una voz ronca e insinuante para llamar la atención, pero sin cargar la mano, para no distraerle—. Diga quizá. Mándeme una semana al centro de selección. Usted sabe que ellos no me dejarán marchar si no me ven

capacitada. Pero si lo estoy, usted tendrá a su hombre… Los dos sonreímos. —Su hombre en Berlín. Y le prometo que valdrá la pena.

Las cinco semanas siguientes fueron las más duras que yo haya conocido y lo peor era que todos tenían siempre un expresión que parecía decir: «¿Y *esto* te parece malo? Pues espera».

Yo me llamaba Lina Thiele. El lunes, último día de agosto de 1942, ingresé en el centro de selección de la OSS. El hombre encorvado que me recibió tenía una cara espantosamente fofa, con un rictus de malhumor que le llegaba casi hasta los hombros. Parecía un portero de película de Drácula. Por un instante, pensé que su misión formaba parte del proceso de aterrorizar a los reclutas, pero se limitó a gritar:

—¡Judy! —Sus mofletes tremolaron y salió al vestíbulo una muchacha unos cinco años más joven que yo con una melena rizada a lo Maureen O'Sullivan.

—Tenga la bondad de seguirme —dijo la muchacha.

Bajamos al sótano por una empinada escalera de cemento gris, y ella, tras llevarme a un cuartito con cortina en vez de puerta, me dijo:

—Haga el favor de quitarse todo menos la ropa interior.

A medida que yo me desnudaba, ella iba doblando las prendas. Finalmente, cuando yo estaba en bragas y sostén, ella sacó unas tijeras del bolsillo de la falda. Hice un esfuerzo para mantenerme impasible, razonando: «Los Estados Unidos de América no van a apuñalarte. Esta chica quiere probarte». Y así, a pesar de que toda la luz de la habitación parecía reflejarse en la punta plateada de sus tijeras, yo me obligué a permanecer inmóvil, tranquila y serena. Y Judy dijo:

—Tengo que cortar las etiquetas y las marcas de la lavandería de su ropa interior.

—Oh, no las hay. Pero puede que estén las etiquetas de la tienda. ¿Quiere que…?

—No —dijo Judy. Realmente tenía muy poco interés por mí. Se miraba en un pequeño triángulo de espejo roto que estaba colgado de la pared, aparentemente muy interesada en sus cejas—. Cuando…, si es que la envían a algún sitio, le darán cosas de…

donde sea. —Se humedeció con la lengua la yema del dedo meñique y borró la raya de lápiz que prolongaba su ceja izquierda. Me miró —. ¿Qué tal?

—Mucho mejor —dije—. Fantástico.

«Chico —pensé— la OSS en acción».

—Bien. Las reglas son: *Nadie* debe saber su verdadero nombre. Yo me llevaré su ropa, sus zapatos y su bolso. O sea, toda su identidad.

—¿Es que tengo que andar por ahí en ropa interior?

Judy puso los ojos en blanco diciendo:

—¡Anda! Se me había olvidado. Espere. —Se fue por la cortina y volvió a los pocos minutos con la ropa. ¡Y qué ropa! Un mono del Ejército y unas botas tan pesadas que necesité las dos manos para sostenerlas. Probablemente estaban ideadas para combate en la Antártida.

Luego Judy me hizo subir la escalera —lo cual no era grano de anís, con aquellas botas de dos toneladas— y salir por una puerta trasera. Casi sin saber cómo, me encontré en un camión verde del Ejército, cubierto con una lona, con cuatro hombres vestidos con el mismo atuendo que yo llevaba. Ninguno dijo nada y ninguno tenía más aspecto de soldado americano que yo.

Mi ventaja era que, por haber trabajado para Edward durante tanto tiempo, yo tenía una ligera idea de Cómo operaba la OSS. En realidad, una vez entramos en una pista de montaña de Virginia, yo ya sabía exactamente adonde nos llevaban. Había recorrido aquella misma carretera en el «Packard». Conducía a una finca de Fairfax, con varias hectáreas de campos rodeados por un espeso bosque y, en el centro, una vieja mansión blanca, rezumando romanticismo y madreselvas. Pero, si no recordaba mal, por dentro olía como si el mildiu hubiera florecido en sus habitaciones desde los tiempos de la Confederación.

Recordaba bien. Nos hicieron entrar por la puerta principal a un vestíbulo con una gigantesca lámpara de bronce. El vestíbulo era tan ancho y tan alto como una iglesia. Se extendía a todo lo largo de la mansión: en un extremo, dos puertas vidrieras daban a un prado ondulado.

Pero al prado no llegamos. Al oír un teatral «Ejem» levantamos la mirada. Un hombre de cara colorada, con camisa de golf, bajaba

las escaleras muy despacio. Hubiera podido parecer que trataba de simular que era una novia de no ser porque, en lugar de mirar hacia delante, miraba hacia abajo, escudriñándonos a nosotros. Esto descompuso a uno de los cuatro hombres que venían conmigo: desvió la mirada del hombre de la cara colorada y empezó a sonreímos nerviosamente al resto, como buscando nuestro apoyo. Luego se frotó las palmas de las manos en el mono, seguramente para limpiarse el sudor.

Cuando «Cara Colorada» llegó donde estábamos, dijo:

—Soy Mr. Jones.

Esto pareció agotar su capacidad dialéctica. Se quedó allí plantado, mirándonos a los cinco. No se pronunció ni una palabra por lo menos en diez minutos, y cuando estás de pie con unas botas del Ejército, en una mansión sureña, un día de calor, mientras alguien que sabes que en realidad no se llama Mr. Jones te mira sin pestañear, diez minutos es mucho tiempo. Por fin, el de las manos sudorosas, rompió el silencio para preguntar por el aseo de caballeros. El sonido de una voz fue tan inesperado que otro de los hombres se sobresaltó.

—Por ese pasillo, segunda a la izquierda y primera a la derecha —dijo Mr. Jones. Cuando el hombre se alejaba, yo pensé: «Ése no lo resistirá». Y probablemente tampoco habría apostado por el del sobresalto.

—Señora y caballeros —dijo Mr. Jones cuando el nervioso volvió por fin—, sean bien venidos. Y ahora, vamos a lo que importa. Ahí van unas cuantas observaciones. En ningún momento deberán desviarse del papel que se les ha atribuido. Nunca. Puede que encuentren a un tipo amistoso que les diga: «¿No es ése un acento de Oklahoma?». En el momento en que contesten: «Pues claro que sí» se encontrarán en la calle.

»La mayoría tiene identidad supuesta extranjera. Aténganse a la historia que hemos inventado, pero salvo indicación en contra, hablarán nuestro idioma. No todos nosotros sabemos húngaro o japonés, por ejemplo, de manera que los idiomas quedarán para después, cuando entren los especialistas.

»Les advierto que nuestro propósito es hacerles fracasar. Estarán bajo vigilancia casi constante. Nosotros trataremos de hacerles caer en la trampa. Allí estaremos cuando uno de ustedes, olvidando que

se supone que es un camarero, hable como el camionero que es en realidad. Les pondremos a prueba. Les haremos sudar: Queremos descubrir puntos flacos. *Sus* puntos flacos.

No era que yo no lo tomara en serio. Sí que lo tomaba. Pero también sabía que era una especie de juego, un juego duro, pero un juego que tenía una regla básica para ganar: «No demuestres que estás asustado».

Al final de la primera hora, yo sabía que la forma más fácil de disimular el miedo es mantener la boca cerrada, salvo cuando te hacen una pregunta directa. Y había muchas. Me hacían pruebas de inteligencia y pruebas psicológicas todos los días.

—¿Qué le parece esta mancha de tinta? —te preguntaban. Yo dije al psicólogo que me parecía una mariposa, y cuando él dijo—: Vuelva a mirar y dígame qué más ve —le dije que, entre las alas y el cuerpo, veía una pareja de jarrones—. ¿Y nada más? —insistió. Era un hombre pequeño y ratonil y parecía defraudado. Yo le dije que no, que nada más.

También había pruebas físicas, y no se reducían a mirarte la garganta y auscultarte. Después del primer examen, tuve que correr durante quince minutos. Creí que me moría, pero lo conseguí. Luego, el médico me tomó el pulso y me dijo que hiciera diez flexiones de brazos. Yo hice tres y lo dejé.

—¡Continúe! —ordenó. Le dije que no podía—. ¡Le he dicho que continúe!

Yo me levanté, le mire fijamente a los ojos y le dije:

—No puedo.

Al día siguiente, otro médico me llevó hasta unas pesas y me dijo que las levantara todas las veces que pudiera. Yo no pude levantarlas ni una sola vez.

—¡Caray! —dijo realmente asqueado—. No hay más que verla. Todo el día sentada detrás de un escritorio, no tiene ni pizca de tono muscular. —Yo le dije que no me sentaba detrás de un escritorio, que era ama de casa.

—¿Qué hace su marido?

—Soy viuda —dije—. Mi marido murió el año pasado, en junio, en el frente del Este.

—¿Su marido era un soldado alemán?

—Sí.

—¿Dónde murió?

—Cerca de Gorodishche. —Él esperaba algo más, pero yo seguía callada.

—¿Cómo se llamaba?

—Johannes.

—¿Johannes y qué más?

—Thiele.

—Creí que ése era el apellido de usted.

—Es mi apellido de casada.

—¿Y su apellido de soltera?

—Fritsch.

Luego me sonrió.

—Mire, en realidad a mí no me gusta hacer estas cosas. Yo soy una buena persona. —Me tendió la mano—. Me llamo Richard Peterson. —Era guapo, estilo Hollywood. Tal vez era el tentador de plantilla para las aspirantes a agente, o quizá lo trajeron especialmente para mí, puesto que mi ficha debía de revelar una debilidad por los guapos mozos—. Pero le ruego que me llame Dick, ¿de acuerdo? A propósito, soy de Tampa. Antes de todo este zafarrancho, yo tenía un bonito consultorio allí. Medicina interna. —Me estrechó la mano, sosteniéndola, naturalmente, más de la cuenta—. Ahora quiero que me cuente cosas de usted.

—Me llamo Lina Thiele —dije.

—Vamos, vamos, cielo.

Yo no reaccioné. Alguien hubiera debido advertirle de que, en las chicas de Nueva York, no surte efecto lo de «cielo». Él me sonreía. Yo, no. Me lanzó una mirada torva.

—¿Por qué diablos no puede levantar las pesas ni una sola vez, Lina?

—No lo sé —contesté.

—Es usted demasiado floja —gritó—. Desde ahora puedo decirle que fracasará. No vale. Demasiado floja. —Yo seguí impasible—. Márchese —dijo al fin.

Todo era un juego. Habían dicho que sería duro, y lo era, pero no como ellos daban a entender. A mí no me asustaban un puñado de americanos que se las daban de duros. Bueno, a veces, un poco. Pero cuando trabajaba para Edward había visto a las víctimas de lo auténticamente duro y sabía que existía un mundo de diferencia. Lo

que lo hacía tan duro era, ante todo, la fatiga. Durante una semana no te dejaban descansar ni de día ni de noche, con pruebas y trabajos ideados para frustrarte, reventarte y darte ganas de echarte a llorar.

Una tarde nos llevaron a un río y a tres de nosotros nos dieron unos tablones, una polea y una cuerda y luego nos entregaron una piedra del tamaño de una cabeza.

—Es un aparato de comunicaciones muy delicado. Tenéis que pasarlo al otro lado del río sin maltratarlo ni mojarlo.

Los tablones eran cortos y no llegaban a la otra orilla. Uno de los hombres trataba de lanzar el lazo a un árbol del otro lado, para cruzar el río a lo Tarzán. El otro chico y yo le pedíamos que nos ayudara, pero no había manera, así que los dos nos pusimos a hacer un puente superponiendo los tablones. Teníamos diez minutos. Durante todo el tiempo, los tres hombres de la OSS no hacían más que gritar:

—¡Vamos! ¡El tiempo se acaba! Señora, ¿es que no sabe lo que es una polea? —No lo sabía—. ¡El tiempo se ha acabado! —Empezaron a contar los segundos—. Sesenta, cincuenta y nueve… —Cuando iban por cuarenta, cogí la piedra, la levanté sobre mi cabeza, dije al chico que no jugaba con la cuerda que se mantuviera a mi lado y me metí en el río. El agua estaba fría, pero yo me obligué a avanzar despacio, para no resbalar. Pronto el agua me llegó al cuello. «¡Estúpida! —pensé—, ¿cómo no se te ocurrió darle la maldita piedra al tío?». Yo no pensaba que el río fuera tan profundo y dije al chico, que se había quedado un poco rezagado: «Vamos, ponte a mi lado, que no sé nadar. Prepárate a coger esta cosa». En aquel momento, los hombres de la OSS gritaron desde la orilla: «¡Nueve! ¡Ocho!». A propósito de resbalar: el chico perdió pie y yo oí el chapuzón, pero seguí avanzando por las resbaladizas piedras del fondo, cubiertas de musgo. No miré atrás. Al grito de «¡Tres!» llegué a la otra orilla. Estaba jadeando, helada y con ganas de gritar obscenidades a los cerdos de la OSS, pero como me había quedado sin aliento, no tuve necesidad de practicar el autodominio. Un minuto después, uno de ellos gritó:

—¡Vuelve, Linda!

Yo me levanté y conseguí gritar:

—Me llamo Lina —y entré otra vez en el agua helada.

Nos llevaron a hacer una marcha por el bosque. Yo estaba tiritando y los brazos me temblaban de la tensión de sostener la piedra sobre mi cabeza. Las botas estaban llenas de agua fría y chascaban de un modo repugnante a cada paso. La marcha duró tres horas; no tuve tiempo de cambiarme de ropa hasta la hora de la cena.

Estaba muy cansada para comer. Después de la cena, me enviaron a una psicòloga.

—¿Cómo se encuentra? Esto debe de ser muy duro para usted. —Tenía unas manos delicadas, de uñas pintadas y llevaba una bonita pulsera de oro. Con voz dulce y cariñosa, me preguntó—: ¿No tiene frío? ¿Quiere que le preste un jersey?

—Estoy bien —le dije.

Pero, a pesar de lo cansada que estaba, por la noche me costaba dormirme. Pensaba demasiado. Antes de marcharme, llamé a John a la oficina para decirle que me iba a Nueva York unas semanas, a la casa de mi madre, para apremiar al agente de la inmobiliaria. Agregué que el teléfono estaba desconectado, por lo que si quería ponerse en contacto conmigo… Él dijo muy serio:

—Hablaremos cuando regreses.

—Si quieres el divorcio, puedes decírmelo ahora. No voy a morirme de la impresión.

—Linda —dijo él—, haz el favor, no conviertas cada conversación en una confrontación. No ayuda a nada, ¿sabes?

—John, no voy a Nueva York. Me mandan al Centro de Preselección —dije entonces.

—¿Para lo de Berlín? —susurró.

—Sí.

—¿Cómo has conseguido que Edward lo autorice?

—Seguramente, Norman le habrá convencido —mentí.

—Bueno, no sé qué decir. —Yo esperé. Más tarde o más temprano, tendría que decir algo. Y lo dijo—: Hum…, si piensas marcharte, quizás antes tuviéramos que vernos y, en fin, discutir las cosas.

—¿Tú no quieres que vaya?

—Linda, yo no puedo tomar esa decisión por ti. Sería tu vida la que estaría en juego.

Entonces comprendí que para él discutir las cosas significaba:

«Mira, cariño, puede que en Berlín te maten, divorciémonos para que no tenga que esperar siete años, o los que sean, en el Limbo sin saber mi estado civil, antes de poder casarme con Nan. Si quedas enterrada bajo cuarenta toneladas de escombros o recibes un tiro en la cabeza, podría ser una molestia para mí».

—Comprendo —dije.

—De acuerdo, entonces, hablaremos pronto.

Lo que realmente me impedía dormir era la mentira que había dicho a Norman Weekes. Le dije que Edward era excesivamente cauteloso. En realidad le di a entender que era débil. «Tú eres valiente, Norman. Tú no eres un abogado remilgado que se preocupa del carácter sagrado de la vida. Tú tienes el coraje que se necesita para enviar a la gente a la muerte».

Había engañado a un débil para desautorizar a un hombre fuerte y valiente. Yo había manipulado a Norman para que hiciera lo que yo quería y había dado la espalda a Edward Leland. De acuerdo, se había mostrado como un perfecto canalla al cruzarse de brazos mientras su hija me quitaba el marido, y no había tenido la decencia —la decencia que va con la amistad— de darme una señal que me permitiera tratar de salvar mi matrimonio, salvar lo único que tenía. Pero yo le había traicionado más aún. Había desatendido sus consejos, su prudencia y todas las cosas que él defendía. Yo me había pasado al enemigo para jugar a los indios y *cowboys*.

Era a primeros de setiembre, y en el campo, por la noche, empezaba a hacer frío. Sólo nos habían dado una manta del Ejército, delgada y no muy limpia. Probablemente, otra prueba para averiguar si éramos lo bastante fuertes para no pedir un edredón de pluma. Quizás Edward tenía razón, pensaba mientras metía un extremo de la manta debajo de los pies. Quizás ésta sea una disparatada misión suicida. O quizá tenga el corazón en su sitio, pero con una bala dentro a los dos días de llegar a Berlín. Si llego.

Di otro paso hacia Berlín al superar la prueba del interrogatorio. Me sentaron en un taburete, en una habitación oscura, con un foco delante de los ojos. Tres o cuatro hombres me gritaban preguntas en alemán. Alguien me echó agua a la cara. A un extremo del pasillo, se oían angustiosos gritos de mujer.

Superé la prueba. Fácilmente. El interrogatorio se parecía tanto a mis pesadillas que, en realidad, ya lo había vivido por lo menos

una docena de veces.

—Ha fracasado en esta prueba —me dijo uno de los hombres al terminar, con una voz llena de desprecio. Yo seguí inmóvil. Comprendí que esto tenía que formar parte de la prueba. No me equivocaba. Al día siguiente, me enviaron a la Escuela de la OSS.

La escuela a la que me enviaron era un complejo de feos bloques de cemento situado en el oeste de Virginia, una especie de alojamiento de mineros explotados o reformatorio de chicas. Allí todo era sombrío. El suelo era de grava gris y hasta la hierba era rala y descolorida. No había árboles. Por la tarde te sentías reventada. Tampoco había verano indio. Sólo polvo, calor y sol que te cegaba.

Todo estaba seco y medio muerto, salvo dentro de los edificios. Incluso después de un día tórrido, por la noche los encontrabas tan húmedos que cuando me despertaba de las pocas horas de sueño que conseguía, me dolían las rodillas y la nuca como si fuera una anciana reumática.

No era mi propósito ser la clase de espía que se arrastra sobre el vientre con una granada entre los dientes. Yo no necesitaba pasar por estos lugares. Pero ¡cualquiera les explicaba esto a los de la OSS! Tanto si la identidad que te iban a dar era de tercer ayudante de cocina, para hacerle los espaguetis a la amiga de Mussolini, como de estibador del puerto de El Havre, del entrenamiento no te librabas.

Me pusieron en una clase de combate cuerpo a cuerpo y pelea callejera, asignatura que en mis días de la academia «Grover Cleveland» nunca pensé que estudiaría. El instructor era un *marine* enorme, con una cabeza en forma de jamón enlatado. Yo pensé que me habría tomado ojeriza, porque cuando se trataba de dar el rodillazo a la entrepierna o el golpe a la yugular con el canto de la mano, yo era su discípula menos capaz y entusiasta. Pero al fin me llevó aparte y me dijo:

—Niña, eres un desastre. Escucha bien, si un día te encuentras en un cuerpo a cuerpo, no tienes más que una salida: métele el pulgar en el ojo. Si no llegas con el pulgar, usa cualquier otro dedo. Vete y *revienta*.

Lo mejor que puedo decir de aquella clase es que fue el último esfuerzo físico que tuve que hacer.

Si no podías machacar los cráneos de cuatro tíos de la Gestapo con las manos, por lo menos esperaban de ti que pudieras dispararles.

—Esta arma es la «Walther P-38». Es la pistola de reglamento de la Wehrmacht que en 1938 sustituyó a la «Luger». —Desde su aire marcial hasta la concisión con que se expresaba, disimulando cuidadosamente el acento de su Baviera natal, denotaban que nuestro instructor de tiro había pasado la mayor parte de su vida en el Ejército alemán. En el campo de tiro éramos cuatro: yo, un italiano de Nueva York y dos tipos con gafas y pinta de universitarios, cada cual con una pistola.

—Observen el indicador de carga detrás del punto del alza de mira que les permite ver y palpar que hay un cartucho en la recámara.

No perdía el tiempo en circunloquios. Ni siquiera se molestó en darnos el consabido nombre falso. Nada de: «Pueden llamarme Hans». Cuando le hice una pregunta en alemán acerca del seguro, me miró con desagrado, casi con odio, y me contestó en inglés. Cuando nos enseñó a desmontar la «P-38» y a volver a montarla y a repararla utilizando piezas de otras armas averiadas, no malgastaba palabras en elogios ni en críticas. Nada. Sólo. *Ja* o No.

Esto era lo peor del centro de entrenamiento, que no había camaradería. No tenías la sensación de estar trabajando en una causa común, la euforia de: «Vamos a darles su merecido a esos cerdos». Allí nadie tenía nombre, ni siquiera una supuesta identidad. Un dedo que señalaba y una voz que decía: «Tú». «Tú», te decían poniéndote la cámara en las manos para enseñarte a fotografiar documentos. «Tú», gritaban cuando te enseñaban a manejar explosivos. «¿A quién quieres hacer saltar por los aires a ti o a los boches?». Yo traté de explicar a un individuo con camisa y corbata que parecía ser el administrador, que a mí no me destinarían a hacer volar puentes ni descarrilar trenes, que sólo de pensarlo me daban ganas de reír; pero él dio media vuelta y fue dejándome con la palabra en la boca.

Lo que más me reventaba de aquel sitio era que fuera tan poco americano. En el centro de preselección, de vez en cuando, oías un

amistoso «Venga ya, basta de lamentaciones. Todos hemos pasado por lo mismo» de alguno de los de la OSS, o, por lo menos, unos minutos de expansión con los otros aspirantes. Pero el centro del oeste de Virginia era frío, árido y muerto; parecía Alemania. Había noches, especialmente al principio, en que, magullada y maltrecha por la clase de lucha, trataba de animarme pensando: «En realidad, quizás estén acertados en hacer esto tan sórdido y tan triste. Así descartan a los aventureros para los que la guerra es una especie de parque de atracciones gigantesco, con casetas de tiro al blanco, fuegos artificiales y saltos en paracaídas como aliciente».

Pero otras noches…, por ejemplo, después de la Casa del Terror, cuando me hicieron subir unas escaleras oscuras con mi pistola y oí pasos a mi espalda y voces alemanas amenazadoras, pero tan bajas que no podía averiguar dónde sonaban ni lo que decían, y de repente, una cosa saltó delante de mí —un muñeco vestido con uniforme de la SS— y yo tuve que volverme rápidamente y disparar y después, a los pocos segundos, en una puerta en lo alto de la escalera, oí unas voces fuertes y guturales, y tuve que volver a cargar, soltar el seguro, abrir la puerta de un puntapié, volver a disparar…, esas noches yo me preguntaba de qué me serviría todo aquello. Si mi salvación dependía de mi habilidad para montar una «Walther P-38», o hacer descarrilar un tren, no saldría viva de Berlín. Estaba tan asustada, tenía tanto frío y, lo que es peor, me sentía tan sola en aquella escuela sin nombres, que empecé a pensar: «¿Qué hago yo aquí? ¿Me he vuelto loca?». Los brillantes y sagaces planes que había hecho para cuando fuera a Berlín, las razones que había hallado para inducirles a enviarme, no parecían tener mucho sentido, después de pasar un día aprendiendo cómo sabotear un camión escondiendo hilos de acero en el motor.

Pero la rueda en la que me había colocado giraba muy de prisa y yo no podía detenerla; lo único que podía hacer era agarrarme desesperadamente a uno de los radios.

Terminada la fase de entrenamiento, me llevaron en coche a Baltimore. Al pasar por Washington pensé: «Esto es una locura, ahora mismo les digo “¡Paren! ¡Quiero bajar!”». Me reí para mis adentros. Para entonces ya casi habíamos salido de Washington y comprendí que mi risa muda no había sido humorística sino histérica.

En Baltimore, pasé una semana con un matrimonio anciano. Vivían en el segundo piso de una casa de los barrios bajos. Me llamaban Lina y yo a ellos, Mr. y Mrs. Pohl, que equivalía a llamarles Mr. y Mrs. Smith. La función de los Pohl era sumergirme, ahogarme en *berlinerisch*. Durante catorce o dieciséis horas al día, el viejo calvo o su mujer flaca y descolorida mantenían interminables conversaciones conmigo, corrigiendo mi acento.

—En el dialecto berlinés, la *g* es una especie de *y*, de manera que *ganz gut*, es decir «está bien» suena *yanz yunt*. El «está bien» me salía bien, pero después de mis años de vivir y trabajar con John, se me escapaba algo tan terrible como *gestern ist er gekommen*, «él vino ayer» utilizando el sonido *g* correcto (pero prohibido). O para decir «yo» pronunciaba *Ich* con el sonido gutural del alto alemán en lugar del berlinés *Ik*. Cada vez que me equivocaba, la anciana se llevaba la mano a la frente y lanzaba un gruñido, como si mi error le hubiera provocado un ataque de jaqueca. Mr. Pohl se limitaba a resoplar y decirme que lo intentara otra vez.

Yo esperaba que, en el momento más inesperado, el matrimonio daría alguna prueba del proverbial humor berlinés, pero o nunca lo tuvieron o lo que les hizo salir de Alemania les había privado para siempre de la facultad de reír. De manera que, durante siete días interminables, permanecí sentada a una mesa de cocina, cubierta con mantel de hule, en un feo apartamento, aprendiendo a hablar *berlinerisch*, no como me lo hablaba mi abuela Olga, con la placidez del siglo pasado, sino con la aridez de las clases trabajadoras de 1940. Aprendí, sí, varias felices expresiones berlinesas: *dufte* que significa «lindo» o «estupendo»; *klamauk*, palabra que indica jarana o escándalo sabroso. Pero me las inculcaban como un dentista brutal taladra una muela: sin tregua y sin una sonrisa, y sin una frase amena.

Al parecer, la víspera de mi llegada, Mrs. Pohl había guisado. Había hecho una enorme cazuela de estofado, y todos los días, a la una en punto, comíamos la carne grisácea y correosa. Por la noche, me daban queso y pepinillos en vinagre y, dos veces, una manzana de postre. Y, nunca, un respiro: «¿Es buena la comida?». Evidentemente, no les interesaba de verdad. Lo que ellos querían era una frase completa, de manera que yo respondía: «Sí, me gusta mucho este guiso. ¿Cómo lo prepara? ¿Le echa mucha cebolla?

¿Cómo lo condimenta?».

Ninguno de los dos me sonreía ni por asomo, y yo no sabía si eran dos viejos amargados o si la OSS, en uno de sus típicos recortes del presupuesto, les había escamoteado la mitad del dinero prometido, y ellos se desquitaban conmigo.

Por fin, otro coche, un «Packard» como el que usaba Edward, paró delante de la casa. Me llevó, no a Washington como yo esperaba y deseaba, sino a un aeropuerto militar de las afueras de Baltimore.

El conductor me dijo:

—Por esa puerta. Aseo de señoras, primer piso.

Allí me esperaba una mujer con acento escandinavo; era muy alta y tenía el pelo castaño, hasta los hombros y unos brazos muy largos y delgados asomando por las sisas de un vestido sin mangas.

—Pase a la cabina y déme su ropa, por favor —me dijo. Y me pasó ropa nueva por encima de la puerta. En realidad, ropa vieja, probablemente de refugiadas alemanas: un sujetador alemán tan favorecedor como una honda, medias de algodón alemanas, zapatos alemanes que hacían que, en comparación, mis botas del Ejército resultaran elegantes, y un vestido alemán. Al salir, me entregó una maleta alemana, que contenía varias prendas como las que llevaba —. Bien —me dijo—. Buena suerte.

«Ay, Dios —pensé—, tengo que llamar por teléfono. Me voy de aquí. Tengo que decir adiós».

Pero sólo pregunté.

—¿Adónde voy?

—A Nueva York.

—¿Y después? —Yo imaginaba que lo más que le sacaría sería algo así como: «No lo sé», o «No me está permitido hablar de eso». Pero ella arrimó los labios a mi oído y dijo:

—Buque de transporte de tropas. Inglaterra.

—¿Y desde allí? —susurré.

—Desde allí, a su destino.

21

—Hable lo menos posible —murmuró Konrad Friedrichs. Salíamos del pequeño edificio blanco a una pista del aeropuerto de Lisboa, en dirección al avión más grande que yo había visto—. Su acento no es correcto.

—¿Tengo acento americano? —pregunté, apretando el paso para no quedarme atrás. Él era alto, de más de metro noventa y daba zancadas largas y firmes. Aunque debía de tener por lo menos sesenta años, se mantenía tan erguido como si alguien acabara de gritar: «*Achtung!*».

—No, un acento raro, como si tuviera un defecto de pronunciación. —Yo iba a sonreírme, pero comprendí que nada de lo que Herr Friedrichs dijera tenía intención humorística—. Por eso la envían como criada. Si alguien nota algo raro en su pronunciación, lo atribuirá a retraso mental.

Da una idea de lo atontada que yo estaba el que incluso considerara la posibilidad de sonreírme. Había cruzado el océano en un buque de transporte de tropas, encerrada en un camarote minúsculo, para que nadie pudiera verme. Me dejaban la comida en una bandeja, delante de la puerta. Después, pasé tres días en un barracón de metal azotado por la lluvia en una base de las Fuerzas Aéreas de Inglaterra, donde un jefe de la OSS que se parecía a Al Capone trató de convencerme de que ninguno de los agentes que habían enviado se había negado a pasar por la escuela de paracaidismo y que no tenía que preocuparme, que cuando llegara el momento, nadie me obligaría a lanzarme si yo no quería. Yo le dije que no. Recordaba que Edward se había indignado una vez por el número de agentes que morían al saltar en paracaídas en territorio enemigo a ciegas. Y no porque les disparasen; las más de

las veces se debía a que los partisanos no llegaban con las balizas donde tenían que llegar y los agentes de la OSS acababan empalados en los árboles, ahogados o pulverizados.

Después de tres días de soportar gritos y de oírme llamar cobarde, me enviaron a una casa de huéspedes de las afueras de Londres, donde estudié planos y me aprendí de memoria la dirección de un refugio seguro adonde dirigirme en caso de peligro de muerte, aunque reconocieron —cuando pregunté— que, dado el historial de localización de la Gestapo, lo de «seguro» quizá fuera un poco exagerado. Luego aprendí el código de emergencia. Si era capturada y se me obligaba a enviar un mensaje, usaría la palabra «sencillamente». Por ejemplo, si tenía una cuerda al cuello con un nudo corredizo y el cañón de una pistola en la boca, yo debería escribir: «No os preocupéis, estoy sencillamente bien». O: «El tiempo es sencillamente estupendo». No es que fueran a ir a rescatarme; pero eso les daría a entender que no tenían que creer nada de lo que dijera el mensaje.

Me cambiaron el nombre por el de Lina Albrecht. Me dijeron que me peinara con trenzas y que me las cogiera en lo alto de la cabeza; al parecer, era el último grito de la elegancia aria. Me dieron mis papeles falsos y me llevaron en avión desde la base de las Fuerzas Aéreas a la hermosa, tibia y neutral Lisboa.

—¿Y si alguien me hace una pregunta directa? —pregunté a Konrad mientras nos dirigíamos rápidamente hacia el avión—. ¿Debo hablar?

—Naturalmente.

—Pero ahora no es momento de perder el tiempo en charlas triviales —observé. Y no lo era, desde luego. A unos siete metros de nosotros estaba el gigantesco avión alemán, un «Messerschmidt» de seis hélices, completo con su insignia de la Cruz de Malta en un costado y una esvástica en la cola. Y a propósito de *Achtung*: al pie de la escalerilla, sin duda esperándonos, vi a un oficial de la Luftwaffe, debía ser el piloto, cuadrado con tanta marcialidad que, a su lado, Herr Friedrichs parecía desgarbado.

Aquella deferencia estaba justificada: Konrad Friedrichs no era un don nadie. Había trabajado en Exteriores desde 1907 y era especialista en asuntos de España y Portugal. También era acérrimo enemigo de los nazis y el espía mejor situado de Norman Weekes.

Hasta que vino a sentarse a mi lado en la sala de espera del aeropuerto, lo único que yo sabía era que «Rex» —el famoso «Rex» de Norman— me recogería. Con una voz sólo lo bastante alta para que nos oyeran las personas más próximas a nosotros, dijo:

—Lina, me alegro de que hayas decidido regresar conmigo. —Luego, acercó su cabeza a la mía y agregó—: Konrad Friedrichs. Asuntos Exteriores. ¿Sabe que va a Berlín en calidad de cocinera mía? —Yo asentí—. Sonría —me ordenó. Yo sonreí. Él prosiguió—: Es posible que la gente imagine que es mi querida. No haga nada para desmentir esa suposición.

Ya estábamos llegando al avión.

—Mantenga los ojos bajos —ordenó; así los tenía—•. Nada de miradas amistosas. Ni saludos. Es una criada.

Cuando llegamos al avión, el piloto dio un taconazo y profirió un hierático *heil Hitler*. Sentí un escalofrío en la espalda. Yo había visto aquel saludo tantas veces en los noticiarios que me parecía algo irreal, una cosa del cine, asociado con las palomitas de maíz. Pero ahora era de verdad. Herr Friedrichs correspondió al saludo y me pareció que contenía el aliento un instante. Pero yo iba bien aleccionada. El saludo no estaba dirigido a mí. Como una alemana sumisa, yo hice exactamente lo que se esperaba que hiciera: me quedé atrás, dejando que mi señor me precediera por la escalerilla y subí con la cabeza baja y la maleta en la mano. En seguida despegamos. Sobrevolamos Portugal, España y Francia, camino de Alemania.

La casa de Konrad Friedrichs era lo que cabía esperar de un alto funcionario alemán que hubiera trabajado en Berlín durante treinta y cinco años y siguiera soltero. Pero yo tardé dos días en descubrirlo. Durante las primeras cuarenta y ocho horas, hice un pastel y preparé sus dos cenas favoritas: costilla de ternera, *Natuschnitzel*, una noche, y bacalao —el guiso más repugnante del mundo— la noche siguiente. No sé cómo conseguí que ni Herr Friedrichs ni su ama de llaves se dieran cuenta de que estaba histérica. Pero lo estaba. Mientras rallaba patata, oía caer las bombas a pocos kilómetros. De buena gana me hubiera acurrucado en un rincón con la cabeza entre los brazos y me hubiera puesto a

gritar. A gritar. Pero seguí rallando la patata.

Era una modesta casa de ladrillo situada en la zona de Wilmersdorft, a unos diez minutos del Ministerio de Asuntos Exteriores. No era modesta al modo de «soy un simple funcionario». Estaba en una hermosa calle arbolada con otras casas pequeñas y bien conservadas. En una época de escasez y austeridad —de zapatos de madera y tela en lugar de cuero, en la que los panaderos sólo vendían pan la víspera para reducir la demanda que habría tenido su género de ser tierno y apetitoso—, todas las casas tenían macetas en las ventanas con flores de otoño color naranja. Era evidente que aquél era un barrio para privilegiados. Privilegiados pero no de primera. Goebbels no vivía a la vuelta de la esquina precisamente.

Mi habitación estaba en el sótano. Decir que era pequeña hace que parezca soberbiamente lujosa. El mobiliario consistía en una alfombra de algodón (que en Ridgewood hubiera sido considerada de baño y de mala calidad) y una cama, un colchón en un armazón de madera. Había un tragaluz pintado de negro, a ras del techo, que no podía abrirse. Era una habitación muy pobre. Pero allí, el menos, había un tapetito de encaje en la mesita de noche y un calendario con una muchacha de pelo largo en un páramo azotado por el viento. Esta habitación, en cambio, más que pobre era miserable, como si alguien la hubiera vaciado deliberadamente. La primera noche salí al pasillo, a ver si había alguna cómoda que hubiera pasado por alto, pero lo único que encontré fue el vertedor de carbón cuando me di con él en la cabeza.

De haber salido diez minutos después, me hubiera dado en la cabeza con Konrad Friedrichs. Debía de ser alrededor de la medianoche. La puerta de mi habitación se abrió bruscamente y él apareció en el umbral, en pijama y bata. Nadie había sugerido que esto formaría parte de mi trabajo.

No lo era. Me di cuenta en seguida, cuando se puso colorado al ver mi expresión. Cerró la puerta a su espalda.

—Esto no significa nada —dijo. Su voz era menos que un susurro, como un soplo de aire—. El ama de llaves es vieja y está sorda, pero tengo que mantener las apariencias, por si acaso. Llamar a la puerta habría sido impropio.

—¿Porque yo sea una doméstica puede entrar sin llamar? —No

podía creer a aquel tipo.

—No me interesan sus ideas igualitarias. ¿Podemos hablar de lo que importa?

Le señalé el píe de la cama. Yo me senté cerca de la cabecera o de lo que yo consideraba la cabecera; no había almohada.

—¿Dónde duerme el ama de llaves? —pregunté.

—Al otro lado del horno, al fondo del sótano.

—¿Ella no tiene idea… de lo que yo soy?

—¡No!

—¿Y nadie más…?

—Por favor, no interrumpa. Yo le diré todo lo que deba saber. Si involuntariamente me olvido de algo, antes de que me vaya podrá preguntar. —Sopló lo que supuse era una mota de polvo de la solapa de su bata—. Como usted sabrá tal vez, si la he traído a mi casa es sólo porque Herr Forest —Forest era el nombre en clave de Norman Weekes— me insistió de una forma inapropiada. —Sus finos labios se comprimieron hasta hacerse invisibles; sólo se veían las finas líneas verticales que el resentimiento había marcado en su labio superior—. Un hombre en mis circunstancias tiene derecho a ser mejor tratado. Yo soy un idealista y un buen alemán. He estado pasando información a Herr Forest con la esperanza de que ellos…, de que ustedes se dieran cuenta del peligro. He arriesgado mi vida para hacerlo, ¿y qué hace él a cambio? Me envía a usted para que la cuide, una persona sin experiencia que no puede entraren una casa por la puerta principal. Y usted tiene que sustituir a un alemán nativo, inteligente y sofisticado.

—No tenían a nadie más.

—Eso es lamentablemente evidente. ¿Y qué ocurre? Envían a una aficionada, es descubierta y yo, que durante años he estado por encima de toda sospecha…, quedo en entredicho. ¡No es justo!

¿Qué iba a hacer yo? ¿Discutir con él?

—Tiene razón. Es injusto. Terrible. Un escándalo.

Él siguió hablando, furioso.

—La situación, puesto que usted estará situada en la casa de cierto oficial, me obligará a tener tratos con…, con ciertos tipos de la resistencia a los que preferiría rehuir por completo. ¿Me explico con claridad?

—Sí —respondí—. Usted se limita a pasar información a Herr

Forest. Lo que ocurre entre… esa gente de Berlín no le interesa.

—Exactamente. Ellos se dedican a conspirar, mientras toman caviar. No les importa nada la patria, sólo sus propias prerrogativas. Ellos se oponen a ese hombre sólo porque piensan que nos llevará a la ruina.

Su actitud nunca se relajaba, ni siquiera sentado en aquel horrible colchón, con un muelle que se le clavaba en el trasero. En América, pensaba yo, sólo una persona con el pecho lleno de medallas, un escritorio de caoba en el Departamento de Guerra y una antesala llena de visitas se sentaría de aquel modo. Recuerdo que un día iba con Edward por el Departamento de Guerra y miré al interior de un despacho que tenía la puerta abierta. Dentro había un oficial de este tipo: erguido, con el costado izquierdo un poco más bajo que el derecho, por el peso de las medallas. Un verdadero hueso, ¿no? De pronto, el individuo me vio y me envió un beso. Yo seguí andando, y Edward me preguntó:

—¿De qué se sonríe?

—Oh, de nada —respondí.

Pero entonces me dominé. Olvídate de casa. En el centro de entrenamiento nos habían advertido:

—Piensen sólo en el presente. En el futuro, sólo si es de importancia inmediata. En el pasado, nunca. El pasado les arruinará. Y, cuando piensen, piensen en la lengua del país al que han sido enviados. No basta con hablarla. Para sobrevivir, tienen que *ser* checos, o franceses, o húngaros.

En aquel mísero cuartito yo traté de ser justa, de admirar a Konrad Friedrichs, de no detestarle. Si una persona se pasa la vida sufriendo una agonía por el destino de su patria, en lugar de preocuparse por la película que verá aquel fin de semana, o por si se enamorará, o si se quedará calvo, o si podrá ir a Florida, no desarrolla un regocijante sentido del humor.

Y tenía que estar asustado, al hacer lo que hacía, viviendo en aquel infierno nazi que odiaba y espiando para los Estados Unidos durante tantos años. Y, también, sentirse frustrado; era evidente que yo le había sido impuesta. Norman Weekes, en lugar de tratar a «Rex» como un tesoro, lo explotaba. La OSS le trataba de la misma forma que trataría a un aventurero de tres al cuarto con un *foulard* al cuello que se une a la resistencia por la emoción, no como al

compendio de virtudes —honor y valentía— que era él.

—Seguirá trabajando en mi cocina durante otros cuatro días. El sábado yo diré a mi ama de llaves que se ha ganado unas vacaciones. Le daré una cantidad que para ella será muy importante y un billete de tren para que visite a su familia de Würzburg durante tres o cuatro semanas. Ella pensará que soy un viejo loco al enredarme con alguien como usted, pero, naturalmente, no dirá nada. Se irá.

La parte del colchón en la que yo estaba sentada tenía unos grumos tremendos. Yo me eché hacia atrás y me senté sobre una pierna. Las aletas de la nariz de Herr Friedrichs se dilataron y luego se contrajeron, y no tenías que ser su mejor amigo para darte cuenta de que aquello era señal de vivo desagrado.

—Haga el favor de sentarse como una alemana bien educada y dejar de revolverse como si… estuviera escuchando música de *jazz*. Bien, cuando se haya ido el ama de llaves, empezará su adiestramiento. Dicen que es usted buena cocinera… para los que les guste la cocina popular. Pero allí donde debe ir… es preciso que aprenda a guisar y servir con más elegancia.

Su casa no era precisamente el lugar en el que encontrarías criados arrojando caviar a invitados vestidos de frac. Pero si «Rex» quería elegancia… Yo sonreí y dije:

—Con mucho gusto trataré de aprender lo que usted disponga. Comprendo que no soy una cocinera profesional y…

—¡No interrumpa! En tres o cuatro semanas tiene que convertirse en un *chef* consumado. Es la mejor identidad que han podido encontrar, porque encaja perfectamente con las necesidades de Herr Forest. El plan consiste en hacerla entrar en casa de mi colega. —«Rex» hizo una mueca de desagrado al pensar en la clase de persona que había llegado a convertirse en colega suyo en Asuntos Exteriores—. Estará usted en la casa, pero no será de la casa. Usted conoce nuestro idioma, pero no nuestras costumbres. Por lo tanto, será mejor que permanezca escondida en la cocina.

»Bien, el tal colega es un presumido que se considera hombre de mundo, un *gourmet*. Su *chef* sufrirá un accidente dentro de dos o tres semanas.

—Al ver que yo iba a interrumpir otra vez me atajó: —Me han asegurado que no será un accidente mortal, ni siquiera muy grave.

Dos semanas después, una persona muy respetada dirá qué fantástica cena fue servida en mi casa y se ofrecerá a ayudar a este funcionario a asegurarse sus servicios.

—¿Y si el *chef* quiere recuperar la plaza después del accidente?

—Ya hemos previsto esa posibilidad. Mientras esté restableciéndose, se le ofrecerá otro empleo con un salario mucho mayor.

—¿Cómo se llama el funcionario para el que voy a trabajar? —Yo lo sabía, naturalmente. Norman Weekes me había dicho su nombre. Pero quería averiguar en qué medida Herr Friedrichs, «Rex», se fiaría de un camarada.

—¡Silencio! —No se fiaba nada—. Sabrá lo que deba saber en el momento oportuno. No tiene objeto que disponga de más información en este momento. El funcionario para el que usted trabajará ha sido elegido porque acostumbra a llevarse documentos, documentos secretos, a su casa para trabajar.

—Lo sé. Me dijeron…

—¡Silencio! Esta costumbre, desde luego, está prohibida. Pero los que la conocen no están en disposición de sugerirle que renuncie a ella.

»Por lo que a mí respecta, sólo hay un aspecto positivo en todo este asunto del… santuario *cum* escuela de cocina que he sido obligado a abrir. La persona elegida para enseñarle los refinamientos culinarios es alguien a quien yo conozco, una persona de la Abwehr. Esa persona procede de una de las más antiguas familias de Alemania y es el único miembro de la resistencia a quien yo considero auténticamente patriota.

Se levantó muy despacio. Al principio, creí que era por la edad, pero luego comprendí que lo hacía para que la cama no crujiera.

—Esa persona lo arriesga todo para ayudarles a usted y a sus compatriotas. —Volvieron a dilatarse sus fosas nasales, porque cuando hablaba de los americanos podías ver algo más que cólera, podías ver desprecio—. «Amantes de la libertad», arrogantes e imprudentes. —Puso la mano en el picaporte—. ¡Ahora escuche lo que tengo que decirle! No debe comprometer a esta persona. Debe guardar silencio sobre su pasado, su destino y su misión. No debe hacer nada, nada, que ponga en peligro… —Se interrumpió, aspiró profundamente y recobró la calma—. Usted aprenderá las reglas de

la elegancia de alguien que es… intachable. Sea callada. Sea obediente. Y siéntase agradecida.

«El pasado te arruinará», decían. Entonces, ¿en qué iba yo a pensar durante aquellas primeras noches en aquella celda del sótano de Herr Friedrichs? ¿En la amabilidad de mi anfitrión? ¿En la simpatía de su ama de llaves? Cuando le oí hablar del «ama de llaves» imaginé a una vieja criada de la familia, metida en carnes y afable, con un delantal blanco, alguien que tomaría el té conmigo antes de irse de vacaciones y me diría dónde guardaba las toallas. O alguien de sonrisa dulce que movía la cabeza diciendo que sí a todo al escucharte, mientras pelaba una manzana sin romper la piel, como mi abuela Olga.

Pero Frau Gerlach habría podido ser la bruja de *Hansel y Gretel*. Tenía manos sarmentosas y la parte inferior de su cara parecía más un codo que una barbilla. Tenía tantas verrugas que no podías menos que contarlas. Su carácter armonizaba con su aspecto. Me siseó *Hure* —puta— un par de veces y no comía nada que hubiera guisado yo. Tenía un trozo de queso en la nevera y cuando entraba en la cocina para comer me echaba agitando la mano, como si ahuyentara a un ratón.

Cuando apagaba la luz, mi habitación con su ventanita pintada —la pintura era más barata que una cortina que impidiera la entrada de la luz—, quedaba completamente a oscuras. Pero yo no hubiera podido dormir, ni aunque lo hubiera deseado. Los aviones pasaban zumbando sobre la casa, y se me hacia una bola en el estómago. Luego llegaba el sordo retumbar de un bombardeo lejano y, más cerca, la sirena enloquecida de los coches de la Policía. Y, puesto que mi ventana estaba a ras de calle, el sonido de pisadas. La segunda noche, alguien se paró delante y yo sentí pánico en la oscuridad, diciéndome: «Están encendiendo un cigarrillo», o «tienen una piedra en el zapato» o… «No puedo soportarlo. No lo resisto ni un segundo más».

Así que pensaba en América, y pensaba en América en inglés. Como una niña enferma a la que ponen una botella de agua caliente, aquello no curaba, pero consolaba. Me acordaba de mi niñez en Ridgewood, donde los niños irlandeses nos llaman *heinies* a

los alemanes y se burlaban de nuestros apellidos: «¡Nudelflude!», gritaban aullando de risa. «Von Stupelpoop». Y nosotros nos sentíamos tan superiores que nunca les llamábamos «micks», bobos. Sí, eran prejuicios, pero ahora, a esta distancia, me parecían inocentes. Los superabas y, más tarde o más temprano, los niños irlandeses y los niños alemanes, cuando crecían, se inscribían en el mismo sindicato de la construcción y, a veces, se hacían amigos e, incluso, se casaban.

Encontraba imágenes que no sabía que tuviera archivadas: un carro que subía traqueteando por Fresh Pond Road, en el verano, cargado de sandías. La salida del Metro de Seneca Avenue, el regreso del trabajo, las noches de diciembre, en que desde el andén del paso elevado veías las iluminaciones navideñas de las casas. La fiesta de mi graduación en «Grover Cleveland», andando despacio, porque mi madre llevaba unos tacones de diez centímetros, y cómo Olga se paró tres o cuatro veces para arreglarme el birrete con la borla. «¡Una graduada!», decía a mi padre y lo gracioso es que, a pesar de que yo le dije: «Abuela, es sólo la secundaria», yo sabía que ella hablaba en serio.

Naturalmente, pensaba en John. Jugaba a «Si en Berlín son las tres de la madrugada, ¿qué hora será en Washington?». Desde luego, no importaba porque, fuera la hora que fuera, en mi imaginación él estaba siempre con Nan. Si lo imaginaba en el despacho, estaba hablando con ella por teléfono. Si en casa, escuchaba música con ella en brazos, como el día en que los sorprendí, o en el dormitorio; ella reseguiría con el dedo sus iniciales de las almohadas y del embozo de las sábanas y luego le acariciaría los labios y le diría: «Oh, John, estar contigo me parece total e inequívocamente correcto». Y él probablemente haría algo así como besarle la mano o recitar unos versos franceses que los dos conocían. Y ella diría:

—*Mais oui, mon amour*. —Pero luego vacilaría—. Estamos en el aire, cariño. Supongo que te darás cuenta. No puedo creer… ¿Dices que ha desaparecido?

—En cierto modo —respondería él.

—¿Tú sabes dónde está?

—No puedo…

—Oh, ya sé que no puedes decírmelo. Haces bien. Pero, ¿cuánto

tiempo tenemos que vivir así, escondiéndonos, fingiendo? Oh, John, esto *hay* que resolverlo. ¿Cuándo regresará?

—No lo sé, amor mío. Quizá dentro de seis meses. Quizá nunca —diría él.

Aquel sábado, Frau Garlach se fue para Würzburg llevándose sus verrugas. Una hora después, la persona que debía enseñarme, miembro de una de las más antiguas y distinguidas familias de Alemania, entró en la cocina portando una bolsa de malla llena de comestibles. Vestía falda de lana color burdeos y un conjunto de blusa y chaqueta de punto de un rosa tan pálido que casi parecía blanco. Me tendió una mano diciendo.

—Margarete von Eberstein. Yo estaba limpiando arenques, por lo que me sequé rápidamente la mano derecha con el delantal y la extendí explicando:

—Arenques. —Y hasta que la vi reír no agregué—: Lina Albrecht.

Ella se quitó la chaqueta, la lanzó a una silla, se subió las mangas del pullóver y preguntó:

—¿Cómo la trata el viejo Konrad? —Margarete poseía dos cualidades que yo no había visto en ninguno de los alemanes que había conocido en los dos últimos años: vitalidad y humor. No era guapa, ni siquiera bonita. Y, a pesar del «von», sus huesos no eran más aristocráticos que los míos. Pero tenía los ojos de un gris azulado deslumbrante y una sonrisa maravillosa—. ¿Tan condescendiente como siempre?

—Bastante —reconocí.

—Ya sé que es… un buen amigo suyo, quizá por eso… perdone, pero es que, ¡es un tipo tan estirado! A mí me adora incondicionalmente. Es una lata. —La energía de Margarete resultaba un poco abrumadora. Mientras hablaba, evolucionaba por la cocina como un torbellino, agarrando una garrafa de vinagre del estante o un cuchillo de trinchar de un cajón. Metió la mano en el saco de harina, tomó un pellizco e hizo una mueca—. Nada es bueno desde el 33 en que llegaron esos cerdos.

—¿No cree que debería ser un poco más discreta?

—¿Por qué? ¿Usted me denunciará? —antes de que pudiera

contestarle, añadió—: Lina, si usted y yo y nuestros amigos tenemos que triunfar, hemos de ser muy, pero que muy prudentes. Pero hay momentos en los que no hay nada que temer, y esos momentos tenemos que aprovecharlos, gozar de ellos, porque nos dan la oportunidad de ser lo que somos de verdad: seres humanos. —Tomó una manzana del cesto, le quitó el corazón rápidamente, la partió y me dio la mitad—. Ahora hablemos de cocina alemana. Carne y patatas. En toda Europa la consideran banal. Pasada. Grasienta. Aceite de oliva para los italianos, aceite de cacahuete para los franceses, mantequilla para los ingleses y, para los alemanes, tocino.

—Y no olvide la manteca de cerdo.

—No, no hay que olvidar la manteca de cerdo. La estupenda, liviana y deliciosa manteca. Pero lo que yo quiero enseñarle es la buena cocina alemana, los guisos que tendrá que preparar para agradar a la persona para la que va a trabajar. —Yo quería decir algo, pero tenía la boca llena de manzana. Margarete levantó una mano—. Nada de nombres —advirtió, pero luego encendió su fabulosa sonrisa—. Ni descripciones. No me diga: «El hombre para el que trabajo es un enano calvo que almuerza con la esposa de Rommel un jueves sí y otro no». Cuanto menos sepa cada una de nosotras de las actividades de la otra, mejor. —Metió la mano en la bolsa y extrajo un gran paquete envuelto en papel blanco de carnicería—. Hoy asaremos ternera y prepararemos chucrute, pero chucrute con salsa de champaña. —Sacó una botella pequeña. Yo la miré: champaña francés.

—¿No le da miedo ir por la calle con champaña y media ternera? —pregunté—. Las penas por traficar en el mercado negro son…

—Lina —dijo ella abriendo el paquete de la carne—, yo soy una funcionaría de la Abwehr digna de toda confianza. La familia de mi padre ha comido ternera de primera desde la Guerra de los Cien Años. Y mi madre, hermosísima y encantadora, era una gran actriz. Ahora está retirada, pero a finales de los años veinte y durante los años treinta fue una de las favoritas de nuestro Führer, cuyo afecto por ella no ha disminuido. ¿Le parece que he de tener miedo?

—No —respondí—. Supongo que puede sentirse bastante tranquila.

Margarete me miró. Sacó la mano de la bolsa. Sostenía un

manojo de perejil como si fuera un delicado *bouquet*.

—Me sentiré tranquila cuando no quede ni un solo jodido nazi —dijo suavemente.

En las calles de Berlín todos los hombres llevaban uniforme. Los pocos que iban de paisano o estaban condenados o eran individuos a los que había que temer; instintivamente, rehuías a unos y a otros. Las mujeres vestían poco más o menos como yo, feos abrigos de *Zellwolle*, un sucedáneo que de lejos parecía lana y de cerca, bayeta. No servía para conservar el calor.

De vez en cuando, pasaba majestuosamente la esposa o la amante de alguno de los hombres del Gobierno, envuelta en una nube de perfume francés y metros y metros de pieles; la invasión de Francia y de los Países Escandinavos había hecho maravillas para las mujeres de los poderosos. Yo había oído decir en Londres que Goebbels trataba de obligarlas a disimular sus privilegios; incluso había prohibido los paseos matutinos a caballo por el Tiergarten, el parque del centro de Berlín. No quería despertar el resentimiento de las masas. ¡Ja! Una mirada a la colección de jerséis de cachemira, al chaquetón de zorro y a los pendientes de oro de Margarete, en aquellos días en que tenías que hacer una hora y media de cola para comprar un simple nabo, deberían haber provocado un tumulto. Pero o las mujeres nazis eran el equivalente alemán de las estrellas de cine —vivían vidas suntuosas en representación de todo el mundo— o la gente estaba tan aterrada que no se atrevía a demostrar resentimiento.

Yo vivía en un constante estado de terror, pero ¿quién —incluso el más inocente— no había de sentirlo? La segunda vez que salí de casa de Herr Friedrichs vi a tres agentes de la Gestapo golpear a un hombre de mediana edad a la puerta de una panadería. El hombre tenía la cabeza en la calzada y el cuerpo en la acera; uno de los agentes le pateaba el estómago una y otra vez. La cabeza del hombre brincaba a cada golpe. Los otros dos decían a los transeúntes: «Circulen, circulen», pero lo decían mecánicamente, porque nadie se había detenido, ni siquiera aflojado el paso. Quizá nadie era inocente.

Yo salí a la calle por fin, siete días después de llegar a Berlín.

Tenía todos los papeles en orden: el pasaporte, el permiso de trabajo y la cartilla de racionamiento. Es posible que los hombres de la OSS lanzaran a los agentes en paracaídas en la oscuridad para que se estrellaran en autopistas de cemento, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que, en cuestión de documentos, eran insuperables. Yo así lo esperaba. Herr Friedrichs había examinado los tres documentos, además de la tarjeta que no tenía obligación de llevar encima, el *Ahnenpass*, o certificado genealógico que demostraba la ascendencia aria de Lina Albrecht. Él se limitó a decir: «Correcto». Tenían que ser más que correctos, porque podía haber un control de documentos en cualquier lugar y momento. Dependía del capricho de la Gestapo.

La foto del pasaporte me la habían hecho en Inglaterra. Yo estaba tres cuartos de perfil, pero, si mirabas bien, podías darte una buena idea de lo estúpidas que eran las trenzas y lo descolorida que yo estaba sin maquillaje. O, quizás, aquel día estaba pálida, porque, inmediatamente antes de hacerme la foto, había puesto las huellas de mis dos índices en la tarjeta. Recuerdo que experimenté una sensación de embotamiento al ver el pasaporte a medio rellenar e imaginar que, de haber sido extendido a nombre de Linda Voss en lugar de Lina Albrecht, habría una «J» gigante estampada en el lado izquierdo.

Pero los judíos muertos no necesitan tarjetas de identidad. Uno de los agentes de la OSS que estaba en la pensión de Londres mencionó casualmente que había unos cuarenta mil judíos en Berlín y luego agregó: «No, espera un momento. Probablemente, ahora sean muchos menos. Están haciendo otra redada. Más deportaciones con las muertes consiguientes». «¿Por qué consiguientes?», pregunté yo. Y él respondió: «Suicidios. Los que vienen del Este de Europa no saben lo que les va a ocurrir. Los de Berlín empiezan a comprender».

Aquel primer día yo tenía que ir a la pescadería. Y, a pesar de que repasaba el itinerario una y otra vez en el plano y en mi memoria, el trayecto, que comprendía no más de siete bloques, parecía interminable. Pero Lina, como buena alemana, mantenía los ojos bajos y no se metía con nadie. De todos modos, me daba miedo que algo en mi manera de andar o de llevar el bolso, o en la forma en que miraba a una señal de tráfico delatara que era americana.

Sentía los latidos del corazón en los oídos. Iba en busca de mi contacto. Una vez entrara en funciones de cocinera, pasaría la información al pescadero. Ahora sólo debía presentarme diciendo: «Buenos días. A ver si el lucioperca es hoy más gordo que el del jueves».

Yo trataba de acallar los latidos del corazón repitiéndome que la OSS había elegido, como mi enlace, a un miembro de la resistencia prudente y digno de toda confianza y que las probabilidades de que un agente de la Gestapo estuviera escondido entre las merluzas eran escasas. Pero, mientras esperaba para cruzar la calle, me quedé helada. Yo sabía que, tanto si lo intentaba dentro de un segundo como dentro de veinte minutos, no sería capaz de dar un solo paso hacia delante y que inevitable y bochornosamente volvería corriendo a casa de «Rex» delatando mi histerismo, mi condición de extranjera y mi clandestinidad, por el mero hecho de correr.

Pero en aquel momento, Edward Leland me lo impidió. Plantada en aquella esquina, me dije: «Edward ha estado en Dinamarca, y en Polonia, y en Checoslovaquia, y en Rumania, sin ni siquiera saber el idioma. ¿Alguna vez le habrá ido así el corazón? ¿Alguna vez habrá querido echar a correr?».

Y entonces comprendí lo bien que había llegado a conocer al hombre para el que trabajaba, porque de pronto descubrí que, sí, que, probablemente, en él algo habría querido echar a correr dando gritos hacia el puerto por el que había entrado en Polonia. Yo crucé la calle preguntándome: «¿Por qué no echó a correr? ¿Qué le impulsó a seguir adelante?».

No adivinaba la respuesta, pero era como si Edward estuviera a mi lado. Yo podía oír su voz, segura, tranquilizadora: «Hazlo *ahora* —le oía decir—. Piensa en ello después».

De manera que me limité a ceñirme al cuerpo el abrigo de *Zellwolle* y apreté el paso, para que Rolf Vogel, pescadero, no terminara el lucioperca antes de que yo llegara a la tienda.

22

—Hay un refrán berlinés que dice: *Eine jute jebratene Jans ist eine jute Jabe Jottes* —dije. Era uno de los novecientos cuarenta y dos dichos que me habían enseñado los Pohl, aquel horrendo matrimonio de Baltimore.

Margarete von Eberstein, con las mangas de su blusa de seda roja subidas, me enseñaba a rellenar un ganso con hígado picado, tocino y hierbas.

—«Un buen ganso asado es un don de Dios» —repitió ella, sonriendo, como si comprobara mi acento. Me acercó el cuello del ganso diciendo—: Toma, este don de Dios necesita más relleno.

Al final de mi tercera semana en Berlín, Margarete había estado en la casa por lo menos diez veces, el fin de semana o al terminar la jornada en la Abwehr, donde trabajaba de intérprete. Casi tuve que echarme a reír cuando me dijo que se defendía bien con el francés y el italiano, pero su especialidad era el inglés. Nos habíamos hecho amigas y tuve que reprimir el impulso de decirle en inglés: «¡Embutir esta pasta viscosa en el cuello de un ganso es una de las cosas más asquerosas que he hecho en mi vida!».

Después de pasar tantas horas con Margarete, podía prever su reacción. Abriría la boca, me miraría sin pestañear y, luego, se echaría a reír. No con esa carcajada jubilosa típicamente alemana ¡jo-jo-jo!, sino con la risa que en las novelas se califica de musical.

En circunstancias normales, las probabilidades de que ella y yo nos hiciéramos amigas eran tantas como las de que yo me convirtiera en inseparable de una de las damiselas del colegio de Nan: cero o poco más. Pero, al igual que la política hace curiosos matrimonios, la guerra genera extrañas amistades. Nos unía un denominador común: las dos odiábamos el nazismo. Desde luego,

Herr Friedrichs también lo odiaba y no por ello era amigúete mío. Margarete y yo descubrimos que congeniábamos. No es que yo compartiera su amor por la literatura ni su pasión por la cocina; ¿qué podía yo decir a una mujer que se alboroza tan sólo con mencionar las setas? Y, sin duda, ella tampoco habría compartido mi afición, obsesión o lo que fuera por las películas; seguramente, si le hubiera enseñado la foto de Cary Grant, no habría sabido decir quién era.

Pero lo que más nos acercaba, supongo, era la aversión por la severidad. Desde el primer sábado por la tarde, cada una de nosotras había advertido en la otra una cualidad especial: la alegría.

Lo malo era que, cuanto más nos reíamos juntas, más me costaba perpetuar todas las mentiras de mi supuesta identidad. Ella creía que yo era Lina Albrecht, que tenía veintiocho años y era hija de un carnicero y una ama de llaves de Berlín (fallecidos los dos), que me había casado con un hombre veintidós años mayor que yo que trabajaba en Portugal y que mi marido había muerto de una enfermedad del riñón dieciocho meses antes.

Yo había insinuado que el *playboy* me había dejado permanecer en su casa en calidad de cocinera. Margarete adivinó (y hacer que lo adivinara era tan importante como lo que le contaba con palabras) que el *playboy* me había retenido en su casa por algo más que por mi habilidad para preparar el *eintopf*. Y adivinó también que cuando el *playboy* empezaba a cansarse de mí, llegó su primo Konrad Friedrichs que vio en mí no sólo lo que veía su primo sino también una cara auténticamente nueva y alguien a quien utilizar para sus fines políticos.

Margarete rellenó el ganso una vez y luego me ordenó que lo rellenara yo. Hice hasta seis intentos y, comparados con los resultados obtenidos por ella, los míos resultaban patéticos.

—¡Qué chapuza! —dije.

—Lina… —empezó.

—¿Qué?

—¿Qué opinas de las personas que se inmiscuyen en las cosas más íntimas de tu vida? —preguntó Margarete.

Levanté el ganso y lo metí en el asador.

—¿Qué quieres decir? —respondí.

—¿Estás enamorada de Konrad?

—No.

—Bien.

—¿Por qué bien? ¿Porque los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores entrados en años no se casan con domésticas jóvenes, o relativamente jóvenes?

—Eso, en parte —dijo ella—. Pero también… me sentiría mejor si supiera que lo que haces… lo haces por convicción. Porque, si lo haces por amor, Lina, si vas dondequiera que vayas para complacer a un hombre, entonces seguramente no sobrevivirás. Se necesita mucho temple. Yo creo; no, yo *sé* que lo tengo. No sé si lo tienes tú. Pareces tan dulce, tan vulnerable, al haber perdido a tu marido…

Mientras Margarete hablaba, empecé a pensar en John, pero inmediatamente ahuyenté su imagen de mi cabeza y la sustituí por la del falso Johannes Albrecht. En la pensión de las afueras de Londres, los de la OSS me habían enseñado fotos de un hombre de unos cincuenta años, fornido, con cara de *bulldog*, diciendo: «Su difunto marido». «¿No tiene algo mejor?», pregunté. «Vamos, vamos», me dijeron y me tuvieron despierta hasta las tres dándome detalles de mi «matrimonio». Yo tuve que repetírselo todo, que a «Johannes» le gustaba que le guardara los calcetines doblados, no enrollados y que, después de nuestro primer año de matrimonio, él perdió todo interés por las relaciones sexuales.

—¿Echas de menos a tu marido? —preguntó ella.

—No —sonreí un poco, y agregué—: Lo siento.

—¿No se portaba bien contigo? ¿Te pegaba?

—Margarete, tu visión de la realidad no es precisamente realista. Los maridos corrientes de la clase trabajadora forzosamente no se emborrachan ni pegan a sus mujeres.

—Pues, por lo visto, carecen de sentido del gesto grandioso. Estoy decepcionada.

—Pues deja que te decepcione un poco más. Las esposas corrientes no tienen automáticamente veinte hijos ni se suicidan ahogándose en un caldero de chucrute.

—Nunca lo había pensado. —Ladeó la cabeza—. Pero es una imagen magnífica. Casi dan ganas de que sea cierta. No es que una desee ver sufrir a nadie, pero ¡es tan soberbiamente alemana, tan prosaica, tan estoica! Ahora cuenta, ¿por qué no lo echas de menos? ¿Alguna vez le quisiste?

—No. Al principio le quise. Pero en aquella época de mi vida no tenía a nadie a quien amar. Era yo hija única y perdí a mi padre a los diez años y a mi madre, a los diecisiete. Dos meses después conocía a Johannes, que había ido a visitar a un hermano que era vecino nuestro. Ahora que caigo, quizás estaba buscando esposa. Supongo que estaba cansado de… la clase de mujeres que podía encontrar en Lisboa.

—¿Prostitutas?

—Supongo.

—¿Te gustaba vivir en Lisboa?

—No. —Puse el ganso en el horno que Margarete había calentado—. Vivíamos en una casa junto al mar. Suena muy romántico, pero era muy solitario. Y Johannes no me dejaba ir sola a ningún sitio.

—¿Era celoso?

—No. Había mucho trabajo. Limpiar la plata, quitar el polvo a los libros, hacer inventario de la ropa. No se fiaba de las criadas del país, y ahora que tenía esposa, él estaba libre de esos quehaceres. Supongo que imaginaba que, si tomaba el autobús de la mañana para ir a Lisboa y pasaba un buen día, querría volver al día siguiente, y al otro.

—¿Hablas portugués?

—No. El hombre para el que trabajábamos…

—¿El austríaco?

—Sí. Quería que en la casa no se hablara más que alemán. El porqué de esa manía, si se había marchado de Alemania e instalado en Portugal por propia voluntad, nunca lo supe.

—¿Nunca has estado enamorada, Lina?

—Bueno… —Recordé las fotos del mítico *playboy* austríaco que me habían enseñado los de la OSS. Una cara que hubiera podido figurar en un folleto del Ministerio de Propaganda, sobre «La grandeza de la raza aria». Dejando aparte el pronunciado mentón, el hombre de la foto se parecía inquietantemente a John.

—¡Oh, te enamoraste del austríaco! —Tenía los ojos brillantes.

—Margarete, mi vida no es un cuento de hadas. Yo sabía que no era recíproco. Y que duraría poco tiempo, y que no habría un siempre felices.

—¿Valió la pena?

—Supongo. Quiero decir que yo no soy como tú. No tengo muchas oportunidades de conocer a hombres interesantes, ricos y educados.

—¿Era interesante?

La miré fijamente a los ojos.

—Sí. Interesante en lo que más importa.

—¡Caray! —susurró Margarete. Recogió los cuchillos, cucharas y fuentes que habíamos usado y los llevó al fregadero. Bruscamente, dio media vuelta—. Todo el mundo cree que soy una mujer de mundo, pero en realidad aún no sé lo que es eso.

—Ya lo sabrás —dije.

—No lo sé. He dado muchas veces la vuelta al jardín, por así decir. Y lo único que he encontrado es… cantidad de hombres aburridos. Aburridos en lo que más importa.

—Yo no creo… que la emoción se dé con mucha frecuencia. Es una reacción química. Estoy convencida. Tú puedes querer a una persona. Como yo quería a Johannes al principio. El bueno y plácido Johannes. Pero aunque hubiera estado enamorada… cuando estábamos juntos, bueno, no había química.

—¿Al *playboy* lo querías?

—No. Él… no tenía carácter. Y para querer a un hombre tienes que admirarle. Era muy rico, pero no había trabajado ni un solo día de su vida. Sólo existía para gozar de lo que tenía al nacer.

—Lo mismo que mi padre.

—Yo no quería…

—No —dijo ella, pensativa—. No importa. Mi padre no era… no es un *playboy*. Es fiel a mi madre, aunque no se puede decir lo mismo de ella. Pero es un hombre que monta a caballo y caza y goza de los frutos de su riqueza, de su riqueza heredada y que… —se detuvo.

—¿Sí?

—Mi padre haría cualquier cosa para preservar el *statu quo*. En 1932, un grupo de aristócratas que formaban la DAG, apoyaron a Hitler. Mi padre era uno de sus dirigentes. «Hitler es anticomunista —decía— y los nacionalsocialistas representan a la Alemania que todos queremos». Lo que él quería decir era una Alemania en la que la aristocracia sea tratada como aristocracia.

—¿Y cuando se desengañó?

—No se desengañó. Si Hitler no arremete contra ti puede ser un amigo leal y generoso. —Su cara se nubló—. El barón Von Eberstein ha prosperado.

—¿Y tu madre?

—No bromees, Lina. Mi madre es actriz. Hitler era admirador suyo. Él la consideraba magnífica. ¿Crees que ella iba a encontrar algo siniestro o inmoral en un hombre semejante, o en el movimiento que él lideraba? No. Todo lo contrario. Para mi madre, Hitler y el nazismo también son «magníficos».

—Entonces, ¿cómo llegaste tú dónde ahora estás?

—Supongo que porque mis padres no me hacían caso. Esto me permitía observar sus vidas y sus elecciones y formar mis propias opiniones.

El barón, gracias a la suerte y a sus amistades nazis, había conseguido conservar su dinero y sus tierras. A veces, cuando Margarete describía a su padre saliendo del bosque después de una mañana de cacería, con su rifle negro colgado del hombro, hacía que pareciera un personaje apuesto, romántico e interesante: un barón que, a los ojos de su hija, era casi un príncipe. Pero un príncipe lejano, y un príncipe que llevaba consigo al castillo a una colección de campesinos rudos y brutales.

La madre de Margarete visitaba la finca de su marido en Navidad, Pascua y durante un mes en el verano, pero tenía su propia casa en Berlín. Era una de las grandes actrices de su época. Había actuado no sólo en alemán sino también en inglés y francés. En su repertorio había obras de Goethe, de Shakespeare y de Moliére. De cada una hacía una creación. Pero a menudo se olvidaba de que tenía una hija. Margarete dijo que su madre había ido a la casa de campo el verano en que ella cumplió diez años y que estuvo llamándola «niña bonita» a todas horas, como si se hubiera olvidado de su nombre. Decía que podía aprenderse de memoria todo *Fausto* y *Antonio y Cleopatra*, pero era incapaz de recordar si su hija se llamaba Margarete o Margot.

De modo que Margarete se refugió en la cocina. Cuando hablaba de su niñez, y del cariño y paciencia del cocinero de la familia y de su esposa que le ayudaba, podía ver —en sus relatos de cómo se perdía cuando recogía espárragos o sus desastres de cuando aprendía a destripar una gallina— no sólo a la niña que se había

convertido en alegre y bulliciosa muchacha de la buena sociedad berlinesa sino también a la niña triste que, a pesar de su alta y cómoda posición social, había crecido sintiendo que no había un lugar en el que sentirse realmente en casa. Su padre estaba de cacería o escanciando vino a los nazis, su madre andaba por ahí viviendo su agitada vida sentimental y hasta el bueno del cocinero y su mujer, en cuanto terminaban su trabajo, se iban rápidamente junto a sus propios hijos.

«A veces —decía— me quedaba en la cocina después de que todo el servicio, los mozos de comedor y las pinches, se acostaran. Allí dormía —me dijo—. Era el sitio más cálido de toda la casa. Y no cálido en temperatura sino en… ¿tú me entiendes?». Yo le dije que sí que la entendía.

—Lina, tengo que decirte una cosa —levanté la mirada de los *freiselbeeren*, el equivalente alemán de la salsa de arándano que había empezado a preparar—. Tengo un amante. —Yo no había hecho más que empezar a sonreír cuando ella agregó—: Le odio.

—¿Quién es?

Llevaba una falda larga de lana blanca —la auténtica— y se frotó las manos en el delantal, manchándola con el resto de grasa de ganso que tenía en las manos.

—No lo sabe nadie.

Parecía tensa. Yo comprendí.

—Entonces no preguntaré.

—Salvo la gente del… movimiento. Ellos lo saben. Cuando les hablé del interés que ese hombre demostraba por mí —hablaba con inusitada rapidez—, me dijeron… me animaron. —De pronto, sus ojos de un gris azulado se oscurecieron y llenaron de lágrimas—. Es coronel. Está en el séquito personal de Hitler.

—Ya entiendo —dije.

—No, no entiendes. Tiene cincuenta y cuatro años y es más gordo que… —alzó la cabeza y miró al horno— que un ganso relleno. Tiene los dedos rechonchos, los muslos gruesos y hasta los pechos caídos de vieja. —Volvió a la mesa, se sentó en una silla y se enjugó los ojos con un paño de cocina—. ¡Oh, Dios, qué asco!

—Pues déjalo, Margarete.

—No puedo.

—Para todo hay un límite. Diles que no te es posible.

Me miró con una sonrisa forzada y levantó la barbilla. Firme. Aristocrática.

—Pero, ¡ah!, Lina, la información que consigo de esos gordos labios… Él abandona a la gorda de su mujer y yo le preparo *Kónigsberger Klopse*, y lo que yo tardo una hora en preparar él se lo zampa en menos de un minuto. Pero antes de irnos… adentro, se echa hacia atrás, eructa y me cuenta lo que ha hecho durante el día. Mientras él hace la digestión, yo consigo información que puede salvar vidas. Dime, ¿debo dejarlo?

De pronto, se me humedecieron los ojos con las lágrimas que momentos antes viera en los de ella.

—No sé —murmuré.

—¡Oh, Lina!, yo sé que tiene que haber algo mejor que esto. Sólo pido vivir lo suficiente para disfrutarlo durante cinco minutos.

Si de Konrad Friedrichs hubiera dependido, yo habría ido a la pescadería todos los días. ¡Práctica! ¡Práctica! ¡Práctica!

Pero Herr Friedrichs era espía sólo porque conseguía información del Ministerio de Asuntos Exteriores, iba a Lisboa para asuntos oficiales del Tercer Reich y, mientras estaba allí, llevaba un traje a una tintorería, con los datos escritos en clave doblados y metidos en un minúsculo corte de las vueltas del pantalón. El empleado de la tintorería entraba el traje al taller donde lo esperaba un agente de la OSS, y Herr Friedrichs había terminado su cometido.

A diferencia de Margarete y de Rolf Vogel, pescadero, Konrad Friedrichs siempre se mostraba reservado; él trabajaba solo. La idea de una resistencia alemana organizada que colaborara en una operación de espionaje americano era algo horrible, inconcebible. Pero confiaba en Margarete. No porque Norman Weekes se fiara de ella ni por su valor y su habilidad, sino porque, a pesar de las ideas fascistas de sus padres, ella procedía de una rancia familia alemana que durante siglos había defendido lo mejor que Alemania podía ofrecer. Cuando yo le fui endosada por Norman, fue Margarete, su único contacto con la resistencia, quien le calmó y Margarete quien prometió encargarse de que yo me convirtiera en la gran cocinera que la OSS decía que era.

Pero era preciso impedir que Margarete supiera más de lo estrictamente indispensable, por su propia seguridad. No había de saber nada de mi operación, de manera que eso nos dejaba solos a Herr Friedrichs y a mí. Y nosotros dos no habíamos nacido para cantar un dúo. Konrad Friedrichs lo hacía todo, desde bañarse hasta espiar, con un método rígido y uniforme. Pero, como Margarete o Rolf habrían podido decirle, cuando se está en una misión no puedes ajustarte a un programa fijo. Así, a pesar que con ello provoqué numerosas dilataciones de aletas nasales, yo le dije que no pensaba ir todos los días a la pescadería de Rolf para ¡Practicar! ¡Practicar! ¡Practicar!

—Oiga, no hay ser humano que pueda comer tanto arenque —le dije en una de sus visitas en zapatillas a mi habitación—. Si voy tan a menudo, con tanta regularidad, alguien de la tienda puede sospechar. Yo soy una cocinera que trabaja en casa de un importante funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, o sea, *usted*: y ellos saben que ustedes reciben asignaciones que los ciudadanos normales no tienen. Usted podría comer carne siete días a la semana para desayunar, almorzar y cenar, si quisiera. Entonces, ¿por qué su cocinera va tanto a la pescadería?

—Usted es como todos. «Agentes secretos». Muy avispados pero con un gran desdén por el trabajo concienzudo.

—Si la Gestapo, de algún modo, sospecha de Rolf, si le vigilan, ¿no le parece que habrían de fijarse en mí?

—El sistema de transmisión de información ha de ser perfecto *antes* de que usted deje esta casa para entrar al servicio de… la persona en cuestión. Y tiene que…

—¡Practicar! No se preocupe.

—«¡No se preocupe!». ¡La autosuficiencia, la ingenuidad de esa expresión! Yo he hecho… lo que he hecho durante años… Y usted… Por las trazas, podían haberla encontrado en un teatro de varietés. Sus únicas credenciales son las de que, evidentemente, se crió en una casa en la que había una persona de la clase baja de Berlín.

—Mi abuela era alemana. Fuera cual fuere su clase social, era una mujer educada. Ella nunca haría observaciones ofensivas acerca de la familia de otra persona.

Él sacó el pecho y aspiró profundamente, ofendido. Indignado.

—Usted me considera arrogante y pesado. Y se equivoca. —¡La

falta que le hacía un espejo al tío!—. Yo no pretendía denigrar a su abuela. Simplemente, trato de poner de relieve la circunstancia de que en este trabajo es usted una principiante.

—Quizá tenga razón, pero no había más que una persona en el mundo que pudiera ocupar este puesto, y esa persona era yo. Yo tengo las ganas y el valor. Y lo que me falta de entrenamiento lo compenso con sentido común.

—¡El sentido común! Pronto estará muerta o deseará estarlo, y para mí será peor, mucho peor. —Su voz se quebró en una nota aguda de pánico—. ¡Usted será mi perdición!

Yo comprendía su temor y me hacía cargo de sus razones, pero empezaba a estar harta de que me despreciara.

—¿Usted cree que yo arriesgaría mi propia vida y la de otras personas si no comprendiera que no estoy preparada?

—¡Usted no sabe lo que quiere decir la palabra «preparada»!

Me levanté y abrí la puerta, lo cual no era fácil ya que la habitación era tan pequeña que prácticamente tuve que pasar por encima de las rodillas de Herr Friedrichs para llegar a la puerta.

—Haga el favor de salir de mi habitación.

Él se levantó, muy erguido.

—Es *mi* habitación. *Mi* casa.

—Muy bien —dije—. Nuestra conversación ha terminado. Puede usted dejarme o echarme de su casa. ¿Qué prefiere?

Quizás hubiera debido ser más comprensiva con él, pero la verdad es que bastante trabajo tenía para dominar mi propia histeria. No tenía paciencia para aguantarle.

En el avión que me llevó a Lisboa, un agente de la OSS me había dado un bolso con un minúsculo compartimiento en la base que se abría cuando oprimías un resorte. Me dijeron: «Cuando vaya a la tienda de Rolf, procure llevar un capazo lleno de verduras, latas, lo que sea. Cuando él la despache, tendrá que ayudarla a colocar los paquetes y al hacerlo rozará el bolso. Entonces extraerá el papel en el que usted habrá escrito la información, del departamento secreto de su bolso. No se preocupe. Está garantizado. Nadie se dará cuenta de lo que hace. Es un auténtico profesional. Él sabe cómo disparar el mecanismo; ya ha usado este sistema para pasar información. Usted sólo tiene que ir cargada, para que él pueda acercarse a ayudarla. Tranquila. Es muy sencillo».

Muy sencillo, pero falló. Estuve tres veces en la pescadería sin que Rolf consiguiera abrir el compartimiento secreto de mi bolso. De acuerdo, sí, estábamos ensayando, y lo único que habría extraído habría sido un papel en blanco. Pero cuando llegara el momento, el papel —cubierto de una escritura minúscula que me habían enseñado con unas letras del tamaño de comas— tenía que salir de Berlín. Y Rolf era la primera etapa del viaje.

Si había una persona capaz de hacer funcionar el mecanismo, esa persona habría sido Rolf Vogel. Era un hombre de mi edad, con el cabello escaso y rojo, la piel blanca, unas pecas pálidas y manco a consecuencia de un accidente de moto que había sufrido siendo muy joven. Pero, si bien su mutilación le había mantenido apartado del Ejército, no le impedía cortar el pescado con asombrosa habilidad ni levantar una caja de pescado y hielo que debía de pesar casi tanto como él.

Y no era un manojo de nervios como Herr Friedrichs. Rolf era tan tranquilo que incluso me tranquilizaba a mí. Yo ignoraba las razones que él pudiera tener para arriesgar su vida, mientras el noventa y nueve coma nueve por ciento de sus compatriotas se encogían y acobardaban y andaban gritando *Sieg Heill* a diestro y siniestro, pero fueran cuales fueran, debían de ser profundas. Y, porque sabía cuán grande era el peligro que corría, lo aceptaba de buen grado, no se derrumbaba fácilmente. Rolf Vogel no sudaba. No se mordía las uñas. En realidad, se comportaba como yo imaginaba que se comportaría Edward Leland. De forma práctica. Si hace frío y tienes que ir a Dinamarca, metes en la maleta un jersey grueso, con estrellas de nieve. Y, antes de salir para Polonia ocupada, te despides con un: «Hasta la vuelta, Linda», y sales tranquilamente por la puerta. Natural. Sereno.

Después de la tercera tentativa fallida para sacar el papel, Rolf dijo, simplemente:

—¿No quiere truchas? —Me llevó hacia el fondo de la tienda. Todavía se nos veía, pero aquello era más seguro—. ¿Qué le parecen? —preguntó mirando el pescado. Su mano reposaba en un montón de papel de envolver. Parecía decir en silencio: «Quizá pueda pasarme la información entre este papel». Yo aspiré por la nariz. No me gustaba la idea; demasiado descarado—. Son muy frescas —me aseguró. Yo volví a aspirar: Lina Albrecht, la exigente.

—Me gusta convencerme por mí misma.

—Pues adelante —dijo él, como si estuviera acostumbrado. Por lo menos la cuarta parte de sus clientes eran unas pesadas.

Yo fui levantando las truchas una a una examinando sus ojos muertos. Chico, y qué feas son, bien miradas. Y resentidas, con esas boquitas salidas. Pero tenía que dar con algo. Entonces carraspeé. Rof me miró. Yo oprimí la boca de una trucha. Se abrió, yo metí el dedo hasta el cuello, el esófago o lo que fuera. Bien, lo que fuera era lo bastante grande como para que cupiera un papel. Rolf apenas movió la cabeza, pero comprendí que asentía.

—No me gustan. A ver la merluza —dije.

—Desde luego —dijo Rolf—. *Desde luego*.

La última noche que dormí en casa de Konrad Friedrichs coloqué mi cuerpo en la postura habitual: de lado, con el tronco a la derecha y las piernas a la izquierda para sortear los muelles del colchón. Unas noches antes, había probado algo extra: el brazo derecho encima de mi cabeza, el hombro debajo de una oreja y la mano encima de la otra, para no oír los ruidos del bombardeo ni el fuego de los antiaéreos. Pero al cabo de un minuto el silencio no me pareció de oro, tenía que permanecer despierta para oír pisadas sospechosas o la voz que preguntara por mí.

Aquella última noche estaba despierta pensando tristemente en Herr Friedrichs. No podía soportarle, pero al fin me daba cuenta de lo mucho que había hecho por mí: traerme desde Lisboa, permitir que un miembro de la resistencia me enseñara en su propia casa, esconderme y, lo más importante, importunarme continuamente, moviendo la cabeza con desagrado ante mi estupidez plebeya, obligándome a ser más prudente y —ahora lo comprendía— más cauta y suspicaz de lo que hubiera sido.

Dos días antes yo había hecho lo que me habían ordenado hacer en Inglaterra: había tomado el Metro hasta Alexanderplatz, para comprobar mi habilidad para moverme por Berlín y pasar por una trabajadora berlinesa. ¡Oh, y qué orgullosa estaba! Salí temprano y, cuando llegué a la estación de Alexanderplatz, aún salía gente que aquella noche se había refugiado en el Metro durante la incursión aérea. Yo me uní a los que subían las escaleras.

Una buena lección. Esto era Berlín, no Nueva York. Ni una sola persona empujaba, ni nadie daba codazos ni adelantaba a los demás. Yo me obligué a acomodar el paso al de la multitud, sin tratar de adelantar a nadie. Mantenía baja la cabeza, tanto para evitar la exhalación masiva del aliento matinal de los que habían pernoctado en la estación, como para ocuparme de mis teutónicos asuntos.

En la calle ya empezaban a formarse colas en las tiendas. Las mujeres sujetaban el bolso, el pasaporte y las cartillas de racionamiento con más fuerza que a sus hijos. Aquí la gente era más pobre y al principio me sentí segura. Me parecía más a ellos: una ama de casa. Cuando entraba en las tiendas elegantes del barrio de Herr Friedrichs, me sentía desplazada. Los vendedores miraban mi gorro de punto y mis zapatos y comprendían: claro, una criada.

Estuve en una cola casi dos horas. La guerra marcaba la cara de la gente. Los berlineses estaban demacrados, grises, exhaustos ya por el esfuerzo de superar incluso esto, el comienzo de la jornada. Comprendí que, en realidad, yo no era una de ellos, y vi que también ellos lo notaban. Lo que me hacía diferente era mi aspecto saludable. Yo tenía la piel lustrosa y el pelo todavía brillante. Y, sobre todo, no estaba delgada. De acuerdo, no se podía decir que estuviera gorda, pero era una americana: robusta, sana, en paz. Además, había pasado cuatro semanas en casa de Herr Friedrichs cocinando con Margarete y, a pesar de que los nervios me agarrotaban el estómago y estaba muy tensa y crispada para comer, a fuerza de probar un poco de aquí y otro poco de allá, no había perdido peso. Mi figura parecía menos la de una alemana normal que la de una intérprete de la Abwehr: llena y bien alimentada.

Observé las caras de la cola: todas tenían una misma característica: te miraban sin verte. Bueno, no es exacto. Sí, desde luego, me veían, veían mi sospechosa vitalidad, pero no me miraban con suspicacia, «¡Qué te parece ésta!», como me habrían mirado en Nueva York, ni siquiera con una mirada fría de desaprobación, como las que me dedicaba la abuela Olga si para ir a la escuela me ponía un vestido que no le parecía apropiado.

No eran ojos muertos; las mujeres de la cola tenían cerebros muertos detrás de los ojos. Se habían obligado a parar de pensar, para que no asomara a su cara una expresión sospechosa, ni un

parpadeo, ni un tic delator.

El miedo que sentí al darme cuenta de esta pequeña diferencia se mitigó cuando comprendí que aquellas mujeres no gritarían: «¡Eh, miren a ésta! ¡Es una intrusa!». Si lo era, las autoridades me descubrirían. No me delatarían porque estaban tan asustadas como yo de llamar la atención.

Hacía frío y los pies me picaban por lo entumecidos mientras permanecía quieta, con una temperatura de primeros de diciembre. Yo pensaba: «¿La gente de Queens y de Brooklyn podrían llegar a ser así? ¿Podrían llegar a estar tan asustados que se murieran por dentro?». No lo sabía. Pero miré hacia la esquina desde el lugar en el que estaba haciendo cola y vi a los trabajadores que iban camino de la oficina, del almacén y de la fábrica.

Ni uno solo ponía un pie fuera del bordillo mientras el semáforo estaba rojo. Nueva York era una ciudad de transeúntes indisciplinados, de gente que aparcaba junto a las bombas de incendios. ¿Acaso la no escrita licencia del taxista a decir al policía «¡Métela dónde te quepa, hermano!» podía proteger a una nación de un Hitler y sus Camisas Pardas? ¿Podía un Hitler surgir en una nación en la que el ciudadano medio se saltaba los límites de velocidad sin pensarlo dos veces?

Para ser justos, desde luego, cuando ves cómo se llevan a tus vecinos, y cómo sus casas, sus muebles y hasta sus tomates en conserva son requisados para los favoritos del partido, y no vuelves a ver a tus vecinos… bueno, estas cosas no te animan a protestar ni a mostrar un gesto de desdén ante el fascismo.

Pero, sin dejar de ser justos, Hitler y Roosevelt habían llegado al poder con pocos meses de diferencia, en 1933. De acuerdo, las circunstancias eran mucho peores en Alemania; ellos no sólo tenían una depresión, sino también la carga de la Primera Guerra Mundial. Pero ellos eligieron a un monstruo de ojos delirantes que escupía odio y les gritaba a la luz de las antorchas: «¡Sois la Raza Superior!». Y nosotros elegimos a un paralítico con entusiasmo y bizarría que se sentaba al amor de la lumbre y nos instaba a tener valentía, a tener paciencia, a tener decencia y a tener esperanza.

Por fin me tocó el turno; la tienda era una ferretería, pero no tenía nada que se pareciera ni remotamente a la cacerola de hierro colado que yo pensaba comprar. Sus existencias se reducían a dos

artículos: soperas y pelapatatas. Yo salí con un pelapatatas, pero, por lo menos, el dueño de la tienda no había notado nada extraño en mi acento; estaba casi segura. Y no le había llamado la atención mi robustez. Al darme el cambio me dijo:

—Aquí tiene, Fráulein.

Y me sonrió. Yo bajé la cabeza, para que pensara que me ponía colorada, metí el pelapatatas en el bolso y me fui.

«Lo estoy haciendo bien», pensé y aunque no empecé a dar brincos por la calle silbando, me sentía mucho más segura de mí misma que aquella mañana, cuando salí de casa de Herr Friedrichs. Cerca de la estación vi que una calle lateral estaba acordonada. Policía. Gestapo. No miré. Me tranquilicé al recordar que aquella zona había sido bombardeada la noche anterior. Aunque los bombardeos eran cada vez más intensos, las autoridades trataban de ocultar a la gente la terrible devastación —los escombros y los espantosos cráteres que quedaban después de los ataques—, especialmente en los barrios residenciales.

«Un bombardeo», pensé. Un hecho corriente. Y entonces sentí una mano en mi brazo. Levanté la mirada. Gestapo. Una cara que hubiera resultado agradable de no estar tan satisfecha de su capacidad para aterrorizar.

—Su pasaporte —exigió.

Me llevó unos segundos abrir el broche del bolso que tintineó mientras forcejeaba con él. Yo rezaba: «Oh, Dios mío, que no se abra el resorte». Le entregué el pasaporte. Lo examinó y luego se acercó.

¿Cómo me había delatado?

—¿Se llama Lina Albrecht?

—Sí.

¿Estarían vigilando a Konrad Friedrichs? ¿Era eso?

—¿Edad?

—Veintiocho años. —El hombre llevaba un gran tupé, con mucho fijador.

—¿De dónde es?

—De Berlín. —¡Oh, Dios…! ¡Oh, Olga! ¡Oh, Mr. y Mrs. Pohl, que se crea mi acento!

¿Era aquel control de identidad uno de los casuales contra los que me habían prevenido? Sería que iba demasiado despacio para

su gusto, o demasiado de prisa. No le gustaba mi aspecto. O le gustaba, como al tendero, que me había sonreído. Miró el pasaporte, me miró a mí, una y otra vez. ¿Trataba de paralizarme para que cuando por fin gritara «¡Usted no es de Berlín! ¡Tiene acento extranjero!», yo no pudiera hacer nada más que bajar la cabeza y darle la razón?

—¿Qué hace aquí?

—He venido a comprar.

—¿A comprar? —Entornó los ojos con escepticismo y movió la cabeza, como si acabara de decirle una mentira escandalosa—. ¿Y qué ha comprado?

Empecé a revolver en el bolso, con excesivo afán. «Calma —pensé—. Encuentra el pelapatatas y enséñaselo». Me arrancó el bolso de la mano.

—Un pelapatatas. Eso es lo que he comprado.

Cuando pronuncié esta palabra, él lo sacó del bolso.

—Usted es de Wilmersdorf —dijo—. ¿Qué hace en esta zona? —Recalcaba las palabras con lentitud, prolongando la amenaza. ¡Y cómo resultaba! Yo estaba asustada y él, electrizado por mi miedo. Me acercó la cara en un horrible *cheek-to-cheek*. Mirando de soslayo, yo distinguí hasta los puntos casi invisibles de su barba bien afeitada—. ¿Qué hace en Alexanderplatz?

—Oí decir que esta tienda tenía pelapatatas. De los de punta redonda.

—¿Qué?

—Para sacar los ojos de las patatas —susurré.

—¿Y para eso ha venido desde Wilmersdorf?

—Es que soy cocinera. Mire, mi permiso de trabajo está ahí dentro. —Irguió el cuerpo bruscamente alejándose de mí y hurgó en mi bolso. Tiró el pañuelo a la acera—. Trabajo para Herr Konrad Friedrichs del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sacó mi permiso de trabajo y lo escudriñó como si estuviera seguro de que en cualquier momento descubriría algo de qué acusarme. Una ráfaga de aire se llevó mi pañuelo. Levantó el permiso, lo puso contra el sol y yo le lancé una ojeada mientras examinaba mis papeles. Estaba de perfil y tenía un grueso tapón de cera en el oído.

De pronto, me devolvió bruscamente el bolso y puso el permiso

de trabajo encima con un golpe seco.

—Está bien. Circule. Y basta de haraganear.

—Sí. Descuide. Gracias.

Me alejé por la calle abrazando con fuerza todos los papeles que me acreditaban como ciudadana del Reich, permitiéndome vivir y trabajar. Al doblar la esquina, anduve más de prisa, pero luego aflojé el paso. Calma. Ordena el bolso. Aquí, en Alemania, pulcritud ante todo, niña.

Aquella última noche que pasé en la celda del sótano de casa de Konrad Friedrichs obligué a mi pensamiento a viajar, a regresar donde pudiera estar en paz durante unas horas, a ir a casa.

Pensé en mi madre, que usaba las pinzas de las cejas con la soltura con que un carnicero maneja el martillo, cómo trabajaba ella en su belleza, y cómo cuando mi padre murió en aquel fuego, antes ya de que empezara a emborracharse, no conseguía ni enderezar las costuras de las medias. Fue la primera señal del derrumbamiento. Salía del dormitorio y me decía: «¿Cómo están las costuras, Linda, cariño?». Y, después de un par de veces en las que llegó a llorar del disgusto, yo aprendí a responder: «Rectas como una flecha, mamá».

Y, luego, mi pensamiento vagó hacia Manhattan: me acordé de los almuerzos en la sala de juntas de «Blair», «VanderGraff & Wadley», en los que Gladys Slade dirigía el cotilleo con el mismo rigor (y más seriedad) con que Roosevelt dirigía una reunión del Gabinete. Pensé en que los comentarios acerca del afán de mangonear de Mrs. Avenel, y del lío de Mr. *Post* con Wilma Gerhardt, y del vago parecido de Mr. Nugent con Ronald Colman era el momento culminante del día y que el soñar despierta por la noche inventando escenas con Mr. Berringer —al que mentalmente me atrevía a llamar John— era la mayor satisfacción de mis noches. Entonces me di cuenta del camino recorrido. Y, si en realidad no sabía a ciencia cierta en qué me había convertido, por lo menos comprendí que el cambio era tremendo.

Y no había billete de vuelta. Aquella noche —y todas las noches desde que estaba en Berlín— tuve momentos malos; para ser sincera, horas malas. Tendida en la cama, con el motor disparado, no podía concentrarme en nada que no fuera pensar: «Estoy *atascada*, atrapada». ¿A qué frontera podría correr diciendo: «¡Eh,

déjenme cruzar! ¡Qué yo no soy de aquí! ¡Yo soy de Queens!»? ¿A quién podía echar los brazos al cuello gritando: «¡Ay Dios mío, quiero ir a casa! ¡Ayúdame!»?

Me obligué a dominarme. Pensé en John. No era fácil. No porque me produjera dolor, pero todo lo que yo podía conjurar tendida en aquel miserable remedo de cama era una imagen: su hermosa cara y su soberbio cuerpo. Imágenes. John saliendo de la ducha. La cara de John al levantar la mirada después de corregir una carta o gravitando sobre mi cara durante el abrazo sexual. John abrazándome. John abrazando a Nan.

«Eh —pensé—, pase lo que pase, ese tipo aún es tu marido». No servía de nada. Tratar de sentir algo por John era como querer enamorarme del aire. No podía. No sentía pasión, ni furor, ni deseo, ni pena. Cuando por fin me quedé dormida, pensé: «Lo único que siento realmente es curiosidad; simple curiosidad. Quiero decir, ¿cómo se puede amar a una persona sin sentir absoluta, explícita e indudablemente nada?».

23

En los Estados Unidos, a lo más que llegaría un individuo como Horst Drescher es a dueño de un pequeño negocio —de alquiler de sillas de ruedas y piernas ortopédicas o de fabricación de sorpresas de papel— y vicepresidente del Club de los Leones; nunca, a presidente, porque la mayoría de los socios pensarían que un tipo que usa chaleco de satén es un imbécil no apto para el cargo supremo. Viviría en las afueras, porque la ciudad sería demasiado para el manojo de nervios de Hedwig, su esposa, pero, puesto que él se consideraba un tipo eminentemente urbano, no querría estar muy lejos de las salas de conciertos, los teatros y los restaurantes caros.

Eso, en América. En la Alemania nazi, Horst Drescher, a los veintisiete años, era uno de los hombres más afortunados del Ministerio de Asuntos Exteriores. El Ejército no podía reclamarlo: había nacido ciego de un ojo, y andaba con las puntas de los pies tan separadas que daba la impresión de estar imitando al pato Donald. O sea, que era afortunado. Y poderoso. No por el trabajo que hacía, aunque era jefe del Departamento Británico y trabajaba por lo menos doce horas al día. Y tampoco por su habilidad diplomática ni lingüística: cualquiera del Ministerio, desde el portero al embajador, podía taladrar su supuesta sutileza en dos segundos. Y las dos veces que yo le oí hablar inglés por teléfono, su acento era tan increíblemente alemán que sonaba como un crío de Queens que jugando a soldados le hubiera tocado hacer de nazi.

Y eso era: el nazi. Su fanática lealtad al partido era lo que le había hecho ascender tanto en el caserón gris de la Wilhelmstrasse. Eso y la circunstancia de que, durante una semana, Hitler tuvo el ramalazo de pedir «hombres jóvenes, sangre nueva» para el Gobierno. Y consiguió lo que se merecía: a Horst.

Cuando se publicó *Mein Kampf* en 1925, Horst Drescher, con diez años, se inscribió en el *Deutsches Jungvolk*, la rama infantil de las Juventudes Hitlerianas. Desde entonces fue un incondicional. No era leal por afán de beneficio personal. Creía en Hitler y en sus principios: la Raza Superior. ¿Qué clase de crío de diez años prefiere pasar el tiempo recreándose en la idea de la superioridad aria en lugar de jugar al fútbol? Según el informe de la OSS, el pequeño Horst Drescher: «Es adepto acérrimo a las ideas raciales de Hitler y al parecer se considera ejemplo de todo lo que es noble, viril y culto». El informe agregaba que Horst suscribía también las otras ideas nazis: *Lebensraum*, antisemitismo, *Führerprinzip*, todo el paquete de *Weltanschauung*.

Bien, casi todo. Adolfo el *Ético* era vegetariano. Horst Drescher hubiera comido cualquier cosa que no se levantara y echara a andar del plato, mientras pudiera acompañarlo con una buena jarra de *pilsener* y una copita de *schnapps*.

Cuando empecé a trabajar para él en su hermosa casa de piedra de Dahlem, lo ignoraba. Todo lo que yo sabía era lo que sabía la OSS, y su información procedía de Alfred Eckert, quien, probablemente, había escrito apresuradamente algo por el estilo de: «Un mozo rudo, amante de los viejos guisos alemanes, en plato grande» para rellenar un informe excesivamente corto. Algún chupatintas de la OSS, naturalmente, puso un asterisco gigante en la frase. «Drescher, Horst: nacido en Magdeburgo en 1915. * Debilidad: ¡La cocina alemana!». La OSS había pasado el informe a Konrad Friedrichs. Y cuando, desesperado, fue a ver a Margarete von Eberstein y, sin dar nombres, describió a la persona en cuya casa debía introducirme —y se lamentó de lo imposible que parecía la empresa—, Margarete le dijo: «Ahí puedo ayudarte».

En mi segunda noche en casa de los Drescher, yo desgracié los faisanes. Else, la primera doncella, encargada de servir la mesa, entró del comedor en tromba:

—¡Date prisa! ¡Esperan el segundo plato! —La miré, un poco sorprendida.

Abrí el horno. ¡Dios mío! Había puesto el asador y las verduras a calentar con el homo al mínimo y, al meter las aves, olvidé dar la vuelta a la llave. Else y yo nos quedamos contemplando cuatro faisanes semicrudos; en lugar de asados al horno, parecían

escaldados.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó con voz chillona.

—Esconderlos —dije. Daban la impresión de estar heridos, no muertos: por el cuello les salía un jugo colorado—. Y rezar. Agarré el perol de salsa blanca que había destinado a las zanahorias y la vertí por encima de los faisanes. Los cubrió como una gruesa sábana. Luego decoré la fuente con todas las verduras, rodajas de limón y alcaparras que encontré a mano, entregué la fuente a Else y le dije:

—Cuando salgas por esa puerta, sonríe. Y *no* te asustes.

Dado que Else tenía una capacidad cerebral similar a cualquiera delos faisanes, hizo lo que se le ordenaba sin rechistar y echó a andar hacia el comedor con una amplia y forzada sonrisa.

Al abrirse la puerta, entrevi la espalda de Horst y el perfil de Hedwig, su esposa, y del invitado, un hombre de mediana edad con una nariz tan corta y respingona que parecía el morro de un cerdo; aquel hombre fue en tiempos el idolatrado jefe de Horst en el *Deutsches Jungvolk* y ahora era jefe del partido en Sajonia.

—¿Cómo nos van las cosas en Inglaterra? —preguntaba el invitado.

—Muy bien, Bruno —respondió Horst.

—Pero ellos cada día bombardean más.

—La desesperación, Bruno. —Y la puerta se cerró.

Yo me puse a trajinar, tratando de no pensar en cómo reaccionaría Horst ante el desaguisado de los faisanes. Eché una taza de mantequilla derretida sobre las zanahorias. Luego, hice otro tanto con las patatas y, después, lo espolvoreé de hinojo seco, de una rama que colgaba del techo y que Else me dijo que habían traído de Francia. «Cuando los alemanes terminen, lo único que quedará en Francia serán los franceses», pensé.

Else entró en busca de las verduras. Su tez blanca estaba sonrosada de gozo. Probablemente, el bueno de Bruno le había pellizcado el trasero.

—¿De qué humor parece estar Herr Drescher? —le pregunté.

—Me ha pedido más pan. —Brillante. La raza superior. Salió con las verduras, arrastrando los pies.

No se habían proferido gritos de horror ante la repugnante masa bañada en salsa blanca que yo les había presentado en la bandeja

de plata. Yo me calmé diciéndome que, aunque la cena fuera lo peor que Horst Drescher había comido en su vida, no me despediría. Su anterior cocinero había sido atropellado por un coche cuando iba a la carnicería y tenía las dos piernas rotas. Yo venía muy bien recomendada…, nada menos que por Konrad Friedrichs.

En un principio, la OSS deseaba que Herr Friedrichs encargara a otra persona el entonar el canto de alabanzas de mis dotes culinarias; pero él, que empezaba a estar asustado, se mostró inflexible: «¡No pienso complicar a nadie más en este disparatado proyecto!».

El despacho de Konrad Friedrichs estaba en el mismo piso que el de Horst, y un lunes Herr Friedrichs comentó: «Bien, el viernes me voy a Lisboa para dos semanas». El jueves, después de pasar la mayor parte de los días anteriores escuchando los chismes del Ministerio, llamó a Horst para decirle: «Me he enterado de que su *chef* ha sufrido un accidente. Lo lamento… aunque quizá yo pudiera serle útil. Tengo una cocinera, una mujer berlinesa trabajadora y prudente, viuda, y yo no sé qué hacer con ella. Yo viajo mucho. En realidad, no la necesito. Es muy competente. Si está interesado…».

Yo llegué a casa de los Drescher el sábado por la mañana. Era una bonita casa de piedra, con una complicada verja de hierro, en una calle adoquinada. Hacía casi un año que el matrimonio vivía allí. Anteriormente, la casa pertenecía a una familia judía, dueños de los grandes almacenes. Habían «emigrado», lo que significaba que habían sido deportados a algún lugar del Este, probablemente a Polonia o Checoslovaquia. Nadie hablaba de eso. Su casa, desde la buhardilla hasta el sótano, incluidas camas, pinzas de tender, plata, sofás y bombillas extra, pertenecía ahora a los Drescher.

Según el informe de la OSS, Horst amaba lo que había pasado a ser suyo. Alfred había escrito en uno de sus informes: «A veces, al pasar por una habitación, acaricia la madera del pasamanos. Y habla del valor de su porcelana de Meissen». Yo me lo imaginaba levantando un azucarero y mirándolo a contraluz con su único ojo bueno y una leve sonrisa en su cara de niño. Parecía, incluso, más joven de sus veintisiete años. Todavía tenía acné, aunque por la mañana se cubría los granos con toques del espeso maquillaje de Hedwig. Tenía los hombros caídos y la complexión estrecha, casi femenina, salvo su abdomen redondo y cubierto por chaleco de

satén. No era de los que degustaban el placer ario del excursionismo en la Selva Negra.

Pero, aunque joven, tenía aficiones de viejo: la cerveza, la política, la comida y la cultura. Mujeres, no. El informe decía: «Parece inmune a los encantos de las mujeres, aparte de su esposa… y nuestras fuentes indican que tal vez sea también inmune a los de ella. La pareja llevan casados cinco años y no tienen hijos».

Su mayor amor era su trabajo. Mala suerte para Alemania. Según la información que me dio Konrad Friedrichs poco antes de salir de su casa, Horst no era casi de ninguna utilidad para el Ministerio, porque carecía de capacidad para analizar la información y para planear la estrategia. Pero conocía hasta el más mínimo detalle lo que afectara a su zona, la Gran Bretaña. No había informe, recorte de revista, fotografía aérea ni mensaje en clave que escapara a su ojo avizor.

Lo malo era que, una vez absorbidos todos estos datos, no tenía ni idea de qué podía hacer con ellos. Desde luego, si le preguntabas la superficie del castillo de Windsor te la daba y conocía el nombre, dirección y número de teléfono de todos los agentes alemanes de Inglaterra, Escocia y Gales. Te podía apabullar con datos; pero era incapaz de pensar.

De todos modos, se necesita tiempo para digerir tanta información. Y también para digerir la cena. Horst experimentaba un gran placer en regresar a su hermosa casa, ingerir una comida complicada y luego pasar al estudio para leer todos los informes. Las noches en las que iba a la ópera, al *ballet* o al teatro y se sentaba en el palco reservado para las máximas autoridades, al volver a casa se quedaba leyendo documentos hasta las dos de la madrugada.

Las noches dedicadas a las artes escénicas eran las mejores para el fisgoneo. Así lo había relatado a la OSS mi amigo Alfred. Alfred, el modisto de la *elite* nazi, solía ir a la casa para ayudar a su clienta Hedwig a arreglarse —un proceso muy complicado. Horst llegaba a casa, dejaba los papeles en el estudio, cerraba la puerta con llave, tomaba una cena más ligera que de costumbre —solo, porque, probablemente, Hedwig y Alfred estarían muy ocupados abrochando el corsé— y luego subía rápidamente a ponerse el esmoquin. Luego bajaba y esperaba paseando hasta que, por fin, Hedwig, agobiada, bajaba la escalera acompañada por Alfred. Ella

se quejaba de jaqueca, de terribles molestias menstruales, de un pecho congestionado. Horst miraba a Alfred, pidiendo socorro. Alfred la tranquilizaba: «¡Amiga mía, pero mírese! Yo la he dejado preciosa. ¡Los deslumbrará! Ande, vaya, vaya». Al principio, él cogía su cartera y se iba con los Drescher. Hasta que Horst, el buen anfitrión, el hombre que sabía que en Alfred había encontrado a alguien que apreciaba realmente todos sus exquisitos objetos, decía: «Puede quedarse. Coma algo. Y beba, si lo desea. Tenemos copas para vino tinto y para vino blanco. No se apresure».

Horst estaba muy agradecido a Alfred por su ayuda. Porque la necesitaba. Desde luego, Hedwig no era una ventaja en su carrera, a pesar de que por su carrera se había casado con ella. Su padre había estado con Hitler desde los primeros días en Múnich, y aunque era muy viejo para ocupar un cargo permanente en el Gobierno, era un hombre de confianza y, por lo tanto, poderoso. Pero murió seis meses después de la boda, dejando a Horst cargado con una mujer que nadie, ni aquellos con más ambiciones políticas, hubieran estado dispuestos a llevarse. Hedwig Drescher era un fardo, con un pelo tan escaso que se le veía el cráneo y patas de piano. Tenía doce años más que su marido.

Ella trataba de disimular la diferencia de edad con una gruesa capa de maquillaje y vestidos de colorines, pero sabía que era inútil. Era la hija maciza y desgarbada de un político de Munich, jovial y obtuso. No tenía nada que agradecer a la Naturaleza, ni siquiera la jovialidad de su padre, del que sólo había heredado sus cortas luces. Nadie buscaba su compañía, y su marido menos que nadie; pero, como buena esposa, tenía que ir con él en sus salidas sociales o culturales.

Alfred, por lo menos, con su simpatía y su imaginación, conseguía sacarla de su casi permanente estado de tensión nerviosa y hacerla salir con su marido. El informe de la OSS citaba a Alfred: «Se pone histérica porque quiere complacerle y no puede, y eso la pone enferma. Ella está enamorada, la pobre vaca».

Él se entró corriendo en la cocina, sin aliento.

—El señor ha dicho: «Felicita a la nueva cocinera. La perdiz está exquisita». «¿Perdiz? —pensé—. Era faisán». Pero entonces comprendí que, por lo menos, en la cocina estaba segura.

La pobre vaca parecía tener la regla tres semanas al mes. Es lo que me dijo Dagmar, la segunda doncella.

—Siempre, calambres. Pero yo diría que los calambres los tiene en la cabeza y no en el… —dijo una palabra que yo no había oído nunca, pero asentí convencida.

El asesinato de Alfred Eckert fue una desgracia casi tan grande para Horst como para la OSS. Ahora no había nadie que fuera capaz de poner en pie a Hedwig para salir de noche con los nazis, y durante las semanas siguientes, Navidad y principios de 1943, yo observaba cómo su carita blanca se ponía roja cada vez que llegaba a casa y, al pasar por delante del salón, veía a Hedwig tendida en un diván y abrazada a la bolsa de agua caliente.

Aunque no es que yo le viera mucho. Yo iba a la compra por la mañana, trinchaba y mezclaba por la tarde y guisaba por la noche. Después, por la escalera de servicio, subía a la habitación una celda no mucho mayor que la que tenía en casa de Konrad Friedrichs (aunque, por lo menos, los antiguos dueños de la casa la habían amueblado con cierta gracia: cama con cabezal antiguo que tenía unas rosas pintadas, una ancha tira de lo que —probablemente, cien años antes— había sido una alfombra de flores y una cómoda).

Yo procuraba no tratar a los Drescher más que lo imprescindible. Un día, Horst se presentó en la cocina. Enseñaba la casa a un invitado, el ayudante personal de Von Ribbentrop. Yo estaba exprimiendo un limón y miré inexpresivamente a Horst y a su acompañante, que tenía los dientes tan salidos que te daba la impresión de estar comiéndose los labios. «Siga con lo que está haciendo, cocinera», dijo Horst con amplio ademán. Luego, los dos hombres examinaron los fogones y la nevera como si entendieran. Cuando salían, Horst gritó: «¡No lo olvide! ¡Más croquetas de patata!».

Por lo demás, yo conseguí evitar todo lo que no fuera un «Buenas noches, señor», cuando nos cruzábamos en el pasillo. Pero de Hedwig no podía mantenerme apartada, porque ella estaba siempre en casa, agarrada a bolsas de agua caliente o de hielo, echada en el diván con una de sus túnicas que sin duda habían sido diseñadas por Alfred: largas, sueltas, en todos los tonos de azul —turquesa, zafiro, eléctrico—, con escote en pico, ideadas para disimular su cuerpo en forma de saco de patatas y hacer resaltar el

azul de sus ojos pequeños.

La habitación de su dolor, el salón, estaba frente al estudio de Horst. Aunque él saliera por la noche y me constara que Else y Dagmar dormían, yo no podía ponerme a hurgar en la cerradura mientras ella estuviera tendida en el diván, gimiendo de vez en cuando, con la puerta del estudio delante de los ojos.

Me preguntaba cuánto tiempo tendría que seguir metiendo en la boca de los pescados de Rolf el mensaje que decía: «Lo siento. No puedo entrar en el estudio. La esposa siempre en la sala, enfrente. Probaré otra vez».

Me daba apuro pensar lo que diría Norman Weekes, mientras él y su pandilla de licenciados por Harvard ponían los ojos en blanco y murmuraban con displicencia: «En fin, ¿qué se puede esperar de semejante plebeya?». Pero lo que más me angustiaba era lo que pensara Edward. Por un lado, yo sabía que le habría hecho odiarme el haberle desobedecido sus órdenes y pasado a colaborar con su adversario en cuanto él salió del país, y actuando en contra de sus métodos. Pero, por otro lado, aún esperaba conquistar su admiración. No sabía por qué, quería que pensara —aunque fuera muy en el fondo de su pensamiento— que Linda hacía un buen trabajo. Y que, incluso, había aprendido unos cuantos trucos con él, el maestro de espías.

De manera que una noche en que Hedwig estaba repantigada en el diván, con una túnica turquesa y una impenetrable máscara de maquillaje, después de faltar a una ópera wagneriana porque lloraba y decía que tenía la gripe, yo me acerqué a la puerta de la sala y le dije:

—Señora, ¿quiere que le prepare una taza de té con miel? Es muy bueno para la garganta.

—No. El té no me gusta. —Antipática. Petulante. Incapaz de pronunciar un «gracias». Y tenía una desagradable voz quejumbrosa. Realmente, peor que una vaca. Cada vez sentía una mayor admiración por Alfred, que nunca perdió la serenidad ni le clavó las tijeras en el corazón.

—¿Leche con miel? —sugerí. Ella titubeó—. ¿Y una galleta?

—Lo probaré —suspiró.

Dos minutos después, yo llegaba con la bandeja.

—Si la señora me permite una sugerencia…

—¿Qué?

—Le iría muy bien un chorrito de coñac en la leche. —Si yo hubiera hecho algo más que mirar su adorado *schnapps*, Horst se hubiera dado cuenta al instante. Pero en el sótano había una caja de coñac cubierta de polvo, y yo sospechaba que él se había olvidado de ella—. Unas gotas nada más.

—Bueno —murmuró.

—¿Quiere tomarlo aquí? —Y a continuación hice una sugerencia aparentemente casual—. ¿O prefiere que se lo suba a la habitación?

—Bien… —dijo ella mirando hacia la puerta, probablemente abrumada al pensar en la escalera.

—Si me lo permite, yo podría ayudarla a subir, señora. Luego bajaré a calentar la leche a la temperatura justa.

Me tendió una mano para que la ayudara a levantarse, con el ademán de Greta Garbo agonizando en *La dama de las camelias*.

Veinte minutos después, Hedwig tenía en su cuerpo el coñac suficiente para dormir hasta la tarde siguiente. Y yo bajé y me arrodillé delante de la puerta del estudio.

Horst guardaba la llave del estudio como si con ella pudiera abrir las puertas del cielo. Sin embargo, yo resolví el problema de la puerta cerrada con bastante facilidad, a pesar de que no conseguí nada agitando el picaporte, ni hurgando en la cerradura con una horquilla ni con la aguja de mechar. Estaba segura de que *tenía* que haber una llave extra. En toda casa bien administrada, la mujer no consentirá que el marido se lleve la única llave, de manera que la criada no pueda entrar en la habitación a encerar y quitar el polvo. Yo me apoyé en la puerta y pensé: «¿Dónde pondría la llave extra una buena ama de casa, como mi abuela Olga, por ejemplo?».

No estaba en el aparador de la plata, mi primera inspiración, ni debajo de la gramola del salón. Finalmente, la encontré arriba, en el armario de la ropa blanca, debajo de un montón de gruesos manteles adamascados. De los grandes, los que usaban cuando se alargaba la mesa para veinte comensales. Para las fiestas. Palpé la tela: una preciosidad. Y no pude menos que pensar lo poco que tenía en común aquella desconocida familia de judíos con mi propia familia. Era como comparar manzanas con naranjas… o

compararme a mí y —casi me reí al pensarlo— con alguien como Edward Leland. Cerré la puerta del armario lentamente, mientras avanzaba por el pasillo —con un extraño movimiento, como de patinaje sobre hielo, que nos habían enseñado en el centro de adiestramiento y que era más seguro que andar de puntillas porque hacía crujir menos las maderas del suelo— iba pensando en manzanas y naranjas. Todo era fruta. Así que quizás Edward Leland y yo…, la familia de los manteles y mi familia… En un mundo de bárbaros, la luz del simple decoro humano es tan fuerte, tan cegadora que ya no distingues cosas tales como la plata de la familia y el distinguido acento de Yale.

Dejé de pensar y empecé a bajar las escaleras. También nos enseñaban a bajar escaleras: siéntense en el último peldaño, apóyense en las manos y, suavemente, lentamente, bajen el trasero. «Si alguien les sorprende —nos dijo el instructor—, giman de dolor y sujétense el tobillo y acepten el ofrecimiento de ayuda. No se olviden de cojear».

Ahora, al recordarlo, parece fácil, casi mecánico. Pero encontrar la llave y entrar en el estudio fue la parte fácil. Aquella primera noche, no hice más que quedarme al lado del escritorio, mirando el abultado sobre de cartón, sin atreverme a tocarlo.

Tenía que ser precavida. No sabía si la muerte de Alfred Eckert habría despertado las sospechas de Horst. ¿Sabía él —o alguien— que Alfred le espiaba? En el fondo, yo estaba casi segura de que el traidor de la resistencia sólo había averiguado que Alfred era un espía —pero no, dónde espiaba— y había pasado el informe. Porque si el traidor hubiera sabido, si la Gestapo hubiera sabido que Horst era el objeto del interés de Alfred, que llevaba a su casa documentos secretos y que los dejaba en el estudio mientras él se iba a escuchar a Brunilda dar el do de pecho, ya no estaría en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ni estaría en Berlín; probablemente, estaría muerto o, como solía decirse, «en el Este». Pero tenía que asegurarme.

Encendí la linterna que había cogido de la cocina e iluminé el sobre, buscando pelos y polvillo delatores, los trucos que Horst podría utilizar para asegurarse de que nadie tocaba sus papeles. Nada.

El sobre estaba con el reverso hacia arriba, abierto. Luego,

examiné la cartera. Piel negra corriente. Sin cierres especiales ni pequeños dispositivos explosivos destinados a volarle las manos a cualquier curioso. Parecía bastante segura. No tenía que hacer más que ponerme unos guantes de algodón, revisar las carpetas y copiar lo que pareciera importante: nombres, direcciones, estadísticas o listas de cualquier clase: «Saque todo lo que pueda —me dijo Norman Weekes la última vez que lo vi—. Este individuo se lleva a casa papeles de importancia, por lo menos, una vez a la semana». Alfred tenía una minicámara para fotografiar documentos pero, puesto que yo iba a vivir en la casa, decidieron que sería peligroso.

Apagué la linterna. Ahora venía la parte que sería siempre más peligrosa: salir del estudio. ¿Y si Hedwig era una alcohólica secreta y, después de toda mi astucia, el triple lingotazo de coñac que le había echado en la leche, en lugar de amodorrarla, la había animado? ¿Y si había bajado otra vez al diván del salón? ¿Y si Dagmar se había escurrido hasta la cocina a comerse la última tarta de cerezas o Else, a robar un limón para aclararse el pelo?

Esperé como me habían enseñado, contando, para quedarme quieta cinco minutos por lo menos, una cuenta lenta y angustiosa hasta trescientos, acechando un hipo, una pisada, o cualquier sonido. Linda Voss Berringer, agente secreto.

Sentí aquel dolor familiar en el vientre, súbito, como una cuchillada, pero peor que nunca. Sin embargo, seguí contando. Cuando llegué a noventa y siete, el dolor se hizo tan fuerte que tuve que abrazarme el pecho y sujetar con fuerza doblando el cuerpo.

Por fin llegó el momento. Centímetro a centímetro, me obligué a erguirme. Lentamente, abrí la puerta. Nadie. Aspiré profunda y entrecortadamente pensando: «Dos meses en Berlín y todavía no he podido obtener ni el menor informe».

Pero luego pensé: «Mira el lado bueno. No estaba muerta. Y la llave estaría siempre en el armario».

Echaba de menos a Margarete. Mi día libre era un domingo de cada dos, y a veces, conseguíamos vernos una hora o dos, pero era más prudente mantenernos apartadas. Aunque ella hubiera estado autorizada a saber dónde estaba yo, tampoco hubiera podido venir a llamar a la puerta de Horst, envuelta en cachemira y zorro, y

cargada de joyas preguntando con su voz distinguida: «¿Dónde está mi buena amiga Lina?».

¿Y qué podía hacer yo? ¿Ir a verla cuando estaba de visita en casa de su prima la condesa Von Dorzeck o su viejo amigo el príncipe Wolfgang zu Sayn-Graetz, agitar el delantal por encima de mi cabeza y gritar: «¡Hola! Soy la amiga de Margarete»? O, mejor, presentarme en su apartamento durante una cena de medianoche con su amante, el cerdo nazi. Sólo para divertirme, para ver si un miembro del círculo de amistades de Hitler era capaz de desenmascarar a una espía americana.

Por lo tanto, nos encontrábamos en sitios raros: en un café obrero tomando una cerveza, en una librería no muy lejos de Alexanderplatz que siempre estaba llena de los bohemios que los nazis todavía no habían eliminado. A últimos de marzo, cuando empezó a remitir el frío, íbamos al zoológico, o a la ciudadela de Spandau, una hermosa fortaleza, con un torreón, desde el cual Rapunzel hubiera podido soltar su cabellera. Spandau estaba lo bastante lejos del centro de Berlín como para que pareciera otro país. Un país de hadas. Nos sentábamos cerca del lago, a ver remar a la gente en los botes.

Un día paseábamos por el bosque. Se respiraba el silencio, la paz, la seguridad. Pero Margarete susurró:

—Aquí se dio una terrible batalla durante las guerras napoleónicas. —Señalaba las altas murallas de ladrillo de una fortaleza que se divisaba entre los árboles.

—Ya lo sé —sonreí.

Ella no sonreía.

—Temo por ti. Eres despreocupada y animosa. No te das cuenta del peligro, de la bestialidad de esta gente.

Me apoyé en un árbol. Estaba lleno de prietos brotes verdes pálido.

—Quizá yo no esté muy enterada de lo que hizo Napoleón, pero puedes estar segura que conozco la maldad de esta gente. ¿Por qué si no iba a hacer lo que hago? ¿Por qué no me gustan sus uniformes? —Margarete extendió un abrigo de entretiempo en el suelo; parecía nuevo y era amarillo pálido, del color de la pifia. Se sentó encima de él y me invitó con un ademán a sentarme a su lado.

—Estás loca —dije—. Ese abrigo debe de haber costado una

fortuna y lo vas a manchar de hierba.

—Me gustan las manchas de hierba. Ahora, anda, cuéntame cómo te va. —Sonreía. Se le formaban pequeños hoyos—. A grandes rasgos, como de costumbre, sin dar detalles. —Se quitó un zapato y se frotó la planta del pie—. Es espantoso tener que protegemos mutuamente de saber demasiado. Somos amigas, pero no podemos comentar ni los hechos más aburridos de nuestra vida diaria. Me refiero a que, en lugar de decir «el coronel» cuando hablo del cerdo, me gustaría poder dar su nombre. Y sé que cuando hablas de lo que haces, de la casa en que estás, te gustaría decirme… aunque no sus nombres, por lo menos cómo son y el grado de peligro en que estás y…, en fin, lo que sientes.

—Lo que siento es que este gran hombre para el que ahora trabajo todavía tiene acné y…

—¡No! —Levantó la mano como un policía de tráfico—. ¡Nada de descripciones! No te fíes de mí, Lina. No te fíes de nadie. —Me tomó la mano—. En realidad, esto es una muestra de egoísmo. Si tú te confías yo me confiaré también. Y esa clase de consuelo es un terrible peligro. ¿No te das cuenta? Si yo, o tú, cualquiera de las dos, tiene problemas, la otra no debe saber demasiado, porque podría verse obligada a revelarlo. —Me soltó la mano, cogió una piedra y la limpió de tierra frotándola con el pulgar—. Me parece que todos tenemos una idea exagerada de nuestro propio valor. «Yo puedo resistir las torturas. Yo nunca me derrumbaría». Es la peor clase de arrogancia, porque, al pensar eso, no sólo cometemos pecado de soberbia sino que ponemos en peligro las vidas de nuestros amigos. —Me miró—, ¿Hablo demasiado?

—No. Claro que no.

—Si el nazismo me ha reportado algún provecho es el de haber descubierto la amistad. Los… los que resistimos, hemos aprendido a apreciar, casi a adorar a nuestros amigos y camaradas. Y yo de un modo muy especial. Yo siempre estuve muy mimada y mis supuestos amigos eran tan egoístas y tan miopes como yo. Una de las cosas que valoro de nuestra amistad, Lina, es que siendo tan diferentes, nos parezcamos tanto. Somos mujeres que hacen trabajo de hombres. Pero tú procedes de una parte de Berlín que yo desconozco y, si alguna vez pasé por allí, no la vi. Ahora, en medio de esta, de esta barbarie, tú… y todos los demás —arrojó la piedra

con fuerza y ésta rebotó en el tronco de un árbol joven— me habéis enseñado lo que significa un ser humano.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es que tú siempre estás muy serena y tiraste la piedra como si fuera un arma. ¿A quién querías matar?

—A ellos —dijo con más vehemencia de la que había mostrado hasta entonces—. Estoy furiosa porque… esto se ha convertido en algo personal. Oh, sí, tú sabes que uno de tus camaradas del movimiento, generalmente, el más valiente, acabará por ser descubierto. Pero, cuando se trata de un *buen* amigo, te produce algo más que una inevitable tristeza. Es algo más que un aceptable riesgo de guerra. Es perder parte de tu vida.

—¿Han cogido a amigos tuyos?

Margarete asintió.

—Sí. Y, entre ellos, a mi mejor amigo. ¡Oh, hubieras tenido que conocerle! ¡Qué hombre tan simpático! —Yo pensé: «Dios mío, ya sé de quién estás hablando»—. Se llamaba Alfred y era modisto. No era sensacional, sólo bastante bueno. Su éxito dependía menos de sus vestidos que de su extraordinaria simpatía personal. Lina, era gracioso, dicharachero. ¡Y tenía una humanidad! ¡Y una energía! Te lo encontrabas en todas partes, y la gente le adoraba y confiaba en él. Tenía mucho éxito en sus misiones porque nadie sospechó nunca. Nadie habría creído que aquel homosexual, que había conseguido zafarse de la discriminación gracias a sus amistades, aquel sarasa que se ponía rulos en el pelo todas las noches y usaba redecilla, pudiera ser un traidor.

—¿Tienes idea de cómo lo descubrieron?

—¡Sí! Él quería a todos los miembros del movimiento. Y confiaba demasiado en la gente. «¡Oh!, esta noche voy a tal sitio con el estúpido bocazas de fulano». O: «Nuestros amigos me han enviado una cámara nueva. ¡Es tan chiquita!». Yo me lo llevé aparte muchas veces y le supliqué que fuera discreto. Le decía: «Albert, cariño, no seas estúpido. ¿Esque no te das cuenta de que ellos siempre están tratando de infiltrarse en el movimiento? ¿Y si lo consiguen? ¿Imaginas que un traidor te regale una esvástica de oro en Navidad?».

A Margarete se le quebró la voz al decir:

—Era mi amigo más querido. —Volvió a cogerme la mano y me la apretó—. Mira, Alfred tenía talento para espiar y genio para vivir. Pero creía excesivamente en la bondad de su causa y no concebía que nada, ni nadie, malo pudiera asociarse con ella. Y ya ves lo que le ocurrió. Que se confió demasiado. Y fue entregado, traicionado… por uno de los suyos, por un *amigo*. Porque, y esto quiero que lo sepas, sabemos que *tuvo que ser* una traición. Conque no te confíes; una de nosotras podría morir en un abrir y cerrar de ojos… o de una manera muy lenta y muy horrible. Seamos amigas, pero no te fíes. No te fíes de *nadie*.

¿No tenía que fiarme de Rolf? Fantástico. Seguí observando cautela hasta finales de abril. Yo iba a su tienda, cruzaba el suelo cubierto de serrín y examinaba el pescado como el mariscal Rommel pasaba revista a sus tropas. Finalmente, le decía: «Ése, y el de encima. No, espere. Déme ese otro».

Rolf se llevaba el pescado a un mostrador del fondo, lo limpiaba, y, con su única mano, se las ingeniaba para extraer el papel que yo había escondido y guardarlo en algún sitio. Yo le observé un par de veces y no pude notar nada.

Yo no estaba segura del valor que tenían los informes que le pasaba. Bien, sabía, sí, que la OSS haría una batida en los servicios de seguridad después de que yo copiara la lista enviada al Ministerio alemán de Asuntos Exteriores por el alto mando del Ejército, de todos los aviones americanos que se encontraban en una base próxima a Weymouth en Inglaterra. Y me figuraba que darían saltos de alegría el día en que la Gestapo cosió a su informe una nota manuscrita de uno de sus agentes, nombre en clave «Elefante», alto funcionario del Ministerio británico del Interior. En la nota, «Elefante» escribía: «Si tienen alguna duda, no me llamen a la oficina. ¡Es una intromisión peligrosa e intolerable! Llámenme a casa». Y el muy cateto ponía el número de teléfono de su domicilio.

Pero era evidente que la mayoría de los documentos que Horst traía a casa eran informes de movimientos de tropas inglesas o americanas, páginas y páginas de estadísticas, listas de nombres y lo que supuse eran muestras de ingenio criptográfico o, simplemente, notas de gastos de los agentes alemanes en la Gran Bretaña. Pastel

de carne y puré de patata: Tres chelines.

Por fin, un día recibí noticias de América. Poco antes de Pascua. Rolf estaba envolviéndome las truchas. Había comprado muchas, a pesar de que no era más que el aperitivo. Horst proyectaba una cena para doce personas y quería que fuera sonada: «¡No compre carne! Voy a tratar de conseguir un cordero lechal».

—Usted sí que sabe elegir el pescado —dijo Rolf.

Yo le miré con la expresión de «eso se lo dirá a todas».

—Gracias.

—Su señor debe de estar muy contento de usted. —Durante un segundo, creí que se refería a Horst. Luego comprendí. Era un mensaje.

—Ojalá lo esté —dije—. Es una gran persona. Es un honor trabajar con él.

No te fíes de nadie. Pero a últimos de febrero hubo una redada de todos los judíos que quedaban en Berlín. Las SS la llamó *Fabrik Aktion*. Operación Fábrica. Todo el mundo estaba enterado. Nadie hablaba de ello. Es decir, la gente de la calle no hablaba. Horst, sí. Oí que, después de cuatro o cinco *pilseners*, decía con voz sonora a su invitado, un general de la SS.

—Tengo entendido que Goebbels está muy contento de la redada de judíos.

El general, con la boca llena de patatas, respondió:

—No tanto. Calculamos que deben de quedar cuatro mil.

La última semana de abril ya no resistí más. Tenía que saber qué había sido de mi familia. Tenía que fiarme de Rolf. Le metí una nota en una merluza: «Amigo, si lee estos papeles en lugar de limitarse a pasarlos, ¿podría averiguar lo que ha sido de dos ancianas judías, Liesl y Hannah Weiss, que viven, o vivían, en la Klarenstrasse (no sé el número)? Si me dice que pruebe el bacalao comprenderé que no ha averiguado nada. Le ruego que no se arriesgue. Es cuestión de curiosidad». Firmaba: «Su amiga».

En el curso de las dos semanas siguientes, fui tres veces a la pescadería de Rolf. Él no me hacía ninguna señal. Y un hermoso día de mayo en que hasta la pescadería olía bien, me dijo que echara una ojeada al turbot. Mientras yo lo inspeccionaba, él se acercó a mí. Yo le miré. Cogió dos pescados pequeños y dijo:

—No están buenos. —Yo comprendí. Vi que los llevaba a un

cubo en un rincón de la tienda y los echaba a la basura.

24

Las bombas me asustaban tanto como la Gestapo. O más, porque, por lo menos, con los alemanes yo tenía la oportunidad de usar mi ingenio para salvar la vida. Pero cuando los rusos y, después, los bombardeos de la RAF sobrevolaban Berlín dejaban caer mil toneladas de bombas en un día, ser lista no te servía de nada. Lo único que podías hacer era acurrucarte en un refugio.

Los bombardeos empezaron a arreciar durante mi primer invierno en Berlín, 1942-1943, y se concentraban en la parte oriental de la ciudad, cerca del aeropuerto, y más hacia el Norte, en las fábricas de tanques y municiones. Desde luego, los oía. Durante la noche, desde mi cama del último piso de la casa de Dahlem, podía oír —y hasta sentir— sordas explosiones; de haber estado en mi cama de Ridgewood, hubiera pensado que era el motor de un camión que petardeaba en la divisoria del distrito, en Bushwick.

Al salir de casa de Konrad Friedrichs, había aprendido a dormir durante los bombardeos. De vez en cuando me despertaba sobresaltada, con la frente y la nuca sudorosas, al sonar la sirena al final del bombardeo, pero no era un hecho extraordinario; en Alemania no tenías dulces sueños. No obstante, durante aquel invierno había personas —Hedwig, por ejemplo— que podían vivir seguras en un lujoso barrio de las afueras sin más molestias que un trueno lejano… y el extraño resplandor rojo que se extendía sobre la ciudad al salir el sol.

No es que Hedwig viera salir el sol, desde que tomaba la leche con miel y un chorrito de coñac —un chorrito lo bastante grande como para hacer dormir a un hipopótamo— que yo le subía por la noche. Se olvidó por completo de sus molestias menstruales; ahora sólo se quejaba de fuertes jaquecas. Hacer eso a un semejante era

una canallada, ¿no? Emborrachar todas las noches a una infeliz piltrafa, quizá, convertirla en alcohólica, ¡qué horror! De todos modos, no me preocupaba en absoluto.

De manera que Hedwig no se enteró de los bombardeos de aquel invierno, ni de los de la primavera. Mientras las SS y la Policía realizaban la *Fabrik Aktion* —llevándose a los judíos al Este, quizá también a mis dos primas de letra picuda y temblona—, ella roncaba.

Aquella primavera yo recordaba lo que había dicho Edward de que Alemania era un infierno. Cómo me hubiera gustado hablar con él, decirle que tenía razón, que el infierno no era sólo esto, Berlín, con su cielo rojo. Esto era sólo el cuartel general. El infierno era las cámaras de gas que llenaban de ácido cianhídrico los pulmones de viejas un poco tontas que se quejaban de la dentadura. Y los pulmones pequeñitos de los niños de pecho.

Me preguntaba si los alemanes habían sido tan competentes como imaginaban en la construcción de aquellas cámaras de gas. Probablemente. No podías encontrar una condenada cacerola de hierro en todo Berlín, pero, chico, qué productividad cuando se trataba de matar judíos.

Judenrein. Lo había oído desde la cocina seis o siete veces. Limpieza de judíos. El Estado alemán ideal y purificado que soñaba Horst, con su acné y su chaleco de satén: un Reich perfecto para unos arios perfectos, como él y Hedwig.

Los bombardeos continuaron durante todo el verano con normalidad. Desde luego, si te quedas sin electricidad, sin gas y sin agua durante varias semanas, la vida no es normal. Pero en casa, con el camión cisterna que te traía el agua hasta la puerta, servicio especial para altos dignatarios nazis, y con las cajas de velas que traía Horst todas las noches, la vida era tolerante.

Desde luego, Hedwig no hacía más que quejarse:

—¿*Otra vez* ensalada de patata y salchicha?

—La guerra es un infierno, Hedwig.

Yo recorría Berlín. No había calles acordonadas guardadas por la Gestapo y la Wehrmacht para impedir que vieras los huecos que habían dejado las bombas. No se puede esconder media ciudad. Los edificios estaban reducidos a escombros, a polvo. De vez en cuando, encontrabas una pared en pie, como esas fotos de platos

cinematográficos: fachadas de bares y dulcerías del Oeste, pero, detrás, nada.

Yo trataba de no pensar en América. Nueva York, rudo, trepidante, divertido: «Eh, señora…, ¿qué se le ofrece?». Ni en Washington siquiera, limpia, seria y cortés: «¿Puedo servirle en algo?». «Déjalo —me decía—. No pienses en la vida si estás en el país de los muertos».

Delante de la pescadería de Rolf, periódicos abiertos sujetos con ladrillos. (Los ladrillos son unos estupendos pisapapeles, y la ciudad tenía montañas de pisapapeles). Tenías que limpiarte las suelas en las consabidas listas de bajas falseadas o las listas de la radio, para desprender las astillas de cristal antes de entrar. ¿Quién se lo iba a reprochar? La ciudad estaba hecha de cristal. Cuando más hacia el Este ibas por Kurfürstendamm, más rechinaban tus pasos; las aceras se habían convertido en un sendero brillante, áspero y crujiente.

Seguías andando, con cuidado, y te encontrabas a desconocidos que señalaban con el dedo, aturdidos: «Yo vivo ahí en ese apartamento, cuatro habitaciones». Pero señalaban al aire. La gente llevaba parches por vendajes en los ojos, brazos en cabestrillo, escayolas. Era horrible. A primeras horas de la mañana, las personas deambulaban sangrando todavía del bombardeo de la noche.

¿Sentía lástima de ellos? Tienes que ser de piedra para no sentir lástima por un anciano que llora de pie junto a un montón de escombros del que asoman unas piernas. Las piernas de su mujer, enfundadas en gruesas medias elásticas contra los problemas circulatorios; probablemente, no tuvo tiempo de encontrar los zapatos. Y tienes que ser insensible para no sentir algo por el niño aturdido que llama a su perro.

Cada vez que oía el inconfundible sonido de un mosquito de la RAF que se acercaba, y tú sabías a lo que venía antes de que sonara la sirena, yo corría con la gente, jadeando, atemorizada, al refugio más próximo. Pero, al mismo tiempo que se me disparaba el corazón y se me secaba la boca, sentía deseos de gritar: «¡Dadles! ¡Dadles! ¡Más! ¡Más! ¡Más!».

¿Sentía lástima de ellos? Esa gente que ahora se encogía a mi lado en la estación del Metro o en el sótano de una frutería eran los mismos que gritaban, orgullosos, cuando Hitler les hablaba de su destino. Yo había oído sus gritos por la radio en Ridgewood, en los

primeros años treinta.

Y si no eran los que gritaban, eran los que votaban: «¡Dad vuestro voto al hombre que enseñará a la chusma eslava y checa lo que es el poderío alemán!».

Y si no eran los que votaban, eran los que miraban. Miraban los desfiles de las antorchas. Veían desfilar a los soldados, a los tanques y a los cañones por las calles y los aclamaban. Veían cómo sus vecinos perdían el derecho al voto, el negocio, la ciudadanía, la casa y la vida. Quizá no aplaudían; quizás alguien dijo «¡Qué pena!», cuando la Gestapo se llevó a Liesl y a Hannah; pero lo dijo muy bajo, para que no le oyeran.

Habían recibido con los brazos abiertos al diablo. O, por lo menos, no dijeron: «Eh, largo de aquí», y él se instaló en medio de la ciudad. De manera que no estaba de más que los buenos ciudadanos de Berlín probaran lo que era el infierno. Y la respuesta era: no, no sentía lástima.

Perdí la noción del tiempo. Estaba en Berlín para siempre. Los bombardeos se harían más y más fuertes hasta que no quedara nada que bombardear. En noviembre de 1943, un año después de llegar, fue la última vez que supe si era martes o viernes. Aquel mes había constantemente incendios en la ciudad, unos incendios enormes; los ingleses habían bombardeado las reservas de carbón de Berlín y casi todo el combustible para el invierno estaba ardiendo. Cuando volvía a casa, tenía manchas negras en el pelo por el hollín que caía sobre la ciudad.

En diciembre, o quizás era febrero de 1944…, lo cierto es que era invierno, la gente talaba los árboles de Grunewald para leña. Dejé de saber en qué mes estábamos. Por aquel entonces, las bombas alcanzaron la casa. Yo lo oí llegar mientras caminaba por la ciudad. Había aprendido a adivinar por el silbido dónde iban a caer las bombas.

A las diez de la noche, la oí silbar. Aparté la manta y salí al pasillo llamando a gritos a Else y Dagmar. Else salió de su habitación y juntas bajamos al piso inferior y golpeamos la puerta de Hedwig. La bomba estalló antes de que tuviera tiempo de gritar siquiera: «¡Despierta, imbécil!».

Caímos al suelo. No nos dio de lleno, porque nos hubiera matado. Pero sí muy cerca. Al oír la explosión sentí el violento

cambio en la presión del aire. ¡Dios mío! El pecho seguía subiendo y bajando, pero no podía respirar. Era como si me hubieran reventado los pulmones.

Y, luego, nada. El silencio. Nos levantamos y vimos que en la casa no había muerto nadie. Horst ni siquiera estaba. Había ido a escuchar la Filarmónica, a adquirir cultura. De todas nosotras, Dagmar fue la que salió peor parada. Acababa de salir de su habitación cuando la puerta del cuarto de baño, arrancada de cuajo, pasó volando junto a ella, pero no sin romperle el hombro, el brazo y un par de costillas.

Else y yo, tendidas boca abajo con las manos en la cabeza, sufrimos cortes con los trozos de cristal. Horrible, porque después los sentías debajo de la piel sin poder verlos y, mucho menos, extraerlos. Yo los tenía casi todos en la espalda, de manera que cada vez que me volvía o me agachaba era como si me clavaran cuarenta o cincuenta cuchilladas.

Lo que le ocurrió a Hedwig fue que su antiguo armario se desplomó y sus túnicas azules se esparcieron por el suelo.

De manera que importaba un comino qué mes era, porque cuando alternas la resignación con el temblor incontrolado ante la idea de la muerte, te importa un bledo si es viernes, 10 de marzo de 1944.

Cuando no pensaba en la muerte, pensaba en el trabajo, en mis dos trabajos. Cada vez era más difícil encontrar comida, incluso para Horst, y me preocupaba que pudiera pensar que ya no me necesitaba, que Hedwig podía cortar una *Kochwurst* lo mismo que yo. Hasta el momento, había conseguido moratoria tras moratoria; volvieron a conectar el gas y la cocina funcionaba; luego, no sé quién del Ministerio de Asuntos Exteriores que venía de París le regaló ternera a Horst. ¡Cantidad de ternera! Él y sus amigos estuvieron comiendo asados, estofados y fricandós durante dos semanas.

En los días en que me parecía que mi trabajo estaba bastante seguro, me preocupaba la casa. Porque, además de cocinera, yo era espía. ¿Y si caía una bomba en el estudio de Horst? Entonces él tendría que trabajar por la noche en el Ministerio, y yo me quedaría varada en la cocina nazi, con *Gefüllter Fosan* hasta las orejas.

Una de aquellas noches del 44, a finales del invierno, envuelta

en una manta en el frío suelo del sótano, esperando un bombardeo que no llegó, me evadí del presente, y pensé durante un instante en volver a casa. Comprendía que, a pesar de lo mucho que ansiaba volver a oír hablar inglés y encontrarme otra ver en Nueva York, allí no tenía a nadie. En algún lugar del centro de adiestramiento de la OSS, en un pequeño sobre marrón en amarillo metálico, estaba mi anillo de boda. De pronto, caí en la cuenta de que hacía semanas, quizá meses, que no me acordaba de John. Y entonces tuve la seguridad de que el anillo acabaría en otro armario, en el de la Oficina de Objetos Extraviados. Allí se quedaría para siempre. Yo no lo quería, ni siquiera como recuerdo para guardarlo en un cajón con el pañuelo bordado de la Feria Mundial de 1939.

«Así que éstas son mis alternativas —pensé—: morir por cortesía de una bomba inglesa o por los efectos del ácido cianhídrico alemán; o Alemania ganaba la guerra y yo seguía de cocinera de los Drescher el resto de mi vida; o ganaban los aliados y, de algún modo, aunque tardase años, yo podría volver a casa».

¿Y qué si en casa no había nada esperándome? Aunque tuviera que empezar otra vez desde abajo, sirviendo puré en un cafetucho de Long Island City o trabajando para algún abogado de medio pelo en Court Street de Brooklyn, lo que yo más deseaba era volver a Nueva York.

Pero no quería pensar mucho en eso, imaginarme tumbada en la playa de Rockaway, o tomando un chocolate malteado, o incluso —ahora que, por fin, a los treinta y cinco años, era una mujer sensata— descubriendo a mi verdadero amor. Porque, si tenía que morir, los sueños irrealizables harían que la muerte doliera más. Prefería repasar algunos recuerdos agridulces: John, no morir solterona, haber hecho algo útil por la bandera blanca, roja y azul. Tenía muchos pesares, como el de no haber visto a mi madre antes de morir. No haber tenido valor, durante todos aquellos años, para decir: «¿No sabéis qué clase de apellido es Voss? Es un apellido judío». Ni siquiera lo había admitido ante Edward, la persona que me conocía mejor que nadie, y sabía la verdad.

Edward Leland era lo que más me mortificaba. Yo había cerrado para siempre la puerta, al no resolver nuestra pelea y dejar en su mesa aquella fría carta mecanografiada: «Me marcho». Luego, para asegurarme de que no dejaba a nadie, rompí mi último lazo al

aprovechar su ausencia para pasarme al bando de Norman Weekes. O sea, que no había posibilidad de recobrar la mejor… ¿qué? ¿Amistad? ¿Relación? La mejor asociación que había tenido en mi vida. «Pero —pensé— la vida está llena de pesares. Y yo tomaré mi vida como sea».

Y es que, en el fondo, yo sabía que nosotros ganaríamos la guerra. Estaba escrito en cada cara que veía en la calle, en el andar elástico de Rolf cuando iba de un lado para otro de la pescadería, en los hombros de Horst, cada vez más caídos. Desde luego, los berlineses trataban de resistir con entereza, pero no había aquella energía, aquel espíritu sereno, aquel deseo de vivir que había oído por la radio en las voces de los ingleses en aquellos días de 1940, durante la batalla de Inglaterra. Los alemanes eran los perdedores y lo sabían.

A principios de la primavera de 1944, Hedwig apenas se levantaba de la cama; y, si bien esto puede parecer una gran suerte, para mí fue un verdadero desastre. Me encontré exactamente como estaba al principio, cuando no se movía de la sala: expuesta a su mirada. Desde su dormitorio, tenía una vista panorámica del armario de la ropa blanca que estaba en el pasillo. Y yo no podía fiarme de sus sopores: ahora estaba roncando, con un sonido espantoso, como si la, obligaran a hacer gárgaras con un enjuague de sabor repulsivo y al momento, cuando yo ponía la mano en el tirador del armario, gritaba:

—¡Lina! ¡La leche!

—Ahora venía a preguntar si la quería, señora.

—Sí, la quiero.

No podía exponerme tanto noche tras noche, por lo que al fin decidí quedarme con la llave. Era un riesgo, pero no el mayor que había corrido; introducirse en Berlín no era lo que podría llamarse un acto de cordura. Además, yo estaba casi segura de que los Drescher no sospechaban la existencia de aquella segunda llave. Horst nunca había invitado a más de doce personas, por lo que no hubo que tocar aquellos enormes manteles. No me imaginaba a Horst diciendo: «Anda, Hedwig, vamos a invitar a veinte personas para la cena de Pascua».

Naturalmente, yo no podía andar por la casa con la llave colgada al extremo de una cadena. Tenía que asegurarme de que nadie podía relacionar conmigo aquella llave, por lo que inspeccioné la casa en busca de un escondite seguro y accesible, no podía arriesgarme a guardarla en mi habitación ni en la cocina. Por fin encontré lo que necesitaba.

Había un árbol junto a la puerta lateral de la casa —la puerta que usaba todo el mundo, salvo en las ocasiones de compromiso—, una de cuyas ramas quedaba a una altura ligeramente superior al nivel de los ojos y tenía una pequeña hendidura en su parte superior, formando una especie de bandejita. Yo podía salir por la puerta lateral en cualquier momento; por allí se iba al cobertizo donde se dejaba la basura. Yo acostumbrada a levantar el cubo de basura de la cocina manteniéndolo apartado de mi cuerpo, como para vigilar que no se cayera nada. Dejar la llave en la rama era relativamente fácil.

¡Y la falta que me hacía aquella llave! El Ministerio alemán de Asuntos Exteriores zumbaba como una colmena ante la perspectiva de una invasión de Francia por los aliados. No existía la menor duda de que se produciría; pero las incógnitas eran cuándo y dónde. De manera que ahora yo me colaba en el estudio de Horst todas las noches, porque estaba claro que la invasión sería desde Inglaterra, demarcación de Horst. Entrar en aquel estudio era como meterse en una mina de oro: informes de concentraciones de tropas en Inglaterra, de diferencias entre ingleses y franceses libres, análisis del carácter de inteligencia del general Eisenhower y montones de datos contradictorios sobre cuándo se produciría la invasión, acompañados de mapas y cartas meteorológicas y marítimas.

Incluso leyendo aquel material como lo leía yo —a las tres de la madrugada, mientras Horst dormía en el piso de arriba— rápidamente, para descubrir lo que merecía la pena poner en el informe, que escribía con aquellas letras pequeñísimas y guantes de algodón a la luz de una linterna —advertí claramente que no sólo discrepaban sus agentes, sino que sus meteorólogos tampoco se ponían de acuerdo. Pero la OSS algo sacaría en claro de todos aquellos datos y cifras, porque ellos sabían cuál era la información exacta; cuanto más informes pudiera pasarles yo, mejor enterados estarían de lo que sospechaban los alemanes.

Por lo que respecta al lugar por el que se produciría la invasión, me parecía que los aliados habían conseguido despistar a los alemanes. Destacaban en primer término tres zonas que, según aseguraban muy convencidos los agentes de Horst en Inglaterra, eran el *verdadero* punto: el paso de Calais, Normandía y, algo más rezagado, Seine-Maritime. Yo me arrastraba hacia mi cuarto a las tres y media y, mientras escuchaba las bombas y el fuego antiaéreo, trataba de rememorar el mapa de Francia, pero aunque estaba segura de que en tiempos lo conocía bien, lo único que ahora podía recordar era que los tres lugares estaban al Norte, frente a Inglaterra, en la costa del canal de la Mancha.

Por la mañana, me dirigía hacia la tienda de Rolf, pisando cascotes y hierros retorcidos, sorteando grupos de personas sin hogar que deambulaban con unos cuantos objetos metidos en una sopera o, los más afortunados, en cochecitos de niños, y rezando para que la pescadería siguiera en pie.

Un día, aunque la tienda había resistido una noche más, Rolf me dijo al verme llegar:

—Malas noticias. —Afortunadamente, antes de que yo abriera la boca atontada, él me invitó a entrar y comprendí a qué se refería. No había más de una docena de pescados en toda la tienda. Eso no tiene importancia si eres cocinera de un jefazo del Ministerio de Asuntos Exteriores que recibe cuartos de corderos de Francia y jamones de Polonia, pero la tiene si eres espía y no hay ni una pescadilla a la que meterle un mensaje en la boca—. No ha llegado ni una triste caballa.

—Qué se le va a hacer —dije yo. Como de costumbre, escondía el papelito doblado entre el índice y el dedo corazón. Siempre lo sacaba de un corte que tenía en la manga del abrigo antes de entrar en la tienda.

Rolf parecía desanimado. Tenía la cabeza gacha y hasta el brazo le colgaba inerte. Pero vi que señalaba el suelo con el índice; había conseguido llevarme al extremo del mostrador donde limpiaba el pescado y le quitaba las escamas, por lo que los otros dos empleados no nos veían los pies. Yo dejé caer el papel al suelo.

—De todos modos, vuelva pronto —dijo. Observé que había movido ligeramente el pie impulsando el papel debajo del mostrador—. Dicen que van a traer un arenque muy bueno.

—Lo intentaré dije.

—Bien —Me acompañó hasta la puerta—. Cuanto más a menudo venga, más posibilidades tendrá de encontrar buen pescado. Es una molestia, pero estoy seguro de que su señor le agradecerá el esfuerzo.

O sea que la OSS quería recibir los datos con toda claridad. Y, al cabo de una semana, comprendí que tenía algo importante.

Era la traducción del informe de uno de los agentes de Horst en Inglaterra, pero cuando moví el papel para poder copiarlo mejor, vi que había otra hoja cosida: el informe original, en inglés. Por los dobleces y ondulaciones del papel era evidente que había estado enrollado en un espacio pequeño, en la vaina de una bala o, quizás, en una pluma.

«Me he instalado en el pueblo de Lydd y me he hecho habitual del pub *del lugar, de manera que los americanos me toman por un vecino del pueblo. Un tal capitán Grayson es miembro del grupo de enlace entre Eisenhower y Montgomery. Un hombre tranquilo y solitario. Lee poesía. Yo entablé conversación con él, después de varias noches de observar que leía un tomo de Walt Whitman, el poeta americano.*

»"Ah —dije—, no creía yo encontrar en este rincón a otro amante de Hojas de hierba*". Él me miró asombrado, y también complacido, porque un inglés conociera a Whitman (!). Yo le coloqué el disco y él está convencido de que soy un experto (o quizás el experto) del Ejército británico en artillería pesada. Yo bebí "un poco más de la cuenta" y le hablé del cañón "Mark 3".*

»Anoche le hice hablar de poetas franceses, en especial de Verlaine. De una cosa pasamos a otra y mi querido capitán Grayson, en correspondencia a mi profesión de apasionada francófila, me dijo que ¡la invasión tendrá lugar en las playas de Normandía y que todos los informes que circulan sobre el paso de Calais son una estratagema! *Yo no le di importancia. Dije que era tan evidente que parecía poco probable. Le he invitado a cenar el jueves en que le mostraré mi biblioteca y le dejaré que me convenza de que la invasión se hará por*

Normandía.

Copié el texto inglés literalmente, volví a guardarlo en el sobre y dejé el sobre con el reverso hacia arriba. Luego, me quedé en la puerta durante los cinco minutos más largos que había soportado desde que empecé a entrar en el estudio de Horst. Alguien tenía que pararle los pies al tal Grayson. O animarle. Si era un gancho, el agente de Horst en Inglaterra había mordido el anzuelo. A juzgar por la lista de nombres que había al pie de la traducción, el número de personas del Ministerio, de la SS, el estado mayor del Ejército y la Abwehr que recibían copias indicaba que los alemanes le tomaban en serio. Si «Grayson» era de la OSS, debía seguir largando.

Tenía que ir a ver a Rolf, pero bien pensado comprendí que no podía ir al día siguiente. Aquel mimo día había comprado dos carpas. Nadie, ni siquiera alguien como yo, con una cantidad inagotable de cupones, podía consumir tanto pescado. Mis órdenes eran claras: ven a menudo, pero no a diario. No quería levantar sospechas. Esperaría un día más.

Fue una equivocación.

Era media tarde y yo estaba en la cocina despepitando un pepino cuando Hedwig empezó a chillar. Eran unos gritos muy diferentes de sus habituales lamentos, unos gritos que llegaban hasta la cocina. Cuando llegué al primer piso, Else y Dagmar ya estaban con su túnica azul pálido; en el lado derecho delantero, a la altura del pecho, tenían unas gotas de leche. Sus manos asían con fuerza la puerta abierta del armario de la ropa blanca.

Lo único que Dagmar sabía decir y repetir una y otra vez era:

—Yo no sabía que hubiera una llave, señora. —Pero aunque Dagmar hubiera querido ayudar a Hedwig, no habría podido; Else se había abrazado a ella, aterrorizada, y la oprimía como un luchador. Y Hedwig estaba tan desesperada que, finalmente, no se le ocurrió nada más que chillar otra vez.

Las tres mujeres parecían uno de esos cuadros de animales disecados del museo de Historia Natural. Eran incapaces de liberarse de sus ridículas posturas. De buena gana me habría reído,

de no ser tan peligroso lo que estaba ocurriendo y de no estar yo también al borde de la histeria. Me temblaba de tal manera la voz que temí que sólo eso ya me delatara.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Puedo ayudar en algo?

El sonido de una voz que pronunciara una frase completa pareció sobresaltar a las tres. Else soltó a Dagmar y se echó a llorar, con el delantal en la cara; Dagmar se inclinó sobre el montón de manteles gigantes que estaban en el suelo, y evidentemente por segunda o tercera vez, empezó a sacudirlos uno a uno; y Hedwig dijo:

—¡Ha desaparecido la llave!

—¿La llave? —pregunté. Tenía que hacer cuatro cosas a la vez: dominarme, aparecer más inocente y más tonta que Else, averiguar lo peligroso de mi situación y ver si podía salvarme. ¿Qué llave?

—La del estudio de mi marido.

Yo traté de asumir perplejidad.

—Si siempre está cerrado. ¿No se lleva Herr Drescher la llave? —Si yo estaba histérica, Hedwig me aventajaba de largo. Se agarró a la puerta con más fuerza todavía, con unas manos como garras y chilló:

—¡Ha llamado desde el despacho! Ha olvidado unos papeles y quiere que se los envíe. Está disgustado. No, furioso. *Muy* furioso. Me dijo que encontraría un duplicado debajo de los manteles grandes. —Aspiró una gran bocanada de aire y susurró—: Me dijo: «Es una llave secreta. ¡Que nadie la vea!». —El susurro se trocó en una serie de alaridos.

Else se aferró a mí. Era como ser abrazada por King Kong.

—Vamos a buscarla todas, señora —dije con mi voz más dulce. Me desasí del brazo estrangulador de Else y me acerqué a Hedwig —. Permita que la ayude a acostarse. Debe descansar. Ahora mismo le subo un poco de leche tibia… —Conseguí desprender sus manos de la puerta—, y luego buscaremos la llave del señor.

Consintió que la llevara al dormitorio. La senté en la cama, me arrodillé y le quité las zapatillas.

—Todo se arreglará, señora.

Cuando me levanté vi que tenía la cara entre las manos; estaba sollozando.

—Date prisa —me suplicó—. Parecía… un loco cuando le dije

que no la encontraba. Dijo que volvería a llamar…, pero no ha llamado. Dios mío, debe de venir hacia aquí. *Tenéis* que encontrarla antes de que llegue.

—La encontraremos, señora —le dije y tendí su macizo cuerpo en la cama.

Mientras, en cinco o seis pasos, cruzaba la habitación y cerraba la puerta, comprendí que tenía que marcharme antes de que llegara Horst, o estaba perdida. Yo era la última que había entrado en la casa y, sólo por eso, la más sospechosa. Pero todas seríamos interrogadas una y otra vez, primero por Horst y, luego, si era lo bastante estúpido como para conocer que traía papeles a casa todas las noches, por los profesionales. Ellos comprobarían nuestras declaraciones, nuestros documentos y nuestros antecedentes.

—Quiere leche —dije a las criadas—. Ahora mismo subo. —Me alejé por el pasillo. Lancé una mirada al tramo de escalera que conducía al segundo piso donde estaba mi cuarto. Pensé que tendría que coger mis papeles y una muda. Pero no podía arriesgarme a que Else y Dagmar me vieran subir; incluso ellas podían sospechar.

Bajé las escaleras. Rápidamente, crucé el comedor y entré en la cocina, de manera que, si escuchaban, pudieran oír cerrarse la puerta. Colgué el delantal, agarré el abrigo marrón que tenía colgado de un gancho, tomé unas monedas y una manzana y salí corriendo por la puerta lateral.

Miré la rama. La llave podía quedarse donde estaba, ya no la necesitaría. Además, tenía que darme prisa. Aunque no tenía idea de adónde ir. Yo sólo sabía que desde el Ministerio hasta la casa un chófer no tardaba más de quince minutos, y Horst no le diría al chófer: demos un par de vueltas por Tiergarten.

Trepé al murete del fondo que separaba la propiedad de Horst de la del vecino. Había piedrecitas afiladas incrustadas al borde. Me arañé las manos y me rompí las medias. Al llegar a la acera, al otro lado de la casa del vecino, oí un chirrido de frenos de un «Mercedes» que se detenía bruscamente delante de la casa de Horst. Se abrió la puertezuela. Se oyó un grito ahogado pero con una inconfundible nota de pánico:

—¡Hedwig!

Eran casi las seis de la tarde. Probablemente, la tienda de Rolf estaría cerrada. Yo llevaba un año y medio en Berlín, demasiado tiempo para fiarme de la dirección que, para caso de emergencia, me habían dado. De manera que, si quería sobrevivir, no tenía más remedio que poner en peligro la vida de mi mejor amiga. Margarete era mi último recurso; ella conocía las reglas del juego. Ella podría decirme lo que debía hacer y, en caso necesario, recurrir a la resistencia. Pero, al llegar al bloque de apartamentos en que vivía, sentí deseos de esconder la cara entre las manos y llorar por lo que iba a hacerle.

Aquello parecía seguro, protegido, con su puerta de hierro forjado. A cada lado había unos imponentes jarrones de piedra llenos de geranios rojos, incongruentes con la guerra. Y sólo con entrar por aquella puerta, sólo con presentarme allí, yo ponía en peligro todo lo que tenía Margarete.

Había una pequeña esperanza. Horst podía comprender que su propia vida peligraba por haber tenido en su casa a una espía y tal vez no denunciara mi desaparición. Pero lo dudaba; era demasiado peligroso. Él sabía que Else o Dagmar podían hablar, especialmente si él les pedía que callaran o las sobornaba. Esto era lo más hermoso del Tercer Reich. O pensaría que la Gestapo acabaría por dar conmigo —quizá mientras perpetraban un sabotaje— y cuando me torturasen podría gritar: ¡Horst Drescher! Más pronto o más tarde, probablemente más pronto, quizá dentro de unas horas, la fotografía del pasaporte que había dejado en mi habitación sería copiada y distribuida a todos los policías y agentes de la Gestapo de Berlín.

No había portero; pero, por si acaso, di la vuelta al enorme bloque de piedra hasta que encontré la puerta de servicio. Dentro había un ascensor. La reja estaba abierta. El ascensorista no estaba; había dejado el periódico en su pequeña banqueta semicircular. Me dirigí a la puerta de la escalera. Estaba cerrada.

Yo no tenía elección. Entré en el ascensor, cerré la verja e hice girar la manecilla de madera hacia la derecha. El ascensor se estremeció y luego empezó a subir despacio, *despacio*, crujiendo. Por fin se paró. Margarete me había dicho que vivía en el último piso, que el apartamento era una cueva enorme, pero que tenía muy buena vista de la Puerta de Brandeburgo.

Salí del ascensor a un pequeño rellano. Había una gran puerta de metal, la puerta trasera del apartamento y otra que daba a la escalera. Después de cerciorarme de que la puerta de la escalera estaba cerrada, bajé en el ascensor tres o cuatro pisos y lo dejé allí. Luego, con el corazón en la garganta, volví a subir.

Era evidente que la «cueva enorme» de Margarete ocupaba toda la planta; además de la puerta que daba a la escalera, en el rellano no había más que la del apartamento. Y aquel lugar estaba completamente vacío, sin sitio donde esconderse. Me agaché al lado de la puerta del apartamento y me puse a esperar, pensando que si alguien subía por el ascensor de servicio yo podía darme por muerta.

En momentos como éste tu pensamiento se concentra en cosas extrañas. Allí estaba yo, acechando junto a una puerta trasera la entrada de alguien por la puerta principal con mi foto a punto de circular por todo Berlín y no se me ocurría pensar más que en, ¿por qué habría tomado tres tazas de té esta tarde? Y es que tenía que ir al baño. Era lo único en que podía concentrarme. De acuerdo, quizá pensaba también en el rumor acerca de la más reciente técnica de persuasión de la Gestapo: aplastarte, una a una, las articulaciones de los dedos con un martillo. Y luego pensé también que no sería gracioso si, de repente, después de permanecer tanto tiempo intacto este edificio recibía una bomba madrugadora, mientras yo estaba en el último piso. Pero en realidad todos aquellos peligros me parecían insignificantes comparados con la presión de la vejiga.

Debía de llevar allí casi una hora cuando, a través de la puerta metálica, oí que alguien entraba en el apartamento. Escuché: debía de haber alfombras pero también parqué, porque se oyó un taconeo. El ruido se acercaba. Golpeé la puerta con la mano. Nada. Golpeé más fuerte. Los pasos se detuvieron. Yo me decía: «Oh, Dios mío, que sea ella». Luego, arrimé la boca a la puerta y grité:

—¡Margarete!

Los pasos se acercaron.

—¿Quién es?

—Lina.

La puerta se abrió una rendija.

—¡Tú! —susurró—. ¿Por qué…?

—Perdona.

—No, debes de estar en un grave peligro. Pasa. —Me introdujo en un pequeño vestíbulo situado entre lo que debía de ser el cuarto de la criada y la cocina.

—¿Dónde está el baño?

—¡Lina! —exclamó suavemente, sonriendo—. Si has venido para eso, me enfadaré. Está bien, sígueme.

Menuda cueva. Recorrimos pasillos con cuadros, un par de barones y esos bodegones alemanes de fruteros en los que nunca falta un conejo muerto y un candelabro.

Había frascos de sales, perfumes y lociones en todo el cuarto de baño, como si a Margarete no se le hubiera ocurrido que una noche podía oírse un silbido y su vida quedar reducida a cristales rotos.

Me llevó a la cocina y nos sentamos en una especie de banco de madera que había a todo lo largo de la inmensa habitación.

—¿Te hago algo? ¿Una tortilla?

—Gracias; no podría comer.

—¿Otra vez los nervios en el estómago?

—En todas partes. Más que nervios. ¡Oh, Margarete, perdóname por haberte comprometido con mi visita! Esto puede traerte complicaciones. Si me ven entrar o salir de aquí, ni todo esto —hice un ademán hacia el corredor con todos sus barones con marco dorado— te salvarán.

Margarete se quitó los zapatos y se sentó sobre sus pies… Se miraba las manos, jugueteaba con sus gruesas pulseras de oro, pero no me miraba.

—Lina, la cosa es muy simple. Estás aquí porque no tenías otro sitio a donde ir, de manera que no tienes por qué sentir arrepentimiento. Ahora cuenta qué ha pasado.

Le hablé de Horst, Hedwig y la llave. Y de mi trabajo. A cada detalle que le daba, me parecía que ahondaba en la fosa que estaba cavándole. De manera que no le hablé del capitán Grayson ni de lo urgente que era el mensaje. Si no podía salvarla, por lo menos podía tratar de protegerla en alguna medida, permitirle el lujo de ignorar algo.

Las dos podíamos ser capturadas y obligadas a hablar. Pero, a pesar de lo que me había dicho de que los miembros del movimiento de resistencia incurrían en el pecado de soberbia al pensar: «Yo puedo resistir las mayores torturas», me parecía que yo

podría durar más que Margarete. Ella poseía un valor y una nobleza extraordinarios, pero me daba miedo que precisamente su nobleza pudiera perderla. Aunque me había dicho muchas veces cuánto odiaba los mimos de su vida regalada, la verdad es que la había vivido. De acuerdo, yo no me había criado en las calles más duras de Nueva York, pero a mí nadie me había planchado la ropa ni me había limpiado los candelabros. Yo era mayor y también un poco más madura que ella. Al mirar sus manos blancas y perfectas, con sus anillos de ópalo y oro, sus uñas relucientes y almendradas, todas de la misma longitud exactamente, me pareció que esa pequeña diferencia podía ser importante.

Y había otra diferencia: yo era medio alemana, pero completamente americana. Incluso al cabo de todo este tiempo, los consideraba extranjeros. Y, si me encontraba frente a frente con la Gestapo, estaba convencida de que yo podría odiarlos —y resistir— un poco más que Margarete. Ellos habían asesinado a su buen amigo Alfred. Bien, ellos habían deportado y asesinado a mi familia. A mi pueblo.

Por fin, Margarete me miró a los ojos.

—¿No hay nada más que yo deba saber? —preguntó.

—No —respondí—. Ahora ya lo sabes todo. ¿Cuáles son mis posibilidades? ¿Crees que ahorraría tiempo entregándome a la Policía de Berlín? —pregunté, tratando de sonreír.

Ella se inclinó y me arregló una horquilla de una trenza que se había soltado.

—Ahorraría tiempo, pero sería una gran estupidez. Ahora, escucha, que voy a decirte lo que tienes que hacer exactamente. —Miró un gran reloj de pared. Eran casi las siete y media—. Tienes que marcharte. El cerdo llegará dentro de una hora y quizá se quede toda la noche, de manera que no puedo ofrecerte hospitalidad. Ante todo, tienes que ponerte en contacto con Rolf. —Hizo una pausa—. Claro que a esta hora la pescadería estará cerrada. —Asentí—. Pues ve mañana a primera hora. ¿En la foto del pasaporte llevas el pelo recogido?

—Sí.

—De acuerdo. Ven conmigo. Suéltate las trenzas y yo te daré algo de ropa… no tan de chacha y más de mantenida. Esta noche duerme en la estación de Metro de la Friedrichstrasse. Mézclate con

la gente, pero no hables. Me parece que ni tú misma te das cuenta de lo asustada que estás, Lina.

—Oh, Margarete, sí que me doy cuenta. Estoy *aterrada*. —Se levantó y me condujo por el largo pasillo hasta su habitación. Me quité las horquillas. Ella las envolvió en papel higiénico y las tiró a un recipiente que estaba lleno de algodoncillos de maquillaje. Me dio el cepillo. Plata. Me cepillé el pelo y me dijo:

—No salgas del Metro muy temprano, aunque siempre hay quien se levanta al amanecer. Espera un poco, hasta que salga el grueso de la gente, confúndete con ellos. Ahora presta atención: no tomes el Metro en la misma estación para ir a la tienda de Rolf. Eso no lo hace nadie. Todo el mundo se va a su casa, a averiguar si sigue en pie y a lavarse. No te precipites. Ve andando hasta la estación de la Franzósische Strasse. Procura llegar a la pescadería entre siete y media y ocho. Aunque la tienda esté cerrada, él ya estará; madrugan mucho para ir al mercado. —Yo dejé el cepillo—. ¿Qué tal es el pescado?

—No está mal —dije—. Aunque, probablemente, no es a lo que tú estás acostumbrada.

—¿No es curioso? —repuso Margarete. Se miró en el espejo del tocador, cogió el cepillo y lo pasó por su largo cabello castaño—. Al cabo de tantos años y aún no sabía que en el movimiento hubiera un pescadero.

—Lástima que no le conozcas —dije—. Tiene un algo admirable.

Aunque, en realidad, yo tampoco le conozco. La única opinión que le he oído expresar es que no está bien cortar la cabeza al pescado. Pero para j mí representa todo lo bueno de Alemania. Es decir, Rolf… y tú.

—¡Oh, no me halagues! Pero en él, Lina, puedes ver la grandeza del hombre corriente.

—Y en ti de la mujer extraordinaria. —La miré y le dije—: Gracias, Margarete.

25

No me atrevía a dormir, de manera que me quedé sentada. Durante toda la noche sentí el frío húmedo de la pared del Metro de la Friedrischstrasse a través del abrigo. No podía arriesgarme a quitármelo y enrollarlo a modo de respaldo o de almohada como había hecho otras veces: el informe sobre el capitán Grayson estaba en el corte que había hecho meses atrás en el forro de la manga.

Había vidas que podían perderse o salvarse; yo tenía que hacer llegar el informe a Rolf. Me quedé toda la noche con la espalda apoyada en la helada pared del Metro, escuchando la lenta y pesada respiración de la multitud, esperando la mañana y pensando en el capitán Grayson. O era una perla de la OSS —el mejor elemento de desinformación del mundo— o un gilipollas egoísta y pusilánime que vendía a su país. ¡Y por literatura! Sonreí un instante al imaginar que el Ejército podía reclutar a Nan y demás sabihondas para formar un cuerpo auxiliar especial que se ocupara de mantener la moral de los tipos como él: «Oh, capitán, olvídese de las tres divisiones acorazadas. Hábleme de las metáforas de Verlaine».

Entre siete y media y ocho, había dicho Margarete. «Tu amigo ya habrá llegado».

Cerré los ojos e imaginé la pescadería: los suelos de madera cubiertos de serrín, los mostradores bien fregados, el pescado perfectamente colocado en su lecho de hielo picado. Ya estaba todo listo cuando yo llegaba, generalmente, a eso de las diez. Pero, pensé que a las diez el hielo ya estaba medio derretido, lo recordaba perfectamente, porque cuidaba de no acercarme mucho al mostrador para que el agua helada y con olor a pescado no me goteara en los zapatos. Calculé que pondría el hielo a eso de las cinco y media de la mañana.

No podía soportar la espera. De manera que, al amanecer, poco después del fin de la alarma y del toque de queda, me dispuse a salir del Metro con los más madrugadores. Bostecé, estiré el cuello y, sorteando cuidadosamente los bultos de los que aún dormían, me dirigí a la salida andando de puntillas. Cuando llegué a la tienda de Rolf, poco después de las seis, él no estaba. No había nadie. La puerta estaba cerrada y la pescadería, a oscuras. Me acerqué a la esquina. El viejo del quiosco de periódicos, al que había visto infinidad de veces, me miró no con suspicacia pero sí con cierta curiosidad. Yo no podía permitirme provocar curiosidad.

—Me han dicho que viniera pronto a la pescadería —expliqué—. Es posible que traigan merluza.

—Hoy no habrá merluza —replicó el hombre—. Me lo dijo el policía. —«Hay Dios mío», pensé—. El hombre de la tienda ha muerto esta noche. El manco.

«¡Si te derrumbas, adiós! —me gritó un día un instructor del centro de adiestramiento—. ¡Nada de sensiblerías de la puñeta! ¡Ni parpadeos ni desmayos! Es la guerra, niña».

—¿El manco? —Mostré sorpresa, un poco de pesar—. ¿Cómo murió?

—Una bomba.

—¡Oh! —Toda la energía que me quedaba pareció evaporarse. ¿Era horror? ¿Alivio de que no le hubieran cogido? Se me doblaban las rodillas. La manzana que me había llevado de la cocina de los Drescher me pesaba en el bolsillo.

—Dice el policía que su mujer vino a primera hora. Antes del amanecer, para llevarse los cuchillos y algunas cosas suyas. Al parecer, la mujer no sabía si volvería a abrir la tienda.

¿Una bomba? Yo no paraba de pensar. ¿Y qué esperaba? ¿Que cada bomba llevara grabada una nota de la RAF que dijera: «No estallar en presencia de amigos»?

—¿La tienda era de su propiedad?

—Sí. —El hombre cortó el cordel de un paquete de periódicos—. Nunca tuve ocasión de preguntarle cómo perdió el brazo. Era un hombre muy reservado. —Me miró expectante—: ¿Lo sabe usted?

—No —respondí—; yo, no…

Por el rabillo del ojo, vi a un hombre que se acercaba por la acera en dirección a la tienda de Rolf. Quizá no fuera más que el

miedo lo que me hacía ver amenazas por todas partes, pero noté algo extraño en aquel hombre. Parecía normal, no uno de esos tétricos agentes de la Gestapo. Pero, incluso a distancia, su gabardina parecía excesivamente limpia y planchada. O quizá su paso no era tan vivo como el de un funcionario que ha madrugado para adelantar su trabajo.

Quizá Rolf tenía algo encima cuando murió y cuando registraron el cadáver…

—En fin —dije al viejo del quiosco—. Es muy triste. Parecía un buen hombre.

—Y un buen negocio, para al que no le importa oler a eso durante todo el día.

—Sí. Adiós.

Y doblé la esquina de prisa, hurtándome a la mirada del hombre de la gabardina. Pero no excesivamente de prisa. Al paso de una cocinera activa que va en busca de merluza.

Me fui al zoológico. No había hierba; el suelo estaba negro y el aire, perfectamente quieto. Había sido bombardeado semanas antes. Las jaulas habían quedado tan dañadas que la Policía tuvo que sacrificar a las fieras para evitar que se escaparan y anduvieran sueltas por Berlín. ¡Chico, y cómo se había puesto de tierno todo el mundo! ¡Pobres animales! ¡La matanza de los inocentes! Los alemanes eran muy sensibles.

Me senté en lo que quedaba de un banco. Los extremos de las maderas estaban ondulados y chamuscados; si los tocabas se desintegraban. Saqué la manzana del bolsillo y le di un mordisco. Tiene gracia, cuando lees algo acerca de las personas que saben que van a morir, siempre están gustando u oliendo algo que les hace experimentar una sensación nueva, en la que no han reparado hasta entonces. No lo crean. A mí me parecía que había llegado mi última hora y lo que podía ser mi última comida era una manzana corriente y un poco rancia.

Volví a guardarla en el bolsillo. No podía comer. Tenía los nervios de punta y un nudo en el estómago. Llevaba casi dos años salteando, asando y estofando. Vivía en medio de la abundancia y en todo aquel tiempo no había podido tomar una comida completa.

Probaba los platos. Tomaba té. Las noches en que no tenía que refugiarme de las bombas, me iba a la cama con una bolsa de agua caliente sobre mi vientre dolorido. La ropa me colgaba del cuerpo como una percha. Estaba demacrada. Por fin encajaba perfectamente en Berlín.

Qué cansancio. Se me cerraban los ojos y daba cabezadas. Erguí la espalda, como las señoritas. Ángulo recto con el asiento. Así se sentarían Margarete o Nan. Era una postura terriblemente incómoda para una persona normal, pero me permitía respirar más profundamente y me mantenía despierta. Quizá por eso las delicadas niñas bien tenían ese aire tan especial: es que absorbían más oxígeno. Entonces pensé si sería imbécil: sentada en un banco bombardeado, condenada a la muerte en una ciudad condenada, y no se me ocurría sino pensar que me faltaba clase. Si Edward estuviera sentado donde estaba yo, sabiendo que había muchas posibilidades de que no le quedaran más que uno o dos días, ¿en qué pensaría? ¿En manzanas, en dolores de estómago y en niñas bien? ¿En conceptos como el bien y el mal y la naturaleza de la justicia? ¿O en algo que yo no podía ni soñar?

Había que moverse. El informe acerca del capitán Grayson tenía que llegar a la OSS antes de la proyectada visita a casa del agente, para tomar una cena casera, leer poesías, beber unas copas y mantener una pequeña charla confidencial —¡fabuloso, compañero! — sobre la invasión de La Bella France.

Pero no sabía qué hacer. Pasaron quince, veinte minutos. Era una locura quedarse tanto rato en un sitio como aquél. De un momento a otro podía pasar por allí un policía o un soldado y pedirme la documentación. Pero no me movía porque no se me ocurría adonde ir.

«Ya está bien —me dije—. Basta de inactividad. Esto es la guerra, niña. Imagina que eres Edward Leland y que te encuentras atrapado en territorio enemigo y que tienes un mensaje urgente que enviar. ¿Qué haces? Piensas: ¿A quién conozco? ¿En quién puedo confiar? De acuerdo, conozco a Margarete. Oh, y conozco al risueño Konrad Friedrichs, el galán de la sonrisa de un millón de dólares».

Un momento. Piensa como Edward. Analiza. ¿Cuál de los dos tiene más posibilidades de enviar un mensaje?

A las siete y media de aquella misma mañana, estaba yo echada

en el suelo de bruces, detrás de un seto, con el zapato en la mano, golpeando suavemente el cristal de una ventana hasta que se quebró. Lenta y pacientemente, fui sacando los pedazos rotos para dejar el marco limpio. Luego, me deslicé por la estrecha ventana del sótano a lo que había sido mi dormitorio en casa de Herr Friedrichs.

Otra cosa que yo temía era que, cuando me presentara delante de Konrad Friedrichs, él se muriera, fulminado por un infarto. Pero antes estaba su ama de llaves, Frau Gerlach, la Malvada Bruja del Oeste: mi sola presencia en la casa bastaría para hacer que empezaran a zumbarle las verrugas. Por lo tanto, me quedé con el oído pegado a la puerta de mi antigua celda, acechando ruidos, mientras contaba hasta los consabidos trescientos. Me pareció oír pasos sobre mí. Aquello debía de ser la despensa. Estaría preparando el desayuno.

Subí el primer tramo de escaleras hasta la planta baja y apliqué el oído a otra puerta. No se oía nada. La abrí y miré por la rendija. Eso siempre hace efecto en las películas, porque el héroe siempre puede ver a los malos reunidos a quince metros de distancia y a la vuelta de la esquina. Pero lo único que yo veía era un trozo de pared. De manera que salí rápidamente y miré hacia la derecha, donde estaba la cocina. Nada. Eso no quería decir que no pudiera saltar sobre mí de un momento a otro y darme con un puchero en la cabeza. O quizás estaba tomando una taza de té. De todos modos, ahora no era cosa de quedarse contando hasta trescientos. Me fui rápidamente a la izquierda, a la estrecha escalera de madera y, descartando todas las técnicas del centro de adiestramiento, subí corriendo directamente al dormitorio de Konrad Friedrichs.

No tuvo un infarto, pero me pareció que se quedaba sin respiración durante un minuto por lo menos. Él me miraba sin pestañear y yo le miraba a él. Estaba de pie al lado de una cajonera alta, llevaba camisa de cuello duro y corbata pero no pantalones. Tenía piernas de viejo: blancas, con las rodillas salidas y sin vello.

—¡Dios! —exclamó. Yo me puse el dedo en los labios para indicarle que se callara—. ¡Cómo se atreve!

—Ahora no tengo tiempo para sermones —le dije suavemente—. Sólo me quedaré dos o tres minutos y luego desapareceré. Nadie

sabrá que he venido. Ahora escúcheme. Rolf, mi enlace, ha muerto.

Herr Friedrichs se acercó a la alta y anticuada cama y, sin reparar en que estaba en calzoncillos blancos y calcetines negros, se sentó y cerró los ojos.

—¿Lo han matado ellos? —preguntó.

—No. Casi seguro que no. Al parecer, fue una bomba. Pero a mí me han descubierto. —Miró al techo con una expresión de cansancio que quería decir «era inevitable». Me indigné—. Oiga, desde hace un año y medio he estado enviando valiosos informes a la OSS, conque guárdese sus discursos sobre los aficionados temerarios. Pruebe *usted* a vivir en casa de un nazi como Horst Drescher y meterse en un estudio cerrado con llave cinco, seis y hasta siete noches a la semana y ya veremos cuánto dura.

—Ya he captado la idea. Continúe.

—Tengo un mensaje que enviar y Rolf ya no está. —Él empezó a mover negativamente la cabeza—. Oiga, hay un agente alemán cerca de una base americana en Inglaterra. Recibe información secreta sobre la invasión de Francia por los aliados. —Me miró abriendo mucho los ojos—. *Tiene* usted que hacerles llegar el mensaje.

—No puedo. Acabo de regresar de Lisboa y Madrid. Es imposible…

—No tiene más remedio.

—¡No me amenace!

—Herr Friedrichs, no le amenazo. Sólo trato de salvar vidas, incluso la suya. Horst Drescher no es un lince, eso lo sabemos los dos. Pero tampoco es un zoquete. Dentro de un par de días, incluso puede que hoy mismo, caerá en la cuenta de quién fue el que me recomendó con tanto empeño. —Se cubrió la cara con sus manos viejas, de acusadas venas—. Tiene usted que marcharse.

—Si ahora me marcho, tal vez no vuelva a ver a mi patria.

—Si no se marcha ahora mismo, pronto estará muerto. Tiene que comprender lo crítica que es la situación. Para usted. Y para los aliados. Sí, tiene que marcharse, pero ¿es la Alemania en la que ahora vive la Alemania que usted desea? Si existe una posibilidad de salvar al país que usted ama está en que sea derrotado. —Me interrumpí un segundo, pero él seguía con la cara entre las manos —, ¿No desea conservar la vida, para que cuando todo haya

terminado pueda volver y ayudar a sus compatriotas, hacerles comprender lo que está bien? —Lentamente, bajó sus manos. Estaba temblando. Aquel hombre hacía las cosas conforme a la regla y esta vez no había reglas. No sabía qué hacer—. ¿No hay posibilidad de ir directamente al aeropuerto y conseguir transporte para un caso de emergencia? Piénselo. Ayúdeme.

—Podría hacerse. —Hablaba con palabras entrecortadas—. Pero para usted será más difícil. Tengo que hablar con Margarete, a ver si se puede conseguir para usted… un pasaporte diplomático quizá.

—¡No! Tiene que salir esta misma mañana, antes de que Horst le asocie conmigo.

—¿Y qué hará usted? —Había que reconocerlo. Era un prusiano estirado pero también era un hombre de honor. Yo era una aliada. Por lo tanto, tenía que salvarme la vida.

Yo no quise.

—Gracias, pero si voy con usted no habrá manera de enviar el mensaje. —Saqué el papel del forro de la manga. Me acerqué y se lo puse en la mano—. Copias de la foto de mi pasaporte estarán en todas las estaciones, aeropuertos y puestos fronterizos de Alemania. Eso lo sabemos los dos. —Tardó en contestar.

—¿Qué hará usted? —me preguntó.

—Margarete ya me ha ayudado una vez. De nuevo voy a tener que pedirle ayuda. Espero que pueda prestármela.

—Yo también —dijo. No se movía. Estaba sentado en la cama, con el mensaje en la mano.

—Vamos ya, levántese. Acabe de vestirse. —Se miró las piernas, consternado—. Ahora no tenemos tiempo para el recato. En cuanto esté listo, baje y distraiga al ama de llaves para que yo pueda salir.

Le cogí del codo para levantarle de la cama. No hizo falta más. Se acercó al ropero, se volvió de espaldas a mí, se puso los pantalones y se los abrochó.

—Pobre Frau Gerlach —murmuró—. ¿Qué le digo?

—*Nada*.

Dio media vuelta, muy nervioso y alterado.

—Es digna de toda confianza.

—Estoy segura. —No lo estaba. Probablemente, le hubiera vendido por diez *pfennings*—. Pero el mayor peligro está en su lealtad. Quizá le dé por llamar a algún amigo suyo, un colega, para

que le ayude. Prométame que no le dirá nada. —Él no decía nada, terco. Yo me enfurecí—. ¡Puñeta! —susurré—. No tiene tiempo para ser caballeroso. ¿Es que no quiere vivir? ¿No quiere darme por lo menos la posibilidad de salvarme? Por Dios, prométamelo.

—Tiene usted mi palabra —dijo al fin.

Poco más de sesenta segundos después, yo estaba otra vez en las calles de Berlín.

Volví a imaginar a Edward. Pensé que me decía: «¿Qué hay, además del pasaporte, con la foto y sus huellas dactilares, que sirva para identificarla? ¿Cómo la describiría Horst?

»Pues diría que soy rubia…

»No pierda tiempo, Linda. Esos datos están en el pasaporte. ¿Qué más?

»Una de las criadas recordaría que llevo abrigo marrón.

«Piérdalo».

Me quité el abrigo y me lo colgué del brazo. Hacía calor para ser abril. Por lo menos, yo creía que era abril. Los árboles que aún seguían en pie estaban cubiertos de hojas nuevas verde pálido. Gasté mis dos últimas monedas en un billete de autobús. Subí al imperial, me senté y puse el abrigo a mi lado. Minutos después, cuando nadie me miraba, le di un suave empujón y cayó a mis pies. El autobús siguió circulando un par de kilómetros. Luego, me apeé.

Pasé el resto del día en colas. Yo había preguntado al Edward imaginario. «¿Dónde voy? Margarete está trabajando».

«Hazte invisible. Hay dos maneras de conseguirlo. Un escondite perfectamente seguro. O una muchedumbre».

De manera que, a eso de las ocho y media o nueve de la mañana, me uní a una larga cola de mujeres a la puerta de una panadería.

—Qué calor, ¿verdad? —dijo la mujer que estaba delante de mí. Llevaba un vestido gris rata, con zonas descoloridas por los muchos lavados.

—Mucho calor. Y tan temprano.

Nadie mantenía conversaciones que duraran más. Los berlineses, después de una noche de bombardeo, estaban exhaustos y muy ensimismados en sus penalidades para buscar conversación. Aquélla

era una cola para pan duro, no para entradas al «Radio City Music Hall».

Por ello, cuando, de pronto, dije:

—¡Oh, no! —la mujer me miró recelosa, como si temiera que fuera a incordiarle con mis tribulaciones—. ¡El bolso! —Su expresión cambió. Vi en ella compasión. Y miedo. Comprendió que había perdido el dinero, la cartilla de racionamiento y el pasaporte: en Alemania, el derecho a la vida.

—Cálmese —me dijo haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Durante todo el día, fui de barrio en barrio. Me quedaba en las colas más largas que encontraba, esperaba una hora o dos y entonces descubría mi pérdida. Era dura la espera. Me dolía la cabeza de no haber dormido y sentía en el estómago la náusea hueca y dolorosa del hambre.

A media tarde, cuando el sol empezaba a declinar, me encaminé a casa de Margarete. Debían de ser las seis y media cuando llegué, porque las calles estaban llenas de los que regresaban del trabajo. Comprendí que mis posibilidades de colarme por el ascensor de servicio eran nulas, por lo que entré por la puerta principal. Tampoco esta vez estaba el portero, pero en el ascensor principal había un ascensorista de uniforme. Llevaba charreteras doradas y una gorra con un enorme medallón. Parecía un veterano de una guerra mucho mejor.

—¿Adónde va? —me desafió.

—Soy Lina, señor. Hugo, el administrador de la finca del barón Von Eberstein, me dijo que…

—Suba —dijo, y me subió al último piso. Cuando salía me dijo —: Esa puerta, Lina. Llame al timbre.

—Muchas gracias, señor —cuando él desapareció, hice lo que me había indicado:

—¡Voy! —oí decir a Margarete. Sus tacones hacían un rápido clic-clac. Debía de estar guisando. Olía a cebolla rehogada. Se abrió la puerta—. ¡Dios mío! —Fue como si alguien destapara un desagüe: se le fue todo el color de la cara.

—¿Está él? —susurré—. El cerdo.

—No. —Se puso una mano en el pecho y aspiró profundamente —. Pasa. —Tiró de mí y cerró la puerta—. No puedo creer que estés aquí.

—¡Ahora mismo me marcho!

—¡No! Sólo es que… Ay, Dios mío. Estaba tan preocupada por ti… —Me abrazó un momento y luego dijo—: Ven a la cocina.

Nos sentamos a una mesa cubierta con un mantel de encaje que llegaba hasta el suelo. Todos los armarios eran de cristal y las paredes estaban recubiertas dé buena madera oscura.

—¿Tienes hambre? —me preguntó. Llevaba un paño de cocina sujeto al cinturón de su vestido de seda azul.

—Sí, pero el estómago…

—Tengo un estupendo hígado de ternera.

—Margarete, por favor, sólo un pedazo de pan. —Corrió al cajón, sacó un pan moreno y cortó una rebanada—. No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué no?

—Tú ya sabes por qué no.

—¿Quieres cerveza? —Negué con la cabeza. Puso el pan en una bandeja, luego se fue a la nevera y volvió con queso y una botella de leche.

—Probablemente, mi retrato circula ya por toda la ciudad.

—Circula —dijo con suavidad—. Todos los del… movimiento que saben de ti están muy asustados. ¿Qué pasó? Cuenta. —Me dio un vaso para la leche.

—Por favor, déjame unos minutos. No duermo ni como desde…

—¡Pues tienes que descansar! Te llevaré a una cama blanda con un buen edredón.

—No, gracias. —Puse un poco de queso encima del pan. No le encontré más sabor que a la manzana. De todos modos, era comida. De manera que tomé unos cuantos bocados y bebí la leche en silencio.

Margarete me consolaba y alarmaba a la vez. Sonreía y me daba palmaditas en la mano, pero había momentos en que todo su cuerpo se ponía en tensión, al tratar de dominar el nerviosismo. Me parecía que estaba deseando echar a correr, para escapar de mí y del peligro que yo llevaba conmigo.

—No volveré a esta casa. Te lo prometo.

—Lina, siempre serás bien recibida.

—He venido a pedirte ayuda, a ti y al movimiento. Si conoces a alguien que esté dispuesto a esconderme, es más de lo que tengo

derecho a esperar.

—Pero tú debes de desear algo más que eso. —Me conocía bien.

—Sí —le dije—. No se me habría ocurrido si Herr Friedrichs no lo hubiera mencionado.

—¿Y cómo está él?

—Fuera de Alemania, espero.

—Ya. ¿Tú le has visto?

—Sí. Esta mañana a primera hora. Cuando estaba pensando en la forma de sacarme del país, mencionó la posibilidad de llamarte. Quizá, con tus relaciones… en la Abwehr, y con toda la gente que debe de conocer tu familia, incluso el mismo cerdo… Margarete, ¿existe alguna forma de hacerme salir de Alemania?

Movió la cabeza. Era, más que una negativa, un gesto que quería decir: No lo sé.

—Lina, sería mucho más sencillo que te quedaras aquí. Con tanto bombardeo, estamos convirtiéndonos en una nación de refugiados. Dame un día. Puedo conseguirte otros papeles, buenos papeles. —Se le iluminó la expresión—. ¡Ya está! Córtate el pelo y ponte uno de mis vestidos. Nadie relacionará a la chica con trenzas de la foto con una mujer moderna y elegante, con un peinado chic.

Era evidente que quería imponerme un plan y, aunque yo comprendía que tendría que acabar por aceptarlo, todavía no me resignaba.

—Te diré por qué tengo que irme de Alemania —le dije—. Yo no encajo aquí. Estoy segura de que, siendo intérprete, comprenderás que hay quién encaja en un país y quién no.

—Perdona, no te entiendo.

Y, por primera vez en aquel año y medio que parecía toda una vida, hablé en inglés.

—Yo no encajo en Alemania porque soy americana, Margarete. —De momento, no reaccionó. Luego se echó a reír incontenibilemente. Pero era evidente que no lo pasaba bien. Estaba histérica—. Margarete. Basta. Por favor, cálmate. —Di un puñetazo en la mesa. Se sobresaltó y calló—. ¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Es que hablas muy bien el inglés. —Ahora me reí yo, pero sólo era un poco de nerviosismo. Era auténticamente divertido. Y, ahora que había empezado otra vez a hablar inglés, no sabía si podría

volver a hablar en alemán.

—Pues claro que hablo bien el inglés. Es mi lengua.

—¿Y el alemán?

—Mi abuela vivía con nosotros. Era de Berlín.

—Así que eres alemana.

—Los padres de mi padre nacieron en Alemania.

—¿Y la familia de tu madre?

—Ellos procedían de Inglaterra o de Escocia.

—¿La OSS mandó a una *americana? ¿Por qué?*

—Porque no había nadie más que pudiera encargarse de este trabajo. Margarete, tú ya sabes lo competentes que son los nazis. Realmente, ¿cuántas personas hay en la resistencia?

—Muy pocas —reconoció ella. Bruscamente, preguntó—: ¿Qué tal suena mi inglés?

—Muy bien.

Una sonrisa se insinuó en su cara: la vieja Margarete.

—¿Podría *yo* hacer lo que hiciste tú? —Volvía al antiguo juego: veía el peligro pero también la diversión—. ¿Crees que yo podría ir a Chicago o a cualquier otra gran ciudad y pasar por americana?

—No. Tu pronunciación es muy marcada, muy concisa. Y la w… aún suena… un poco alemana —le sonreí—. Podríamos perfeccionarla.

—¡Así que mi buena amiga berlinesa es americana!

—De Nueva York. Oye, ¿tú distingues el acento de Nueva York?

—No. —Volvía a ponerse nerviosa. Se puso en pie y empezó a pasear por la cocina.

—Vamos, Margarete, tranquilízate.

—Es difícil, Lina.

—Lo imagino.

Se apartó de mí, yendo a sentarse a un largo banco de madera tallada.

—¿Tú no eres un agente? ¿Eres de la OSS? —preguntó.

—He trabajado para ellos desde 1940 con intervalos.

—¿Habías hecho antes esta clase de trabajo?

—No. Yo era secretaria en Nueva York y, después, en Washington. Nos trasladamos allí antes de la guerra. Bueno quiero decir antes de que los Estados Unidos entraran en guerra. Antes de Pearl Harbor.

—¿Os trasladasteis?

—Mi marido también está en la OSS. Era abogado de un bufete muy importante de Wall Street.

—¿Cómo se llama? —Cruzó las piernas. Luego, los brazos, y los apretó contra el cuerpo.

—John.

—¿Es Lina tu verdadero nombre?

—Linda.

—Linda —repitió—, Linda. —Luego, bruscamente, añadió—: Necesito un trago. Un coñac. ¿Quieres tú también? —Negué con la cabeza—. Perdona. En seguida vuelvo. —Sonreí cuando ella salió de la cocina. Margarete hablaba casi exactamente igual que Marlene Drietrich. Mientras estaba fuera, yo me relajé un minuto. Quizá fue porque volvía a hablar inglés, pero entonces me acordé de las películas del Oeste y pensé lo fantástico que sería estar en el cine con una gran bolsa de palomitas de maíz. Pensé que me gustaría ver algo de Bette Davis. Desde que yo me había ido, tal vez hubiera hecho por lo menos dos películas. Empezaba a sentirme realmente serena, mientras trataba de recordar si había leído alguna entrevista en una revista en la que el periodista preguntara: «¿Qué planes tiene, Miss Davis?». Entonces Margarete volvió a entrar en la cocina. No traía coñac.

Traía una pistola.

—Nunca sabrás cuánto lo siento —dijo, en alemán.

—*¿Qué puñeta estás haciendo?* —pregunté, en inglés.

—Me parece que no puede estar más claro.

Lo estaba.

—¡Tú! Tú eres el traidor de la resistencia.

—¿Así es cómo me llaman?

—Tú mataste a Alfred Eckert.

—¡No! Alfred era mi amigo.

—Pero lo mataste de todos modos.

—¡No! Claro que no. —La miré en silencio—. Bueno, al fin no tuve más remedio que denunciarle. Era demasiado comunicativo. Excesivamente confiado. Traté de protegerle, Lina… Linda. Yo trato de proteger a mis amigos. De verdad. A la mayoría… Es fácil. Tú misma lo has dicho. Nosotros somos competentes y la llamada resistencia es lastimosamente ineficaz. Yo me limito a informar de

lo que hacen esos aficionados. Casi nadie… sale perjudicado. Es evidente que no pueden hacer mucho daño, y nos limitamos a tenerlos vigilados. Pero tú, Lina, eres diferente. Tú eras un peligro. Tú eras buena. Sin embargo, yo te hubiera salvado. Te lo juro. Yo te quería. De verdad. Eras algo muy especial para mí. Tú representabas todo aquello que yo admiraba en el alemán corriente. Trabajadora. Inteligente. Con una belleza sobria y simple. —Movió la cabeza con incredulidad—. Y pareces tan alemana…

—Tan aria.

—Sí.

—Tú eres uno de ellos, ¿verdad?

—Basta de hablar en inglés. —Movía la pistola como una maestra agitaría el dedo para reñir a un niño revoltoso—. En alemán, por favor.

—¿Tú crees en toda esa mierda? —le dije en inglés.

—Yo entiendo las expresiones americanas. No te rebajes con expresiones vulgares. Y, para contestar a tu pregunta te diré que sí, que amo a mi patria. Y yo creo, como cree mi familia, que el Führer ha salvado a Alemania de…

—¡No quiero oírlo, cochina nazi! ¡Cállate!

—Comprendo que estés nerviosa, pero a mí no me hables así. Domínate, haz el favor. Tenemos que hablar. ¿Cómo te llamas?

—Lina Albrecht.

—*Linda*, comprende que estoy en una situación muy difícil. No vacilaré en disparar. ¿Cuál es tu nombre completo, Linda? —Apoyó el cañón del arma en mi cabeza.

—Lina Albrecht.

—¿Cómo puedes dudar de que hablo en serio?

—No —dije—. No lo dudo. Pero antes dime algo tú. Por los viejos tiempos. ¿Matasteis a Rólf?

El arma me impedía volver la cabeza para mirarla a la cara, pero noté el orgullo en su voz.

—Lo cogimos anoche, media hora después de haberte ido tú. Apenas media hora. Probablemente, ya habrá muerto.

—¿Lo cogisteis? ¿Quiénes? ¿Tú y el cerdo de tu amigo? —Me frotó el cañón del arma en el cuero cabelludo. Una pistola. Una «Walther».

—¡No es un cerdo! Eso lo decía para disimular. Se llama Franz

Sommerfeld y en realidad es muy apuesto.

—¿Es así como trabajas? Cada vez que te ves obligada a liquidar a uno de tus queridos amigos, llamas a Franz y él se encarga de todo, ¿no? Él se encargó de Alfred, ¿verdad?

—Por desgracia, Alfred descubrió que yo no era lo que pretendía ser. Salía mucho y me vio más de una vez con mis… verdaderos amigos. Empezó a sospechar. Al parecer, le dio por vigilarme desde el café de ahí enfrente. Vio a Franz. Y es que al bueno de Alfred no se le escapaba un hombre guapo. Y luego nos vio salir a los dos. Al final sacó la conclusión de que este… —sil voz se suavizó—… este hombre tan apuesto era el que yo llamaba el cerdo. Pero a Alfred le perdió su romanticismo, su fe en mí. Él no podía creer que la desaparición de varios de nuestros… mutuos amigos tuviera algo que ver con su preciosa y elegante Margarete, que llevaba sus creaciones con tanto chic. «Es un capricho tonto —me dijo—. Olvídate de ese hombre y yo no diré nada a nadie del movimiento. Júramelo, *ma chére Marguerite*». Naturalmente, yo no podía fiarme de él. Lo hubiera contado. Alfred no podía resistir un escándalo sabroso.

¿Saben eso que dice la gente de: «Me dieron ganas de vomitar»? Pues me dieron ganas de vomitar. No podía librarme de la náusea, del horror. Hablaba de Alfred con simpatía. Todavía era para ella su encantador amigo.

Pero de pronto su voz perdió toda dulzura.

—Se acabó el tiempo. Vamos. —Me clavó el cañón en la cabeza con más fuerza, me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta.

—No irás a matarme aquí, ¿verdad?

—Linda, tú eres una mujer muy lista, terriblemente lista. —La presión de la pistola hacía que me latiera todo el lado derecho de la cara—. Mucho me temo que en lo que yo tardara en llamar a Franz y él en enviar a sus hombres, tú podrías encontrar la forma de escapar. —Me paré a medio metro de la puerta de la cocina—. Vamos —dijo—. No quiero hacerlo en mi cocina —ladeó la cabeza, un encanto—. Pensarás que soy inhumana al decir eso.

—No. Pienso que eres una persona maravillosa.

—Mira, te hago un favor. ¡No te sonrías! *Un favor*. —Se dominó. Su voz sonó reprimida, suave—. Es preferible que no caigas en sus manos. Las dos sabemos que no podrías resistirlo. Conmigo será

rápido y sin dolor. —Volví la cabeza un par de centímetros; realmente, tenía los ojos empañados.

—Por favor —dije—, te lo suplico.

—Camina —empujándome con el cañón en la cabeza, me sacó de la cocina y me llevó por el largo pasillo lleno de retratos.

—¿Hay en esos retratos algún viejo Von Eberstein? —pregunté.

—No trates de congraciarte. Sé valiente. Muere como una alemana.

Pero no marqué el paso de la oca. Levanté el pie sólo un poco más. Y la pisé con todas mis fuerzas.

Dio un grito de dolor y en el mismo instante le agarré la mano y se la mordí. Fue un buen mordisco, pero ella no estiró los dedos como decían en el centro de adiestramiento sino que los encogió.

¡Dios mío, mi brazo! Las dos nos convertimos en un amasijo de brazos, dedos y caras cubiertas de mi sangre. Margarete retiró la mano para volver a apoyar el cañón de la pistola en mi cabeza, pero durante un instante miró las huellas de mis dientes y yo agarré el cañón de la pistola; estaba ardiendo del disparo y viscoso de sangre, y quizá por eso pude apoderarme de él.

No sé cómo, conseguí empuñarlo y le apunté a la cabeza.

—Margarete, esto es una «Walther».

—Lo sé —su voz era un poco más alta de lo normal, pero firme. Se portaba valerosamente.

—El seguro está amartillado. Ahora disparará automáticamente.

—¿Vas a matarme? —preguntó.

—Sí.

—¿Por lo menos, me concederás unos momentos de reflexión antes…?

—No.

—Lina, déjame que escriba unas líneas a…

—No —apreté el brazo izquierdo contra la cintura; el dolor era cada vez más fuerte. La sangre salía burbujeando por un agujero pequeño ribeteado de negro y caía en la alfombra. Empezaba a marearme. Apoyé el cañón contra su cabeza con más fuerza. Con cuidado, giré en tomo a ella hasta que estuvimos frente a frente—. ¿Quién soy, Margarete?

—Lina —susurró.

—No.

—Linda —ahora le falló la voz.
—Soy Linda Voss. Soy judía. ¿Lo entiendes?
—Sí.
—Bien.
Y le volé la tapa de los sesos.

26

La servilleta de hilo que me había puesto en la herida era como una esponja; pronto estuvo empapada en sangre. Lentamente —se me iba la cabeza—, volví a la vitrina del pasillo y, sujetando la pistola con la barbilla, saqué otra servilleta del cajón. Un torniquete. En el centro de adiestramiento nos habían enseñado a hacerlo y practicábamos los unos con los otros. Póngaselo a ése en el muslo, y yo se lo puse a un checo que volvió la cara, violento.

Bajé la mirada. Tenía la falda manchada de sangre. Estaba muy mareada y las rodillas empezaban a doblárseme y las piernas a temblar como si estuviera ensayando un ridículo baile de los años veinte. Si no puede aplicarse un torniquete, decían… Puse una rodilla en el suelo y luego me senté. Metí la pistola en la cinturilla de la falda, al alcance de la mano derecha; tenía que estar cerca.

El cuerpo de Margarete estaba a un par de metros. Yo le había puesto una servilleta en la cara.

Presión. Presión sobre la herida. Un dolor me desgarró el brazo de arriba abajo y como una flecha atravesó mi mano abriendo mis dedos. Lancé un gemido tan fuerte y tan profundo que me asusté a mí misma. Mantener la presión.

Me desmayé o me dormí. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente… no mucho porque, desde donde estaba, apoyada en la pared, veía el suelo de un dormitorio, y todavía entraba un poco de luz por la ventana. Me arrastré hacia allí. Sólo para apartarme, para darme tiempo.

Si oía abrir la puerta del apartamento, sacaría la pistola y me haría lo que había hecho a Margarete. No me cogerían viva.

Me arrastré al dormitorio. Era grande. Delante de mí se alzaban los pies de una cama gigantesca. Si pudiera tumbarme en aquella

cama… y beber «Coca-Cola» de la botella mientras escuchaba a George Fisher desde Hollywood por la WDR… Pero yo no volvería a casa. Lo sabía. De todos modos, les daría trabajo hasta el fin.

Miré la habitación. Visillos de encaje, colcha de encaje, faldas de encaje en el tocador lleno de tarros de maquillaje y botellitas de esmalte para las uñas que se reflejaban en un espejo con marco dorado. La habitación de Margarete. Me arrastré por el suelo, junto a la cama, hacia la mesilla de noche. No podía ponerme de pie para ver qué había encima, pero aspiré profundamente y empujé hasta que se volcó con estrépito. «Los vecinos», pensé. Pero si no habían oído los disparos… Había un teléfono. Colgué el auricular. Luego, registré el cajón de la mesilla.

Pendientes, tal vez veinte pares. Oro, oro, ópalos, granates, brillantes, todos revueltos. Loción para las manos. Un diafragma y un tubo de vaselina. Una libreta de teléfonos con tapas de piel y granate con florecitas de oro.

Tenía que darles trabajo. Cogí el teléfono y marqué un número de la libreta. De la S. Que no conteste él, Dios mío. Rezaba de verdad. Sonó una sola vez.

—Coronel Sommerfeld —era voz de mujer, gracias a Dios.

—Oiga —susurré.

—No se oye.

—Aquí Margarete von Eberstein. —Exacto. Nada de *berlinerisch*. Adopté el acento que tantas veces había oído, pero nunca había pronunciado: el de John, el de Herr Friedrichs, el de Margarete.

—Perdone, pero es difícil…

—¿Está el coronel…?

—No está, señorita.

Había dejado de sangrar, pero ahora el dolor era casi insoportable. Todo el brazo parecía querer salir por aquel pequeño orificio de la bala… Tenía ganas de aullar. Cubrí el micrófono lo mejor que pude con mi única mano y me salió un sonido bajo y terrible.

—¿Señorita?

—Déle un mensaje de mi parte —susurré—. Es urgente. Lina acaba de entrar. Buenas noticias. La he convencido para que me lleve hasta su contacto. En Potsdam… ¿Lo tiene?

—Sí, señorita. Pasaré el mensaje.

—Mañana le llamaré. En cuanto pueda librarme de ella. ¿Me ha entendido?

—Oh, sí. ¿Quiere que intente…?

Colgué. Me puse de lado y cerré los ojos. Si el cerdo creía lo que le dijera la secretaria, aún tenía ocho o tal vez doce horas. Abrí los ojos y pensé: mantente despierta. Vas a estar muerta mucho tiempo. Sería una vergüenza pasarte el resto de la vida durmiendo.

Quizá debería decir una oración. O pensar en todas las buenas cosas que me habían pasado en la vida. O pensar sólo en una cosa maravillosa durante ocho horas. Con todo detalle. Algo que conservar como un tesoro, algo que llevarme conmigo. Acuérdate del día en que…

A los pocos instantes, perdí el conocimiento.

Me desperté porque agua fría me bajaba por el cuello. Abrí los ojos. Alguien me había puesto un vaso en la boca. ¡Dios mío! Cuando extendía la mano hacia la pistola, vi que el hombre que estaba inclinado sobre mí era Konrad Friedrichs. ¡Lo que me alegré de verle!

—Beba —me dijo.

—¿Qué hora es?

—Las dieciséis —las cuatro de la tarde. Del día siguiente—. Beba, por favor. —Inclinó el vaso y me mojó la blusa—. Tiene que contarme lo que le ha pasado a Margarete. ¿Qué horror es ése? Una criatura tan hermosa…

—Tenemos que marchamos de aquí —le dije.

¡Entonces comprendí! Konrad Friedrichs comprendía las consecuencias de permanecer en Berlín; por eso se había avenido a marcharse sin despedirse siquiera de su adorada ama de llaves, la bruja. Sabía que su elección era o Lisboa o la muerte. Pero, si estaba en Berlín, era porque debía de sentirse seguro. Ay, Dios, era uno de ellos.

Y en seguida estuve segura: Al mirar por encima de su hombro vi que no era mi amigo. En la puerta había un hombre de uniforme. SS, alta graduación. Desde donde yo estaba sólo le veía las botas, el pantalón y la pistolera. Pero no necesitaba ver más. Con las fuerzas que me quedaban, que no eran muchas, aparté el vaso de un

manotazo. El agua se derramó sobre Konrad Friedrichs y mientras él se miraba la camisa y la corbata empapadas, yo busqué la «Walther».

Las botas se acercaron corriendo. Yo saqué la pistola, la levanté hacia la cabeza y, al amartillar el seguro, el hombre de las SS me agarró de la muñeca. Yo grité. Traté de morderle, pero él me retorció el brazo. La pistola cayó en su mano.

—Linda —el hombre se arrodilló a mi lado. Ahora me llevaría—. *Linda*, míreme. —Inglés. Levanté la cabeza. Y vi a Edward Leland.

Yo no podía hablar.

—Linda, ¿te encuentras bien?

—¿De dónde sale?

Me ayudó a sentarme en el suelo, con el cuerpo apoyado en él. —Pasaba por aquí y entré a saludarte.

Yo traté de reír, pero me eché a llorar.

Me rodeó con sus brazos.

—Vamos, he venido a sacarte de aquí.

—Ya es tarde —no contestó. Se levantó y me puso en pie.

Herr Friedrichs estaba sentado en la cama mirándonos como si estuviéramos representando un horrible espectáculo al que le hubieran arrastrado a la fuerza.

—¿Fue usted a Lisboa? —le pregunté.

—No hablo inglés —dijo en alemán.

Se me iba la cabeza. Debí de tambalearme, porque Edward me sujetó con fuerza.

—¿Qué le pasó a la pobre Margarete? —preguntó Herr Friedrichs.

—Después se lo contaré —le dije. Y a Edward, en inglés—: ¿Podremos salir de aquí?

—Lo intentaremos. ¿Puedes andar?

—Sí. No sé si me sostendré muy firme, pero creo que puedo andar.

—Di a Friedrichs que espere aquí. Te llevaré al baño, a limpiarte un poco.

Yo miré fijamente a Edward.

—¿Seguro que no habla inglés?

—No. Ha sido un placer viajar con tu amigo. Es muy dicharachero y campechano.

—¿Estabas en Lisboa?

—Sí. Vamos, Linda, tranquilízate. No empieces a llorar otra vez. No hay tiempo.

Dije a Konrad Friedrichs que se mantuviera alerta, y Edward me ayudó a salir al vestíbulo. En la puerta, me paré. El cuerpo de Margarete seguía allí, con la servilleta en la cara. Su mano, con el artístico anillo de oro y las uñas rubí descansaba en su pecho. Tenía los dedos rígidos. Edward trató de llevárseme de allí. Yo no podía moverme.

—Yo la maté.

—Lo suponía. Vamos.

—No puedo —al verla, había empezado a tiritar.

—Tenías motivos para matarla, ¿no?

—Sí. Era ella. El traidor de la resistencia. E iba a matarme a mí.

—Bien. Hiciste lo que tenías que hacer —eso no me servía de nada—. ¿Quieres quedarte aquí, esperando que lleguen sus amigos para que puedas decirles cuánto te repugna su filosofía política? ¿O eres una profesional?

—A veces no puedo aguantarte.

—Ya lo sé. Ahora vámonos de aquí, Linda.

Me llevó al cuarto de baño, llenó el lavabo de agua tibia y suavemente me sumergió en ella el brazo, para empapar la servilleta. El agua se puso roja. Supongo que yo me puse verde, porque Edward empezó a hablar:

—Hace dos noches recibimos la noticia de que Rolf, tu contacto, había sido arrestado. Yo tomé el primer avión para Inglaterra. Cuando llegué, había un mensaje sobre Friedrichs. Inmediatamente, volé a Lisboa.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees tú?

—No lo sé.

—Mira, esta servilleta no saldrá si no le damos un tirón. ¿Se lo doy yo a quieres dárselo tú? —Yo metí la mano en el agua, tiré y lancé un grito de dolor. Edward me puso una mano en la boca, con la otra me sacó el brazo del agua y con una toalla me secó suavemente la zona de la herida—. Está infectada —dijo, abriendo

el armarito. No había yodo. Más maquillajes—. No entiendo el alemán. ¿Hay algo que tenga alcohol? —Yo señalé un frasco de astringente.

Mientras él lo destapaba, dije:

—Ahora me dirás: «Esto va a doler, Linda. Sé valiente».

—Da gusto comprobar que no has cambiado.

—Échalo todo, de prisa. —Dolía un horror. Yo apretaba los dientes, y lo único que ocurrió fue que me eché a llorar otra vez.

—Perdona.

—No es nada.

—Hay un tren que sale a las seis. Tenemos que irnos en él, de manera que hay que darse prisa. ¿Te sientes con fuerzas? —Yo moví afirmativamente la cabeza—. De acuerdo, sécate los ojos y píntate un poco.

—¿Bromeas? —Del bolsillo interior del uniforme sacó un pasaporte y me lo enseñó. Una rubia, de unos treinta años. Muy bonita. Cara redonda. El pelo corto, con una onda que le caía sobre la mejilla. Leí el nombre: Ingeborg Hintze—. ¿Ingeborg? —dije—. ¿Y tengo que parecerme a ella?

—Tienes tres minutos.

Edward salió del cuarto de baño y con una mano y con los dientes, abrí una caja de rímel. Humedecí el cepillito y me di varias capas, luego me puse colorete y me pinté los labios. Me miré al espejo y me apoyé en el lavabo. Estaba fatal. Nadie diría al verme: «Hola, Ingeborg».

Edward volvió antes de los tres minutos. Estaba haciendo trizas una funda de almohada.

—Probablemente estarías mejor sin vendas, pero no quiero que empieces a sangrar.

—Ed, córtame el pelo.

—¿Qué?

—Mira la foto de este pasaporte. Anda, todavía nos quedan unos cuarenta segundos. —Y Edward Leland me hizo un corte de pelo. No muy bueno, pero por lo menos ahora parecía una prima lejana y fea de Ingeborg—. ¿Por qué la elegisteis a ella?

—La mayoría de las rubias tienen los ojos azules. Ésta los tiene castaños. Yo no podía ser muy exigente. —Echó el pelo al inodoro, tiró de la cadena y guardó los cosméticos.

—No te imaginaba tan ordenado.

—¿Quieres que sus amigos encuentren todas esas pinturas y las pruebas de que una rubia se ha cortado el pelo? ¿No crees que sería un dato interesante que comunicar al Ejército y a la Gestapo?

Me vendó el brazo y, por el vestíbulo, junto al cuerpo de Margarete, me llevó otra vez al dormitorio. Konrad Friedrichs estaba tal como le habíamos dejado, sentado en la cama, exhausto y casi sin vida. Edward le indicó por señas que saliera. Él no le entendió.

—Herr Friedrichs —le dije—. Haga el favor de esperar afuera.

—Ella está ahí. La hermosa…

—La hermosa nazi —me miró con la boca abierta—. Por favor —insistí, aunque no sabía por qué Edward quería que se fuera. No entendía inglés. Se levantó de la cama y, despacio y arrastrando los pies como un viejo de ochenta años, salió de la habitación.

—Quítate esa ropa —dijo Edward—. Por Dios, Linda, estás rebozada en sangre. Vas a pasar como mi querida y…

—¿Otra vez? ¿Es que no puedo cruzar una frontera como otra cosa?

—¿Y qué diantre quieres ser? ¿Una condenada lechera? —Se puso delante de mí y empezó a desabrocharme la blusa.

—Yo sola puedo.

—No tenemos tiempo.

—Yo puedo…

—¿Te has creído que la ilusión de mi vida es verte en paños menores? —La falda cayó al suelo.

—¿Por qué eres tan repelente conmigo? —Me quitó la blusa. Yo no llevaba combinación, sólo un feo sujetador alemán y las bragas. Él entró en el ropero de Margarete y salió con un vestido de seda negro de manga larga—. Demasiado oscuro para esta época del año —le dije.

—Esto no es un desfile de modelos, puñeta. Si empiezas a sangrar otra vez, en el negro no se notará —me sostuvo el vestido para que pudiera ponérmelo por los pies, y me ayudó a meter el brazo—. Necesitarás unas joyas, algo.

—Acabas de decir que esto no es un desfile de modelos.

—No querrás dar la impresión de que vas a un funeral, ¿verdad? ¿Dónde guardaría ella collares y demás?

Todavía con el vestido desabrochado me aparté de él, fui hasta la coqueta y abrí los cajones de arriba. En el de la izquierda había varias cajas. Más pendientes. Pulseras, probablemente, más de cincuenta, hermosas y caras, revueltas en una caja. Collares.

—Yo no puedo llevar eso.

—¿Qué dices? —Se acercó con un par de zapatos negros. Tacón alto, con un gran lazo de seda rizada. Los dejó en el suelo, a mi lado.

—Esas joyas se las habrán dado sus amigos. Probablemente, fueron robadas a… las personas deportadas.

—¿Crees que los antiguos dueños de esas cosas protestarían? ¿No te parece que ellos querrían que tuvieras aspecto de la típica concubina que se va a Suiza con su amigo, un oficial de las SS casado, a abortar?

—¿Ése es el pretexto?

—Sí. Si llaman a la clínica, les dirán que Ingeborg Hintze va a ingresar en Ginecología. Vámonos. —Me agarró el brazo sano y me puso tres o cuatro pulseras. Luego, me entregó un pesado collar de oro.

—Friedrichs tiene un coche abajo. Ah, y una nueva identidad. Ahora es Werner Reinke. Él nos acompañará a la estación. Una gran despedida al general y su amiguita.

—¡Déjate de bromas!

—¡Y tú cierra la boca! ¿Quieres que toda la casa te oiga vociferar en inglés?

—Estaba sacando ropa interior, medias, jerséis—. Trae una maleta. De prisa. —Yo le miraba atontada—. ¡Vamos, Ingeborg, muévete!

Konrad Friedrichs iba delante, con el conductor, un hombre con uniforme del Ejército, tan alto que la gorra rozaba el techo del coche. Friedrichs se volvió para decirme:

—Yo les acompañaré hasta el tren, Lina. El revisor sabe que tendrá a su cargo a un alto jefe del Ejército y a su acompañante. Él está al corriente de la incapacidad del general y no le molestará.

—¿Qué incapacidad?

—Es mudo —miré a Edward. No sabía si él había dispuesto esta

conversación en alemán o si estaba pensando en otra cosa y no nos escuchaba. Herr Friedrichs prosiguió—: Hace un año, en Rusia, estuvo bajo el fuego enemigo y fue herido. La bala se le alojó en la garganta. Es el general Manfred Steinhardt, Primer Cuerpo Acorazado de las SS. Sucedió a Dietrich y a Peiper. Ahora Dietrich está con el Sexto, y es un buen amigo del general Steinhardt…

—¿No es general una graduación muy alta? ¿No levantará sospechas?

—Quizá sí, pero no había tiempo para hacer papeles de coronel. Y él se empeñó, y es decir poco, en venir a rescatarla; usted estaba en peligro de muerte, él tenía que venir y punto. A través del intérprete, yo le dije que solo y sin saber el idioma, no lo conseguiría. Yo le acompañaría.

Yo no sabía qué decir, pero imaginé que Herr Friedrichs podría prescindir de un discurso.

—Gracias.

—No hay de qué. Ahora los dejaré en el tren y les diré adiós.

—¿Adónde va usted?

—Yo me quedo.

—Eso es una locura. Herr Friedrichs, después de mí usted es la persona más buscada de Berlín. Tiene que volver con nosotros o…

Levantó una mano. Entonces, casi con amabilidad, preguntó:

—¿Usted no desea volver a su América?

—Sí, lo estoy deseando.

—Entonces, comprenderá que yo no pueda soportar el vivir alejado de mi país. Me quedaré. Su amigo me ha buscado refugio. Yo haré cuanto pueda para ayudar a librar al país de esta peste y después, empezar de nuevo. Pero si tengo que morir… Preferiría caer en Alemania, por Alemania, que vivir en cualquier otro sitio.

Cuando llegamos al tren, un oficial del Ejército saludó a Edward. Él saludó a su vez y entregó nuestros papeles y billetes del tren; no los recuperaríamos hasta que llegamos a la frontera suiza. Tenían dieciséis horas para examinar nuestros papeles, para descubrirnos.

El oficial abrió mi pasaporte, miró la foto y luego a mí.

—Ya sé —le dije—. Me he adelgazado. Es lo que nos ha ocurrido a todos los que vivimos en Berlín.

Él siguió revisando los papeles.

—¿Va a la clínica de Basilea? —Yo asentí. Me miró brevemente. La clínica debía de ser bastante conocida. La política oficial nazi no prohibía los hijos ilegítimos; cuantos más arios hubiera para empuñar las armas, mejor. Pero, al parecer, los altos jefes, los altos jefes casados, podían encargarse de que sus amiguitas conservaran la línea. El oficial había dicho «la clínica» con un leve acento irónico.

Konrad Friedrichs, que se había quedado detrás de nosotros, ahora dio un paso adelante lanzando al oficial una mirada de «cuidado con lo que dices». Y con razón. Edward parecía molesto; lanzó al oficial una de sus miradas de furor. En Alemania surtían tanto efecto como en los Estados Unidos. El oficial palideció y dio un rápido paso atrás, para que pudiéramos subir al tren. Edward me tomó del brazo y, por primera vez, observé que llevaba un pañuelo de seda blanca al cuello, metido dentro de su guerrera de general. Un pañuelo para ocultar su garganta herida y muda.

—Adiós, general. Miss Hintze —dijo Herr Friedrichs. Inclinó la cabeza y luego dio media vuelta y se alejó, sencillamente, para desaparecer en Berlín.

Edward me ayudó a subir los escalones del tren. En la puerta del compartimiento había un rótulo de las SS, con la insignia de la calavera y la inscripción: «Reservado. No pasar». Nosotros entramos. Era el nuestro. Cerró la puerta.

El compartimento era grande, pero estaba casi a oscuras. Las cortinillas estaban bajadas y las bombillas apenas alumbraban. Me senté en una butaca. Estaba tapizada de un terciopelo duro y áspero.

Edward se sentó a mi lado y arrimó los labios a mi oído.

—¿Cómo estás?

—Bien —susurré.

—¿Duele mucho? —Asentí—. Tengo un poco de morfina; pero si puedes resistir, preferiría esperar hasta que hayamos arrancado. Tal vez quieran hacernos preguntas, tú tendrás que contestar… y yo tendré que guiarme por tu expresión. —Era frío. Profesional.

—Puedo esperar.

Permanecimos en silencio, escuchando el ajetreo del andén. Luego, sin decir nada, me rodeó con el brazo y me obligó a echarme con la cabeza en sus rodillas.

—Engañarás al revisor y te dará la oportunidad de descansar.

—Gracias.

—De vez en cuando, dime algo en alemán. «¿Estás bien?». «¿Deseas que pida algo?». Cosas así —asentí y cerré los ojos. Al cabo de un instante, empezó a acariciarme el pelo—. Te he hecho un magnífico corte de pelo, Ingeborg. —Yo permanecí con los ojos cerrados. Él me hizo volver la cara hacia sí. Yo le miré—. Linda, perdona.

—¿Por qué?

—Por la forma en que antes te traté.

—En realidad, me sentí como en casa.

—En Washington nunca fui tan duro.

—¿Nos apostamos algo? —Él comprendió a qué me refería. De pronto, pareció concentrar su atención en las medallas de su uniforme—. Y es que puedes ser el individuo más frío e insensible… A veces, cuando trabajaba para ti… Bueno, no importa. Tampoco fueron tantas veces.

—Perdona por todas esas veces.

El tren dio una sacudida y empezó a avanzar. Ni sirenas ni silbidos. Simplemente, salió de la estación y cruzó la ciudad.

—¿Quieres que te ayude a quitarte la guerrera, cariño? —pregunté en alemán en voz alta, y luego susurré—: ¿Me pides perdón porque crees que no saldremos de ésta?

—Schhh. Descansa.

—¿Qué probabilidades tenemos? ¿Veinte a ochenta? ¿Sesenta a cuarenta?

—Yo diría que del cincuenta por ciento. Objetivamente considerado. Subjetivamente, yo no habría venido de no creer que tenía buenas posibilidades de sacarte de aquí.

—O, por lo menos, de encontrarme antes que la Gestapo.

—Aun así habría firmado. —El tren aceleraba. Ya habíamos salido al campo—. ¡Linda!

—¿Qué?

—Estos dieciocho meses han sido un infierno para mí. Desde que regresé y vi que te habías marchado, he estado… ¡Pronto, di algo en

alemán!

—Me encanta cómo me acaricias el pelo —dije. Aún no había acabado de hablar cuando sonó el golpe en la puerta. Yo traté de agarrar la mano de Edward, de oprimirla; estaba aterrada. Pero él se limitó a mover la cabeza y a ponerme la mano en el hombro. Con ademán posesivo—. ¡Adelante! —grité.

Se abrió la puerta y apareció un camarero con chaqueta blanca. Hizo una reverencia.

—General, señorita, soy Martín, a sus órdenes. —Levanté la cabeza del regazo de Edward, me incorporé lentamente y me acurruqué a su lado. Él me lanzó una mirada glacial que decía: «Esa actitud es indecorosa. ¡Yo espero más compostura de mi amiga!». Yo me aparté. Bajé la cabeza, avergonzada. El camarero no perdía detalle.

—El general desea un coñac o aguardiente —dije—. Y para mí, un té.

—¿Irán al vagón restaurante, señorita? ¿O desean que les traiga algo? ¿Pan, quizá queso, unos fiambres?

Yo miré a Edward, expectante. Él, por consiguiente, asintió.

—Pan y queso. El general está cansado. No desea ser molestado. —Martin dio un taconazo y cerró la puerta.

—¿Qué quería? —susurró Edward.

—Tú no deseas ir al vagón restaurante. Él te traerá algo. No quieres ser molestado.

—¡Habla alemán otra vez!

—¿Hubiera debido pedir café, cariño?

Nos quedamos en silencio durante veinte minutos, hasta que Martin volvió con una bandeja en un carrito y la puso delante de nosotros, en las butacas. Cuando el hombre se fue, Edward sacó del bolsillo dos píldoras blancas: yo puse agua en la taza y tomé una.

—Ya te diré si necesito la otra. No quiero quedarme atontada.

—Está bien.

—Edward…

—¿Sí?

—Siento mucho lo que hice. Irme a ver a Norman Weekes a tus espaldas, aprovechando tu ausencia.

—¿De verdad lo sientes?

—Siento lo que te hice. —Tomé un trozo de queso e hice un

bocadillo—. ¿Te enfadaste?

—Mucho. Y me asusté. Yo había leído los partes de los bombardeos de la RAF sobre Berlín y… —Se interrumpió. No tocó el coñac, pero tomó un trozo de queso—. Ni un solo día en que no… temiera por tu vida. Incluso cuando empezó a llegar la información. Entonces más que nunca. Sabía que estabas siempre en aquella casa.

—Era cocinera. ¿Lo sabías?

—Sí. ¿Eras buena cocinera?

—Claro que sí, pero ese gusano no tenía paladar —tomé más pan y queso—, Ed.

—¿Qué?

—Quiero decirte que… me parece que no hubo ni un solo día en que no pensara en ti. Cuando estaba asustada y era casi siempre, o cuando no sabía qué hacer, y también era casi siempre, me preguntaba: «¿Qué haría el gran Edward Leland?».

—Si el gran Edward Leland hubiera estado viviendo en casa de Horst Drescher, robando secretos de Estado y aguantando bombardeos todas las noches, creo…, sé que no lo hubiera resistido.

—A que sí. —Él me oprimió la mano.

—Me alegro de que pensaras en mí, Linda.

El tren seguía avanzando.

Yo creí que me portaba de un modo muy profesional y me mantenía alerta, pero luego me desperté y volvía a tener la cabeza en su regazo.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Unos tres cuartos de hora.

—¿Me das la otra pastilla?

Se inclinó, tomó agua y me la dio.

—¿Cómo estás? —Traté de incorporarme sola. Necesité su ayuda.

—Mal.

—¿Quieres un poco de coñac?

—No, gracias. —Toqué la manga de seda. Por lo menos, estaba seca—. No sangra.

—Menos mal. Ojalá pudiera hacer por ti algo más.

—Ed, ¿y si conseguimos escapar y luego tienen que cortarme el brazo?

—¡Basta!

—Rolf, mi contacto, sólo tenía un brazo. Hubieras tenido que verle limpiar pescado. Pero, ¿quién va a querer a una mecanógrafa manca?

Él sonrió y se echó hacia atrás.

—¿Piensas volver a trabajar?

—¿Sabes de alguna otra forma de ganarse la vida?

—Tú tienes marido. —Yo no dije nada—. No me has preguntado por John.

—Debe de ser porque en realidad no me interesa John.

—Es tu marido.

—No para mucho tiempo. La muerte o el divorcio, lo primero que llegue.

—Linda…

—Ed, durante todos estos meses, en Berlín, cuando estaba en los refugios temiendo morir de un momento a otro, me acordé de él, sí, quizá dos o tres veces. Pero nunca: «Oh, amado mío, cómo te echo de menos». Ni siquiera: «Jo, me gustaría que John estuviera aquí y me cogiera la mano». —Miré por la rendija de las cortinillas. Fuera estaba oscuro—. Él no me quería. Eso ya lo sabes. Y yo no le quería a él.

—Pues lo fingías muy bien.

—Bien, yo quería lo que él aparentaba ser. Su inteligencia, su físico, su clase. Yo pensaba: «Él es lo que yo debo querer». Y lo quería. Era como tratar de alcanzar algo que estuviera muy alto, algo mejor. Pero él no era mejor.

—Te espera en Londres.

—¿Fue contigo a Londres?

—Sí.

—¿Y eso?

—Él sabía…, todos sabíamos que tu vida peligraba. Eres nuestro héroe, ¿sabes? Heroína.

—Deben de andar muy escasos de héroes.

—Tú sabes lo que hiciste. Vivir allí todo ese tiempo. Y, finalmente, renunciar a tu posibilidad de vivir para poder enviamos el informe sobre Grayson. Por cierto que le detuvieron. Trató de suicidarse, pero llegaron a tiempo de impedírselo. Ahora pasa información falsa al agente alemán, sólo un poco falseada, lo justo

para que todo lo que él diga resulte sospechoso y los alemanes crean que es un gancho. ¡Linda, lo que hiciste fue tan grande y tan valiente…!

—Pues no lo hice por valentía. Lo hice porque estaba atrapada en Berlín y porque era mi trabajo. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Correr? ¿Adónde?

—Viene a ser lo que me ocurrió a mí en la otra guerra. Yo iba arrastrándome y empezaron a disparar, y seguí arrastrándome… ¿Adónde podía yo correr?

—Tú sí que eres un héroe. Has ido a territorio alemán una vez y otra, sabiendo el peligro…

—Lo mismo que tú.

Al cabo de una hora, dije:

—Estoy rara. No atontada. Me refiero a las pastillas. Duele mucho, pero es como si mi cabeza estuviera en otro sitio, contemplando el dolor desde arriba. Es la misma sensación de cuando estuve en el hospital, cuando perdí el niño. —Edward pareció ir a decir algo pero se limitó a asentir—. ¿Sabes? John nunca dijo claramente que no lo quisiera. Dijo que nos habría traído inconvenientes. Que habríamos tenido que mudarnos. ¡El bueno de John, tan caballeroso!

—No seas dura con él.

—¿Por qué no?

—Porque hace todo lo que puede con muy poco.

—No es un gran hombre, ¿verdad?

—Linda, yo supongo que, si llegamos a Berna, que ahí es donde vamos y no a Basilea, tú te recuperarás en una semana aproximadamente, luego tomarás un avión para Londres y volverás junto a él. Conque vamos a dejar esta conversación. Demasiado hemos dicho ya.

—Yo no quiero volver junto a él.

—Está bien.

—Si ahora me quiere es porque soy la novia de la OSS. De la noche a la mañana, soy toda una heroína. Ahora podrá llevarme a las cenas sin tener que avergonzarse por mi acento. ¿Y sabes algo más? Pues que si fuera un hombre que quiere a su mujer, habría venido a buscarme él. Él habla perfectamente el alemán, por Dios. Pero ha dejado que vinieras tú.

Un tímido golpe. Martin.

—Perdonen la intrusión. ¿Hago la cama, general? No quería molestarle pero… —Miré a Edward, como para preguntar lo que quería que hiciera y dije a Martin que adelante.

Cuando él se marchó, pregunté a Edward:

—¿Cuándo llegaremos a la frontera?

—A las diez de la mañana. Duerme.

—No puedo.

—Duerme.

Me metí en la cama. Eran suaves las sábanas que ponían a la SS.

—¿Ed?

—Sí.

—¿Cómo está tu hija?

—Pues… va a hacerme abuelo.

—¿De su…?

—Sí. Poco después de que tú te fueras, volvió junto a su marido. Bueno, no definitivamente. Nan parece necesitar las crisis matrimoniales y su marido las soporta. Ella se va para reflexionar y luego vuelve. Por lo menos, las dos últimas veces su incertidumbre era sincera. No corrió en busca de John. Tenía mucho en qué pensar y parece ser que, por el momento, se quedará con Quentin haciendo de esposa y madre.

—Vaya, enhorabuena.

—Gracias.

—¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y cinco.

—Lo que me figuraba.

—A punto de cumplir cincuenta y seis.

—Ojalá puedas conocer a tu nieto.

—Linda, duérmete.

Lo más horrible era que, desde donde nos encontrábamos, veíamos la bandera suiza. Pero nos encontrábamos en el interior de la aduana alemana, frente al escritorio de un oficial del Ejército. Tenía la cara delgada, como un hacha.

—Lo lamento, general Steinhardt, pero tenemos órdenes de retener a todas las mujeres que respondan a las señas de la señorita

Ingeborg Hintze. —Edward le miraba fijamente. El oficial se echó ligeramente hacia atrás, incómodo pero no asustado—. Y usted, mi general, si es tan amable, sírvase quitarse ese pañuelo, para que pueda verle la cicatriz.

Edward seguía mirándole. Y, delante del oficial, yo no podía llevarme el dedo a la garganta, para indicar a Edward lo que tenía que hacer. Pero en aquel momento él adivinó lo que se le decía y se desabrochó el cuello. No se quitó el pañuelo, pero, lentamente, se desabrochó tres botones y se abrió el uniforme. La silla del oficial crujió cuando éste se puso tenso.

Unas cicatrices cortas y gruesas cubrían el pecho y el hombro de Edward. Otra más, ligera, en forma de cráter, surcaba la parte superior del pecho; los cirujanos que le habían arreglado la cara no habían intentado siquiera meterse con el resto de su cuerpo.

El oficial desvió la mirada no tanto como para parecer un pusilánime, pero lo suficiente para mirar por encima del hombro de Edward. Era hombre de escritorio. Edward empezó a deshacer el nudo del pañuelo.

El oficial dijo:

—No es necesario, general Steinhardt. Le ruego que acepte mis disculpas. —Edward volvió a abrocharse el uniforme, sin hacer caso del hombre que arreció en sus disculpas—. Era sólo que, al no poder hablar…, yo, nosotros, nos preguntábamos si estaría ocultando un acento extranjero.

Por la estrecha ventana se veía ondear la bandera suiza. Un hermoso día de primavera ˆ allá.

—¿Podemos irnos ya? —pregunté.

—El general puede irse. A usted debemos retenerla, lo siento.

Yo reaccioné con vehemencia. La verdad es que estaba frenética. Ver la bandera a poco más de cincuenta metros…

—*Por favor*. Tengo que ingresar en la clínica de Basilea. Para…, para una operación.

—Sin duda podrá esperar un día o dos.

—Es realmente muy importante, y el general ha tenido la amabilidad de acompañarme. No puedo pedirle…

—Lo siento, no hay más remedio. —Sacó una hoja de papel de la carpeta y me la tendió—. Una circular de la Gestapo. ¡Atención!, decía. Y, debajo, la fotografía del pasaporte de Lina Albrecht. Yo la

cogí y la mostré a Edward. Él la miró, hizo una mueca —qué birria de mujer— y la arrojó encima de la mesa.

—Lamento decirle, general, que existe cierto parecido. —No estaba seguro: aquel general, con papeles perfectos, uniforme perfecto, porte perfecto y cicatrices perfectas, no podría… Pero cualquiera puede ser víctima de un engaño—. Usted, señor, puede marcharse, pero antes de autorizar la salida de la señorita Hintze, tengo que llamar por teléfono a mis superiores para que envíen a alguien que revise sus documentos.

Edward asintió como si hubiera comprendido perfectamente.

—¿Puedo acompañarle, mi general?

No podía acabar así. Yo miré a Edward y recordé que cuando creí que todo había terminado para mí, en el apartamento de Margarete, me había dicho: «Recuerda algo maravilloso». Y lo que entonces me consoló y me llenó de bienestar fue el recuerdo de ir en el «Packard» al lado de Edward un día cualquiera, muy cerca, casi tocándole, enfrascados en una larga conversación, comparando a Churchill y a Roosevelt, y su brillante media sonrisa cuando le dije: «¡Ja! ¡Ya le pillé!», después de que él reconociera que ambos hombres tenían mucho en común. Recordé su traje, el olor a almidón de su camisa blanca, sus manos descansando en la cartera, y recordé que no había querido analizar lo que sentía por él.

El oficial miró a Edward encogiéndose de hombros con gesto de disculpa. Y Edward pareció comprender. Apoyó las manos en la mesa y se levantó de la silla. El oficial se puso firme. Edward sonrió. El oficial fue hacia la puerta, pero Edward le puso una mano en el hombro. Un momento. La cara pálida y afilada del hombre se ensombreció ante esta falta contra las ordenanzas militares. Pero en seguida se despejó.

De la carpeta asomaba un recuerdo de Edward: un grueso montón de billetes. Como decían en Ridgewood, suficiente para asfixiar a un caballo. «Suficiente para comprar a un oficial alemán más una propina», pensé. El oficial se lo metió en el bolsillo.

Luego, cogió la circular con mi foto, la arrugó y la guardó en el otro bolsillo.

—Es mucha la gente que cruza esta frontera. Naturalmente, siempre están mandándonos papeles de ésos. Es la mentalidad burócrata y obtusa. —El oficial sonrió. Edward se volvió hacia la

puerta—. ¡Permítame, mi general! ¡Señorita Hintze! Si tienen la bondad de seguirme, les acompañaré hasta Suiza.

27

Mi cama era como una cuna, con altas barandillas blancas en los cuatro lados. Cuando las monjas, con sus hábitos blancos y sus tocas que parecían canoas puestas del revés, venían a cambiarme el vendaje o a darme comprimidos contra el dolor y la infección, bajaban uno de los lados, hacían lo que tuvieran que hacer y volvían a subirlo. De no haber estado tan enferma, probablemente aquello me habría parecido una cárcel, pero con más de cuarenta grados de fiebre durante varios días, yo volvía a ser como una niña de meses y todas aquellas monjas que hablaban alemán eran como unas abuelas Olga azucaradas que me alisaban la manta, me tocaban la frente y cuidaban de que no me faltara nada.

Yo necesitaba todo el mimo que pudieran darme.

Edward venía a verme y me traía regalos americanos: una pastilla de «Hershey» una «Coca-Cola» y, el tercer día, una linterna «Eveready». Dijo que aparte de esto, el único objeto americano que había podido encontrar era el «Oldsmobile» del cónsul y que no cabía en el ascensor.

Le pregunté cuánto había costado sacarme de Alemania. Unos veinte mil dólares… en francos suizos.

Sé que, a veces, hablábamos pero no recuerdo lo que decíamos. El segundo día por la tarde trajo al jefe de la OSS en Berna y me hicieron preguntas acerca de Margarete. Imagino que estuve hablando un rato, porque al fin Edward se volvió hacia él diciendo:

—Realmente esto es demasiado para ella. —Yo no creí que fuera demasiado, pero debí de quedarme dormida en el acto, porque no les oí salir.

Él venía por las noches y se sentaba en una silla al lado de la cama. Cuando yo despertaba, me preguntaba cómo estaba y yo le

decía que muy bien. Habría podido añadir varias cosas más pero, ¿qué podía decir? ¿Te quiero? ¿Te quiero y, probablemente, te he querido desde hace años sin saberlo? ¿En Nueva York o en Washington, mi temor reverente se convirtió en comprensión y mi respeto, en amor? La tercera noche, esperando no sabía el qué, pregunté:

—¿No te aburres ahí sentado?

—Sí. Espantosamente. Si te duermes, podré marcharme.

Al quinto día, me había bajado la fiebre. El médico me quitó el grueso vendaje y me cubrió la herida con un parche de gasa. Me desayuné con huevos pasados por agua y tostadas. A las diez, Edward Leland vino a despedirse.

—Esta tarde salgo para Madrid. Y, luego, regreso a Washington.

Tenía que llegar. Yo lo sabía. Estaba preparada.

—Que tengas buen viaje. Ya nos veremos en Washington o, más seguro, en Nueva York.

—Sí, desde luego.

—¡Edward!

—¿Sí?

—¿De verdad te marchas?

—Estarás perfectamente. Dentro de unos días podrás salir de aquí para ir… adonde sea.

—¿Y tú? ¿Regresas adonde sea?

—Sí.

Todavía no me era fácil moverme, por la aguja intravenosa, pero me deslicé hasta el borde de la cama y conseguí agarrar una palanca. La barandilla cayó ruidosamente.

—Siéntate —dije. Él se sentó a mi lado, vestido para el avión. Traje, corbata a rayas, zapatos con punta fina y sombrero de fieltro gris en la mano—. Ahora llevas tu uniforme de republicano.

—Es mejor que el de la SS.

—Estás muy guapo.

—Gracias.

—Muy profesional. —Él hacía girar el sombrero—. Estás deseando marcharte, ¿verdad? —No contestó—. ¿Por qué? ¿Por qué quieres dejarme?

—Linda, tengo que…

—Tú me quieres. Anoche me di cuenta.

Se levantó.

—No digas eso. No tiene objeto…

—Yo también te quiero.

—No. —Volvió a sentarse y me cogió una mano—. Cualquier sentimiento que tengas hacia mí es sólo… resultado de nuestra aventura.

—Te quiero, por lo menos desde que fuimos a Washington. Puede que, incluso, antes de salir de Nueva York.

—Linda, esto es penoso para los dos…

—¿Desde cuándo me quieres?

Me levantó la mano y me dio un beso en los dedos.

—En Nueva York, supongo.

—¿Supones? Vamos, Ed. Ésta es una conversación crucial.

—¡En Nueva York! —dijo con su voz más grave y estentórea—. ¿Está mejor así?

—Sí.

—Había por lo menos veinte abogados competentes que hablaban alemán a los que podía pedir que vinieran a Washington a trabajar para mí. ¿Por qué crees que elegí a John Berringer? Aquel día, un sábado o un domingo, fui a tu casa diciéndome que era un estúpido, que lo que tenía que hacer era marcharme de la ciudad y olvidarme de ti. Era poco antes de Navidad. Tú abriste la puerta con una bata amarilla, esponjosa, muy bonita, y tenías el pelo suave… Yo te deseaba. Y deseaba tu compañía.

—Esta noche estuve pensando en lo mucho que yo te deseo. No sólo de esta forma; De todas las formas. Me gustaría que ahora pudieras quitarte ese traje y meterte en la cama y tenerme abrazada un rato. ¿No te gustaría? Sentir nuestros cuerpos…

Él se levanto.

—¡No!

—¿No?

—Esto tiene que terminar.

—Edward, yo te quiero. Tú me quieres.

—Tengo veinte años más que tú.

—Gran cosa. Siéntate.

Se sentó, pero rígido, y en el borde de la cama.

—Quiero decirte una cosa —empezó—. Es algo… humillante, pero deseo que comprendas. Fue en Washington. Era uno de esos

días en que te gritaba: estar todo el día a tu lado en el coche, bromeando, charlando…, y luego la frustración de saber que te ibas a casa. Yo me porté mal. Tú te fuiste. Sabía que estabas disgustada. Yo me quedé sentado delante de mi escritorio, tratando de comprenderme a mí mismo: no hago nada por serle agradable y me consta que, cuando me lo propongo, puedo ser más simpático que la puñeta. Pero ni lo intento. La alejo de mí. Desde luego, no es porque crea en la santidad del matrimonio o, por lo menos, de ese matrimonio que es una farsa. Cuando la siento excesivamente cerca, la aparto porque sé que nunca podrá quererme…

—Si te quiero…

—… que nunca podrá quererme como yo la quiero. Apasionadamente. Obsesivamente. Aquella noche, y varias noches más…, llamé por teléfono a un hombre muy conocido en Washington. Un alcahuete. Alquilé una habitación en un hotel y le pedí que me mandara una mujer. Y se la describí. Te describí a ti. Lo que me mandó era una chica con el pelo teñido y metida en carnes, pero le pagué el doble de lo que esperaba, con la condición de que no dijera ni una palabra. Y en aquella habitación a oscuras… —se le llenaron los ojos de lágrimas—, imaginé que eras tú. Me acosté con ella y la llamaba Linda. Al día siguiente, te dije: «Buenos días, Linda», y te di una lista de llamadas telefónicas.

Yo le cogí una mano y me la puse en la mejilla.

—Pero ahora me tienes a mí.

—No saldrá bien.

—¿Por qué no?

—Porque tú nunca sentirás por mí lo que yo por ti.

—En todos los años que hace que te conozco, es la primera vez que me hablas con aire de superioridad. ¿Qué te pasa? ¿Crees que no puedo sentir pasión por ti? ¿Me crees incapaz de ese amor profundo y verdadero que tú sientes? ¡Puñeta, te quiero!

—Voy a ser abuelo.

—¿Y por qué no marido?

—Tú necesitas a un hombre que…

—¿Por qué no quieres casarte conmigo? ¿Porque tú fuiste a Yale y yo al Instituto «Grover Cleveland»?

—¡Linda!

—¿Porque soy judía? ¿Te da vergüenza presentarme a tus

colegas: «Aquí, mi mujer, la oronda judía»?

—¿Ahora eres judía?

—Sí. Tú me lo llamaste y yo te dije que no lo era, pero en Alemania he cambiado de opinión. Mira, si yo puedo querer a un republicano, tú puedes querer a una judía.

—Esta conversación es ridícula.

—¿Es por John, por Nan y todo ese lío?

—¡No! —Pero ya empezaba a sonreír—. Aunque debes reconocer que la cena de Acción de Gracias sería curiosa.

—Sólo el primer año.

—¿Y después?

—Nan, Quentin, el niño. Tú, yo…, y quizás otro niño.

Levantó la mano y, con zapatos y todo, se metió entre las sábanas y me abrazó.

—Es el hombre quien tiene que declararse.

—Pero si está loco e histérico porque imagina que ella no le quiere lo suficiente, nunca se declarará. Así que ella hablará por él. Edward, ¿quieres…?

—¡Silencio! Las cosas hay que hacerlas como es debido. Ahí va un pequeño discurso. Mi adorada Linda, tú y yo somos tal para cual. Creo… No; estoy convencido de que hemos nacido el uno para el otro. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh, Edward! ¡Sí! —Y le di un beso. ¡Qué beso!

—Te quiero.

¡Y, Dios mío, qué hombre!

SUSAN ISAACS (nacida el 7 de diciembre de 1943) es una novelista, ensayista y guionista estadounidense.

Nació en Brooklyn, Nueva York de Helen Asher Isaacs, ama de casa, y Morton Isaacs, ingeniero eléctrico. En Queens College, se especializó en inglés y se especializó en economía. Después de la universidad, trabajó como editora senior en la revista Seventeen y también como redactora de discursos políticos independiente. Ella es judía.

Se casó con Elkan Abramowitz, un abogado, en 1968. Dejó el trabajo en 1970 para quedarse en casa con su hijo recién nacido. Tres años después, en 1973, dio a luz a su hija.

Trabajó como autónoma durante este tiempo, escribiendo discursos y artículos de revistas. Ahora vive en Long Island con su esposo.

Notas

[1] Grupo de colegios universitarios del NE de los EE.UU. que forma liga para las actividades deportivas. El término designa también forma de vestir, normas de conducta, etc. (*N. del T.*). <<

[2] La voz inglesa *pansy* equivale tanto a pensamiento como designa también al homosexual masculino. *(N. del T.)*. <<

[3] Sociedad honoraria de estudiantes universitarios de alto nivel académico, fundada en 1776. *(N. del T.)*. < <